

RACHEL BELS

Los 7 pecados de Blancanieves



Colección Princesas Valientes
Más de 100.000 lectores

Inspirado en el clásico de *Blancanieves y los siete enanitos*

RACHEL BELS

Los 7 pecados de Blancanieves



Título: *Los 7 pecados de Blancanieves*
© 2023, Rachel Bels

De la edición y maquetación: 2023, Romeo Ediciones
De la composición de la cubierta: 2023, Romeo Ediciones
De la ilustración de la portada: 2023, Pablo Yagüe

Primera edición: julio 2023

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

PEREZA

Rafa

Prefacio

1

2

Rafa (2015-2017)

3

4

Rafa (2018)

ENVIDIA

Tania

5

6

Tania (2010)

7

LUJURIA

(Adán y) Eva

8

(Adán y) Eva (2022)

GULA

Eva y Rafa

9

10

Eva (2022)

11

12

Rafa (2022)

13

Eva y Rafa (2022)

AVARICIA

Seth y Naia

[14](#)

[15](#)

[Seth \(2017\)](#)

[16](#)

[17](#)

[Naia \(2017\)](#)

[18](#)

IRA

Greg

[19](#)

[Greg \(2010\)](#)

[20](#)

[21](#)

[Greg \(2018\)](#)

[22](#)

SOBERBIA

María

[23](#)

[María \(2015\)](#)

[24](#)

Quien esté libre de pecado...

[25](#)

[EVA](#)

[26](#)

Edén

Rafa, Eva y Blanca

[27](#)

[Rafa, Eva y Blanca \(2022-2023\)](#)

[Agradecimientos](#)

A mi hermana.
Por tener el corazón siempre abierto.

Según Eduardo Calixto González, doctor en Neurociencias, el ser humano está preparado para enamorarse siete veces en la vida y amar a dos o tres personas al mismo tiempo.
En esta historia existe al menos una persona que puede confirmar esto.
Ella es Blancanieves y estos son sus siete pecados.

PEREZA

Rafa



«Negligencia, astenia, tedio o descuido en realizar actividades».

La religión cristiana clasifica la pereza como un vicio capital, ya que genera otros pecados, si bien antiguamente se le denominaba acedía o acidia, concepto más amplio que tenía que ver con la tristeza o la depresión.

Prefacio

Recuerdo perfectamente aquella sensación de ahogo, de asfixia apenas contenida. Lo perdida que me encontraba y cómo clamaba a la vida una respuesta. La recuerdo tan bien porque es la misma inquietud que siento en este momento; y que probablemente nunca he dejado de sentir. Únicamente he aprendido a camuflarla.

—¡Mamá!

—Yo creo que este te sirve.

Sujetaba en el aire frente a mí una pieza de ropa oscura a la que apenas prestaba atención.

—No estoy segura de querer...

—Igual son un poco cortas —parloteaba en voz alta, algo que solo a ella le interesaba.

—¡Mamá! —insistí, sintiéndome nuevamente ignorada.

—Sí, mejor unas por los tobillos.

—¿Puedes escucharme de una maldita vez?! —elevé la voz incapaz de contener la rabia que bullía en mi interior, lo que atrajo un par de miradas que incomodaron gravemente a mi madre.

—*Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.*

«Efesios, capítulo 4 versículo 29» enuncié mentalmente; lo reconocí demasiado rápido. Para mi desgracia.

—Lo siento, pero estoy tratando de decirte algo, mamá —me excusé, permitiendo un breve silencio antes de continuar, esperando ver algún resquicio de interés por su parte; aunque eso ya fuera más difícil—. No quiero recibir el bautismo —confesé al fin.

La habitual inflexibilidad que siempre presentaba en sus ojos pareció disiparse, por un momento de verdad creí que lo estuviera reconsiderando. Hasta que la vi colgar la malla de vuelta a su sitio, y con mucha templanza, seleccionar otra más larga presentándola frente a mí, justo antes de darle el visto bueno con un firme asentimiento con el que aún hoy, al recordarlo, me entran ganas de chillar hasta quedarme muda.

—Es buena edad para hacerla. —Apenas cinco palabras demostraron que en ningún momento lo había reconsiderado de ningún modo. Y reconozco que, por un segundo, creí que lo había hecho.

—Aún no tengo dieciocho, puedo esperar.

De hecho, tenía dieciséis. En la religión evangélica, a diferencia que en la católica, el bautismo se hace de adulto y por inmersión, nada de agua derramada en la cabeza, acompañado por alguien de relevancia como un diácono o un anciano, ya que supone un orgullo para la Iglesia que un nuevo miembro se bautice. Y un momento sumamente importante en tu vida como

creyente. Símbolo público de profesión de fe, el paso oficial y de mayor integración para con la Iglesia, que te autoriza a predicar y participar en las reuniones, entre otras cosas. Las dos iglesias anteriores en las que estuvimos eran muy conservadoras y únicamente los hombres disponían del poder de la palabra. La última, permitía más participación a las mujeres, era más laxa en general. Lo que supuso, teniendo en cuenta nuestro expediente familiar, el último cartucho.

—Es un buen momento —reiteró, como si acaso no la hubiese escuchado la primera vez—, y qué mejor que hacerla con tu hermano.

Mi hermano, que siempre ha sido un lameculos de categoría. Jamás se ha extraviado de su pose de hijo perfecto, en especial en aquella época, superaplicado en su carrera de ingeniería, siempre el primero en bendecir la mesa. Ayudaba a mi padre con las cuentas (a día de hoy aún lo hace) y acompañaba a mi madre a hacer la compra cada semana. Y, por supuesto, nunca ha levantado la voz ni contrariado a mis padres de ningún modo en sus treinta y ocho años de vida. Eso sí, en sus años de universidad, Agustín era de todo menos el hijo predilecto, al menos, de puertas para fuera: ese ya era otro cantar... Y es que, hablando mal y pronto, mi hermano se comió más pollas que hostias en su juventud. Obviamente, esto, mis padres no lo saben. Bueno, haciendo eco a la verdad, más bien fingen no saber nada de sus aventuras ni que le gustan los tíos, o gustaban, teniendo en cuenta que lleva cinco años felizmente casado. ¡Quién vería a mi madre si se enterara de toda la verdad de ese pasado! Estoy segura de que la cruz de oro que le regaló papá en sus bodas de plata ardería sobre su pecho, y ella detrás. En cuanto a mi padre... Mejor corramos un tupido velo.

—Agustín tampoco quiere hacerlo, me lo dijo el otro día —me chivé.

—¡No digas tonterías! —espetó escandalizada, persignándose antes de tirar de la cadena de veinticuatro quilates de su cuello para alcanzar la cruz y estamparle los labios, sobrecogida por mis palabras. Aclararé que los evangélicos no se santiguan, pero mi madre, antes de conocer a mi padre, era católica apostólica romana. Después, cambió de religión como el que se pasa de Android a iPhone, asumo que con la convicción de que accedía así a la gama alta espiritual—. Entra y pruébatelo.

Me negué con los brazos cruzados y una mirada desafiante. Pero por muy chula que me pusiera, mamá solo necesitaba ese semblante severo que convertía sus labios en una fina línea tirante para que entrara en razón y obedeciera como la buena hija que ella hizo de mí. Eso, y las siguientes palabras, se convertían en el hechizo perfecto con el fin de conseguir lo que quisiera:

—Sabes lo importante que es esto para nuestra familia. El trauma que ha sido tener que cambiar de iglesia...

¡Abracadabra! Deseo concedido.

Me metí en el probador tras quitarle la dichosa prenda de la mano con cierta fuerza; que se saliera con la suya no quería decir que, por ello, yo acatara complacida y con una sonrisa en los labios.

Un charco azul se formó junto a mis pies, compuesto por los vaqueros y las zapatillas; una alegoría que representaba muy bien las lágrimas que derramé en cuanto cerré aquella cortina.

Me puse las mallas de espalda al espejo: lo último que quería era ver mi reflejo con las mejillas empapadas por una rabia que apenas podía controlar. No paraba de preguntarme una y otra vez, por qué tenía yo que solucionar una cagada que no me correspondía. No fue mi culpa que tuviéramos que cambiar de iglesia, pero al parecer, sí que estaba en mi poder solucionar la cagada de mi querido hermano (por tercera vez) recibiendo el bautismo con él, y conseguir así «limpiar» el buen nombre de nuestra familia. Algo que nunca creí que fuera a ocurrir; tampoco es que aquello me importara demasiado.

Recuerdo lo perdida que me encontraba en aquel momento. Las dudas que tenía respecto a demasiadas cosas: los estudios, mi fe y, en ocasiones, hasta de Greg, mi novio. Y es que nada de eso lo había elegido yo. De una u otra manera todo me había sido impuesto. Me sentía como si despertara de un coma y lo hiciera, además, con amnesia. En un lugar en el que todos ya disponían de una concepción sobre quién era, qué me gustaba y qué era lo mejor para mí. Un lugar donde no había elección, no se me permitía recordarme; si es que alguna vez fui alguien. NO. Ellos decidían por mí basándose en una idea que me era extraña. «Tu helado favorito siempre ha sido el de chocolate, Blanca. ¿Cómo vas a querer el de fresa ahora? No tiene sentido», aseguraba Greg hace tres días. ¡No se me permitía ni cambiar de puto sabor de helado! ¡Lo que nunca tuvo ningún sentido, es que no pudiera tomar mis propias decisiones! Eso sí que era un jodido disparate.

Siempre fui ese algo que la gente miraba, pero que no veía.

—¿Qué tal te queda? —demandaba mi madre impaciente tras la pesada cortina.

—Perfecto —respondí con el entusiasmo de una moneda.

—Aprovecha y pruébate la camiseta, anda.

—¿Qué camiseta? —exclamé, corriendo la cortina.

—La del bautismo, la recogí esta mañana.

Sacó aquella prenda del bolso para tendérmela.

Estiré delante de mí lo que creí que era una sencilla camiseta negra de manga corta; pero no, tan sencilla no era. Impresa en letras blancas rezaba orgullosa la mayor ironía de mi existencia:

—«¿He decidido?». ¿Es de coña?, ¿no?

—¡Esa boca, Blancanieves! —me advirtió.

—¡Que no me llames así, mamá!

Odiaba (y odio) con todas mis fuerzas mi nombre. Al menos el completo, el que evoca a una estúpida princesa de cuento paliducha e insulsa. Y todo por la extraña fascinación que tiene mi madre con la nieve, que es como su cosa favorita en el mundo después de Dios y de hacerme la vida imposible.

—Es tu nombre.

—No, es el que tú me has puesto. No es mío. Yo no lo escogí.

—Venga, vístete, que todavía tenemos que pasar por el súper. —Ignoró mis palabras de camino a la caja llevándose las mallas.

Paralizada, con la camiseta en las manos, leí de nuevo aquella frase, consciente de que si añadía una aclaración, entonces sí hubiese tenido todo el sentido del mundo: «He decidido, que en realidad, no he decidido nada».

Cuando llegamos a casa me encerré en mi habitación de un portazo. Tiré la bandolera y la cazadora al suelo y me dejé caer abatida sobre la silla de estudio. Rodé hasta la cadena de música situada en una balda de pared junto a la cama, para poner a todo volumen el que sigue siendo uno de mis discos favoritos de toda la historia: *Rid of Me*.

El riff de una guitarra...

El susurro de una voz femenina elevándose poco a poco, preparándose, sugerente, sensual...

Don't you don't you wish you never never met her.

Don't you don't you wish you never never met her.

Don't you don't you wish you never never met her.

—¡Quita esa música! —demandó mi madre irrumpiendo en mi habitación con virulencia

—. No es adecuada para una jovencita como tú.

Sin pronunciar una palabra y dándole la espalda, enchufé los auriculares de estudio de tres metros de cable que me regaló mi hermano en mi último cumpleaños, para reanudar así la canción doblando el volumen. Me dejé caer de espalda sobre la cama permitiendo que la desgarradora y erótica voz de PJ Harvey, con su *Rid of Me*, me alejara de todo. Incluyendo a mi madre, que abandonó mi cuarto con una mirada reprobatoria, por supuesto.

Con los ojos cerrados disfrutaba de la cadencia desgarradora de Polly Jean Harvey. No solo de su voz, también de ese algo que siempre me ha resultado tan excitante.

De un salto y con movimientos más que memorizados, situé el respaldo de la silla de estudio bajo el pomo, tirando al suelo la montaña de ropa sobre la que se escondía, bloqueando así la puerta para volver de nuevo a la cama y pescar con la punta de las uñas esa imagen desgastada que escondía en una diminuta grieta del cabecero: PJ Harvey. Icónica, preciosa y genuina. Tumbada boca arriba sobre un claro suelo de madera con un vestido rojo de tirantes atado al cuello y adornado con diminutos cristales que, seis años antes, bajo el sol de Sídney, no lograron deslumbrar su talento, ese que acompañaba tan solo con un bajo y su voz.

Absorta como estaba en la libertad que siempre me han transmitido sus enormes ojos verdes, acaricié con lentitud ese corazón negro dibujado en su hombro izquierdo, creyendo estar deslizándose las yemas por su piel. Y como siempre que mantenía esa imagen frente a un pausado escrutinio, un agradable cosquilleo se activó bajo mi vientre al tiempo que el calor prendía mis mejillas.

Echando un rápido vistazo a la puerta, asegurándome que la silla continuara realizando su segunda labor desde que la degradé en funciones, introduje la mano izquierda bajo el pantalón y las bragas, acariciando con dos dedos todo el perímetro al clítoris, el de mayor placer. Solo necesité ese roce para avivar el calor y despertar una necesidad que percibí deslizarse húmeda sobre mis yemas.

Tomando el ritmo de PJ clamando en mis oídos que no la abandonara, que estaba ardiendo (ambas lo hacíamos), que lamiera sus piernas... En ello estaba, casi podía verla, sentirla sobre mi lengua... Aceleré el movimiento con los talones clavados en el colchón y las piernas abiertas, percibiendo la elevación antes del clímax, el calor expandirse, el corazón acelerarse. Estaba muy cerca, a un paso de explotar y soltarlo todo, y al mismo tiempo, de agarrar con fuerza algo que percibía como propio, únicamente mío. Algo que con Greg nunca llegó a ocurrirme, o al menos no a aquella dimensión. El sexo con él era solo una pequeña parte de esa extensión de tierra virgen que se ofrecía ante mí cuando me dejaba llevar y me descubría en soledad. Era ahí cuando me sentía más conectada con quién era, quién podría llegar a ser, rozando esa identidad con la punta de los dedos.

«El pecado es cualquier acción, sentimiento o pensamiento que vaya en contra de las normas de Dios».

¡¡NO!!

«El pecado es cualquier acción, sentimiento o pensamiento que vaya en contra de las normas de Dios».

Arg... ¡¡NO!! ¡¡NO!! ¡¡NO!!

Como siempre, la voz de mi madre comenzó a reproducirse en puto bucle en mi cabeza: «El pecado es cualquier acción, sentimiento o pensamiento que vaya en contra de las normas de Dios». Una y otra vez.

Me levanté de un salto airada, y antes de que me diera tiempo a arrepentirme hice añicos aquella foto tras años atesorándola. La maldita foto. Me quité los auriculares y los desenchufé de

un tirón sustituyendo a PJ por alguna insulsa emisora de radio y, por supuesto, a un volumen mucho más adecuado.

El teléfono vibró sobre la mesa con el aviso de un nuevo SMS. Era Greg, siempre tan oportuno.

Greg:

Paso a buscarte a las 6 que vamos al cine con estos.

No te pongas falda que hace frío. Te quiero.

Respondí con un escueto «Ok. Tq» antes de tirar el teléfono sobre el montón de ropa que había quedado regada en el suelo tras mover la silla. Me lancé de nuevo sobre el colchón boca arriba con las manos detrás de la cabeza. En la radio sonaba algo que mi madre claramente hubiese aprobado: Atomik Kitten, según el locutor, con una versión de *Eternal Flame*, aún más empalagosa que la original, desde mi punto de vista.

La posibilidad de contemplar el cielo tumbada en la cama era algo que siempre me gustó de mi habitación. Aún abatida, con mi mente bullendo y cuestionándomelo todo, me perdí en el claro azul de Madrid y en sus lechosas nubes. Me obligué a respirar profundo, tratando de llenar los pulmones en toda su capacidad. Apenas lo lograba. Me ahogaba.

Esa vida me asfixiaba.

Ese lugar, que representaba un escenario en el que fingía un papel más que ensayado, el de la protagonista. Una paradoja en sí misma.

Aún no era consciente, pero en aquel pequeño instante una semilla de quién llegaría a ser sembró en mí. Bien es cierto que tardaría en florecer.

Diminuto y lejano, un avión comercial apareció en mi campo de visión capturando todos mis sentidos. Mi cuerpo permanecía en Vallecas, pero mi mente... Mis pensamientos viajaban a unos diez mil metros de altura, mezclándose con los de los pasajeros de aquel avión, imaginando la historia de cada uno de ellos: quiénes eran, de dónde venían, adónde iban. Cómo serían sus vidas. ¡Qué maravilloso debía ser viajar! Recuerdo pensar aquello con especial intensidad.

Con dieciséis años, lo más lejos que había llegado había sido a Toledo para el cumpleaños del primo de Greg. ¡A Toledo! Ante mis quejas por apenas haber salido de Madrid, mi madre no olvidaba recordarme que había estado en Málaga a los dos años. En fin... Conclusión, que lo más lejos que había llegado (con plena consciencia) en mis dieciséis años de vida había sido a 74,3 kilómetros. Y sí, aún lo tengo bien memorizado. En un mundo con siete continentes, 195 países y un diámetro de 12.742 kilómetros, lo más lejos que había viajado era a una hora de distancia de mi casa. Era como para recordarlo.

Más aún viviendo en Madrid, donde la mitad de la población es de fuera; al menos, tus padres o abuelos lo son. De ahí que todo el mundo tenga «pueblo». Ya sabemos que cuando cae algún puente o fiesta todos se marchan fuera de la provincia a sus respectivos lugares de origen. Y yo, de eso, nunca tuve. No podía ser más castiza, viviendo en pleno Vallecas desde que nació. Mis padres: madrileños; mis abuelos: madrileños; incluso mis bisabuelos nacieron y se criaron en la capital. Lo que me convertía en «gata» de pura cepa, con pedigrí incluido. A mí esto siempre me ha provocado un hastío de morirse. A Greg, en cambio, le flipaba alardear de ello cuando conocíamos a alguien nuevo, como si se tratara de algún título nobiliario, como si acaso fuera algo que me definiera de algún modo. La reacción habitual de la gente al conocer dicha singularidad era una sorpresa inicial en plan «¡anda, eres la primera que conozco!», como si acabaran de encontrarse con uno de los pocos lince ibéricos: curioso en un primer momento, nimio un minuto más tarde. Diría que se siente más especial el que te conoce, que el que lo es.

A mí, ese «título», me dejó sin historias de pueblo. Sin lugar al que huir cuando el calor prendía en llamas la ciudad. Sin amor de verano. Sin peñas en las que reunirse. Sin lugar en el que esconderse. Sin fiestas en las que pillarse la primera borrachera. Sin tradiciones. Sin una pandilla con la que crecer y vivir cosas que no se olvidan en la vida. Sin reencuentros. Crecer sin pueblo fue para mí una de las cosas más deprimentes. Me sentía arrebatada de experiencias. Y es que ser gata en Madrid, es ser forastera en tu propia tierra.

Con los brazos apoyados en el marco de la ventana y la cabeza sobre el dorso de las manos, reflexionaba y observaba con detalle el devenir de la ciudad.

En la radio, Lou Reed cantaba a tres mujeres trans que formaban parte de la corte de Andy Warhol con su famoso *Walk on the Wild Side*. Reed, un visionario adelantado a su época, cantando sobre estos temas en los años setenta.

Una abeja recolectaba de un geranio en la jardinera de la ventana.

Un globo abandonaba la diminuta mano de un niño que contemplaba su rápida marcha entre asombrado y triste.

Otro nuevo avión dejaba su rastro en el cielo.

Todo a la vez.

Todos se encontraban en ese espacio de tiempo dejando algún tipo de señal de su paso por esta vida.

Y yo... Yo trataba de observarme a mí misma desde fuera, consciente de que, de hecho, así es como siempre me he concebido: en tercera persona. Despojada de mi propia existencia. Alejada de mi propia autopercepción.

Un pensamiento se formó aquel día en mi cabeza: «¿Qué huella dejarás en este mundo?». El primer paso comenzaría por saber quién era yo. En primera persona. Porque, ¿quién coño es Blancanieves Larios Alonso?

1

*I said: hey, honey
Take a walk on the wild side
And the colored girls say: doo do doo do doo*

—Blanca, ¿me estás escuchando?

Me he quedado tan hierática y fría como el mármol sobre el que tengo apoyado mi culo desnudo. Sus palabras, totalmente inoportunas, me han sacado por completo de este instante, rematado a su vez por los recuerdos que me trae la canción que suena en el hilo musical, alejándome de aquí mental y físicamente.

—¿Entonces?

—Entonces podías haber esperado a salir de mí para hacerme tal proposición, ¿no crees? —espeto, apartándole con las palmas sobre su impoluta chaqueta azul marino, que resalta el de sus ojos cristalinos. Hasta su camisa y corbata parecen no haberse inmutado después de estos minutos de sexo.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo —arguye en una carcajada abrochándose el pantalón.

Me bajo de un salto del lavabo esperando deshacerme de esta sensación glacial que ha ahuyentado, para mi desgracia, el reciente y cálido orgasmo.

—¡Gracias a Dios! Sería la mayor cornuda del espacio aéreo. Y del terrestre, para qué engañarnos. Aunque los dos sabemos que YO soy tu favorita.

—Me temo que me conoces demasiado bien —chasquea la lengua pagado de sí mismo. Aunque no sé si afirmando la elevada suma de parejas sexuales o reconociendo que yo soy especial, y la única, en realidad.

—Mucho tiempo, comandante —apunto, colocándome la falda de vuelta a su lugar—. Cinco años de encuentros en baños de aeropuertos, hoteles y salas VIP.

Sí, soy plenamente consciente, somos un cliché con patas: azafata y piloto. ¿Qué puedo decir? Tampoco es que piense excusarme por ello.

—No te olvides de las cabinas...

—Eso nunca ha ocurrido. —Afirmación que acompaño poniendo los ojos tan blancos como mi piel—. Igual lo has soñado.

—Una pena —reconoce fingidamente apenado, cambiando el semblante medio segundo después a uno más serio, y cogiéndome la mano añade—: Es una oportunidad única, Blanca. ¡Dubái! El sueldo es mucho mejor y...

¿El sueldo? ¿En serio?

—¿A qué viene este interés repentino para que me marche contigo? —pregunto ya mosqueada soltándome de un tirón—. Me alegro mucho por ti, de verdad que sí. Hace tiempo que querías cambiar de aires y Emirates es, sin duda, uno radical. Pero yo estoy bien aquí.

Rafa es como un recolector de emociones, y si algo sé de este atractivo piloto de treinta y ocho años, es que para él, disfrutar de la vida significa saciar los placeres que esta le ofrece. Y no atarse nunca a nada. Es un culo inquieto y siempre supe que este día terminaría por llegar.

—Tú piénsatelo, ¿vale? —insiste—. Te vendría bien un cambio de aires, Blanca.

—¿Me vendría bien? Eh..., ¿por qué exactamente?

—Hace tiempo que te noto... como apagada —comenta frente al espejo, pasándose las palmas por las sienes repetidamente, tratando de domarse el pelo.

—¿Apagada? ¿Qué soy ahora? ¿Una bombilla? —inquiero de espalda a nuestro reflejo, mirándole directamente.

—Solo digo que últimamente pareces distinta. Se te ve desanimada.

—Pues yo me he visto bien animada hace escasos minutos, y por la manera que has gemido mi nombre al correrte, diría que tú también.

—Sabes que no me refiero a eso, Blanca.

—¿Y a qué te refieres?

Le veo dudar, esquivando mi mirada mientras hace un exhaustivo chequeo en los diferentes bolsillos del traje, comprobando que lo lleva todo. ¡Ni que los cuatro empujones que ha dado tuvieran la potencia como para hacer saltar la cartera de su bolsillo!

—No eres feliz —concluye, clavándome sus vivaces ojos celestes.

—¿Qué coño sabrás tú sobre mi felicidad?! —Yo misma me percibo inusualmente afectada por sus palabras—. ¿Y qué me estás pidiendo? ¿Que me vaya contigo por pena? ¿Es eso?

—Bueno, quizá... podríamos dar un paso más en lo nuestro.

Le observo sorprendida ante este giro inesperado de los acontecimientos, pero no termina de encajarme.

—¿Lo nuestro? —Me carcajeo sarcástica—. Ni tú te crees lo que estás diciendo...

Ahora soy yo la esquivo estirando y sacudiéndome motas imaginarias del traje.

—Formalizarlo de algún modo —propone, como el que decide de repente que quiere tener un perro sin pararse a meditar toda la responsabilidad que un paso como ese conlleva.

—¿Formalizar el sexo? No es la clase de relación que busco, gracias —miento—. Ni tú tampoco.

Hubo un tiempo en que sí que quise esa clase de relación con él, pero me dejó las cosas claras desde el primer momento. Le conozco demasiado para saber, ¡qué digo saber!, podría apostar mi propio culo a que no desea una relación. No es ese tipo de tío. Le pierde el sexo, ya sea con un hombre o con una mujer. Lo que quiere, sencillamente, es llevarse a los Emiratos lo que tiene aquí; es decir, a mí.

—¿Cuándo has buscado tú tener una relación? ¡No has tenido una en tu vida! —exclama mofándose de mí.

—Sí que la he tenido. Una relación de seis años. —Lo que suena a seis años es la manera en la que las palabras salen de mi boca.

—Claro, claro. Una relación tóxica cuando eras una niña. No me hagas reír, anda.

—¿Y tú qué? ¿Es que ahora quieres casarte y formar una familia?

—Puede.

—¿Puede?! —exclamo, dando un paso atrás, incapaz de disimular mi asombro.

—Piénsalo. Las dos cosas.

—¿En serio estás dispuesto a perder sexo sin compromiso en cualquier lugar y en cualquier momento por una relación que no deseas? —No responde—. A ti lo que te ocurre es que te ha entrado la crisis de los cuarenta adelantada. Es eso.

—Quizá —reconoce, encogiéndose de hombros—. Podríamos darnos una oportunidad. Una de verdad, Blanca.

Una repentina sensación de irrealidad provoca que me flaqueen levemente las piernas.

No puedo creer que esté reconociendo al fin que...

—¿Estás enamorado de mí?

—No, pero ¿quién sabe? Quizá algún día.

Algún día, dice.

—¡Qué romántico! La declaración que siempre he deseado —espeto teatralmente llevándome la mano al pecho.

—Bueno, tampoco es que a ti vaya ese rollo.

—¿A qué rollo te refieres exactamente?

—Tener una pareja. No es lo tuyo.

Lo fue y él lo sabe, pero llevo tanto tiempo adaptándome a sus necesidades, siguiéndole en este estúpido juego, que ha terminado por creerse esa falacia hasta tal punto, que lo único que demuestra es que no sabe absolutamente nada de mí y que, en realidad, le importa una soberana mierda lo que yo sienta o desee. Evidenciando lo cretino que es, por supuesto.

—¡¡Cinco años y no me conoces una mierda!! —Tiro de mi bolso que permanece sobre el lavabo, haciendo que don compromiso, que tiene la mano sobre este, se tambalee y dé un traspié que mi ego aplaude con orgullo—. Llego tarde al *briefing*.

Si las miradas matasen y yo fuera una fuerza de la naturaleza, Rafa ya sería ceniza y yo el puto volcán que lo escupe con fuerza. Lo sé, soy un poco intensita. Te invito a que vayas acostumbrándote.

Abandono el servicio realmente furiosa, poco me ha faltado para hacerle un corte de mangas. De ahí que haya decidido largarme, porque amigos o no, compartimos vuelo y es el comandante del mismo. Y al menos, hasta ahora, he sabido mantener una cosa separada de la otra.

Repaso en mi mente lo que acaba de ocurrir. Esa propuesta repentina que ha comenzado como una recomendación laboral y ha terminado en proposición. Aunque, ¿de qué tipo? Porque ha empezado argumentando una cuestión laboral, pasando por una preocupación por mi estado anímico, para terminar haciéndome... ¿una propuesta romántica? Bueno, no, que a mí no me va ese rollo al parecer. Gilipollas.

Si alguien entiende algo que me lo diga, porque yo estoy francamente perdida.

Recorro el aeropuerto London Heathrow, pisando con fuerza los eternos pasillos y tirando del *trolley* con ímpetu, respirando a cada paso, buscando así calmarme antes de llegar a la sala de firma. Necesito relajarme; pero pensar que me queda un vuelo de doce horas compartido con Rafa, no ayuda nada. Espero no cruzármelo en todo el viaje.

—Será mejor que vayas a retocarte —me ordena la sobrecarga con su perfecto acento británico en cuanto me ve aparecer en la sala de firma—. Pareces sofocada, y el pañuelo... —me riñe visiblemente disgustada negando con la cabeza—. Faltan seis minutos para que dé comienzo la reunión.

Con esa información me apresuro al baño más cercano a decentarme. En British Airways, que es la compañía para la que trabajo, son estrictos con el aspecto de las azafatas, no tanto como

en Emirates, pero claramente es importante. Y una de las funciones de la sobrecargo es precisamente ese: la revisión de la uniformidad e imagen de los TCP, entre otras.

Apenas veo mi reflejo entiendo la cara de estupor de Caroline, la sobrecargo: extremo del pañuelo asomando por un lateral, botón central de la camisa a punto de salirse del ojal, moño desmadejado y mejillas coloradas (y no por exceso de *blush* precisamente). Lo único que no se ha movido de su lugar es el infalible pintalabios rojo, que es a prueba de bombas. Sí, lo sé, parezco un anuncio de L’Oreal, probablemente porque, de hecho, es el labial quinientos seis de la marca que siempre llevo y que nunca me falla. A la vista está, que después de un revolcón, una acalorada discusión y una carrera por el aeropuerto de Londres, ahí sigue, como si nada. Ojalá yo funcionara de la misma manera: inalterable. Pero no, la niña tuvo que huir cual toro de Miura sin retocarse un poco siquiera, como si saliera de su casa a por pan y no de echar un polvo minutos antes de incorporarse a su puesto de trabajo.

—Que no se repita —me advierte Caroline en cuanto entro de nuevo en la sala.

Asiento, reafirmando esa orden y la de mi cabeza, porque claramente lo de Rafa no va a volver a repetirse.

Tratando de prestar la máxima atención, porque me tomo muy en serio mi trabajo; soy consciente de que para el noventa y nueve por ciento de la población las azafatas no somos más que camareras de altos vuelos, pero la realidad es que los Tripulantes de Cabina estamos para la seguridad de los pasajeros, y estas reuniones son primordiales para ese cometido. Así que tirando de la racionalidad y recordando lo fría que me quedé tras las palabras de Rafa, me concentro en el *briefing* como si me fuera la vida en ello, porque lo cierto es que lo hace.

Volamos a Johannesburgo en un Airbus 380, casi doce horas de viaje en el avión de pasajeros más grande que existe, de ahí que seamos tantos en la reunión previa al vuelo: diecinueve de *cabin crew* y tres de *flight crew*. O lo que es lo mismo: diecinueve Tripulantes de Cabina y tres pilotos. Sin contar a Rafa, he coincidido con casi todos alguna vez, he tenido una conversación interesante con la mitad y me caen realmente bien tres (de nuevo, excluyendo a Rafa, porque en este momento no tengo muy claro cómo me cae exactamente): Marion, una preciosidad francesa de lo más divertida; Angie, una sevillana que vive en Barcelona, que además de azafata es *youtuber*, dietista y escribió un libro de salud para Tripulantes de Cabina que me pareció una maravilla y Philippa, de madre china y padre americano, fue de las primeras azafatas que conocí y con la que mejor me llevo.

Tras pasar lista, leer la información del vuelo y hablar de lo que se va a hacer en el servicio, llega la pertinente ronda de preguntas que se va a realizar en grupos de tres, dada la elevada cantidad tripulantes que somos. De verdad que estoy atenta toda la reunión, es muy importante responder en equipo y no me puedo quedar atrás, que entre mi aspecto y el despiste voy a conseguir que me dejen *grounded* o lo que es lo mismo, quedarme en tierra. Pero veo de refilón a Rafa y su voz arrogante pronunciando ese: «Tener una pareja estable no es lo tuyo», provoca que pierda el hilo por una milésima de segundo. Lo suficiente para que Caroline se percate de mi abstracción y decida preguntarme algo a mí sola.

—Blanca, ¿en qué puerta la señal de presión de cabina está en un lugar diferente y dónde está?

Clavo la mirada en el contrariado rostro de la sobrecargo, que me observa fijamente con cierta desaprobación, y en respuesta, a mí se me activa un temblor bajo el ojo derecho. ¡Joder! Mejor no hablar de la tensión que se respira en la maldita sala, todo el mundo está aguantando la respiración. Es tan evidente, que ni siquiera necesito girarme para saberlo.

—¡Blanca! ¿Sabes la respuesta? —demanda Caroline rompiendo el gélido silencio.

¡Claro que la sé! Pero en vez de pensar en ella, mi mente no para de proyectar la voz de Rafa en mi cabeza.

—En las terceras puertas de la planta inferior, y en lugar de estar en la parte baja de la ventanilla de la puerta, está en la parte superior —resuelvo al fin, consiguiendo que el oxígeno y el dióxido de carbono vuelvan a circular de nuevo en la habitación.

La sobrecarga asiente con una falsa sonrisa, dirigiendo la mirada a los papeles que tiene delante, pasando de este modo al siguiente orden del día: la asignación de roles.

Por norma general, en un vuelo como este con una tripulación tan elevada, los roles se han asignado previamente, pero para mi sorpresa (o no, teniendo en cuenta los recientes acontecimientos), Caroline decide cambiar en el último momento a otro tripulante que le tocaba en primera clase por mí, aprovechando que tengo el *training* en *first*; deduzco que para tenerme bien controlada. Lo que quiere decir que no solo la voy a tener encima todo el vuelo, sino que además me voy a ver obligada a interactuar con Rafa, ya que esta asignación requiere el cometido directo de encargarnos de los pilotos. ¡Maravilloso! (Léase con ironía, por favor). Y hablando del rey de Roma...

La sobrecarga introduce ahora a los pilotos para dar comienzo la segunda parte de la reunión. Rafa, erguido sobre su metro ochenta y cinco, acompañado de sus dos compañeros (un hombre y una mujer), toma asiento lejos de mí, lo cual agradezco; aunque al galán se le escapa una rápida mirada en mi dirección que trata de disimular recolocándose el sombrero en un gesto de lo más *sexy*, despertando a su paso más de una exhalación en la sala. Lo que más me jode, es que ni siquiera tiene que esforzarse, es tan jodidamente atractivo que capta la atención sin proponérselo.

Medito sobre ello mientras le escucho facilitarnos la información del vuelo: estado meteorológico, despegue, aterrizaje, unas posibles turbulencias... Me reconozco embobada, contemplando la uve perfecta que forma su mandíbula, en la que ya comienza a atisbarse la sombra castaña de una barba. A él le encanta dejársela más larga, lo hace, de hecho, en cuanto tiene unos días libres, ya que la aerolínea no permite a sus pilotos tener barba, puesto que puede impedir que las máscaras de oxígeno necesarias en caso de emergencia se adhieran correctamente a la cara. Y hablando de oxígeno... Se ha incrementado en mí una incómoda sensación de falta de aire, que en realidad despertó en el mismo instante que Rafa decidió exhalar sobre mis labios ese «Vente a Dubái conmigo», cuando aún permanecía en mi interior y yo me recuperaba del segundo orgasmo.



Mi torpeza y cansancio en este vuelo están siendo más que evidentes, y no porque le haya tirado un vaso de agua encima a un señor, que también, sino porque, ciertamente, me siento algo desorientada. Ni siquiera estoy segura de que se deba a Rafa y lo ocurrido con él; he tratado de no darle vueltas al asunto. De hecho, he conseguido rehuir al piloto casi todo el vuelo, no nos hemos cruzado en sus descansos y cuando lo hemos hecho había más gente delante y yo he buscado cualquier excusa para largarme. Ahora, en el *galley*, lugar en el que se calientan las comidas y se preparan las bebidas, me dispongo a dejar listo el segundo servicio, y mientras, con

cada respiración, trato de dar una bocanada de aire más profunda, porque parece que no me pasa de la garganta, apenas llega a los pulmones.

—¿Te encuentras bien, Blanca? —se interesa Philippa que aparece en una de esas hondas exhalaciones.

—Sí, sí. Creo que hoy me he levantado con el pie izquierdo —bromeo, tratando de eludir la presión que no ha dejado de incrementarse sobre mi pecho en las últimas horas.

—La verdad que no tienes buena cara, estás muy pálida. Más aún —puntualiza con una sonrisa cómplice, tratando de hacer reír a esta paliducha de cuento.

Me esfuerzo por devolverle una sonrisa, pero esta no termina de salir.

Estiro el brazo para coger la cafetera, ínfimo esfuerzo que me provoca un brutal mareo, haciendo que las piernas me flaqueen y tenga que agarrarme a lo primero que pillo para no desplomarme contra el suelo. Pero unos brazos me lo impiden, no sé si los mismos de la voz que escucho mientras se me cierran los párpados y se me apaga la mente.

—¿Blanca? ¿Blanca, estás bien?

2

Rafa (2015-2017)

—¿Te encuentras bien?

Me pillaste suspirando al techo del London Heathrow con los párpados cerrados y dos pesos muertos como brazos colgando a ambos lados de mi cuerpo.

Te miré, algo confusa (más todavía), y es que, por un instante, deseé que aquello se tratase de una pesadilla de la que esperaba despertar de un momento a otro. Pero no lo era: tu mano rodeaba mi brazo y parecía bastante real.

Estabas tan arrebatador. Y no por el obvio atractivo y presencia que un uniforme otorga a un hombre como tú, sabedor de su innato encanto. No. Tú siempre has cautivado porque tu cercanía y afabilidad ganan por goleada y aquel día, me di cuenta de ello al instante.

—Va a comenzar mi *briefing* y no encuentro la sala en este maldito aeropuerto kilométrico.

—Novata —pronunciaste, esbozando una cálida sonrisa. No de forma despectiva, era una afirmación que quizá debiste guardarte para ti mismo, pero que decidiste no hacerlo.

—No tanto —te respondí a la defensiva, porque sí, puede que fuera una tripulante primeriza, pero no lo era para reconocer tu descaro, arrastrando la punta de la lengua por el labio inferior mientras me repasabas con la mirada.

—Rafael Suárez, comandante —te presentaste tendiéndome la mano.

—Blanca Larios, tripulante —remarqué igual que lo habías hecho tú. Una información realmente innecesaria, nuestros uniformes ya dejaban bastante claro en qué trabajábamos cada uno.

Mi respuesta te sacó una sonrisa. En realidad, no habías dejado de hacerlo en ningún momento.

—Te acompaño —te ofreciste con una mano en mi espalda con intención de guiarme en la dirección correcta, tras echarle un vistazo a la pantalla de mi móvil que proyectaba las indicaciones de la inminente reunión.

De camino a la sala de firma recuerdo que me sorprendió que no dejaras de hablar y de gesticular. Me quedó claro bastante rápido que la contención y la timidez no iban contigo. Y no es que solo hablarás tú, sacaste el tiempo suficiente para interesarte por mí, pero también para relatarme y enlazar tres anécdotas laborales diferentes de camino. ¡Tres anécdotas en un recorrido que no nos llevó más de cinco minutos! Eras agotador. Y lo sigues siendo, solo que ahora he sabido ayudarte a canalizar esa energía interminable hacia otros fines mucho más... placenteros.

—¿Así que, valenciano?

—Y tú, madrileña.

—¡De pura cepa! —exclamé visiblemente sarcástica.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—¿Tú sabes si este trabajo permite el cambio de nacionalidad a «ciudadana del mundo»?

—Lo averiguaré —respondiste, siguiéndome el rollo—. Eres divertida.

—Lo sé —afirmé. Y tú alargaste más aún tu perenne sonrisa.

Llegamos a la sala y me acompañaste dentro: todo el mundo te conocía. Por un momento creí que quizá serías el comandante de mi vuelo, pero no, hoy sé que solo entraste conmigo por cortesía, para que me sintiera mejor después de haberme encontrado en medio del aeropuerto a punto de darme un ataque de pánico; y aunque

fue un gesto bonito, lo cierto es que tuvo el efecto contrario. Percibí rápidamente cómo se instauró una generalizada y forzada aprobación por el solo hecho de haberme presentado contigo en aquella sala, por haberlo hecho con el piloto más guay de la compañía; un título que se extendió de ti a mí en cuanto me introdujiste con la simpatía que te caracteriza a toda la tripulación allí presente.

Yo quería que aquella aceptación se debiera a méritos propios y no ajenos, no debido a la influencia de un hombre. Me negaba que fuera por algo externo a mis capacidades, siempre he sido muy buena ganándome a la gente, y hacerlo además a través de mi propia valía y talento.

A pesar de lo que pudiera parecer, me sentía entusiasmada. Era mi primer día oficial como Tripulante de Cabina de Pasajeros y había trabajado mucho para llegar a ello. Incluso abandoné el último año de Arquitectura con el fin de dedicarme a esto, poniéndome en contra a mi familia. Así que estaba más que preparada, era mi momento. Afortunadamente, no necesité mucho para demostrar mi valía como TCP, alejándome así de esa primera impresión que provoqué aquel día al entrar contigo en aquella sala.

Y así fue como nos conocimos.

Pero sé que recordarás de forma especial, tal y como lo hago yo, nuestro verdadero y primer encuentro dos años más tarde, cuando me activaron aquella guardia enviándome cuatro días a Maldivas. Esa para la que esta vez sí, tú fuiste el comandante del vuelo.

En aquella época ambos vivíamos en Londres, y a lo largo de ese tiempo coincidimos en muchas ocasiones, las suficientes para reconocer la fuerte atracción que existía entre nosotros; aunque nunca pasara nada. Hasta que nos enviaron juntos a un país tropical en el que todo siguió su curso y fraguó la evidencia. Uno de los mejores viajes de mi vida. Y sí, una de las razones fuiste tú.

Un cosquilleo se instaló en la boca de mi estómago en cuanto subí al avión aquel día, alguna clase de intuición me prevenía de que algo ocurriría en ese viaje. Y así fue.

Estuviste especialmente pendiente de mí, mucho más atento que de costumbre; lo cierto es que jamás te he visto comportarte de esa manera con nadie más.

Cuatro días en el paraíso que empleaste para dejarme claro que te interesaba.

Cuatro días que empleé para que reconocieras que te habías enamorado de mí.

Ambos logramos nuestro cometido, aunque tú, a día de hoy, aún no has sido capaz de reconocer ese hecho.

Cuando llegamos al aeropuerto nos recogió un barco que nos trasladó al hotel, un escueto trayecto en el que supiste encontrar la manera para que terminara sentada a tu lado y sacarme un par de buenas carcajadas con una de esas anécdotas que siempre tienes guardada en la recámara.

—Me dijo que no tenía hielos porque su nevera no los hacía.

—¿Cómo que no hacía hielos?

Me relatabas el día que fuiste a ver a tu entrañable casera octogenaria de tu primera casa en Londres, una década atrás. Cuando pasaste a tomarte un té en un atípico caluroso día londinense para despedirte, porque te mudabas más cerca del Heathrow, así que preferiste el té con hielo, pero la señora, gravemente compungida, se disculpó porque su nueva nevera no hacía hielos.

—Igual de sorprendido estaba yo, era una nevera con congelador, la tenía delante de mis narices, ¿cómo no iba a hacer hielos la puta nevera?! Pues lo cierto, es que no tardé mucho en descubrir que, efectivamente, no los hacía. —Fruncí el ceño descolocada—. Era *No Frost* —me aclaraste. Juro que lloré de la risa como pocas veces recuerdo haberlo hecho en mi vida—. Solo hacía un par de semanas que se había comprado la nevera y en la tienda le aseguraron que *NO HACÍA HIELO*, y como ella no solía consumirlo no le importaba, porque estaba muy bien de precio.

—Dime que se lo explicaste.

—¿Y privar a otra persona de la diversión? ¡Ni de coña! —Te fulminé con la mirada—. Tranquila, Mrs. Robinson tiene un par de buenas bandejas de hielos en su congelador en este preciso momento —aseguraste, guiñándome un ojo.

No sé cómo terminamos hablando de esto en un barco de camino a nuestra isla en pleno Pacífico, pero compartir esos surrealistas momentos contigo es una de las cosas a las que soy más adicta a ti. Nadie me ha hecho reír nunca como tú.

Ya en el hotel descubrimos que no eras el único que nos quería cerca, el destino parecía jugar a tu favor y quiso que nuestras habitaciones fueran colindantes, mientras que las del resto de la tripulación quedaban más alejadas. ¿Trataba el universo de decirnos algo? Fue poco sutil, igual que tú en aquel viaje.

Y como prueba, lo ocurrido esa misma noche, cuando me acerqué al bar del hotel donde había quedado parte de la tripulación para tomar una copa. Erais unos seis cuando me senté frente a ti; aunque parapetada tras un

cóctel que se me subió demasiado rápido, provocando que se me soltara la lengua y me convirtiera en la reina de la fiesta, robándote un protagonismo que siempre te ha pertenecido. Pero aquella situación te encantaba. Disfrutabas contemplándome ser el centro de atención, despertando las risas de nuestros compañeros y avivando el ambiente con mis palabras cargadas de sarcasmo. Como una fiera que observa a su presa, no apartaste tus ojos de mí ni un instante, y por vez primera, te mantuviste complacido en un segundo plano, saboreando tu *whisky* con la misma paciencia que ya intuía tendrías cuando me probaras a mí, dado el momento.

—Mejor que lo cuente Lauren —animé a esta que terminara de narrar lo ocurrido en el vuelo con un pasajero de lo más coñazo, que insistía en que quería pollo que supiera a pollo. Suerte la tuya que no tienes que soportar esta clase de estupideces, Rafa, suficiente tienes con llevarnos a salvo de un lado a otro del mundo—. A mí no me pagan suficiente para aguantar a ese tipo de gente...

Me senté con intención de apartar toda atención de mi persona en el momento exacto que otro de los tripulantes, un chico bastante atractivo que apenas conocía y que apareció de la nada se acercó a ti, agachándose a tu espalda para susurrarte algo al oído que te vi rechazar con la amabilidad que te caracteriza. Me pillaste contemplando la escena y en vez de disimular como en un primer momento pensé que harías, te inclinaste hacia delante acortando nuestra distancia, y colocando la palma de tu mano en mi muslo desnudo, en el límite justo que marcaba mi falda, murmuraste las primeras palabras que rompieron todo trato profesional y amistoso entre nosotros, y que me ayudaron a entender por qué me atraías tanto, y es que aquello que intuía, era completamente cierto.

—¿Te gusta lo que has visto? —Me fascinó sentir tu osado aliento sobre mi cuello, que te atrevieras a preguntar, aunque ya conocieras la respuesta.

Algo en mi cuerpo me había delatado, pero no pensaba darte el placer de escuchar aquella evidencia de mis labios.

—Me retiro, estoy agotada —informé tras ponerme en pie dirigiéndome a todos, mirándote a ti en última instancia—. El kayak ha acabado hoy conmigo.

Te recostaste con una amplia sonrisa dibujada en la cara. Y fue, en ese preciso instante, cuando supe que te encapricharías de mí, si es que no lo habías hecho ya.

Lo reconozco, me gusta el juego de la seducción, es la parte que más disfruto y contigo especialmente, así que no pensaba ponértelo tan fácil. Bueno, esa era la teoría, pero reconozco que la intención... duró poco.

A la mañana siguiente, cuando me asomé al balcón aún con la legaña pegada a disfrutar de las vistas de primera línea de mar y olvidando que las probabilidades de encontrarme contigo eran elevadas, te descubrí haciendo ejercicio sobre la arena, esa misma que cubría toda la parte baja de nuestras habitaciones. Muy *sexy* aquel paisaje. Sí, señor.

No tardé mucho en bajar con un par de cafés en la mano para darte los buenos días y, aprovechando que tú aún no te habías percatado de mi presencia, yo me recreé con la tuya.

—Demasiado temprano para mí —dije a modo de saludo teniéndote una taza, invitándote a abandonar la flexión número veintidós, según mi cuenta, mientras fingía que no me impresionaba tu forma física.

Te detuviste en medio de una, en tensión, manteniendo todo el peso de tu cuerpo sobre los brazos varios segundos antes de elevar la mirada con una radiante sonrisa iluminando tu rostro perlado de sudor.

—Vaya, yo que te iba a invitar a unirme mañana —bromeaste, poniéndote en pie de un salto, cogiendo la taza para darle un largo trago—. Gracias, y buenos días.

—No es la clase de ejercicio que me gusta practicar por las mañanas...

Te reíste mirándome por encima de la taza.

Lo curioso de nosotros es que nunca nos han ido las sutilezas, solemos ser directos y bastante francos. Tanto, que yo creo que en ocasiones ni nos sorprende los comentarios del otro.

—A eso me refería con la invitación de mañana.

Y con esas palabras me devolviste la taza vacía y te metiste en el agua a darte un rápido chapuzón. A tu vuelta, te sentaste a mi lado en el sillón de la planta baja de mi habitación a charlar sobre banalidades e historietas varias, hasta que te dispusiste a marcharte soltando una obviedad a modo de despedida:

—Hay algo entre nosotros.

—Lo sé —confirmé, mirándote desde abajo.

—Hasta esta noche, BLANCANIEVES —pronunciaste mi nombre completo por vez primera en algo que no fue una despedida, sino una promesa.

Habíamos quedado de nuevo con la tripulación en el bar y decidí subir la apuesta con un vestido que dejara claro que las reglas no las ibas a poner solo tú. No soy una mujer exuberante, corporalmente hablando. Soy muy

delgada, de pechos menudos y culo en armonía con el resto de mi constitución, así que cuando quiero impresionar suelo recurrir a alguna transparencia, a mostrar más pierna o a proyectar la atención sobre mis hombros y clavículas, que es una parte de mí que me parece de lo más sexy. Pero, claramente, mi fuerte son mis enormes ojos verdes, además de mi personalidad, como bien sabes ya, querido Rafa. Así que opté por un vestido que ponía sobre la mesa todos esos atributos: de finos tirantes, corto y estampado con estratégicas transparencias a juego con el color de mi iris.

Nada más llegar, supe que al menos esa mano, la había ganado. No podías quitarme los ojos de encima.

De nuevo, pasamos el rato con los compañeros animadamente, pero cada palabra, roce o mirada entre nosotros gritaba lo que tú ya habías puesto en palabras aquella misma mañana: había algo (muy intenso) entre nosotros, que llegó a su culmen un par de horas más tarde, cuando regresamos a nuestras respectivas habitaciones y tú me acompañaste hasta la puerta de la mía.

Recuerdo que a diferencia de la noche anterior no quise beber demasiado, porque si de verdad iba a ocurrir lo que iba a ocurrir, quería disfrutarlo teniendo despiertos todos los sentidos.

Te quedaste en silencio frente a mi puerta, inquietantemente pensativo mientras apartabas un mechón de mi oscura melena, ese que ocultaba uno de mis ojos. Tus dedos se quedaron jugueteando con la piel de la mejilla, y tu mirada parecía mimetizarse con el oscuro tono del mar que quedaba justo a tu espalda.

Cerré mi puño sobre tu camisa de lino y te acerqué a mis labios; pero no te besé, lo hice esperando que fueras tú el que cumpliera la promesa, necesitaba descubrir si eras un hombre de palabra.

Lo eras. Siempre lo has sido.

Afianzando tu mano en mi nuca, posaste tus labios sobre los míos. Y fue... un buen beso. Más romántico que sexual; en mi mente me había formado la idea de que sería al contrario. Pero si algo de verdad no esperé, fueron tus siguientes palabras:

—Presiento que con una vez no va a ser suficiente.

—¿Y por qué íbamos a dejarlo en una? —dije, inclinando levemente la cabeza consciente de que no hablabas del beso; sí de lo que vendría a continuación.

Con lo impulsivo que eras generalmente y lo reflexivo que te encontré aquella noche. Me sorprendió, lo reconozco. De ahí que me viera impulsada a tomar las riendas.

Me lancé a tu boca hundiendo la lengua con cierta desesperación, convirtiendo ese beso en algo mucho más sexual que el primero, a ver si con eso lograba que volviera tu parte más impulsiva. Incluso salté sobre ti enredando las piernas en tus caderas, en una clara invitación a dar rienda suelta a nuestros instintos sobre la cama de mi dormitorio, y a que dejaras de darle tantas vueltas a esos presentimientos, porque la única manera de obtener una respuesta clara a esa cháchara mental era pasando a la acción. Y eso fue lo que hicimos durante las siguientes horas: accionar nuestros cuerpos: tú, el mío y yo, el tuyo. Utilizo la palabra «accionar» porque así es como resultó: mecánico, aunque curiosamente placentero. Fuiste, cómo decirlo... muy eficiente. Me corrí dos veces, pero fue raro. Buena comunicación para saber y conocer qué es lo que quería el otro gracias a un par de gemidos e indicaciones mudas, pero pocas fueron las palabras que nos dedicamos el uno al otro. Te percibí contenido, como si tuvieras miedo a ser tú mismo, y reconozco que eso me decepcionó. Hasta que, rato más tarde, cuando aún permanecíamos desnudos y enredados en una misteriosa quietud, cada uno envuelto en sus propios pensamientos...

—Sabía que una no sería suficiente —murmuraste atribulado.

Y lo cierto es que para mí tampoco, pero porque sentía que nos habíamos dejado nuestras mejores versiones en otro lugar. ¿Se habrían caído por las escaleras? ¿O es que habíamos puesto las expectativas demasiado altas?

—Nunca me había ocurrido —confesaste de esa manera tuya tan peculiar, pensando en voz alta como si nadie te escuchara, porque de verdad te comportabas como si nadie lo hiciera, hablabas para ti, tratando de discernir algo que parecías no terminar de comprender.

Pero, repentinamente, creí entender a qué te referías.

—Lo dices porque eres de los que te acuestas una o dos veces con alguien y luego, si te he visto, no me acuerdo —conjeturé.

—No, yo siempre me acuerdo.

Puse los ojos en blanco. Una respuesta instintiva a tu habitual pedantería. Algún defecto debías de tener, cariño.

—Ya sabes a lo que me refiero —refuté.

—Y tú a lo que me refiero yo.

—No has salido nunca con nadie, ¿verdad? —Y aunque era una pregunta, en realidad lo afirmé, y tú me lo confirmaste con una elocuente mirada que no me pasó desapercibida, porque, curiosamente, parecías avergonzado de ello. Deduje que porque no eres de los que se pierde nada que la vida pueda ofrecerle y mira por dónde, encontré lo único que probablemente no hubieses disfrutado jamás: una relación de pareja. Esto me sorprendió, pero no fue lo único que lo hizo, para bien o para mal, querido Rafa, eres una cajita de sorpresas que parece guardarse siempre un as en la manga—. ¿Nunca te has enamorado? —Me descubrí preguntándote con la barbilla sobre tu pecho con evidente curiosidad mientras mis dedos jugueteaban con los pequeños rizos que cubrían tu torso.

—Algo me dice que tú tampoco —aseguraste pagado de ti mismo con la cabeza apoyada sobre las palmas de las manos, en una clara posición chulesca.

—Ahí te equivocas. —Esbocé una amplia sonrisa justo antes de estirar el brazo para coger mi móvil de la mesilla.

Abriste mucho los ojos gratamente sorprendido en cuanto escuchaste los primeros acordes de la que se convirtió a partir de ese momento en nuestra canción. Y... comenzaste a hacerme el amor, porque aquello fue exactamente eso. Había cierta veneración en cómo te deslizabas por mi cuerpo: paciente, templado, al ritmo de la melodía de *The Dancer*, que llenaba aquella habitación de Maldivas mientras besabas mi piel y yo lamía toda la tuya; la voz de PJ Harvey completaba los espacios que quedaban entre una cosa y la otra. Con la primera penetración susurré en tu oído una verdad innegociable:

—Ella lo es todo para mí.

Supiste enseguida que esa confesión escondía algo más que una simple frase hecha, que la atracción, el deseo y el amor para mí nunca han tenido nada que ver con el género de la persona. Algo hizo clic en ti, casi pude escucharlo. Tus palabras fueron clara prueba de ello, las que murmuraste en mi oído apretando tu pecho contra mi espalda mientras te corrías:

—Por esto sabía que una vez no sería suficiente.

* * *

No paró de llover en los dos siguientes y últimos días, lo que nos dio la excusa perfecta para quedarnos en la cama hablando, follando, comiendo, durmiendo y... haciendo el amor. Siempre me despertabas haciéndomelo con ternura y cierta veneración, procurándome un orgasmo con tu boca mientras Oasis sonaba de fondo.

¿Cómo puede pasar a pertenecerte un grupo de música? Soy incapaz de escucharlos ahora sin pensar en ti y traer a la mente aquel viaje a Maldivas.

—Lo mejor es que esto no salga de aquí —dijiste sobre la voz de Liam Gallagher que entonaba el estribillo de *Wonderwall*, con la mirada perdida en la lluvia que arreciaba tras el enorme ventanal frente a nosotros.

—No quieres que ese azafato lo sepa —solté algo que probablemente sonó a reproche, cuando en realidad sabía perfectamente que no se trataba de él en concreto, sino de todo el mundo en general. No querías que nadie lo supiera.

—No me van las relaciones, Blanca.

A esa altura había quedado ya claro que no eran lo tuyo. No se trataba de ningún farol y yo sentía que había apostado demasiado en poco tiempo, de ahí que no tuviera problema en mostrarte todas mis cartas a esas alturas.

—Pues a mí solo me van las relaciones —confesé una verdad que, ciertamente, tenía cierto regusto a mentira.

A ver, a mí sí me han ido siempre las relaciones, que haya tenido solo una no prueba lo contrario, yo lo he intentado con otras personas, el problema es que no ha funcionado. Por esa razón, con las cartas sobre la mesa, tanto las tuyas como las mías, decidí abandonar la cama para marcharme. Pero en el último momento me sujetaste la muñeca y me pediste que no lo hiciera.

Tu mirada.

Fue tu mirada lo que hizo que me quedara y te diera la oportunidad que me pediste sin palabras. Te abriste, como sé que nunca habías hecho con nadie antes. Abandonaste el juego un instante para pedirme que comenzáramos de nuevo. Aún, a día de hoy, continúo sin entender el porqué.

Y así comenzó una relación que nunca fue como a mí me hubiese gustado y sí como tú dijiste que sería. Porque volvimos a empezar, y probamos un juego diferente para el que tú, de nuevo, impusiste las reglas. Esas

que a ti te convenían.

Yo nunca he sido suficiente; nadie nunca lo ha sido para ti. Y eso me jodió por mucho tiempo, no voy a negártelo, pero entonces me di cuenta de que no existe nada en este mundo que te llene de verdad, que sacie esa inagotable necesidad de experiencias. De vivir la vida como si se fuera a agotar mañana mismo. Y no se trata de mí, sino de un vacío en tu interior que eres incapaz de llenar.

Me obsesioné por mucho tiempo tratando de que entendieras que yo he sido la única para ti, y a los hechos me remito, aunque tú no hayas sido capaz de verlo aún. Mientras que tú, te aferras a esa estrategia que consiste en cambiar de tablero cada cierto tiempo para así no perderme. Y ahora, cinco años después, me pides que me vaya contigo a Dubái, que quizá deberíamos intentarlo. Como si dándome el par de últimos ases que te quedan fueras a conseguir retenerme. Dices que quizá puedas enamorarte de mí, cuando en realidad lo hiciste hace mucho tiempo.

No eres más que un niño atrapado en el cuerpo de un adulto viviendo en el país de Nunca Jamás. No sé cómo no me había dado cuenta hasta ahora: eres Peter Pan, querido Rafa.

3

—¿Tendrá el síndrome ese de Peter Pan?

—Presenta algunos rasgos —responde Aurora sin apartar la vista de la carta.

No sé qué mira tanto, venimos con asiduidad a este restaurante, porque es uno de los tres que regenta Emma, una buena amiga suya, y después de haber probado los doce platos de la carta siempre terminamos pidiendo lo mismo: nachos y tacos de atún rojo. Es casi como una tradición.

—Yo creo que lo tiene —insisto.

Requiero de una opinión profesional y Aurora, además de mi mejor amiga, es la mejor psicoterapeuta que conozco.

—Puede ser.

—¡Está clarísimo, tía!

—El punto aquí no es ese, Blanca —objeta con evidente hartura soltando el tríptico multicolor del Jimmy (street) food—. En realidad, no hay ningún tipo de evidencia científica que diga que existe tal síndrome, por cierto. Tan solo es una descripción subjetiva de un tipo de pautas de comportamiento que, en consecuencia, crean adultos muy inmaduros.

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero, haya evidencia científica o no. Tampoco la hay del Pájaro Inversor, pero para nosotras es tan real como que hemos vivido una puta pandemia.

Aclaro lo del Pájaro Inversor, porque estoy segura de que has conocido alguno en tu vida, pero no has sido consciente de ello. Se reconoce por ser un hombre heterosexual (por ahora no hemos encontrado evidencias en otras orientaciones, aunque eso no las descarta), que invierte todo el dinero que sea necesario en cenas, copas, hoteles, regalos y un largo etcétera en la mujer que desea conquistar con intención de cortejarla, por decirlo de algún modo. Por norma general lo hace buscando una relación estable, una vez conquistada deja de invertir. Soy consciente de que suena algo casposo, al estilo de un *sugar daddy*, pero el Pájaro Inversor es solo un tío que, en su mente, ciertamente retrógrada, considera que ligarse a una tía consiste en pagárselo todo hasta conseguirla. Un *sugar daddy*, por el contrario, es un adulto con pasta, redes sociales y una moral un tanto dudosa, que busca chicas bastante más jóvenes que él con una intención sexual-romántica. Lo que vendría siendo un viejo verde actualizado, vamos.

Tanto Aurora, como otras amigas que tenemos en común, se han topado con alguno de estos pájaros tan generosos en más de una ocasión; al inversor me refiero, no al *sugar daddy*, para esos ya somos unas abuelas decrépitas, seguramente. Yo la verdad que no he tenido tanta «fortuna», porque al parecer a mí me van las urracas de sentimientos huraños a los que tengo que seguirles el juego para que reconozcan la realidad que tienen delante de sus puñeteras narices.

—Lo que está claro, es que Rafa presenta todas las características que se la atribuyen a ese

niño eterno —prosigue Aurora, parece que animándose al fin a dar su punto de vista profesional —: Como el egocentrismo, egoísmo, narcisismo y una importante incapacidad para comunicar sus emociones. De eso no me cabe duda.

—Vaya, parece que lo tienes bien calado.

Sé que tiene razones para pensar cada una de esas cosas sobre Rafa, de hecho, yo soy parte responsable de que así lo haga. El resto se lo ganó él solito en la fiesta sorpresa que mi hermano preparó en su casa por mi treinta cumpleaños hace escasos tres meses. Ahí fue cuando Aurora lo conoció personalmente por vez primera tras cinco años escuchándome hablar de él. Y, por un momento, de verdad creí que mi amiga daría al fin su visto bueno, la cosa pintaba bien. Rafa es de esas personas que entran en un lugar y lo llenan, no pasa desapercibido, es el alma de la fiesta. Pero en ocasiones también puede ser algo bocazas, y en esta en concreto hizo un desafortunado chiste sobre lo absurdo que le parecía ir a terapia, delante de Aurora, que no es precisamente la reina de la comedia, ni tampoco de las que se callan si algo no le parece adecuado. Menos mal que ahí mi hermano estuvo rápido y supo solventar la situación llevándose al piloto al piso de arriba con no sé qué pretexto, impidiendo que mi amiga le pusiera a Rafa los puntos sobre las íes; lo único que pudo hacer esta es desquitarse conmigo en el jardín del chalé. Así que mi intento para que Aurora viera en Rafa ese especial encanto que me tiene tan enganchada fue un fracaso de dimensiones épicas.

—Supongo que esos rasgos que mencionas explicarían entonces...

—¡Deja de buscar algo que excuse su comportamiento! —espeta, irrumpiéndome en una clara pérdida de paciencia.

—No busco excusarle, solo entenderle —refuto.

—Vamos, Blanca. Para ti, confirmar que es un Peter Pan inmaduro justificaría el comportamiento de estos últimos cinco años y el hecho de que a esta altura no haya reconocido, según tú, que está enamorado de ti porque claro, le aterra el compromiso y ni siquiera es consciente de ello, *POBRECITO*. Cuando el punto aquí es que ese juegucito que os traéis no es sano, y la verdad, lo mejor que te puede pasar es que se largue y te deje en paz de una santa vez.

—Si tenía alguna duda de lo que piensas de él, desde luego, acabas de dejarlo bastante claro.

Los rasgados ojos azules de mi amiga de origen sueco parecen afilarse más de lo habitual, analizándome, otorgándole así un aspecto más profesional de lo que en realidad requiero en este momento; sé que antes dije que quería saber su opinión de experta, pero eso era antes, no ahora. Con las amigas solo se utilizan las habilidades profesionales cuando te lo piden. Y yo no lo he hecho.

—Desde que Rafa apareció en tu vida has cambiado. Y no para mejor, precisamente —confiesa sin apartar su analítica mirada de mi rostro perplejo.

—No sé a qué te refieres, yo siempre he sido la misma.

—Dijiste que tenías clara vuestra relación, que era solo sexo.

—Nunca he dicho que fuera solo sexo, Auri —puntualizo—, porque nunca lo ha sido. Dije que él cree que solo es sexo, pero es obvio que no; aunque aún no sea capaz de reconocerlo.

—¿Y tú? ¿Cuándo vas a reconocer que él no quiere nada más que follar contigo cuando le pica?

—Te recuerdo que me ha pedido que me vaya con él a Dubái —digo, pasando por alto que mi comedia amiga acaba de soltar esa expresión demasiado vulgar para su fina boca.

—¿A ti y a cuántas más? ¿O a cuántos? El amor no consiste en una lucha por cambiar a la otra persona, Blanca.

—Yo no quiero cambiarle, solo trato de que vea una realidad, la única que hay.

—En cinco años aún no la ha visto, ¿no te dice eso algo? Te creía más lista, en serio. Es solo sexo, él decidió que solo sería eso y tú, por no perderlo llevas años siguiéndole el juego, guardando la esperanza de que se dé cuenta de que... *ERES LA ÚNICA* —añade esto último con cierta teatralidad, cubriendo el lado izquierdo de su pecho con una mano mientras eleva la mirada.

—¡Es que soy la única! —exclamo, elevando quizá un poquito de más la voz, pero es que ya me está empezando a tocar las narices. No creo que sea tan difícil de entender—. Me ha pedido que me vaya con él a la otra punta del mundo. Me lo ha pedido a *MÍ*. Lo que tiene conmigo no lo tiene ni va a tener con ninguna otra.

—La forma en la que te aferras a él, a esa relación que nunca llegará... no es sana, de verdad que no. Necesitas dejar que se vaya y necesitas comenzar a avanzar con tu vida de una vez.

—¿Avanzar? —pregunto, estupefacta.

—Avanzar, Blanca. Llevas estancada desde que le conociste.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? ¿Y qué pasa con los proyectos que tenías?

—¿A qué te refieres?

—¿A tu cuenta de Instagram?, ¿a enfocarte en la decoración?, ¿a buscar otra casa...? ¿Sigo?

Es cierto que con el tema de la casa no he hecho nada, pero *linking designs*...

—¿Qué pasa con la cuenta? Sigo trabajando en ella.

—¿Que qué pasa? Que tenías unos objetivos. Has publicado dos veces en los últimos... ¿seis meses? Te pasé varios contactos que estaban buscando una interiorista y ni siquiera te has tomado la molestia de llamarlos y la casa... No haces más que quejarte, pero no has movido ni un dedo para buscar otra cosa.

—Apenas he tenido tiempo, me han activado varias guardias y no he parado. —No dice nada, pero sus pequeños ojos azules han doblado su tamaño con una elocuente mirada que lo dice todo—. ¿Tú me ves... apagada? —Traigo a la conversación aquella palabra que utilizó Rafa, tratando quizá también de desviar esa mirada reprobatoria de mi persona.

—¿No lo ves tú? Cuando estás libre y trato de quedar contigo no te apetece, quieres quedarte en casa viendo programas de decoración en Netflix. ¿Cuánto llevábamos sin vernos, Blanca?

—Últimamente termino muerta del curro.

—¿Seguro que es cansancio?

Modo psicóloga *on* de nuevo.

Y qué puedo decir, es cierto que llevo un tiempo con el entusiasmo de una piedra.

—Igual estoy un poco... desganada —admito.

—Vives en una desidia permanente, Blanca. Sufres una pereza interior que se ha convertido en abandono y una gran desconexión de ti misma. De ahí que tu cuerpo te esté mandando señales, porque estás obviando demasiados temas. Has tenido un ataque de ansiedad y no es la primera vez —añade ya más suave alargando el brazo sobre la mesa directa a alcanzar mi mano para envolverla con la suya—. Te vendrán bien estos días de baja.

—Supongo.

—Podría pasarte el contacto de algún compañero.

—Gracias, pero no creo que sea necesario. ¿Cómo estás tú? —me intereso en un brusco

cambio de tema soltándome con suavidad de su mano.

Algo me dice que aún no hemos terminado, o ella no lo ha hecho, vamos.

—Estás replanteándote marcharte con él. —No es una pregunta.

—Está enamorado de mí —afirmo inflexible.

—A esta altura, Blanca, que él reconozca o no que lo está, en realidad, debería ser irrelevante. Lo que no lo es, es que encuentre nuevas maneras de que te unas a ese juego enfermizo consciente de lo que sientes por él.

—Me gusta ese juego —reconozco con cierto orgullo, no tengo reparo en hacerlo.

—Hasta que salgas herida de verdad. —Sus ya delgados labios forman una línea aún más fina—. Un consejo que no me has pedido: déjalo ir y comienza a vivir tu vida, que llevas cinco años postergándola.

El teléfono de Aurora, que descansa sobre la mesa, comienza a sonar con una impertinente melodía tipo teléfono antiguo. En serio, ¿quién lleva el móvil con sonido hoy en día? Mi amiga finalmente responde acallando ese aparato infernal y yo, salvada por la campana, aprovecho para escabullirme al baño, huir de esta terapia inesperada y poder así chequear mi propio móvil sin sentirme juzgada por ello. Porque sí, el mensaje que ansío ver en esa pantalla es el del susodicho piloto.

Me envió uno a la vuelta de aquel viaje a Johannesburgo en el que después de que me diera un ataque de ansiedad y perdiera el conocimiento en pleno vuelo, me viera un médico en destino enviándome en el siguiente de vuelta a casa con un parte que indicaba que sufría de estrés. Fue todo tan rápido que no tuvimos tiempo ni de hablar. Cuarenta y ocho horas más tarde, ya en casa y con una baja indefinida, chequeé el teléfono y ahí estaban: dos llamadas perdidas y un mensaje de... Peter Pan.

Rafa:

¿Cómo estás?

Te marchaste tan rápido que no me dio tiempo a verte.

Me ha dicho Philippa que te han dado la baja, te vendrán genial esos días de descanso.

En una semana estoy por Madrid. Te aviso y nos vemos.

Piensa lo que te dije.

¡Ya te echo en falta!

Cinco días hace de este mensaje y he sido incapaz de responder, entre otras cosas, porque hacerlo sería tomar una decisión con respecto a su propuesta, y sí, una parte de mí lo está sopesando, pero otra está jodidamente enfadada con él. No solo porque afirme de forma tan tajante que a mí no me va el rollo de estar en pareja, sino porque encima se lo crea y se pase por el forro lo que yo sienta o deje de sentir. Y que, aun así, tengan los santos huevazos de proponerme irme con él y quizá, puede, tal vez, algún día... formalizar lo nuestro. ¡¡Qué quizá algún día llegue a enamorarse de mí!! Es que es de traca, vamos.

¿Y acaso puede una replantearse largarse con un tío como este a algún lado? Si te llamas Blancanieves Larios Alonso y has pasado cinco intensos años intimando y profundizando en un Rafa cariñoso, atento y de lo más romántico. En un hombre de esos que dejan huella, lo más probable es que no solo te lo replantees, sino que, en realidad, una parte de ti ya lo tenga bastante claro, aunque aún no hayas sido capaz de verbalizarlo. La jodida de Aurora me lee siempre como un libro abierto, será la deformación profesional. Porque esa propuesta es de hecho una declaración, es su manera de decirme que me quiere y que marcharse sin mí no es una opción. Rafa no es de los que hace nada por obligación, siempre se guía por lo que le dice el instinto; es

decir, su corazón. El origen de esos sentimientos a los que no es capaz de poner nombre.

Con la mirada perdida frente al espejo, recuerdo nuestro último encuentro en Londres, cuando siseó la propuesta en mi oído nada más terminar de correrse, además de un detalle que me ha venido ahora a la memoria como un fogonazo y que quizá, debido a la conmoción momentánea había obviado: «Somos nosotros, Blanca». Dos palabras que en nuestro peculiar idioma equivalen desde un «te quiero» a un «lo siento». Nuestro *yin y yang* del lenguaje. Puede resultar irónico que una frase recoja dos sentidos tan opuestos. O no. ¿Acaso el amor no abarca implícitamente el perdón? No conozco a una sola persona que no haya amado sin tener que pedir una disculpa al menos, una vez. No tiene nada que ver con amor tóxico, sino con una vivencia en la que inevitablemente siempre va a haber sufrimiento: hay dolor en el amor y amor en el dolor. Son las dos caras de una misma moneda, indivisibles, porque una cosa no puede ser sin la otra.

Cuando amas, te das al otro: confías, esperas, consientes. Pero hay una realidad que no se puede ignorar, y es que el otro nunca va a satisfacer al cien por cien tus expectativas, deseos y necesidades. Terminará provocando, en algún momento dado, un daño que se traducirá en dolor, en mayor o menor grado. Lo maravilloso es que ese dolor puede convertirse de nuevo en amor: propio o ajeno. Al final, a todos nos ha dolido el amor en algún momento, y Rafa y yo si de algo hemos sido conscientes desde el minuto uno ha sido precisamente de esto, de que alguno de los dos la cagaría, más de una vez, probablemente. Por ello, de manera instintiva, creamos nuestro propio lenguaje construyendo una frase mucho más honesta a nuestra realidad, abarcando algo innegable para nosotros: amar y disculparse tienen más sentido en una única oración.

Rafa nunca me ha dicho que me quiere de la forma corriente; yo tampoco a él. Pero creo que ya ha quedado bastante claro, que precisamente tradicionales no somos. Y reconozco que eso hace que me guste aún más. Tanto como para que en este momento de evidente desidia en el que me encuentro, Rafa sea el único que me insuffle ganas de vivir y de hacer cosas. Soy consciente de lo poco sano que suena eso, pero es la jodida verdad. Los únicos momentos en los que encuentro ese entusiasmo son a su lado. No hay nadie que me haga reír como él. No existe una sola persona que infunda tanta diversión en mi vida como lo hace ese eterno Peter Pan. Lo que me lleva a pensar: «¿Seré yo alguna clase de adicta a Rafa? Tanto como lo es él a mí, eso seguro. Al fin y al cabo, soy su relación más larga. Miento, soy la única que ha tenido, que no lo hayamos bautizado con palabras corrientes, no quiere decir que no lo sea. No aceptar una evidencia no hace que sea menos cierta. Así que... quizá me venga bien un cambio de aires. Tal vez marcharme a Dubái no sea tan descabellado y salir de mi zona de confort sea lo que necesito en este momento de mi vida».

El ruido seco que hace la puerta del baño al golpear la pared, tras la que entra una chica con un inesperado ímpetu, me empuja fuera de mi rumiación mental. También me lo tomo como una especie de... señal.

Blanca:

Sí, me voy contigo.
Somos nosotros, ¿no?

Bloqueo el teléfono y lo tiro dentro del bolso estirando de la comisura de mis labios hacia arriba, instigando una sonrisa que acalle el cosquilleo que ha despertado en mi estómago vacío. Abandono el baño buscando disimular el cúmulo de emociones dispares con pasos firmes hasta la mesa en la que me espera Aurora con un vaso de agua en la mano. Y es que, de momento, no voy a anunciar nada de mi nueva aventura hacia los Emiratos Árabes.

—He pedido nachos y tacos de atún, lo de siempre —me informa en cuanto tomo asiento

en el banco de madera para dos frente a ella.

—¡Qué sorpresa! —exclamo sarcástica—. ¿Con quién hablabas, por cierto?

—Me estaban confirmando lo del congreso aquel que te conté.

—«Psicología Positiva» se llamaba —recuerdo.

—Sí, finalmente quieren que vaya como ponente y abra el evento.

—Guay, ¿no?

—Sí, es una gran oportunidad.

—¿No iba a ir al congreso el médico aquel tan buenorro?

Uno de esos Pájaros Inversores, por cierto.

—Seguramente —responde desviando la mirada a la ventana que queda a mi espalda.

Traducción: el generoso doctor le interesa menos que Rafa, que ya es decir.

Aurora es la mejor como amiga y una gran profesional, pero también tiende a ser algo fría o distante más bien, y algo inflexible en ocasiones. Desde su última pareja, hace ya como un siglo, no ha vuelto a tener nada con nadie, ha salido con algún tío, como el médico ese, pero hasta donde sé, no ha pasado de un abrazo y un beso en la mejilla.

—Cuéntame cómo va todo, que como he estado tan desaparecida estoy un poco desconectada.

Ya que en el aspecto sentimental no hay nada nuevo bajo el sol, me intereso por el resto de áreas de su vida y de la de algunas personas que conocemos, porque seca es un rato, pero le gusta un cotilleo más que a una lectora del *Hola*. La escucho atentamente inaugurando los nachos que acaba de dejar sobre la mesa el camarero, mientras me pone al día sobre una movida que hubo en el gabinete de un colega suyo, y aunque no me pierdo ni una coma de lo que me relata, sí que pierdo el hilo un instante, porque con el primer bocado percibo que en realidad no tengo apetito, sino náuseas. Menudo contraste. Pero es que acabo de tomar una de las decisiones más importantes de mi vida, a pesar de que decida fingir cual actriz, tragando el bolo de comida que me cae al fondo del estómago como una pelota de petanca.

—¿Qué haces el jueves por la tarde? —pregunta repentinamente tras el repaso general.

—¿Ver Netflix?

Hace un movimiento negativo con la cabeza, aunque esbozando una sonrisa inevitable.

—Te he compartido una publicación de Instagram mientras estabas en el baño. Una compañera va a dar en el centro una charla sobre la ansiedad que te puede interesar.

Cojo el teléfono buscando el post al que se refiere para echarle un vistazo y fingir; aunque sea un poco, que tomo en cuenta su propuesta.

—Eso de que me interesa...

«Conoce tu ansiedad y aprende a manejarla». ¡Buf, qué pereza! Pienso mientras deslizo el dedo por la pantalla con hastío, al descubrir que se trata de una publicación en carrusel con varias imágenes sobre diferentes charlas. Me detengo en la de una rubia de vivaces ojos azules.

—Están haciendo un ciclo sobre algunos temas. Vete a ese también si te interesa —me anima al verme escrutando la foto de la encantadora rubia.

—*ELLA* me interesa —confieso, plantándole el teléfono en la cara a mi amiga.

—Mientras salgas de casa y no sea para ir a currar... Anímate a ir a la de Yolanda, es una eminencia en el tema de la ansiedad.

—Me lo pensaré.

—Deja de pensar tanto y mueve el culo, anda.



Moviendo el trasero tal y como me ha propuesto mi amiga, me he echado a andar tras el almuerzo y llevo ya cosa de dos horas y media de ruta por la capital. Partiendo de Chueca hasta el centro comercial ABC Serrano, que es donde se encuentra Habitat, una de mis tiendas de decoración favoritas dentro de las más comerciales. La mayor parte del tiempo me la he pasado fijándome en cada detalle: como los colores chillones de los textiles en los cojines, que contrastaban con las maderas naturales de líneas simples. Haciendo fotos, cogiendo ideas, inspirándome. Tanto, que he terminado en una cafetería apuntando en un cuaderno todo aquello que esta pequeña excursión por salones y estilos minimalistas me ha sugerido. He sentido que despertaba de un letargo y, sorprendiéndome a mí misma, he subido una foto a mi cuenta de decoración de Instagram *linking designs*, de una librería Camus de roble natural con escalera extraíble, una de mis favoritas. Y a mi cuenta personal, una instantánea del cuaderno con el café acompañada de la frase «fluyendo», en plan ambigua e interesante. Incluso me he animado a enviarle un *e-mail* a los dos contactos que me pasó Aurora que buscaban un decorador. Un poco tarde, soy consciente, y como sé que le he hecho un feo a mi amiga frente a esas personas, quería repararlo de algún modo, así que les he enviado una disculpa y una propuesta, a ver si cuela.

Por cierto, no soy interiorista profesional, pero sí he hecho varios cursos de decoración de interiores. El más prestigioso lo hice en Londres, cuando me mudé allí en mi primer año como TCP. Porque hay una diferencia entre un decorador y un interiorista, por ello, necesito aclarar con los contactos que me pasó Aurora qué es exactamente lo que necesitan. Un decorador de interiores se ocupa del resultado estético final de un espacio, e implica sobre todo elegir el mobiliario, los accesorios, los textiles y las lámparas, entre otros elementos de aquel espacio que se esté proyectando. Evidentemente, también es un experto en el uso del color, los estampados, los textiles y cómo combinarlos entre sí. Un decorador actúa por norma general en un espacio que ya ha sido estudiado y diseñado. Ahora, un diseñador de interiores, está habilitado para hacer lo mismo que un decorador, pero, además, tiene los conocimientos necesarios sobre la arquitectura, el estudio del espacio tan necesario para modificar instalaciones o tirar un tabique; es decir, todo lo que afecte al uso del espacio y a la funcionalidad en sí. Y yo para eso no estoy preparada o al menos así lo siento. Abandoné la carrera de Arquitectura el último año para hacerme azafata y poder así largarme de casa de mis padres, porque en aquel momento necesitaba una salida y esa me pareció simplemente perfecta.

Quizá cambié un sueño por otro, pero no es algo de lo que me arrepienta en absoluto. La decoración siempre formará parte de mi vida, aunque no sea profesionalmente. Me bebo todos los programas existentes de decoración, colecciono revistas, *AD* y *Arquitectura Diseño* son mis favoritas; tengo el placer de descubrir y empaparme de la arquitectura e interiorismo de otros países y culturas cuando viajo; y cuando veo una película o una serie, mi atención se la lleva una lámpara *mid century*, los espacios brutalistas o alguna escultura, la trama suele quedar relegada a un segundo plano. Así funciona mi mente, no puedo evitarlo, ni quiero, porque es algo con lo que disfruto. Me relaja. De alguna manera me conecta conmigo misma. De pequeña, cuando entraba en una tienda con mi madre o incluso cuando íbamos a la iglesia (aprovechando las horas perdidas que echábamos en aquel lugar), contemplaba el espacio buscando maneras de

convertirlo en pisos, imaginaba dónde pondría el dormitorio, la cocina, el salón y cómo lo decoraría. Es algo que forma parte de mí y que, en cierto modo, reconozco que también utilizo para «narcotizarme» (concepto acuñado por mi amiga Aurora), cuando la realidad no es como me gustaría. ¿Todos lo hacemos?, ¿no? Unos se sumergen en alguna ficción novelada que les haga distanciarse de su vida, otros en un videojuego, en la comida, el alcohol e incluso en una necesidad constante de mantenerse entretenido, como le ocurre a mi querido Rafa, el hombre Peter Pan. No obstante, me atrevería a afirmar que el día de hoy ha sido un avance en cuanto a desidia se refiere. Gracias en gran medida a las palabras de mi mejor amiga, que me han animado a abandonar, aunque sea por un rato, ese confortable estado.

He aprovechado este paseo para disfrutar en soledad de la ciudad y de la agradable temperatura que acompaña en este mes de julio, con los auriculares puestos escuchando el álbum de *Arena en los Bolsillos*, que siempre ha sido sinónimo de Madrid para mí. Manolo García es el cantante favorito de mi padre y escucharle es una vuelta a casa inmediata. A esa bonita época de bocadillos de tortilla en la Casa de Campo después de la eterna misa de los domingos. Odio todo lo que tenga que ver con la Iglesia, pero dominguear con la familia era de mis cosas favoritas, y Manolo García es, de hecho, cualquier trayecto en el viejo Citroen CX gris que papá heredó del tío Nacho, que cambiaba de coche como de camisa. También de mujer. Aquella cinta de casete negra abría con *Prefiero el trapecio*, mi canción favorita de aquel álbum, aunque lo que de verdad la hacía tan especial era que papá reservara un pedazo de tiempo casi cada día, para cantarla a todo volumen conmigo en aquella lata de cuatro ruedas.

Tarareando el tema con cierta melancolía, me dirijo a la parada de Rubén Darío para coger el metro ya de vuelta a casa. Por un momento, me parece ver a mi hermano al otro lado de la calle, en la terraza de un Starbucks justo cuando un autobús de línea decide plantarse en uno de los cinco carriles de la carretera que nos separa. Me detengo esperando a que el bus se ponga en marcha para comprobar si efectivamente se trata de Agustín; se me hace raro que ande por el centro entre semana. Y no creo que se deba a una reunión de la Iglesia; Vallecas le pilla un poco lejos. Vive y trabaja en Boadilla del Monte, a las afueras de la capital con su mujer Lola y mi preciosa sobrina Rut. Lo que me recuerda que pasado mañana es el cumple de la peque y aún no le he comprado nada. Supongo que de camino a casa haré una parada y así me lo quito de encima. Está visto que lo que no he hecho en meses lo voy a hacer en una tarde. Había pensado regalarle un minicaballito de madera y un maletín de acuarelas para niños que vi en El Corte Inglés, porque a la enana le fascina dibujar y tiene mucho talento. Y no es que lo diga yo, sino su profesora de la academia de dibujo a la que va desde hace ya un año. Cuando digo que le gusta dibujar es real, y sus padres tuvieron a bien en cuanto detectaron ese talento, apuntarla para que pudiera desarrollarlo.

Recordando el último dibujo que me regaló, de un caballo morado con patas rojas y crin amarilla de estilo algo cubista, vuelvo a visualizar a Agustín, confirmando que efectivamente es él, y que además le acompaña otro hombre que así, en un principio, no logro distinguir de espaldas.

El desconocido da un paso acortando mucho (muchísimo) la distancia hacia mi hermano, al que agarra de la nuca empujándolo hasta su boca, a lo que Agustín responde con un beso y aunque algo escueto, tengo claro que no es algo casual. Hay cierta complicidad en la mirada que le dedica mi hermano al separar los labios, en la caricia con el pulgar que recibe en la mejilla, en la íntima sonrisa que ambos se regalan; un compendio de detalles que se adquieren con el tiempo. Y ahí nadie parece sorprendido, excepto una servidora.

Me quedo sin aire escuchando el denso silencio que me ofrece mi corazón al detenerse

porque... reconozco al hombre que acaba de besar a Agustín. Y él a mí. Si fuera un dibujo animado, la barbilla me llegaría al suelo en este momento.

Doy un paso atrás incapaz de apartar la mirada de la dantesca escena, ensordecida por el bombo de los acelerados latidos que mi corazón da en respuesta al descubrimiento.

Sumergida aún en un extraño estado de irrealidad, logro parar un taxi que veo pasar en el carril más cercano y me lanzo dentro, tragando con fuerza, tratando de deshacer la presión asfixiante que siento oprimirme la jodida garganta. Y todo sin que mi hermano se percate de mi presencia, inconsciente de lo que acabo de ser testigo.

Dentro del coche echo un último vistazo a través de la ventanilla, ansiosa por comprobar si quizá lo que acabo de ver ha sido un engaño de mi mente. Ilusa de mí. Rafa apenas puede sostenerme la mirada, y aunque Agustín parece no enterarse, desde mi posición, el bochorno del piloto puede leerse con gran evidencia a pesar de la distancia.

Rafa, que nunca se avergüenza: no puede evitar hacerlo.

Yo, que rara vez lloro: derramo una lágrima que derribo de un manotazo rabioso.

Escondo mi rostro tras mi pequeña melena oscura, pidiéndole al taxista que arranque y me aleje de la mayor traición de toda mi vida, porque parece que no éramos solo nosotros.

Amor y dolor, dos caras de la misma moneda.

4

Rafa (2018)

Agustín me miraba con el asombro de alguien que contempla una aparición mariana.

—Estás llorando —afirmó la evidencia mientras la camarera dejaba las dos cañas heladas y la tapa de aceitunas entre nosotros, sobre una reluciente mesa de aluminio que recogía el calor del mediodía como una placa de cocina.

Llevaba tres años sin ver a mi hermano y dos sin hablarle. Era la primera vez que nos veíamos en todo ese tiempo y me acababa de enterar de que iba a ser tía. Tendría sentido emocionarse por ello, pero no fue debido a esa buena nueva que resbalara por mi mejilla aquella y solitaria lágrima, el verdadero causante de aquel hito fuiiste tú, querido Rafa.

He vivido tres grandes traiciones en mi vida, y dos de ellas tienen que ver directamente contigo. La primera de todas, justamente, tuvo lugar la noche anterior a ese reencuentro entre hermanos.

—Voy a ser tía —dije en voz alta tratando de asimilar la información, obligándome a forzar una sonrisa.

Claro que me alegraba, estaba feliz: sorprendida y feliz. Que a mi hermano le llamara la atención aquella muestra emocional en forma de lágrima era algo a mencionar, y no solo por todo el tiempo que habíamos pasado separados, sino porque nunca lloro. Como bien sabes, ya que en esto nos parecemos, llorar no es lo nuestro. Tú, porque no te sientes cómodo con el dolor; y yo, porque si existe un número de lágrimas por persona, una servidora se las fundió todas antes de los veintiséis, que era la edad que tenía en ese momento. Aunque, según parecía, alguna más tímida quedaba aún relegada en la recámara.

De ahí que mi hermano, al que parece conocer más bien de lo que jamás hubiera imaginado, sonriera socarrón y complacido ante esa repentina muestra sentimental tan rara en mí. Aun así, no mencionó más que aquella afirmación de asombro. Ya te habrás dado cuenta de que Agustín no es de los que meten el dedo en la llaga, no le gusta hacer sentir incómoda a la gente, cosa que podría haber hecho perfectamente remarcando el hecho de mi palpable emoción frente a él tras años sin hacerlo. Una sonrisa fue toda su respuesta antes de darle un sorbo a la cerveza recién tirada, que dejó en sus labios un rastro de espuma que parecía estar sellándolos.

—¡Enhorabuena, Tribbiani! —exclamé, levantando mi vaso a modo de invitación para un brindis.

La cerveza que derramó por mi mano a lo largo del brazo al brindar con Agustín, me retrotrajo al que hicimos tú y yo la semana anterior en tu casa, sobre el revuelto de sábanas húmedas de sexo y Moët, que vertimos en aquel juego en el que nuestra piel se convirtió en el encuentro entre nuestras ávidas lenguas y ese elixir tan caro.

—Gracias. ¿Sabes? Hacía tiempo que no me llamabas así.

Tardé en pillar a qué se refería, reconozco que no tenía la atención puesta en el momento presente. Descubrirte horas antes corriéndote en la boca de una belleza asiática, digamos que me dejó... algo dispersa. Pero logré apartar a un lado la imagen de tu semen resbalando por aquella piel desconocida, para lograr entender a qué estaba haciendo referencia mi querido hermano.

Matt LeBlanc, el actor que interpreta a Joey Tribbiani en la clásica serie de *Friends*, es calcado a Agustín, o Agustín igualito a él. De almendrados ojos alquitrán levemente curvados hacia abajo, enmarcados por unas pobladas cejas oscuras, como su abundante mata de pelo negro, de la que siempre le resbalaba un mechón sobre la frente como al actor en las primeras temporadas. Hoy, con treinta y ocho años, lo lleva más corto y ya pinta canas,

pero siempre he creído que de joven enseñaba la foto del actor en la peluquería para que se lo dejaran igual. En esa misma época en que todas llevábamos el peinado de la mítica Rachel, interpretada por Jennifer Aniston.

—Ya estaba perdiendo las buenas costumbres, Tribbiani —le dije a modo de aclaración a su comentario.

Es cierto que estuve tiempo sin llamarle de esa manera, y de ninguna otra, teniendo en cuenta que me pasé dos años sin dirigirle la palabra. El año pasado retomamos el contacto cuando me llamó para felicitarme por mi cumpleaños, pero aún no me salía dirigirme a él usando ese apodo. Al fin y al cabo, es un apelativo cariñoso para mí, que no me sentí cómoda a utilizar hasta aquel momento, que sin apenas ser consciente, abandonó mi boca con una naturalidad que ya ni recordaba.

—¿De cuánto está Lola? —me interesé.

—Acaba de entrar en la semana trece. —Achiné los ojos asombrada al escucharlo hablar con tanta propiedad de un embarazo, pero también porque requería de una traducción que entendió rápido—. Tres meses.

—¿Qué puesto te veo en el tema! ¿Y cómo se encuentra la futura mamá?

—Fatal, la verdad. Con náuseas, superrevuelta, vómitos... Las dos primeras semanas estaba obsesionada con todo tipo de encurtidos, sobre todo con las guindillas, pero pasó de comerlos a todas horas a aborrecerlos. Ahora ya está mucho mejor, dice que ni se acuerda de que está embarazada, solo porque cada media hora se está meando.

—¿Qué mal! Está claro que yo no estoy hecha para tener hijos.

—Pues yo creo que serías buena madre.

—Lo sería, no estamos poniendo en tela de juicio ese punto, solo que no me llama nada la atención traer ningún niño a este mundo.

La maternidad es un tema que nunca me ha resultado atractiva desde ningún punto de vista. ¿Me gustan los niños? Sí. ¿Quiero tenerlos? De ninguna manera. He alcanzado mis treinta y no he sentido ninguna especie de llamada procreativa de la naturaleza, ¿por algo será?, ¿no?

—Lo que está claro es que para eso necesitas a otra persona —bromeó.

Agustín desconocía que llevaba seis meses acostándome contigo. No compartí con él esa información, no era el momento.

—Me alegra que Lola ya se encuentre mejor. —Obvié su comentario volviendo a la persona importante en esta conversación: mi cuñada y la pequeña Rut que ya llevaba dentro—. Luego la llamo y hablo un rato con ella.

—Le alegrará saber de ti.

En el fondo, yo también de ella. Nunca hemos sido grandes amigas, pero siempre me ha parecido muy buena tía.

—¿Lo saben papá y mamá? —Me vi preguntando, no sé muy bien por qué, escondiéndome tras un gran sorbo de la pinta de cerveza; hacía rato que había pasado de la caña a algo más potente.

Agustín esbozó una sonrisa, animado por el repentino interés hacia nuestros progenitores.

—Aún no, quería contártelo a ti primero.

Mi respuesta fue un leve asentimiento mudo irrumpido por el petardeo interminable del tubo de escape de una moto que pasaba justo en ese momento. Dejando a su paso un extenso espacio para que se formara otra duda en mi cabeza, aunque esta no me vi capaz de pronunciarla. Pero Agustín, como si contase con alguna clase de telepatía, la respondió mirándome con ternura.

—Están bien. Papá te echa de menos, Blanca.

Aquello me conmovió, no como para soltar una lágrima, pero lo suficiente como para que estuviera a punto de hacerlo. Continué callada contemplando cómo Agustín desviaba meditativo la mirada hacia sus manos, que jugueteaban con las gotitas de condensación del cristal de su vaso, en alguna clase de debate interior.

—¿Qué quieres saber? —Le animé a que soltara lo que fuera que le estuviera rondando la cabeza.

Levantó la vista de la mesa con complicidad, al parecer la telepatía era algo que compartimos entre nosotros.

—¿Qué ocurrió con papá?

—No es a mí a quien debes hacerle esa pregunta.

Fui suave en mi respuesta, aunque el recuerdo de aquel episodio todavía sigue abrasándome por dentro.

—Pero te la hago a ti. Mamá hace como si no fuera con ella. —En cierta medida no lo hace, así que tiene algo de sentido. —Y papá...

—Él es el único que puede darte una respuesta. —Aquellas palabras salieron con dureza de entre mis dientes, con rabia más bien.

—Te echa de menos.

Y yo a él. Pero eso es algo que no iba a reconocer. Al menos de momento. Y justo en ese instante, como si de un llamado se tratara, comencé a escuchar un palmeo y una guitarra que me erizó todo el cuerpo. La pantalla del bar proyectaba en blanco y negro *Pájaros de Barro* de Manolo García: eso sí que logró empañar mi mirada y vibrar mi perpetrado corazón.

Mi instinto me impulsó a levantarme de golpe excusándome para ir al servicio y así ocultarme, pero antes de que me diera tiempo a dar un paso apareciste tú. Inesperadamente arrebatador con tus gafas de aviador y una radiante sonrisa que me entraron ganas de quitarte de un bofetón.

—¿Ya te ibas? —preguntaste divertido a modo de saludo, cogiéndome del codo.

—¿Qué haces aquí? —Contenía un huracán de emociones que me impedía ser amable contigo, ya que, en parte, tú eras culpable de ellas.

—Había quedado con un colega, pero me ha dejado tirado.

—Vaya, qué lástima. Entonces, ¿ya te vas?, ¿no? —espeté con sequedad.

Ignorándome y sin dejar de mostrar tu perfecta y reluciente hilera de dientes, me soltaste con el propósito de estirar el brazo en dirección a mi hermano, que se levantó para estrecharte la mano con presteza.

—Soy Rafa, encantado —dijiste, echándote atrás la desordenada melena castaña en un ademán de lo más sexy, para qué engañarnos.

Muy educado le pediste permiso a los de la mesa de al lado con el fin de robarles la silla y así, sin más concierto, te autoinvitaste a una reunión privada entre hermanos tomando asiento entre ambos.

—¿Queréis otra?

—La última, que tengo que volver a casa —te dijo Agustín mirándome inquisitivamente.

—¿Blanca? —te dirigiste a mí, pero no me diste tiempo a decir nada, ya que aprovechaste que la camarera pasaba por tu lado y la detuviste con una radiante sonrisa, la misma que hacía unas horas habías logrado fulminar de mi rostro—. ¡Perdona! Otra ronda por aquí cuando puedas. Gracias, guapa.

Tu habitual coquetería innata hacía incrementar mi ira.

—¿No ibas a ir al baño? —me recordó mi hermano.

—No, se me han quitado las ganas. —Estaba ocupada fulminando con la mirada al piloto redomado; oséase a ti.

Agustín, siempre discreto; pero muy intuitivo, decidió dejarnos a solas.

—Pues yo me estoy meando —se excusó, poniéndose en pie, echándose al gatzate el último trago de birra.

En cuanto mi hermano se alejó lo suficiente como para no escucharme, dejé salir todo mi enfado.

—¡Tienes unos huevazos!

—Bien lo sabes tú, ¿no? —bromeaste, guiñándome un ojo con la cabeza metida en tu propio culo.

—¿En serio no eres capaz de reconocer cuando sobra un chiste?

—¿Qué ocurre? —Clavarte la mirada fue lo único que necesité—. Pensaba que eso estaba aclarado ya, Blanca.

De cierta manera lo estaba, pero digamos que yo aún me encontraba asimilando que el trato que teníamos me hacía menos gracia que las cortinas de lamas verticales que se empeña la gente (con muy mal gusto) en poner en las oficinas. Te hago un rápido resumen de lo ocurrido aquel día, que quizá a esta altura de la película se te haya olvidado.

Unas horas antes de las cañas con mi hermano, la noche anterior para ser más precisa, entré en tu casa con la llave que me diste un par de meses antes con intención de facilitar nuestros encuentros, teniendo en cuenta que a veces nuestros horarios no coincidían. Ambos hacemos balseo; es decir, trabajar en una ciudad y vivir en otra. En nuestro caso es mucho más extremo, ya que vivimos en un país, España, y trabajamos en otro: Reino Unido. Esto es factible gracias a que hacemos largo radio (vuelos de más de seis horas de duración), porque en corto radio sería mucho más complicado. En principio parece mucho jaleo, y sí, es un poco caótico, no vamos a engañar a nadie a estas alturas, pero a ti te encanta no parar el culo quieto en un mismo sitio por mucho tiempo, y a mí me ha servido de excusa para pasar el menor tiempo posible en Madrid. Me gusta estar en casa, pero lo preciso. Además de que tú vives en un precioso piso de Malasaña, y yo en una ratonera con Miriam y la garrapata de su novio en Barajas; es decir, a tomar por culo de todo lo interesante que ofrece la capital.

Concretando, «me colé» en tu casa aquella noche, ya que días antes habíamos quedado en ello, no porque me diera el punto y quisiera darte una sorpresa de repente. Eso es algo que, de hecho, jamás se me ocurriría, porque sabría que sería probable que me encontrara con lo que justamente me topé esa noche en pleno salón, tras tu elegante sofa Natuzzi de piel marrón, en cuanto puse un pie dentro de tu carísimo piso de estilo minimalista. Y no voy a repetirme, ya he mencionado hace un rato la estampa, tan solo un apunte: tardaste en notar mi presencia

debido a que los ojos te daban la vuelta.

—¿Estás de coña?! —grité lo primero que salió de mi boca.

Tu acompañante desapareció con presteza en dirección al dormitorio tras mi exabrupto, pero apenas le pude prestar algo de atención, me encontraba en un iracundo estado de irrealidad que me empujó lejos de mi cordura. Muy, muy lejos de ella.

—¿Qué haces aquí? —Fue lo único que se te ocurrió decir sobre alguna clase de carcajada mientras te ponías los calzoncillos, porque resulta que aquello te parecía la mar de divertido. Lo que hizo aumentar mi cabreo.

Mi instinto me pedía que te lanzara algo para arrebatarte esa felicidad de la cara, el hándicap de la decoración minimalista y tu maniática practicidad, es que lo único que encontré a mano fue un cojín rojo de seda. Puto minimalismo inútil.

—¡Hijo de puta! —Afortunadamente logré que la cremallera te diera en la frente provocándote un corte del que brotó un diminuto hilo de sangre; aquello te quitó la sonrisa de la cara e instaló una no visible en la mía—. Teníamos un acuerdo.

Un acuerdo que consistía en el que podías acostarte con todos los tíos que te diera la gana, pero solo te acostarías con una única mujer: conmigo.

Fruncías el ceño y me mirabas confundido, hasta que... caíste en la cuenta.

—Es un hombre, Blanca —me informaste incapaz de ocultar que mi confusión te resultaba la mar de divertida.

El susodicho, que parecía estar esperando a ser mencionado para regodearse de mi evidente confusión y consiguiente vergüenza, regresó en ese mismo instante ya vestido y con una dignidad que ya me hubiese gustado tener a mí dadas las circunstancias, confirmando así tus palabras. Porque efectivamente se trataba de un hombre de brillante y larga melena oscura, piel tersa y nívea, y ojos delineados con un precioso maquillaje ahumado que despertó mi admiración. En mi defensa diré que portaba un aspecto que a día de hoy aún entendemos como «femenino», de ahí que mi mente me juzgara una mala pasada.

Nunca me importó que lo hicieras con tíos, al menos durante una temporada no lo hizo. Y soy consciente de lo estúpido que suena esto, especialmente viniendo de mí, que en cuanto a relaciones se refiere, ya sean de carácter sexual o románticas, el género de la persona es lo que menos me importa. Pero contigo..., contigo desde el minuto uno ha sido un sinsentido al que aún me encuentro trágicamente enganchada.

Descubrir que era un hombre y no una mujer, y que no habías faltado a tu palabra no hizo que mi ira disminuyese un ápice o que dejara de molestarme. «La belleza asiática» entraba dentro del acuerdo y me irritaba igual que si hubiese sido una mujer o una estantería Kayak, la verdad. Dicen que ojos que no ven, corazón que no siente. La putada es que yo aquel día me comí todo el nudo de la trama porno más mala y dantesca de la historia.

—Adiós, encanto —se despidió haciéndome un guiño el atractivo joven que, como mínimo, tenía que ser maquillador profesional; aquel ahumado era digno de una alfombra roja.

—No he roto mi palabra —me recordaste tras despedirte de «Jeffree Star».

—Eso parece.

—¿Qué haces aquí?

—Habíamos quedado —te recordé sin rebajar mi mosqueo.

Yo había confundido aquel tío con una mujer, no voy a discutir una obviedad, pero lo tuyo era peor: te habías olvidado de mí, obligándome a presenciar aquel íntimo y espeluznante encuentro.

—Me despisté, cariño, lo siento.

Plantándome frente a ti para mirarte directamente a los ojos, te recordé un hecho muy importante:

—La relación que tienes conmigo no vas a encontrarla con otra persona. Yo te comprendo de un modo que nadie lo hace. No lo olvides.

Esas últimas palabras las habías pronunciado tú mismo el día que me entregaste las llaves de tu casa, fueron, de hecho, tu argumento para dar aquel paso.

—Lo sé, Blanca. Eres muy importante para mí —reconociste, llevando tu mano a mi mejilla con calidez—. Eres mi ángel —concluiste con aquel apelativo cariñoso que usabas con mesura, reservándolo para momentos como ese.

—Pues no hagas que lo olvide.

Tu disculpa sonó sincera, pero fue una simple huida hacia delante, porque como bien descubrí aquella misma noche, en realidad, es lo único que sabes hacer. Lo que llevas haciendo toda la vida, porque los enfrentamientos nunca han sido lo tuyo, y eres capaz de zamparte tu orgullo con tal de evitar uno.

Me llevaste a casa en tu moto BMW roja de gran cilindrada, en un viaje que se me hizo especialmente

largo. Ni tus desesperados intentos de recuperar nuestra normalidad con tus habituales bromas, ni el forzado beso apasionado que me diste en la puerta de mi casa sirvieron de nada. Sabía tan impostado como el pegamento que le ponen a una pizza en publicidad para que el queso luzca más apetitoso. Sé que detestas vivir en conflicto, Rafa, pero a veces, es lo que toca.

Horas más tarde, apareciste inesperadamente en aquel bar del sector B de Boadilla en el peor momento posible: durante el primer encuentro con mi hermano en tres años, tras acabar de enterarme de que sería tía y cuando aún asimilaba que el trato que teníamos ya no me satisfacía.

Me encontraba en un bucle emocional que me obligué a poner en pausa durante unas horas.

—Eres clavado a Joey de Friends —le soltaste a mi hermano en cuanto volvió del servicio.

La apreciación animó a Agustín a contarte la vez que viajó a Nueva York y una mujer en el metro lo confundió con el actor, a pesar de que Matt Le Blanc ya rebasaba los cuarenta y mi hermano rondaría los veinte.

—Bueno, ¿y de qué os conocéis exactamente? —se interesó Agustín.

—Rafa es piloto.

—¡Anda! ¿También trabajas en British Airways?

—Por el momento —respondiste enigmático, y es que tus puertas siempre han estado abiertas a otros destinos, en todos los sentidos en los que eso sea posible.

No habíamos terminado esa ronda y ya tenías a Agustín enganchado a tus anécdotas de tipo que ha recorrido mundo, y lo que comenzó con un reencuentro entre hermanos, se convirtió en una cena para celebrar la reciente paternidad de mi hermano, culminando en un par de copas en un local de la zona. Aunque Agustín a la segunda se largó a casa en taxi, ya que Lola estaba requiriendo su presencia.

El buen rollo entre mi hermano y tú fue más que evidente, podrían haberos confundido con dos colegas de toda la vida perfectamente: misma edad, gustos parecidos y ahora que lo pienso, igual de cobardes. Un binomio perfecto, sí, señor. De ahí que ocurriera lo inevitable, que os hicierais amigos. Y bastante íntimos, según parece, ¿o acaso me equivoco, Rafa?

A ver, no voy a engañar a nadie a estas alturas, siempre he visto entre vosotros una especie de tonto inocente. Al menos así lo creía, nunca me lo he tomado realmente en serio. Mi hermano está felizmente casado con Lola y tú... jamás se me pasó por la cabeza que me harías algo como eso. Entiendo qué pudo ver Agustín en ti y también qué pudiste ver tú en el Tribbiani Vallecana. Un deportista nato que; aunque ahora ha echado algo de tripita y sus músculos se han redondeado descuidando esa definición que lucía en su veintena, no ha perdido un ápice de su encanto: dulce, atento y nadie como él para escuchar.

Por mi parte, Agustín nunca ha tenido conocimiento de lo nuestro, me lo ha preguntado en numerosas ocasiones, al fin y al cabo, has formado parte de muchos momentos importantes de nuestras vidas en los últimos cinco años: cumpleaños, navidades, ¡incluso estuviste en el treinta y cinco aniversario de boda de mis padres! Aun así, siempre he negado nuestra relación, muy complicada para explicársela al resto. La única que ha tenido verdadero conocimiento en todo este tiempo ha sido Aurora, que ya de por sí no es que te tuviera en alta estima precisamente, no quiero imaginar que llegue a enterarse del juego a tres bandas en el que andas metido.

Agustín, por otro lado, ha tenido la mosca detrás de la oreja desde el día que te conocí:

—¿Seguro que no hay nada entre vosotros?

Me ha machacado tanto con el tema a lo largo de los años, que hubo un día que, por un momento, se me pasó por la cabeza que quizá esa insistencia se debiera a un interés real por ti.

—¡Qué insistencia, macho! ¿Te gusta Rafa o qué?

—¿De qué hablas? ¡Si es como un hermano para mí! —me espetó muy ofendido en aquella fiesta de Navidad a la que casi no llegas por la huelga de controladores aéreos.

Ahora el «incesto» no le parece tan mala idea.

Lo que está claro es que algo me he perdido. Se me revuelven las tripas al pensar en ello, porque: ¿fue algo premeditado o surgió sin más? ¿Quién dio el primer paso? ¿Cuánto tiempo lleváis liados? ¿Esto es porque te da morbo tirarte a dos hermanos? ¿Agustín sabe lo nuestro o está tan engañado como yo?

Un millón de preguntas sin respuesta asaltan hoy mi cabeza, mientras mis recuerdos se aferran al día en que todo comenzó, ese en el que os presenté y el mismo en que te declaraste a mí por primera vez.

Tras aquel par de copas, lograste convencerme para terminar en tu casa, más concretamente sobre la encimera de granito de esta. Y allí, contigo aún dentro de mí, porque tienes esa maldita tendencia a decir cosas importantes cuando aún invades mi interior (en más de un sentido), pronunciaste por primera vez aquel «Somos nosotros, Blanca», arrollándome con el intenso azul de tu mirada.

Y sin que tuvieras que añadir nada más, lo comprendí. Entendí la disculpa implícita en esas dos palabras

por lo ocurrido la noche anterior, de una forma tan precisa, como que esa era tu manera única de confesar tus sentimientos hacia mí.

—Somos nosotros —te respondí de vuelta, sellando con un profundo y húmedo beso nuestro momento más romántico. Afianzando con ello el inicio de una comunicación íntima y honesta que nos dejaba a ambos más desnudos de lo que hubiésemos estado nunca antes.

Todo esto ocurrió seis meses después de nuestra «luna de miel» en Maldivas. Seis meses en los que estipulamos las reglas de un juego que funcionó casi a la perfección, por un tiempo. Porque siempre hemos sido muy honestos el uno con el otro, porque realmente te creí. Hasta ahora. Una nebulosa ha comenzado a empañar cada uno de los recuerdos que he vivido contigo, y comienza a costarme discernir si algo ha sido real.

Llegados a este punto, lo único que despiertas en mí es **PEREZA**.

Has sobrepasado todos los límites. Te has saltado todas las reglas.

Se acabaron las partidas, Rafa.

Blancanieves:
GAME OVER

ENVIDIA

Tania



«Sentimiento o estado mental en el cual existe dolor o desdicha por no poseer uno mismo lo que tiene el otro, sea en bienes, cualidades superiores u otra clase de cosas tangibles e intangibles».

5

—Estás muy delgada, a ver si comes más.

—Como, mamá, pero no engordo.

Bien es cierto que poco me he alimentado en los últimos dos días, el estómago ni me pide ni me acepta nada, lo que quizá acentúe mi ya normal delgadez.

—Deberías ir a ver a un médico, a ver si tienes una anorexia de esas... Hay uno en la iglesia que trata a chicas así.

CHICAS ASÍ. Conozco a mi madre lo suficiente para saber que es su desconocimiento el que habla, igual que muchas veces lo hace el machismo inconsciente que tiene incrustado en su interior debido a su ignorancia. Para lo de la homofobia no hay excusa, la culpable es la lobotomía que le hacen cada domingo en esa puñetera iglesia.

—¿Qué tal tu espalda? —me intereso, cambiando de tema, no voy a entrar en debates con mi madre a estas alturas. Me he pasado cuatro años sin hablarme con ella y no quiero encontrar una razón para volver a hacerlo.

Recuperé la relación con mis padres año y medio después de reanudarla con mi hermano, la diferencia es que con ellos no ha vuelto a ser la misma. El reencuentro se dio cuando Agus me llamó para informarme de que iban a operar a mamá de una hernia discal de la que llevaba muchos años aquejada. No pude estar cuando la operaron, porque le avisaron de un día para otro y me era imposible hacer nada con el curro. Pero logré que mis días de descanso me pillaran justo después de la intervención, así que estuve cuidándola en casa un total de nueve días. Con sus días y sus noches.

Fue raro, ya que no había pisado ese lugar desde los veintitrés y tenía veintiocho. Siendo honesta: fue un auténtico infierno. Con mi padre me dirigí la palabra lo justo y necesario, y con mi madre, que ya de normal es una persona... complicada, en plena poscirugía era una jodida pesadilla.

Haciendo eco a la verdad, mamá y yo nunca hemos disfrutado de una buena relación madre-hija. Para ella nada de lo que yo haga ha sido nunca suficiente, y puedes creermelo cuando te digo que me esforcé mucho por conseguir su aprobación, hasta que me cansé y me largué de casa. A esto hay que añadirle que, para la familia Larios, siempre ha sido más importante lo que ocurra de puertas para fuera, que lo que suceda dentro. Preocupados constantemente por lo que pensarán los demás, especialmente la Iglesia y su comunidad. ¡Y cuidado con ser tú mismo! Intentar ser genuino en esta familia es como tratar de atravesar un muro de piedra con un lápiz. Si te sientes muy esperanzado, puedes llegar a creer que es posible; yo misma lo sentí así en un momento dado, hasta que las astillas y la roca me hicieron tanto daño, que no me quedó otra que abandonar. Di media vuelta para tratar de encontrarme a mí misma de una vez, dejando atrás el

muro, lo que quedó de ese lápiz y a mi familia. Sigo convencida de que existe otra vía para atravesar esa muralla; aún no he dejado de intentarlo.

—... la verdad que me está ayudando mucho —concluye mamá, alabando las maravillas del nuevo fisioterapeuta al que lleva acudiendo desde hace un par de meses.

—Me alegro mucho —reconozco con una franca sonrisa, porque sé que lo pasó realmente mal y me alegra verla de tan buen humor.

Lo que no me gusta tanto es la mirada inquisitiva de esos ojos tan idénticos a los míos observándome de esa forma tan...

—¿Cómo va el trabajo?

—... tan de madre. Alguien que me explique por qué las madres son como sabuesos que lo huelen todo a kilómetros. A pesar de la poca conexión que he tenido toda mi vida con ella, la zorra sigue siendo de lo más perspicaz.

—Genial, no puede ir mejor —miento. Jamás reconocería delante de ninguno de mis progenitores algún tipo de atisbo negativo hacia mi trabajo, ya que eso sería un triunfo para ellos, porque «nunca debiste dejar la carrera de Arquitectura, Blancanieves»—. De hecho, me han ofrecido un puesto en Emiratos. —Continúo con la falacia, que despierta en mamá una marcada arruga en la frente haciendo que sus ojos esmeralda se oculten bajo los párpados, hasta formar una delgada línea verdosa—. Me lo estoy replanteando, así que al igual me marchó a Dubái.

Ni me han ofrecido nada ni pienso irme a ningún lado cerca del cabrón de Rafa, pero he sentido la necesidad de demostrarle a mi madre todo lo contrario a lo que de verdad está ocurriendo en mi vida. Así de patética soy, sí. ¿Su respuesta? Un silencio tan cruel y elegante como lo es ella. Ni un «¡enhorabuena, hija, te lo mereces!», «¡qué gran oportunidad!», «¡cuánto me alegro por ti!». Honestamente, a estas alturas de la vida tampoco esperaba más de la Reina Malvada; porque si yo soy Blancanieves en esta historia, a ella el papel de bruja le va que ni pintado.

—El rincón con el toldo ha quedado fantástico, ¿verdad? —comenta, ignorando por completo la información que le acabo de ofrecer, mientras juguetea con la cruz de oro que no ha dejado de colgar de su cuello desde tiempos inmemoriales. Y yo no puedo dejar de observar su inmutable melena rubia, que de la cantidad de laca que lleva parece una peluca de carnaval. Siendo tan opuestas y tenemos el mismo corte de pelo por encima del hombro, la diferencia es que yo conservo la naturalidad de mi melena azabache—. ¡Y la casita de madera no puede ser más bonita!

Echo un rápido vistazo alrededor, observando cada detalle, algo que me ayuda a calmarme de alguna manera, como alguna clase de meditación terapéutica para una amante de la decoración como yo, tomándome mi tiempo en contemplar cada elemento que compone el espacio.

Mi hermano y mi cuñada compraron esta casa poco antes de que Lola se quedara embarazada, pero fue a primeros de este año que decidieron invertir en una buena reforma del jardín. Antes no era más que hierba y una piscina de obra de cuatro por ocho muy desaprovechada. Ahora, por el contrario, es un espacio ideal para reuniones y eventos. A los dos les encanta traer amigos y montar fiestas en casa; bueno, eso es lo que dice Agus, pero Lola no es precisamente la persona más sociable que yo conozca, de hecho, es la más ermitaña. El caso es, independientemente de la fobia social de mi cuñada, que querían tenerlo listo para antes del verano, y estamos a dieciséis de julio, así que han llegado bien justos.

Y... no está mal, pero yo habría aprovechado el rincón para poner los sillones con un camino de piedras, y cubrirlo con un techo de madera y enredaderas, más que con un toldo.

Hubiese optado también por una cubierta para la piscina más que de cercarla, puesto que estropea sobremanera la estética; aunque entiendo que lo hayan hecho, ya que perdieron a Zuko, su carlino anterior, que cayó al agua con un trágico y triste final. Lo mejor de todo es que yo podría haber llevado a cabo dicha reforma, me pidieron que lo hiciera, pero... digamos que cuando me lo propusieron me encontraba en ese estado de desidia en el que he estado estancada los últimos meses, y me excusé diciendo que ya estaba liada con otros proyectos que me había pasado Aurora. Sí, esos de los que pasé olímpicamente.

—La casita es una monada —reconozco, adaptándome al drástico cambio de tema que mi querida madre ha decidido dar, observando a un montón de niños revolotear por ella.

Mi sobrina pegó un agudo chillido de alegría cuando la vio, desde entonces no se ha despegado de la pequeña casa, subiendo su escalerilla blanca y bajando una y otra vez por su tobogán violeta seguida del resto de niños bajo el cálido sol de verano. Sus persistentes risas se mezclan con la música y las conversaciones de los quince adultos que pululan por el recién estrenado jardín, bebiendo con moderación, aunque comiendo en exceso del ingente bufé que mi hermano y mi cuñada han preparado para esta celebración. Y yo no me incluyo entre el resto de adultos, porque mi caso es el contrario: apenas he probado bocado y voy por la tercera cerveza. Necesito fuerzas para compartir espacio y tiempo con mis padres, y más fuerza aún para no coger el micro del karaoke y cantar a todo pulmón eso de «rata de dos patas/te estoy hablando a ti/porque un bicho rastrero/aun siendo el más maldito/comparado contigo/se queda muy chiquito», de la maravillosa Paquita la del Barrio. Una gran señora que, para bien de muchas, entre las que me incluyo, compuso la mejor canción de despecho de la historia. No niego que haya venido escuchando la canción de mi casa hasta aquí en bucle, regodeándome en mi desgracia, con dantescas imágenes de mi amante y mi hermano proyectándose en mi mente. Y, aunque en mi cabeza suena la ranchera («maldita sanguijuela/maldita cucaracha»), lo que se escucha en los altavoces de este cumpleaños es otra cosa bien distinta (y más adecuada), una declaración de amor en toda regla que me produce urticaria cuando menos: *Hopelessly Devoted to You*.

Hace rato que está sonando la banda sonora de *Grease*, que es la película favorita de Rut, también la de su padre, de ahí el interés de mi sobrina por este clásico, ya que dicho musical le pillará ciertamente tarde, pero está en esa edad en la que comienza a obsesionarse por aquello que llama su atención.

Por un momento me sorprende deseando que suene algo de reguetón. Y para que yo diga esto debo de estar, como mínimo, amenazada de muerte, porque lo siento, pero donde esté el buen rock de los ochenta y los noventa que se quite todo lo demás. Ah, y Paquita la del Barrio, por supuesto.

A este panorama hay que sumarle lo deprimente que es escuchar a mi madre elogiar el último sermón del anciano (nombre que recibe el líder de la iglesia) mientras de fondo, una afligida Sandy le canta al reflejo de un joven Travolta proyectado en el agua de una piscina de plástico, al que le confiesa su amor. Y, aunque empieza a embargarme la misma emoción que a la rubia: «Lo siento mucho por ti, Sandy, pero me niego a ser igual de patética que tú, y menos en una fiesta infantil».

—Tengo que ir al baño —anuncio repentinamente a la Reina Malvada, que se muestra inquieta haciendo un nervioso barrido con la mirada a su alrededor.

—¿Y papá?

Lo encuentro de un rápido vistazo en un rincón junto a la piscina, charlando con el padre de uno de los amiguitos de Rut, pero no digo nada. Los recientes acontecimientos han incrementado

la profunda rabia que siento hacia cualquier figura masculina, y eso incluye también a mi padre, con el que para no saltarme las buenas costumbres, apenas he dirigido un par de banales palabras. Le saludé con una falsa sonrisa, recibiendo lo propio de su parte.

Me bebo la cerveza de un trago y me largo (dosis materna completada y rebosando), alejándome de la preciosa voz de Olivia Newton-John y de la de mi madre, que ha comenzado a parlotear de nuevo y, honestamente, no sé cuál de las dos me está resultando más deprimente.

Sigo el camino de pizarra natural que zigzaguea hasta la entrada trasera de la casa, pero antes de que pueda poner un pie dentro me cruzo con Lola, que lleva dos grandes fuentes vacías apiladas una sobre otra, parece que siguiendo mi misma dirección.

—¿Te echo una mano? —Sin darle tiempo a responder, le quito la porcelana de las manos.

—¡Ay, gracias! —exclama aliviada sacudiendo el brazo, y no es para menos, las bandejas de Villeroy & Boch pesan como dos chiquillos de esos que corretean por el jardín, y Lola es tan diminuta como cualquiera de ellos.

—¿Sabes dónde está Agustín, por cierto? —le pregunto, esbozando por quinta vez la falsa sonrisa con la que me he vestido hoy para la ocasión, esperando que no se me note la rabia que bulle en mi interior al pronunciar el nombre del bastardo de mi hermano.

—En la cocina, ha ido a buscar otro barril de cerveza. Ya que vas dentro, ¿podrías traer una bandeja de canapés? —me pide con ese tono suyo tan aséptico.

Y es que la pequeña abogaba no es lo que se dice especialmente cariñosa, o rara vez lo es, su carácter tira más por lo distante y reservado. No en plan mal, simplemente es así, lo ha sido desde que la conozco. Lola no es de las que te recibe con un gran abrazo y una radiante sonrisa. Su abrazo es más bien rígido y escueto, como la discreta elevación de la comisura de labios que habitualmente lo acompaña. Lo que me lleva a pensar si quizá ese sea el problema: ¿acaso ha estado buscando Agustín algo de calidez en otros brazos...?

—Claro, yo lo traigo, no te preocupes —respondo, observándola con cierta lástima mientras se da la vuelta tras un escueto «gracias», que hace ondear su oscura y brillante melena larga, y su vestido azul salpicado de diminutas flores blancas.

Me siento patética y desesperada, tratando de darle algún sentido a la escena que vi hace dos días. Me cabreo conmigo misma por buscar una causa que sitúe a mi cuñada como la culpable, cuando sea como fuere su carácter, no sirve como excusa para ser engañada. Agus ya sabía cómo era ella desde el minuto uno, y por lo que él mismo me ha contado en más de una ocasión, en la intimidad, mi cuñada es sumamente cariñosa y atenta con él.

Con este batiburrillo de pensamientos llego a la cocina, soltando las fuentes ruidosamente sobre el fregadero; a punto estoy de romperlas. El golpe sobresalta a mi hermano, que no me ve llegar, ya que se encuentra de espalda sacando algo de un armario. Y yo estoy que no puedo contener esto por más tiempo.

—¡Joder, qué susto, Blanca!

Lo de ocultar mis emociones nunca se me ha dado especialmente bien, a pesar de la práctica, pero tengo que decir que en este caso en concreto tampoco es que lo esté intentando con todas las ganas.

Respiro hondo observando a Agustín moverse por la cocina, quiero creer que calmándome, pero...

—¿Sabe tu mujer que te tiras a un piloto de treinta y ocho años? —Así, sin preámbulos ni nada.

Se gira con los ojos muy abiertos, con un gesto que abarca desde la sorpresa hasta el miedo, dándose un garbeo por el enfado.

—Puedes cerrar la boca, joder —me riñe entre dientes sin apartar la vista de la puerta de la cocina y cerrándola, controlando que nadie descubra su sucio secreto—. ¿Te lo ha dicho él? —Las arrugas de su frente desvelan una confusión más que evidente.

—Si os coméis la boca en plena Serrano, créeme, no hace falta.

—¡Mierda! —exclama echándose las manos a la cabeza, dando vueltas junto al ventanal de la cocina.

Desde el que por cierto, se ve a todos los invitados, y ellos a nosotros, algunos son miembros de la iglesia de la que mi hermano es pastor, uno muy querido, debo agregar. Casualmente Lola se gira en nuestra dirección. Agustín cambia con rapidez el semblante y deja caer los brazos al cruzar la mirada con su mujer, a la que regala una forzada sonrisa nerviosa mientras levanta la mano para saludarla con fingida complicidad.

—¿No es de ahora?, ¿verdad? —Decido comenzar el interrogatorio, que tras dos días dándole vueltas al asunto hasta mucho he esperado. Agustín responde con un imperceptible gesto negativo de cabeza visiblemente avergonzado. Mi pulso comienza a acelerarse—. ¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

Dándole la espalda al festivo escenario que se proyecta al otro lado de la casa, y con las manos aferradas al canto de la encimera titubea su respuesta.

—Solo es una cana al aire.

—¿Cuánto? —insisto, y él aparta la mirada claramente avergonzado—. Agus —le presiono, pero las palabras no le salen—. ¿Semanas, meses... cuánto? —Continúa sin ser capaz de mirarme. Me recorre un sudor frío—. ¿Un año? —suelto una franja de tiempo que solo de pensarla me encoge las tripas. Agustín cierra los párpados con fuerza, avergonzado—. ¿Dos? ¡¿Más de dos?!

Soy yo la que va a necesitar agarrarse a algo para no desplomarse contra el suelo. Y lo hago, aferrándome al canto de la encimera, escuchando los latidos de mi corazón por encima del gélido silencio que alarga mi hermano en lo que me parece una eternidad.

—Ocurrió unos meses después de que nos presentaras —se sincera al fin con la cabeza gacha y la vista perdida en el suelo.

—¡Eso fue hace cuatro años!! ¡CUATRO AÑOS! —exclamo con un regusto ácido cada vez más presente al final de la lengua.

—¿Quieres bajar la voz? —masculla con las mejillas levemente sonrosadas.

Me acerco para continuar con el interrogatorio a escasos centímetros.

—¿Rut había nacido?

—Aún no. Pero no es nada serio, de verdad, Blanca.

—Creo que voy a vomitar.

Y así lo hago, echando por el fregadero la cena de ayer: un mísero yogur con cereales, que fue lo único que me entró en todo el día tras descubrir el secreto que llevan escondiéndome por CUATRO AÑOS dos de las personas más importantes de mi vida.

—¿Blanca? ¿Qué...? —Solo necesito mirarle para que entienda rápidamente lo que aún desconoce.

—¿Tú y él...? ¡Joder! ¡¿En serio?! —Se me queda mirando fijamente, sin parpadear—. ¿Hace... cuánto? —titubea, porque creo que está más que clara la respuesta, va implícita en la papilla que acabo de dejarle en su bonito fregadero de nívea porcelana.

—¿Adivina? —agrego con una sarcástica sonrisa tras limpiarme la cara con un trozo de papel que encuentro.

—¿Cómo va esa tarta? —La voz de Lola irrumpe en una habitación en la que se respira de

todo menos celebración.

Debemos ser un cuadro desde fuera: Agus con la cara desencajada y yo aún sobre el fregadero vomitando comida y digiriendo hechos.

—¿Qué... qué ocurre?

El ambiente y nuestros semblantes no son precisamente los de una fiesta infantil. Aunque mi hermano logra salir de su estado catatónico más rápido de lo que claramente voy a hacerlo yo, si es que consigo abandonar este espeluznante limbo en algún momento. No hay suelo bajo mis pies, estoy literalmente paralizada.

—Blanca no se encuentra bien, voy a llevarla a casa.

Lola me mira interrogante, porque por muy resuelto que crea ser mi hermano, aquí huele a algo más que a una indigestión.

—Llevo unos días con el estómago revuelto —me disculpo, disponiéndome a limpiar el fregadero echando un chorro verde de jabón junto a otro de agua. No es mi idea dejar como recuerdo en la fiesta de cumpleaños de mi sobrina una pota en la cocina.

—Pero Rut va a soplar las velas —se queja mi cuñada en un susurro a su marido más decepcionada que enfadada.

—Me cojo un Uber, no os preocupéis.

Me suelto del fregadero, olvidando por un instante que el suelo había desaparecido para mí, lo que hace que pierda el equilibrio al erguirme, viéndome empujada a sujetarme al borde de la mesa para no comerme el carísimo suelo hidráulico del chalet de mi hermano y mi cuñada.

—Si no te encuentras bien Agus puede llevarte, Blanca —añade Lola con su suave voz de pajarito y una mano sobre el brazo de mi hermano, que parece haberse quedado mudo.

Intuyo que debe ser difícil pronunciar alguna palabra con los huevos apretándose la nuez. Sería una putada que se le desmontara a esta altura el teatro que ha montado respecto a su vida. Un pastor casado y con una hija, engañando a su mujer con un hombre durante cuatro años, no es precisamente el sermón que esperan escuchar los creyentes en el culto del próximo domingo.

—No os preocupéis, de verdad. Pedidle disculpas a Rut de mi parte. Gracias, Lola —le digo a mi cuñada forzando (por última vez) la sonrisa más amable que soy capaz de dibujar en mi cara dadas las circunstancias—. Creo que mejor me ahorro el beso —me disculpo, arrugando la nariz, haciendo clara mención a mi evidente problema estomacal.

Abandono la fiesta sin despedirme de nadie más que del perpetrador y su inocente mujer. A la que reconozco no haber podido evitar mirar con cierta lástima cuando la he visto aparecer en la cocina tan feliz de su ignorancia. Repulsión es lo que siento por mi hermano en este momento, algo que no pensé volvería a vivir tras abandonar la casa de mis padres.

Siete minutos después, en el Uber, recibo un mensaje del susodicho.

Agustín:

No sabía lo vuestro.

Jamás me hubiese liado con él de haberlo sabido.

Sigue escribiendo. Para. Pasa un largo minuto y vuelve a teclear.

Agustín:

¿Estás enamorada de él?

Blanca:

Estás casado.

Me pregunto si para ti eso significa algo.

Obvio deliberadamente la pregunta sobre mis sentimientos hacia Rafa.

Agustín:

¿Estás molesta porque engañe a mi mujer o porque me haya tirado a Rafa?

Blanca:

¡¡SAL DEL PUTO ARMARIO!!

En cuanto escribo el mensaje tengo claro que no va a responder, Agustín es un cobarde y jamás se ha hecho responsable de ninguno de sus actos a lo largo y ancho de su vida, porque para eso siempre he estado yo: santa Blancanieves, la salvadora oficial de la familia Larios. Pero no sintiéndolo una mierda por mi hermano, y sí por su mujer, va a tener que ser él quien se saque las castañas del fuego por primera vez en su puñetera vida, porque esta que está aquí dejó de ser la Madre Teresa hace ya tiempo.

Aprovechando que parece que se me ha pasado el mareo, cojo las ganas de liquidar, el odio y la rabia, y las intercambio por unas chulísimas Converse Chuck 70 color tierra estampadas con flores, que encuentro en el centro comercial que hay cerca de casa de mi hermano. Sí, soy consciente de que me he largado del cuarto cumpleaños de mi sobrina para malgastar mi pasta a quince minutos de su fiesta, pero me siento incapaz en este momento de compartir espacio y oxígeno con la rata de su padre.

Cabronazo. Apenas acababa de nacer mi sobrina cuando decidió que era buena idea llevarse la polla de Rafa a la boca. Siento ser tan explícita (bueno, en realidad no), porque tengo bastante claro que esto no se demoró demasiado en cuanto ambos decidieron cruzar la línea de amigos a amantes egoístas y bastardos.

Maravilloso, hermano.

Te has superado, Rafa.

Ya de camino a casa en bus y bicheando cuentas de decoración en Instagram tratando de desviar mis pensamientos hacia otros lares menos homicidas, me topo con la última historia de la Asociación Princesas Valientes en la que trabaja Aurora. Se trata de un vídeo informando que la charla de aquella rubia tan guapa que vi gracias a mi amiga la semana pasada, comienza en apenas cuarenta minutos. Interesante.

Al final no fui al rollo ese sobre la ansiedad, pero diré a mi favor que ya he comenzado a ponerle remedio a mi situación personal y emocional, así que está claro que ya no la necesito. He hecho un *planning* de contenido para @linkingdesign de todo el mes y he llamado a los contactos que me dio Aurora. Solo de uno he recibido respuesta, una pareja muy simpática con la que ya he quedado el miércoles que viene en su ático de Valdebebas para ver qué tienen en mente y hacerles un presupuesto.

He hecho pocos trabajos como decoradora; pero de vez en cuando cae alguno que sí, cobro en negro, porque en realidad soy azafata y ya realizo mi aportación al Estado por esta vía, y este *hobby* aún no me da ni para pagarme la cuota de autónomo. Aunque es cierto que con mi primer trabajo como decoradora, que le hice a una amiga hace ya unos años, me saqué mil euros redondos que, de la emoción, me gasté demasiado rápido. Aquella «paga extra» la invertí, irónicamente, en decoración para el piso que todavía hoy comparto con Miriam, porque nos mudamos a una casa con, literalmente, tres muebles: un sofá, una mesa con dos sillas y una cama que disfrutó Miriam desde el primer día, debido a que hasta la mencionada inversión yo estuve durmiendo en el roñoso sofá de dos plazas en posición fetal. Y a pesar del escaso tiempo que paso en dicha casa, reconozco que disfruté comprando cosas para convertirla en un hogar; aunque en realidad sea más el hogar de Miriam que el mío. Es ella la que disfruta del *chais*

longue, la tele de cincuenta y cinco pulgadas y la Thermomix que me vendió su prima y que en realidad terminé pagando yo sola a plazos. Aparato que, por cierto, jamás he utilizado. Porque yo según llego me meto en mi diminuta habitación a ver Netflix en el portátil tirada en la cama; ya dejé claro que los últimos meses no he tenido entusiasmo para mucho más. Lo más emocionante de mi tiempo libre siempre ha concurrido entre las cuatro paredes del pisazo de Rafa. Porque mi relación con Miriam hace aguas desde hace ya tiempo. Nuestro piso, por el que ambas pagamos alquiler, es en la práctica de Miriam y su apestoso novio Manu; yo me he convertido en una extraña que se cuela un par de días a la semana. Me siento más en un Airbnb que en mi propia casa. Qué triste, la verdad.

¿Dije que faltaban cuarenta minutos para la charla de la preciosa rubia?, ¿verdad? Pues, aunque llego quince tarde, me cuelo en el salón de actos de la Asociación tratando de entrar lo más discretamente posible, pero fallo de manera estrepitosa en mi intento, ya que se me escapa la pesada puerta provocando un golpe seco que interrumpe inevitablemente a la belleza rubia, además del chillido que emiten mis nuevas zapatillas al girarme tratando de detenerla. Todas las miradas reparan en mí.

—Lo siento —susurro, colándome en el primer asiento que encuentro libre en la última fila, hundiéndome en él.

—¡Bienvenida! —dice con cierta diversión Eva, que así es como se llama la atractiva ponente.

Las mejillas me arden con intensidad, delatando el bochornoso momento.

Contemplo a la rubia desenvolverse con soltura, adueñándose del espacio con una voz amable y dulce, pero también consistente, mostrando su dominio sobre el tema. Tiene algo enigmático que hace que no puedas apartar la vista de ella. Me gusta su sencillez y estilo, vestida con botines negros, vaqueros claros y una camiseta blanca con una manzana roja mordida, que muestra la bandera arcoíris en su carne. Bajo esta, en pequeño, también con los colores arcoíris, puede leerse «Fundación Poma». Capta mi atención el tatuaje que cubre su antebrazo, de una serpiente enroscada a lo largo de alguna flor que desconozco y que se desliza desde el codo hasta el dorso de su mano. Curioso.

Pasados unos veinte minutos en los que mi piel ha regresado a su habitual palidez y el público presente, mujeres en su mayoría, se han olvidado de mí, hasta yo lo he hecho, permanezco atenta a las palabras de Eva sobre la diversidad sexual: el sexo biológico, la identidad sexual, la orientación del deseo y la expresión de género del sistema sexual binario, además de las diferentes realidades de identidad sexual. Podría decir que conocía todo lo que ha expuesto, pero reconozco que es algo a lo que nunca le he puesto especial interés. Siendo franca, he pasado olímpicamente toda mi vida de tanta etiqueta, básicamente porque nunca he creído en la necesidad de estas.

No voy a negar a esta altura que no pasé por un proceso complejo con respecto a mi orientación sexual, Greg fue mi primer novio y pareja sexual de los trece a los dieciocho; y a los catorce me masturbaba con una foto de PJ Harvey. Fui consciente de que me atraían tanto los hombres como las mujeres desde muy temprana edad, y con el tiempo ese espectro se fue abriendo ampliamente. Y todo ello en una familia en donde salir de la norma no solo es que estuviese muy mal visto, es que era castigado y penado por «nuestra» religión, y precisamente debido a esto tuvimos que cambiar en un par de ocasiones de iglesia.

Cierto es que en algún momento fue confuso, pero una vez lo tuve claro, simplemente... lo tuve claro. De ahí que terminara yéndome de casa a los veintitrés, alejándome de un lugar en el que no se nos permitía ser, con etiquetas o sin ellas, a cada uno de los miembros de la familia

Larios Alonso. Desde entonces, mis relaciones han sido con personas de diferentes identidades, orientaciones, expresiones y realidades, según me han atraído sexual, emocional y/o afectivamente. Nunca he sentido la necesidad de que nadie se me presente con la etiqueta tal o pascual; aunque lo han hecho, y si le hace feliz a esa persona estupendo, pero a mí francamente me sobra. Dentro del espectro yo podría definirme como bisexual, aun así, no lo hago, ni tengo intención ninguna de hacerlo, creo que es algo que en realidad necesitan más los demás que yo misma.

—Por lo tanto, hay una sexualidad por persona en el mundo; es decir, más de siete mil millones.

Estas palabras de cierre por parte de la ponente desatan un aplauso ciertamente merecido, estoy casi segura de ello. A ver, si soy honesta, no le he prestado mucha atención a todo lo que ha expuesto, la he escuchado a momentos y otros solo la he oído de fondo mientras trataba de averiguar de qué color eran sus ojos: ¿azules o grises? Aún no he llegado a una conclusión clara. Además de pensar en las ratas de dos patas, especialmente en la rata de Rafa, que es el que ha estado jugando con ambos. Aunque debo reconocer que no puedo evitar sentir enfado con mi hermano, y no solo porque esté casado, es más egoísta que eso, se trata más bien de algo profundo que ha despertado en mí... celos. Putos celos. Teniendo en cuenta que Rafa lleva acostándose con los dos prácticamente el mismo tiempo, meses arriba (conmigo) abajo (con Agus), comienza a abrirse cabida un argumento que empieza a no parecerme tan descabellado: «¿Es más fuerte lo que siente Rafa por él que lo que siente por mí? ¿Qué hay realmente entre ellos?».

—Dije que dejaría un hueco al final para resolver dudas —informa Eva, sacándome de mis elucubraciones, echándole un rápido vistazo al Casio dorado de su muñeca izquierda—, así que si hay alguna pregunta estaré encantada de responderla —concluye con la mirada puesta en mí, a lo que respondo esbozando una tímida sonrisa algo tontorróna.

—Bien, tengo quince años y Eva los ojos grises más fascinantes que haya visto jamás. Confirmado.

—¡Yo quería comentar algo! —exclama una mujer situada en la primera fila de la sala, que así de espalda y por la voz aparenta unos treinta años. De frente igual cambia la cosa.

—Adelante, por favor.

—Me gustaría darte las gracias por la charla, ¡ha sido maravillosa y muy necesaria! —Eva ensancha la sonrisa en un gracias mudo, pero honesto—. Solo quiero denotar lo importante que es lo que has expuesto hoy, y no me quiero enrollar mucho; sin embargo, me gustaría contar mi historia por si a alguien le sirve de algún modo. —Vamos, que se va a liar como aquel pastor que tuvimos en la segunda iglesia y que predicaba a palabra por minuto, como si lo viera.

—Claro —le anima la mujer con los ojos más bonitos que haya visto en mi vida; es decir, Eva Hernández Del Río, @evahdzdelrio en Instagram.

—Soy toda una detective del SIGLO XXI, porque esta es otra de esas cosas a las que me he dedicado durante la hora y pico que ha durado su charla: investigarla. Y ahora, mientras la expresiva y generosa amiga nos cuenta lo difícil que fue para ella su adolescencia, porque sentía que no encajaba y no sé qué lamentos más, cotilleo su cuenta de Instagram, que para mi fortuna es abierta, aunque luzca más personal que profesional con un aire muy noventero y ciertamente melancólico. Una mezcla de imágenes originales y sacadas de internet con aspecto muy *aesthetic*... La mítica imagen de Cindy Crawford en vaqueros y *body* blanco con una Pepsi en la mano; Eva de espaldas jugando a un Arcade iluminada por una luz de neón rosa; tres Tamagotchis en una mano; Gwen Stefani en blanco y negro acompañada del texto y título de la

canción *Just A Girl*; una bonita boca de mujer que lame una piruleta corazón, que me gustaría afirmar que es la de Eva, pero no estoy realmente segura; un reproductor de vinilos sobre un sencillo mueble de pino acompañado de una colección nada desdeñable de discos situados en la balda inferior; una foto de un guapísimo y jovencísimo Matt Le Blanc en traje de chaqueta, que bien podría ser mi hermano con veinte años. Leo el comentario que acompaña la imagen: «Siempre fui más de Joey».

—¡No me jodas! —mascullo más alto de lo que pretendía, irrumpiendo la historia de la tipa de la primera fila, que como ya vaticinaba, continúa con su perorata—. Es horrible, debiste pasarlo fatal —arguyo empática tratando de salir del paso.

Lo que parece funcionar, ya que leo un gracias de sus labios sonrientes y descubro para mi sorpresa que, de hecho, debe tener el doble de edad de lo que había pensado.

Bajo la vista al móvil y me encuentro con algo más bochornoso: le he dado al puñetero corazoncito a la foto de Joey. ¡Joder, joder, joder! Levanto la vista de la pantalla y me topo de nuevo con la amable mirada de Eva que, aunque efímera, me da tiempo a cazarla.

—El caso es que etiquetarme como bisexual me ayudó a entender muchas cosas y a ganar más confianza en mí misma —continúa nuestra amiga. Voy a vomitar hoy por segunda vez. ¡Qué pesadilla con las putas etiquetas, en serio! ¿De verdad soy la única que piensa que restan libertad en vez de darla? —¡Soy lesbiana y orgullosa!

Qué alguien me pegue un tiro ahora mismo, he pasado más vergüenza en esta hora que en toda mi vida: SOCORRO.

6

Tania (2010)

—Soy lesbiana y me siento orgullosa de ello. —Entrecerré los ojos tratando de comprender esa imperiosa necesidad que veía siempre en la gente de parapetarse tras una etiqueta. Te diste cuenta de ello, de ahí que hicieras cambiar la dirección a la que parecían ir tus palabras para hacerme una pregunta—. ¿Cuántos años tienes?

—Cumpló los dieciocho en dos meses.

—El mismo día que yo cumplí dieciocho estaba saliendo por la puerta de casa de mis padres, porque mi familia nunca aceptó que me gustaran las mujeres.

—Entiendo lo que dices, y tiene que haber sido muy duro...

—¿Pero...?

—No te ofendas... —Te reíste con suficiencia, como si a esas alturas le dieras mil vueltas a la vida. Bueno, a mí me las dabas, claramente—. Si te soy sincera, no termino de entender ese sentimiento de... orgullo. ¿De qué se supone que hay que estar orgullosa?

—Cuando no has sido libre para ser y perteneces a un colectivo que ha estado oprimido y castigado a lo largo de la historia, tiene sentido llegar a sentirse orgullosa de ello. Es meritorio ser capaz de alzar la voz y decir: «Esta soy yo», ¿no crees? —argumentaste muy tranquila, con cierta dulzura, elevando la comisura izquierda de tu boca con forma de corazón.

—Supongo —dije encogiéndome de hombros, aunque seguía sin estar muy convencida.

—¿Cómo te defines?

—Ya conoces a mi novio —dije como respuesta, una a medias y poco clara, de ahí tu siguiente pregunta.

—Ya, pero... ¿Eres lesbiana, bisexual...? —preguntaste, pasándome el porro.

Mi presencia en aquella buhardilla que tenías alquilada a un primo no era fruto de la casualidad, sino de un claro interés por mi parte, teniendo en cuenta que había aceptado la invitación que me hiciste tras reencontrarnos en un bar una semana antes. Era la tercera vez que nos veíamos, pero la química entre nosotras era tan evidente, que hasta mi amiga Carla me preguntó si estaba pensando liarme contigo. Como mejor amiga mía que era, sabía que solo había estado con una persona en toda mi vida: Greg. Sin embargo, también conocía mi atracción hacia las mujeres y bromeábamos con ello; pero en aquella ocasión no fue un comentario de cachondeo, en sus palabras y su expresión con ojos muy abiertos leí alguna clase de ilusión que no supe interpretar, aunque intuía. Y es que Carla siempre estuvo enamorada de Greg y nunca me lo dijo, pero la confirmación me llegó en cuanto rompimos, puesto que comenzaron una relación que hasta donde sé, dura hasta la fecha.

—Solo he estado con Greg —concluí, dándole una calada a la maría.

Recuerdo marearme en dos ocasiones aquella noche; la primera, con la calada que le di a aquel porro; creo que mantuve el humo demasiado tiempo en mis pulmones mientras pensaba una respuesta, ya que me incomodaba tanta insistencia. La segunda, poco después, cuando descubrí lo que se sentía al besar a otra mujer.

—No es eso lo que te estoy preguntando.

—Si tengo que ponerle un nombre..., supongo que seré bisexual. Tampoco le doy muchas vueltas al asunto.

Me quitaste el *peta* de la mano para dejarlo sobre una montaña de cigarros y ceniza que sobresalía de un cenicero en forma de boca de mujer. Tomándote tu tiempo, apartaste un mechón de mi cara clavándome los ojos

más negros que haya visto en mi vida. Me contemplabas, acariciando con el pulgar la piel de mi mejilla descendiendo a la de mis labios, despertando una sonrisa que emergió de lo más profundo de mi ser: una de las respuestas más sinceras que haya mostrado jamás. De ahí que terminara inclinándome para romper la corta distancia que todavía nos separaba, con intención de sumergirme en esos carnosos labios.

Sabías a pecado, perdición, lujuria. Pero también a ternura, una que jamás había conocido antes. Me sentía tan desbordada, que con una mano sobre tu muslo desnudo, en el límite que marcaba tu vestido, me vi obligada a detener aquel beso.

El carmín burdeos había desdibujado tu boca y marcado la mía, tal y como pude comprobar en el espejo de molduras doradas que quedaba a tu espalda apoyado sobre el suelo. El pecho se me inundó de un cúmulo de emociones. No percibí ninguna parecida al miedo, al contrario, lo sentí como una enorme dicha que, de repente, no me sentí capaz de manejar; y así debiste verlo reflejado en mi rostro.

—Esta eres tú, Blanca.

Y solo fue un beso, pero hizo que me sintiera... libre, como nunca antes. Lograste que retirara esa máscara que había llevado cada día de mi vida frente a mis padres, la Iglesia, Greg. Aunque, siendo franca, fue cuando acepté tu invitación que corté el elástico de aquella careta, pero todavía me aferraba a cada extremo de la goma manteniendo un tenso puño sobre la coronilla. No obstante, en cuanto sacaste la lengua de mi boca, la mano con la que sujetaba aquel «disfraz» flaqueó y... dejó de existir máscara alguna que ocultara la verdad que habitaba bajo ella. Ahora bien, ¿me quitaba la máscara de la Blanca hetero o de la bisexual?

—Necesito ir al baño —te informé, y es que tus palabras despertaron algo en mí que aún hoy permanece prendido.

—Por esa puerta. —Señalaste la misma con tu larga y afilada uña almendrada.

Asentí, cogí el bolso y me encerré en aquel pequeño cubículo con un impulso que no quise detener, que no pude, de hecho, porque lo sentí tan natural; como si la vida siguiera su curso y yo no pudiera hacer nada por evitarlo.

Tras un par de vueltas sobre mí misma y con ese falso gesto como si me mordiera la uña del pulgar, tomé una decisión que llevé a cabo sin que me temblara el pulso. Escribí un escueto SMS que, en el mismo instante que le di a enviar, liberó algo en mi interior parecido a una astilla de la que logras al fin deshacerte. Y eso que solo se trataba del primer paso, después debía decidir qué hacer con aquel pedacito de madera, pero hasta entonces, dejaría que esa versión de Blanca que habías despertado, fuera y sintiera como no se le había permitido nunca antes.

Me lavé la cara dejando que el agua me liberara de cualquier rastro de esa antigua yo y desapareciera por el desagüe; no fuera que aún quedara adherido a la piel algo de aquel disfraz. Con la sensación de haberme quitado un gran peso de encima y con una radiante sonrisa, entré de nuevo en la habitación, dándole unos segundos a mis retinas para que se adaptaran a la penumbra que habías impuesto: velas blancas de diferentes tamaños repartidas por el suelo de la habitación recortaban tu voluptuosa y preciosa figura, cubierta únicamente por dos piezas negras de ropa interior.

Eras un sueño, aún lo sigues siendo en mi memoria, de piel tan pálida como la mía, que contrastaba con una abundante y larga melena azabache que rozaba tu cintura, bajo la que escondías unas mejillas encendidas que me obligaron a ahogar un suspiro, que acabó transformándose en alguna clase de gemido que nos hizo reír a carcajadas.

—Muy... bonito. Todo —afirmé con un doble sentido que captaste al vuelo, tampoco hacía falta ser muy avispada, teniendo en cuenta la manera en la que te admiraba, recorriendo cada níveo rincón de tu piel con la mirada encendida.

—Ven —me invitaste, alargando el brazo en mi dirección.

En una especie de estado hipnótico me acerqué ensordecida por la fuerza con la que escuchaba mi corazón latir, condensando una nube de irrealidad que se instauró sobre mí hasta que depositaste tus labios en mi cuello con suavidad. Entonces, se disipó veloz.

—Es tu primera vez —afirmaste, acariciando mi pelo, haciéndome ver que eras consciente de ello.

—Y me encanta la idea de que sea contigo —afirmé.

En general, nunca he sido una persona tímida, y esto incluye el ámbito íntimo y sexual. Y aunque fuera mi primera vez con una mujer, no era mi primera vez, así en general. No me sentí insegura en ningún momento, la sensación era más como de... expectación. Me dejé guiar por ti y por la experiencia que te otorgaban los cuatro años que me sacabas, pero no por ello me mostré como una muñequita que necesita que le digan lo que tiene que hacer; que no lo hubiese hecho nunca antes con una mujer no significaba que no hubiese pensando en ello. La

mayoría de ocasiones era Polly Jean Harvey la que me acompañaba en mis fantasías más húmedas.

—Habrá que hacer de esto algo memorable entonces —prometiste.

Siempre he sido de las que toman el control, y no tardé en demostrártelo, estrellándome sobre tu boca, ansiosa de ganas. Tú, manteniendo la calma, me desvestiste con paciencia infinita: tomándote tu tiempo en soltar, con esos gráciles dedos tuyos, cada botón de mi pantalón. Recuerdo llegar a exasperarme, hasta que cubierta solo por un tanga azul de algodón, me guiaste a lo que más espacio ocupaba en aquella habitación (además de mis ganas), un colchón sobre un maltratado parqué que sin duda había visto tiempos mejores, además de a muchas otras mujeres con las que también debiste hacer cosas memorables.

A horcadas sobre ti y con el mismo sosiego que habías establecido, dejándome llevar por tus tiempos, te besaba mientras mis manos descubrían lo que de verdad suponía acariciar la piel suave de otra mujer, atrapando entre mis dedos la carne que desbordaba de tus curvas. Fue como si se despertaran todos mis sentidos, como si, de hecho, debutaran aquella noche para ti.

No estaba acostumbrada a esa paciencia, a esa toma de contacto con la otra persona. Solo conocía el sexo con un hombre y, para mí, hasta ese entonces, consistía en un *sprint* hacia el orgasmo, un lugar ya demasiado conocido; contigo fue como perderme por el sendero de los rincones olvidados y jamás nombrados. Como las laderas a los costados del pecho, la meseta en la espalda baja o la estrecha vereda de las inglés. La paciencia de una mujer honrando otra figura femenina era algo que desconocía por completo, hasta aquella fría noche de febrero. A eso sí que no estaba acostumbrada, de ahí que por primera vez comenzara a soltar el control para entregárselo a alguien que, sin duda, sabía mejor que yo de qué iba todo aquello; y esa, por cierto, fuiste tú, la gótica más sexy que he conocido en mi vida. Tú, que dejaste un recuerdo indeleble tan fortuito como los eclipses lunares. Y fue justo en ese instante, cuando la media luna que encontré dibujada entre tus pechos cobró tanto sentido.

—Chica luna —susurré justo antes de dejar un beso en ese galáctico rincón de tu cuerpo.

Sonreíste invitándome en un grácil movimiento a que me tumbara a tu lado, depositando un suave beso en el cuello, tras deshacernos de aquellas prendas que aún nos cubrían. Acostadas, una junto a la otra, nos contemplamos bajo caricias furtivas y largos besos húmedos.

Sonaba *Please, Please, Please, Let Me Get What I Want* en el mismo instante que cubrí uno de tus pechos con mis labios, y aunque nunca fui muy fan de Morrissey, agradecí que junto a Johnny Marr hubiese creado aquel tema. Y sí, lo reconozco, después de aquella noche y de escuchar en bucle aquel disco de caras B de The Smiths, me volví una fan incondicional de la banda. También de ti, pero esto nunca se lo confesé a nadie, hasta hoy.

Me sentía como si me hubiesen soltado en un parque para el que no solo no tuve que pagar entrada, tampoco tuve que esperar largas e interminables colas: vía libre para descubrir mis atracciones favoritas. Permitías que disfrutara con cada nueva sensación, haciendo que el tiempo se detuviera, algo que no recuerdo me haya vuelto a ocurrir nunca más. Escucharte gemir, verte morderte el labio inferior y sentir el sabor dulce de tu piel en la punta de mi lengua provocaron una húmeda respuesta en mí, que pronto sentí resbalar por la parte interna de mi muslo, justo antes de que decidieras que había terminado mi momento como exploradora. Vi en tu mirada, aún más oscura, aquella determinación dominante que me hizo perder el aliento y, por un instante, me sentí virgen de nuevo, aunque no insegura, pero entonces sí, inexperta.

Tumbada de espalda, a tu merced, me dejé llevar anticipando lo que venía, viéndote descender por mi cuerpo, ese que ocultabas a tu paso bajo la frondosidad de tu cabello y la perdición de tu boca, que con gran maestría supo encontrar el punto exacto que hizo que casi perdiera la consciencia. Aferrada a las sábanas, mientras gemía entrecortadamente debido al juego que marcabas entre tu lengua y tus labios sobre los míos, los más íntimos, esos que nunca nadie antes había besado de esa manera. Todo era nuevo. Esa destreza no era algo que hubiese recibido de Greg, y mucho menos con aquella entrega. Gracias a ti descubrí el fascinante mundo del multiorgasmo; al tercero perdí la cuenta. El que llegó tras enlazar nuestros cuerpos, que friccionamos con delicados y placenteros movimientos de lo más imaginativos, permitiendo que nuestros centros sumaran un orgasmo tras otro, conectando el tuyo con el mío en un bucle casi infinito. Envueltas en un almizcle húmedo, resbaladizas y agotadas, permitiendo que todo volviera a esa normalidad a la que yo, personalmente, me negaba a regresar.

Desmadejadas sobre una red de sábanas revueltas, hablamos de aquel disco que sonaba una y otra vez, y de cómo nuestro primer y tenso encuentro, cuatro meses antes, había logrado convertirse en algo tan... épico.

Nos conocimos en una fiesta de Halloween a la que a mí personalmente ni siquiera me apetecía ir, pero Greg había insistido hasta el hastío para que le acompañara, y así hice, haciendo acto de presencia dos horas más tarde, porque tenía que ayudar a mi madre con un tema de la Iglesia. Me acoplé en el coche de uno de sus mejores

amigos que pasó a recogerme. El chalé en el que se celebraba estaba infestado de gente que, o no conocía, o me costaba reconocer bajo caras pintadas y repelentes máscaras de asesinos en serie. Yo formaba parte del primero grupo, al igual que Greg que, aunque tenía restos de pintura negra y roja por toda la cara y el cuello, no se ocultaba bajo ningún disfraz, aparentemente. Y no fue eso lo que me sorprendió, lo más terrorífico de aquella noche de los muertos de 2010 fue la tremenda borrachera que llevaba encima mi querido novio.

—Cariño, ¿estás bien? —elevé la voz sobre la de Marilyn Manson y su versión de *Tainted Love*.

Greg podría haber pasado por alguna especie de muerto viviente con aquellos trazos de pintura en su cara, la lentitud de sus movimientos y la aterradora ausencia de sí mismo que el alcohol, y diría que también algún otro tipo de sustancia había logrado despojarle de su verdadera esencia.

Era la primera vez que veía a mi novio en un estado como aquel y reconozco que me preocupó. Apartado del resto, apenas se sostenía en pie apoyado en el muro del jardín que rodeaba la casa, moviendo exageradamente un brazo balbuceando algo inteligible. Tardó como un minuto en reconocermelo, o en enfocarme, más bien.

—¿De... qué... vas... dis... fra... zada? —balbuceaba.

—¿Dónde está César? —Encogió los hombros tratando de llevarse patéticamente la copa a los labios para terminar echándose parte del contenido por el hombro—. Quédate aquí, no te muevas, ahora vengo.

—¡Sí, señor! —exclamo, lanzándome no solo lo que quedaba del cubata encima al hacer un intento de saludo marcial, sino también el vaso que rebotó en mi cabeza.

Afortunadamente era de plástico; que me dejara empapada apestando a ron barato fue lo que de verdad me puso de mala hostia.

—¡¡Joder!!

—Lo siento, *cadiiiño*.

Me largué en busca de un cuarto de baño y cuando volví, igual de remojada y con peor humor, me encontré a Greg tirado en el suelo del jardín con las piernas dobladas y el cuerpo encorvado entre estas. A su lado, de cuclillas, una chica de carnosos labios negros y lágrimas de sangre falsa resbalando por sus pálidas mejillas trataba de ayudarlo. Aquella especie de bruja triste eras tú.

Me quedé absorta observando la escena, viendo crecer algo desconocido dentro de mí: unos celos que nunca antes habían estado ahí.

—Ya te puedes ir —te espeté muy borde cuando me agaché a tu lado.

Pero no me hiciste caso, al contrario, tras obsequiarme una encantadora sonrisa, continuaste con tu labor tratando de ayudar a mi novio que, curiosamente, parecía conocerte muy bien; yo, por el contrario, era la primera vez que te veía en toda mi vida. Y podría parecer que actuaba como una novia celosa cuando te volví a pedir, menos amable la siguiente vez que te largaras, que ya me ocupaba yo. ¿Te cuento la verdad? Lo que realmente me molestaba era que esas atenciones no estuvieran dirigidas a mí, algo que reconocí cuando nos reencontramos en aquel bar de los Bajos de Argüelles tres meses después, y que confirmé al entrar en aquella pequeña buhardilla una semana más tarde. No tiene ningún sentido, lo sé, pero eso estaba ahí.

La cita que me pediste tras intercambiarnos los teléfonos en aquel antro nos llevó a uno de los recuerdos más memorables de mi vida, que quedó sellado para siempre con las últimas palabras que te dije antes de abandonar tu Volkswagen Polo Luna, un modelo que nunca antes había visto: ese satélite te acompañaba allá donde fueras.

—Adiós, chica luna.

Me dejaste en la puerta de mi casa, despidiéndote con un largo beso mientras en la radio sonaba *What's Up?* de 4 Non Blondes. Canción que marcó aquel momento de mi vida, porque no supe cuánto hablaba de mí hasta que abandoné aquella «luna» y me crucé con la decepcionada mirada de Greg, que permanecía de pie junto a la puerta de mi casa con la cara visiblemente desenchajada.

Sabía que estaba ahí, que nos «pillaría», porque fue a él a quien dirigí aquel SMS horas antes escondida en el baño de tu casa. ¿Quería que nos viera? La respuesta es obvia. ¿Me aterraba? Más que nada. Pero sentía que era la única manera de mostrarle, con alguna clase de rebeldía, que esa era la verdadera Blanca, y no aquel sucedáneo que él había moldeado a su manera como plastilina a lo largo de los años. Era el momento perfecto para abandonar aquellos juegos infantiles y revelar al fin que los Reyes Magos eran los padres o que tu novia quizá pudiera ser algo más que una muñeca de Play-Doh. Aquella noche a tu lado me había obligado a madurar de alguna manera, un cambio de escenario como el que supone marcharse de tu propio planeta transforma a cualquiera, que se lo digan a Ziggy Stardust.

Bajé del coche consciente de que, pasara lo que pasara, sería la última vez que te vería. Te alejaste, y con tu perfume impregnado en mi cuerpo me mantuve erguida, orgullosa y con la cabeza alta, mostrándome visiblemente

retadora frente a Greg. Al que la luz de la farola recortaba a su izquierda ofreciendo una rígida silueta que solo me permitía ver un lado de su rostro, lo suficiente para reconocer la dilatación de las aletas de la nariz debido a una fuerte respiración, que pareció ir calmando según pasaron los segundos. Recuerdo ver titilar en un momento dado la amarillenta luz que se proyectaba sobre él, casi como si hubiese sido cosa suya. Terminó por bajar la mirada, parecía que rindiéndose, cuando comenzó un acercamiento por su parte, y tres pasos suyos después, por la mía.

No sé cuánto tiempo pasamos en aquel enfrentamiento silencioso, pero se me hizo eterno.

Ya, frente a mí, tan cerca que me obligaba a elevar el mentón para poder mirarle a la cara, me cogió de la mano y tiró en dirección a mi casa con cierta brusquedad. Greg había perdido esa batalla, mas no pensaba perder la guerra.

—Mañana te recojo a la una para comer en casa de mis padres.

Asentí, abrí la puerta y me refugié dentro del portal.

Sujeté con tanta fuerza el manojito de llaves que me clavé la más pequeña en la palma: en el ascensor descubrí que me había hecho un corte más profundo de lo que pensaba.

Ya en mi habitación, me dejé caer sobre la cama con una enorme sonrisa en la cara, que se me borró de los labios a la mañana siguiente, pero que te reconozco, Tania, que permanece bien radiante a día de hoy en un rincón muy especial de mi corazón.

Greg y yo no hablamos sobre el tema. Durante un mes no se mencionó lo ocurrido, hasta que el día de mi dieciocho cumpleaños, el mismo en que Greg y yo hubiésemos celebrado nuestro quinto aniversario de novios, terminó conmigo. Sí, yo fui una cobarde esperando a que fuera él quien diera ese paso, el cual, por cierto, no fue para nada impulsivo. Como dije, Greg no es de los que pierden, siempre ha sido un gran estratega. *El arte de la guerra* era su libro de cabecera y, ese mismo día, dejó caer su bomba atómica. Le dijo a mis padres que me dejaba, porque era «una puta bollera y le había engañado con una tía», así, sin vaselina ni nada.

A mi madre casi le da un infarto, mi padre me miró con cara de desaprobación; siempre ha sido de pocas palabras, mientras que mi hermano fingió en casa la misma sorpresa que nuestros progenitores, para pedirme que le contara todos los detalles fuera de ella. Pero en cuanto Greg salió por la puerta, sus palabras también lo hicieron, era más fácil fingir que aquello no había ocurrido a tener que hablar sobre el tema. Suficiente tenían con los escarceos de mi hermano con otros tíos años atrás, esos que nos obligó a cambiar de iglesia, porque el niño no era precisamente discreto. De nuevo, aquello se encerró bajo llave, tener dos hijos con gustos poco ortodoxos no era algo que mis padres pensarán aceptar, ni mucho menos hablar. Y como de lo que no se habla no existe...

Cinco años después me revelé contra mi familia y estuve cuatro sin hablarme con ella.

Y sí, yo también actué de manera algo cobarde: no fui capaz de romper la relación con Greg consciente de que no solo es que estuviese rota, es que aquel no era un lugar que me hiciera feliz. Tampoco encontré la valentía para responder al mensaje que me enviaste al día siguiente, a pesar de que me gustabas y mucho. Me fascinaba esa manera tuya de ver las cosas, de restarle importancia a todo, de etiquetarte sin reparos, de sentirte tan libre, de ser tan jodidamente genuina. Incluso llegó molestarme y parecerme egoísta que fueras así de libre. Me dio vértigo sentir esa sensación de libertad a tu lado, no me veía preparada para ello. Me asustó que aquel momento fuera el mejor de mi vida, sintiéndome yo misma; aún no estaba preparada para anteponer lo que yo quería o sentía a mi familia. Hoy soy consciente de que despertabas en mí cierta **ENVIDIA**, porque sabías quién eras y te permitías serlo. Quizá, los cuatro años que me sacabas se traducían en experiencia, madurez, pero, sobre todo, en respeto: por ti misma y por los demás. Y eso me encantaba de ti. Yo, por el contrario, era la persona que todos los demás necesitaban y jamás me había hecho respetar. Aún no conocía los límites.

Fuiste importante, porque fuiste la primera.

Tú, tan libre, chica luna.

Aterrizar en la luna.

Un pequeño paso para Blanca, un gran paso para la mujer que llegaría a ser.

Rafa:

Acabo de aterrizar en Madrid.
Tenemos que hablar.

Parece que ha habido reunión de ratas en la alcantarilla, ni las Tortugas Ninja eran tan rápidas en congregarse, teniendo en cuenta que solo hace unas horas que hablé con mi hermano y la sabandija de Rafa no ha esperado ni a despresurizar el avión para escribirme. Ahora tiene prisa el niño, ahora que claramente debe conocer la conversación que he tenido con mi hermano, quiere él hablar conmigo. ¿Y dónde ha estado los últimos tres días desde que le pillé haciéndole una limpieza bucal a Agustín en pleno Serrano? Porque yo le vi, pero es que él también me vio a mí, incluso le envié un mensaje en el que dejaba bastante claro que se podía ir a tomar por culo (que continuara con lo que claramente ya estaba haciendo, vamos). Pero es que aquí el piloto, *aka* Rata de dos patas, a la hora de enfrentar suele ser más bien evasivo (a las pruebas me remito), tiende a hacerse el ingenuo dando espacio y tiempo a ver si con suerte la cosa se calma y entonces sí, hace acto de presencia como si nada hubiese ocurrido. En última instancia, si esto no le funciona, termina por disculparse, porque no es que huya del conflicto en sí, es conectar con el dolor lo que le hace desertar. Tiene bastante sentido que sea piloto, ya que tiende a estar en las nubes y a embellecer la existencia como si se tratara de un puto cuento de Disney, de ahí que todos le conozcan como el «gran optimista».

«Tenemos que hablar», el argumento más manido de la historia en boca de Rafa: no me encaja. De ahí que me haya quedado absorta mirando la pantalla del móvil, bullendo entre una profunda rabia y una inquietud que me está costando ser capaz de sostener. ¡¡Lo que sea que tenga que decir llega cuatro putos años tarde!! Sin acritud lo digo, de verdad, pero ¡qué le jodan! La única respuesta que va a recibir de mi parte es un enlace al vídeo de YouTube de la canción *Rata de dos patas* de Paquita la del Barrio. Espero que esta vez, sí pille la indirecta.

—¿Tú también eres de Joey?

Levanto la vista topándome con esa enigmática mirada gris que me ha tenido engatusada las últimas horas. Confundida, echo un vistazo a mi alrededor descubriendo que no queda nadie en el salón de actos, salvo la ponente, que me mira con cierta diversión y una servidora, que mira a la belleza rubia, algo distraída. Recibí el mensaje de la rata cuando la gente estaba empezando a marcharse; parece que el asunto me ha abstraído de la realidad más de lo que imaginaba.

—¿Cómo?

—¿También eres *Team* Joey? —pregunta de nuevo con una pícaro sonrisa mostrándome en la pantalla de su teléfono esa foto de Matt Le Blanc a la que le di un «me gusta» por error.

«En este momento no soy muy fan que se diga».

—Me has pillado. La verdad es que has despertado mi curiosidad —reconozco, haciendo alusión al hecho de que me ha cazado cotilleando su perfil.

—¿Y te gusta lo que has visto? —Mmmm... ¿Soy yo, o esa pregunta tiene doble sentido? Viendo mi cara de estupefacción, me aclara—: La charla, ¿te ha gustado?

—Muy... interesante —resuelvo incapaz de ocultar cierto recelo ante el dogmatismo de lo expresado esta tarde.

—¿Detecto escepticismo?

Muy perspicaz, también.

—¿Quieres que sea sincera? —propongo, inclinándome hacia delante, en cierto modo buscando algo de entereza, teniendo en cuenta que ella está de pie en una posición... más dominante, y yo sentada, teniendo que elevar la barbilla para poder mirarla directamente a la cara.

—Por favor —me pide más curiosa que preocupada ante mis objeciones.

—Reconozco discrepar en algún punto.

Sonríe y no con suficiencia, sino por pura diversión. Lo sé por la manera en la que se muerde el labio inferior tratando de contener una sonrisa que parece no terminar nunca.

—¿Algo que pudiéramos debatir tomando un par de cañas?

Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

—Me has leído la mente —miento.

—Espero que no, prefiero que seas tú la que me cuente en qué difieres exactamente.

—Pues oye, no se hable más —concluyo, poniéndome en pie al fin, descubriendo al hacerlo que no solo medimos lo mismo, sino que huele de maravilla, como a... ¿piruleta?

Avanzo por el pasillo central a su lado consciente de que tengo una sonrisa tonta dibujada en la cara y sorprendida de que me esté mirando los pies.

—Curiosas tus Converse, muy psicodélicas.

—Al parecer están inspiradas en la Madre Tierra —repito las palabras que el tío de la tienda me soltó hace unas horas—. De hecho, las estoy estrenando y, bueno, ya viste que quería hacer una entrada triunfal para celebrarlo —bromeo, logrando que eleve la comisura de sus labios que; aunque no están pintados, parecen estar levemente teñidos de un rojo más oscuro en la parte interna donde estos se juntan—. Por cierto, me gustaría aprovechar para disculparme; mis zapatillas psicodélicas y yo queríamos disculparnos.

—La verdad es que le habéis dado una nota de color a la tarde.

Siendo franca, es ella la que ha llenado de color la mía, que tras la huida del cumpleaños de mi sobrina se vislumbraba más bien oscura. Jamás hubiese creído que este día terminaría en una cita improvisada con una de las mujeres más atractivas que haya visto en mi vida. Pero aquí estamos, sentadas frente a un par de cervezas bien frías, en una taberna (bastante castiza) a unos pocos minutos de la Asociación, de los mejores bares de la zona según Eva.

Al salir nos encontramos con Bella, que es la dueña y señora de todo el tinglado de las Princesas Valientes, una tía muy maja que Aurora me presentó hace ya un tiempo y que hace una labor maravillosa ayudando a otras mujeres, todo sea dicho. Durante el paseo hasta aquí hemos venido hablando precisamente de ello, y de cómo es que yo conocía a Bella y a la Asociación.

—Entonces, ¿te dedicas a dar charlas como estas? —me intereso, agudizando el oído, que entre la música de fondo y un trío de señores que cada vez que se ríen, hacen temblar toda la colección de botellas que cubre la pared del fondo tras la barra y que alcanza casi hasta el techo.

—Entre otras cosas. Trabajo en la Asociación Poma, como bien sabes ya, y realizamos diferentes acciones.

—Qué interesante. Y, ¿cómo terminaste ahí?

—La sede central está en Barcelona, pero hace tres años querían abrir una filial aquí en Madrid y me propusieron que me encargara de ella.

—¿Eres de Barcelona?

—Sí, aunque me gusta considerarme un poco de todo el mundo.

Su respuesta provoca que el trago de las Pilsner Urquell, cerveza estrella de la casa por la que hemos optado, se me cuele por el lugar equivocado y termine tosiendo y riendo sin que pueda hacer nada por evitarlo. ¿Acaso acabo de encontrar a mi alma gemela?

—¿Has viajado mucho? —me intereso ya recuperada.

Y mientras me relata sus aventuras por los cinco de los siete continentes, y con Leiva acompañando sus palabras, me detengo a observarla con detenimiento. Apenas puede dejar de reír, una honesta e interminable sonrisa que desborda su mirada, de ojos amplios y tan expresivos, que parecen abrirse al mundo con un entusiasmo y alegría contagiosos. Acompaña su relato con su cuerpo y lo acentúa con gestos que enriquecen cada una de sus afirmaciones, hipnotizándome de una forma tan sutil, que cuando quiero darme cuenta, me descubro fascinada por esta Eva por la que, sin un ápice de duda, abandonaría el paraíso si me lo pidiera; como la canción que suena de fondo, es una *llamada* que no podría obviar, aunque quisiera.

—¿Eres de Madrid? —se interesa ella en esta ocasión, en cuanto termina de narrar el catastrófico viaje a Australia que hizo con su ex, una enfermera con la que estuvo saliendo catorce años justo antes de romper la relación definitivamente.

¡Catorce años! Lo único que me ha durado a mí tanto tiempo han sido las ganas de largarme de casa de mis padres.

—Por desgracia —reconozco.

—¿Por desgracia?

—Soy azafata, e igual que tú me gusta pensar que no pertenezco a ningún lugar en concreto y a todos en general. No me va eso de delimitarme a unos parámetros impuestos por el ser humano.

Levanta la copa de cerveza entre nosotras en una clara invitación a brindar, a la que me sumo con gusto y curiosidad.

—¡Por las ciudadanas del mundo!

El agudo choque de cristales es interrumpido por el camarero que, con las croquetas de jamón y un chiste algo casposo y de mal gusto acaba de perder la propina.

—¿Y cómo es eso de trabajar de azafata? Debe ser fascinante que te paguen por conocer mundo.

—Lo es, pero también agotador. Porque además hago *balseo*; es decir, que mi base está en Londres, pero vivo aquí en Madrid, por lo que siempre que trabajo me toca coger un vuelo extra de ida y otro de vuelta.

—Sí que tiene que ser agotador —reconoce con los ojos muy abiertos antes de hincarle el diente a una croqueta.

—Una se acostumbra y me hace feliz, que es lo importante. Quise ser azafata desde los dieciséis años, y a los veintitrés ya estaba volando tras abandonar Arquitectura a falta de tres asignaturas.

—Guau, eso es... muy valiente —admite con asombro.

—O una locura —puntualizo.

—A mí me parece de lo más admirable, dejar la carrera por algo que realmente te hiciera feliz es...

—Eso cuéntaselo a mis padres —la interrumpo justo antes de probar una de las croquetas más cremosas que haya comido en mi vida, realmente buena.

—No les hizo mucha gracia, vamos.

La misma que enterarse en mi dieciocho cumpleaños que era «una puta bollera».

—No especialmente. Y qué hay de ti, ¿tu familia está en Barcelona? —me intereso redirigiendo la conversación, poniendo de nuevo el foco en ella.

—En su mayoría. Mis padres están separados y *recasados*, tengo tres hermanos por parte de padre y dos por parte de madre. Todos viven repartidos por Barcelona, excepto mi hermana Júlia que está en Suecia.

—Vaya, ¡cuánta familia! Las reuniones tienen que ser interesantes.

—Lo son. Estamos muy unidos y en general hay muy buen rollo, incluso entre mis padres, que se separaron cuando yo tenía cinco años.

—Supongo que fue difícil para ti.

—Por un tiempo, hasta que nació Borja, mi primer hermano; entonces se me pasó la tontería. Es cierto que durante una época la relación con mis padres fue algo tirante y de altibajos, pero hoy estamos muy unidos y son un apoyo muy importante para mí.

Reconozco el pellizco de celos en cuanto veo cómo se le ilumina la mirada, volviéndose casi celeste al hablarme de su familia y la buena relación que mantiene con ella; y yo no estoy precisamente en mi mejor momento para sentir una honesta y visible admiración por esa fortuna.

—Voy al baño —le informo de manera algo abrupta provocando que el taburete chirríe al ponerme en pie.

—Claro, está por ese pasillo: primera puerta a la izquierda —me informa muy amable, como es ella, pero visiblemente confusa ante mi extraña y repentina actitud.

Con un gracias susurrado y evitando cruzar la mirada con ella de nuevo, cojo el bolso y me marchó con paso acelerado. Afortunadamente el servicio está libre, un cubículo amplio preparado para dar acceso a personas de movilidad reducida en el que me encierro casi con desesperación.

No tengo ganas de llorar, no he vuelto a hacerlo desde que me bajé de aquel taxi al que me lancé tras encontrarme a Rafa y Agustín dándole rienda suelta a lo que sea que exista entre ellos. Sencillamente me siento algo sobrepasada con todo lo ocurrido. Las lágrimas de decepción fueron sustituidas por una ira y rabia desmedidas y sí, también por unos inevitables celos del demonio. Celos de mi hermano y ahora, celos de Eva y de su familia disfuncional, aunque perfecta.

Ver hoy a la mía, desde luego no me ha ayudado en lo más mínimo, solo me ha recordado que, aunque nos hablemos de nuevo, la relación sigue dando auténtico asco, en especial la que tengo con mi padre; y eso lo llevo muy mal. Como una patada en la entrepierna o un puñetazo en el ojo. Y más si pienso en el detonante que provocó el distanciamiento entre nosotros, entonces la patada en la entrepierna se convierte en una paliza de proporciones épicas infligida; además, por mi propio padre. Me compadezco de mí y de mi existencia. Apaleada por toda la gente que quiero y en la que alguna vez he confiado.

El teléfono vibra en mi mano.

Un nuevo mensaje de Rafa.

Rafa:

Sé que lo he hecho mal, debí habértelo contado.

Pero en realidad no he roto nuestro trato.

—¿¿¿Estás de coña??!! «Debí habértelo contado» dice. ¡Debías haberte guardado la polla! ¡Eso tenías que haber hecho! —exclamo en voz alta desahogándome.

Encima se escuda en no haber roto nuestro trato, con dos cojones. Y se queda tan ancho.

De nuevo, respondo enviándole el mismo vídeo, porque no va a recibir de mí más que eso: palabras de desprecio cantadas por alguien tan sublime para ello como Paquita la del Barrio. Y no le envió el *I Am What I Am* de Gloria Gaynor a mi hermano porque... bueno, en realidad no sé por qué.

Tengo que cortar con esto, apartarlo a un lado, me niego a arruinar esta cita improvisada de la que en realidad estoy disfrutando mucho por algo que, aunque aún no es pasado, va a serlo dentro de muy poco. Una palada más y todo quedará sepultado bajo tierra. ¡Qué les jodan!

Regreso a la mesa, procurando cambiar de semblante a cada paso, sacando lo malo, para hacerle espacio a lo bueno que me está trayendo esta noche y la compañía de esta divertida socióloga.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, genial —aseguro, forzando mi sonrisa y alguna clase de excesivo entusiasmo—. ¿Pedimos otra?

—Claro —responde tras escrutarme con pausado detenimiento, afilando inevitablemente la mirada—. ¿Seguro que estás bien? —insiste, intuyo que no muy convencida, por la manera en la que alarga el brazo sobre la mesa para alcanzar mi mano y cubrirla con la suya, en un gesto que logra deshacer mi débil disfraz.

—La verdad es que no —confieso con una mueca que muestra mi inevitable hastío; y es que Eva hace que me sienta cómoda a hacerlo—, están pasando ciertas cosas en mi vida en este momento.

—¿Quieres hablar de ello?

—Creo que no, pero gracias. —Libero el pulgar para deslizarlo por el dorso de su mano en una caricia que se alarga lo que nos sostenemos la mirada, una de esas que dicen mucho sin necesidad de pronunciar palabra. Porque a ver, una no nació ayer y existe cierta química entre nosotras. Yo no fui a esa charla porque me interesara especialmente el tema y ella, además de proponer esta cena, no ha dejado de echarme miraditas en la hora y media que ha durado su exposición—. Estoy muy a gusto ahora aquí contigo, y si vamos a estropearlo... prefiero hacerlo bien, con clase —bromeo, tratando de distender el ambiente, que se ha puesto un poco intenso—, por algo como las razones que nos han traído hasta aquí, porque te recuerdo que difiero de tu interesante charla de esta tarde.

—Me parece buena idea. —Oculto una sonrisa tras el cristal de su copa de cerveza, procurando fingir seriedad—. Dispara —me anima con la espalda apoyada en el diminuto respaldo del taburete.

—No creo en la necesidad de tanta etiqueta.

—Así que eres de esas... tenía que haberlo visto venir.

—Vaya, ¿hay más como yo?

—Como tú no, pero sí con tu discurso. —Me gusta esa respuesta—. Es curioso que te cuestiones las etiquetas en esto, y no te las cuestiones en el día a día. Al final, funcionamos con etiquetas, Blanca. Etiquetamos todo y tú no has dejado de hacerlo desde que nos hemos sentado.

—¿Cuándo he hecho yo eso? —Intuyo por donde va, pero me gusta la idea de hacerme la sorprendida.

—Me has dicho que eres azafata, impulsiva en algunas ocasiones e independiente —repito mis palabras, esas que yo misma he pronunciado cuando le contaba que de niña el actuar sin

pensar me trajo algunas consecuencias, y que siempre fui muy independiente—. Te estás etiquetando constantemente, y esto no te lo cuestionas, porque al final son etiquetas muy normativas, muy genéricas, muy... implementadas. Pero cuando utilizamos etiquetas que no son tan aceptadas como soy gay, lesbiana o bisexual, ahí es cuando empiezas a cuestionarte. ¿Curioso, no crees?

—Un punto de vista interesante, con sentido y bien argumentado; aunque en este aspecto yo no necesito etiquetarme, son los demás los que necesitan que lo haga, y que me «obliguen» a hacerlo es lo que no entiendo.

Como tampoco que la peña grite a los cuatro vientos si le gustan las pollas, los coños o una mezcla de ambos. Innecesario.

—El problema no es tanto la etiqueta como el uso que hacemos de esta. Si yo te digo que soy lesbiana, y tú estás viendo una lesbiana delante: tú estás haciendo un mal uso de la etiqueta, porque yo además de lesbiana, soy mujer, socióloga, trabajadora... —Inteligente, guapa, sexy... —. A veces, lo que más nos llama la atención es lo que más enjuiciamos, porque lo que damos por hecho y es natural, transita de manera orgánica. Lo que te hace saltar es posiblemente lo que más enjuicias.

¿Enjuicio yo la bisexualidad? No lo creo.

—Tengo problema con tener que encasillarme, no tengo problema con mi bisexualidad.

—¿Seguro? —pregunta, pero lo hace de manera casi retórica, sin darme lugar a réplica—. En esto precisamente consiste mi charla. La idea no es que tú solo veas esa etiqueta en la persona, la idea es que tú te des cuenta de que tú y yo somos personas diversas y tenemos millones de etiquetas: que veas a una persona en su estado global. Ese es realmente el *quid* de la cuestión: qué uso estás haciendo de esa etiqueta.

—Entiendo lo que dices y me parece completamente coherente y con sentido, pero en este sentido, ni necesito ni quiero etiquetarme.

—Es una parte de ti que te define, pero no lo hace totalmente, Blanca. Me da la sensación de que eso es lo que te incomoda, como si decir «soy bisexual» anulara de alguna manera todas las demás etiquetas que te definen. Como si ser bisexual te hiciera perder tu identidad completa. —¿Y no es acaso cierto que lo hace? Definirme como bisexual o gay en mi familia es anular todo lo demás: a la vista está. Da igual que sea una mujer inteligente, creativa y que me gane la vida haciendo algo que me haga feliz, en última instancia, para mi familia, esta condición suprime todo lo demás—. Definirte en este aspecto puede hacer que dejes de pertenecer a un sitio, pero lo maravilloso es que entras a pertenecer a otro. De la misma manera que no tienes que ir todo el día con la etiqueta colgada, ¿acaso llevas la etiqueta de azafata todo el día puesta? No lo creo. Haz tuya la etiqueta. No es tanto que le sirva al otro, es que te sirva a ti.

Me mantengo reflexiva, Eva me da espacio y tiempo para que lo haga, intuyo que debe ser visible el entramado de pensamientos e ideas que, como un manojo de cables liados entre sí, comienzo a deshacer con la mirada perdida entre sorbo y sorbo de la lager y, por un instante, siento que estoy a punto de desentramar ese caos que me ha acompañado toda mi vida. Me fui de casa de mis padres precisamente para poder *ser*, sin necesidad de etiqueta: ¿me daba miedo hacerlo por dejar de pertenecer de una forma más real a mi familia? ¿Y mi hermano?, ¿se encuentra también en esa encrucijada? Siento que estoy a punto de dar con algo cuando el camarero me empuja fuera con cierta virulencia con su repentina llegada.

—¡Por aquí tienen su pincho de la mejor tortilla de Madrid!

—Me has dado qué pensar —admito en cuanto se larga con el plato vacío de las croquetas.

—De eso se trata, de cuestionarse. No tienes por qué estar de acuerdo con mi discurso, pero

ser capaz de reflexionar sobre nuevos pensamientos es un paso que muy pocos están dispuestos a dar.

—Bueno, siempre he pensado que ser de ideas rígidas es morir en vida. ¿Acaso no es la vida un constante cambio de opiniones? ¿Pienso igual que lo hacía a los veinte? Es cierto que algunas cosas se mantienen, pero otras...

—Es un ejercicio que muestra mucha valentía, y claramente tú lo eres, Blanca.

—Gracias. Ya me has etiquetado dos veces de esa manera —bromeo, pero ciertamente complacida de que Eva me vea tan... «valiente»—. Dicen que vemos en los demás lo que llevamos dentro, así que la valentía también es una de tus etiquetas y a las pruebas me remito, porque esta cena improvisada es claramente una muestra de ello.

—Y no me arrepiento en absoluto.

—No me verás a mí quejarme, te lo aseguro.

Es obvio que nos sentimos muy cómodas la una con la otra, durante los silencios que se han ido dando a lo largo de la noche, hemos continuado comunicándonos con la mirada, sin prisa y en comodidad, como ahora. Puede que nuestros cuerpos se encuentren en una de las mesas altas junto a la ventana de este bar con solera del centro de Madrid, pero la conexión que se percibe entre nosotras, aunque menos tangible, no sabe de espacio ni de tiempo.

—Eres una nostálgica —afirmo, descolocándola por completo (era lo que pretendía), empujándonos a ambas fuera de ese misterioso limbo casi astral—: Tu *feed* de Instagram.

—Pillada. Qué puedo decir, me hubiese quedado siempre en los noventa.

—Fue una buena época, estoy de acuerdo contigo.

—Y a ti te gusta la buena música —concluye con la vista en mi torso haciendo un leve movimiento de cabeza.

Agacho el cuello en dirección a su mirada, descubriendo, porque ya ni me acordaba, que llevo una camiseta blanca con los miembros de Queen de la época setentera y el nombre del grupo en un azul apagado.

—El rock es lo mío.

—Se me acaba de ocurrir una idea que posiblemente podría animarte.

—¿Ah, sí?

—¿Tienes prisa por volver a casa?

Más bien por no hacerlo. Miriam y Manu no me echarán de menos, ni yo a ellos y sus bochornosas borracheras de sábado.

—Ninguna.

—Entonces, tenemos plan.



Me gusta el rumbo que está tomando esta noche no planeada. ¿Dicen que esas son las mejores?, ¿no? Pero es que literalmente nos acabamos de conocer y me siento tan cómoda con ella..., pero no en plan como si fuéramos íntimas de toda la vida, ¡qué va! Lo fascinante de Eva es que me resulta un enigma del que quiero saber más, como un libro trepidante y divertido del que no puedes apartar la mirada, porque necesitas saber qué ocurrirá.

Y como si de hecho, fuera ella la que me conociera a mí a la perfección, me trae a uno de los mejores locales de música rock de todos los tiempos.

—No me lo puedo creer, ¿seguro que no lees la mente o algo? —confieso frente a la puerta del mítico Rockers Bar. Animada, haciéndole un *ranking* de mejores discos de la historia, ni me había fijado adónde me estaba llevando—. Durante la carrera pasé más tiempo aquí que en clase. ¿Cómo es que conoces tú este sitio?

—No eres la única con buen gusto musical.

Efectivamente no lo soy, y a las pruebas me remito: al incontable número de canciones que bailamos juntas y cantamos, incluyendo algunas de mis favoritas como: *Boys Don't Cry* de The Cure, *Beautiful Ones* de Suede, *You've Got the Love* de Florence and the Machine o *Bohemian Rhapsody* de Queen.

Hace unos minutos que Eva se ha marchado al baño, así que he aprovechado para pedir otra ronda, seguimos con la cerveza; aunque esta vez nos hemos pasado a algo más potente, la 1906. Y voy a tener que relajarme, con un vómito al día de verdad que tengo suficiente.

Apoyada en la barra y dándole un trago al tercio, saco el teléfono para echarle un vistazo, porque sí, lo reconozco, tengo curiosidad por saber si alguna de las dos ratas ha vuelto a pronunciarse. Y así es, la entusiasta parece que no se cansa, y ha optado por sacar la artillería pesada.

Rafa:

Seguimos siendo nosotros, Blanca.

No sé si es porque en esta ocasión en concreto no tiene su polla dentro de mí o porque estoy pasándolo genial con una tía preciosa, inteligente y de lo más divertida, pero lo cierto es que esas palabras que antes me desarmaban como a un juguetito infantil, en este preciso momento no parecen surtir ningún tipo de efecto en mí, más que indiferencia. Tanta, que en esta ocasión ni me molesto en enviarle el vídeo de Paquita. Simplemente, no contesto. Y apago el teléfono un segundo antes de que regrese Eva, que se ha recogido el pelo en una coleta alta, exhibiendo descaradamente una parte de ella de la que aún no me había encaprichado: su esbelto y precioso cuello. Contemplándola acercarse a mí, me descubro con los codos apoyados sobre la barra comiéndomela con la mirada, porque, aunque trate de contenerme atrapando mi labio inferior entre los dientes, resulta más que evidente y así me lo hace saber la prohibitiva Eva.

—Mejor será que no vuelvas a hacer eso —me advierte, atrapándome entre su cuerpo y la barra para alcanzar una de las cervezas y llevársela a los labios de forma *sexy*, pero también descarada, porque el local no está tan lleno como para que tenga que arrimarse tanto.

—Me lo pones difícil.

Nos sostenemos la mirada a unos pocos centímetros: yo, con una pícara sonrisa y la mano sobre su cadera; ella, aferrada al canto de la barra y pegada a mi cuerpo, pasea la lengua por los labios, retándome. Diría que los dos minutos que Graham Coxon, el vocalista de Blur entona *Song 2* es el tiempo exacto que se juega un beso entre nosotras. Hasta que llega el *Oh, yeah* final y ese instante se desvanece como vapor de agua.

—¡¡Me encanta esta canción!! —exclama, tirando de mí para que le acompañe, terminando de romper «el momento».

Aunque bailar y cantar a pleno pulmón *Mr. Brightside* de The Killers resulta una opción casi tan excitante como la idea de ese beso que no ha llegado a materializarse, especialmente cuando Eva se detiene para cantarme *it was only a kiss*, como si se burlara de lo ocurrido. Instintivamente le devuelvo la réplica que le sigue *it was only a kiss*. Lo repetimos una segunda

vez partiéndonos de la risa.

A partir de este momento pierdo la cuenta del número de canciones que cantamos y bailamos, lo que sí sé, es que a la una nos están largando del local y nos despedimos dándolo todo con *Common People* de Pulp.

—Te acompaño al metro —le digo ya fuera del Rockers.

Yo opto por irme en Uber, pero Eva solo tiene una parada hasta su casa y le da tiempo a coger el último servicio. Caminamos en silencio la escueta distancia que hay hasta la boca del metro. La noche es cálida y ambas estamos acaloradas y pegajosas. Lo siento en mi piel, pero también lo he sentido en la suya, mientras bailábamos, rozándonos intencionadamente, aunque fingiendo una falsa inocencia. Eva aún lleva el pelo recogido en una coleta alta, las puntas ondean al caminar oscurecidas por la humedad recogida de su nuca, mientras dos gotas lamen la curva del cuello que imagino atrapando entre mis labios, aliviando la sequedad que me ha invadido de repente. Curioso, teniendo en cuenta que desde que descubrí la aventura entre Rafa y mi hermano me quedé helada, viendo cernirse el invierno sobre mí, pero junto a Eva me he vuelto a encontrar en una de esas noches de verano inesperadas que deseas que no termine nunca. Siento como si flotara, no soy capaz de identificar si es debido al alcohol o a que hay algo en ella que me tiene cautivada.

—Bonito tatuaje —digo contemplando la tinta que cubre su brazo izquierdo.

—Gracias. —Posa su mirada en mí, como si ya tuviera aquel dibujo demasiado visto.

—¿Qué flor es? No sé mucho de plantas, la verdad —reconozco.

—Gardenias.

Me gustaría preguntarle si tiene algún significado, pero, de repente, me parece «la típica pregunta» que siempre se hace, y yo me niego a sonar típica.

—¿Por qué una serpiente? —Superoriginal, Blanca.

—Por Adán y Eva.

—¿Adán y Eva? —No puedo esconder mi curiosidad. Me sorprende y me inquieta al mismo tiempo esa respuesta. Todo lo que tenga que ver con la Biblia lo hace. Llega incluso a ponerme el vello de punta.

Eva se detiene en seco y yo la imito, creyendo que me va a desvelar algo importante, en cambio...

—Ha sido una buena noche, ¿no? —dice a modo de despedida ignorando mi inquietud, dejándome algo desubicada, e intuyo que en mi cara debe verse reflejada la confusión. De ahí que estire el brazo delante de nosotras a modo de aclaración—. Hemos llegado.

Efectivamente nos encontramos frente a la parada de... ¡Plaza de España! ¿Pero cuánto hemos andado? ¡Si teníamos al lado la de Moncloa o Argüelles!

—Ha estado muy bien —confieso.

—Me alegra verte más animada.

—Lo estoy. —De hecho, quizá lo esté demasiado.

—Créeme que lo he visto —asegura tras guiñarme un ojo—. Por cierto, necesito confesarte una cosa —dice buscando algo en su pequeña mochila—, tengo una adicción, y llevo ya muchas horas sin...

—¿Fumas? —la irrumpo. No me ha dado olor a tabaco en ningún momento y he estado lo suficientemente cerca como para poder apreciarlo. Para mi sorpresa, saca una piruleta de corazón, le quita el envoltorio y se la mete en la boca disfrutando del primer paladeo como un fumador con *mono* lo haría a una primera calada. Sonríe—. ¿Piruletas Fiesta? Son las mejores.

—Solo me queda una, lo siento. —Fuerza un puchero jugueteando con el palo entre sus

dedos, haciendo girar el caramelo sobre su lengua, clavándome la mirada. Provocándome. Más que eso: tentándome.

La boca de esa misteriosa serpiente parece cobrar vida en el dorso de su mano, incluso creo escucharla sisear. Doy un paso hacia ella con el pulso acelerado, arrebatándole la piruleta de la boca para llevármela a la mía. Mis papilas despierten al dulzor del caramelo, pero también al de Eva que, aunque tenue, alcanzo a distinguirlo entre el intenso sabor artificial. Ahora, la boca se me hace agua.

—No soy escrupulosa, tranquila.

Suelta una carcajada que es música para mis oídos antes de marcharse bajando las escaleras de acceso al metro.

—¡Disfrútala!

—¡Ya lo hago! —respondo viéndola desaparecer, consciente de que no nos hemos intercambiado el número de teléfono, pero tranquila, porque la tengo fichada en Instagram y no tengo intención de dejarla escapar.

A veces, solo hace falta una noche para descubrir cuánto admiras a una mujer.

LUJURIA
(Adán y) Eva



«La lujuria es usualmente considerada como el pecado producido por los pensamientos excesivos de naturaleza sexual, o un deseo sexual desordenado e incontrolable. En la actualidad se considera lujuria a la compulsión sexual o adicción a las relaciones sexuales».

8

(Adán y) Eva (2022)

—Disfrútalo, es tu momento.

—Ya... ya lo hago... —gemiste en el mismo instante que cubrí tu clítoris con mi boca y succioné, presionando los labios contra tu precioso coño rosado. Una, dos, tres veces.

Te paladeaba como lo hacías tú con esas piruletas a las que eras tan adicta, me había vuelto esclava al peculiar sabor de tu intimidad. A esa altura ya había dado con la combinación secreta que te hacía suplicar mi nombre, aferrarte a lo primero que encontraras (a mí me gustaba que lo hicieras a mi pelo), y retorcerte a cada uno de los impactos que proponía mi boca contra tu coño.

Toda mujer tiene una combinación única, propia, y atesoraba esa sabiduría como lo haría un alquimista a la piedra filosofal. Tu patrón consistía en ese jueguecito inicial de succiones, seguido por suaves lametones por toda tu abertura: comenzando por el perineo y terminando en el clítoris, al que le dedicaba toda mi atención con una mezcla de succiones rápidas y lánguidos lametones. Ahí, ya eras mía. Todas las veces que me diera la gana, verte correrte una sola no era suficiente para mí; alargaba la tortura hasta que alcanzaras al menos un tercer orgasmo o hasta que me rogaras que parara desmadejada y apenas sin aliento. Entonces sí, yo me sentía plenamente satisfecha.

Y en eso estaba aquella tarde, devorándote con todas las ganas que, en vez de haber menguado con el paso de las semanas, parecían crecer a pasos agigantados. El mes de agosto a tu lado comenzó como un cálido paseo por ese eterno verano del amor, entre canciones de Lana Del Rey, miradas que parecían no terminar nunca y sexo que me hacía perder la noción del tiempo. Tengo que reconocer que esos casi dos meses que pasé sin hablarme con Rafa me hizo mucho bien. Mucho, mucho bien. Aurora podía sentirse orgullosa de mí, y es que en ti encontré una manera distinta de disfrutar ese amor que nos profesábamos, honesto, sin complicaciones ni dramas de por medio. Solo hizo falta una noche para darme cuenta de que me gustabas; quince días para reconocer que me había obsesionado contigo y que se cumpliera un mes exacto desde el cumpleaños de la pequeña Rut (un 16 de agosto con el fin de ser más exacta), en el que decidí que no podría dejarte escapar.

—No sé si te lo he dicho ya, pero estoy loca por ti.

—Me lo has demostrado tres veces esta mañana y otras cuatro esta tarde para ser exacta, y eso es mucho mejor que cualquier cosa que puedas decir —aseguraste, acercándome a ti con las manos en mi culo, que descansaba en la encimera de la cocina.

—Siempre he sido más de hechos que de palabras —reconocí.

—Yo también —afirmaste desnuda, de pie, entre mis piernas.

Tras darme un rápido beso en los labios, desapareciste hacia el dormitorio de aquel precioso apartamento que tu hermana Julia, la que vivía en Suecia, nos prestó la tercera semana de agosto. Una de esas entrañables casitas blancas del casco antiguo de Cadaqués, no muy grande; pero con unas preciosas vistas de toda la bahía, que incluían la iglesia de Santa María y ese rinconcito de mar de la Costa Brava.

Mariners Apartment Complex sonaba en el reproductor de vinilo, uno de los tantos discos que trajiste en un maletín de piel marrón, preparada para ponerle banda sonora a esa memorable semana de paseos por las estrechas calles empedradas de la bahía, perdiéndonos entre galerías de arte, comiendo pescado fresco, escuchando a algún músico callejero y de baños en el mar que daban paso a encuentros apasionados que duraban horas. No tardé en

entender el amor que Dalí sentía por aquel rincón del planeta y que lo bautizara como el lugar más bonito del mundo; junto a ti, Eva, yo me sentía un poco como Salvador. Un poco enamorada.

Recuerdo pensar en todo aquello con los primeros rayos de sol colándose con timidez en ese espacio tan blanco e impoluto que compartían la cocina, un sofá cama en tonos beige y una mesa comedor de vidrio con sillas de mimbre, mientras contemplaba el profundo azul de aquel vinilo edición especial girar sobre sí mismo, justo antes de que regresaras llevando como único accesorio un arnés negro con un dildo de dieciséis centímetros del mismo color y que sujetabas erguido sobre la palma de tu mano derecha.

—Veo que has invitado a tu hermano a nuestra semana romántica —afirmé, echándome ligeramente hacia atrás sobre el granito, abriendo al mismo tiempo las rodillas.

Tú, con el pelo recogido en un moño bajo, me observabas con ese dominio que implantabas cuando decidías sacar a «tu hermano» a pasear. El alter ego que te gustaba traer de cuando en cuando, y que a mí personalmente me volvía loca. Algo bastante curioso, teniendo en cuenta que desde que te vi en aquella foto en el Instagram de la Asociación llamaste mi atención, entre otras cosas, por esa feminidad que exudabas incluso a través de una foto. Y nunca he tenido preferencia realmente por ningún estilo de mujer en concreto (ni de hombre), pero en cuanto te conocí en persona en la charla, esa concepción se afianzó: siempre me pareciste una mujer «femenina». Pero eso cambió en nuestra cuarta cita, esa en la que te animaste a presentarme a...

—Encantado, soy Adán —dijiste, dándome dos besos con un ademán muy masculino, pausado, regodeándote en cada mejilla.

—¿Adán y Eva? ¿En serio? —Me vi teniendo que sacudir la cabeza porque me quedé boqueando de la sorpresa.

Hasta que de forma casi automática mi vista buscó la serpiente en tu brazo y fue entonces cuando hice un clic casi instantáneo. Pasado el asombro inicial, decidí seguirte el juego.

Habíamos quedado en una discoteca que al parecer estaba bastante en boga, lo cual me sorprendía teniendo en cuenta que ponían música en español, pero nada de reguetón en un momento en el que lo *mainstream* era precisamente dicho género. Yo agradecida, no hubiese aguantado más de dos canciones con ese *dembow* (creo que lo llaman). Y supongo que precisamente por eso, y porque ya me conocías un mínimo, escogiste ese curioso lugar, para ese curioso encuentro.

—¿Mi hermana no te habló de mí? —dijiste antes de darle una calada al cigarro que sujetabas en la parte más interna de esa uve que formaban tus dedos índice y corazón.

—No, creo que se le pasó.

—Siempre ha tenido celos de mí, ¿sabes?

—Es... comprensible —admití con la mirada perdida en el inquietante bulto que observé bajo los pitillos negros en los que habías enfundado un cuerpo que, de repente, se me hizo sorprendentemente más masculino de lo que desde luego recordaba. Las botas militares, la camisa blanca desabotonada hasta mitad del pecho y remangada hasta los codos, además del sello de plata con la inicial «A» que llevabas en el índice, se alejaban bastante de la imagen que tenía de ti—. ¿Entramos?

—Tú primero, por favor —me pediste, tirando el cigarro al suelo antes de pisarlo con una de tus botas.

Lo hice, hecha un lío, porque de repente no sabía a quién tenía delante y bueno, porque esa visita inesperada me resultó de lo más excitante. Sembraste cierta duda en mí y empezaba a costarme discernir quién me ponía más: tú, Eva, o «tu hermano» Adán. Y fue justo en ese momento cuando comencé a disociarte de él, en la barra de aquella sala de fiestas de la que recuerdo poca cosa, y mientras nos servían lo que habíamos pedido observaba cada detalle de Adán. Como la forma en la que paseaba repetidamente la palma de la mano por la mejilla y la barbilla, al tiempo que me devoraba con una mirada que desde luego no era la tuya, Eva. Llegué a pensar que te habías puesto algún tipo de lentillas, pero no se trataba del color de los ojos, era algo más profundo y difícil de transformar con un postizo óptico, era... otra mirada.

Y en ese instante en el que dejé de encontrarte en sus ojos, decidí que tendría que follarme a tu hermano para escapar de aquella encrucijada. Y así lo hice. Bueno, si alguien se folló a alguien aquella noche desde luego fue punto y partido para Adán, que se mostró implacable en sus intenciones; yo tampoco opuse muchas resistencias, para qué engañarnos.

Tras un par de copas y algo de conversación que lo único que hacía era aumentar mis ganas (nunca hubiese imaginado que aquel juego me excitara tanto), y es que Adán supo seducirme con facilidad. Jugaba con ventaja y un bulto bajo los pantalones que me tenía jodidamente desconcertada e intrigada.

Una de las veces que me excusé para ir al baño me siguió sin que me percatara de ello, y cuando fui a cerrar la puerta del servicio, Adán la bloqueó con la palma de la mano, colándose dentro y cerrando a su espalda.

—Diría que te has equivocado de baño.

—Yo creo que estoy en el lugar correcto.

Su siguiente movimiento fue acorralarme contra la pared con una mano junto a mi cabeza.

—Te veo muy seguro de ti mismo.

—Y eso te encanta —adivinó antes de abalanzarse contra mi boca tratando de besarme; pero giré la cabeza a un lado, impidiéndoselo. Lo que le llevó a agarrarme de la barbilla con cierta fuerza con la mano que tenía libre. Entonces comenzó un aguerrido reto de miradas que fue incrementando nuestras respiraciones, especialmente la mía, Adán, por el contrario, dominaba su autocontrol bastante mejor de lo que lo hacía yo—. Sube los brazos —me ordenó y obedecí, tomándome mi tiempo, percibiendo el frío de los azulejos en la piel de los antebrazos al arrastrarlos hasta situarlos sobre mi cabeza, donde los ancló con su mano derecha; la izquierda aún presionaba la piel de mis mejillas—. Ves cómo te encanta —aseguró pagado de sí mismo, girándome la cara en un movimiento seco que le dio acceso a pasear su lengua a lo largo de mi cuello de forma ascendente, hasta el lóbulo de la oreja, que chupó hasta hacerme gemir sin que pudiera hacer nada por evitarlo—. ¿Vas a reconocerlo ya? —preguntó tras una carcajada.

—Eva también me encanta.

—No es celosa, no te preocupes.

Me rendí. Y me lancé contra su boca, encontrando curiosamente algo diferente en él, quizá fuera algo psicológico; pero recuerdo pensar lo diferente que me parecían sus besos a los tuyos, más voraces y dominantes. También su sabor era distinto, puede que, porque Adán fumaba y tú devorabas piruletas, pero desde luego no me encontraba con la misma persona con la que llevaba dos semanas haciendo el amor. Y obtuve la prueba unos diez minutos después de que me penetrara con el dildo que escondía bajo aquellos pantalones.

—Tócalo, lo estás deseando —me invitó, adivinando mis pensamientos tras liberarme del agarre.

No esperé a que me lo tuviera que repetir, mi mano voló rápida bajo la cinturilla de su pantalón, hasta rodear la rígida y suave silicona entre mis dedos.

—Estás... muy bien dotado —susurré en su oído liberando aquella... arma.

A partir de aquí no volvió a pronunciar palabra alguna, concentró toda su energía en proporcionarme uno de los orgasmos más excitantes de toda mi vida, que comenzó con los dos dedos que llevó hasta mi boca y que lamí con insistencia aferrándome a su muñeca mientras lo hacía: su mirada penetrante y de un gris más oscuro al tuyo no se apartó de mí ni un momento. Ni siquiera mientras sacaba su mano de entre mis labios para llevarla bajo mis bragas, a mis otros labios, frotando con suavidad y firmeza alrededor de mi clítoris, que había comenzado a pulsar, haciéndose presente desde que Adán se coló en aquel baño, y más obvio aún, cuando me retuvo contra la pared.

Di gracias a que aquella tarde la lavadora no hubiese terminado su ciclo de lavado y me viese obligada a ponerme un vestido que en un principio no tenía intención ninguna de llevar, pero que obviamente facilitó aquel encuentro con Adán. Quitarme las bragas fue su siguiente movimiento, y con ellas en una mano se agachó frente a mí, colocando mi pierna derecha en su hombro para devorarme en algo que se parecía más a un beso desenfrenado, que a una comida de coño como tal. Alargó un brazo buscando uno de mis pechos que con mi ayuda liberé para darle acceso. No tardó mucho en dirigir su boca hacia estos, deleitándose con uno de mis pezones sin olvidarse de atender al otro masajeándolo con suave firmeza.

Pasado un par de minutos, se irguió con una mano rodeando la falsa erección, mientras me arrastraba hacia el lavabo, invitándome a que me apoyara sobre él. Despacio, introdujo los dieciséis centímetros, dándole tiempo a mi cuerpo a adaptarse a la rígida silicona con una mano rodeando mi cuello. Una vez dentro, se detuvo un instante para llevarse mis bragas a la nariz antes de guardárselas en el bolsillo trasero del pantalón; aún no sé a quién le puso más aquello, si a él o a mí. Tras un par de pequeños movimientos circulares de cadera y penetraciones cortas, comenzaron otras más largas, secas y rápidas mientras nos devorábamos la boca: yo, rodeándolo con una pierna, aferrándome a sus hombros y él, agarrado al lavabo con una mano, empuñando el dildo por la base con la otra, elevándolo de tal manera, que golpeara directamente en mi punto G, acercándome al orgasmo con cada nuevo empuje.

—Di mi nombre —me pidió consciente de que estaba a las puertas de correrme.

Curiosamente no fui capaz de pronunciar el nombre de Adán, ni siquiera el tuyo, Eva. Quizá porque no sabía cuál de los dos debía salir de mi boca, de ahí que lo único que fuera capaz de pronunciar fuese un hondo gemido sobre la palabra «cariño», que hizo a Adán sonreír con orgullo, y sé que a ti también, estuvieses donde estuvieses.

Un par de semanas después, en Cadaqués, escuchando el tema que abría aquel álbum de Lana que

escuchamos casi cada día, me hizo sonreír atrayendo este momento a mi mente, porque eso es exactamente lo que sentí mientras Adán o Eva: tú, en definitiva, permitías que me recuperara del intenso orgasmo entre tus brazos cubriéndome de besos y seguridad en aquella discoteca de Madrid, *You fucked me so good that I almost said: I love you*.

—¿De qué te ríes? —preguntaste.

—Lana me ha leído la mente.

Y tú, que conocías demasiado bien la letra de aquella canción, y también a mí, supiste atar cabos.

—¿Adán o Eva?

—¿Realmente importa?

—Supongo que no. —Sonreíste, echándote de nuevo la piruleta a la boca.

A partir de aquella noche, Adán se convirtió en un invitado recurrente en nuestra relación: encontrándome así en un excitante triángulo amoroso entre «hermanos». Y bueno, tampoco iba a ir yo de inocente a esas alturas, no era la primera vez que me liaba con dos hermanos al mismo tiempo; sí, igual que hizo Rafa. La diferencia es que «mis hermanos» eran conocedores de lo que ocurría y disfrutaban con aquella situación. De la misma manera que yo lo hacía con Adán y Eva; os convertisteis en mi paraíso prohibido.

Eso no quería decir que necesitáramos la presencia de Adán de forma constante: tú y yo sabíamos pasárnoslo bastante bien sin él. Aquel mes de agosto, de hecho, Madrid y Barcelona se convirtieron en escenario de encuentros en los lugares más insospechados: en una playa, guarecidas por la noche, aunque guiadas por la luna; en un angosto callejón sin salida, holgado de posibilidades; un balcón prestado con vistas al mar, también a tu cuerpo; sobre la hierba de un parque aislado, que abarrotamos de risas placenteras; y el hueco final de la escalera de un pequeño edificio, que se convirtió en el principio de algo grandioso e inolvidable. Pasión, deseo, adrenalina. Surgió de forma muy natural, nos sentíamos cómodas con ello y nos divertía a ambas de la misma manera. Quizá mi favorita fuese en aquel viaje en coche de vuelta a Madrid desde Barcelona, que compartimos con Joan y Paula. Seis largas horas que amenizaste regalándome un inesperado y excitante orgasmo frente a tus amigos, aunque sin su conocimiento.

En la parte trasera de aquel Lexus RX colaste tu mano bajo mis bragas, acariciando mi clitoris con dos dedos, despertándome así de la pequeña siesta en la que me había sumido hacía unos cuarenta minutos. Te miré, confusa, pero tú, como si aquello no fuera contigo, permaneciste con la vista al frente, conversando con tu amigo Joan, que conducía sin percatarse de nada, al igual que su mujer, que dormía plácidamente en el asiento del copiloto. Ahogué un gemido elevando las caderas y abriendo más las rodillas para facilitarte el acceso: verte frotar mi coño fingiendo normalidad, incrementó mi excitación a niveles inesperados.

Continuaste masturbándome sin mirarme en ningún momento, incluso cuando me aferré a tu muñeca, porque sentía que estaba a punto de correrme, lograste mantener la calma con cara de póquer como si aquello no fuera contigo, mientras le pedías a Joan que pusiera algo de música con intención de ayudar a silenciar mi inminente oleada de placer.

—Súbelo un poco —le pediste.

Lo hizo, sincronizando *Losing my Religion* con aquel orgasmo, acallando el momento exacto en el que estallé con un hondo gruñido que profirió mi garganta y que no fui capaz de silenciar, pero sí que lo hicieron los altavoces con aquel tema de R.E.M. ¡Benditos *subwoofers*!

Antes de sacar la mano de mis bragas te acercaste para darme un beso en los labios, visiblemente orgulloso de tu reciente fechoría.

—Estás como una cabra —te susurré antes de volver a quedarme dormida con una bobalicona sonrisa dibujada en la cara.

Memorable.

Pero la que sin duda quedará adherida para siempre en mi memoria, será nuestra primera vez. Tras aquella primera cita improvisada, nada más conocernos, en la que terminé con tu sabor en mi boca aún sin haberme acercado a tus labios, ya que me tuve que conformar con una piruleta; sabías cómo dejar a una chica con ganas de más. De ahí que tuviese tan claro que yo daría el siguiente paso, tenía pensado contactarte, pero para mi sorpresa (grata, por supuesto), fuiste tú la que de nuevo tomó la iniciativa. Me escribiste por Instagram dos días después proponiendo una cita para el jueves siguiente, que comenzó en el famoso Pez Tortilla de Malasaña. «Echabas de menos una buena tortilla, ¿no? Pues estas son las mejores de la capital», me escribiste citando lo que yo misma te había dicho el día que nos conocimos en cuanto probé la que nos pusieron en aquella taberna, muy afamada también por su receta.

Acepté con un dulce cosquilleo revoloteando en la boca del estómago, recuperando una ilusión que ya ni

recordaba que existía. Con Rafa nunca se dio de esa manera tan... orgánica. Con él todo pasaba siempre de un profundo hastío a una pasión desmedida que se hacía difícil de manejar; aun así, logré sobrellevarla durante cinco años. Bendita paciencia la mía. Mas tú, Eva, fuiste fácil, simple, natural. Lo que siempre quise, pero no tuve. Hasta aquel veintiuno de julio, que entonces todo empezó a cambiar. A cobrar sentido.

Para dicha ocasión la cita corrió de mi cuenta; también nuestro primer beso, en un bar de ambiente al que había ido un par de veces y que se me hacía perfecto para charlar más y bailar menos que la última (y primera) vez. Sentía una imperiosa necesidad por conocerte más a fondo. Y lo hice, pero tú también profundizaste en mí, logrando que te hablara de mi familia, tema que por norma general evito a toda costa.

—Me he criado en la religión evangélica, y durante veintitrés años mi vida se ha centrado en ella, cargada de obligaciones y responsabilidades. En mi casa siempre se ha orado antes de cada comida, al despertarse y antes de dormir. Además, estaba la lectura diaria de la Biblia, reuniones semanales de oración, culto de jóvenes los sábados y hasta los once años tuve que acudir a la escuela dominical.

—Y yo que solo he pisado una iglesia por mero interés turístico —añadiste atónita tras escuchar mi extensa lista de deberes para con la que fue mi religión. No por elección, obviamente—. Mi padre es católico y mi madre agnóstica, y a pesar de que nunca se pusieron de acuerdo en nada, para esto hubo unanimidad y optaron por no inculcarme ninguna creencia religiosa, con idea de que fuera yo quien decidiera sobre el tema cuando tuviera uso de razón. Con siete años yo ya tenía claro que era lesbiana y la postura de la Iglesia católica a este respecto como que no me animó mucho a interesarme por ella.

—Como es lógico.

—Tus padres debían ser muy estrictos entonces —concluiste.

—Especialmente mi madre, que es con la que he tenido una relación más... complicada.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es un títere. Y un cobarde.

—Qué... descriptiva —dijiste, elevando las cejas.

—Es la realidad. Una pena, porque siempre tuvimos una buena relación, pero bueno. Mucha pistola y no le ha puesto huevos a nada en su vida.

—¿Pistola?

—¡Ah!, sí, perdón: es policía —te aclaré.

—Me comentaste que tenías un hermano, ¿qué hay de él?, ¿tenéis buena relación?

—Tenemos nuestros momentos, y precisamente ahora no es uno de los mejores —reconocí, percibiendo cómo se me encogía la boca del estómago—. Simplemente siento que necesito distanciarme una temporada.

—Supongo que a eso te referías cuando me dijiste que estabas pasando un momento complicado.

Te lo confirmé con un silencioso asentimiento de cabeza.

—También estaba saliendo con alguien, un compañero de trabajo; aunque no sé si «salir» es la palabra correcta. El caso es que hace unos días le pillé con otra persona, tras cinco años de idas y venidas.

No te dije que ESA PERSONA era mi hermano, porque no tenía ganas de dar explicaciones de ningún tipo, aún no me sentía cómoda para hablar sobre ello.

—Vaya, lo siento.

—Es mejor así, puedes creerme. No era una relación muy sana —reconocí citando a Aurora, usando unas palabras que claramente no eran mías, pero que por primera vez sentí como propias y que parecía comenzar a asimilar: lo que tenía con Rafa no era bueno en ningún sentido.

—Es muy reciente entonces —afirmaste dando a entender algo que cogí al vuelo, porque sí, hacía muy poco de eso, pero yo me sentía pasando página, si es que no lo hubiese hecho ya.

—Que yo abriera los ojos sí; aunque el hedor a carne muerta era algo que se percibía en el ambiente desde hacía tiempo, te lo aseguro. —Fui todo lo clara que pude—. ¿Y qué hay de ti, estás soltera? —te pregunté directa, sin rodeos: había cogido carrerilla. Lo que despertó en ti una sonrisa que escondiste bajo un trago de cerveza, pero que pude ver a través del cristal.

—Lo estoy, si no fuera así no habría dejado que me robaras la piruleta de la boca el otro día.

—¡Ah!, ¿pero si me hubieses invitado a cenar y a tomar una copa?

—Digamos que me gusta ampliar mi círculo de amistades.

—Por supuesto —añadí burlona—. ¿Y qué hay de... Lucía se llamaba?, ¿verdad?

—Sí.

—Tiene que marcar, quiero decir, una relación tan larga debe dejar huella.

—La deja, sí.

—¿Te puedo preguntar qué ocurrió? —me interesé.

—Que quisimos crecer muy rápido —resolviste con rapidez mostrando lo claro que lo tenías—. Con dieciséis empezamos a salir, con dieciocho nos fuimos a vivir juntas y con veinticinco nos habíamos comprado una casa; teníamos una relación más estable que la que llegaron a tener mis padres en toda su vida.

»Un año después de mudarnos a la casa nueva, estábamos sumidas en una monotonía de la que tratábamos de escapar con algún viaje cada vez que nos fuera posible. Yo era feliz con aquella rutina y pensaba que ella también, pero resultó ser que no. En nuestro último viaje a Australia las cosas andaban algo tirantes entre nosotras, hacía tiempo que Lucía estaba distante conmigo y había notado comportamientos extraños: volvía más tarde a casa, salía de la habitación para responder el teléfono y bueno, apenas teníamos intimidad. Lo que hizo que me volviera un poco... paranoica, empeorando la situación. A los dos días de llegar a Camberra recibí un mensaje de una amiga en el que me adjuntaba una foto del perfil de Lucía en una aplicación de citas, en la que por lo visto llevaba varios meses, según mi informante.

—¡Qué fuerte! ¿Y qué hiciste?

—No me sentía capaz de fingir durante diez días, así que se lo dije en cuanto me enteré.

—¿Y... lo reconoció?

—No lo negó, de hecho, me dijo que tenía pensado dejar lo nuestro en cuanto volviéramos a casa, que la relación estaba muerta y que hacía tiempo que me veía más como a una amiga que como a su pareja.

—¡Joder! Si lo tenía tan claro ya lo podía haber hecho antes del viaje, ¿no?

—El tema es que llevábamos preparándolo dos años, y ella especialmente tenía muchas ganas de hacerlo, pero te aseguro que no fue precisamente ESE el viaje que tanto había soñado.

—¿Y tienes algún tipo de relación con ella hoy en día?

—Ninguna. En cuanto vendimos la casa, Lucía se marchó a Barcelona para abrir un estudio de tatuajes. Es lo único que sé.

—Tuvo que ser difícil después de tanto tiempo.

—Fue todo un aprendizaje, sin duda.

—Y después de eso, ¿has estado con alguien más? —me interesé, ya que hacía dos años que se había terminado tu relación con ella.

—Nada serio. Bueno, y tú qué, ¿alguien relevante además del compañero de trabajo?

—Greg, mi primer novio y relación más larga, con el que estuve desde los trece a los dieciocho.

—¿Desde los trece? ¡Si eras una niña! ¿Tus padres veían bien esa relación siendo tan religiosos?

—Mis padres encantados, teniendo en cuenta que su familia también era evangélica y pertenecía a la misma iglesia. Se nos permitía ser novios, porque se suponía que nos mantendríamos puros y castos hasta el matrimonio, y porque nunca nos dejaban solos y teníamos que estar bajo la supervisión de un adulto. En teoría.

—¿En serio?

—Como lo oyes, la mayoría de las veces el adulto responsable era mi hermano, pero vamos, que en cuanto nos quedábamos los tres solos él desaparecía. No sabría decirte ahí quién necesitaba más vigilancia: yo o mi hermano. El caso es que ese teatro funcionó, porque estoy segura de que mi madre a día de hoy aún cree que mi castidad se mantuvo intacta esos seis años, cosa que claramente no fue así. Lo mejor de esta historia fue el final de la misma, porque si mi madre no era ya lo suficientemente homófoba, Greg puso la guinda al pastel el día de mi dieciocho cumpleaños, cuando le dijo a mis padres que me dejaba porque, y cito textualmente: «Vuestra hija es una puta bollera».

—Qué fantasía de novio —ironizaste horrorizada.

—Una joya. Aunque en su defensa diré que le engañé con una tía, así que bueno, puedo llegar a entender la acritud.

—¿Y cómo se lo tomaron tus padres?

—Corrieron un tupido velo, como de costumbre. Nunca han llevado muy bien eso de tener dos hijos «desviados» porque; aunque mi hermano juegue a la familia feliz en su chalé de Boadilla con su mujer y su hija, ha comido más pollas que todos estos juntos —murmuré, haciendo un movimiento de cabeza hacia la veintena de gais que nos rodeaban.

Te reíste y, tras un notorio silencio tuviste una de las mejores salidas que he escuchado en mi vida:

—En una escala de uno a Robert Smith, ¿cómo de deprimente dirías que fue tu adolescencia?

Me reí, a carcajada limpia, con *Dramas y comedias* de Fangoria sonando de fondo. Jamás hubiese esperado un comentario como ese, la manera en la que quisiste quitarle hierro a todo lo que te había contado sobre mi vida con aquella sarcástica broma me resultó tan inteligente y divertida, que recuerdo pensar en ese preciso instante

que eras jodidamente perfecta. Siempre he creído que no hay nada más sexy que alguien capaz de hacerte reír, y aquello confirmó mi teoría.

No podía aguantar ni un minuto más las ganas de probar tus labios, sin intermediarios; que un caramelo en un palo está muy bien como aperitivo, pero de eso hacía ya cinco días y mi estómago rugía de hambre por ti.

Seguro que sabías que aquella idea me rondaba la cabeza desde hacía rato, los ojos se me escapaban cada poco hacia tus labios, moría por deslizar mi lengua entre ellos, abrirme camino y degustar todo lo que tu boca, sin palabras, pudiera decirme. Y eso fue lo que hice. Con mis manos enmarcando tu cara y las tuyas, que también encontraron su lugar, ascendiendo sobre mis piernas desnudas, con la punta de los dedos escondidas bajo la tela del peto corto que me había puesto para aquella ocasión.

—He querido hacer esto desde que te vi aparecer con aquella coleta alta en el Rockers.

—Lo sé —reconociste, echándome el pelo detrás de la oreja incapaz de ocultar una pícara sonrisa, porque estaba claro que eras plenamente consciente de ello, ya que fuiste tú la que interrumpió aquel beso que quedó tan solo en un vago simulacro.

Abandonamos el bar olvidando que existía más gente en el mundo, los ensayos habían quedado muy lejos y lo que no ocurrió el día que nos conocimos se dio aquella noche, sin pausa, pero sin prisa.

Te empujé contra la primera pared que nos encontramos, la que quedaba justo frente al local y como dos gatas en celo nos comimos la boca en cada esquina, calle y rincón de Madrid. A esta gata de pedigrí no le importó compartirte con su ciudad, aunque a veces la odiaba y por mucho tiempo quise escapar de sus brazos, teníamos una relación abierta y ninguna de las dos era celosa, al contrario, supo hospedarnos como lo haría una buena anfitriona, porque si algo ha sabido hacer siempre mi chica, es acoger sin hacer preguntas. Y bueno, parece que tú y yo, Eva, hemos estado destinadas desde nuestros inicios a formar un triángulo amoroso: Madrid fue nuestro primer invitado, pero no sería el último. Y en una nube, surcamos su cielo hasta llegar a tu casa.

Los besos. ¡Ay, los besos! Podía estar toda la vida besándote, Eva. Me volví adicta a tu boca, a ese baile sincronizado de lenguas que, desenfrenado o en calma, no quería que se detuviera jamás. El único momento que separé mis labios de tu preciosa boca fue, precisamente, para hacértelo saber en lo que deduje sería el salón de tu casa.

—En serio, no puedo parar de besarte.

—Pues no lo hagas —dijiste guiándome de vuelta a tus labios, también al dormitorio, donde repentinamente el tiempo se detuvo.

Ahí fue cuando comencé a fijarme en los pequeños detalles de tu rostro, como el marcado arco de cupido que otorgaba una forma única a tus labios enrojecidos por los besos; las cuatro solitarias pecas de tu nariz que dulcificaban una belleza casi escandinava y el fascinante color de tus iris, que se mostraban como una fotografía en blanco y negro. La armonía de tu rostro era de una perfección envidiable, pero lo que de verdad la hacía perfecta era el rastro de un acné juvenil que podía leerse en tus mejillas; la diminuta cicatriz vertical junto a tu ojo izquierdo; las dos marcadas líneas que dejaban tu boca dentro de un paréntesis y una mancha de sol del tamaño de una moneda en el nacimiento del pelo. Esto es lo que me recordaba que eras real, que no estaba soñando, porque en algún momento desde que te conocí me pareciste demasiado perfecta para ser cierta.

Tras ese pausado y revelador escrutinio, comenzaste a desnudarme con calma, sellando con tus labios el lugar que tus dedos habían acariciado previamente: el cuello, la clavícula, la carne de mi pecho, el pezón... Mi coño empezó a palpar. Y, por un instante, volvimos a acelerarnos. Todo se volvió frenético. Nuestras manos volaron entre tu pelo y mi cintura, tu cuello y mi cadera, empujándome a la cama mientras nos deshacíamos de tu ropa.

—Eres preciosa —susurraste a horcajadas sobre mí.

Se me aceleró el corazón.

Cinco años acostándome con un hombre habían logrado que olvidara lo que era hacerlo con una mujer; lo fascinante que era el sexo con la sabiduría de alguien de tu mismo sexo, de una diosa como tú, Eva, con tus habilidades, con tu generosidad.

Hundiste tu cara en mi coño después de recorrer el resto de mi cuerpo con tus astutas manos y tu excitante boca, llevando el calor de tu lengua a mis labios hinchados, que lamiste en toda su abertura hasta dar con mi clítoris, al que le dedicaste toda tu atención y entrega. Gemí con fuerza. Varias veces seguidas. Cruzándome con tu mirada y con esa escena que no quería que acabara nunca. Pero lo hizo, porque me corrí más rápido de lo que recuerdo haberlo hecho en mucho tiempo. Lo maravilloso es que ese solo fue el primer orgasmo de los tres más que vendrían después; te ayudaste de tus habilidosos dedos para el segundo y el tercero, que llegó seguido e inesperado, sin darme espacio para recuperarme. El último apareció rato más tarde, con una unión directa de

nuestros coños, que frotamos hasta hacerlos palpar juntos mientras nos mirábamos a los ojos.

Algo que solo me ha ocurrido estando con mujeres y que sentí hacerse mucho más presente a tu lado, fue la sensación de estar a punto de alcanzar algo, contigo incluso logré tocarlo con los dedos. Una respuesta a una pregunta que no recuerdo haber hecho, pero que ahí ha estado siempre. No sé si algún día daré con ella, pero junto a ti el camino pareció acortarse.

—¿Hacía mucho que no estabas con una mujer? —preguntaste mientras me acariciabas el pelo alejándome de aquella reflexión.

—¿Por? ¿Tan mal lo he hecho? —Me incorporé, apoyándome sobre los codos.

—Ni mucho menos, simple curiosidad.

Por un segundo me asustó haber resultado mediocre.

—¿La verdad? Demasiado tiempo. Creo que unos seis años, y te aseguro que ahora mismo, se me ha olvidado qué encontraba en el sexo con un hombre.

—¿Rapidez y egoísmo?

No esperaba menos de ti que algo de humor sarcástico, ya empezaba a acostumbrarme a ello.

—¿Has estado con algún tío? —Despertaste mi curiosidad.

Tardaste en responder, con la mirada perdida en el techo.

—No es mi plato favorito de la carta, pero sí, he estado con hombres. Perdí la virginidad con uno y cuando terminé con Lucía me acosté con otro. Pero en ambos casos creo que lo hice para probarme algo a mí misma.

—¿El qué?

—Que no me gustaban.

«Ojalá que a mí tampoco», pensé, porque desde luego me hubiese ahorrado mucho drama en el pasado, además de todo lo que vendría en el futuro. Pero hasta entonces, disfruté contigo aquellos meses: julio, un paseo de primeros encuentros; agosto, el eterno verano del amor y septiembre... ¡ay, septiembre! ¿Qué nombre le darías tú a esa locura, Eva? Teniendo en cuenta que fuiste tú la instigadora de todo aquello, yo simplemente me dejé llevar por ti, por él. Para terminar convirtiéndolo en un «nosotros». Dejamos a Adán en el banquillo con el propósito de sacar a otro al campo de juego. Haciendo de ese mes de septiembre...

Una historia de **LUJURIA** desmedida.

Sin pecado concebida.

Amén. Y eso hicimos, pero sin tilde.

GULA

Eva y Rafa



«La gula es un apetito excesivo por comida y bebida».

La gula se asocia social y psicológicamente a la teoría de las adicciones. Una adicción es como una enfermedad crónica y recurrente del cerebro que se caracteriza por una búsqueda patológica de recompensa y/o alivio a través del uso de una sustancia u otras conductas.

9

En una semana me reincorporo al trabajo tras tres meses de baja por estrés y un verano que claramente ha ayudado a mi recuperación; aunque también se han dado acontecimientos que han puesto a prueba mi ansiedad y paciencia, sobre todo, mi paciencia.

E intuía que esta bonita mañana de octubre va a convertirse en uno de esos días, llámame perspicaz si quieres...

—¿Así que soy un gilipollas?

«De hecho, sí, lo eres», pienso dándole un sorbo al Cola Cao, poniendo todo mi empeño en frenar con esta positiva taza de Mr. Wonderful sobre mis labios, todo lo que se me está pasando por la cabeza en este momento sobre este puto niño de mierda, que tiene los santos cojones de abordarme a las nueve de la mañana en la cocina de MI casa. ¡Qué se vaya a tomar por culo! Que por lo que tengo entendido es una práctica que aprecia bastante.

—Perdona, pero ¿dónde está Miriam?

—Currando, ha tenido que salir antes, porque ha habido un problema en la imprenta. — Miriam, mi compañera de piso de cuarenta años, lleva la imprenta familiar en la que ahora también trabaja su novio, veinte años más joven que ella, casado y con un hijo; y con el que lleva de idas y venidas lo que me parece una jodida eternidad—. ¿No tienes nada que decir o qué? — espeta de pie, en medio de la cocina, llevándose la mano al puente de la nariz para recolocarse esas gafas que hacen que sus ojos se vean como los de una musaraña: pequeñitos y camuflados entre el pelaje. Pero yo no puedo apartar la vista del ridículo bigote de pelos de alambre (inquietantemente) pelirrojo con el que ha vuelto de Irlanda, de donde, por cierto, nunca debió haber salido.

—¿Te importaría no fumar en la cocina? —le pido, dándole vueltas al sinsentido bigote, porque tiene sobre la cabeza una mata de pelo negro como el betún y bajo la nariz, una pelambarrera anaranjada que no casa, parece que hubieran jugado al quita y pon con su cara como con un Mr. Potato. Y cuando quitaron el desodorante, olvidaron ponerlo de vuelta también. Manu es un regalo para la vista, pero también para el olfato—. Y ya sería un sueño que limpiaras la barra de bar que tienes montada en la encimera.

Porque aquí la joya no solo fuma como un carretero, además bebe como los peces en el río, pero sin necesidad de ver a Dios nacido; él bebe y vuelve a beber. No sé si me explico... Consigo que apague el cigarro sumergiéndolo en una lata de cerveza vacía de las que afloran en esta casa en su presencia. Es decir, siempre. No me extrañaría que su desayuno hubiese sido una rubia, y no me refiero a una mujer precisamente.

—No cambies de tema.

—No dije nada que ella no hubiera dicho antes —le respondo hastiada poniéndome en pie

—, entre otras cosas, que eres un gilipollas —aseguro, remarcando esto último en tiempo presente, porque ese es un adjetivo que desde luego continúa definiéndole.

Igual escribo a la Wikipedia para que adjunten su foto a la definición.

—Pues ahora estamos juntos, y va en serio.

Pongo los ojos en blanco y una cara de agotamiento supremo, y no por falta de café precisamente.

—Mira, honestamente, vuestra historia me importa bien poco. Así que no te preocupes por mí, machote —concluyo, dándole una palmada en el hombro al pasar por su lado de camino a la despensa, a ver si con suerte encuentro una bolsa de magdalenas y logro bajar con ellas las ganas de matar que me han entrado de buena mañana.

—Yo si fuera tú iría mirando casas. Un consejo que te doy.

—Consejo que no he pedido, como tu presencia en mi casa, fíjate, y aquí estoy, teniendo que aguantarte.

—Me piro —resuelve tras varios segundos de reflexión profunda.

—Se agradece, no te voy a mentir.

Al fin se larga, con una bolsa del Carrefour repleta de latas en una mano y un cigarro recién encendido en la otra, dejando a su paso un nauseabundo rastro de sudor, obligándome así a desinfectar el ambiente con una rociada considerable de ambientador con olor a «Ropa limpia», ese del que precisamente él no puede presumir.

Ya tranquila, me siento de nuevo a la mesa para desayunar de una vez y engullir el paquete de magdalenas en la paz de mi hogar, aunque sin paz interior por culpa del *rockabilly* de pacotilla este. No tenía yo suficiente con mis movidas, que ahora ni en mi puñetera casa puedo estar en paz. ¿Quién me mandaría a mí preocuparme por nadie? Cinco años me he pasado cuidando de esta mujer que durante algún tiempo consideré incluso mi hermana. ¡Ni siquiera una amiga! ¡Una hermana! Pensar en ello despierta en mí un profundo sentimiento de tristeza, pero más aún de decepción. Es cierto que nuestra relación ya hacía aguas tiempo atrás; sin embargo, lo que acaba de ocurrir deja bastante claro que nunca he sido para ella más que un paño en el que secarse las lágrimas y, por lo visto, ahora también, una alfombra en la que limpiarse la mierda de los zapatos. Como si acaso yo tuviera la culpa de la basura de lugares que pisa.

Afortunadamente, el dulzor de cada nueva magdalena que me llevo a la boca empapada en leche resulta de lo más reconfortante, narcotizando esos desagradables sentimientos y así, bocado tras bocado, la situación deja de parecerme tan terrible. Pero alejar los recuerdos compartidos de mi cabeza... ese ya es otro cantar.

Con la mirada perdida frente a mí, en ese azulejo blanco al que le falta un buen pedazo en su esquina inferior, rememoro aquella mañana en la que Miriam y yo, meadas de la risa y con una resaca de las que hacen historia, nos encontramos el destrozo después de una de tantas fiestas que montábamos en esta casa el primer año que me vine a vivir tras largarme de Londres. Una eternidad parece ahora de aquello, pero en tiempo real se traduce en apenas cinco años.

Hacíamos una fiesta casi cada fin de semana con cualquier excusa; y sin ella también. Fue una buena época, justo en esa que yo empezaba mi aventura con Rafa; bueno, y este también con mi hermano, pero ese es otro tema que ahora no viene a cuento. La otra que se encontraba aventurera era Miriam con Manu. Cuando yo me mudé a esta casa, ellos llevaban ya un año de relación, pero no como pareja, ya que Manu estaba casado (aún lo está) y mi compañera y la que algún día consideré amiga, lleva siendo su amante los últimos seis años; que ya hay que tener ganas (y poco amor propio) para aguantar ser «la otra» más de un lustro.

Yaiza, una antigua colega canaria que se apuntaba a todas las fiestas, llamaba a Manu

cariñosamente: el *Cuquita* de oro, con ese acento canario tan característico resultaba de lo más cómico. Afirmaba que el *pibe* debía tener algún tipo de talento no visible para el resto, si era capaz de mantener una relación tan larga con dos mujeres a la vez y durante tanto tiempo. De ahí que dotara a su pene de algún talento especial, porque en un primer vistazo (e impacto olfativo), Manu, con su rollo *rockabilly* (pitillos negros ajustados, camisetas básicas pegadas a una incipiente barriga y su buen tupé), nunca ha sido especialmente arrebatador, ni carismático, ni siquiera simpático. Sí, lo sé, todo un misterio el *Cuquita* de oro.

La historia de Miriam y Manu da para una serie turca interminable, hacer un resumen de esta se me hace tan soporífera y tediosa como la lectura diaria que tenía que hacer de la Biblia cada mañana cuando vivía con mis padres, o las reuniones de oración a las que me veía obligada a asistir cada puñetera semana. A esta altura he perdido la cuenta del capítulo por el que debe ir ya la telenovela, pero a ojo de buen cubero diría que vamos por el capítulo «¡Qué os jodan a los dos!», tirando por arriba. Y, sintetizando, la cosa iría tal que así: tras ese primer año de tan buen rollo en el que todo eran risas, bailes y diversión, llegaron las peleas, los llantos y los malos rollos, porque si algo descubrí después de reconocer un patrón de lo más tóxico en su relación, es que estaban enganchados a enfadarse y montar un numerito que terminaba con ella llorando hecha polvo, mientras él la trataba con indiferencia y altivez como si la cosa no fuera con su persona. Y todo para terminar arreglándolo un par de horas o días después. Siempre han sido de esos que necesitan el conflicto para sentir deseo el uno por el otro, adictos a ese sexo de la reconciliación. Y esto no es ninguna suposición mía, esto lo sé como que me llamo Blancanieves Larios Alonso. Aunque me haya pasado más tiempo fuera de esta casa que dentro de ella, las paredes son de papel y a ellos no les va la discreción precisamente. Ni en la cama, ni en ningún lado.

Huelga decir que, por supuesto, Blanca estaba en esos *impasses* para acompañar con palabras de aliento no solo a Miriam, que aquí es donde la cosa se pone divertida, también a Manu en el periodo de tiempo en que lo consideré mi amigo, porque sí, hubo un momento en el que de verdad lo hice. Una vez, incluso, que tenía cita con el dentista y él una imperiosa necesidad de ser escuchado, me acompañó a la clínica para poder llorar en mi hombro mientras me hacían una endodoncia; así como lo cuento. Si es que lo que he aguantado yo con estos dos no tiene nombre. Creí a Manu tanto como aún a día de hoy lo sigue haciendo Miriam, cuando me aseguraba que la relación con su mujer estaba rota, pero seguía viviendo con ella por el niño y bueno, porque no tenía donde caerse muerto, seamos honestos. Cocinero de profesión en paro, cobrando una paga de trescientos euros y mantenido por la mujer y la amante desde que le conozco.

Que se marchara a Irlanda a mejorar su porvenir sin despedirse, y se llevara a su mujer y su hijo con él (repentinamente quería darle una nueva oportunidad a su matrimonio), y que lo hiciera a la francesa fue algo... sorprendente cuanto menos. El broche de oro para una reputación como la suya. Era un secreto a gritos entre el grupo de amigos, que este tenía una mujer y un hijo; de los que por cierto jamás hablaba y que nadie nunca conoció; no obstante, los términos que estableciera el susodicho con su esposa no era cosa nuestra, pero estaba en boca de todos, eso seguro.

Su marcha a tierras irlandesas me hizo abrir los ojos respecto a esa garrapata. Miriam, como es lógico, se quedó destrozada, situación que le impulsó a confesarme toda la verdad sobre su relación, desvelando todo aquello que yo desconocía. Y es que durante seis años, mi compañera fue la amante de semejante ser, pagándole todo, colmándole a regalos (muy poco amor propio vi yo aquí, aunque tampoco estoy yo para juzgar a nadie), recogiendo en casa

cuando su mujer le echaba de la suya; con la que por lo visto tenía contacto, ya que esta le llamaba diciéndole que ni se le ocurriera recogerlo, pero Miriam, que es como la Madre Teresa especialmente si de Manu se trata, hacía oídos sordos y le acogía con los brazos abiertos y las piernas aún más abiertas. La cuestión es que aquel día, mientras me desvelaba todas las jugarretas que este le había hecho en el último lustro, tiradas en el sofá, comiendo un Ben & Jerry's de la tarrina me calenté, y no contuve la retahíla de improperios que despertó en mí conocer la realidad de semejante ser. Ni la crema helada era capaz de rebajar el fuego que bullía en mi interior.

—¡¡Menudo hijo de puta!! —De verdad que me hervía la sangre descubrir cómo se había aprovechado de ella en tantos niveles.

De ahí que me parezca tan llamativo que Manu hiciera hoy mención al «gilipollas», cuando eso, precisamente, fue una caricia si tenemos en cuenta todo lo que salió de mi boca aquella mañana.

Y ya cuando Miriam me confesó que el año y medio que estuvo en Irlanda ella terminó yendo a visitarlo, ahí me quedé blanca. Es decir, que el amigo había conseguido llevarse a la isla esmeralda lo mismo que tenía aquí: a su mujer, su hijo y una amante. Lo que decía Yaiza, el *Cuquita* de oro.

Desde que me enterara de todo esto, unos días antes de mi ataque de ansiedad en aquel viaje a Sudáfrica y viéndole entrar en esta santa casa como si nada y a ella babeando de nuevo por él, no he sido lo que se dice amable con su persona, ¿y quién lo sería? Me importa una soberana mierda que Miriam, que tiene menos personalidad que una piedra, le haya contado lo que dije de él, no me retracto de una sola coma y no quiero en mi vida personas con ese tipo de valores, pero la traición de mi compañera de piso, con todo lo que la he apoyado este tiempo... eso sí que duele.

Recibo una llamada que, gracias a Dios, me empuja fuera de esta deprimente perorata mental. Es Laura, uno de los contactos que me pasó Aurora y que terminó contratándose para decorar su casa. He quedado hoy con ella para ultimar detalles y tomar un café, porque al final, nos hemos hecho amigas y todo.

Tras confirmar la cita en la agenda, que tampoco es que yo tenga muchas cosas en esta, pero las pocas actividades que tengo las anoto para que no se me olviden. De ahí que recuerde al echar un vistazo que hoy es el cumpleaños de Eva; encontrarme con el *Cuquita* de oro nada más levantarme me ha descolocado por completo. Así que, apartándolo mentalmente a un lado, permito que la ilusión por este día me embriague mientras le grabo un audio de felicitación a mi chica junto con la foto de un cachorro de labrador guiñando un ojo.

Blanca:

¿Le pongo un lazo o lo meto en una caja?

Recibo un mensaje de vuelta casi al instante.

Eva:

Diría que lo de la caja es maltrato animal.

A Eva le encantan los perros y en concreto los Labradores. Tuvo uno de niña cuando sus padres aún estaban juntos, pero cuando decidieron separarse también se separaron del perro. Ninguno de los dos quiso hacerse cargo del animal y se lo regalaron a unos amigos, aquello marcó a Eva y desde entonces siempre ha querido tener otro. Y me encantaría regalarle uno, pero

sé que ahora no dispone del tiempo que un perro merece y tampoco pagaría por uno, antes sacaría alguno de la perrera, pero deduzco que un labrador en concreto, iba a ser difícil de conseguir. Así que le he comprado otro regalo que también le va a traer recuerdos de su niñez, uno que requiere menos atención y no se mea en la alfombra.

Hace una semana estuve dando una vuelta por el rastro con Aurora, a la que aún no le he contado nada de lo de Rafa y mi hermano (no he tenido el ánimo para hacerlo), pero sí que le puse al día de mi historia con Eva. Se quedó muy contenta al verme pasar página con lo de Rafa, si ella supiera... En cuanto al regalo de cumpleaños, inicialmente mi idea era dar con algún vinilo que supiera le pudiera hacer ilusión, pero resultó ser una tarea más difícil de lo que pensaba, ya que Eva tiene una colección de más de trescientos en su haber. Afortunadamente, el destino, al menos para esto, se encontraba de mi parte. Uno de los puestos llamó mi atención entre el barullo, el amarillo de un Walkman Sony resplandecía en la distancia sobre la mesa de chapa en el que me esperaba pacientemente. Y es que Eva me contó, mientras tomábamos un helado en Cadaqués, que de niña tenía uno igual a aquel, pero que lo perdió en una excursión escolar. Tras un escueto regateo me hice con él y también con un par de cintas vírgenes de 120, y gracias a que Aurora aún conservaba su antiguo equipo de música de doble pletina, pude grabarle un recopilatorio (de los de antes) con los mejores éxitos de los noventa. Me llevó un par de días, pero lo disfruté como una enana. Grabé la selección en un CD y de ahí a la cinta. Y aunque tanto a Eva como a mí nos pilló los últimos coletazos de la cinta, fue algo que perduró en nuestras casas durante más tiempo. En mi caso, por mi hermano; en el suyo, por su madre, que además tenía una colección de más de quinientas, de ahí su riqueza (y buen gusto) musical. Y esta es una de las cosas que más me gustan de ella, lo que me hizo disfrutar tanto preparándola, garabateando los títulos de las canciones y los diferentes grupos en el papel de la carátula: Nirvana, The Verve, Blur, R.E.M, The Smiths, Alanis Morissette, The Cranberries, Radiohead, Lenny Kravitz, U2, Pearl Jam, The Cure... Dos horas de buena música.

Compré una caja no muy grande en un bazar y metí en ella la cinta y el Walkman con sus auriculares, junto con un montón de piruletas Fiesta y tiras de papel tipo confeti en color verde, que es su favorito.

Rememoro la ilusión que me embargó preparar el regalo, el mismo que descansa ahora en una bolsa de tela sobre mis piernas en este autobús camino a casa de la familia Vargas, tras hacer una parada para comprarme un *croissant* que me he comido acelerada sin pararme siquiera a engullirlo. Por alguna razón las magdalenas no lograron satisfacer mi apetito, pero el bollo de hojaldre parece haber saciado ese incesante vacío que últimamente hace un eco constante en la boca de mi estómago.

Blanca:

He tenido una conversación la mar de interesante con Manu.
¿Hay algo que tengas que decir al respecto o vas a dejar que él lo diga todo?

Envío de una vez el mensaje al que le he estado dando vueltas mientras me duchaba, cuando me vestía y durante el proceso de chapa y pintura. Si efectivamente quiere que me largue del piso, que tenga valor de decírmelo ella, que después de cinco años creo que es lo mínimo que merezco.

Está en línea, pero al momento se desconecta, lo que no me sorprende en absoluto, si por algo se ha caracterizado siempre Miriam es por su cobardía. A las pruebas me remito.

Entretenida (y atontada) viendo un vídeo tras otro en ese agujero negro que es TikTok, casi me paso la parada. Lanzo el teléfono dentro del bolso y me bajo a toda prisa; a nada estoy de que

el *autobusero* me cierre la puerta en las narices.

La casa de Laura no está muy lejos, pero aprovecho el trayecto para repasar mentalmente el trabajo realizado y apartar así otros temas que, aunque trate de fingir, empiezan a preocuparme; porque intuyo que lo de buscarme nueva casa está tornándose en una realidad inminente a la que voy a tener que darle prioridad en breve. Mientras tanto, permito a mi mente divagar en la decoración del ático de ciento noventa metros cuadrados de Laura. Ella, junto con su marido y su hijo, venían de un piso anterior en el que habían vivido siete años; el primer hogar tras casarse, y que Laura decoró con ilusión junto con su madre buscando un estilo moderno, pero el resultado no se acercó ni lo más mínimo a la idea que tenía. Así que para este nuevo hogar quería darle una vuelta y convertirlo en el ático de sus sueños. Siempre lo imaginó con estilo, eso era para ella el lujo, darle un toque elegante y moderno en el que poder llevar invitados a casa; un requisito indispensable para ella. Quería abrirla para sus amigos y compañeros de trabajo, porque Laura viaja mucho y es invitada a grandes mansiones de compañeros de trabajo en América; poder recibirlos a ellos de la misma manera en un hogar que le hiciera sentir cómoda era un requisito indispensable. Laura es vicepresidenta de Recursos Humanos para Europa y Asia de una empresa de alimentación en una multinacional americana, además de una mujer todoterreno, sumamente trabajadora y humilde. Podía entender por qué Aurora la tenía en alta estima. Fue muy abierta y clara en nuestra primera reunión:

—No tengo ni idea de cómo hacerlo, Blanca, pero sé que necesito ayuda y Aurora dice que tú eres la mejor.

—No sé si soy la mejor, pero te aseguro que doy lo mejor de mí en cada proyecto. — Recuerdo haberme ruborizado antes de decirle algo parecido a eso.

A partir de aquí, me puse manos a la obra. Para mí, lo importante, y más teniendo en cuenta que el ático era nuevo, consistía en que no pareciera como esas típicas casas recién decoradas en las que no se puede tocar nada porque, ¡es nuevo! Esta es una premisa de la que no suelo bajarme, mi lema es convertir una casa en un hogar de tal forma que cuando acabe con ella, dé la impresión de que entras en una casa muy vivida, donde cada rincón cuente una historia de un viaje, de un acontecimiento importante, o te sumerja en algún recuerdo familiar entrañable. Para conseguir este efecto, trabajo con cuadros, esculturas y piezas artísticas en general. En el caso de Laura, me aseguré de dedicar espacios a los cuadros, tanto nuevos como antiguos que ella ya tenía; muchos hechos por su madre. Mezclé estilos: desde una copia de *Clotilde en la ventana* de Sorolla que pintó su madre, hasta una lámina moderna de un ovni rojo y rosa comprada en una galería en Madrid muy *cool*. Todo valía. Y lo genial del trabajo que hice en casa de Laura es que en cuanto le di un par de ideas le encantaron y me dio libertad completa. Si la vida me otorgó algún don, tengo por seguro que fue el de entender y empatizar, al menos en este aspecto. Laura ha confiado en mí a ojos cerrados; quizá la palabra de Aurora también tuvo cierto peso, no voy a negar ese hecho.

Y con esta libertad trabajé también para darle un toque muy funcional a la casa; no hay habitación buena, todas las son y se usan de igual manera, pero para fines diferentes.

El resultado fue un toque Mid-century o modernista con clásicos rescatados de aquella era, como una lámpara de tres brazos de techo de Serge Mouille en el salón, todo un clásico, o la mítica PL 3/2 Paul Henningsen hecha para Louis Poulsen en 1927. Además, quise jugar con estampados un poco atrevidos, como alfombras blancas y negras de *animal print*, sillas de pana amarilla y sillones de cuero marrón. Para la mesa de centro utilicé *chinoiserie decor* con piezas clásicas, como un conjunto de jarrones en azul y blanco para darle un toque un poco extravagante. Las paredes se pintaron todas en blanco como color base para poder añadir el color

en los cuadros y textiles, como mantas y edredones en las habitaciones y cojines en el salón y la sala de juegos de su hijo. Ninguna madera ni color se ha repetido, todos los muebles fueron cuidadosamente elegidos para que combinaran a la perfección sin que los diferentes estilos chocaran los unos con los otros, otorgándole así mucha personalidad.

Ultimamos pequeños detalles sentadas en la terraza de sesenta y cuatro metros cuadrados del ático que podría decirse ya está terminado. Yo, me meto otro dulce en la boca mientras ella me enseña en el móvil un catálogo de macetas.

—¡Qué bueno está esto! —Es el segundo dulce que me llevo a la boca de la elegante caja que ha traído para acompañar el café.

—Son japoneses. Se elaboran con pastel glutinoso de arroz...

—¡Ah, son mochis!

—Eso es. Algunos van rellenos de una pasta de judías y otros de fruta.

—Pues están buenísimos. —Me trago el último bocado para poder centrarme ya en lo que me ha traído aquí.

—¿Cuál le pongo? Esta la veo muy apagada y no me gustaría perder esa viveza en el exterior... —Me pide opinión hasta para poner una maceta, porque no quiere romper con el maravilloso trabajo que he hecho; no lo digo yo, lo afirma ella. Y a mí me encanta la confianza que deposita en mí—. Me gustaría mantener esa esencia que conseguiste dentro de la casa.

—Espera. —Saco mi teléfono del bolso para mostrarle una foto que hice hace unos días de unas macetas con caras en relieve—. ¿Qué te parece algo así?

—La azul sería perfecta, ¿verdad?

—Podrías combinar esta, con las otras dos que me has enseñado.

—¡Qué buena idea, Blanca! ¡No sé qué haría sin ti! Por cierto, le he pasado tu contacto a unos amigos que tienen un chalé y acaban de reformarlo, les he contado la maravilla que has hecho en esta casa y están muy interesados en contratarte.

—Eso es... genial. Muchas gracias, Laura. —Me siento muy halagada.

—Gracias a ti, de verdad —dice tras darle un pequeño sorbo al café—. ¿Has pensado lo que te comenté? —No hace más que animarme para que deje el curro de azafata y me dedique a la decoración en exclusiva, asegurándome que puede echarme una mano, porque conoce a mucha gente. Insiste en que debería darme una oportunidad—. Tienes mucho talento, es una pena que el mundo se lo pierda.

No me he permitido mucho pensar en ello, la verdad, cada vez que la idea viene a mi mente la deshecho, hay demasiadas cosas pasando ahora mismo por mi vida como para replantearme algo como eso.

—Siempre quise ser azafata —digo, encogiéndome de hombros como si eso lo resumiera todo.

—Puedes pedirte una excedencia.

—Es una posibilidad. —¿Lo es?

Me encanta la idea, tanto como me aterra.



Me voy directa a casa de Eva, porque voy justa de tiempo.

La idea inicial para esta celebración consistía en una cena con un par de amigas, pero ha terminado transformándose en una fiesta por todo lo alto que, conociendo a las amigas de Eva, intuyo que el festejo se alargará hasta las mil. El cambio se debe a que tres de sus cinco hermanos coinciden en Madrid este fin de semana, incluyendo a Júlia, la que vive en Suecia; aunque tiene que coger un avión de vuelta a las seis. Así que Eva, al enterarse de esta información se decantó por organizarlo de tal manera que pudiera compartir este día con todos ellos. De ahí que la fiesta comience a la una de la tarde; la gente irá sumándose según pasen las horas. Y yo, que tenía intención de llegar de las primeras, termino presentándome a las dos menos cuarto.

Llego a su casa, y con una irónica sonrisa timbro el telefonillo mirando tras de mí; aún hoy, el «chiste» me resulta, como mínimo, elocuente. Casi como la primera vez que vine a esta casa. Bueno, igual la primera no, porque estaba bastante piojo y en lo único que pensaba era en besarla y sí, en quitarle las bragas y sentirla contra mi cuerpo. Tuve que esperar a la mañana siguiente para darme cuenta, y ahí, sí, me reí (después de que se me erizara la piel como la de un puercoespín), cuando me asomé a la ventana del salón de su casa, dándole un sorbo al café que Eva acababa de tenderme.

—¿Estamos en Malasaña? —Cabe mencionar que me mostré visiblemente sorprendida cuando planteé la pregunta.

Eva se rio.

—Desde ayer por la noche.

—Pero... espera... Cuando nos conocimos te acompañé al metro en Plaza de España, y eso está... aquí al lado.

—No fui a mi casa aquella noche.

Se me acumulaban las incógnitas.

Más tarde me explicó que Claudia, una amiga suya con una relación de pareja al estilo de la que tenía yo con Rafa, le envió un mensaje cuando fue al baño en el Rockers (poco antes de aquel simulacro de beso), pidiéndole compañía y un hombro en el que llorar.

—Entonces, ¿vives aquí?

—Sí, no me he metido de ocupa ni nada por el estilo. —Se rio divertida, mi desconcierto le hacía gracia—. No me vengas con el cuento de que es un barrio de modernos porque... es cierto, lo es, pero este piso es de la hermana de mi madre que vive en Orlando y me lo deja regalado.

Volví a mirar por la ventana, con una sonrisa sardónica, porque efectivamente el edificio que tenía enfrente... era el de Rafa. Mi pensamiento en aquel momento fue algo así como «¿tienes que estar de coña?». Le di otro sorbo al café y me encogí de hombros, había que reconocer que la vida, a veces, tenía sentido del humor.

Nunca creí que nos fuéramos a encontrar al piloto, porque entre el curro y la vida tan interesante que se gasta, iba a ser igual de probable como que el algoritmo de Instagram les mostrara mis publicaciones a mis 926 seguidores. Poco realista, pero reconozco que me inquietaba la posibilidad. No supe si para bien o para mal.

Hoy, sábado uno de octubre, cumpleaños de mi libra favorita, me dirijo a la azotea de su edificio, que es donde se va a celebrar la fiesta. Según me contó Eva, los vecinos disponen de este espacio de uso comunitario al aire libre siempre que quieran, reservándolo con antelación para ocasiones como estas. Eva llegó un poco justa por los cambios de última hora, pero afortunadamente se encontraba libre y pudo contar con él.

Aún no he cruzado la puerta metálica que da a la azotea y ya escucho la música a través de

esta. Salgo al exterior en donde una DJ colega de Eva, ubicada contra la pared y muy cerca de la puerta, me recibe con *Lovefool* de The Cardigans, haciéndome retroceder en el tiempo hasta mi niñez. Esto tiene la firma de Eva. No esperaba menos de ella, que vive anclada en los noventa en pleno 2022.

Una chica que pasa por mi lado hablando por teléfono, me saluda con un gesto de cabeza y una amplia sonrisa. Le devuelvo el saludo recordando que Eva me la presentó un día en Sol; creo que tenía una floristería o algo así. Y es que aquí la cumpleañera será catalana, pero conoce y me ha presentado a medio Madrid; mientras que la madrileña (una servidora) conoce a cuatro gatos (nunca mejor dicho). Pero es que me desvinculé de esta ciudad en cuanto me hice azafata, de ahí que únicamente le haya presentado a Eva una sola persona, y no porque ese fuera mi propósito, por cierto, sino porque no me quedó de otra. Y hablando de la cumpleañera...

—¡Felicidades, otra vez!

—Gracias —susurra melosa y muy sonriente tras darme un beso en los labios de esos para todos los públicos, porque aquí, hay mucho de eso. Diría que una veintena de personas al menos —. ¿Qué te parece?

—¿Mi cara de asombro como decoradora no te dice nada? —apunto fascinada mirando a mi alrededor porque, honestamente, me esperaba otra cosa más... mundana. No algo que sonrojara al mejor diseñador de exteriores, porque la típica decoración festiva con farolillos, luces varias y globos de helio no es que sea especialmente reseñable, lo habitual, vamos. Lo que sí lo hace es el gusto en la decoración, de estilo bohemio y aire *vintage*, con diversas alfombras de Kilim repartidas por el suelo; tres de ellas situadas bajo dos sillones mostaza de tres y dos plazas enfrentados, más otros dos individuales un poco más apartados; y todos rodeando una larga mesa de café de ese aluminio marrón que simula ser hierro y que siempre es una muy buena opción para una zona de exterior. Cubierto además por un sólido cenador con cortinas blancas y un gran vergel que crea una confortable atmósfera, aislándonos inteligentemente del estresante ambiente de la capital—. ¿Me puedo venir a vivir aquí? Porque quizá necesite un lugar en el que hacerlo.

—¿Y eso?

—LA PAREJITA, que ahora va de formal y quiere crear su propio nido de amor en el que, obviamente, yo sobro. —Le informo sonando MUY sarcástica—. Luego te cuento mejor.

—Sí, por favor.

—Siento no haber podido llegar antes para echarte una mano.

—No te preocupes, tenías curro y estas —me informa, señalando a su grupito de amigas más cercanas—, que son como los enanitos de Blancanieves —me guiña un ojo cómplice—, lo han organizado en un momento mientras yo iba a recoger a mi hermana.

—¡Ah! Es verdad... ¿Dónde está?

—Ha bajado un momento a casa, ahora sube y te la presento.

—Genial. Por cierto, ¿dónde está *The Lucky Man*? —pregunto, echando un vistazo alrededor sin encontrarle, usando ese nombre en clave con el que nos referimos a él cuando no está presente.

—Me apetecía pasar este día las dos solas, sin él —dice con dulzura poniéndome un mechón detrás de la oreja—. ¿Te parece bien?

—Sí, claro, es tu día. Me parece una gran idea. —¿De verdad me lo parece? Bueno, digamos que lo entiendo, aunque quizá no lo comparta. Mi corazón es el que no lo hace, percibo cómo se arruga débilmente bajo mi pecho—. Estás muy guapa, por cierto. —En respuesta a mi apreciación, me devuelve una sonrisa tras tremendo beso en los labios que me permite saborear

el dulzor de la piruleta que debe haber tenido contra su lengua, no hace mucho.

Me quedo embobada contemplándola. Hoy, la encuentro especialmente radiante, con un colorido conjunto de punto muy setentero, de pantalón de campana y chaqueta de manga larga atada con tres de sus cuatro botones, dejando entrever su vientre plano, aún bronceado de nuestra escapada a Cadaqués. Yo, sin embargo, he optado por algo más sobrio, con unos Levi's rectos, camiseta básica blanca y americana negra con unas clásicas Converse Chuck Taylor negras de plataforma, la número veintitrés de mi colección de cuarenta y dos pares.

—¡Eva! ¿Puedes venir?! —Le llama alguien desde el fondo.

—Sírvete algo de beber y come lo que quieras, que seguro tendrás hambre. Y después te presento a todo el mundo.

—Me parece una gran idea.

Me dirijo a la zona de la izquierda, que es donde se encuentra la larga mesa con la bebida y la comida, pegada contra una enorme pared verde botella cubierta por un considerable tapiz de macramé; además de una ristra de farolillos y globos. Me pillo un tercio de cerveza y picoteo un poco de todo, pero antes, suelto la bolsa con el regalo, escondiéndola bajo la mesa para que quede oculta por un mantel de papel multicolor, ya que mi intención es dárselo cuando no haya nadie. En cuanto termino de probar todos los manjares, incluyendo una quiche que literalmente sabe a vómito, me dirijo a buscar a Eva con otra nueva cerveza para quitarme el mal sabor de boca de tremendo despropósito culinario, pero no la encuentro. A quien sí veo es a los amigos de Eva con los que he tenido más relación en este tiempo: Claudia, su pareja Mónica y Alberto. Me acerco a saludarles.

—Blanca, ¿cómo estás? —me saluda Claudia, la misma por la que Eva no durmió en su casa tras aquella primera cita improvisada el día que nos conocimos.

Y no lo hizo, para consolar a esta, que estaba de broncas con Mónica, una tía un tanto seca y callada con la que no termino de conectar y mira que lo intento... Su novia, por el contrario, me parece una tía cojonuda.

—Aquí, arramblando con la comida —digo, levantando el plato de cartón en el que aún reposa el repugnante pedazo de quiche, pero solo porque mi intención es encontrar una papelería en la que pueda deshacerme de ella.

—¿Ya has probado la quiche? Es mía, una receta familiar secreta —dice Alberto con ilusión llevándose la mano al pecho con emoción.

Qué lástima.

—Está buenísima —miento, esbozando una sonrisa sin dientes mientras asiento con la cabeza, esperando que no se me caiga la careta de embustera que me he puesto, porque debajo tengo cara de querer echar la pota—. ¿Qué lleva?

—¡Ah!, no, no puedo decírtelo, es una receta secreta.

Y todavía se hace el interesante.

—Vaya, qué pena. —Me quedaré sin saber cómo se hace el plato más nauseabundo que he probado en mi vida, se me rompe el corazón, de verdad que sí.

No creo que sea capaz de volver a disfrutar una quiche en la vida, con lo ricas que son y Alberto me ha *traumado* para toda la existencia. Ser, que por cierto, no me quita ojo de encima, ni a mí ni a mi plato, como esperando que me eche a la boca semejante cosa de nuevo delante suya. Eso no va a ocurrir. Te lo aseguro. Me intereso por seguir el hilo de la conversación, fingiendo que no tengo a Annie Wilkes de *Misery* con el cubo de agua sucia esperando a que me lo beba, porque empieza a ponerme los pelos de punta.

Alberto es un tipo rarísimo al que no termino de cogerle el punto (como él a la quiche), y

mira que le pongo empeño, porque es uno de los mejores amigos de Eva. Y si algo me ha quedado claro a esta altura sobre la que ya he comenzado a llamar «mi chica» (suena bien, ¿verdad?), es que sus amistades son sumamente importantes, de ahí que me esté esforzando en darle una oportunidad y aún sostenga en la mano la aberración culinaria. A Eva le gusta sociabilizar y sentirse parte de ese grupo, confiar en él y que lo hagan en ella. Tiene como una necesidad imperiosa por cumplir, quizá yo no lo entienda, porque no tengo un grupo grande de amigos, soy de pocos y cada vez menos viendo lo ocurrido con Miriam, pero tampoco siento esa inevitable necesidad de ampliar mi círculo. Soy sociable y estoy para quien me necesite cuando me necesite, pero yo no los necesito a todos, ni mucho menos al mismo tiempo.

En agosto, que estuvimos bastante a nuestra bola, enfocadas la una en la otra, Eva no paraba de recibir mensajes y llamadas de su grupo de amigos (mujeres en su mayoría), porque siempre (siempre) están en contacto. Y es que Eva es, sin ninguna clase de duda, la persona más fiel que haya conocido nunca.

—¿Qué tal por Holanda? —le pregunto a Mónica, acordándome ahora que se fueron unos días y yo no las he visto desde entonces.

—¡Bah!, un poco raro. —¿Más que tú?—. Nada destacable.

Y cómo no sé qué decir, me limito a asentir dándole un trago a mi cerveza. Dicen que puedes saber cómo es alguien por sus amigos, pues no pienso juzgar a Eva por el Cocinillas y por la «Nada destacable», porque entonces me quedaría sin «mi chica».

—¡Ey, cumpleaños! —exclama Claudia al verla acercarse.

Viene acompañada de dos personas que, aunque no conozco personalmente, sí reconozco rápido, porque las he visto en fotos. Su hermana Julia, la que vive en Suecia, y su hermano Eloi, el más joven de todos con dieciocho años. Hermanos por parte de padre y madre respectivamente.

—Blanca —cuela un brazo por mi cintura para acercarme a ella—, ella es Julia y Eloi. —Este último ni levanta la cabeza del teléfono, de ahí que Eva decida tapar la pantalla con la mano abroncándole en catalán—. *Pots deixar de mirar tant el mòbil? Al final et tornaràs un ximplet!*

—Encantada, me han hablado mucho de vosotros —digo tras darle un par de besos a cada uno, y viendo a Eloi sumergirse de nuevo en la pantalla de su móvil mostrando un claro desinterés, decido centrarme en Julia—. ¿Qué tal por Madrid?

Me cuenta de forma muy teatral y usando mucha mímica (por un momento me siento viendo un *stand up comedy*), cómo fue testigo del extravío de su maleta en Estocolmo desde la ventanilla del avión. Al parecer, traían dos maletas y la desaparecida fue la de su marido Viktor, un sueco altísimo y guapísimo al que llama en ese mismo momento para presentármelo, mientras me relata frente a él que este lleva cinco días usando sus bragas, porque le parecían muy cómodas y no tenía otra cosa que ponerse.

—Tranquila, no entiende ni papa —asegura después de darle un beso muy sonriente al sueco de dos metros que, efectivamente, no tiene pinta de enterarse de que su mujer está desvelando con todo detalle la ropa interior femenina que lleva el vikingo en este momento.

Ahora, el grito que pega en cuanto comienza a sonar *What Is Love* de Haddaway, de ese sí que se ha enterado media Malasaña.

—*Quina mandra, música antiga!* —exclama Eloi antes de largarse usando esa versión periférica que tienen desarrollada ahora los chavales que les permite desplazarse sin tener que levantar la vista del teléfono.

—¿Ha dicho «música antigua»? —pregunto ofendida.

—Eso me ha dolido —añade Eva compungida—. Físicamente, me ha dolido.

—¡Por la *música antigua*! —propone Eva como brindis elevando su copa, al que todos nos unimos haciendo chocar nuestras respectivas bebidas.

Al momento, los suecos se ponen a hablar con otra gente y yo aprovecho para quedarme un rato a solas con Eva y poder así resolver una duda que me intriga demasiado mientras nos acercamos a la mesa a reponer la bebida y a picar algo.

—¿Crees que tu cuñado lleva puestas las bragas de tu hermana?

—En realidad, Viktor nunca usa ropa interior; y mejor no preguntes cómo lo sé. —Asiento ocultando una sonrisa bajo el botellín de cerveza; ya me enteraré de esa historia—. Es cierto que les perdieron la maleta, pero vamos, créete la mitad de lo que te cuente, que lo hace solo para llamar la atención —confiesa, no en plan mal, tan solo me informa de una realidad.

—Es muy divertida. No, no, no, no. ¡Ni se te ocurra! —mascullo, arrebatándole el plato, comprobando que el «chef» Alberto no se encuentre cerca—. Es un trampantojo, parece una quiche, pero es vómito.

—¿Qué?

—Si quieres seguir disfrutando de tu fiesta de cumpleaños, no te comas eso. Hazme caso.

—¿La ha hecho Alberto? —Asiento abriendo mucho los ojos—. Entiendo.

No es algo nuevo por lo que veo.

—¿Y por qué le dejan cocinar? ¿O traer algo que vayan a comer PERSONAS?

—Lo está intentando —le disculpa.

—Pues no debería. —Eva se ríe, pero decide no añadir nada más sobre el tema, abandonando el plato sobre la mesa—. ¿Y Adriá? —le pregunto por su otro hermano por parte de madre.

—Viene más tarde.

—¡Ah!, genial.

—Bueno, cuéntame, ¿qué ha pasado en casa? —se interesa, cambiando de tema.

—He tenido movida con Manu esta mañana y bueno, digamos que se ha acelerado el proceso de búsqueda de piso. Pero vamos, que no quiero aburrirte con esto ahora, ya te cuento mañana los detalles con calma.

Me mira fijamente en silencio, y antes de que articule una palabra ya sé lo que va a decir.

—Vente conmigo —sugiere con dulzura cogiéndome de la mano, incapaz de ocultar una genuina ilusión—, hasta que encuentres algo.

No me da tiempo a darle una respuesta, Claudia nos interrumpe. Afortunadamente.

—Eva, tu hermano está abajo y necesita que vayas un momento.

—Ve, luego seguimos hablando —acierto a decir dándole un apretón en la mano antes de soltarla.

Vuelvo a quedarme sola, excepto por la extraña sensación que me acompaña en el estómago, de la que me olvido momentáneamente al mirar el mensaje que acabo de recibir.

Miriam:

Lo cierto es que quería hablar contigo de eso a la cara, pero no hemos coincidido. Manu y yo vamos a vivir juntos, y como el alquiler está a mi nombre, lo más lógico es que seas tú la que se busque otra cosa, tampoco pasas mucho tiempo en casa. Te aviso con quince días de antelación. Espero que lo entiendas.

Blanca:

Lo único que entiendo es que quien se acuesta con niños...
No te olvides de ponerle protector al colchón, que luego no te devuelven la fianza.

Bueno, pues ya es oficial, tengo una amiga menos y ningún lugar en el que vivir.

Me acerco a la DJ que acaba de encenderse un cigarro justo antes de poner *Don't Speak* de No Doubt (justo ahora que no está la cumpleañera, siendo este uno de sus grupos favoritos), y le pido uno que me tiende junto con un mechero.

—Gracias —le digo tras devolverle el encendedor.

No soy fumadora, pero sí que me permito alguno de vez en cuando, en plan fumadora social o para narcotizar cuando la inquietud me carcome por dentro, como ahora. Cigarro en mano me asomo a la calle, dándole una primera y profunda calada apoyada sobre el muro, huyendo de este perfecto oasis para respirar el imperfecto y tóxico aire de una ciudad tan imperfecta y tóxica como Madrid. La misma a la que siempre termino acudiendo en busca de una respuesta. La observo, vibrante y ruidosa, mágica y decepcionante, pero no veo nada, absolutamente nada que me diga por qué demonios no me ha hecho ilusión la honesta proposición de Eva. Y puede que tenga una ligera idea, de ahí que haya permanecido alejada de este muro desde que llegué a esta fiesta y ahora, con un cigarro consumiéndose entre los labios, un leve mareo y una incertidumbre que no sé gestionar (y Eva fuera de radar), termine buscándole en los huecos vacíos del edificio de enfrente.

Le encuentro.

Él a mí también.

Parecía que estuviera esperándome, ahí, fumando en la penumbra de su habitación, algo que curiosamente acostumbra a hacer muy rara vez y siempre en soledad. Lo del tabaco, digo. Nunca le he visto terminarse un cigarro, porque en cuanto aparece alguien lo apaga, como ahora.

Nos sostenemos la mirada unos segundos, una de esas que dicen muchas cosas y que si quisiera podría descifrar; pero no quiero, y él opta por retirarla para bajarla hacia sus manos que, aunque quedan escondidas tras la pared, la luz que sale de ellas me chiva qué están haciendo. Antes de que sienta vibrar el teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón, ya sé que es un mensaje de él.

Lo saco y lo leo.

Rafa:

Para estar en una fiesta no se te ve muy animada.

No contesto.

Por dentro tengo un volcán en llamas, por fuera, cara de póquer.

Le doy una profunda calada al *piti* buscándole de nuevo con la mirada. Vuelve a escribir en una leve penumbra muy sugerente para un torso desnudo como el suyo. La luz de la pantalla de su móvil me muestra una sonrisa de medio lado que no tardaré en averiguar a qué se debe.

Rafa:

Te echo de menos.

En realidad...

Nos echo de menos.

Fingiendo que esas palabras no han sacudido mi corazón, aplasto el cigarro contra el muro y con la misma *Poker Face* que Lady Gaga le ponía a su novio mientras se lo follaba pensando en una mujer, decido que es momento de marcharme de este extraño multiverso para irme con la mía, porque afortunadamente, yo no tengo que imaginarme a la chica.



—¿Qué tal te lo has pasado?

—¡Creo que ha sido el mejor cumpleaños de mi vida! —exclama, dejándose caer sobre el mullido sofá a mi lado.

—¿De verdad?

—Superando incluso al de los doce, en el que gané un *Meet & Greet* para conocer a los Backstreet Boys.

—¡¿Los Backstreet Boys?! —exclamo tan divertida como sorprendida.

—¿Qué?

—No sé, te hacía más de las Spice Girls. No te veo yo babeando por Nick con doce años.

—Es *my guilty pleasure* —confiesa, encogiéndose de hombros—. Yo no babeaba por Nick, yo quería SER Nick.

—¡Ves! Eso ya te pega más. Yo sí babeaba, pero por Kevin.

—¿Kevin?, ¿eh? Bueno, la cuestión es que nunca pude ir ni al *Meet & Greet* ni al concierto, porque me puse malísima de la emoción. Aun así, siempre lo he recordado como el mejor cumpleaños de mi vida.

—¿En serio?

—Sí, igual suena raro, pero me sentí más afortunada que triste: nunca había ganado nada.

—Pues yo creo que todavía puede ser mejor.

—No lo dudo... —Se echa encima; pero la detengo antes de que alcance a besarme.

—Espera, que no me refiero a eso, que también. Pero antes... —Estiro el brazo para coger la bolsa que dejé junto al sofá en una de las dos veces que vine a mear, porque pasaba de hacerlo en el meadero de arriba—. Aún no has abierto mi regalo.

—¡Ay, es verdad!

Se lo tiendo con un cosquilleo de emoción en el estómago.

—Espero que te guste.

Rompe el papel con cuidado hasta llegar a la caja, que abre muy despacio y mirándome antes de hacerlo.

—Blanca... —balbucea boquiabierta, desplazando sus brillantes ojos grises del regalo a mí repetidas veces—. ¿Cómo has...? Pero..., ¡es igual al que yo tenía! —reconoce cubriéndose la boca con la mano.

—El destino quiso que diera con él.

—Y la cinta... ¿La has grabado tú?

—Sí, la mejor selección de los noventa, para mi chica noventera.

Viéndola tan feliz, tan ella, en su esencia, con la ilusión desbordando de sus ojos y la honesta alegría de su enorme sonrisa, siento el corazón expandirse bajo mi pecho. Y, de repente, me doy cuenta de que no había sentido algo así en toda mi vida. Con nadie. Nunca antes.

—Es el mejor regalo que me han hecho en la vida.

—Opino lo mismo —sostengo, acariciándole la mejilla.

A partir de este momento, las palabras se nos quedan pequeñas.

Con su cálido cuerpo desnudo sobre el mío confirmo que Eva tenía toda la razón, celebrar

este día sin *The Lucky Man* ha sido un acierto, no necesitamos a nadie más, ella completa todos los espacios y los desborda.

10

Eva (2022)

—¡Buena suerte! —te grité mientras te subías al pequeño escenario.

Me hiciste una mueca burlona, porque no quise cantar contigo *El 7 de septiembre* en aquel siete de septiembre; te resultó divertida la coincidencia. Y no te acompañé porque me diera vergüenza, a día de hoy no estoy muy segura de conocer esa sensación, a pesar de que usara tal pretexto. No estaba de humor y la razón no la conocías, todavía.

En los últimos días había recibido unos insistentes mensajes de Rafa a los que o no les daba respuesta o contestaba reenviando el habitual enlace al ya mencionado vídeo de Paquita La del Barrio. «No vas a ignorarme toda la vida. Puedes estar segura de ello», fueron sus últimas palabras hacía tan solo diez minutos. Desde entonces tenía una sensación de inquietud permanente que me ponía de muy mal humor. Le conocía lo suficiente para saber que si convertíamos esa situación de nuevo en un juego, él haría todo lo posible por acabar victorioso.

La mano se resolvió en cuanto sonaron los primeros acordes de Mecano.

El causante de mi intranquilidad entró por la puerta de aquel karaoke-bar exudando su habitual encanto bien pagado de sí mismo. No tardó mucho en descubrirme teniendo en cuenta el reducido espacio del local, solo necesitó echar un rápido vistazo para dar conmigo, gratamente satisfecho mostró su perfecta hilera de dientes, incrementando mi cabreo.

—No te hacía yo una chica de karaoke —comentó divertido mientras le apuñalaba con la mirada.

—¿Qué haces aquí?

—No respondes a mis mensajes, así que no me ha quedado otra que ser... imaginativo. Deberías tener cuidado con lo que *posteeas* en redes, cariño.

Su condescendencia despertó en mí unas irrefrenables ganas de patearle sus bonitas pelotas. Subir una historia indicando la ubicación no fue una idea especialmente brillante por mi parte. Lo reconozco. Acababa de demostrarme a mí misma que no era capaz de ganarle ni una mísera partida a la sabandija de Rafa.

En los últimos meses había estado más activa en Instagram que en toda mi vida, porque en una jugada (pensaba que) estratégica, quería restregarle mi reciente dicha; de ahí que no le hubiese bloqueado y que me hubiese sentido generosa con el contenido en mi perfil privado. Especialmente en agosto, que terminó convirtiéndose en un reportaje fotográfico del perfecto verano que pasamos juntas.

—Lárgate —le espeté buscando al mismo tiempo tus ojos grises, simulando que aquello no iba conmigo mientras te observaba imitar con dulzura la voz de Ana Torroja, esbozando una sonrisa cómplice que vi desvanecerse poco segundos después. Rafa continuaba allí plantado y no tenía pinta de rendirse—. No tengo nada que hablar contigo.

—Pero yo sí, y creo que ya te he dado tiempo suficiente, han pasado casi dos meses, Blanca.

—Te mereces que no te hable en la puta vida —aseveré, dejando de mirarte para clavarle a Rafa unos ojos furibundos.

—En estos dos meses no me has dirigido la palabra, lo único que he recibido de tu parte ha sido una canción muy...

—¿Adecuada?

—Iba a decir...

—¿Sincera?

—EXPLÍCITA es la palabra que buscaba.

—Pues ahora que la has encontrado, te puedes marchar por donde has venido, RATA.

—¡Cuánta acritud! —Fingía sentirse ofendido, aunque es cierto que percibí que quizá sí que comenzaba a afectarle aquello.

—Si te parece saco un matasuegras y me pongo a soplarlo, no te jode. Te has estado follando a mi hermano durante los últimos cuatro años.

—Cuando apuntas al otro, tres dedos te apuntan a ti, ¿sabes? Tampoco es que tú seas una santa —soltó con los puños sobre las caderas, mostrando tal y como ya vaticinaba, que su diversión no era tan genuina.

—¿Perdona? ¿De qué mierda hablas?!

Rompió el contacto visual conmigo para centrarse en ti, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Es muy guapa —añadió, regodeándose en cada palabra. Y en ti.

Entonces entendí de qué iba aquello, y por primera vez desde que lo conocía le vi... celoso. Y sí, aquello me sorprendió y me gustó. Mucho más de lo que hubiese imaginado. Me animó tanto que me puse en pie para hablarle más cerca.

—Primero, tú te estabas tirando a mi hermano. Segundo, tú y yo ya no estamos juntos. Y tercero, no es guapa, Rafa, Eva es una puta diosa que no está a tu alcance.

Llegaste en el momento indicado, ni planeado hubiese salido tan bien. Te acercaste a mí y yo, cogiéndote de la cintura te besé de una forma muy sexual, quería provocar a aquella rata inmunda.

—¡Eres la reina del karaoke! —aseguré tras separar nuestros labios, pero te mostraste escéptica a mis palabras y recelosa a su presencia.

—¿Quién es?

No me quedó otra que presentártelo.

—Rafa, un compañero de trabajo —te aclaré, dirigiéndome después al susodicho—. Rafa, ella es Eva.

El piloto se inclinó con intención de darte un par de besos, pero tú interrumpiste su amago alargando el brazo entre ambos, obligándole a un escueto apretón de manos. Vi despertarse de nuevo la diversión en la cara de Rafa, siempre le han gustado las tías que no se lo ponen fácil y tú no se lo estabas dejando en bandeja precisamente. Y eso que aún no habías atado cabos; tampoco faltaba mucho para que lo hicieras.

—¡Bueno, ahora me toca a mí! —exclamé con una maquiavélica idea en la cabeza y quizá también como método de huida, porque en cierta medida me sentía atrapada en aquella situación.

—¿No decías que te daba vergüenza? —preguntaste con cierto recelo.

«Vergüenza la que va a pasar este cabrón», pensé.

—¿Vergüenza, tú? —Se carcajeó Rafa despertando tus sospechas.

Consciente de que en cuanto vieras mi actuación ibas a comprenderlo todo, decidí adelantarme a los acontecimientos.

—Luego te lo explico todo —te susurré al oído tras darte un beso en unos labios ciertamente rígidos.

Tu mirada fue estrechándose poco a poco y los músculos de tu rostro se volvieron cada vez más tensos. Pero decidí no pensar en ello y centrarme en la dulce venganza que le esperaba a aquella escoria que había tenido los cojonazos de plantarse allí.

Afortunadamente no tuve que esperar turno para cantar, el local no estaba especialmente lleno y la gente se sentía poco participativa aquella tarde.

Micrófono en mano, di comienzo mi revancha entonando aquella bella canción...

Rata inmunda.
 Animal rastrero.
 Escoria de la vida.
 Adefesio mal hecho...

Rafa no tardó ni medio segundo en reconocer la melodía, apenas había entonado una palabra cuando todos escuchamos su carcajada sobre las risas de los cuatro gatos que nos encontrábamos allí reunidos. Fue entonces cuando tú, Eva, lo entendiste todo. Y lo supe por cómo te cambió el semblante al observar la escena: a Rafa con una estúpida sonrisa dibujada en la cara, que bien podría traducirse en algo así como «esa es mi chica», y a mí dedicándole un impropio tras otro. Ese libro se leía solo.

Durante tres minutos me olvidé de ti y de nosotras para volver a él y a nosotros. Mi atención y energía

estaban puestas en Rafa, al que no dejaba de mirar regodeándome con cada perla que destinaba a su «persona» (un título quizá demasiado grande para alguien como él), procedente de la canción de odio y desprecio supino por excelencia.

Con vítores y algún aplauso, no por la calidad de mi actuación precisamente, intuyo que debido más bien a lo cómico de la escena, bajé el escalón de madera que hacía de escenario directa a por ti. Era momento de largarse.

—Vámonos —te pedí (puede que fuera más bien una orden) mientras cogía el bolso.

Tú, enmudecida, mantenías una visible tirantez en la cara que me advertía de las explicaciones que me iba a tocar dar en poco tiempo.

Mi propósito de huida fue reprimido por la severidad con la que Rafa expuso sus siguientes palabras:

—Ha sido muy divertido, Blanca, pero ahora en serio: necesito hablar contigo.

—Demasiado tarde —concluí tirando de ti hasta la salida.

—Blanca, espera, ¡por favor! —suplicó el susodicho elevando la voz.

Le dediqué una mirada de odio que bien podría haber fundido hierro, justo antes de salir de aquella ratonera. Afortunadamente la reina de las ratas no nos siguió.

—¿Qué coño ha sido eso, Blanca?! —espetaste en cuanto cruzamos la calle, soltándote de mi mano.

—Una venganza.

Tardaste en volver a hablar, aunque no apartaste aquella desconcertada mirada de mí.

—Así que Rafa es el tío con el que estuviste. —Una afirmación que exigía una respuesta sincera de mi parte.

—Vámonos a casa y te lo cuento todo, por favor —te pedí mirando nerviosa la puerta del karaoke, rezando porque el causante de todo aquello no se le ocurriera salir y seguir con sus demandas.

Para mi fortuna, decidió dejarlo estar, mientras nosotras nos mantuvimos en un incómodo silencio hasta tu casa, donde ya sentadas en el salón, una frente a la otra, comencé a narrarte la historia completa.

—Como bien has deducido ya, Rafa es el compañero de trabajo con el que estuve saliendo, hasta que...

—Hasta que le pillaste con otra.

—OTRO —te corregí—. Con mi hermano, concretamente. Llevaba liándose con ambos cuatro años sin que ninguno de los dos tuviera constancia de ello.

—¿Perdona?

Sus ojos se abrieron como platos.

—A ver, yo sabía que le gustaban los tíos, eso no fue ninguna sorpresa; de hecho, teníamos un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo?

Suspiré, se me hacía cuesta arriba hablarte sobre todo aquello.

—Como ya te dije, nuestra relación no era...

—No era sana —recalcaste—, esas fueron las palabras que usaste para definirla.

Cierto, palabras de Aurora que me arrepentía de haber utilizado.

—La definiría más bien como ESPECIAL.

—Especial, claro —repetiste sarcástica cruzándote de brazos.

—Él me dejó claro desde el principio que no quería salir con nadie, pero al mismo tiempo no quería perderme, y yo... yo quería estar con él, así que moldeamos la relación para adaptarla a nuestras necesidades.

—¿Una relación abierta?

—Sí y no. Lo era por su lado.

—Entonces él se tiraba a todo bicho viviente, ¿y tú...?

—Yo nada, no quería estar con nadie más. Si hubiera querido no hubiese habido inconveniente, eso seguro. El acuerdo que establecimos era que solo podía liarse con hombres, porque yo quería ser la única mujer en su vida —reconocí.

—Eso es... eso es... —Parecías estar tratando descifrar un rompecabezas, lo que llamó soberanamente mi atención, teniendo en cuenta que tú eras la experta en esos temas y que además en tu grupo de amigos (amigas en su mayoría), existía un ramillete variado de tipos de relaciones que iban desde las abiertas a las poliamorosas, *swingers* o incluso...

—Una relación híbrida —concluí, recordando aquella conversación que tuve con tu amiga Claudia, la cual me explicó que en la relación que tenía con su chica, mientras que ella practicaba la monogamia, su novia tenía la libertad (totalmente consensuada) de relacionarse con terceras personas. Tal y como me contó, en este tipo de relación llamada «híbrida», se trata de llegar a un acuerdo en el que se acepta y respeta la necesidad del otro. No tardé mucho en verme representada.

—No tenías ni idea de qué era eso hasta que hablaste con Claudia —remarcaste con inquina.

—¿Acaso desconocer el concepto hace que sea distinto? Teníamos una relación híbrida y yo estaba bien con ello. Punto.

Por cómo frunciste el ceño supe que dudabas de que eso fuera cierto, pero como no quería entrar en más conflictos, decidí pasarlo por alto.

—Pero dejaste de estarlo —aseguraste.

—Sí, cuando se acostó con mi hermano: él no entraba en el trato. No es que lo hubiésemos hablado directamente, era algo más bien tácito.

—Dime una cosa, ¿te contaba los líos que tenía con otros tíos?

—No, no me interesaba en absoluto.

—¿Y cómo te enteraste de lo de tu hermano?

—Me los encontré liándose en pleno Serrano.

Asentiste en silencio, y así te mantuviste largo rato frente a la ventana (hacía rato que te habías levantado), con la mirada perdida en esas calles tan cómplices de nuestra historia. Recé porque Madrid supiera entender lo que estaba pasando por tu cabeza y que en algún momento decidiera chivármelo: no debían existir secretos entre nosotras tres.

Me situé a tu espalda encontrándome con tu mirada difuminada en el cristal.

—Eva —susurré suplicante.

—Eres consciente de que esa relación aún no ha terminado. —Parecía una pregunta, pero no lo era.

—¡Claro que sí! Está más que...

Mi móvil vibró ruidosamente sobre el vidrio de la mesa irrumpiéndome; nuestras miradas descubrieron el nombre de Rafa en la pantalla al mismo tiempo. Una muestra de que tenías toda la razón, pero traté de apartar esa idea como si acaso no fuera cierta.

—Léelo —dijiste perdiéndote de nuevo en la frenética noche madrileña.

—Ahora no es el momento.

—Ahora, luego... es lo mismo, Blanca.

¿Acaso no tenías razón?

Rafa:

Hablemos.

Mañana en el bar que hay debajo de tu casa a las 12 h.

Después me puedes mandar a la mierda para siempre si es lo que quieres.

—Quiere que nos veamos para hablar.

Al fin decidiste darte la vuelta, y tras observarnos en un silencio que me permitió escuchar el ruido exterior, preguntaste:

—¿De verdad no quieres saber qué tiene que decir?

—No —respondí tajante y demasiado rápido.

—Ve, Blanca. Hasta que no resuelvas lo que hay entre vosotros, lo nuestro no tiene ningún sentido, porque sigues enganchada a él. Lo he visto hoy, era bastante obvio. No puedes empezar un camino sin haber acabado el anterior.

Sentí cómo tus palabras rodeaban mi cuello apretando mi garganta, pero también las de Rafa: «Después me puedes mandar a la mierda para siempre». ¿De verdad quería eso? Por alguna razón no le había bloqueado en redes, ni había querido tener *ESA* conversación; la posibilidad de perderle de forma definitiva me asfixiaba casi tanto como perderle a ti. Se acabarían los mensajes insistentes, los juegos y lo que quedara de aquella relación... híbrida.

Recuerdo buscar esa misma noche la palabra «híbrido» en Google y encontrar una definición que me hizo sonreír con tristeza: «Que está formado por elementos de distinta naturaleza». Claramente Rafa y yo pertenecíamos a universos distintos, mientras que tú y yo, Eva, tú y yo partíamos de un mismo cosmos, de eso estaba plenamente segura. Había llegado a aquella conclusión, pero la realidad era otra bien distinta, porque a pesar de estar decepcionada y enfadada con él, aún no había sido capaz de expulsarlo definitivamente de mi vida, así que no te equivocabas: ahí, aún había algo, y nos merecíamos como mínimo una (¿última?) conversación.

Me mantuve meditativa releiendo aquel mensaje en silencio. Tres toques a la pantalla más tarde para mantenerla encendida, había tomado una decisión.

—Voy —resolví con un hilo de voz. Me costaba creer que de verdad estuviese diciendo aquello—. Voy, si vienes conmigo. No quiero que sientas que te oculto algo.

—Yo no pinto nada ahí, Blanca.

—Al contrario, lo pintas todo —te aseguré, cogiéndote la mano mientras te suplicaba con la mirada.

Trece horas más tarde, nuestras manos permanecían de nuevo enlazadas sobre la mesa más apartada de aquel bar en el que Rafa me había citado, mientras esperábamos su llegada con un par de cafés como compañía; jamás había bebido uno tan amargo como aquel torrefacto. Apurando el brebaje, Rafa entró por la puerta. Me impactó su presencia. Se le veía abatido. Hacía unas pocas horas de nuestro encuentro y parecía una persona completamente distinta, no quedaba rastro de aquel hombre siempre sonriente y seguro de sí mismo; ni siquiera sus gafas de sol de las que no se separaba nunca, podían ocultar el tono mortecino de su piel. La sombra de la barba que cubría su mentón tampoco ayudaba.

Mientras se acercaba, tú optaste por cambiarte de sitio reubicándote a mi lado, dejando así que Rafa tomara asiento frente a mí. Me adelanté a su cara de desconcierto.

—Lo que tengas que decir puedes hacerlo delante de ella.

Soltó las Rayban sobre la mesa, te miró, asintió, me miró, pidió un café, se pasó la mano por el pelo y con los codos apoyados en la mesa y la boca sobre los dedos, se mantuvo en silencio mirándome fijamente.

—No vamos a estar aquí todo el día, Rafa —dije impaciente.

—Supongo que te debo una disculpa.

—¿Supones?

La camarera llegó con su café, salvándole de escuchar la retahíla de improperios que tenía acumulados en la boca desde hacía meses. Su presencia ayudó a que calmara ese impulso y que optara por seguir escuchándole. Se bebió de un trago aquel brebaje que debía quemar como magma volcánico y continuó. O comenzó, más bien.

—Lo siento. Lamento habértelo ocultado —decía la verdad, su arrepentimiento en esto al menos era real.

—No sientes haberte acostado con él.

—No rompí nuestro acuerdo —puntualizó con cautela.

Era tan predecible... Sabía que saldría con aquello en algún momento.

—Rompiste otro. Hablamos de MI HERMANO, joder, Rafa. —Se cubrió la boca con la palma de la mano; era evidente que no tenía ni puta idea de qué excusa más inventarse. ¿Acaso existía alguna para aquello?—. ¿Por qué? ¿Por qué él? Podías estar con cualquier tío, con cualquiera. ¿Y tuviste que liarte con Agustín?

—Congeniamos y... pasó. Creí que no volvería a ocurrir, así que pensé que sería mejor no decírtelo.

—Pero volvió a pasar. Durante cuatro años.

—Y la pelota se hizo demasiado grande.

—La mentira, dirás.

En este punto no sabría decir a quién de los dos le agotaba más aquella situación.

—Reconócelo, vamos, te lo imaginabas. Agus me dijo que se lo habías preguntado en alguna ocasión.

—Lo mismo que él, que me preguntó sobre nosotros y le mentí.

—Entonces no fui el único en mentir: aquí mentimos todos.

—¡Deja de darle la puta vuelta a la tortilla! —Me tocaste la pierna por debajo de la mesa tratando de calmarme; la gente comenzaba a mirarnos—. Después de todo lo que he hecho por ti... y así me lo pagas. Lo que había entre nosotros no lo vas a encontrar con nadie más y lo sabes. Yo te comprendo de un modo que nadie lo hace.

—Soy consciente de ello —aseguró, clavándome una mirada demasiado íntima—. Eres muy importante para mí.

—¿Qué pasa con Emirates? —Decidí cambiar el rumbo de aquella confesión que Rafa acababa de hacer y que tensó el aire, especialmente el que se respiraba entre nosotras dos.

—No me voy.

—¿Por qué?

—La idea era irme contigo.

—No es cierto y no sé por qué sigues jugando a esto, Rafa. Aurora tenía razón, tenía que haberle hecho caso.

—No estoy jugando a nada, Blanca —aseveró, atrapando una de mis manos—. Quería irme contigo —remarcó cada palabra.

De repente, me acordé de Manu y cómo de engañada tuvo a Miriam por tanto tiempo, y reconocerme en ella me dio náuseas.

—Claro, por eso seguías acostándote con mi hermano.

—En realidad, el día que nos viste estaba despidiéndome de él. Pregúntaselo si no me crees. —En aquel momento aún no había vuelto a hablar con mi hermano, pero tenía claro que confirmaría sus palabras—. Quería acabar con aquello y empezar algo de verdad contigo en Dubái. Poco antes me enviaste un mensaje confirmando que te vendrías conmigo, ¿o acaso miento?

No necesité mirarte para saber que lo que acababa de afirmar Rafa te cayó como un jarro de agua fría; en realidad, no lo hice porque no me sentía preparada. Se estaban removiendo demasiadas cosas y no me podía hacer cargo de tus sentimientos, aún me encontraba haciendo malabares con los míos. Lo que acababas de escuchar confirmaba lo que tú misma habías asegurado: ahí, aún quedaba algo. No hacía ni dos meses que pensaba dejarlo todo para marcharme con aquel hombre a otro continente, aquello no se trataba del lígüe de una noche ni de un *follamigo*, resultaba bastante obvio.

—No haberte follado a mi hermano. Y no haberme mentado.

—Yo..., Blanca. —Se aferraba a mi mano como yo lo había hecho a aquella híbrida relación durante tanto tiempo—. No te lo he dicho nunca, pero sé que ya lo sabes: estoy enamorado de ti —confesó, atrapándose con su mirada; jamás había visto tal desesperación en él. Y honestidad. Esa que llevaba tanto tiempo esperando.

—No —negué, acompañando la cabeza a esa palabra al tiempo que me soltaba de su agarre—. No vas a hacerme esto ahora.

Arrastré la silla al levantarme, provocando un chirrido agudo tan desagradable como lo estaba siendo aquella situación.

—Blanca, por favor. —Trató de cogerme de nuevo, pero no se lo permití.

—No te pega nada rogar —escupí con desdén mirándole desde arriba.

—Vamos, somos nosotros, Blanca.

—Ya no somos NADA, Rafa. Tú lo jodiste. Ahora, hazte cargo de ello.

—Blanca, no hagas esto...

—Vámonos —te pedí.

Nos largamos de allí abandonando en aquel rincón a un hombre vulnerable y que apenas reconocía. Acababa de abrirse como nunca antes, pero era demasiado tarde. Y no me gustó esa faceta de Rafa, quizá porque había llegado demasiado tarde y eso despertaba en mí unas irrefrenables ganas de hacerle daño. La elección del momento para hacer las cosas, dice mucho de cómo es una persona, porque en ese punto no era yo quien le importaba, era su orgullo herido, no haber sido honesto con él ni conmigo, ocultar sus sentimientos y quedarse a solas con ellos, por eso lo hacía, porque le costaba lidiar con todas esas sensaciones. Ahora que no me tenía en su vida había comprobado lo que era estar sin mí, de verdad. De nuevo, era su egoísmo el que en un último acto desesperado le había invitado a abrirse después de cinco jodidos años. Y yo quería que sufriera, hacerle daño y humillarle; tal y como él había hecho conmigo. Rafa había despertado una parte muy oscura dentro de mí, una que clamaba venganza. Y me largué de allí sintiéndome superior, sin mirar atrás y con una sonrisa de triunfo asomando en los labios. Los mismos que diez minutos más tarde recibían todo alimento que encontraron en la cocina, de pie, devorando como un animal cegada por el instinto, aunque el mío no fuera tanto el hambre como la necesidad de acallar que bajo esa ira había algo que me aterraba aún más: seguía enamorada de Rafa. También de ti.

Ahora sé que por muy lista que me creyera allí no engañaba a nadie. Tú me veías con absoluta claridad, con clarividencia incluso. Y Rafa me conocía lo suficiente para saber que la dureza con la que le traté se debía a que aún sentía algo por él. Pero fingí que nadie se había dado cuenta de aquello, mientras me comía un paquete de galletas y una cuña de queso a mordiscos, dando las gracias porque la parejita feliz se hubiese marchado de escapada romántica unos días.

Aquella noche viniste a casa, no habíamos tenido tiempo de comentar lo ocurrido con Rafa en aquella cafetería, porque nada más salir te tuviste que marchar a una reunión de trabajo. Hacía tan solo media hora que el dolor de tripa debido a mi atracón había remitido, y daba las gracias por ello.

—¿Hay algo más que tenga que saber?

Quizá debía haberte contado que Rafa y yo llevábamos la relación en secreto, pero la verdad, no consideré aquello algo realmente relevante.

—Lo sabes todo. Por eso quería que me acompañaras.

—Pues no ha sido plato de buen gusto —aseguraste con tristeza, pero también dolida.

—Lo sé, y lo siento —reconocí, apartándote el pelo de la cara, quería que vieras con claridad lo que iba a decirte porque, aunque no hicieras mención directa a ello, sabía que algo aún flotaba entre nosotras densificando

el aire. Necesitaba aclararlo—. Haberme ido con él hubiese sido el mayor error de mi vida. No hacerlo me llevó al mejor acierto, a ti.

Me miraste largo rato en silencio, como si trataras de cerciorarte de que mis palabras fueran verdaderamente honestas, que no existía trampa en ellas. Porque si algo descubrí de ti, que además siempre me gustó, es que eres muy leal y que no solo esperas, sino que necesitas recibir esa misma lealtad y confianza que das sin medida.

Hicimos el amor.

Con ternura, pero también con desesperación, como si nos fuéramos a perder la una a la otra. Había cierta urgencia en aquel encuentro, era cosa de ambas. No sabría decir quién de las dos estaba más aterrada por aquella situación. Y, curiosamente, a pesar de tener los dedos dentro la una de la otra, mientras nos mirábamos a los ojos, nos sentí más distanciadas que nunca.

Algo que me fascinaba era descubrir el placer en tus pupilas, gracias al contraste que hacían sobre el claro de tus iris, podía ver con claridad la dilatación cuando te excitabas, pensabas en mí o me admirabas con veneración. Tus ojos han sido lo más honesto que he conocido en mi vida. Salvo aquella noche, que los ocultabas cerrando los párpados o dejando caer la cabeza escondiéndote.

Entonces, lo soltaste, tras habernos corrido y mientras descansaba entre tus pequeños pechos. Escuché aquellas palabras con gravedad por el peso de las mismas, y porque lo hacía a través de la tirantez de tu piel, retumbando en mi oído.

—Aún sigues enamorada de él —afirmaste.

Y yo no quise mentirte.

—¿Crees que se puede amar a dos personas al mismo tiempo?

Acariciaba tu costado con las yemas de los dedos.

—Claramente tú lo haces —afirmaste con resignación.

Sí, lo estaba haciendo. Y aunque quizá no era el mejor momento para decirte aquello por primera vez, lo hice, quizá porque percibí tu miedo a perderme. O porque yo tenía miedo a perderte a ti.

—Te quiero, Eva. —Fui sincera, pero no lo suficientemente valiente como para levantar la cabeza y decírtelo mirándote a los ojos.

—También lo quieres a él. —No fue la respuesta que esperaba.

—Se me pasará.

Pero no lo haría y tú, aunque no dijeras nada en aquel momento, lo tenías bastante claro. Quince días más tarde, tus actos, así lo demostraron.

11

—Perfecto, Blanca, quedamos así entonces.

—Estupendo.

Nos despedimos con un cálido apretón de manos.

—¿Necesitas que te acerque a algún lado?

—No es necesario, gracias. He quedado ahora con mi hermano que vive aquí en el Olivar, en Monte Archanda.

Un juguetón labrador me invita a que le tire la pelota que lleva en la boca, empujándome la mano con el hocico.

—Yo que tú huiría ahora, o no saldrás nunca.

Sonríó ya agachada acariciando al perro. Al momento, Fernando desaparece en el interior del chalé despidiéndose con la mano; me parece haber escuchado a su marido llamarle.

Me pongo en pie de nuevo para marcharme y lo hago bien acompañada por Coco, que no cesa en su intento de que juegue con él. Y yo, que no sé hacerme la dura en cuanto perretes se refiere, termino lanzando la pelota al fondo del jardín, a su regreso le acompaña otro labrador más grande. Siempre que veo a uno me acuerdo de Eva y ahora tengo a dos demandando mi atención. Saco el móvil y les hago un pequeño vídeo que le envío a mi chica.

Blanca:

¿Qué te parece si nos llevamos a esta parejita a Barcelona?

Podría robarlos ahora que no mira nadie.

9:22

Eva:

¡No me lo digas dos veces!

Me ayudaría saber a qué vamos a Barcelona...

¿No vas a soltar prenda o qué?

Blanca:

Por algo se le llama SORPRESA.

Eva:

¿Ya has hablado con tu hermano?

Blanca:

De camino estoy...

Deséame suerte.

Eva:

¡Mucha suerte!

Nos vemos en un rato...

(Estoy de los nervios).

Blanca:

¡Nos vemos a las 12 en Atocha!

Me despido con un par de emojis de besos y un incipiente malestar en la boca del estómago, que no es porque me haya zampado cuatro tostadas, un donut (dos, en realidad) y un enorme café con leche antes de venir, que también podría ser. Pero me inclino más por la teoría del distanciamiento con mi hermano, con el que no he tenido contacto desde la fiesta de cumpleaños de mi sobrina. A ella sí que la he visto un par de veces en este tiempo, pero cuando su padre no estaba en casa. Él se ha mostrado esquivo y yo... tampoco es que haya intentado un acercamiento. Si algo tengo claro es que la posibilidad de perder su vida tal y como la conoce, aunque esta no sea más que teatro, le aterra hasta la parálisis.

Pero creo que necesitamos hablar, no quiero perder el contacto de nuevo con él, porque en realidad no estoy enfadada por lo de Rafa. Fue un palo, sí, pero pasado el *shock* inicial, lo que de verdad siento es una gran impotencia, porque con treinta y ocho años (y canas en los huevos que debe tener ya) aún no se haya permitido ser libre. En definitiva, verle sometido a unas creencias (religiosas) de mierda, repitiendo la historia de nuestros padres, me resulta nauseabundo.

Precisamente hablé de esto con Eva la tarde siguiente a su cumpleaños tiradas en el sofá después de tragarnos *Fleabag* de un tirón, y es que no sé qué me ocurre siempre durante las resacas que me pongo intensa y trascendental; un estado que me permitió abrirme con ella sobre cómo me sentía respecto a Agustín y lo ocurrido con él. Me fue de gran ayuda, claramente necesitaba soltarlo y que alguien me escuchara. Pero Eva no solo recogió atenta y en silencio mis lamentos, deduzco que aunque no lo verbalizara, pedía a gritos un consejo. Sugirió que quizá me vendría bien hablarlo con él, tener una conversación en la que le expusiera realmente todo lo que sentía: la conversación franca que no hemos tenido en nuestra vida, vamos. Esa a la que ninguno ha tenido el valor de enfrentarse y que va mucho más allá de lo ocurrido con Rafa. Este solo ha sido la punta de un iceberg que como el Titanic, ya no podemos obviar por más tiempo.

Años de amistad con Aurora, psicóloga consagrada, y Eva resultó ser la mejor terapia de mi vida. Detalle que omitiré para el resto de mis días a mi amiga, por supuesto.

Así que aprovechando que la nueva pareja que me contactó, después de que Laura les hablara de mí, vive en la misma urbanización que mi hermano (lo tomé como una señal divina), llamé a Agustín con el propósito de vernos en su casa. Me confirmó que se escaparía del estudio para facilitar el encuentro, que tras dos meses y medio sin dirigirnos la palabra, ambos estamos de acuerdo en que ha llegado el momento. Después, me marcharé con Eva a Barcelona, que le he preparado una sorpresa como guinda al pastel de su regalo de cumpleaños. Lo va a flipar.

A unos pocos pasos de su casa me encuentro con él bajándose del que debe ser su nuevo coche, un Ford Puma gris reluciente que nunca antes había visto.

—Hola —le saludo al llegar a su altura.

—¿Cómo estás? —responde de forma retórica dándome un beso en la mejilla.

—¿Es nuevo?

—El Citroën de papá murió y le he dado mi coche, que de todas formas estábamos pensando en cambiarlo.

—¡¿Murió el Citroën?! —exclamo conmovida, recibiendo una crítica mirada de su parte.

—Tenía treinta años, Blanca.

—Lo sé. —No puedo evitar hacer un puchero con la boca—. Pero me gustaba ese coche.

Agus me mira como si se me hubiera ido la chaveta.

—Si hablaras con papá más a menudo te enterarías de estas cosas, ¿sabes? —me reprocha.

Con mis padres tampoco hablo desde el cumpleaños de Rut, pero esa es otra historia escrita

en piedra. Han pasado tantas cosas y hace tanto tiempo, que no tiene sentido ni que lo intente. Y no es que tirara la toalla, es que pasaron a otro plano, uno en el que ni siquiera me interesa una reconciliación más allá del puro formalismo que mantenemos para encuentros en cumpleaños, navidades y alguna llamada esporádica para saber que continúan respirando. Son mis padres, no por elección, así que esta es la versión de hija que merecen.

Entramos en un tirante silencio tan solo quebrantado por los ronquidos de Sandy, el carlino de mi hermano que duerme plácidamente en el parqué de la entrada sin percatarse siquiera de nuestra llegada. Tras quitarnos las chaquetas y colgarlas en su exclusivo perchero de nogal macizo de Porada, que cuesta lo que gano yo en un mes como azafata; porque mi hermano otra cosa no, pero pijo es un rato. Es cierto que Lola y él ganan pasta, pero más allá de eso, la familia de mi cuñada es dueña de uno de los mejores despachos de abogados del país y, bueno, supongo que eso te da la tranquilidad suficiente para invertir dos mil pavos en un perchero de diseño tan maravilloso como este sin que te tiemble el pulso ni el bolsillo. ¡Ya quisiera yo uno para mí! Aunque ahora que estoy medio desahuciada, no sé si me sería de mucha utilidad, la verdad.

Le sigo de camino a su salón de estilo clásico en tonos grises con molduras hasta el techo que aportan esa sensación de opulencia que tanto le gusta al nuevo pijo, el cual me invita con un gesto a sentarme en el sillón, mientras que él lo hace frente a mí, en una preciosa butaca LUIS XVI de algodón.

—¿Cómo está Lola? —Rompo el hielo con una pregunta un tanto absurda, teniendo en cuenta que si con alguien he tenido contacto en este tiempo ha sido precisamente con ella; ha sido mi vía para ver a mi sobrina.

—Bien, con mucho curro.

—Cierto, me comentó que estaba muy estresada con el caso ese del ...

—Futbolista, sí, está siendo muy mediático. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias.

Percibo a mi hermano muy reflexivo y ciertamente pasivo, respondiendo a mis preguntas, acompañándolas con alguna sonrisa forzada, hasta que agotamos la conversación superflua provocando que un nuevo silencio se instale entre nosotros. Diría que ambos estamos buscando la manera de encarar lo que de verdad acontece. Agustín se me adelanta, inclinándose con los antebrazos apoyados sobre los muslos y la mirada perdida en el entramado que conforman sus dedos, que no paran de enredarse entre ellos.

—Verás, Blanca. Lo de Rafa empezó cuando...

—Agus, prefiero no saberlo —le interrumpo, logrando que levante la cabeza y me mire a los ojos—. En realidad, no es importante.

—He terminado con él, definitivamente —asegura tajante—. De hecho, fue él quien... el día que nos viste...

—Lo sé.

En realidad, acaba de confirmar las palabras de Rafa.

—No sabía que estabais juntos.

—También lo sé. En ese aspecto no me debes ningún tipo de explicación. Ese no es el tema. La cuestión es... —Me revuelvo algo inquieta sobre los rígidos cojines de este elegante sofá, tratando de dar con las palabras adecuadas para abordar la cuestión, pero como no me va mucho andarme por las ramas, termino lanzándome con una pregunta, que quizá suene demasiado brusca para comenzar—. ¿Por qué sigues engañándote?

Ni siquiera menciono el hecho de que esté traicionando a su mujer, porque en el fondo, lo que me parece más jodido es que su vida sea toda una puta mentira.

—¿Engañándome? —Se muestra confuso mientras cruza los brazos sobre el pecho y arruga la frente, haciendo aparecer tres largas líneas que, si tuviera que interpretar como una quiromántica (pero de cara), diría que cada una de ellas representa las diferentes vidas que lleva.

—A ver, nunca hemos hablado realmente de esto, pero... —Y sin que sirva de precedente, y quizá por la influencia de Eva en mi vida, voy a recurrir a una etiqueta—. ¿Acaso no eres gay? —Lanzo la pregunta con cierta suavidad, con prudencia, pero también como si fuera de lo más evidente.

—¿Gay? —repite, elevando la comisura de los labios con desagrado; quizá más ofendido que asqueado—. ¡Estoy casado con una mujer, Blanca!

«¡Anda! ¿De verdad? No me había dado cuenta».

No esperaba que me lo pusiera fácil, hablamos de toda una vida ocultándolo.

—No es eso lo que te estoy preguntando. —Mi hermano y yo nunca nos hemos sentado a hablar sobre este tema, ni siquiera es algo que se haya mencionado de algún modo. Yo me limitaba a comerme todos los marrones debido a sus escarceos con tíos frente a mis padres y él a comerse pollas a discreción—. Hasta que conociste a Lola nunca habías estado con una mujer.

—¡Eso es lo que tú crees! —Cierto, es lo que yo creo, porque no he estado presente en la vida de mi hermano veinticuatro-siete en sus treinta y ocho años de vida. No obstante, antes de Lola solo le he visto liarse con hombres—. ¿A eso has venido a mi casa? ¿A llamarme MARICA?

—Bueno, quizá eres bisexual. Y... ¿marica?, ¿en serio? ¿Hemos retrocedido treinta años y no me he dado cuenta? No sé, Agus, llámame ingenua, pero has pasado cuatro años acostándote con un tío, no sé cómo le llamas tú a eso.

Yo lo sé, sencillamente no lo llama.

—Un error.

—Error o no, hablamos de un hombre con los huevos bien peludos. —Bueno, esto no es técnicamente cierto, pero queda bien para dibujar la idea.

—¡Y a ti eso que más te da!

Ha ido transformándose de un animalito con las orejas gachas a uno enjaulado, y conozco a mi hermano, generalmente es como un lago tranquilo, ahora, no quieras despertar al monstruo que esconde en sus profundidades.

—En serio, ¿esto es lo único que vas a decir? ¿Que es un error?

—Es lo que es.

—¿Me estás diciendo que tu vida antes de conocer a Lola fue un error?

—Básicamente.

Y se queda tan ancho.

—No puedes hablar en serio... No soy papá, ni mamá. Ni Lola. —Bajo el tono de voz moviéndome hasta el borde del sofá tratando de acercarme a él—. Conmigo puedes abrirte, ser tú mismo.

Veo muchas cosas pasar por sus ojos, por un momento parecen abrirse a mí, lo que me lleva a situar el dorso de mis manos sobre la mesa de café que nos separa. Agus observa mis palmas abiertas y lo que estas significan para dos hermanos que se quieren, pero entre los que siempre ha habido un muro que les ha aislado y separado. Veo su mano temblar sobre el muslo, pero termina cerrándose en un puño asilándose de nuevo, de vuelta al redil, de donde no he logrado sacarle jamás. Y donde intuyo que no saldrá nunca: siempre formará parte del rebaño. Como buen creyente.

—No sé de qué me estás hablando.

Siento mi corazón arrugarse con un pesar conocido, pero nuevo al mismo tiempo, porque

es la misma situación; pero verbalizada por primera vez, lo que lo hace más doloroso. No entiendo cómo es capaz de dormir por las noches.

—Claro que lo sabes, y yo también. —Es evidente que lo sabe, pero sigue optando por esa puta cobardía de la que no ha sido capaz de desprenderse en toda su maldita vida; heredada de mi padre, de eso no me cabe duda alguna. La reciente tristeza da paso a una rabia contenida por demasiados años, avivada por su actitud displicente y pasiva—. Eres mi hermano y he tenido que comerme todos tus marrones por tus escarceos con tíos. Sabes perfectamente de lo que hablo.

—Nadie te pidió que lo hicieras.

—En realidad sí, mamá lo hizo, una y otra vez, porque la PUTA Iglesia estaba por delante de todo y de todos. Era lo más importante. Más que sus hijos, por supuesto.

—No te pases, Blanca —me amenaza.

—¡Pero tú te oyes! ¿Ahora me reprendes por blasfemar? ¡Vamos! ¡Sácate el cinturón y terminamos antes!

—Solo fue una vez —murmura entre dientes.

—¿El qué, fue solo una vez?

—Ya lo sabes.

Es evidente que lo sé, pero me sorprende que tenga la cara de mentir de forma tan descarada, y más siendo (supuestamente) tan buen cristiano. Y además pastor.

—¿Solo una? Supongo que cuando dices que solo ocurrió en una ocasión te refieres a cuando mamá encontró aquella revista tuya en el baño y le dije que era mía, que me la había pasado una compañera de clase; me pegó con el cinturón hasta que literalmente perdí el conocimiento. Quizá lo recuerdes, porque estuve dos semanas sin ir a clase y fuiste tú quien tuvo que excusarme en el colegio mintiendo con que tenía mononucleosis. Pero no solo te cubría, también me tocaba limpiar tus marrones, como cuando mamá me obligó a hacer contigo el bautismo después del escándalo que supuso que te encontraran liándote con aquel chaval en el Culto de jóvenes.

—Es lo que hacen los hermanos.

—¿Cuándo has hecho eso tú por mí?

—Con Greg, os dejaba para que pudierais estar solos.

Sus palabras me erizan la piel, pero de rabia.

—Pues quizá no deberías haberlo hecho: yo tenía trece años y él dieciocho. Pero claro, eso a nadie le preocupaba, porque su padre era uno de los ancianos.

Los ancianos en la Iglesia evangélica son la figura más importante, digamos que están en la punta de la pirámide.

—¿Qué estás diciendo, Blanca? —pregunta con gravedad.

—Lo que claramente estás entendiendo, Agus. Nadie debió permitir aquello, tampoco tú debiste dejarnos solos cuando te tocaba hacer de carabina; yo nunca te pedí que me dejarás con él. Así que no digas que lo hiciste por mí como si fuera un favor. Si te largabas dejándonos solos era para poder pecar como todos ellos, pero no pasaba nada, claro, el domingo al culto a cantar y orar y todo solucionado, ¿no? Putos falsos de mierda.

—Éramos niños —balbucea excusándose, visiblemente sobrepasado por la honestidad de mis palabras.

—Yo sí, tú tenías veinte años. Pero tranquilo, que no estoy buscando una disculpa ni que te redimas de nada. Si fuera así, créeme que no estaría aquí ahora.

De repente, no es capaz de sostenerme la mirada, la aleja de mí pensativo, mostrándose afectado.

—¿Qué te hizo? —masculla en voz grave y baja con los ojos clavados en sus manos.

En realidad, ya lo sabe, y yo no voy a entrar ahora en ese tema, la verdad.

—Eso ya da igual, Agus, ha pasado más de una década.

Algo en mis palabras hace regresar su semblante, elevando de nuevo las murallas.

—Entonces de qué va todo esto, ¿de reproches?

—De verdades, Agus. —Me invade de nuevo la tristeza. Un vaivén de rabia y desasosiego para el que no estaba preparada—. Ojalá te pudieras abrir conmigo.

—No sé qué esperas que te diga.

—Nada, Agus, no espero nada. Supongo que de tal palo...

—Si lo que quieres son verdades, podrías empezar abriéndote tú, y contar de una vez qué ocurrió con papá.

—Ya te lo he dicho un millón de veces, si quieres saberlo pregúntale a tu padre, ¿lo has hecho? ¡Claro que no! Pero no te culpo, a mí tampoco me gustaría destapar la caja de mierda que esconde esta familia. A mí me estalló en la cara y no creo que tú estés preparado para eso, soy ocho años más joven que tú, pero estoy bastante más curtida en cuanto a mierda familiar se refiere, eso seguro. —Literalmente, mi hermano ha enmudecido—. Desde luego, supiste elegir muy bien tus cartas —lanzó con inquina.

—No sé de qué estás hablando.

El nunca sabe nada. «No sé», «No sé», «No sé». ¡Toda la vida igual!

—Una mujer evangélica y con pasta, nada menos. Y tú, pastor. —Agustín se pone en pie y, aunque no dice nada, su lenguaje corporal muestra un creciente enfado que trata de contener, como siempre. Y yo, que quiero que se abra de una maldita vez continúo pinchándole con calma sin moverme del sitio—. Normal que papá y mamá estén tan orgullosos de ti. Eres claramente el hijo modelo. ¿De verdad crees en Dios, Agustín?

No le pasa desapercibido que he pronunciado su nombre completo. Algo que rara vez hago, solo cuando me enfado o quiero llamar su atención, y ahora quiero hacer las dos cosas.

—Sí.

—¿Crees en la Iglesia? ¿En cómo hacen las cosas?

—No en todo, pero sí —asevera, cruzándose de brazos.

—Así que me estás diciendo que crees en un lugar en el que no se te permite ser como de verdad eres. —Pronunciando estas palabras me viene a la mente las de Tania, la Chica Luna, porque he necesitado trece años para comprenderla de verdad.

—¿Y cómo soy, Blanca? A ver, ilumíname —espeta a la defensiva.

—No me corresponde a mí responder a esa pregunta. Aunque, curiosamente, es la misma que llevo haciéndome toda la vida. Parece que estamos en la misma encrucijada, hermano.

—Siento que te sientas de esa manera, pero yo no estoy en ninguna encrucijada.

—Es curioso, ¿sabes? —Comienzo a reflexionar en voz alta ignorando la patraña que acaba de soltar y que sigue creyéndose—. Vivimos una misma realidad que claramente a los dos nos asfixiaba, por mucho que trates ahora de fingir que todo era idílico, los dos sabemos que aquello fue un infierno.

—Nunca he dicho que nuestra infancia fuera fácil.

—Tampoco te he escuchado decir lo contrario. Y que nunca te revelaras y que yo antepusiera mis necesidades a todas las vuestras, terminó por alejarme de ellos, pero también de ti. Nunca tuve tu apoyo. En nada. Hoy me doy cuenta de que cada uno utilizó sus propias herramientas para sobrevivir. La diferencia es que yo un día decidí alejarme de ese muro inquebrantable, consciente de que sin tu ayuda no sería capaz de derribarlo; y ya hacía mucho

que había asumido que no podía contar contigo, así que simplemente me di la vuelta y me largué. Pero tú aún sigues ahí, paralizado. A veces te das la vuelta y escapas, apostarí a que es en esos instantes en los que te sientes más libre, más tú que nunca, ¿me equivoco? —Hago una pausa dándole tiempo para que la imagen de sus encuentros con Rafa tome forma en su cabeza—. La cuestión es que siempre terminas volviendo, supongo que porque al final, es lo único que conoces. Una pequeña parte de mí lo entiende, aunque no lo comparta.

—Ese muro es tu familia.

—¡No quiero un muro como familia!

—Y como no te gusta, te vas, claro. Muy maduro. *Les suplico, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos vivan en armonía y que no haya divisiones entre ustedes, sino que se mantengan unidos en un mismo pensar y en un mismo propósito.*

«1 Corintios 1:10». ¡Qué triste que aún me acuerde de esta mierda!

—¿En serio me estás sermoneando? Está claro que no has entendido nada. Sobre todo, si te autoengañas diciéndote que lo más real de tu vida no es más que un error.

—No hay nada que entender. Que nos vieras fue lo mejor que podía haber ocurrido, Blanca —afirma, asintiendo con la cabeza y no para remarcar sus palabras, más bien para asimilarlas él—, necesitaba ese golpe de realidad. Cuando me lo soltaste en el cumpleaños de Rut... me di cuenta de lo perdido que me encontraba, el terrible error que estaba cometiendo. Así que gracias, porque me has ayudado a ver las cosas con claridad. Tengo una familia y es lo más importante de mi vida. Y mi labor como pastor es lo que lo solidifica.

—Mira, me tengo que ir. —Me pongo en pie agotada. Está totalmente alienado por esa secta y por una cobardía de la que no creo salga en toda su vida—. Estoy saliendo con alguien, UNA CHICA —remarco intencionadamente—, y le he preparado una sorpresa.

Aunque nunca hayamos hablado sobre ello, sabe de sobra que me gustan las mujeres tanto como los hombres. De la misma manera que yo sé que le gustan los hombres y... Lola. Supongo.

—Vi la foto en tu Instagram. Es... muy guapa y parece buena tía.

—Lo es. Y me gusta mucho.

—Me alegro, te lo mereces.

Sus palabras hacen un clic en mi cabeza, pero también bajo mi pecho.

—¿Sabes, Agus? Tú también te mereces lo mejor —me despido, dejan reposar esas palabras mientras deposito un beso en su mejilla—. Por cierto, no te lo había dicho, pero soy bisexual.

Decir esto resulta inquietantemente liberador a pesar de encontrarme de nuevo con ese muro al pronunciar esa palabra, un pedacito del mismo, un pequeño fragmento se desprende y, de repente, ya no me parece tan sólido como antes.



He logrado mantener el secreto de la sorpresa durante todo el viaje, a pesar del interminable interrogatorio al que Eva me ha sometido. Dice que le gustan las sorpresas, pero no estoy yo tan segura de eso, porque Eva lleva fatal la incertidumbre y, ¿en qué consiste precisamente una sorpresa...?

Nada más bajar del AVE nos hemos venido al hotel, muy cerca de Paseo de Gracia a dejar las mochilas que hemos traído, y parece que la cosa ha empezado bien. No solo por el *polvazo* que hemos echado en la enorme cama de la habitación, sino porque nos han dado una con un precioso balcón con vistas a la Gran Vía, enmarcado por un hermoso fondo arbolado de lo más *Instagramable*. Y eso hemos hecho después de follar, hacernos fotos entre sábanas revueltas con la ciudad condal como escenario; aunque ninguna ha sido apta para compartir en redes, supongo que porque en ningún momento ese fue el objetivo. Mi favorita, en realidad, ha sido la más analógica de todas, la Polaroid que Eva nos ha sacado con su cámara instantánea, una Instax miniverde agua, regalo de cumpleaños de su hermana Julia.

Después de la sesión de fotos y sexo, hemos salido a comer por el Born, y por recomendación de una amiga de Eva hemos terminado en un vegano con hamburguesas multicolores y paredes repletas de *graffits*. Todo muy *cool*. Muy Barcelona. Tras la ingesta de comida arcoíris animé a Eva a volver al hotel, darnos una ducha y cambiarnos de ropa. Y de ahí, cogimos un taxi hasta el Palau Sant Jordi; en este punto ya no pude guardar por mucho más tiempo el secreto, porque en cuanto Eva vio hacia donde nos dirigíamos no tardó mucho en atar cabos.

—¿Vamos a...? ¡Espera! ¿Qué día es hoy? —decía dentro del coche buscando con prisa en su teléfono móvil—. ¡¿Vamos al concierto de los Backstreet Boys?!—

No se lo confirmé hasta que nos bajamos junto a una enorme cola de personas, mujeres de más de treinta en su mayoría, vestidas con camisetas con las caras de los miembros del grupo.

—No he conseguido entradas para el *Meet & Greet*, porque costaban ochocientos pavos cada una, pero al menos podrás verlos en directo. Y espero que ahora sí, este sea el mejor cumpleaños de tu vida. —Baratas tampoco me salieron, porque las compré en reventa un rato después de que me contara aquella fallida historia; aunque especial para ella, y de eso hace menos de una semana—. No te lo he dicho antes, primero porque es una sorpresa y segundo, para que no te pusieras a vomitar de la emoción o algo —me burlo.

—Estoy flipando, ¿es en serio? —Saco las entradas del bolso y se las tiendo. La emoción se le acumula en la mirada, dejando escapar una lágrima antes de lanzarse a mis labios para agradecérmelo con un beso profundo, mientras me sujeta la cara entre las manos—. Eres la mejor.

—Lo sé, nena —digo pagada de mí misma.

Con una sonrisa de oreja a oreja entrelaza nuestros dedos, y de camino a la cola, acerca el dorso de mi mano hasta sus labios para depositar un beso mirándome con absoluta devoción a los ojos. Tardamos un rato en dar con el final de la fila, a la que nos sumamos y en la que en pocos minutos se extiende detrás de nosotras más allá de la vista.

—¿Crees que estamos bien situadas? —le pregunto a Eva, ya que a lo lejos, delante de nosotras, se distinguen hasta tres colas diferentes.

—Buf, ni idea. Hace mil que no vengo y la última iba pedísimo antes de entrar. Espera —me dice dándose la vuelta para preguntarle a la pareja que tenemos detrás, ya que la chica de delante está hablando por teléfono—. Hola, disculpa, ¿sabéis si esta fila es para una zona en concreto o...?

—¿Qué entradas tenéis? —Eva se las muestra y la chica, muy amable, las revisa y nos saca de dudas—. Estáis bien situadas.

—Genial, muchas gracias.

Con la tontería terminamos hablando con la pareja, Imma y Aleix, que son de Sant Feliu de Llobregat. Muy rubios, muy guapos, pero sobre todo, muy simpáticos. Amenizamos la espera

hablando con ellos, una conversación que comienza contando nuestros inicios como fans de los *Backs*, y termina con una jugosa información por parte de Imma que, repentinamente, hace que al igual logremos el ansiado *Meet & Greet*.

—Estaban en el mismo restaurante, cenando en la mesa de al lado.

—¿En serio? Me muero —dice Eva.

—Tratamos de salir al mismo tiempo, porque yo quería hacerme una foto con Kevin, pero cuando les alcanzamos, ya se estaban metiendo en la furgoneta.

—Eres de las mías —murmuro, entusiasmada con la historia.

—El guardaespaldas nos impidió acercarnos, pero Kevin le dijo que me dejara subir a la furgoneta para hacernos la foto.

—¿En serio? ¡Qué majo! —añade Eva.

—Fue superamable —confiesa, enseñándonos la foto en cuestión—. Y me dejó sacar un par de ellas porque de los nervios la primera salió borrosa.

—Madre mía, no me extraña. —Ríe Eva, que está disfrutando de la historia como una niña.

—Cuando me bajé del coche me quedé conversando con unas chicas que se encontraban allí y que habían estado hablando con ellos mientras yo me hacía la foto con Kevin. Tenían una confianza con ellos... yo me quedé alucinada. Una se acercó a Nick diciéndole: «Estás echando barriguita, ¿eh?». Al parecer, forman parte del club de fans.

—¿Pero eso sigue existiendo? —pregunto con asombro.

—Eso parece. Según me estuvieron contando, llevan yendo a sus conciertos los últimos treinta años, así que imagínate. El caso es que las invitaron a pasarse después del concierto al hotel, se hospedan en el Mandarin Oriental.

—¡Eso está a dos pasos del nuestro! —exclama Eva.

—Créeme que cuando cogí el hotel desconocía por completo esa información —le aseguro.

—¿Dónde os hospedáis? —pregunta Aleix.

—En el Acta Atrium Palace.

—Pues si queréis os cuento lo que me comentaron estas chicas, por si queréis conseguir una foto con ellos. —Sin esperar nuestra respuesta continúa, deduzco que nuestras caras deben decir algo como: «¡Suéltalo todo!»—. Tomad nota, después de la última canción que es *Larger Than Life*, van a abandonar el escenario, pero va a continuar la música un rato; este es el momento en el que ellos aprovecharán para irse mientras todo el mundo aún permanece dentro. Así que, si queréis pillarlos entrando en el hotel, tenéis que ir en ese momento para llegar antes que ellos. Se marcharán directos al hotel en dos furgonetas Mercedes negras con los cristales tintados.

—¡Madre mía, qué de información! —exclamo con asombro.

—Después, cenaran y, por lo visto, tienen pensado ir al Sutton.

—Una discoteca —me aclara Eva, que deduzco que por mi cara debe haberse notado que, por un momento, me había perdido.

—Si os animáis y conseguís una foto tenéis que enviárnosla.

—¡Dalo por hecho! —promete Eva visiblemente entusiasmada con la idea, tendiéndole las entradas al chico de la entrada que nos da acceso al recinto—. ¿No os animáis luego a ir al Sutton?

—¡Qué va! Después del concierto nos volvemos ya a Sant Feliu con los niños —añade Aleix enseñándonos una foto de sus tres preciosos retoños, un niño y dos niñas tan rubios y guapos como ellos.

—Pues gracias por la información —les digo ya junto al edificio.

Le propongo a Eva hacernos una foto antes de entrar, porque hay un atardecer precioso. Aleix nos saca un par de ellas con la antena olímpica de fondo e iluminadas por el arrebol del crepúsculo.

—¡Buena suerte, chicas! ¡Pasadlo bien! —se despide Imma agitando la mano en alto.

—¡¡Igualmente!! —decimos Eva y yo al unísono.

Nos miramos varios segundos estudiando la reacción de la otra, antes de comenzar a reírnos nerviosas.

—¿Lo hacemos? —le propongo finalmente.

—¿Hacer con treinta palos lo que no hice con doce...? ¡Me apunto!

Ya dentro, de camino a por unas cervezas, trazamos un plan que consiste en marcharnos justo cuando dé comienzo la última canción; que por una parte, nos jode un poco perdernos el final del concierto, pero es un medio para un fin y la única manera de poder pillar un taxi antes de que salga toda la marabunta de gente y llegar a tiempo al hotel. Cerveza en mano y elucubrado el plan, nos pasamos por la tienda del *merchan* y nos compramos dos camisetas del tour. Con ellas ya puestas nos dirigimos, ahora sí, a nuestros asientos, que están en segunda grada; es decir, en un lateral y bastante más altos de lo que me hubiese gustado. Afortunadamente, Eva parece disfrutarlo igual que si estuviésemos en pista.

—Me siento como si tuviera doce años.

—Parece que tuvieras doce años —me burlo, contemplando ese genuino entusiasmo casi infantil que desvela su mirada y esa radiante sonrisa, que la deja completamente expuesta. Como a mí el amor que siento por ella y que intuyo puede casi concluirse de mi expresión.

—¿Qué?

Me acerco con un cosquilleo revoloteando en el estómago. Suavemente, le aparto el pelo de la oreja con intención de susurrarle una certeza que deseo compartir con ella, porque es algo muy nuevo que nunca antes había sentido. Igual no es el momento. Pero ¿cuándo lo es?

Ahora no, claro está, porque en el último segundo me arrepiento y decido cambiar el rumbo de mis palabras.

—Me alegra verte tan feliz.

Leo en su cara algo de desconcierto; en la mía, debe leerse algo como: «Eres la única mujer en mi vida por la que he sentido algo tan intenso», y no el eufemismo de mierda que he soltado. Que es completamente real, pero muy alejado de lo que pretendía confesarle.

—Gracias por todo —me dice justo antes de ser interrumpida por dos chicas que le piden permiso para poder llegar a su asiento.

Nos ponemos en pie en un espacio que apenas permite que entren los pies de una sola persona; hay que hacer malabares para ceder el paso a alguien sin terminar rodando grada abajo. Finalmente, terminamos hablando con ellas, dos hermanas, una de nuestra edad y la otra de apenas dieciocho años que se hizo fan de los Backstreet Boys gracias al fanatismo de su hermana mayor. Es pura energía moviéndose para todos lados, cantando canciones *random* en voz alta.

—¿Sabéis el *setlist*? Yo no, no he querido mirarlo, pero me muero como canten la de... *show me the meaning of being lonely... Is this the feeling I need to walk with?*... —canturrea con una mano sobre el pecho cerrando fuertemente los párpados.

Yo no puedo evitar reírme. Primero, porque la niña es sumamente divertida y lo vive y segundo, porque yo sí que me he estudiado el *setlist*, que hacía como veinte años que no los escuchaba y quería ponerme al día. Y sí, esa es la octava o novena canción si no recuerdo mal: ese *setlist* es lo único que he escuchado en esta última semana a escondidas de Eva, no quería darle ni una pista.

Terminamos compartiendo risas y experiencias con ellas y con otras mujeres a nuestro alrededor, hasta que comienza el telonero, un DJ americano que, obviamente, conoce al público que tiene delante y ameniza la espera con una mezcla de temas noventeros y de comienzos de los dos mil; bien pensado para una audiencia que claramente disfrutó de esa música en su momento. La gente se vuelve loca cantando a todo pulmón *hit me baby one more time!* de Britney Spears; la sorpresa llega cuando el Dj salta de esta a la estrofa *one more time, we're gonna celebrate* de Duf Punk.

Ya nos tiene en el bolsillo. Pero nada que ver a cuando aparecen Nick, Brian, Howie, Kevin y AJ; en ese momento siento el estadio temblar como si se fuera a venir abajo mientras cantan *Everyone*, tema con el que abren el concierto. A partir de aquí entro en modo fan repentinamente, y comienzan a sobrevenirme recuerdos de la infancia, supongo que al igual que a mi chica, la expresión de su cara no deja lugar a dudas.

Me quedo alucinada de lo bien que cantan en directo, reconozco que me esperaba a unos cincuentones (si no tienen cincuenta los rondan) acabados, pero nada más lejos de la realidad: en forma y entonando como ya les gustaría a muchos «cantantes» de hoy en día. Me quito el sombrero, aunque alguna por aquí se quitaría algo más que eso...

A lo largo del concierto nos animamos a hacer un par de vídeos; pero sin volvernos locas, de hecho, los hago yo, Eva está completamente enfocada en el escenario dándolo todo, que al final es como hay que estar, qué quieres que te diga. Para pasarme las dos horas grabando me quedo en mi casa y lo veo en YouTube tirada en la cama. Cantamos, gritamos, saltamos, bailamos y... en definitiva, disfrutamos como las niñas de antaño, pero en el cuerpo de dos adultas.

Llegamos a la que será para nosotras la última canción: *Don't Go Breaking my Heart*, y comienzo a ponerme curiosamente nerviosa.

—En cuanto acabe esta nos largamos —aviso a Eva, que hace un puchero en respuesta—. Si quieres conseguir esa foto...

—¡Quiero!

Con el grito de AJ abriendo la última canción, comenzamos a bajar las escaleras saliendo de la grada y una vez fuera, corremos por el pasillo escuchando a la gente volviéndose loca con *Lager than Life*. Nos asomamos a echar un último vistazo al escenario antes de abandonar el edificio, y viendo la locura que se está montando y conscientes de que nos vamos a perder el cierre del concierto, sé que aunque no lo verbalicemos, a ambas se nos pasa el mismo pensamiento por la cabeza: «¡Más nos vale conseguir la maldita foto!».

Algo me dice que la vida no nos lo va a poner tan fácil. En primer lugar, porque no sé por dónde carajo salimos, que tardamos como siete minutos en ubicarnos y esos, para la misión que tenemos entre manos, son muchos minutos.

—Es por aquí —concluye al fin mi chica catalana.

Echamos a andar al mismo tiempo que una intenta pedir un taxi por un lado, y la otra un Uber, pero no hay manera, está todo ocupado, porque debe haber gente más lista que nosotras y los ha pedido con tiempo o simplemente que la suerte no está hoy de nuestro lado. Y después de subir una cuesta infernal e infinita, nos damos cuenta no solo de que estamos yendo en dirección contraria, sino que las dos Mercedes tintadas pasan literalmente por nuestro puto lado. Nuestra cara de imbéciles queda para immortalizar y colgar en un museo.

—¡¡No me jodas!! —exclamo.

—¿En serio?! —Eva grita, literalmente, viendo las furgonetas alejarse carretera abajo.

—¡¡DIJISTE QUE ERA POR AQUÍ! —voceo a diez metros, ya que he subido la cuesta

más rápido que ella.

—¡Dije que CREÍA que era por aquí!

—¡¿Acaso no conoces tu puta ciudad?! —espeto, bajando el tramo de cuesta que le llevaba de ventaja para acercarme a ella.

—¡¿Acaso tú te conoces todo Madrid?! —Me devuelve la misma acritud—. Lo siento, pero yo no me conozco Montjuïc al dedillo.

Vale, creo que necesitamos relajarnos. Me detengo a respirar con calma, primero, porque la cuesta me tiene ahogada y segundo, porque necesito pensar con claridad.

—A ver, todavía podemos verlos cuando terminen de cenar y vayan al Sutton ese — propongo, guardando la esperanza—. No está todo perdido.

—¡Claro que no! ¡No nos hemos perdido el final del concierto para nada! ¡Vamos que si voy a conseguir esa foto! —Eva está tan enfocada en su objetivo que ha pasado por alto los berridos (un tanto exagerados) que acabo de pegarle.

Google Maps en mano nos dirigimos al hotel Mandarin Oriental acompañadas de toda la marabunta de gente que está procediendo a salir del Palau Sant Jordi en este momento; no desistimos en la posibilidad de encontrar algún tipo de vehículo que nos acerque.

Treinta minutos más tarde nos encontramos ya en Gran Vía después de atravesar otra marabunta, la que salía del Fira en donde se celebraba el Oktoberfest y que colapsaba la salida de Montjuïc, haciendo imposible encontrar un puto taxi, sobre todo, porque hace rato nos enteramos de que hay huelga de taxistas. La cosa mejora por momentos.

Caminamos muy calladas, concentradas en nuestro objetivo.

—Eva —llamo su atención logrando que me mire de soslayo, aunque sin aminorar un ápice el ritmo—, que lo siento, se me ha ido un poco la pinza antes.

—No pasa nada. La verdad es que soy un desastre ubicándome —reconoce, provocando que nos riamos con complicidad—. ¿Crees que lo conseguiremos?

—No me cabe ninguna duda —miento, aunque ojalá me equivoque, porque estamos en ese momento del camino que hemos sacrificado tanto, que rendirnos no tendría ningún sentido.

Cuarenta minutos de recorrido en total, llegamos al fin al hotel en un taxi que, literalmente, cogemos a una manzana y media de distancia, junto a una fuente en el mismo Paseo de Gracia, porque voy a confesar una cosa que me duele en el alma reconocer, pero que es innegable: las Converse son las mejores zapatillas del mundo, pero son el infierno en la tierra para echarse a caminar con ellas más de dos kilómetros seguidos, y hemos hecho cuatro. Solo digo eso. Apenas puedo mantenerme en pie del dolor que tengo en las plantas. Llego a la puerta del lujoso hotel arrastrándome como buena *millennial* que no ha hecho ejercicio desde el Test de Cooper en el instituto. Me dejo caer, literalmente, en el primer banco que encuentro.

Repartidas en la amplia acera frente a la entrada del Mandarin Oriental, nos encontramos con una veintena de personas que obviamente están allí con la misma intención que nosotras: muy originales no somos, eso seguro.

La noche se resume en una espera interminable a la que se va sumando cada vez más fans con las que terminamos conversando y compartiendo largas horas. Algunas intentan colarse en el hotel, pero al portero, un cubano excampeón olímpico de lucha libre muy simpático con el que he estado charlando un rato, no se le cuela ni una fan.

En mi cabeza escucho a Sabina cantando aquel... *Y nos dieron las diez y las once; las doce y la una y las dos y las tres...* Porque efectivamente nos dan las tres de la mañana esperando a esos cinco desgraciados que hacía ya rato habían dejado de caerme bien. Si hacía seis horas me parecía absurdo abandonar después de tanto invertido, ahora no me largo de aquí; pero por

orgullo, a pesar de que a cada hora que pasa tenga más claro que lo único que nos vamos a llevar de esta experiencia, son unas cuantas amistades nuevas en Instagram.

Ya solo quedamos la mitad de la mitad, la Resistencia me gusta llamarnos. Tengamos en cuenta que es un jueves de madrugada para unas treinta-cuarentañeras que probablemente tengan hijos, parejas y trabajos que atender, esperando a unos señores de casi cincuenta años que, probablemente, hace horas que están babeando la almohada. Como que no los veo yo yendo al Sutton ese; una evidencia que la Resistencia se niega a reconocer, la prueba es que aquí seguimos, repartidas entre los cuatro bancos situados frente a la puerta del hotel negando la realidad: esa gente no va a salir. Los ánimos están decayendo a pasos agigantados en general, pero para Eva y para mí especialmente, aunque no lo hayamos comentado, somos conscientes de que la ansiada foto no va a llegar hoy tampoco.

—¿Cómo ha ido con tu hermano? —pregunta con cierta precaución—. No me has contado nada.

Cierto, he estado evadiendo el tema todo el día y ella ha sabido darme el espacio que necesitaba, quizá porque ha percibido que necesitaba algo de espacio o quizá consideraba que debía ser yo la que me animara a contárselo.

—Pues... no es la conversación que esperaba. O sí, en realidad. Supongo que una parte de mí tenía la esperanza de que se abriera de una vez por todas, que se sincerara —confieso con la mirada perdida en los curiosos relieves de la fachada del hotel—. Pero no, sencillamente, todas las relaciones que ha tenido en su vida con hombres han sido un error.

—¿Te dijo eso?

Asiento apretando los labios.

—Creo que, en el fondo, lo que siento es pena de que viva en una jaula.

—Es su decisión.

—Eso es lo peor de todo, es una jaula que se ha construido él mismo. No niego que sea cierto que sienta algo por Lola, o al menos quiero creerle, lleva tantos años con ella..., pero ¿que niegue la verdad?, ¿que se niegue a sí mismo?

—Y entonces, ¿cómo habéis quedado?

—Supongo que igual que siempre —me encojo de hombros—, yo fingiré que no sé que ha estado cuatro años engañando a su mujer con un tío, y él fingirá que es el prototipo de marido hetero perfecto y el pastor más querido de la Iglesia. Al final, nada ha cambiado. Bueno, quizá sí. Hoy, por primera vez, le he dicho a un miembro de mi familia que soy bisexual —confieso con una sonrisa agri dulce.

—Entonces parece que algo sí que ha cambiado. ¿Cómo te sientes?

—Curiosamente liberada, ¿sabes? Nunca lo hubiese imaginado. Y todo gracias a ti.

—¿A mí?

—A ti, doña etiquetas.

Nos reímos y, de repente, se instala un inquietante silencio entre nosotras, quizá porque presiento la intención de Eva y ella, ha percibido la mía tras cinco días esquivando el tema.

—Por cierto, ¿tienes que dejar el piso en una semana?, ¿no?

—Sí.

—¿Y... qué vas a hacer?

—Respecto a eso... —Subo una pierna en el banco para poder mirarla de frente. Está claro que no voy a poder evadir esta conversación por más tiempo—. Eva, sabes que te quiero.

—¿Pero? —adivina con visible decepción.

—Tengo miedo a estropearlo si vivimos juntas —miento, porque esa no es la verdadera

razón, pero es la que mejor suena—. Creo que lo ideal es que me busque algo por mi cuenta.

—Es por él —afirma.

—Es por nosotras —refuto—, porque siento que las cosas son perfectas ahora mismo y si me voy contigo... es muy pronto.

—Es por Rafa —reitera a modo de conclusión—. Te ibas a ir a Dubái con él.

—Sí, pero tras una relación de cinco años y por las razones equivocadas. Haberlo hecho hubiese sido un error.

¿Soy yo o comienzo a sonar como mi hermano?

Guarda silencio observándome con cierta dureza.

—Está bien —dice al fin rompiendo el contacto para mirar al frente al tiempo que saca una piruleta del bolsillo de la cazadora y se la echa a la boca.

—Eva... ¿Estamos bien?

—No lo sé, dímelo tú, Blanca —espetea mosqueada.

Eva a veces me resulta curiosamente contradictoria, porque en general se muestra como una tía muy segura de sí misma, con las ideas claras, pero en cuanto a relaciones personales se refiere, se vuelve muy... cómo decirlo... inflexible. Como si necesitara pruebas constantes de esa fidelidad, algo que ya he comprobado que hace tanto conmigo como con sus amigos, a los que puede que inconscientemente, juzgue como confiables o no según sus actos. Y ahora mismo, percibo este empeño por vivir juntas como una evidencia más de mi lealtad hacia ella.

—Creo que tienes pruebas bastante claras de lo que siento, Eva. Si esto no es suficiente para ti... —hago clara mención a esta escapada sorpresa que le he preparado y a las horas que llevamos esperando para que se haga con la puta foto—, no me voy a ir a vivir contigo, porque te sientas insegura respecto a lo que tenemos. Lo siento, pero es demasiado pronto. —Finiquito el tema poniéndome en pie, haciendo más notable mi enfado a causa de su actitud—. Son las tres y veinte de la mañana y estoy agotada, ha sido un día muy largo.

Volvemos al hotel congeladas de frío y sin hablarnos. Eva no ha vuelto a pronunciar una palabra, seguramente porque tengo toda la razón y al final, su comportamiento no es más que una pataleta infantil para conseguir algo que ahora mismo no es viable. Llegamos al hotel y yo me subo directa a la habitación, ella decide quedarse en la puerta fumándose un cigarro.

Desde luego, no es esta la manera en la que esperaba que terminara este día.

Pero las dos sabemos lo que se esconde de verdad bajo ese berrinche suyo, no es más que un reproche disfrazado. Probablemente cree que le debo algo por la propuesta que me hizo hace dos semanas, aquel sábado veinticuatro de septiembre. Una fecha que, ciertamente no olvidaré en la vida; me aventuraría a asegurar que ella tampoco.

Y eso, es lo que de verdad ocurre entre nosotras.

12

Rafa (2022)

No podía sacar aquella conversación de mi mente, no podía sacarte a ti de ella. Y Eva lo sabía. Estuvo delante cuando me cogías de la mano mientras me confesabas que estabas enamorado de mí con una brutal honestidad desbordando de tu mirada. Lo que me arrastró a una perenne ausencia durante días, me sentía como un zombi.

—Blanca, si quieres estar con él dímelo y dejemos de perder el tiempo.

—¿¿Qué?! ¡No! ¿Por qué dices eso?

—Han pasado diez días y aún no has salido de esa cafetería —me echó en cara estirando el brazo en el aire, señalando con él un pasado que estaba más presente que el propio presente.

—Lo siento. Lo estoy haciendo muy mal, Eva. Ni quiero, ni pienso perderte. Me encantas, me encanta lo que tenemos y no voy a permitir que él lo estropee.

—No es Rafa quien lo está estropeando —espetó hastiada, porque claramente no estaba percibiendo la obviedad.

Tenía razón, sin embargo, no era capaz de reconocerlo, estaba enfadada contigo, conmigo, pero también con ella, por ser tan jodidamente perspicaz.

Al fin me habías dado el espacio que necesitaba, y ni siquiera tuve que pedirte. Supongo que quedó bastante claro después de lo que te dije y de cómo me marché de aquella cafetería, se daba por hecho que aunque no lo hubiese pronunciado, te podías ir claramente a la mierda.

—Creo que es mejor que esta noche me quede en mi casa —le dije a Eva.

No sé quién de las dos estaba más aburrida de aquella situación a la que nos habías empujado.

—Como quieras.

Recogía los envases del Glovo que habíamos pedido evitando cruzar la mirada conmigo.

Era la primera vez que nos enfadábamos, hasta aquel momento todo había sido perfecto, casi idílico, sin dramas ni complicaciones, y por eso mismo, que nuestra primera discusión fuera por tu culpa me irritaba sobremanera. Regresó ese odio feroz hacia ti. Y dominada por esa ira, recurrí a lo único que me ayudaba a rebajarla: la comida. Lo único que calmaba la ansiedad que sentía ante esa situación de la que no sabía cómo salir era echarme a la boca cualquier cosa que pillara. Como las hamburguesas de las que Eva apenas probó bocado y que yo devoré sin levantar la vista del plato.

Estuvimos una semana separadas y sin hablarnos, me pasé aquellos días encerrada en casa, comiendo y viendo programas de decoración en Netflix, dando un paso atrás así en mi recuperación.

Reconozco que esa conversación contigo me dejó tan hecha polvo, que de alguna manera no me sentía capaz de pasar página. «¿Por qué me haces esto ahora?», me preguntaba una y otra vez torturándome mientras escuchaba a Oasis, tu grupo favorito.

Blanca:

Te echo de menos.

Eva:

A él también lo echas de menos.

No quería mentirla, así que no respondí.

Aunque le envié ese mensaje a Eva, el sentimiento de necesidad iba dirigido a ambos. Con la misma intensidad. A esa altura no era capaz ni de engañarme a mí misma.

Después de días sin hablarnos, Eva me envió un mensaje con una actitud completamente diferente, asegurándome que había encontrado una solución; un giro en los acontecimientos francamente inesperado.

Eva:

Te veo a las 22 h en el D.B. Club.

Quería averiguar esa «solución» a nuestro problema, y me moría de ganas de verla, de besarla y de estrujarla entre mis brazos. Me puse el vestido más bonito que encontré en mi armario, uno blanco de algodón de estilo romántico con finos tirantes que completé con unas sandalias verde apagado atadas al tobillo, y me dispuse a encontrarme con ella en la puerta de aquella afamada (y ostentosa) discoteca de Gran Vía. Yo no pisaba aquel lugar desde antes de irme a vivir a Londres, al poco de conocerla y más o menos cuando esta se inauguró. Un club que nunca fue mucho mi rollo, demasiado pijo y la música..., demasiado moderna, ya sabemos que yo soy más de rock del de antes.

Estaba convencida de que su solución consistiría en sacar a Adán de paseo. Qué equivocada estaba. Cuando la vi, aparte de que casi me da un infarto, me quedó bastante claro que la movida iba por otros lares. Vestida completamente de cuero negro: corpiño de cremallera, pantalones y botas, todo muy ajustado. Pero no solo era la ropa, el ahumado en los ojos y su brillante melena rubia, suelta y con volumen le daban un aire salvaje. Parecíamos la noche y el día: yo, con un rollo angelical y ella, con un estilo agresivo. Entendía la parte subconsciente que me había llevado a mí a vestir como «una niña buena», pero lo de ella... no terminaba de encajarlo por ningún lado. Lo que estaba claro es que allí, desde luego, no había ni rastro de Adán, pero sí de una Eva que me quitaba hasta el hambre, que en aquel momento de mi vida era todo un hito.

Me mordí el labio inferior tratando de contener las ganas que me entraron de devorarla, así que no, la gula aún seguía allí, pero era de otro tipo.

—Estás preciosa. —Se me olvidó hasta por qué se suponía que llevábamos cinco días sin hablarnos—. Si esta es tu solución, ha funcionado.

—Vamos. —Enlazó nuestros dedos tirando de mí hacia el interior del local, después de pasarme la piruleta que tenía en la boca—. La sorpresa está dentro.

—¿Sorpresa? ¿Dentro?

Me encontraba ciertamente confusa tratando de descifrar aquel enigma mientras me guiaba por la inmensa discoteca, sorteando gente de la pista de baile central que se abría ante nosotras a cada paso.

—Ha cambiado. Y mucho —dije con asombro cuando llegamos a una de las barras que flanqueaban la pista.

—¿El qué?

—Este lugar. Estuve una vez hace como seis años, al poco de inaugurarse, y no tiene nada que ver, la verdad.

Se percibía un rollo muy LGBT que nada tenía que ver con mi primera y última incursión en aquel lugar. Pero no solo era la gente y que el color violeta que antaño dominaba los elementos decorativos había pasado a incluir el arcoíris completo, como en las majestuosas lámparas de cristal que colgaban del techo, de las que ahora destellaban cada uno de esos colores. La selección musical también era distinta, ya que *moderna* precisamente no era. Mientras Eva nos pedía un par de rones, la DJ pinchaba *Who Do You Think You Are* de las Spice Girls. Siempre he sido una tía de rock, pero no hago ascos a los clásicos de mi niñez.

—¿Sabes de quién es este sitio? —Negué con la cabeza observando la pasarela de cristal que se elevaba sobre nuestras cabezas y que según me confirmó Eva iba directa a la zona VIP—. Daniel Baumann.

—¿El marido de Bella? —Bella Johnson, la fundadora de la Asociación Princesas Valientes y jefa de Aurora. Eva asintió como respuesta—. Ah, claro, «D.B. Club»: Daniel Baumann —reflexioné en voz alta—. No tenía ni idea. Pues parece que se ha subido al carro de lo Queer, o a la carroza, más bien. Y por todo lo alto.

—Este sitio se ha convertido en la reina de la cabalgata.

—No lo dudo. La verdad es que mola.

—Y algo me dice que no lo vas a olvidar. ¿Brindamos?

—Claro —asentí consciente del cosquilleo que aquellas palabras habían despertado en la boca de mi estómago—. ¿Por...? —Levanté mi copa esperando que fuera ella quien concluyera el brindis, a ver si lograba

sonsacarle alguna pista de lo que nos había llevado allí.

—Por nosotras —concluyó, acercando nuestros vasos.

No había logrado mi objetivo, pero, por otro lado, no veía nada mejor por lo que brindar.

—Por nosotras.

Bebimos sosteniéndonos la mirada. No podía dejar de pensar que a pesar de que Eva se había mostrado abierta y conciliadora, aún no nos habíamos dado ni un beso; enlazar nuestras manos era lo más lejos a lo que habíamos llegado; lo más íntimo fue que metiera su piruleta en mi boca antes de entrar.

—Estás muy guapa, ¿sabes?

—Gracias. —Mis pálidas mejillas se sonrojaron—. Bueno, ¿me vas a contar ya a qué viene tanto misterio?

—Aún no es el momento.

Dijo aquello con la mirada perdida tras de mí, entre el bullicio. Aproveché para acercarme a ella, sentía que le debía una disculpa y quería dársela. Solté el ron sobre la barra con el fin de cogerla de la mano e inclinándome para alcanzar su oído; el olor de su perfume me noqueó con un fogonazo de recuerdos de los últimos meses. A Chanel N.º 5 olía ese pasado, el del mejor verano de toda mi vida.

—Quiero pedirte disculpas por mi comportamiento de los últimos días —susurré en su oído—, yo no...

—Mejor dejemos eso para más tarde y vamos a bailar —me irrumpió para después beberse la copa de un trago, alargando el enigma.

Me animó a apurar la mía para arrastrarme entre la multitud hacia la pista de baile y directa a mi niñez, sonaba *Summer Son* de Texas, canción que tuvo a mi hermano obsesionado el verano del 99. Aquello me hizo sonreír con nostalgia bajo una punzada de dolor que se extendió bajo mi pecho, porque de nuevo y por tu culpa la relación con Agustín había vuelto a enfriarse. Eso se sumó a la inquietud por no saber todavía qué pintábamos en aquel lugar, pero llegó un punto, diría que a la tercera copa, que simplemente comencé a relajarme y bajé la guardia.

Bebimos mucho y bailamos muy cerca, pero en ningún momento nuestros labios se tocaron y empecé a pensar que su solución consistía en ese juego, un estilo al que acostumbrábamos a jugar tú y yo. Pero en un momento dado, tras pillar a Eva desviando la mirada tras de mí en varias ocasiones me di cuenta de que ahí ocurría algo, aunque no fui consciente de ello hasta que con esa sensación extraña de que alguien te observa me giré, y en un hueco entre la gente te vi, querido Rafa. Con ese aplomo tan masculino, apoyado en la barra en la que antes estábamos nosotras, bebiendo un *whisky* solo mientras nos observabas minuciosamente. Se me erizó la piel. Y algo cosquilleó en mi estómago.

Cambiaba la mirada de ti a Eva, que me devolvió una sonrisa sin dejar de bailar con una normalidad cuando menos sorprendente, porque ella también había reparado en ti. Aún tardé unos segundos en comprender que tu presencia en aquella discoteca no era fruto de la casualidad; ni me estabas «acosando», teniendo en cuenta que no solo es que no hubiera subido una sola publicación esa noche, es que no había tocado el móvil desde que entramos en aquella *DiscoQueer*.

—¿Qué hace él aquí? —le grité a Eva sobre la música.

—Le he llamado yo. —Fruncí el ceño interrogante—. No se te pasará, Blanca —aseguró, buscando mi mano para enlazar nuestros dedos (gesto que se repitió mucho aquella noche), haciendo clara mención a la última conversación que tuvimos sobre mis sentimientos hacia ti—. Tú solo... déjate llevar —añadió eso último encogiéndose de hombros.

Fueron sus últimas palabras antes de lanzarse a mi boca en un beso profundo que fue intensificándose, elevando los estándares de este a uno muy sexual, con sus manos desordenando mi pelo y las mías en su cintura, acercándola a mi cuerpo.

No necesitaba mirarte para saber que tenías la mirada en llamas, clavada en nosotras, porque la escena que contemplabas con los codos sobre la barra entre trago y trago de *whisky* te estimulaba tanto como a mí. Y así lo confirmé, en cuanto Eva abandonó mi boca y ambas buscamos tu reacción entre la multitud. Y como si esa fuera la señal que esperabas, apuraste lo que quedaba en tu vaso, enfilando tus pasos hacia nosotras con una seguridad casi arrogante, dominante, incluso.

Creo que nunca te había visto de aquella manera, pero teniendo en cuenta lo que acontecía, entendía que te costara apartar ese orgullo tan masculino. El poder que desprendía tu presencia, como una antorcha que alejaba a la gente a su paso me tenía completamente hipnotizada (y abrumada), no podía apartar la vista de ti, de lo que tu potencia muscular gritaba bajo los vaqueros de marca y la camiseta de un profundo azul, que hacía juego con la oscuridad que mostraban tus ojos en ese momento, habitualmente celestes a la luz del día, penetrantes bajo aquellas luces.

Eva y yo nos movíamos al ritmo de la música cuando te plantaste frente a nosotras sin pronunciar una palabra. El alcohol, o la confusión, o una mezcla de ambas, se me había subido a la cabeza y no sabía qué decir. Ni qué hacer. Fue Eva la que tomó el control de la situación. Te cogió de la mano y tiró de ti, guiándote hasta su boca sin soltar mi mano, acercándose más a vosotros. OBK cantaba *Tú sigue así*, poniendo en palabras lo que acontecía en mi interior, no podía apartar la mirada de la escena que tenía delante, fascinada, contemplando a las dos personas a las que había entregado mi corazón y que ahora se besaban delante de mí. Y para mí. Me encontraba... extasiada y sobreestimulada. Verlos comerse la boca me excitó.

Terminasteis el beso clavándome la mirada al mismo tiempo. Y yo, con la respiración entrecortada, continuaba tratando de darle sentido a lo que acababa de ver. Eva tiró de mí invitándome a formar parte de aquella locura, a que hiciera consciente que esto era cosa de tres. Por si todavía me quedaba alguna duda, con una voz dulce y sugerente como el canto de una sirena, aquella diosa vestida de cuero negro susurró en mi oído:

—Puedes tenernos a los dos.

—¿Puedo? —le pregunté abriendo mucho los ojos, como una niña a la que le dejan repetir su postre favorito o comerse dos al mismo tiempo.

Su respuesta llegó sin palabras, pero tan clara como el gris de su mirada, cuando me dirigió hasta tus labios con una mano suave sobre mi cabeza. Entonces encontré su sabor en tu boca y todo se tornó más confuso aún, pero jodidamente excitante.

Y sí, así de simple soy, porque por un momento se me olvidó lo enfadada que estaba contigo. Borraste aquella sensación en cuanto tu lengua se hundió en mi boca con desesperación, pero también con la ternura de alguien que ha acumulado muchas ganas de besarte.

—De verdad que lo siento —susurraste en mi oído, el que quedaba fuera del alcance de Eva—. Todo lo que dije era cierto. Lo he pasado mal de verdad, Blanca.

—Bueno, apuesto a que este giro de los acontecimientos lo hace más llevadero —añadí sarcástica.

Ese beso había sido la leche, pero la puñalada aún dolía. Y tú, que eras plenamente consciente del daño, sonreíste con cierta tristeza, mostrando que todavía te afectaba tanto como a mí todo lo ocurrido entre nosotros.

—Tú tienes la última palabra —dijiste en voz alta, intercambiando miradas con Eva.

Y ahí estaba yo, en medio de algo que no sabía si se trataba de una encrucijada o de una bendición. Erais vosotros los que me observabais entonces, esperando una respuesta.

Pum-pum, pum-pum, pum-pum.

Solo escuchaba el latido de mi corazón mientras meditaba sobre ello, consciente de que el peso de lo que ocurriera ahí correría de mi cuenta. A una se le había ocurrido y otro había aceptado, pero era yo la que tenía que tomar la decisión final.

Cientos de preguntas se formaron en mi cabeza al mismo tiempo: «¿De verdad Eva quiere esto? ¿Y yo? ¿Quiero mezclar a Rafa y a Eva? ¿Y si no sale bien? ¿Es algo puntual o es una propuesta para algo más estable? Pero ¿acaso tendré otra oportunidad como esta? ¡Puedo tenerlos a los dos! ¡¡Pero también puedo perderlos!!». Aquel batiburrillo de dudas parecía no tener fin, pero lo tuvo. La decisión estaba tomada. Quien no arriesga no gana, ¿no? Y teneros a los dos era una fantasía que, al menos, por unas horas, quería hacer realidad.

—¿Esto te parece bien? —le pregunté a Eva.

—Ha sido idea mía, Blanca.

No sabía qué decir, así que decidí actuar, siempre se me han dado mejor los hechos que las palabras. Busqué tu mano y te atraje a mí y, con tus dedos clavándose en mis caderas y una erección creciendo en mi espalda, me deshice entre tus brazos mientras me aferraba a los labios de Eva, que sabían a piruleta, pero también a *whisky* del caro.

Era plenamente consciente de que iba directa a la hoguera, alguien terminaría herido, pero no sería aquella noche. El fuego que nos quemara sería de otro tipo, uno que Eva encendió, pero que tú supiste avivar.

La llama ya estaba encendida.

La decisión ya estaba tomada.

Roces, besos, caricias... Cuando la cosa comenzó a tornarse demasiado sexual para una pista de baile, propuse irnos a tu casa con intención de empezar aquello, pero de verdad. No me sentía cómoda llevándote a la de Eva y la mía no podía acoger una fiesta para tres como la que nos esperaba. Estaba decidido, iríamos a tu casa.

Nuestra intención era hacerlo caminando, ya que estábamos a menos de diez minutos, pero Madrid no quiso regalarnos una idílica noche de septiembre; no tenía reparos en mostrarse celosa castigándonos con una lluvia casi violenta, que más que lágrimas de tristeza por aquella deslealtad, parecía que nos estuviera escupiendo con rabia.

«Si tú estuvieras en mi situación, también lo harías», pensé.

De ahí que termináramos subiéndonos en el primer taxi que encontramos; aunque llegamos a tu casa igualmente empapados, no solo por la lluvia, el jueguecito en la pista de baile trajo las primeras humedades que nos regalaría aquella noche.

Me preocupaba que en algún momento la situación se tornara extraña o incómoda; sin embargo, la sensación era justo la contraria, como si fuera de lo más natural. Eva mostraba esa férrea convicción que veía cuando sacaba a Adán y tú... ¡tú estabas encantado! ¡Para qué engañarnos! Y yo, que quería hacerte sufrir un rato, tomé una decisión:

—Yo te digo cuando puedes participar —te informé, haciendo un gesto que entendiste a la perfección, dejándote caer en el sillón con una pícara sonrisa en tus labios desdibujados debido a mi carmín rojo y el *gloss nude* de Eva.

Nos situamos frente a ti, en el lugar exacto en el que te vi recibir una mamada por parte de aquella «belleza asiática» la noche antes de presentarte a mi hermano. Se me ocurrió que sería un buen día para vengarme, así que, por el momento, serías un mero observador.

—¿Estás segura? Podemos parar esto cuando quieras.

Eva continuaba mostrándose segura, pero yo necesitaba asegurarme de que no había sufrido de enajenación transitoria o algo por el estilo.

—La decisión está tomada —murmuré, acariciándome la cara.

Aquella era una respuesta evasiva y, egoístamente, decidí apartar la verdad que asomaba entre sus palabras. Las cuales borré lamiendo sus labios, antes de hundir mi lengua entre ellos, besándola despacio, pero aumentando poco a poco la profundidad.

Eva gimió.

Yo gemí.

Y cuando sus manos bajaron los tirantes de mi vestido haciendo que este resbalara por mi cuerpo hasta rodear mis pies, gemiste tú.

Las dos te miramos, recordando que estabas ahí, decidiendo ignorarte de nuevo.

Busqué la cremallera del corsé, bajándola despacio, mientras acariciaba la suave piel de su cuello con mis labios. Sin dejar de mirarte, llené mis palmas de sus pechos y Eva, que mantenía los párpados cerrados, dejó caer la cabeza sobre mi hombro; cambié el rumbo de mi mano izquierda sumergiéndola bajo el cuero de sus pantalones. Jugamos frente a ti, que permanecías muy atento, con visibles signos de que aquello te estaba gustando. La humedad de la lluvia se había evaporado hacía rato, dando paso a perladas gotas de sudor en tu sien y resbalando de tu frente. Tironeabas del cuello de la camiseta al tiempo que yo le despegaba a Eva el cuero de la piel. Hiciste el amago de quitarte la camiseta, pero no te dejé.

—No. Solo cuando yo te lo diga.

Resignado, cruzaste los brazos sobre el pecho, exhalando un bufido impaciente. Ahí es donde te quería. ¿No era acaso aquella la mejor de las venganzas? Y podría haberla alargado si hubiese tenido agallas para llevarla al extremo; sin embargo, y aunque me costara reconocerlo, no era tan valiente como me gustaba creer. Más después de meses sin tenerte, tras cinco años follándonos a destajo. ¡Joder, cómo te echaba en falta!

Pero no pensaba demostrártelo, porque una tenía su orgullo. Resbaladizo e inflamado, pero lo tenía.

Aquel juego continuó largo rato, con Eva lamiendo mis pezones, deslizando la lengua por mi estómago hasta terminar arrodillada lamiendo mi coño por encima de las bragas. Y a ti solo se te permitía observar en la penumbra de tu piso, en una quietud impuesta como castigo. Era lo mínimo que merecías.

Eva apartó la tela para acceder a mi clítoris, que succionó entre sus labios con movimientos suaves y rítmicos haciéndome flaquear; tuve que agarrarme a sus hombros para no desplomarme contra el suelo. Abrí los ojos en una oleada de placer infinita, encontrándome con el mar agitado que proyectaban los tuyos, pidiendo clemencia, así como tu erección, que dolía solo con verla. La humedad que resbalaba de tu cuello, del que palpitaba una marcada vena, había formado un cerco en el cuello de la camiseta.

—Quítatela —gemí con la voz entrecortada.

Y tú, literalmente, gruñiste al deshacerte de ella casi con violencia.

—Sé lo que estás haciendo. —Tu voz sonó agotada, como si acabarás de correr una maratón.

—¿Y?

—Que por eso estoy tan jodidamente enamorado de ti —afirmaste, inclinándote hacia delante con una honestidad que tensó el aire, pero también mi coño y eso, no pasó desapercibido para Eva, que tenía su lengua dentro.

—Claro, y por eso te follabas a mi hermano.

No quería entrar en ese juego, y menos delante de Eva, y menos en este momento, pero no pude evitarlo. Menos mal que tú supiste parar a tiempo. Literalmente te dejaste caer sobre el respaldo con las manos en alto, dando a entender que pasabas a un segundo plano.

—Tú mandas.

—Por supuesto —escupí arrogante, pero, sobre todo, con rabia.

Estaba molesta, pero también excitada, una combinación que me convertía en una bomba de relojería, y en realidad, no quería que aquello se diera de esa manera. Se suponía que debía ser algo erótico, distendido, sensual... algo que debíamos disfrutar los tres por igual, pero no era en eso en lo que aquel encuentro se estaba tornando. Respiré hondo un par de veces y tirando de Eva, que aún permanecía arrodillada, os pedí que me acompañarais a tu dormitorio. Debía cambiar aquel ambiente, se me ocurrió comenzar por el escenario.

Me senté en la cama contemplando la estampa: Eva, cubierta únicamente por un tanga negro y tú, oculto de cintura para abajo, me observabais esperando la próxima orden.

—Se supone que los tres queremos esto, ¿no?

—¿Te cabe alguna duda? —dijiste, acariciándote la erección sobre la tela del pantalón.

Eva asintió.

—Entonces, demostradlo. Besaos —os pedí con el corazón agolpándose en el pecho.

No os habíais vuelto a tocar desde que nos refugiáramos en tu casa.

Eva se giró hacia ti y tú, hiciste algo que me deshizo por completo, creo que fue ese el instante en el que entendiste al fin lo que Eva significaba para mí. Me encantó la dulzura con la que te acercaste a ella sosteniéndole la mirada y cómo deslizaste la mano por su cuello, justo bajo la oreja, para atraerla hacia tus labios, besándola con suavidad. Ni siquiera ella pudo fingir que no le afectaba, gimió sobre tu boca y, para mi sorpresa (y la tuya), te rodeó con los brazos acariciándote la espalda mostrando la misma ternura que tú habías demostrado al besarla.

Me explotó el corazón. Aquel instante fue simplemente perfecto. Ahora sí sentía que todos estábamos preparados para aquello, los tres debimos percibirlo, porque fue tras ese cálido momento cuando me invitasteis a unirme a vosotros: tú, acariciabas su cabello con suavidad mientras ella deslizaba paciente el dorso de la mano por tu pecho. Como si hubieseis descubierto al fin que no erais enemigos, porque en realidad, formábamos parte de un todo.

Me puse en pie, me quité las bragas y me uní a vosotros para completar ese todo.

La besé a ella. Te besé a ti. Nos besamos los tres. Y aunque no se escuchó el golpe que hizo al caer al suelo, pude tirar al fin la maldita batuta de directora.

Dejándome caer de rodillas entre vosotros, me deshice del tanga de Eva, también del resto de tu ropa. Y tu erección, al fin libre, golpeó casi con violencia en tu estómago. Eché la cabeza atrás para poder miraros, a Eva y luego a ti, un segundo antes de lamer tu polla desde la base hasta la punta, para introducírmela finalmente en la boca, bien profunda. Gemiste varias veces contra los labios de mi chica con los dedos enredados en mi pelo.

Hacerte una mamada bajo la atenta mirada de Eva fue inquietantemente raro, pero también fascinante.

—Para.

Me detuviste, separándote de mí, estabas muy excitado y necesitabas tomártelo con más calma, así que decidí darte algo de espacio. De la mano, me llevé a Eva a la cama, y por iniciativa de ella me hizo sentarme en el borde; tras un beso febril descendió por mi cuerpo, situando mis talones sobre el colchón para abrirme las piernas, dejándome completamente expuesta a ella, pero también a ti que, de pie, con las piernas abiertas te acariciabas la polla muy despacio al mismo tiempo que Eva devoraba mi coño.

Siempre me ha resultado sumamente masculino y erótico ver a un hombre masturbándose, así que no iba a perder la oportunidad de contemplar aquel espectáculo. Tampoco tú desperdiciaste el que se proyectaba frente a ti, de ahí que nuestras miradas ardieran cada vez que se cruzaban. Cuando no me perdía entre tus músculos, más prominentes debido a la tensión, así como la rigidez presente en tu rostro y más concretamente en tu mandíbula, que parecía estar sosteniendo toda la excitación que circulaba a lo largo y ancho de tus venas, que se hacían también cada vez más visibles.

El primer orgasmo llegó sin avisar, me pilló casi desprevenida, admirando tu cuerpo el calor se expandió con rapidez por mis extremidades. Con un grito me derramé sobre el colchón, mientras mis piernas se sacudían sin control hasta que las plantas de mis pies tocaron el suelo y al fin se detuvieron.

Eva trepó por la cama y junto a mi cuerpo, apoyada sobre un codo, me contemplaba con cierta admiración, retirándome un mechón húmedo que tenía adherido a la cara.

—¿Qué tal?

—Eso ha sido... intenso —reconocí con una satisfecha sonrisa.

Ya más recuperada, invertí posiciones, situándome sobre ella, quería devolverle aquel regalo de la misma manera. Le doblé las piernas para hundirme entre ellas, exponiéndome completamente con las rodillas clavadas sobre el colchón.

Me deshice en halagos hacia Eva sin palabras, solo con mi lengua y mis dedos, que incursionaban de su boca a los pezones, hasta deslizarlos entre sus labios. Durante toda esa escapada escuchaba tu pesada respiración tras de mí, pero no tu presencia.

—¿Solo vas a mirar? —te pregunté, deteniéndome un instante echando un vistazo atrás buscándote—. No te olvides de...

No fue necesario terminar la frase. Te acercaste a la mesilla de noche y con presteza, sacaste un preservativo que desenrollaste sobre tu polla en un movimiento. Tú y yo no solíamos usarlos, yo tomo la píldora y tú, cada tres meses y según tu actividad sexual te hacías todo tipo de pruebas, pero llevábamos tiempo sin estar juntos y ahora yo tenía una relación con Eva, definitivamente no me iba a arriesgar. Algo que te quedó bastante claro.

Concentrada en el placer de Eva, tu lengua en mi coño me sorprendió, el hambre con el que me devoraste, desde el clítoris hasta el final de mi espalda, me pilló desprevenida, así como el momento en que hundiste tu polla en mi interior, despacio, pero llenándolo todo. No tenías un tamaño fuera de lo normal en cuanto a longitud, mas sí en grosor, estaba segura de que no entrabas en la media, porque te desbordabas de ella. Tus primeros movimientos fueron lentos, intuía que ya desde hacía rato estabas al límite, sé que tuviste que frenarte en un par de ocasiones para no correrte. De ahí que te lo tomaras con calma, con una mano en mi cadera y otra paseándose por mi espalda, mi pelo, la nuca o en busca de mis pechos.

Sentirte dentro era increíble, pero iba a necesitar de ayuda manual para poder correrme de nuevo, así que te dejé hacer concentrándome en Eva, que estaba a muy poco de alcanzar su propio orgasmo. Lo percibí sobre mi lengua, el sabor de sus fluidos se intensificó: esa era la señal, la conocía bien. Mantuve el ritmo hasta que explotó contra mi boca y yo, estallé de felicidad por dentro.

Ahora sí, era tú turno, habías estado esperando en un segundo plano. Pegaste tu pecho contra mi espalda incrementando el ritmo. Fue entonces cuando Eva se arrodilló frente a mí para besarme y ayudarme a alcanzar un nuevo orgasmo, acariciando mi clítoris con los dedos.

—¿Así? —me susurró al oído.

—Así es perfecto. —Le sonreí—. Más fuerte —te rogué a ti.

Incrementaste el ritmo y, deduzco que repasando mentalmente todo el panel de control de la cabina y sus diferentes instrumentos, conteniéndote hasta que yo me corriera de nuevo. En cuanto lo hice, me acompañaste en mis últimas oleadas con varias y duras embestidas, que culminaste depositando un suave beso en mis labios.

Nos dejamos caer boca arriba agotados, yo entre vosotros dos. Recorrí con mi boca el cuerpo de esa mujer que en realidad conocía desde hacía apenas un par de meses, pero que ya adoraba profundamente. Nunca había sentido algo así por una mujer, de la misma manera que jamás había sentido por un hombre esa revolución que despertaba bajo mi pecho en tu presencia. En ese momento supe que no podría dejaros marchar a ninguno de los dos, porque entonces, me quedaría vacía.

—Te echaba de menos —susurraste en mi oído muy bajito, no querías que Eva lo escuchase.

Y aunque me encantaba oírte reconocer aquello hizo que me sintiera mal, culpable, como si la estuviese engañando. Y así te lo hice saber, sin darte una respuesta y alejándome de ti para buscar a Eva, rodeándola entre mis brazos para agradecerle aquello.

Te fuiste al baño, dejándonos a solas.

—No sé muy bien qué decir.

Porque, ¿qué se supone que significaba lo que acababa de ocurrir? ¿Era cosa de una sola vez para que se me quitaran las ganas de Rafa o algo que podría repetirse? ¿Se estaba abriendo una puerta hacia una relación... a tres? Demasiadas preguntas para resolver en ese momento.

—¿Es lo que querías?, ¿no?

¿Lo quería? ¡Ni siquiera me había permitido fantasear con algo como aquello!

—La verdad, Eva, no sabía que era algo que quisiera, hasta ahora —reconocí, aunque continuaba sin entender una cosa—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿De verdad no lo sabes? —Lo intuía, pero no me sentía capaz de asimilarlo en aquel momento—. Yo no voy a esperar cinco años a que lo adivines: te quiero, Blanca. Y si esta es la única manera en la que te puedo tener, me vale. Al menos por ahora, me vale.

Apareciste, y mentalmente agradecí que lo hicieras, porque me sentía demasiado abrumada, y aunque sabía que mis sentimientos hacia Eva eran fuertes y yo ya se lo había dicho antes, no me vi capaz de devolverle aquel «te quiero». Quizá porque después de lo que había hecho por mí, a mí se me hiciera corto, pequeño y ridículo pronunciar algo como aquello.

Y así fue como metí en mi cama a las dos personas que más quería, dándome cuenta de que tenía un lío de narices. Consciente de que el pecado de la gula acababa de hacer mella en mí y que la templanza, por el contrario, iba a ser algo difícil de lograr. Mi gula por la comida ya no sería un problema de nuevo, sí lo sería la tentación de vuestros dos cuerpos tan diferentes, pero que me hacían vibrar, sentir y desear de la misma maldita manera.

13

Eva y Rafa (2022)

Y ESTO, ERA GULA:

¿Y ahora qué? Una pregunta que en realidad ninguno pronunció, pero que flotaba en el aire con tanta fuerza como lo habían hecho nuestros gemidos la madrugada del sábado pasado entre las paredes de tu casa, Rafa. Nada más terminar, Eva y yo nos vestimos y nos marchamos; aunque antes de salir por la puerta me dijiste *estoy aquí*. Asentí con la cabeza sin decirte nada. Entendí perfectamente qué querías decir con aquello, pero no era el momento. / Y tú, Eva, me preguntaste *¿cómo te sientes?*, en cuanto llegamos a casa. *Aún lo estoy asimilando, ¿y tú?*, me interesé. *Algo parecido*, respondiste, pero no parecía eso en absoluto. *¿Qué... significa esto?*, titubeé al formular aquella pregunta. Me asustaba la respuesta. *Lo que tú quieras que signifique* respondiste con ambigüedad. Podía haber seguido con aquella conversación, pero decidí que no era el momento. Tenía bastante claro que para mí significaba algo muy grande, pero para ti, Eva, únicamente se trataba de un medio para un fin: no perderme. Y al parecer, estabas dispuesta a hacer todo lo que fuera para ello. Al día siguiente hiciste un grupo de WhatsApp con nosotros tres al que llamaste «Edén». Muy adecuado. / Rafa, tú aceptaste la invitación a aquel primer encuentro; sin embargo, hasta donde yo sé, nunca se te preguntó si querías convertirte en esa especie de comodín al que recurrir cuando se te necesitara, sencillamente se dio por hecho, porque como aseguró Eva, *está encantado con la idea, créeme*. *¿Acaso no es el tipo de relación que le va?* *¿Sexo esporádico sin compromiso?* *Está loco por ti, es más que evidente, y esto es un regalo caído del cielo para él*. *Es un tío con suerte*. Ese día te bautizamos como de *The Lucky Man*. Y todo eso era cierto, pero reconozco que fue algo que debíamos haber hablado los tres y no haberlo dado por hecho. Pero tu rápida propuesta para repetir el siguiente jueves, afianzaron las palabras de Eva otorgándole toda la razón. Y, cuatro días después, volvimos a tu casa, Rafa. / Tú te mostrabas dispuesta y disponible, Eva, pero como si aquello no fuera más que un mero trámite del que querías deshacerte rápido. A diferencia de nuestra primera vez, para esta, estábamos completamente sobrios, lo que le ofrecía a aquel encuentro una sensación de realismo mucho más crudo, para el que quizá ninguno de los tres estaba preparado. Eran las ocho de la tarde de un jueves de septiembre tan frío como empezaba yo a ver aquella situación. Rafa nos recibió con un escueto beso en los labios a cada una. *¿Cómo estáis?* Preguntó cortés. *Sobrias*, te quejaste tú. *¿Qué os apetece?* *Hay vino, cerveza, whisky, ginebra, ron...* *servíos lo que queráis*, nos ofreció haciendo un gesto de libre invitación con la mano en dirección a la pequeña barra que tenía en el salón. *La verdad es que yo no quiero nada*, me sentía nerviosa y entusiasmada al mismo tiempo. A pesar de que esta era nuestra segunda vez, aún había un pozo de expectación dentro de mí. Tú, Eva, te serviste un chupito de tequila que te bebiste de un trago mirándome con intensidad. Una mirada muy sexual. Recuerdo pensar en ese momento lo bonitos que eran tus labios y las ganas que me entraron repentinamente de besarlos, pero no lo hice. Interrumpiste aquellos pensamientos al llamar a Rafa preguntándole si quería apuntarse a la barra libre. / *No, gracias*, respondiste y yo sabía por qué no querías beber, Rafa, todos somos conscientes de cómo el alcohol interfiere en la virilidad de un hombre y, bueno, tú, te gustara más o menos, estabas rondando ya los cuarenta. No había que ser muy lista; vi a Eva sonreír con cierto orgullo ante tu negativa. / Me acerqué a ti, Eva, al ver cómo te empujabas el segundo chupito garganta abajo. *¿Estás bien?*, te pregunté, porque hacer esto una vez era una aventura divertida que compartir entre risas un día con amigos; una segunda, suponía el primer trazo de una línea que daba forma a algún tipo de... ¿etiqueta? *No me tienes que estar preguntando cada diez minutos*, Blanca. *Nadie me ha apuntado con*

una pistola para hacer esto, si estoy aquí es porque te quiero, pero también porque YO quiero. Me sentí como una estúpida. Tenías toda la razón. *¿Ponemos algo de música?*, le preguntaste a Rafa mientras te alejabas de mí. Aproveché para beberme un chupito doble de tequila. Me entraron ganas de beber de repente. *Ya está conectado* te dijo pasándote su móvil. Se quedó a tu lado viéndote trastear en su teléfono. *¿Paris Hilton?!*, exclamaste entre asombrada y divertida. El mismo tipo de diversión con el que él admitió que le gustaba la canción, *¿la has escuchado?* Negaste con la cabeza y él te animó a que la pusieras y le dieras una oportunidad. Sorprendentemente le hiciste caso, más sorprendente aún es que terminaras reconociendo que te gustaba aquella canción *pop* con influencias de *reggae*, teniendo en cuenta lo que odiabas el *reggae*. *No está mal*, admitiste mirándole desde abajo con una pícara sonrisa que no supe muy bien de dónde había salido. Menos aún el siguiente movimiento de Rafa, apartándote el pelo del hombro para susurrarte un *te lo dije* que os hizo sonreír con complicidad. Sentía que me estaba perdiendo algo. *¿De dónde había salido todo aquel tonto?* / A ti aquello te encantaba, por supuesto. Eva parecía otra... parecía MI Eva. *Los dos estáis fatal.* *¡Anda, trae!*, dije arrebatándole a Eva el móvil, y tras una rápida búsqueda di con la banda sonora perfecta para este nuevo encuentro. *Suede* dijo Eva. *Coming Up* adivinaste tú. Me conocías demasiado bien para saber que rara vez escucho canciones sueltas y que había optado por poner el álbum desde el principio. Aquello puso una sonrisa en mi cara que se transformó en otro tipo de mueca cuando vi a Eva acercarse a ti (con una iniciativa que nadie esperaba) cogiéndote de la nuca para atraerte hasta su boca con ganas. Un beso profundo y pasional que terminó con sus piernas rodeando tu cadera, los brazos en tu cuello y los tuyos revolviendo su melena. / Me quedé bloqueada observando aquella escena entre molesta y excitada con *Trash* sonando a todo volumen en los altavoces. Y, por un nanosegundo, me sentí como en aquella canción: una basura. No tenía ningún sentido, soy plenamente consciente, porque de eso precisamente se trataba aquello, pero supongo que no estaba preparada para esa conexión tan primitiva que vi brotar entre vosotros. Lo único que se me ocurrió fue desnudarme, admito que en un primer momento lo hice para llamar vuestra atención, cosa que no funcionó. Desconocía si aquello estaba preparado, empecé a pensar o autoconvencerme de que así era, que quizá me estuvieseis castigando; tampoco entendía por qué debíais hacerlo, pero así lo sentí en un principio. Debido a eso tomé la decisión de mantenerme en un segundo plano como mera observadora. Me senté en el maravilloso sillón *vintage* Lotus de Rob Parry acariciando mi cuerpo con las manos, mientras fingíais que yo no existía y, literalmente, os lo montabais delante de mí. / Observaba cual voyeur a Rafa llevándote en brazos hasta la pared más cercana, dejando reposar tu espalda contra esta mientras te comía el cuello. Dejaste caer los pies al suelo para comenzar a desnudarle. Te arrodillaste tras quitarle la camiseta y sosteniendo una mirada felina de la que Rafa no era capaz de despegarse, comenzaste a desabrocharle el pantalón con lentitud, acariciando al mismo tiempo la erección que escondía la tela vaquera. Rafa gruñía y tú sonreías satisfecha. Yo, por el contrario, me encontraba en una excitación confusa echada sobre el cuero de aquel sillón de diseño gimiendo cada vez más alto (tratando de llamar sin éxito vuestra atención) con una mano entre mis piernas y la otra aferrada a un pecho. / Una especie de frustración comenzó a crecer bajo mi garganta, pero quedó repentinamente sepultada por la visión de Eva chupándote la polla con *Filmstar* retumbando en los altavoces. Ni en mis sueños más húmedos imaginé que aquello pudiera ocurrir. Y fue, de hecho, la mamada más sublime que haya visto en mi vida; no descarto no ser objetiva en esta opinión, teniendo en cuenta que se trataba de TU POLLA y de LOS LABIOS DE EVA (elementos a los que era completamente adicta), pero resultó jodidamente fascinante contemplar la dedicación de Eva, que acogía tu glándula entre sus maravillosos labios y rodeaba la base con los dedos. Tú, tratabas de mantenerte firme con una mano sobre la pared y la otra aferrada a la melena rubia de aquella diosa. MI DIOSA. Bajó para lamer tus pelotas, extrayendo de ti uno de los gruñidos más eróticos que yo te haya escuchado emitir nunca antes, mientras dejabas caer la cabeza hacia atrás provocando que tu cuello se ensanchara y tu nuez se marcara tanto como lo hacían el resto de tus músculos en ese instante. Tu presencia era muy masculina; la de Eva extremadamente femenina. Despertó en mí un hambre voraz por vosotros, la boca se me hacía agua y una cálida humedad resbalaba entre mis dedos. Fue entonces cuando te doblegaste frente a ella, tras besarla con desenfreno y adorar sus pechos con tu boca colocaste su pierna derecha sobre tu hombro para mejorar el acceso y perderte entre los pliegues de su coño. Yo me perdía entre los míos. / Con las manos en sus hombros parecías sostenerte a duras penas, porque Rafa siempre ha sido un mago en eso de comer un coño, al menos el mío, y como confirmé aquella noche, también el tuyo. No existe nada mejor que eso. Bueno sí, contemplarle a él tan comprometido en darte ese placer está probablemente en el *top ten* de mis momentos favoritos en la vida. Gemiste su nombre, suplicándole con una mano sobre su cabeza el punto exacto en el que debía centrarse (yo conocía aquel rincón de memoria) y... poco después, yo me corrí gritando tu nombre; tú, fuiste detrás, haciéndolo entre sus labios perdiendo el equilibrio. / Pero tú no la dejaste caer, le diste un sostén que le permitiera acoger cada oleada de placer con calma, disfrutarla, manteniéndola sujeta entre tus manos mientras te ponías en pie dejando un rastro de besos desde su cuello hasta la

boca. Os sonreísteis. Yo también lo hice. Alargaste un brazo hasta un estante de la librería para coger un preservativo que abriste y te pusiste muy pendiente de Eva, que te acariciaba la cabeza mientras lo hacías. El beso que depositaste en su brazo con suavidad sosteniéndole la mirada fue un detalle que no me pasó desapercibido, la energía que fluía entre vosotros era imposible de ignorar. Fue Eva la que subió una pierna en tu cadera invitándote a dar el siguiente paso. Yo contemplaba la escena expectante, no me permitía pestañear siquiera. / Te penetró despacio, mirándote a los ojos, pidiéndote permiso. Se me aceleró el corazón. Rafa llevó la palma de la mano bajo tu otro muslo invitándote a rodear sus caderas. Una vez completamente dentro de ti se detuvo. *¿Estás bien?*, te preguntó, tú asentiste, *respira...* Creo que ambas habíamos dejado de hacerlo. Sentí formar parte de algo muy íntimo que estaba naciendo allí. *¿Rafa dentro de ti?* Tú misma me habías dicho que habías estado con hombres, pero que no te gustaban, hacía seis años que no te acostabas con uno (estoy obviando nuestro anterior encuentro con él, ya que solo intercambiasteis un par de besos); sin embargo... no era eso lo que yo estaba viendo ahí. *¿Quieres que siga?*, te preguntó, tú susurraste algo inteligible para mí, acto seguido le diste un beso en la boca al que os aferrasteis mientras entraba y salía de ti despacio. Se lo estaba tomando con calma. Y, aun así, aquello estaba ocurriendo demasiado rápido. Al menos para mí. Tú y él. / Ella y tú. / Eva y Rafa. Aún me encontraba asimilándolo cuando ese sosiego comenzó a tornarse en algo salvaje y desenfrenado. Me pareció una coreografía tan perfecta que comencé a creer que estaba ensayada, una idea que me desagradó tanto como me gustó. Era todo demasiado confuso y excitante. Entonces sucedió algo casi mágico para ser real: los tres nos corrimos al mismo tiempo. Y entre jadeos, gritos y gruñidos de éxtasis al fin me mirasteis. Nos miramos. Los tres. Como si fuéramos uno. / No recuerdo muy bien cómo, pero terminamos tirados en el suelo entre risas compartiendo impresiones sobre lo que acababa de ocurrir. *Europe Is Our Playground* estaba reproduciéndose a un volumen ahora más suave. *¿Lo teníais planeado?*, os pregunté antes de besar el hombro de Eva, mientras paseaba la yema de los dedos sobre tu pecho. *Teníamos planeado ignorarte*, respondió ella devolviéndome el beso, uno pausado sobre la frente. *¿Y por qué?*, quise saber. *¿Y por qué no?*, inquirió Eva elevando los hombros, como restándole importancia, a lo que tú añadiste: *queríamos jugar, ¿no se trata de eso?* / *¿Eso era para vosotros?* *¿Un juego?* Para mí, desde luego, no lo era. Nunca lo fue.

* * *

La primera vez fue idea tuya, Eva. / La segunda, tuya, Rafa. / La tercera, fue claramente mía. Repetimos el viernes de esa misma semana, tan solo dos días después de aquel segundo juego. En el mismo lugar (y en principio) con las mismas reglas. Una nueva partida de la que esta vez sí, pensaba formar parte activa y con una intención clara, además: demostraros que no se trataba de ningún juego. Aquel día nos saltamos todas las reglas, fue todo improvisado. Y nadie negaba que no estuviéramos allí para divertirnos, pero esa tarde, sin darnos apenas cuenta, nos permitimos ser nosotros, sin etiquetas. Nos fuimos desnudando en el centro de una habitación que cuanto más tiempo pasábamos en ella, más parecía estar hecha para nosotros que, sosteniéndonos la mirada, repartíamos caricias con las yemas de los dedos; también con la fina piel de los labios. A partes iguales. Como hacen los buenos amantes. / Sin nada que cubriera nuestra piel enlacé nuestras manos y, caminando de espalda os arrastré hacia la cama. Arrodillados sobre el colchón, Eva chupaba mi pecho mientras que tú, Rafa, pintabas la piel de mi espalda con tu lengua. Y yo me deshacía entre vosotros pensando si era posible que llegaras a percibir en tus papilas el amor que le profesaba a esa diosa; y, de la misma manera, si era posible que Eva degustara el sabor picante y adictivo que sentía por ti al succionar mi pezón entre sus labios. Me preguntaba si entre los tres podríamos conquistar ese lugar entre el juego y el amor. Ese que de tan evidente, nos había llevado a aquella situación. *¿Podíais sentir el amor que le profesaba al otro?* Se percibía una calma tangible entre aquellas níveas sábanas de algodón que se traducían en respiraciones profundas, caricias lánguidas y susurros cada vez más íntimos. Iba a hacer falta valor para enfrentar lo que estaba comenzando a aflorar allí, y no creo que fuera la única en darse cuenta de ello. De eso estaba más que segura. Eva decía no sentirse atraída por hombres; tú, jamás te abrías a nada que pudiera rozar tu corazón, pero allí estaba desprendiéndose una etiqueta y ablandándose una coraza, por mucho que tratarais de disfrazarlo de juego. Bueno, sí que estábamos jugando, con fuego, para ser más exactos. / Rafa se mecía con su polla dentro de mí, a mi espalda, rodeándome con un brazo, mientras alargaba el otro para alcanzarte a ti, que lamías su mano y te aferrabas a ella según la presión que ejerciera con mis dedos escondidos en tu coño. No había prisa y nos lo estábamos tomando con calma. No sé si fue debido al movimiento de Rafa que me empujaba con suavidad hacia ti o que tú poco a poco fuiste acercándote más, pero terminé

completamente sumergida entre vuestros cuerpos. Maravillosamente atrapada. Figurada y literalmente. Llevé la rodilla hacia mi costado, Rafa me ayudó con una mano bajo mi muslo, en una invitación para que comenzaras a frotarte conmigo mientras me comías la boca. La humedad de tu coño contra el mío me arrastró a un abismo al que me dejé caer, pero sostenida por vosotros. Te corriste tú, me corrí yo y, poco después lo hizo Rafa agarrado a nuestros cuerpos, conectando con las dos al mismo tiempo. Ese día, por primera vez, nadie se levantó de aquella cama por largo rato, permanecimos piel con piel con piel, recuperándonos, asimilando la magnitud de lo que no era tan tangible, pero que invadía notoriamente la habitación. / Compartimos un cigarrillo que para mi sorpresa encendiste con cierta ausencia, pero en presencia de otras personas, de tus dos recientes amantes (¿era correcto llamarnos así?). Todo un hito para ti, Rafa, el fumador solitario. Con la espalda apoyada en el cabecero y *Purple Rain* sonando en el salón os contemplaba incapaz de ocultar el profundo amor que sentía por vosotros. Tumbado boca arriba con un brazo detrás de la cabeza mantenías el otro libre esperando el turno de calada; en tiempo de espera te perdías entre los mechones dorados de Eva. Ella descansaba sobre tu pecho y, bajo el mío, mi corazón recibía una calidez nueva y bonita ante esa idílica instantánea. Gateé por el colchón para acomodarme en el hueco libre que me ofrecía tu pecho. Eva y yo nos besamos sobre ti para, seguidamente, buscar tus labios en nuestro primer (postcoital) beso a tres. Uno paciente y honesto. Húmedo, cálido, tierno. Ninguno fue consciente de lo íntimo que fue aquello hasta que nos separamos y nos sostuvimos la mirada varios segundos, pasando de unos ojos a otros. Sentí el vértigo. No fui la única. Pude ver el terror deslizarse en el cristalino azul de tus ojos, Rafa. Abandonaste la cama de un salto y te encerraste en el baño sin decir nada. Eva fingió no haberse dado cuenta de que... ¿acaso no nos estábamos amando? Desde luego, aquello planteaba ciertas incógnitas. Hubo intimidad, una con la que claramente tú no te sentías cómodo. No me sorprendió, tus barreras siempre estuvieron ahí, las bajaste conmigo en contadas ocasiones; y resultó ser aquella una de esas pocas, con la salvedad de que habías añadido a alguien más a la ecuación. Eva se mostraba indiferente, como si no fuera con ella, pero lo iba, porque era por ella que tú te comportabas de esa manera. Conmigo esa etapa estaba ya más que superada desde hacía tiempo. *La próxima vez podríamos hacerlo en tu casa, Eva, o en un hotel; yo lo pago, no tengo problema* dijiste cubierto por unos calzoncillos y una (forzada) actitud displicente que te tuviste que poner a escondidas en el baño. *Como queráis* respondió Eva encogiéndose de hombros. Yo me encontraba divagando, por lo que no obtuviste ninguna respuesta concreta de mi parte; tampoco es que la esperaras. Me encontraba sumida en mis pensamientos observándote mientras te ponías una camiseta y, abrazada al cuerpo desnudo de mi Afrodita, vinieron a mi mente palabras de Isabel Allende (mi escritora favorita) sobre esa diosa: «Trata sobre la lujuria y la gula, los únicos dos pecados que vale la pena cometer». Y yo no podía más que darle la razón al tiempo que admiraba también a mi propio Eros. Mi gula se expandía, convirtiendo mi apetito por vosotros en algo casi insaciable, voraz. Supe que terminaría ardiendo en el infierno por ello, no podía evitar pensarlo. Sentía que se me acumulaban los pecados y, aunque me mostrara inalterable todo aquello me afectaba, porque mi corazón, ese que latía por vosotros, también había sido duramente castigado por una rígida disciplina cristiana. Me sentía jodidamente hambrienta. Pero también, jodidamente culpable.

AVARICIA

Seth y Naia



«Del lat. *avaritia*.

La avaricia es un pecado de exceso al igual que la lujuria y la gula, pero por el deseo de poseer bienes materiales y riquezas».

El amor excesivo por la riqueza es otro de los pecados capitales que más almas condena. Y es un vicio capital porque ese afán por el dinero, o por cualquier cosa que se desea desmedidamente, lleva al hombre a tratar de conseguirlo mediante cualquier medio y acto.

Está claro que una no sabe la de cosas que acumula hasta que le toca hacer una mudanza. Como esa camiseta desgastada de aquella banda de rock indie de la que te enamoraste cuando vivías en Londres, o el CD sin caja de PJ Harvey que sustrajiste en una fiesta en Berlín. Lo que apilamos, en realidad, son los recuerdos que sostienen esos objetos y que te asaltan como un ladrón esperando a la vuelta de la esquina, despertando una mezcla de sentimientos de los que te ves huyendo para no terminar atrapada por esa dulce, aunque amarga melancolía. Especialmente si lo que quieres es acabar lo antes posible con esa tarea para dar comienzo la nueva etapa de tu vida que supone un cambio de hogar. No he tenido que hacer muchas mudanzas, por fortuna, ya que soy muy apegada a los recuerdos y me resulta muy difícil desprenderme de ellos, de ahí que termine arrinconándolos en el interior de un libro, dentro de una caja de galletas o en el fondo del armario. Y es en ese lugar en concreto donde encuentro la Muñeca Repollo que me regalaron mis tíos en mi trece cumpleaños y con la que nunca llegué a jugar (aún permanece intacta en su caja), pero por alguna razón que no soy capaz de explicar, he arrastrado conmigo desde que me marché de casa de mis padres. Lo más curioso es que no guardo ningún recuerdo de esta muñeca de cabeza regordeta, abundante pelo rizado rubio, cuerpo blandito ataviado con un vestido violeta de flores y en la que aún permanece ese olor dulzón y tan característico que provoca que se me encoja el estómago; aunque no lo suficiente como para deshacerme de ella, por lo visto.

Con cuidado y tratando de no reparar demasiado en ella la meto en una de las cajas consciente del inquietante vínculo que existe entre ese (ajeno) objeto y yo.

—Tengo que contarte un par de cosas —le confieso a Aurora que se dispone a guardar *Collected Interiors* de Philip Mitchell, uno de mis libros favoritos de decoración en la quinta y (espero) última caja.

—Miedo me das —me dice, sacando otro de los pesados libros de la pequeña estantería de IKEA.

—No solo te he traído para que me ayudes con la mudanza.

—También me has traído porque tengo coche.

—Además de todo eso, quería pasar un rato contigo, que lo sepas —aseguro.

—¡Qué novedad! Porque desde que te has echado novia apenas se te ve el pelo, guapa.

Es cierto que en estos últimos tres meses apenas nos hemos visto en un par de ocasiones, para tomar un café en una y para presentarle oficialmente a Eva en otra, y lo único que sabe de lo que ha ocurrido en mi vida es que estoy saliendo con esa preciosidad y que me tengo que largar de esta casa de manera inminente.

—Perdona, pero no soy yo la que está de conferencias por el mundo.

—Y de vacaciones —apunta—, que ya las necesitaba.

—Lo sé. Por cierto, ¡qué morena estás, cabrona! —confieso con mi antebrazo pegado al suyo que luce un dorado precioso; a mí apenas me quedan restos del bronceado *cadaqueño*.

—Diez días en la Riviera Maya, querida —presume orgullosa.

—¿En serio que no te has ido con nadie? ¿Ni con el médico ese buenorro?

—Sola y bien a gusto —niega con la cabeza envolviendo en papel de burbujas una figurita de la Torre Eiffel que ni siquiera recordaba que tenía—. Deberías probarlo alguna vez.

—¿Recuerdas en qué trabajo?, ¿verdad?

—No es a lo de viajar a lo que me refiero.

—Ya, ya, si he pillado a lo que te refieres, no te preocupes. —No es la primera vez que deja caer eso de que me vendría bien estar una temporada sola, sin amantes ni aventuras.

Pues espera que se entere ahora de las novedades...

—Bueno, no nos desviemos del tema, ¿qué me tienes que contar?

—¿Te parece si hacemos un descanso? Te invitaría a un café, pero he vendido la cafetera.

—¿Hay algo que no hayas vendido?

—Pues mira, el reproductor de DVD, que lo compré yo y se lo voy a dejar a la parejita de regalo de bodas —repongo sarcástica.

—Estamos en 2022, todo se ve ya en *streaming*, nadie usa el DVD, Blanca, y menos aún sin tele.

Porque efectivamente también la he vendido. He vendido la tele, la Thermomix, los sillones, la mesa... Miriam no ha hecho méritos para que le deje nada, que se quede con el huevo si tanto lo quiere, pero cuando me vaya no le va a quedar más que una cáscara vacía que dudo mucho que Manu vaya a llenar de comprensión y cariño.

—Les estoy dando la oportunidad de construir su nidito de amor desde cero —arguyo mientras quito de la cama la caja que acabamos de completar soltándola en el suelo junto a la puerta.

—Les has dejado la casa pelada, pero... se lo merecen, la verdad.

—Gracias —respondo satisfecha por esa muestra de apoyo acomodándome sobre el colchón desnudo, haciendo que Aurora haga lo mismo frente a mí.

—Cuéntame.

—El caso es que... —A ver por dónde empiezo a narrarle el culebrón—. ¿Recuerdas el día que comimos en el Jimmy Food y te conté la propuesta que me hizo Rafa para irme con él a Dubái? —Ya sé que lo recuerda perfectamente, es solo una manera de hablar.

—¡Cómo olvidarlo! —exclama tras una sonrisa sardónica que decido pasar por alto.

Ya sabemos que Rafa no es santo de su devoción, y después de lo que voy a confesarle no creo que vaya a santificarlo.

—Bueno, luego estuve dando una vuelta por el centro y me encontré con algo que no esperaba.

—¿El qué?

—A mi hermano y a Rafa... comiéndose la boca en pleno Serrano.

—¿Perdona? ¿Cómo has dicho? ¡¿Agustín?!

—Que yo sepa es el único hermano que tengo.

Le doy unos segundos para asimilar la información.

—¿Rafa y Agustín?

—Mi hermano y Rafa, sí, señora.

—Lo de Rafa ya ni me sorprende, qué quieres que te diga. ¡Ese tío tiene más caras que un cubo de Rubik! —No puedo evitar reírme ante su ocurrencia, pero la oculto fingiendo una

repentina tos—. ¿Y Agustín? ¡¿Qué hace liándose con Rafa?! ¡Pero si son como hermanos! ¿Y Lola? Menos mal que lo has echado ya de tu vida, en serio. —Mi cara de culpabilidad no expresa eso exactamente—. ¿Blanca? ¿Dime que ya no está en tu vida?

«Está más dentro de mí que nunca», pienso, pero no lo digo. Solo acabo de empezar a confesarle todo y tengo bastante claro que no le va a molar un pelo, pero no quiero seguir ocultándole a mi mejor amiga lo que está ocurriendo en mi vida.

—No adelantemos acontecimientos..., déjame explicarte. Pero quiero que me escuches, como amiga, por favor.

—Venga, cuenta —me pide, haciendo claramente un esfuerzo por apartar a un lado esa parte juez y moralista; no sin antes soltar un sonoro resoplido.

—Si tú te has sorprendido, imagínate mi cara cuando vi aquella escena.

—¿Ellos te vieron?

—Solo Rafa, mientras me subía a un taxi para largarme. Un par de días después fue el cumpleaños de Rut y... bueno, tenía que hablar con mi hermano.

—¡Tú siempre tan oportuna! —Ese comentario recibe una reprobatoria mirada de mi parte—. Perdón, continúa.

—De verdad que pensé en dejar el tema para otro momento, pero no pude, necesitaba hablarlo con él.

—¿Y qué te dijo?

—Que llevaban liándose unos cuatro años; es decir, poco después de que yo les presentara. También se enteró en ese momento que yo llevaba liada con él casi el mismo espacio de tiempo. —Aurora asiente en silencio con lo que yo llamo «cara de terapia», esa que imagino debe poner delante de un paciente, un rostro indescifrable para cualquiera, pero no para mí, su mejor amiga. Soy capaz de hacerme una idea de qué es lo que está pasando por esa mente analítica y moralista suya—. También me dijo que el día que les pillé, Rafa estaba rompiendo con él o con lo que fuera que tuviesen; según me contó el mismo Rafa más adelante, lo hizo porque efectivamente quería comenzar de cero conmigo en Dubái.

Aurora carraspea incapaz de ocultar su incredulidad. La miro con dureza.

—Continúa —me pide.

—Me pasé dos meses sin dirigirle la palabra a Rafa. Agus y yo también permanecemos distantes durante ese tiempo, hasta antes de ayer, que fui a su casa con intención de tener una conversación de verdad con él, pero insiste en renegar de todo su pasado, ya que, palabras textuales: «Las relaciones que ha tenido con hombres no son más que un error». —En mi tono de voz se intuye que en esta ocasión le estoy pidiendo consejo como profesional—. Está viviendo una puta mentira, Auri.

—Lo mejor que puedes hacer es escucharle sin juzgar y no avasallarle, porque conociéndote... sutil dudo que hayas sido.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Pero no cualquier sartén —arguye, guiñándome un ojo.

—Supongo que tienes razón; pero me da mucha pena que no pueda ser él mismo —confieso con un nudo en la garganta.

—Es su proceso, Blanca. Lo único que puedes hacer por él es mostrarle que estás ahí para lo que necesite, sin presión —me alienta, cogiéndome de la mano, ejerciendo un pequeño apretón.

—Toda esa mierda le tiene completamente anulado. —Aurora no solo sabe a qué me refiero, también detecta lo condescendiente que estoy siendo con el cristianismo en general y el

evangélico en concreto—. Es un asco.

—Lo sé —reconoce, encogiéndose de hombros, porque es lo que hay, ¿no?—. Bueno, no me lías y cuéntame qué pasó con Rafa después de esos dos meses —añade distendida, sacándose una sonrisa, rebajando así esta repentina intensidad.

—Ya sabes que conocí a Eva la misma tarde del cumpleaños de Rut y que, desde entonces, se puede decir que no nos hemos separado —le cuento toda la historia del karaoke, la conversación que tuve con Rafa en la que Eva estaba presente y de cómo me pasé diez días hecha un completo lío hasta que...—. Eva me gusta mucho.

—¿Pero?

—No hay pero; hay un... además. Digamos que a Eva se le ocurrió una solución.

—¿Qué solución? —pregunta con escepticismo.

—Supongo que pensó algo como... «Si no puedes con tu enemigo...».

Parece confusa, aunque tarda poco en atar cabos.

—¿Estáis los tres...? —No es capaz de terminar esa frase.

Cierro los ojos con culpabilidad y asiento con la cabeza.

—Algo así.

Un tenso silencio se asienta entre nosotras.

—¡Lo tuyo es de traca, en serio! —exclama, poniéndose en pie. Mucho ha aguantado—. ¡No tienes para la oficina central y vas abriendo sucursales! Deberías replantearte estar sola una temporada, de verdad, Blanca.

—No entiendo por qué, si estoy muy bien en este momento. ¡Mejor que nunca de hecho!

—Ya, por supuesto.

Plantada en medio del minúsculo espacio que ofrece esta habitación inundada de cajas, se lleva las manos a la cadera y me mira con desaprobación. Malo es cuando tu mejor amiga te recuerda a tu madre.

—¡Oye, que no te estoy pidiendo consejo! Solo te lo estoy contando, porque eres mi amiga y quiero ser sincera contigo, pero no me interesa tu opinión, la verdad.

Suelta todo el aire, desinflándose como un globo, antes de volver a pronunciarse.

—Lo siento, tienes razón —reconoce, sentándose de nuevo a mi lado—. ¿Se me permite preguntar?

—Claro.

—Intuyo que Rafa está encantado con la idea, ¿no es así? —adivina.

—Todos lo estamos.

—¿Incluida Eva?

—Fue idea suya —digo, encogiéndome de hombros.

—Y entonces qué es exactamente, ¿algún tipo de relación abierta, poliamor o de qué va la cosa?

—¡Qué pesado todo el mundo con las etiquetas! No sé, estamos descubriéndolo.

—¿Eres consciente de que alguien va a necesitar ESA etiqueta? Me arriesgo a decir que probablemente sea Eva; a Rafa intuyo que le importa más bien poco.

—Repito: fue idea de Eva.

—Sí, porque sabe que es la única manera de no perderte.

«Y porque le cuesta confiar en mí», pienso, pero no lo digo.

—La realidad es que ninguno de nosotros tiene objeciones en este aspecto, Rafa siempre ha hecho lo que le ha dado la gana sin reparos y Eva, bueno, creo que solo tiene una amiga con una relación monógama tal y como la entendemos. Para ella no es que sea una novedad un vínculo de

este tipo. Quizá estemos descubriendo algo nuevo entre los tres: hay tantas formas de amar como personas en el mundo, Auri, actualízate —apunto con cierta petulancia.

—Y tú las quieres todas.

—Yo quiero la que les incluya a ellos.

—Sin importar las consecuencias —afirma.

—Lo que me preocupa es que no sean capaces de ser honestos con lo que sienten. —Por la cara de mi amiga intuyo que necesita una explicación—. Puede que esto comenzara por puro egoísmo desde cada una de las partes; pero la realidad es que no soy yo la única que siente algo por los dos.

—De verdad deseo que todo salga bien, pero si de algo sé, es de la complejidad de la mente humana, lo difícil que es que dos personas encajen, no te digo ya si sumamos una tercera a la ecuación. Tres es una apuesta muy alta, Blanca.

—No cuando tienes la mejor mano. Y yo, la tengo —afirmo con rotundidad y sí, también con cierta arrogancia, porque de lo que yo he sido testigo no deja lugar a muchas dudas. Por no decir a ninguna—. Además, aquí no se trata de la mente, sino del corazón.

Aurora decide no añadir nada más, pero no por ganas, eso seguro. Ni me sorprende ni la culpo, carga un pasado muy jodido por el que se le permite tener razones para sentir esa desconfianza en el ser humano y por añadidura, en el amor romántico. Y hablamos de una de las mejores terapeutas del país, pero en casa del herrero... Bajo esa coraza de frialdad se esconde una mujer única, cariñosa y sumamente generosa, pero prefiere mantenerse en ese estado de coma del que no sé si despertará algún día, pero al igual que ocurre con Agus y tal y como ella misma me ha hecho ver, es su decisión, su proceso, su viaje. Yo la acompaño de la mano, como sé que ella hace conmigo. A su manera, pero lo hace.



Aún tengo grabada a fuego esa escena en mi cabeza, la de una de las últimas fiestas que hicimos en esta casa. ¡Quién pudiera borrar aquello de la mente! Serían las tres o cuatro de la mañana cuando comenzó a sonar la que la parejita siempre ha considerado su canción: *It Doesn't Have to Be This Way* (No tiene que ser así) de The Blow Monkeys, un título muy adecuado, no esperaba menos de ellos. Nunca supe quién narices puso aquel tema, pero esa persona merece arder en el infierno por la dantesca imagen de Manu y Miriam «bailando» que tuve que tragarme. Tirada en el sofá, bastante perjudicada, apurando lo que fuera que estuviera bebiendo, fui testigo de cómo aquellos dos comenzaron a... cómo decirlo... ¿retozarse el uno con el otro? Como si allí no hubiera nadie. Pero lo había. Aurora y yo compartimos ese especial momento. Uno demasiado sexual y no en plan bien: nos comimos una panorámica del coño de Miriam que nunca pedimos. Sus movimientos pocos sutiles hicieron que su vestido *pinup* de flores se enrollara en su cintura mientras se meneaba espasmódicamente en algo que deduzco que en su trance de ebriedad percibiría como sexy, aunque se acercara más al baile de apareamiento de algún animal no homínido.

—¿Te acuerdas? —le digo a Aurora, mostrándole el CD que sostengo en la mano y en el que puede leerse escrito a rotulador *It doesn't have to be this way* y en el que solo está esa

canción grabada, en bucle.

Un regalo de Manu a Miriam, el único en seis años, aparte de una clamidia en el 2018.

—Por desgracia.

Echando un último vistazo antes de dejar el piso se me ha ocurrido revisar el reproductor de DVD y en él me he encontrado esta joya.

—Auri, pásame los Post-Its que hay sobre la encimera, *please*.

Cuanto más se ha ido acercando el momento de abandonar definitivamente esta casa, de pisarla por última vez y de dejar atrás todo lo vivido en ella, la pelota de mi garganta ha ido ganando más presencia. No solo supone cerrar la puerta a este hogar y a los últimos cinco años de mi vida, hablamos de romper la amistad con una persona con la que he compartido el último lustro.

Escribo en el papel rosa con un permanente negro lo primero que me viene a la cabeza, un reproche inspirado en el título de esa canción: «Podría haber sido de otra manera». Pienso que quizá sea la historia de vida de Miriam, todo lo que podría haber sido de otra manera, pero no es: ella no quiere que lo sea. Porque Miriam, como todos, vive en un escenario, atrapada en un personaje que ha terminado por consumirla, uno que probablemente yo no llegue a entender en la vida, igual que ella tampoco podrá comprender el mío. ¿Acaso no vivimos todos en una obra de teatro? ¿Interpretando un papel?

En mi primer curro con dieciocho años coincidí con Rubén (que también se daba a conocer como Víctor), un camarero aspirante a actor al que le encantaba filosofar y a mí, escucharle divagar. Me sacaba cinco años y todo lo que salía de su boca me resultaba sumamente interesante; aunque cualquier cosa que saliera de mi estricta cotidianidad religiosa ya me parecía una fiesta sin adultos hasta arriba de psicotrópicos. Y es que Rubén me hablaba de arte, reflexionaba sobre la vida, hacía preguntas para las que ni siquiera él tenía respuesta. Y fue ese pensamiento en voz alta mientras ordenábamos el almacén una tarde cualquiera, lo que caló hondo en mí. Comentaba lo fácil que le resultaba meterse en un papel para actuar, era algo que en realidad hacía cada día, que hacíamos todos, aseguraba: «Actuamos a diario. Tú lo haces. Te contains, finges, te adaptas, mientes, engañas. Cada uno de nosotros hemos construido al menos un personaje, el que nos conviene en cada momento. El problema es que nos lo hemos creído. ¿Quién eres tú si te quitas la máscara, Blanca?». Me asustó tanto la idea de asomarme a esa respuesta, que salí del almacén con una extraña sensación atada al pecho. Un par de días después, aún con la presión bajo las costillas, comprendí a qué se debía, ya que aún vibraba ante el reciente recuerdo; dos meses antes me animé a quitarme la mencionada máscara durante mi encuentro con Tania, la Chica Luna. Rubén dejó el trabajo unas semanas después, porque consiguió un papel en una obra diferente, de las que hay público que paga por verte interpretar.

Meditando sobre esto, caigo en la cuenta de que Miriam ha cargado siempre con el papel de salvadora del mundo, y en eso, ella y yo no somos tan diferentes; no obstante, si hay algo que seguro define a una persona, es la manera en que se marcha de tu vida. Rubén me regaló un libro antes de hacerlo *La mecánica del corazón*, en el que me escribió una nota en la que hablaba de mi corazón (lugar en el que él permanecerá para siempre): «Me gusta recordar a las personas con el corazón abierto como tú. Ahí, donde no está la máscara». Miriam, por el contrario, no ha sido capaz siquiera de hablar conmigo en persona desde que me invitó a abandonar el piso. Ahora, comparando a Rubén con Miriam, me doy cuenta de lo importante que es aprender a despedirse. Dicen que las comparaciones son odiosas, pero más odioso es emborronar la huella que dejan cinco años de amistad por no estar a la altura de la despedida que una relación como esta se merece. A mí, por el contrario, me encantaría dejar en otros la huella que Rubén o Víctor o el

papel que eligiera en aquella época dejó en mí.

Arrugo el papel y escribo una nueva nota, en esta ocasión, con el corazón abierto: «Te deseo todo lo mejor. Gracias. Por todo». La pego sobre la encimera junto con las llaves del piso y la ferviente sensación de estar cerrando una importante etapa de mi vida.

—¿Nos vamos?



—¿Te has replanteado la idea de dedicarte a ello en exclusividad? —me pregunta, girando el volante a la derecha para entrar en la calle Pez.

Ya estamos llegando.

—Te pareces a Laura, en serio. Te ha dicho ella algo, ¿a que sí?

—Sé que siempre te ha gustado trabajar de azafata, ¿pero realmente te hace feliz? —insiste tras ignorar mi pregunta.

—Supongo.

—Las dos sabemos por qué elegiste ese trabajo, quizá ahora sea el momento de dedicarte a lo que realmente te gusta.

Me hice azafata porque me ahogaba en esta ciudad, quería conocer mundo y conocerme a mí. Fue un medio para escapar de una vida que ni siquiera sentía propia.

—La decoración es solo un *hobby*. —Me encojo de hombros al tiempo que me llevo a la boca un caramelo deformado, deduzco que a causa del calor y el tiempo que debe llevar en la guantera.

—Solo porque tú quieres —asegura tras aminorar la marcha con intención de detener el coche junto al edificio de Eva, aunque no sea ahí a donde nos dirigimos.

—Es un poco más adelante —le informo.

—¿No era este edificio?

Se inclina bajo la luna tratando de verificar que, en efecto, está en lo correcto.

—Me voy a quedar con Rafa una temporada hasta que encuentre otra cosa. Te dije que me trajeras a casa de Eva porque conocías el sitio, pero no porque me fuera a quedar con ella. Rafa vive en ese edificio —le digo con el dedo apuntando al otro lado de la calle.

No la he engañado en ningún momento. Aurora sabe que Rafa vive en Malasaña; aunque no el lugar exacto, jamás le ha interesado lo más mínimo. Sin embargo, había estado aquí el día que le presenté a Eva oficialmente, ya que ellas se conocían de haber coincidido en la Asociación. El plan fue unos vermús en Majadahonda, a las afueras de la capital, aprovechando que Aurora tenía que gestionar un tema de trabajo por la zona, de ahí que viniera a recogernos en coche a casa de Eva.

—Pues dile que baje a ayudarte, porque no puedo estar parada aquí mucho tiempo —me dice con sequedad subiéndose a la acera.

—Ya está bajando, le he avisado hace un par de minutos. —Aprovecho a despedirme de mi amiga quitándome el cinturón, preparada para salir y descargar todo en cuanto llegue el piloto—. Muchas gracias, Auri. Por ayudarme y por escucharme. Te echaba de menos —confieso tras darle un beso en la mejilla—. Te debo una cena.

—Para eso están las amigas. Y... oye, lo siento, sé que a veces soy un poco dura contigo. —Hace una pausa antes de continuar, parece que buscando las palabras adecuadas—. Nadie más que tú sabe lo que existe entre vosotros y si es lo que quieres... ve a por ello, Blanca. No permitas que una cuadrículada como yo te diga cómo son las cosas o cómo deberías sentir las.

Sus palabras me hacen sonreír.

—No lo he permitido en treinta años, no va a ser ahora diferente —prometo.

Ella asiente satisfecha.

—Te admiro mucho, amiga.

—La admiración es mutua, te lo aseguro. —Porque Aurora puede aparentar ser un témpano, pero antes de opinar alegremente (como alguna vez ha hecho Rafa) es necesario conocer su historia personal. Juzgar a alguien sin ponerte en su piel es, en realidad, señalar lo que hay mal dentro de ti. Ella vive apartada del mundo, pero porque este se la tragó y la escupió dejándola herida y sola. Desde entonces, hace lo que puede con las herramientas que dispone. Aurora es la puta MacGyver de las emociones y nadie va a convencerme de lo contrario—. ¡Qué susto, joder! —Me sobresalto a causa del golpecito que da Rafa en el cristal de la ventanilla con el nudillo.

Me bajo del coche para descargarlo lo más rápido posible, ya que está bloqueando un vado. Aurora y él se saludan de lejos agitando una mano en el aire uno, y con un leve movimiento de cabeza la otra, sin mucho entusiasmo, pero oye, hacen el esfuerzo. En realidad, lo hace Aurora, el piloto no tiene ningún problema con mi amiga.

—Pensé que traerías más cosas —dice Rafa, sacando la última caja del maletero.

—Ya ves, toda mi vida entra en dos maletas y cuatro cajas, y una de ellas está medio vacía.

Aurora se marcha y yo me instalo en casa de Rafa, mi amante, que no pareja, quien me propuso que me mudara con él al verme tan apurada a cinco días de tener que dejar el piso sin haber encontrado nada. Mi respuesta inmediata fue un rotundo «ni de coña», hasta que tres días más tarde, viendo que se me echaba el tiempo encima y que seguía sin nueva casa, comencé a sopesarlo hasta que, de repente, ya no me pareció tan mala idea. Porque ahora que ya me he reincorporado al trabajo apenas nos vamos a ver; aunque coincidiremos en algunos vuelos no lo haremos en la mayoría, lo que quiere decir que voy a pasarme mucho tiempo a solas en este piso. Además de que la ubicación es un punto a favor, no solo porque se encuentre en pleno centro, también por el hecho de tener a Eva tan cerca. Reconozco que hubo un momento en que se me hizo raro que Rafa me ofreciera instalarme en su «pisito de soltero» tan alegremente, ya que esta situación quizá pudiera joderle algunos encuentros, pero luego pensé que si a él no le preocupaba, aún menos a mí. Así que acepté, pero como bien le remarqué, sería de forma temporal hasta que encontrara otra cosa y, por supuesto, nada de dormir juntos. Solo compañeros de piso, de trabajo y amantes ocasionales, siempre que incluyamos a Eva. Al menos, hasta que logre hacerle ver a ambos que esta relación a tres es mucho más que un recreo en el que cumplir fantasías y aliviar necesidades.

Dos horas más tarde, con las cajas arrinconadas en una esquina junto a la ventana, las maletas deshechas, duchada, vestida y levemente maquillada, me dirijo a la cocina en busca de algo que contenga un mínimo de graduación; convenciéndome de que lo hago para celebrar algún tipo de nuevo comienzo, cuando en realidad se acerca más a una imperiosa necesidad por adormecer el caos en el que se encuentra mi vida. Mi estancia en esta casa es temporal, un mero trámite. Tengo más de una conversación pendiente con más de una persona. Y la vuelta al trabajo ha sido rara: el encuentro con un desconocido. Con alguien al que antes le dedicabas palabras bonitas, le brindabas atención plena, sin distracciones; con el que eras detallista; al que acogías

entre tus brazos y hacías lo que fuera necesario para complacerlo. Cubriendo, como dice Gary Chapman, esos cinco lenguajes del amor. Esperaba un reencuentro inolvidable con ese amante después de meses separados, y lo único que encontré fue que aquello que nos había unido en el pasado ya no estaba ahí, se había esfumado. Quizá porque ya no somos los mismos. No ayuda haber encontrado a otro amante en ese *impasse*. Volar tuvo un sentido; ahora, crear hogares, lo tiene todo (asegura esta proscrita).

—¿Puedo abrirla? —le pregunto a Rafa con una botella de tinto en la mano que encuentro en la estupenda nevera botellero de mi nuevo compañero de piso.

—No sé, ¿puedes? —se burla.

Acude a mi lado para sacar el abrebotellas de un cajón y tendérmelo.

—Qué idiota eres.

—Estás muy guapa. ¿Adónde vais a ir? —se interesa, observándome clavar el extremo retorcido en el corcho con precisión y soltura: tengo un don para abrir botellas; Rafa lo tiene para cerrarlas.

Es capaz de volver a meter cualquier corcho de vuelta a su lugar sin esfuerzo, le he visto hacerlo incluso con botellas de champán. No es coña. Asegura que es uno de sus tantos talentos inútiles, pero yo creo que en realidad es de lo más útil, sobre todo, para dejar boquiabierto a la gente cuando hace la demostración.

—Hemos quedado en el restaurante vegano, ese que me recomendaste.

No veo a Eva desde el viaje a Barcelona, donde las cosas quedaron tirantes entre nosotras, precisamente por el tema que me va a tocar abordar en breve. Soy consciente de que la buena nueva no le va a hacer especial ilusión, pero aún no es el momento de mudarme con ella y eso es lo que me va a tocar hacerle ver. Además, a Rafa le conozco tanto que sé a qué atenerme con él. Muy difícil veo que me sorprenda a esta altura de la vida.

—¿Al Vega? Os va a encantar.

Esta conversación, en esta cocina, con él, hablando de ella... pellizca mi estómago con cierta culpabilidad.

—Se me hace raro —reconozco en voz alta cogiendo las dos copas que Rafa saca de un armario.

—¿El qué?

—Todo esto. Ella, tú, nosotros tres, vivir aquí... Es como, ¿en qué momento ha ocurrido todo esto? ¿No te parece surrealista?

—No más que el tiempo que estuviste sin hablarme —admite con una seriedad impropia en él que me pilla desprevenida, instalando un incómodo silencio que apenas camufla el ruido del vino al abrazar el cristal de esta elegante copa de diseño. Le tiendo una y me llevo la otra a los labios, imitando su postura apoyada en la encimera frente a él, que me observa dándole también un trago demasiado largo. Está sopesando decirme algo—. ¿Qué tal el cumpleaños de Eva?

Lo que decía, con él sé a qué atenerme, lo conozco demasiado bien.

No nos hemos visto desde entonces, así que supongo que ahora que me he instalado en su casa es buen momento para sacar el tema a colación.

—Muy bien —respondo escueta.

—¿A qué vino ignorarme de esa manera?

Apenas hacía veinticuatro horas de nuestro último encuentro a tres, y creo que para todos, las emociones estaban aún a flor de piel. Era todo muy confuso incluso para mí, que parece que soy la única que ve las cosas claras aquí. Eva no se molestó en decirle nada sobre su fiesta a Rafa, que no la culpo, de hecho, la entiendo, pero otra parte de mí, la que guarda un vínculo con

él hizo que me sintiera... rara. Rafa no mostró signos de molestia por no ser invitado a la fiesta; yo, por el contrario, tuve mis reservas. Así que encontrarle en la ventana (parecía que estuviera esperándome), lanzándome unas palabras que no tenían cabida en ese momento...

—¿A qué vino ESE mensaje? —inquiero, haciendo referencia al inoportuno e intencionado «nos echo de menos»—. Estoy con Eva.

—¿También conmigo?, ¿no?

—Las dos estamos contigo; en cierta manera —apunto, porque al menos así es como yo lo veo.

Los otros dos implicados... no tengo muy claro cómo lo ven ellos.

—¿Ya le has dicho a Eva que te mudas a vivir conmigo?

—Aún no, se lo voy a decir esta noche.

—Estoy seguro de que le va a encantar la idea... —añade con malicia posando la copa sobre la encimera.

—No voy a dormir contigo —le recuerdo, ya que voy a hacerlo en el sofá cama de la habitación que tiene a modo de despacho, pero que nunca utiliza.

¡Ya me dirás tú para qué necesita uno un piloto comercial! Para nada, ya te lo digo yo, porque ese espacio es en realidad un santuario, aunque él se empeñe en llamar «despacho» a una habitación abarrotada de juguetitos de Superman. Y es que Rafa tiene una obsesión enfermiza (para mi gusto) con el personaje, y todo el elegante minimalismo que mantiene en todas las estancias de la casa lo rompe (y estropea) con esta habitación, que no es más que una oda a su orgullo friki. Y esto se resume en que voy a dormir entre posters enmarcados, frente a una vitrina repleta de figuritas y bajo un neón rojo con la famosa ese del superhéroe. Toda una fantasía.

—No es a mí a quien tienes que dar explicaciones, Blanca. Yo tengo todo muy claro: soy el aliciente de una relación que hace aguas, pero no tengo problema con ello, tranquila.

—Estoy muy tranquila, te lo aseguro. Y eso no es cierto, Eva y yo estamos muy bien.

—¿Y por qué no te vas a vivir con ella si tan bien estáis?

—Porque es demasiado pronto —resuelvo, dándole fin al Rioja—. Precisamente tú deberías entenderlo.

—Yo te propuse que te vinieras conmigo a Dubái.

—No trates de hacer ver ahora aquello como una proposición romántica, porque nunca lo fue. Deja de dártelas de galán porque uno, no es cierto y dos, no te pega nada —le reprocho.

Cojo mi móvil en una muestra de desgana absoluta por este tema de conversación ya caduco. Entre las notificaciones encuentro un correo de Fernando dando el visto bueno a la última propuesta que le envié, lo que instala en mi estómago un agradable cosquilleo y una pequeña sonrisa de ilusión, haciendo que no me percate de que tengo a Rafa atrapándome contra la encimera, hasta que siento sus labios junto a mi oído.

—Solo hay una verdad, y es que estás aquí conmigo y no en su casa, con ella. Eso es un hecho: volvemos a ser nosotros —afirma arrogante.

Levanto los ojos de la pantalla, fingiendo que sus palabras no me han erizado la piel y humedecido la entrepierna.

—Sí, somos nosotros: nosotros tres. —Le sostengo la mirada. Ya no me va a arrastrar de nuevo a su juego (aunque mi cuerpo decida traicionarme), porque, de hecho, es él quien ha entrado al mío, al nuestro, en realidad—. Me tengo que ir —digo tras comprobar la hora en el teléfono apartándole con suavidad.

Rafa se sirve otra copa en lo que yo cojo el bolso y la chaqueta.

—Blanca. —En cuanto me giro me lanza algo que atrapo al vuelo entre las manos—. Tu

copia —me informa—. Contemplo sobre la palma izquierda dos llaves unidas por un llavero plateado con las letras «I love Dubái» en colores, un camello y el Burj Khalifa. Le miro enmudecida buscando una respuesta—. Lo tenía guardado desde junio, te lo iba a dar el día que te propuse venirte a Dubái, pero saliste cagando leches de aquel baño y no me diste oportunidad —me recrimina con cierta diversión.

Soy plenamente consciente de la cara de gilipollas que debo tener ahora mismo.

—Pues... gracias —atino a decir antes de salir por la puerta.

Me ha pillado desprevenida.

Entro en el ascensor observando el llavero, imaginando cómo hubiesen sido las cosas si hubiese aceptado esa propuesta en cuanto me la hizo, haber recibido este llavero cual diamante de compromiso, porque eso constituía para alguien como Rafa: una promesa. Y yo deseaba irme con él, pero me costaba creer que tras cinco años de juegos fuese a ir en serio por primera vez en su puñetera vida. Imagino habernos marchado juntos a Dubái y los recuerdos que años después hubiese sostenido este objeto, ahora vacuo y frío entre mis dedos.

Lo que es evidente, es que aquello se habría construido sobre una mentira, porque tengo claro que Rafa nunca me contaría lo que había tenido con mi hermano. Quizá pensara que entregándomelo ahora demostraría algo irrefutable, como que su promesa de marcharse conmigo iba completamente en serio, cuando es justo lo contrario. Lo único que ha probado es que para él todo sigue tratándose de un juego y este, de nuevo, era el As que guardaba bajo la manga. Invitarme a vivir con él ha sido un movimiento muy medido, pero tan poco sutil que él mismo se ha expulsado de la partida. Yo me he dado cuenta; él también. Ya no somos nosotros, porque como le he asegurado hace un instante ya no se trata solo de él y de mí, ese momento se esfumó como los recuerdos que hubiésemos contruidos alrededor de este llavero, es historia. Si me quiere como dice hacerlo, ahora, va a tener que incluirla también a ella.

Una ráfaga helada me recibe nada más pisar la calle, recordándome que no me encuentro ni remotamente cerca de esa ilusión árabe. Me aferro a las solapas de este abrigo de paño acelerando el paso, porque Eva ya me está esperando. Le dije que nos veríamos a las nueve, y son y cuarto, le he dado unos minutos de ventaja: ni de coña iba a permitir que me pillara saliendo del edificio de Rafa, no antes de que me dé la oportunidad de explicarle en persona las novedades. Apenas hemos intercambiado un par de secos mensajes en estos días, como para cerciorarnos de que la otra seguía respirando, también asegurándonos de que seguimos teniendo una novia, aunque mosqueada y distante. Fui yo la que propuse este reencuentro consciente de que ya me habría trasladado a casa de Rafa y aprovechando que este iba a ser mi primer día libre tras haber vuelto al curro.

A unos pocos metros la veo sentada en el interior del restaurante, en una mesa situada junto a la ventana. Ella aún no ha reparado en mí, lo que me permite observarla sin ser vista. No va maquillada, lleva el pelo suelto cubriéndole los hombros y su cuello permanece escondido bajo un jersey negro con el que sus dedos juguetea mientras mira el móvil, distraída. Sonríó llevándome la mano al pecho tratando de contener la agitación que esa imagen despierta en mi corazón. Nuestras miradas se cruzan y no podemos evitar esbozar al mismo tiempo una cálida sonrisa, completamente opuesta a lo que nos hemos transmitido estos últimos días vía WhatsApp. Es tan bonita. Dulce. Guerrera. Sólida y desconfiada al mismo tiempo. Tan única. Es tan Eva.

Entro y me siento frente a ella; antes nos damos un escueto beso sobre los labios que no me permite saborear la piruleta que tengo por seguro ha estado chupando antes de venir. La camarera llega enseguida, como si estuviera esperándome. Es cierto que tan solo hay un par de

mesas ocupadas, así que entiendo que está un poco atareada.

—¿Quieres que pida yo? —le pregunto a Eva quitándome el abrigo, ya que suele ser bastante indecisa.

—Mejor, sí —asiente aliviada dejando la carta a un lado.

Me animo a pedir las recomendaciones que me dijo Rafa y una botella de tinto de Valdepeñas aconsejada también por el «enólogo», porque yo abro las botellas como uno, pero no tengo ni puta idea de vino.

—Rafa me recomendó este sitio —suelto en cuanto se marcha la camarera buscando hacerme con la conversación el mayor tiempo posible, interesándome por ella, su trabajo, amigos y familia, porque sé que me va a hacer LA PREGUNTA en cuanto tenga la oportunidad y antes necesito beberme al menos, otra copa más de vino.

No me pasa desapercibido que curiosamente ambas le hacemos un curioso vacío al viaje a Barcelona, mientras me pone al día de su vida y de cómo la falta de trabajo en equipo que muestra una compañera le está haciendo la vida imposible.

—Salir a mediodía hoy un rato con Claudia me ha ayudado a despejarme, porque de verdad que he estado a punto de mandar a esa tía a la mierda. Bueno, ¿y tú qué? ¿Qué tal en casa de Aurora?

Sabía yo que no iba a disponer de mucho tiempo antes de que llegara este momento. Sí, le mentí. Y no me siento orgullosa de ello. Pero no quería contarle la verdad por teléfono, porque soy consciente de lo que puede parecer si le digo que me he instalado en casa de Rafa.

La camarera aparece con las croquetas y la «burrata», pero en cuanto se marcha, busco las manos de Eva por encima de la mesa, serpenteando platos, cubiertos y copas para poder acariciar el dorso con la yema del pulgar calentando su piel. También el terreno.

—De eso precisamente quería hablar contigo. —Me doy cuenta de que no he elegido muy bien mis palabras en cuanto veo la manera en la que se le ha iluminado la mirada: «No, Eva, no voy a decirte que quiero vivir contigo, la realidad es...»—. No estoy en casa de Aurora. Me he instalado TEMPORALMENTE en la de Rafa.

—¿Cómo? —espeta ofendida alejando sus manos.

—No te lo he dicho antes, porque quería hablarlo en persona y... bueno, no nos hemos visto hasta ahora, así que...

—¿Estás de coña?, ¿no?

—No es posible quedarme en casa de Aurora. —Evito explicarle la razón por la que no me puedo quedar en casa de mi amiga, ya que es un tema delicado que no me concierne a mí contar—. En casa de mi hermano ni me lo planteo teniendo en cuenta cómo están las cosas entre nosotros, y no he encontrado nada que me guste y pueda permitirme. Así que me voy a quedar en el sofá cama de la otra habitación que tiene Rafa, y como te digo es algo temporal.

—¿Se lo pediste tú o te lo ofreció él?

—No creo que eso sea relevante. —Pero viendo crecer su enojo, decido aclarar sus dudas—. Me lo ofreció él.

Su mirada se ensombrece.

—¿Tan terrible es venirme conmigo que prefieres quedarte antes con el tío que te la estuvo pegando con tu hermano cuatro años? —Ignoro la inquina con la que acaba de decirme eso porque en cierta medida la entiendo.

—Ni mucho menos. Estoy convencida de que vivir contigo sería genial, pero no en este momento, no hasta que solucionemos algunas cosas.

—¿Qué cosas? —pregunta ofendida.

—¿Por qué quieres que viva contigo, Eva?

—¿Porque te quiero?, ¿porque quiero despertarme contigo cada mañana?

—No pongo en duda nada de eso; sin embargo, también quieres que viva contigo, porque en el fondo no confías en mí. Y lo sabes. —Hago una pequeña pausa antes de añadirle un recordatorio—. Yo no soy Lucía.

—¿Y qué es esto, una prueba?

—Pero no es solo eso... —continúo, ignorando su pregunta—. ¿Qué sientes por Rafa?

—¿Cómo? ¿De qué hablas? —Sacude levemente la cabeza.

—De que he sido testigo de lo que hay entre vosotros.

—Lo único que has visto es sexo, Blanca. Parece mentira.

—No —asevero tajante—. No lo era.

—¿Y qué era? Ya que parece que lo sabes todo.

—Yo no lo sé todo, pero tengo claro que aquello no era solo sexo. Podéis engañaros lo que queráis, pero yo os conozco a los dos, y sé lo que vi.

—Así que de eso se trata, eso es lo que quieres: una relación a tres.

—Es algo que no depende de mí —admito, dándole un sorbo al vino.

—Pero si por ti fuera...

—Si por mí fuera y si confiaras en mí de verdad, estaríamos viviendo juntas, Eva.

—¿De qué va esto entonces? —Las aletas de su nariz han ido tomando cierta presencia según avanzaba la conversación.

—De sinceridad y de confianza, de eso va.

—¿Me estás poniendo a prueba o cómo va la cosa?

—No lo sé, ¿crees que voy a acostarme con Rafa? —Me inclino hacia delante con interés.

—Le quieres —suelta como si ese hecho lo justificara todo.

—¿Y? Es contigo con quien tengo un compromiso, con él tan solo mantenemos un acuerdo, LAS DOS lo mantenemos. Es lo único que debería importarte.

—No es tan fácil. Para mí no lo es —reconoce, echándose el pelo hacia atrás con una mano. Admitiendo al fin que está proyectando el engaño que sufrió en su anterior relación sobre mí.

—Podemos hacer que lo sea, pero depende de ti.

—¿Cómo? ¿Cómo se supone que vamos a hacerlo? —Percibo su lucha interna.

—Demostrándome que las cosas no van a cambiar entre nosotras porque viva con él, sería un buen primer paso.

—Así que al final se trata de ponerme a prueba.

—Bueno, tú también me has puesto a prueba a mí metiendo a Rafa —aseguro con cierta chulería.

—¿De qué hablas? Lo hice para...

—Sí, para no perderme —la interrumpo—, pero también para tenerme controlada, porque no confías en mí.

No obstante, creo que esto no le ha salido como esperaba. Y así me lo confirma, porque esta vez no refuta mis palabras, tan solo se mantiene meditativa unos largos segundos sin quitarme el ojo de encima.

—Está bien —reconoce, apoyando los antebrazos en el borde de la mesa.

—¿El qué?

—Que vivas con él.

—¿Me estás dando permiso o cómo? —Me rio con sarcasmo.

—No, joder. Me refiero a que confío en ti, a que voy a confiar en ti. Voy a hacerlo — asegura, autoconvenciéndose más a ella misma que a mí—. Supongo que tienes razón, vivir juntas en este punto en el que estamos no es la mejor idea.

Al fin lo reconoce. Siento la comisura de mis labios estirarse con levedad por pura satisfacción.

—No sabes cuánto me alegra escuchar esas palabras.

Arrastra la silla con el fin de situarse a mi lado y poder así acceder más cómodamente a mis labios, pero antes, hunde los dedos en mi cuero cabelludo, acercándose a ella para decirme algo bien cerca.

—No sé cómo lo haces para salirte siempre con la tuya.

—Es un don. —Sonrío y la beso, haciendo que me explote el pecho de alegría.

Parece que hemos llegado a un punto en común, lo que me alegra y tranquiliza con la misma intensidad. Y, ahora sí, disfrutamos de la cena, pero también de nosotras, compartiendo miradas, besos y caricias entre bocado y bocado de manjares libres de crueldad animal. Tras cerrar con un brownie tibio de chocolate y praliné de avellanas que está para morirse, insisto en pagar la cena y marcharnos.

De la mano echamos a andar en dirección a su casa, pero Eva me sorprende al detenerse en la puerta de la de Rafa (y ahora mía también), frenándose con un profundo beso contra la pared del edificio.

—¿Qué haces?

—Podríamos estrenar ese sofá cama —susurra melosa atrapándose el lóbulo entre sus benditos labios.

Yo prefiero guarecernos en su casa, pero no sé cómo, o quizá sí, porque Eva sabe muy bien dónde y cómo accionar, termina convenciéndome para subir a estrenar mi nueva habitación. Entramos con la mano de Eva bajo mi camiseta, agarrándose una teta y yo revolviendo su melena olor lavanda mientras nos comemos la boca. Está todo oscuro y apenas se ve nada.

—Sshhh... Rafa debe estar durmiendo —susurro sin mucho éxito, porque nos hemos bebido una botella entera de Rioja y a mí se me ha subido un poco a la cabeza.

La llevo hasta la habitación; pero de camino arrastramos un taburete de la cocina provocando que chirríe contra el suelo. Nos desternillamos de la risa tapándonos la boca la una a la otra. Me siento como una adolescente colando a una chica a hurtadillas en casa de sus padres.

Logramos entrar al fin en la que será por tiempo indefinido mi habitación, un espacio que se me hace frío y aséptico, porque a mí Superman como que no me aporta sensación de hogar de ningún tipo. Aunque al menos este dormitorio es más grande que el último, lo que ya supone un gran avance. O así me gusta creer.

Cierro la puerta a mi espalda y Eva, que está desatada, me empotra contra esta desvistiéndose con celeridad, aunque también con cierta torpeza. No soy la única a la que el vino ha trastocado sus habilidades. Otro efecto secundario que tiene el alcohol en mí, es que hace que me cueste mucho más correrme, como si se dispersaran todas las piezas de un puzle por todo mi cuerpo y tuviera que hacer un esfuerzo extra para reunir las y armar el rompecabezas del orgasmo, mientras me estimulan como ahora lo está haciendo Eva, arrodillada y comiéndomelo con suma habilidad. Me vuelvo muy mental, y eso nunca es bueno. No consigo relajarme, porque no encuentro las putas piezas, debido a que mi mente es incapaz de apartar que Rafa está en la habitación de al lado, y se me hace muy raro tener sexo en esta casa si él no forma parte ello. Por no mencionar la angustia de verme rodeada por el puto superhéroe con capa.

—Espera, espera. Para un momento. —Aparto a Eva con suavidad—. No... no puedo.

Creo que he bebido demasiado —arguyo, topándome con una mirada recelosa: no está nada convencida de esa excusa—. Se me hace raro... no sé.

—Eso ya tiene más sentido.

Se pone en pie recomponiéndose antes de salir airada de la habitación.

A prisa, busco algo que ponerme, dando con una enorme camiseta roída de Led Zeppelin que uso de pijama y salgo tras ella. Rafa está en la cocina en calzoncillos con un vaso de agua en la mano saludando a Eva con diversión, porque para él todo siempre es una fiesta.

—¿Cómo estás, guapa?

—No tan bien como tú, eso está claro —espeto ella, que obviamente no tiene un humor ni remotamente cercano al del piloto.

—Eva, espera —le pido, alcanzándola ya en la puerta.

Se detiene frente a esta y, aunque está de espaldas, percibo cómo llena de aire los pulmones despacio, deduzco que buscando enfriarse y recordando la conversación que hemos tenido en el restaurante. Sabe que necesita confiar en mí y no lo está haciendo.

—Todo está bien, no te preocupes —dice al fin más serena, pero sin girarse—. Solo estoy cansada, he tenido un día de mierda en el curro. —Abre la puerta y se va.

Y yo... no me quedo bien.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta Rafa con una estúpida mueca divertida en la cara.

—Me voy a la cama.

—Blanca. —Me giro cuando estoy a punto de cerrar la puerta de la habitación—. Si no puedes dormir... mi puerta siempre estará abierta para ti.

—¡Vete a la mierda! —espeto dando un portazo, encerrándome en este espacio que me resulta tan ajeno, consciente de que si alguien está en ese lugar es precisamente una servidora. Y lo siento, pero yo merezco más que esto.

Rafa y Eva están tirando de mí, cada vez con más fuerza.

Y de verdad que por un momento he llegado a sentirme egoísta, porque era yo la única que tenía fuertes sentimientos hacia ambos. Pero este trío nunca fue idea mía. Son ellos los que tiran de mí por ver quién se queda conmigo, al mismo tiempo que no son capaces de soltar este trío, y todo por orgullo, por no ser valientes en reconocer sus verdaderos sentimientos, no hacia mí, sino entre ellos.

Los dos dicen quererme, aunque no siento que sus acciones lo estén demostrando. Ellos me quieren, por separado. Pero yo no puedo dividirme. Dicen amarme, pero si de verdad lo hicieran, sabrían que merezco más. Mucho más. Y voy a obtenerlo, cueste lo que cueste.

Si tanto me aman van a tener que dárme todo. Porque eso, es lo que me merezco.

15

Seth (2017)

Costara lo que costara iba a tenerte. Lo tenía claro. Eras el hombre más guapo, *sexy* y enigmático que había visto en toda mi puñetera vida, una que alcanzaba los veinticinco años.

Llevaba pocos meses en aquella ciudad en la que apenas conocía a nadie, y los que conocía no hablaban mi idioma; ni siquiera mi compañera de piso y de trabajo Philippa. Acababa de independizarme, de salir de aquella cárcel religiosa y lo único que quería era vivir, ser yo misma, sin miedo, sin vergüenza, sin arrepentimientos. De ahí que me las diera de independiente: yo no necesitaba a nadie y así lo hacía ver. Si quería salir una noche a darme una vuelta por Camden yo sola e irme a ver un concierto y a beber pintas al The World's End, lo hacía. Lugar que, por cierto, se convirtió en el principio y el fin de los consiguientes tres meses de mi vida, porque en él, estabas tú.

Tocabas el bajo de aquella banda de rock muy al estilo The Pretty Reckless llamada Coldsore, de la que solo esperaba que el nombre no augurara un futuro de herpes labial; pude comprobar (por partida doble), que solo se trataba de un nombre pegadizo para un grupo de hard rock decadente de Londres.

Eras ese chico malo con el que todas las chicas sueñan que le rompan el corazón al menos una vez en la vida. De esos que gritan problemas en cada mirada desafiante, con su sola presencia. Ese hombre del que Lana Del Rey se enamoraría únicamente para poder componer un maravilloso álbum. No quedaba piel visible en tu cuerpo que no estuviera cubierta por tinta de algún color, salvo la cara, nunca fuiste de esos. Tenías cierta elegancia dentro de esa pinta de macarra malavenido. Como cuando me mirabas con la cabeza un poco baja, como si esta te pesara demasiado para sostenerla bien recta, provocando que los rizos que se formaban en tu melena debido a la humedad tras un concierto crearan una cortina a un lado de tu cara, que junto a esa media sonrisa conseguías todo lo que quisieras, de quien quisieras. De mí obtuviste más de lo que ni yo misma hubiese imaginado. Llegué a tatuarme. Por ti.

Era el segundo día que os veía tocar en directo en «El fin del mundo», en primera fila (de nuevo). Dejando claro que entre todas aquellas *groupies* que se morían por tener algo contigo, acabarías yéndote conmigo. No fui nada sutil, te lo dejé bastante claro cuando te abordé a la salida del baño en un descanso.

—Hola —te saludé muy directa, apoyada contra la pared junto a la puerta.

Esa fue la primera vez que me obsequiaste con esa sonrisa por la que casi me derrito allí mismo, me sentí como un helado bajo el sol de mediodía en una tarde de verano.

—Hola.

—Tenéis buenos temas —añadí en inglés con un acento español muy marcado. Lo hice adrede.

Philippa siempre decía que a los ingleses le encantaban las españolas, así que quise jugar esa carta y comprobar si era cierto.

—Imagino, porque es la segunda vez que vienes. —Ya me tenías calada—. ¿De dónde eres?

—De todo el mundo. —Esta era la chorrada que soltaba siempre desde que salí de España, porque me creía yo Willy Fog—. Pero nací en Madrid.

—*I love Spain!* —confesaste, mostrando una dulce admiración que contrastaba con aquel tipo duro de metro ochenta con chupa de cuero y pecho al descubierto.

Confirmaste así, que mi amiga estaba en lo cierto.

Me quedé obnubilada ante tu presencia (ahora más cerca) y no supe qué decir, pero justo en ese momento alguien te llamó informándote que debías volver al escenario, afortunadamente decidiste añadir algo más antes de marcharte.

—¿Te vas a quedar? —Asentí—. ¿Te puedo invitar a algo después? —Volví a asentir. Diste un paso con el propósito de marcharte, pero te detuviste para preguntarme algo—. ¿Cómo te llamas?

—Blancanieves. —Sin saber muy bien por qué te di mi nombre completo, algo que nunca hacía, pero solo por escucharte tratar de repetirlo con ese acento inglés mereció la pena haberlo hecho.

—¿*Blanquenieves*? —Me dieron ganas de comerte la boca en ese instante, nunca mi nombre sonó tan mono y sexy al mismo tiempo.

—Snowwhite —añadí a modo aclaratorio.

—Snowwhite —repetiste alejándote hacia el escenario—, yo soy Seth.

«Seth» articulé con los labios estratégicamente retocados de mi infalible rojo, todavía apoyada contra la pared. Me guiñaste un ojo y desapareciste.

Disfruté del resto del concierto, pero esta vez me situé estratégicamente más lejos, quería probar una cosa que pude verificar al comienzo de la segunda canción: te vi buscándome entre el ecléctico público allí reunido mientras los dedos de tu mano derecha clamaban esperanza (conformando la palabra «hope» sobre los nudillos), rasgando las cuatro cuerdas de ese bajo tan negro, como imaginaba sería la personalidad de alguien con una presencia como la tuya. No tardé mucho en descubrir que lo que tenías de duro por fuera, lo triplicabas de blando por dentro; la cáscara del personaje que habías construido alrededor de una inocencia tan pura como la de un niño, que solo mostrabas a unos pocos afortunados. Y yo, fui uno de ellos. Bendita mi suerte.

Diste conmigo en cuanto finalizó el concierto para invitarme a esa copa, y a otras dos más que nos bebimos sentados junto a la imponente barra central de aquel famoso local en el que habían llegado a tocar grupos como The Cranberries y Radiohead. Eras divertido, atento y como ya dije antes, extremadamente guapo. Un multiinstrumentista de origen irlandés que iba de bohemio torturado con pinta de ir apretado a fin de mes, pero que vivía en una de esas carísimas casas de ventanales enormes junto al canal, porque en realidad eras un niño de papá con la cuenta corriente de un marqués. Todo esto lo fui descubriendo a lo largo de los tres meses que duró nuestra aventura. Esa noche tan solo me dediqué a sacar conclusiones sobre ti mientras te escuchaba hipnotizada por el tono grave y ronco de tu voz, incapaz de obviar la mirada triste de tus ojos castaños, turbios y espesos como la miel. El contrapunto lo ponía el millar de pecas que anegaban tu rostro como diminutas gotas, dulcificando de alguna manera ese pesar que proyectaba todo tu ser. Emanabas una melancolía extrañamente sexy, pero esta no te impedía hacerme reír ni mostrarte atento por la chorrada de turno que tuviese que contar; la de tonterías que seguro dije para impresionarte y que para mi fortuna ya no recuerdo.

—¿Te parece si vamos a mi casa? —propusiste con la mano sobre mi muslo en un movimiento muy estudiado.

Lo supe en cuanto bajé la vista y leí aquel «love» dibujado en tinta negra en tus dedos: ¿acaso no se trataba de un mensaje subliminal? No tenía pruebas, pero tampoco dudas.

—No tengo por costumbre irme con desconocidos, ¿sabes?

Cómo me gustaba un juego..., porque me había mostrado interesada, pero no quería dar a entender que era fácil. Porque esta era la clase de gilipollez que tenía en la cabeza en aquella época, alguna especie de reglamento (de mierda) del ligoteo de lo más cuestionable, que bien podría haber sacado de una *Super POP*. Ciertamente machista, pero al que hacía caso a pies juntillas, porque de alguna manera me hacía sentir que yo tenía el poder.

—Siempre hay una primera vez para todo... —susurraste, inclinándote hacia delante, deslizando la palma de la mano por mi muslo; tu pulgar rozando mi ingle fue el límite—. Tengo una primera edición de *Dry*.

Me estabas poniendo a prueba, tratando de discernir si tan solo era una niña que llevaba camisetas de grupos que no conocía o si era una fan real de PJ Harvey. En cualquier caso, estuvo bien jugado.

—*To Bring You My Love* es mi favorito —respondí con orgullo antes de darle un trago a la pinta, tratando de ignorar que el calor de tu mano, que no se había movido ni un centímetro, estaba incrementando mi temperatura.

—Lo tengo firmado por ella —dijiste pagado de ti mismo, dando por sentado que eso aseguraba la visita a tu casa.

—Aún no he dicho que sí.

Menuda embustera estaba hecha. Mi mente se encontraba en tu cama desde el maldito primer día en que te vi tocando aquel bajo con el pelo goteando de sudor y aquel majestuoso pecho cubierto de tinta. Y esa barba, rodeando unos labios carnosos que pedían a gritos ser besados. ¡Ay!, esos labios...

—¿Y qué tengo que...? —No te dejé terminar la pregunta, de un rápido movimiento me puse en pie entre tus piernas y me lancé a tu boca: tenía que morder ese labio inferior.

Lo único que recuerdo de ese beso es que cuando salí de él casi me desplomo contra el suelo del mareo. Afortunadamente estuviste rápido rodeándome la cintura con el brazo. Aunque era obvio la razón de mi casi desvanecimiento, ya que llevábamos dos horas sentados bebiendo, me gustaba creer que ese era el efecto que tenían los besos de Seth, el bajista de Coldsore: narcóticas dosis que te mandaban de viaje a otro mundo. Porque yo aún era un poco niña y te tenía en un jodido pedestal.

—¿Dónde dices que vives?

Pronuncié las palabras mágicas que abrieron las puertas de tu casa y para nada era el lugar pequeño, oscuro y decadente que esperaba. Era amplio, luminoso (como bien descubriría a la mañana siguiente) y se encontraba muy ordenado, pero, sobre todo, especialmente limpio, como si alguien se hubiese encargado de ello ese mismo día: una mezcla cítrica afloraba en el ambiente.

—Muy... bonito.

Trataba de parecer amable, pero indiferente, para no mostrar mi asombro ante semejante sueño inmobiliario.

Nos recibió un espacio abierto de estilo rústico industrial con suelos de cemento pulido, paredes vistas sin tratar y mucha madera, metal y cuero. Olía a dinero y a hombre reafirmando su masculinidad. Me aposté a mí misma en ese instante que seguro no llevabas calzoncillos bajo los vaqueros.

—Ponte cómoda —me invitaste mientras te quitabas la chupa de camino a la nevera.

Imité tu gesto quitándome la mía para dejarla en el mismo lugar que la tuya, sobre una de silla de plástico moldeado en color negra de Eames DAW, un sueño para cualquiera que dispusiera de un mínimo de buen gusto y de unas miles de libras. Te acercaste tendiéndome una Magners, sidra irlandesa a la que terminé haciéndome adicta, para después sumergir tu mano entre los mechones de mi larga melena que rozaba mi cintura por aquel entonces, llevándome así directa a tu boca. Volvió el mareo, aunque esta vez fue más leve, como si estuviera acostumbrándome a la dosis.

De la mano me llevaste a tu rincón musical, en el que además de una enorme colección de vinilos y un reproductor de música, tenías un piano de pared, dos guitarras, un bajo, unos bongos e incluso una harmónica. Y de nuevo, traté de no mostrarme asombrada mientras me enseñabas todo aquel arsenal de talento. Estaba impresionada, pero no iba a demostrarlo. Me encantaba ir de enigmática e indiferente, dándomelas de mujer que le daba mil vueltas a todo, cuando la única vuelta que había dado era al mundo; pero no con la sabiduría que una esperaba adquirir.

—Aquí lo tienes. —Me tendiste el prometido vinilo con una mueca que revelaba cierto orgullo.

Creo que me pasé cinco minutos sin decir una palabra observando la firma del icono sexual de toda mi vida. Se me pasó por la cabeza la idea de robártelo, pero después de echar un polvo, por supuesto, ya que ese era mi cometido número uno. Aquel plan hubiese sido épico: sexo con un músico muy sexy y el autógrafo de Polly Jean Harvey. Simplemente perfecto.

—¿Cómo lo conseguiste? —te pregunté en cuanto logré salir del trance mientras ponías el disco, uno de los mejores de toda la historia de la música.

—En el Virgin V Festival.

—¿Eso fue...?

—En el 2003 —resolviste.

—¿Cuántos años tenías? —me interesé.

—Veintidós.

Y así fue como descubrí que me sacabas once años, algo que no tengo muy claro por qué, pero me encantaba, como si a más edad tuvieras, mayor sería mi premio. Porque sí, querido Seth, te consideraba algún tipo de galardón que esperaba izar en alto cuando saliera por la puerta de tu casa acompañada de una ovación; la de mi estupidez, probablemente. De ahí que tras terminar tirados en el suelo descubriendo tu colección musical intercalando caladas a un cigarro y alguna que otra Magners más, comenzara a idear una estrategia que puse en marcha en cuanto comenzó a sonar *Down By The Water*.

Me descalcé y me puse en pie dejándome llevar por el ritmo de la música imitando los sinuosos movimientos de manos que PJ hacía en el videoclip. «Solo me falta el vestido rojo» pensaba, porque los labios escarlata y el pelo negro ya los tenía; sin darme cuenta de que trataba de seducirte con una siniestra canción que hablaba de una mujer que había ahogado a su hija. Eso no me impidió dejar de sentirme sensual, y es que mi lucidez, como bien recordarás, estaba completamente nublada por la ingente cantidad de alcohol que había

consumido en las últimas horas. Terminé tirándome al suelo gateando cual felina, repitiendo aquel estribillo susurrado tal y como siempre imaginé que Polly lo haría con un amante, con Nick Cave, probablemente.

—Eres muy guapo, ¿sabes? —dije en español en cuanto llegué a ti, enterrando las manos en tu pelo dispuesta a besarte.

Te reíste, porque, aunque no hablabas ni papa de español, aquello lo entendiste: era bastante obvio que se me caía la baba por ti. Y eso fue lo último que recuerdo de esa noche, había bebido demasiado y tus besos no ayudaron a serenarme, me sumergieron en un sueño profundo que, literalmente y tal como me confirmaste al día siguiente, me hicieron caer inconsciente entre tus brazos.

Por la mañana me desperté en una cama que no conocía, pero que emanaba una mezcla amaderada, a canela y bergamota muy masculina que despejó todas las dudas que el naciente dolor de cabeza parecía querer ocultar. Me incorporé consciente de que me habías quitado la botas y los pantalones, aunque la camiseta y la ropa interior permanecían en su sitio. Sobre una tabla de madera clavada a la pared que hacía de mesilla de noche, encontré un ibuprofeno con una nota que decía «Cómeme» y una botella de agua que decía «Bébeme». Sonreí. Recordé que habíamos hablado de literatura y mencionaste que *Alicia en el país de las maravillas* era tu cuento favorito. Y, como Alicia, me tomé aquella pastilla y me bebí hasta la última gota de la botella; solo esperaba no encoger como ella, porque aún tenía una misión entre manos.

Tan solo tuve que girar unos pocos grados la cabeza para encontrarte durmiendo sobre el sofá con los vaqueros puestos, pero sin camisa. Pasé por el baño y ni corta ni perezosa, me di una ducha, me quité los restos de maquillaje con ayuda de un aceite de almendras que encontré después de rebuscar en tu cuarto de baño y me enjuagué la boca con locutorio, porque el ibuprofeno estaba haciendo su efecto y aún no había desistido en mi propósito inicial. Volví a ponerme mi camiseta de PJ y las bragas. Con el pelo goteando me senté a horcajadas con suavidad sobre ti que dormías boca arriba con un brazo sobre la frente. Tan guapo. Comencé a contar las gotas que resbalaban de mi pelo e iban formando un diminuto charco sobre tu pecho: una, dos, tres, cuatro, cinco... Abriste los ojos y, en un instante de lucidez, creí que al igual me había venido muy arriba con todo aquello; pero en cuanto vi la respuesta en tu mirada y sentí una erección crecer bajo mis bragas, supe que el plan iba por buen camino.

—Bébeme —dije muy sugerente tendiéndote una botella de agua que encontré en la mesa junto al sofá.

Sonreíste somnoliento reincorporándote para darle un trago.

—Veo que ya estás mejor y... húmeda —murmuraste al percatarte de las gotas que estaban quedando atrapadas en el pelo de tu pecho.

—Me he tomado la libertad de darme una ducha.

—Ya veo... ¿Has encontrado todo lo que necesitabas?

—Sí, incluido esto. —Saqué un preservativo que me había escondido en el elástico de las bragas.

Emitiste una carcajada maravillosa antes de llevarme hasta tu boca hundiendo los dedos entre mis mechones húmedos, yo me dejé llevar por ti claramente satisfecha, porque al fin iba a hacerme con mi trofeo.

Apoyada sobre las rodillas, comencé a frotarme contra tu polla mientras nos besábamos con profundidad. Nos deshicimos de mi camiseta y me rompiste las bragas tirando de la tela con las dos manos desde mi cadera; yo te ayudé a deshacerte de tus pantalones y oh, sorpresa, no llevabas calzoncillos. Lo sabía. Sentado en el sofá te colocabas el preservativo sosteniéndome la mirada, mientras que yo, arrodillada sobre ti, esperaba con impaciencia.

—Eres jodidamente sexy —susurraste, apartando un mechón que tenía adherido a la sien.

—Lo sé —exhalé sobre tus labios; tú, gruñiste sobre los míos.

Me dejé caer sobre tu erección con suavidad, sintiendo tu grosor dilatándose, consciente que desde Greg no había vuelto a hacerlo con un tío y de que tu polla era de un tamaño considerablemente más grande en comparación con la del único amante masculino que había tenido en mi vida. Así que me tomé mi tiempo. Pero una vez dentro, todo comenzó a tomar ritmo y yo me sentí desatada. Era real. Me estaba follando al monumental músico irlandés.

—Mírame mientras te follo —dijiste con esa voz ronca y tan jodidamente sexy, porque en algún momento debí cerrar los párpados abrumada por la cantidad de sensaciones.

No sé si fueron tus manos de dedos amplios que parecían venerarme con cada roce; la mirada con la que me sujetabas; los gemidos con los que rompíamos el silencio; la musculatura tan marcada de tu pecho bajo toda esa tinta *old school*; los besos; el leve movimiento de cadera con el que intercalabas el mío golpeando en ese punto exacto; la perfección de tu polla o una combinación de todo ello, pero me corrí con intensidad y por primera vez, en aquella postura.

—¿Bien? —preguntaste en cuanto logré recuperarme.

—Inesperado —reconocí viendo tu orgullosa sonrisa masculina.

Cambiamos de posición, me ayudaste a tumbarme de espaldas sobre la piel de ese sillón camel que aún olía a nuevo, sosteniéndote con una mano junto a mi cabeza y la otra aferrada al respaldo entrando de nuevo en mí, con mucha más facilidad en esta ocasión; y comenzaste a moverte a un ritmo que solo un músico como tú sabría marcar. Me sentí en un concierto privado, uno íntimo para una única afortunada: esa era yo. Si sobre un escenario eras arrebatador, sobre mí, follándome con la precisión de un multiinstrumentista que sabía qué acorde tocar, qué cuerda pellizcar y qué lugar golpear para crear una melodía perfecta era, sencillamente, una obra maestra. La de nuestros gemidos al corrernos al mismo tiempo. Compusiste una pieza que no volvería a repetirse. No volvió a ocurrir, no al menos de aquella manera.

—Reconozco que te he prejuzgado —reconocí una hora más tarde tendida sobre tu pecho con un leve escozor en los labios debido al roce de tu barba.

Te reíste.

—Pensabas que era el típico músico que no tenía dónde caerse muerto, ¿he acertado?

Me avergonzó reconocer que podría ser tan predecible y tan clasista. Pensé que con asentir ya era suficiente bochorno y eso fue lo que hice mirándote de soslayo.

—Para hacer arte o hacer música no hace falta haber vivido en el gueto. Parece que si no has vivido en la calle o has pasado hambre no puedes hacer música, y el arte es para todo el mundo. Y yo nunca he escondido mis raíces.

Ahí fue cuando me contaste tus orígenes y un poco de tu historia que, aunque disfrutabas de facilidades económicas, habías pasado por tus momentos oscuros, como todos, al fin y al cabo.

Menudos prejuicios de mierda tenía en esa época, lo reconozco.

Nos seguimos viendo a lo largo de tres meses cuando mi trabajo me lo permitía, y siempre en tu casa para follar, hablar, descubrirme tu voz como cantante mientras me tocabas algo con la guitarra e incluso para ver alguna peli en ese sofá en el que me había corrido ya de forma memorable en multitud de ocasiones. Pasado el primer mes fui consciente que de alguna manera me estaba enamorando de ti (o quizá ya lo había hecho), de alguien con quien no tenía ni futuro ni nada en común, salvo el gusto por la buena música. Vivías encerrado en tu casa veinticuatro-siete, un lobo solitario que en realidad hablaba poco y componía mucho, llegó un momento que ya no tenías nada que decir, tu mente creativa y en ocasiones desordenada que jamás llegué a entender, te hacía distanciarte de todo y de todos. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más ausente te volvías. Cada vez tenías menos que contar.

Una de nuestras primeras noches, de menos sexo y cuando aún fluía la conversación, desvelados y fumando maría, terminaste convenciéndome para ver *Blancanieves y los siete enanitos*, porque de nuevo, me sorprendiste con toda tu colección en DVD de los cuentos Disney: aquello sí que no lo hubiese imaginado jamás.

Mirabas la tele y luego me mirabas a mí esbozando una sonrisa que casi parecía infantil

—Te pareces. Si te cortaras el pelo así, serías igual —asegurabas una y otra vez.

Irónicamente eso fue lo que hice en cuanto se acabó aquella historia, nuestra historia, cortarme el pelo como esa princesa de cuento. Quizá lo hice por ti, porque me marcaste de alguna manera, o puede que porque quería empezar de cero y un corte de pelo siempre parece ser un buen lugar por el que comenzar.

Después de ver aquel clásico, me regalaste un dibujo, porque no tenías suficiente con ser guapo, tener una voz ronca de lo más sexy, follar increíble y tocar mil instrumentos a la perfección, que también tenías que tener talento para el dibujo. Te hizo gracia que me llamara Blancanieves y que además fuera alérgica a la manzana. De ahí aquel boceto de la manzana con el veneno formando una calavera que me regalaste.

—*My Snowwhite*.

Yo, creyendo que eras el amor de mi vida, decidí tatuarme aquella pieza de fruta envenenada. Una estupidez de la que jamás podré arrepentirme, porque como dijo Diego Ojeda: «Arrepentirse de lo vivido, sería llenar de tachones mi autobiografía». Y en mi vida ya hubo muchos borrones, pero nunca por algo que tenga que ver con haber amado. Eso nunca lo lamentaría. Por eso acepté hacernos juntos aquel tatuaje en el estudio de un colega tuyo. Tú lo situaste en el esternón muy cerca del corazón, y yo en el costado izquierdo también próximo al mío y junto a la cicatriz que me quedó de la paliza que me dio mi madre con catorce años. Tenía su lógica ubicarla en ese lugar, junto a la marca que había dejado aquella mujer que llegué a sentir más bruja que madre.

Pero mucho antes de que me inyectara tinta sobre la piel, en el que sería nuestro tercer o cuarto encuentro, me introdujiste a los miembros del grupo oficialmente en un concierto que disteis en The Barfly. Era la primera

vez que os veía después de haberme acostado contigo, y fue entonces cuando reparé en Naia, la vocalista, que llamó mi atención de forma diferente a lo que lo había hecho las anteriores noches sobre el escenario. Quizá, porque en un primer momento solo tuve ojos para ti, Seth, pero el rollo andrógino de Naia me cautivó incluso más rápido de lo que lo habías hecho tú, y cuando quise darme cuenta, me estaba enrollando con ella en el baño del garito aquella misma noche. Sin tener ni idea aún, que quien me estaba metiendo la lengua hasta la garganta y la mano bajo las bragas era, de hecho, tu propia hermana.

Ups.

—¿Cuánto ha salido?

—Ya dije que me ocupaba yo —asevera presuntuoso.

En realidad, ya sé lo que ha salido, lo miré en la web del hotel en cuanto me dio el nombre, pero tenía curiosidad por saber si me diría el precio. Un cinco estrellas ubicado en un precioso edificio histórico en Gran Vía no es moco de pavo, tampoco esperaba menos de Rafa. Le gusta el lujo y la comodidad, cuatrocientos euros de elegancia nada menos. No iba a salir de su casa para montarse un trío en una pensión, eso lo tenía claro. Además, sé que ser el proveedor de este encuentro le gusta, más que eso, le pone. Porque de alguna manera le da cierto dominio sobre esta situación de la que tiene voz; aunque ciertamente, poco voto.

Es raro, vivir los tres en la misma calle, o bajo el mismo techo en nuestro caso, y venir a follar a un hotel a un par de manzanas de distancia. No obstante, Rafa ya advirtió la última vez, que para la próxima ocasión el encuentro se haría fuera de su casa. Él mismo sufragaría los gastos en caso necesario. Y aquí estamos, esperando a Eva en una habitación bonita y de buen gusto, pero que me deja algo fría. Entre tonos tierra y grises se encuentra una cama Kingsize con sábanas de algodón egipcio (según leí en su página web), cabecero de madera wengué y banco a pie de cama; zona de lectura con un sofá cama que rompe de forma algo abrupta con la elegancia; escritorio con sillón de piel y un sofisticado baño de azulejos en negro y blanco. Lo mejor es la silla Butterfly de cuero marrón en la que ahora mismo se encuentra Rafa sentado mirando su teléfono móvil.

El tejido de la camiseta realza sus músculos de una forma obvia, pero bonita. Está inclinado hacia delante con los antebrazos sobre sus potentes muslos, provocando que sus bíceps se marquen más de lo habitual. Me encantan sus brazos. Y sus manos. Sobre todo, sus manos. Firmes, hábiles, poderosas. Capaces de llevar un avión con más de quinientos pasajeros de una punta a otra del mundo, pero también de llevarme a mí a alguno de los mejores orgasmos de mi vida. Bueno, a mí y a mucha más gente. Soy plenamente consciente de ello. «Soy de servicio público, nena» bromeaba nuestro primer año, cuando se sentía abrumado por la manera en la que crecía la intimidad y una especial conexión entre nosotros. Nunca me lo tomé a mal, siempre he sabido que es su manera de protegerse de unas emociones que en su vida ha sabido manejar, pero no puedo evitar que ahora se cuele una imagen en mi mente...

—¿Y has venido mucho a este hotel? —me intereso, descorriendo un poco la cortina echando un vistazo al edificio Metrópolis que queda al otro lado de la calle.

—En una ocasión, hace ya tiempo —responde con vagancia sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Con mi hermano? —pregunto más con curiosidad que con inquina, logrando que me

mire y ponga los ojos en blanco—. ¡Ah!, no, con él seguro que lo harías en algún hotel de Serrano. —Esto sí que va con inquina.

—¿Vas a echármelo en cara siempre?

Me encojo de hombros.

—Siempre que pueda.

—Creía que ya teníamos eso superado, Blanca.

No se lo digo, pero lo cierto es que no sé si alguna vez lo olvidaré. ¿Le he perdonado? En cierta medida lo he hecho, en caso contrario no estaríamos aquí, pero olvidarlo... ese ya es otro cantar. Me acerco y me siento en el sofá. Eva debe estar al caer y quiero comentarle algo antes de que llegue.

—Ven, siéntate aquí —le pido, palmeando el sofá a mi derecha.

Se levanta para volver a sentarse pegado a mí, muy cerca. Lleva su mano a mi rostro, deslizándolo el pulgar por la mejilla, bajo la oreja, descendiendo por mi cuello afianzando sus dedos en mi nuca. Me observa con una ternura que me pilla algo desprevenida.

—Quiero besarte. Te echo de menos —reconoce bajito.

En casa apenas hemos coincidido, y cuando lo hemos hecho creo que de alguna manera los dos hemos estado evitándonos, porque ilusa de mí, no creí que fuera a ser tan difícil eso de vivir juntos y tratarnos como amigos. Y al final resulta que nos hemos metido de nuevo en otro juego (con lo que nos gusta a nosotros uno), en el que tenernos, está prohibido. Y nadie puede negar que eso es extremadamente excitante.

—Estás muy guapa —susurra ahora enterrando los dedos en mi pelo formando un puño tras mi cabeza, tirando de ella con suavidad hacia atrás, obligándome a mirarle a los ojos.

—Para —le pido en un hilo de voz permitiendo a mis párpados cerrarse—. Para, por favor. Quiero decirte algo. —Esta vez sí, mi voz suena firme.

Cojo su mano que se afloja ante mi contacto y la aparto; pero sin soltarla, manteniendo nuestras manos enlazadas sobre mi regazo.

—Cuéntame —se rinde, apoyando la espalda en el respaldo.

Escudriña mis ojos con curiosidad; también con cierta inquietud.

—Te gusta Eva. —Es una pregunta, aunque lo afirme.

—Es evidente.

—No me refiero a sexualmente.

—Excepto tú, el resto solo me atrae sexualmente.

Cuando dice «resto», no sé si se refiere a otras mujeres o al resto de seres humanos. Su costumbre de moverse en la ambigüedad a veces me parece bastante molesto.

—Eso no es cierto. Eva te gusta y me atrevería a decir que tanto como te gusto yo.

—Nadie se acerca a lo que me gustas tú, Blanca —sentencia, alargando el brazo por el respaldo del sofá.

—Tardaste cinco años en reconocer lo que sentías por mí, así que no estoy yo tan segura de eso.

—Precisamente, Blanca. Me conoces lo suficiente para saber que no soy de los que se cuela por nadie con facilidad. Otra cosa ya es colarme en sus camas. —Sonríe pícaro.

—Te estoy hablando en serio, Rafa.

—Yo también.

—No, porque tú nunca hablas en serio. Ese es el problema.

—Está bien. ¿Qué quieres que te diga? ¿Me gusta Eva? Sí, es una tía genial, sexy, guapa, divertida, pero más allá de eso... ya me conoces, Blanca. No sé qué esperas que te diga.

—He visto una conexión entre vosotros.

—La hay. —No lo niega—. De no ser así, esto no habríamos llegado a este punto. Muy raro es que me acueste más de dos veces con alguien.

—Pues conmigo y con mi hermano desde luego no tuviste problema.

—¡Joder! ¡¿Otra vez, Blanca?! —Se pone de pie clavándome una mirada furiosa—. ¿En serio?

—Ha sido un golpe bajo, lo siento. Siéntate, por favor. —Le cojo de la mano y tiro de él logrando que vuelva a mi lado—. Lo que quiero decir es que he visto una conexión REAL entre vosotros.

—Te lo repito, me gusta Eva, conectamos de alguna manera, pero ya está, no le busques tres pies al gato, porque no vas a encontrar nada —arguye con hastío.

Decido darle una vuelta de perspectiva a ver si ayuda.

—Antes de que empezara a salir con Eva estabas dispuesto a intentarlo conmigo de verdad.

—Así es —reconoce, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Todavía lo estás?

Esto sí que le ha pillado por sorpresa.

—No... creo que no te entiendo. ¿Estás pensando en dejarlo con Eva? —Frunce el ceño confundido.

—¿Lo estás o no lo estás, Rafa?

Tarda en volver a hablar un tiempo que se me hace eterno. Hasta que tras una pequeña sacudida de cabeza como despejando ideas me da una respuesta que refuerza colocando la palma de la mano en mi muslo.

—Claro que sí. Eso no ha cambiado.

—Bien. ¿Y si el *pack*... incluyera a Eva? ¿Cómo lo verías? —Le clavo la mirada expectante, pero el silencio se alarga entre nosotros. Pocas veces he visto a Rafa quedarse sin palabras, no pensé que eso pudiera ocurrirle, y aquí está, boqueando. Decido añadir algo por si acaso no ha pillado aún la idea, o más bien para recalcarla—. Os quiero a los dos. De forma permanente.

—Pero... ya estamos...

—No como a mí me gustaría. No de verdad.

Abre la boca para decir algo; pero llaman a la puerta y lo que fuera a decir se desvanece antes de ser pronunciado.

Me temo que de momento me voy a quedar sin obtener una respuesta.

—Debe ser... Eva. —Se pone en pie saliendo del trance para cruzar la habitación y abrirle la puerta, pero al hacerlo en su cara se incrementa la sorpresa que ya había—. O no —dice sin pestañear, intercambiando la mirada de quien sea que tiene delante, a mí—. Creo que no estoy entendiendo nada... ¿Me he perdido algo?

Soy yo la que me estoy perdiendo, desde mi posición no veo quién está bajo el umbral. Me levanto al mismo tiempo que veo entrar en la habitación a...

—¿Adán?

—¿Adán? —repite Rafa entre desubicado y divertido, arrugando la frente.

No sé quién está más impactado de los dos, porque... joder, Adán está impresionante. Con una camisa azul clara abierta hasta mitad del pecho, americana marina con las mangas remangadas hasta los codos dejando ver sus antebrazos, pantalones negros y botas oscuras con cordones. Por supuesto, lleva el sello de plata con la inicial «A» en el índice de la mano derecha. Y nadie en esta habitación ha obviado el bulto en su entrepierna, eso seguro. A ver, he tenido

ocasión de compartir muchos ratos con Adán (y espectaculares orgasmos), pero hoy en concreto está...

—Hola, cariño —me saluda colando su brazo tatuado en mi cintura, atrayéndome a él para darme un beso, apretando nuestros labios.

—Te has cortado el pelo.

En un primer momento, pensé que se lo había recogido en una coleta baja como de costumbre, pero no, se lo ha cortado a ras de la nuca. Lo lleva peinado hacia atrás con un poco de gomina permitiendo que varios mechones le caigan por el rostro; se lleva la mano para apartarlos en un ademán muy sexy, por el que me descubro perdiendo oxígeno.

—¿Te gusta?

¿El suspiro que acabo de emitir acaso me ha delatado? Asiento enmudecida, aún estoy tratando de asimilar lo que está ocurriendo mientras una imagen muy explícita de cómo me gustaría que me follara se desliza por mi mente.

—¿Qué haces? —mascullo bajito con cierto recelo—. Pensaba que Adán era... algo nuestro.

—Bueno, ya que quieres incluir a Rafa en lo nuestro, habrá que presentarle a Adán, ¿no crees? —Se esfuerza por sonar conforme con esas palabras, pero la inquina emerge de su voz de forma inevitable. Se acerca a Rafa estirando el brazo en su dirección, todavía aferrado a mi cintura—. Adán.

—Rafa, encantado —dice este siguiéndole el rollo.

Se estrechan la mano y no me pasa desapercibido el rictus de Adán y que aún me mantenga agarrada con cierta... posesión. Rafa, por el contrario, apenas puede ocultar su diversión y se le escapa una sonrisa traviesa, porque cómo no, todo esto le parece divertidísimo.

En cuanto Adán me suelta para quitarse la americana y dejarla en el respaldo del sillón, Rafa se agacha para decirme algo al oído.

—Me parece que en esta relación hay ya demasiada gente —se burla, haciendo clara referencia a la propuesta que le hecho hace un momento, claramente descartándola—. ¿Y Eva, va a tardar mucho? —bromea.

—¿Te sientes cómodo con esto? —me intereso, obviando sus chorradas, porque de nuevo siento que a Rafa se le da poca voz y nada de voto en este trío.

Y porque en ocasiones, el cachondeo permanente que muestra, no es más que una estrategia de despiste para que no te fijas en lo realmente importante: su lado más emocional. Y Eva y Rafa funcionan, pero dudo mucho que lo vayan a hacer Adán y Rafa. Son dos energías muy dominantes a las que les gusta llevar el mando, y Adán viene a ser Adán, y no sé hasta qué punto Rafa va a sentirse cómodo con ello.

—Me subestimas, nena —asegura pretencioso, dirigiéndose a la cama para sentarse sobre ella.

Es él quien está subestimándole. Insisto, la confianza de Adán satura el aire, es fuerte y dominante; y Rafa puede dejarse dominar en ocasiones, por mí, por nadie más. Le conozco bastante para saberlo.

Adán se acerca a mí tomando mi mano para llevársela a los labios, depositando un apretado beso en el dorso sin dejar de mirarme con intensidad. Sus ojos siguen siendo los de Eva, pero la mirada no tiene nada que ver con ella.

—Te adoro, ¿lo sabes? —asegura, deslizando los dedos en un recorrido que va desde mis labios, pasando por mi cuello hasta detenerse en uno de mis pechos, acariciando el pezón sobre el algodón de mi camiseta, endureciéndolo con movimientos circulares.

Asiento mordiéndome el labio inferior.

—Y yo a ti. Me gusta el corte.

Acaricio con los dedos su nuca totalmente expuesta.

Me acerco más para besarle, pero es él quien dirige el encuentro de nuestros labios agarrándome por el cuello, porque siempre es él quien manda. Y como ya vaticinaba, eso hoy no va a ser diferente, aplastando su boca contra la mía, proporcionándome una deliciosa oleada de calor tras el agresivo y apasionado encuentro de nuestras lenguas.

—Desnúdate —le ordena a Rafa en cuanto se separa de mis labios.

El aludido obedece sin rechistar, muy colaborativo, imponiendo su metro ochenta y cinco sobre nosotras mientras le observamos con plena atención. Rafa nos sostiene la mirada, una llena de ganas, también dominante, sacándose la camiseta de un movimiento sin dejar que esta irrumpa el contacto visual en ningún momento. Continúa despojándose del resto de prendas para regalarnos una imponente imagen de su esculpido cuerpo, del que emerge una semierección de lo más sugerente.

—Bésale —susurra Adán en mi oído empujándome con una mano en mi espalda.

Voy hasta Rafa directa a por sus labios, porque lo reconozco, muero de ganas de probarlos. Llevamos quince días viviendo juntos de los que solo hemos coincidido dos; tan solo he necesitado cuarenta y ocho horas con él para sentir esas ganas, de las que por supuesto pienso desquitarme ahora mismo. El hecho de que nos atraigamos, pero solo podamos disfrutarnos cuando estamos los tres juntos lo hace todo aún más excitante. ¿A quién no le pone lo prohibido? Apostaría mi sueldo de azafata a que esta sensación es mutua, de los tres.

Rafa me recibe con la mirada prendida, sujetándome el rostro entre sus manos para guiarme en un beso profundo en el que nuestras ávidas lenguas se reencuentran en un baile ya conocido que nos hace gemir a ambos.

—Mi ángel —susurra en mi oído antes de arrodillarse frente a mí con una sonrisa juguetona, desvestiéndome bajo la atenta mira de Adán.

Con suavidad, Rafa se lleva mi pie a los labios, besando cada centímetro en un recorrido ascendente: primero con una pierna, después con la otra.

—Me haces cosquillas.

Dejo escapar alguna carcajada aferrada a sus hombros para no perder el equilibrio.

Durante este viaje de completa adoración, Adán decide unirse a nosotros y comienza a besarme. Rafa asciende por mi cuerpo hasta erguirse por completo, atrapándome entre sus cuerpos: su polla presionando mi espalda, la falsa erección de Adán, mi vientre. Se besan entre ellos. Nos besamos los tres. Un juego de lenguas que termina con Rafa arrastrándome con él a la cama. Tumbándose de espaldas sobre el colchón, tira de mi cadera para sentarme sobre su cara. Apoyo las manos sobre sus marcados abdominales, viendo a Adán situarse al pie de la cama, sentándose en el borde. Y entre los dos atendemos la erección de Rafa, y nos besamos, y continuamos masturbándole mientras este presiona su lengua contra mi clitoris con una precisión exquisita. Adán lame sus huevos y yo juego con la punta hasta que tengo que detenerme, porque Rafa está haciendo un movimiento jodidamente perfecto y siento que voy a correrme.

—Así, Rafa, no pares —le ruego, acompasando su ritmo con un suave vaivén de cadera que le lleva a clavarme los dedos en las nalgas.

Alcanzo un largo orgasmo sobre su boca, pero también contra la de Adán, que recoge mis jadeos entre sus labios.

—Date la vuelta, cariño —me pide Adán con dulzura en cuanto consigo recuperarme, percatándome de que él aún continúa vestido, porque del bolsillo saca un condón que me entrega

para que se lo ponga a Rafa.

Lo hago y me giro, encontrándome con una pícara sonrisa de mi piloto favorito.

—Deliciosa —dice juguetón—. Ya lo echaba de menos.

Le beso percibiendo mi sabor sobre su lengua.

—Y yo —reconozco.

Rafa empuña su erección ayudando a introducírmela. Me siento sobre ella exhalando un jadeo con la palma de la mano sobre su pecho y la suya agarrando mi cuello, al mismo tiempo que masculla algo inteligible cerrando los ojos.

—Mírame —le pido.

En cuanto tengo su atención empiezo a moverme arriba y abajo, primero con suavidad, aumentando el ritmo poco a poco. Suelta mi cuello para acariciar mis tetas y clavar los dedos en mi cintura, obligándome a seguir el ritmo que él decide imponer. Hasta que se detiene de forma repentina para buscar a Adán con la mirada; yo tengo que girarme para dar con él, porque está situado a mi espalda, en la esquina izquierda de la cama.

—¿Qué haces? —le pregunta.

—Mirar —responde con el dildo fuera del pantalón de pie, acariciándolo con un puño morbosamente.

No me pasa desapercibido que ese no es el que usa conmigo, este es... más grande.

Rafa acaba de darse cuenta, yo lo hice hace rato: Adán está tratando de dominarlo todo y a todos. Y lo está consiguiendo, pero a Rafa esto de que nuestro nuevo invitado esté llevando la voz cantante como que no le hace demasiada ilusión (como ya vaticinaba), de ahí que decida cambiar los roles de forma repentina.

—Ponte a cuatro —me ordena saliendo de mí.

Una postura dominante y ciertamente animal, no esperaba menos.

Hago lo que me pide arrodillada sobre el colchón, sintiéndole situarte tras de mí, embistiéndome sin cuidado. Emito un grito por la sorpresa, no por dolor, estaba bastante húmeda como para que entrara con facilidad, de otra forma, Rafa jamás lo hubiese hecho. Sale casi por completo y vuelve a clavármela de un golpe. Vuelvo a gritar. Él gruñe hundiendo los dedos en mi cadera.

—Lo estás haciendo muy bien —escucho a Adán, sin saber muy bien a quién se está dirigiendo, ya que no lo tengo en mi campo de visión.

—Rafa... no pares —le pido, dejándome caer hacia delante con la cara sobre el colchón. Él me acompaña, apretando su pecho contra mi espalda, cambiando a penetraciones más cortas, pero igual de duras hasta que... comienza a aflojar. Más suave. Más pausado. Le escucho proferir unos gemidos diferentes al mismo tiempo que veo sus manos cerrarse en dos puños.

—Joder... —masculla junto a mi oído.

Percibo algún movimiento tras nosotros, pero no alcanzo a ver nada, así que cambio el apoyo a las palmas de las manos para poder voltearme.

—¿Quieres que siga? —pregunta Adán, que está justo detrás de Rafa.

—Sigue —responde el piloto en un gruñido.

Tardo en darme cuenta de que... Adán está penetrándole con el dildo.

—¿Rafa? ¿Estás bien? —me apresuro a preguntar atravesada por un repentino pánico.

Despierta en mí la idea de que quizá Adán haya podido hacerle daño o incluso que haya forzado la situación de algún modo, pero toda esa aprehensión se disipa en cuanto me doy cuenta de que... bueno, deduzco que esto es lo que hace cuando se acuesta con tíos, ¿no? Jamás he visto a Rafa sodomizado, yo nunca se lo he hecho (ni me lo ha pedido); bien es cierto que tampoco le

he visto nunca follar con un tío; y no es que Adán lo sea, pero su energía masculina ahora mismo es mucho más fuerte que la de Rafa. Nadie en esta habitación podría afirmar lo contrario, y las quejas que profiere el piloto sobre mi nuca no son precisamente de disgusto. Tampoco el incremento de mis gemidos. Nunca hubiese imaginado que me pondría tanto este escenario, pero las largas e intensas oleadas de placer que me pillan completamente desprevenida son clara prueba de ello.

—¡No pares! —grito sin tener muy claro a quién se lo estoy pidiendo—. ¡No pares!

Mi segundo orgasmo me deja con las piernas literalmente temblando. Termino desvanecida sobre el colchón provocando que Rafa salga de mi interior. Me echo a un lado con intención de contemplar la escena que ha logrado que orgasme como no recuerdo haberlo hecho en mucho tiempo, y disfrutarla en un segundo plano con todo lujo de detalles.

Adán tiene sujeta por la cadera a una versión de Rafa completamente desconocida para mí, al que penetra con profundidad, pero también con sumo cuidado. Intercambio una mirada cómplice con Adán, que muerde su labio inferior emitiendo un gruñido con cada nuevo empuje. Rafa permanece con los ojos cerrados recibiendo con visible gozo.

La autoridad de Adán resuena en toda la habitación.

—Date la vuelta —le pide a Rafa, que obedece con diligencia en un inquietante estado de trance en el que nunca antes lo había visto.

Se tumba boca arriba, sin apartar la mirada de Adán que continúa de pie junto al borde de la cama; yo aprovecho a quitarle el condón mientras este comienza a penetrarle de nuevo, despacio, sosteniéndole la mirada. Rafa lleva las rodillas al pecho, dándole el acceso que necesita. Y yo, me mantengo en un segundo plano, observando fascinada lo que se desarrolla frente a mí.

Adán se inclina pegando sus cuerpos cada vez más sudorosos, profundizando así la penetración. Rafa aprovecha para llevarle hasta su boca, con una mano tras su nuca. Ese beso... Esa mirada... Sus frentes permanecen pegadas mientras a cada nuevo empuje fluye una energía potente (y palpable) entre ambos: algo parecido a una intimidad que les pertenece solo a ellos. No me importa sentirme como una extra que, de repente, parecer pintar poco en escena; por alguna inexplicable razón eso me encanta. Ver esa conexión entre ellos. Una clara prueba de lo que vengo diciendo desde hace un mes y que nadie va a poder negarme ya.

Rafa empieza a masturbarse en cuanto Adán le da acceso al erguirse. Es ahora cuando decido intervenir para echar una mano: nunca mejor dicho. Me sumo acariciando con mis labios una de las erecciones más duras que haya tenido el placer de disfrutar. Y eso hago, al multiplicar las sensaciones para Rafa. Bañándole con mi saliva, degustando el sabor salado de su excitación. La saco de mi boca para poder observarle sin dejar de masturbarle con la mano, descubriendo a un hombre abandonado a algo más que al placer. Sin dejar de acariciarle me acerco a besarle antes de susurrarle esas palabras que ya no puedo contener por más tiempo, se me resbalan de la boca sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—¿Lo sientes?, ¿verdad? —le susurro a las puertas de su orgasmo—. ¿Qué hay más real que esto?

Cerrando con fuerza los párpados se sacude varias veces bajo mi mano, lanzando un alarido de placer regando de esperma su estómago y su pecho. Mientras Adán sale de su interior despacio, yo le acaricio la cara fascinada con lo que acaba de ocurrir.

—Rafa —susurro, enterrando las manos en su pelo, consciente de que su respiración no termina de calmarse.

Mi intuición, con una repentina punzada en la boca del estómago, me avisa de que algo no

anda bien.

Rafa al fin abre los ojos y lo que veo... no me gusta. Una lucha arde detrás de su mirada. Sus labios forman una línea en un rostro que se ha endurecido. No es el estado en el que esperas encontrar a alguien que acaba de correrse como él acaba de hacerlo. Se endereza apartándose con el brazo de malas maneras. A Adán le aleja con la planta del pie: no llega a ser una patada, pero se le acerca bastante.

—¡Quita, joder! —espeto, poniéndose en pie.

—¡¡Qué coño haces!! —exclama Adán echándose encima dándole un empujón en el hombro.

—¡No me toques! —le advierte Rafa encarándose con un dedo a pocos centímetros de su cara.

Corro a ponerme entre ellos.

—¡¡QUÉ COJONES HACÉIS!!

Adán está furioso, Rafa parece más turbado que enfadado, con la mirada algo dispersa. Visiblemente afectado, se aleja recogiendo su ropa, atravesando la habitación para encerrarse en el baño dando un portazo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Adán alucinando con el giro de los acontecimientos. Pero no me contesta, tiene la mirada clavada en el punto en el que Rafa ha desaparecido.

—¿Rafa, estás bien? —pregunto, golpeando suavemente la puerta con los nudillos.

No responde, aunque sale a los pocos segundos sin mirarme, directo a por su chaqueta, la cartera y las llaves que están sobre la mesa.

—Me largo.

Se pone a recoger sus cosas, pero le detengo sujetándole del brazo, logrando que me dirija al fin una mirada, permitiendo que me asome a algo que jamás pensé vería en él: miedo. No hay rastro de mi piloto extrovertido, alegre y seguro de sí mismo.

—¿Qué ocurre? Habla conmigo.

—No puedo. —Aparta con suavidad mi mano—. Siento lo que acaba de ocurrir —se disculpa afligido, aunque incapaz de volver a mirarme a los ojos.

—No te vayas así, por favor.

Pero se va. La puerta provoca un ruido seco al cerrarse y la temperatura baja unos cuantos grados tras su marcha, erizando toda mi piel. Todavía desnuda, me abrazo el cuerpo con la mirada clavada en esa puerta, tratando de hallar una respuesta a lo que acaba de suceder. No entiendo nada.

Me giro buscando mi ropa y lo que encuentro me enfurece. No hay ni rastro de Adán. Eva, sin el arnés, se mete una piruleta en la boca, como si nada de lo que acabara de ocurrir fuera con ella.

—¡¿Estás de coña?! —espeto mientras me pongo la camiseta y las bragas que recojo del suelo, y están tan frías como el rastro que ha dejado Rafa al marcharse.

El rostro de Eva no parece reflejar emoción alguna.

—¿Qué? —Se deja caer en la cama esbozando una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué cojones ha pasado, Eva?

—El ego masculino, que es muy frágil, cariño —arguye burlona.

—¿Por qué has traído a Adán? —espeto con cierto reproche.

—Es parte de lo que somos, y tú quieres que Rafa forme parte de ello, ¿no es así, Blanca? —me recuerda, encogiéndose de hombros—. Y a él le ha gustado. Bueno, hasta que se le ha cruzado el cable.

—No lo veo divertido —asevero con los brazos en jarras.

—Hace un momento sí que lo veías —dice con chulería, recostada en el colchón sobre los codos, jugueteando con la piruleta que termina sacándose de la boca.

—Te has pasado.

—¿Perdona? No he hecho nada que él no quisiera. Le he preguntado, tú lo has oído; él me pidió que siguiera. Con el recorrido que tiene... —arguye, echándose hacia delante con las piernas abiertas y los antebrazos sobre los muslos—. ¡Ni que fuera su primera vez! ¡A mí me la metió y no me puse a empujar a nadie!

—Creo que se ha sentido un poco... abrumado, Eva. —Me mira fijamente, pero no dice nada y no hace falta que lo haga, porque su silencio me está contando todo lo que necesito saber—. Por eso has traído a Adán, querías hacerle sentir incómodo, imponerte sobre él. —«Porque estoy viviendo con él y no contigo», pienso, pero no lo digo.

—Sí, lo reconozco, puede que quisiera llevar hoy el control, como lo has tenido tú o la ha tenido él en otros encuentros, pero ya está.

—No, no está —aseguro.

—¿Qué le has dicho cuando estaba a punto de correrse?

—¿Cómo? —Su pregunta me deja fuera de combate.

—Poco antes de que llegara le has dicho algo al oído, ¿qué era? Porque ha sido decirle eso y ponerse como una fiera. Estás dando por sentado que la culpa ha sido mía o de Adán, pero todo iba bien hasta el último segundo. Así que, ¿qué le dijiste, Blanca?

Intento tragar, pero tengo una pelota expandiéndose en la garganta que me impide hacerlo con normalidad.

—Eso no... yo solo...

—Parece que ahí tienes tu respuesta —resuelve con chulería.

—Solo le dije la verdad —me envalentono.

—¿Qué verdad?

Me siento en la cama, a su lado, meditando lo sucedido, trayendo a la mente la última hora.

—Antes de que llegaras estuve hablando con él —confieso, buscando su mirada—, sobre lo que siente por ti. Porque es evidente que hay algo entre vosotros. —Eva se ríe, negando con la cabeza—. ¿Qué?

—Estamos haciendo todo esto por ti y todavía no te parece suficiente.

—No se trata de eso.

—¡Claro que se trata de eso! ¡Se trata de ti! ¡Siempre se trata de ti, Blanca! Porque no te importa nadie más que tú misma.

—¡Eso no es cierto! Precisamente he hablado con vosotros para que reconozcáis lo que sentís, para...

—Ya sabes lo que sentimos —me interrumpe con evidente exasperación—, pero como no es lo que quieres escuchar, nos manipulas a tu antojo. Estás jugando con nosotros.

—¡No es verdad! —Recibo esa afirmación como si me hubiera dado una bofetada.

El silencio llena el aire volviéndolo hostil. Algo que en realidad no resulta tan inesperado si tenemos en cuenta los últimos quince días porque, aunque las cosas parecían ir bien en este tiempo, la realidad es que ha habido un espacio entre nosotras formado por todo aquello que nos estábamos callando. Cosas como estas, supongo.

—Dices que hablaste con Rafa, ¿qué te dijo sobre mí? A ver, dime.

—A Rafa le cuesta reconocer sus sentimientos, ya lo sabes.

—¿Y a ti no? —Abre mucho los ojos a la vez que se levanta de la cama—. Ni aunque te

explote en la cara, eres capaz de reconocerlo. Rafa ha salido despavorido por la presión que ejerces sobre él, ¿y todavía no lo ves?

—Lo que veo con apabullante claridad, es lo que hay entre vosotros.

—¿Qué has visto, Blanca? ¿A Adán follándose a Rafa? Porque eso es lo único que ha ocurrido.

—Aquí han pasado muchas más cosas, y tú lo sabes —sostengo con ahínco, poniéndome yo también en pie. Y viendo que estamos sacando la artillería pesada...—. ¿Eres bisexual, Eva?

—¿Qué? —Se ríe sin pizca de humor.

—¿Por qué aseguras que no eres bisexual?

—Porque no lo soy.

—Pues para no serlo bien que le has mamado la polla a un tío, no hoy en concreto, pero vamos, te he visto muy implicada en ello.

—Ya sabes por qué he hecho todo eso...

—Claro, por mí —respondo sarcástica—. ¡Deja ya ese cuento y reconoce que eres bisexual, joder! Nadie se come una polla o deja que se la metan si no le gusta o no le ponen una pistola en la cabeza, y hasta donde yo sé, nadie te ha apuntado con una.

—SOY-LESBIANA.

—¿Por qué no eres capaz de replantearte que quizá no lo eres? ¿Tan difícil es abrir una puerta a esa posibilidad?

—No me gustan los tíos, ¿tan difícil es de entender? Puedo pasar un buen rato de sexo y disfrutar con ello, pero no me gustan.

—Pues a eso en mi pueblo se le llama ser bisexual. ¿Y tú eres la experta en etiquetas? —Me burlo—. Me parece que llevas tanto tiempo con ese traje, lo tienes tan jodidamente adherido a la piel, que quizá creas que si te lo quitas te vas tú con él.

Me viene mi hermano a la cabeza, invadiéndome una repentina tristeza que termino dejándola morir.

—¿Qué traje? ¿De qué coño hablas?

—¡El de lesbiana, Eva! —resuelvo más alto de lo que pretendía.

—¿Pensaba que no se trataba de etiquetas?

—Efectivamente, ¿tan importante son? No se trata de ellas, sino de para qué las utilizas, como bien me enseñaste. No sé por qué te parapetas en la de lesbiana, ¿te enamoraste de un tío que te la jugó y ahora los odias a todos o cómo va la cosa? —Y por su cara sé que he dado en el jodido clavo. Esto sí que no me lo esperaba—. Así que es eso... —musito con asombro, contemplando la tensión de su mandíbula y la oscuridad que ha ensombrecido sus ojos. Lo que me lleva a cambiar la dirección emocional de mi discurso y mi tono de voz—. ¿Por qué no me lo habías contado? ¿Cuándo fue? ¿Cómo?

Parece que las decepciones de mi chica no se limitan solo al ámbito femenino.

Clava la mirada en el suelo un tiempo que se me hace eterno, el cual decido darle, porque si es cierto lo que he sugerido, sé que va a necesitarlo.

—El tío con el que perdí la virginidad, antes de Lucía. Un clásico, me engañó con mi mejor amiga —confiesa, desviando los ojos a la ventana—. Poco más que contar.

—Entonces, vetaste a los tíos y te hiciste lesbiana por venganza —bromeo, o no, porque no sería la primera bisexual que conozco que termina parapetada en la etiqueta de lesbiana, porque tuvo una experiencia chungu con un hombre.

—Simplemente me di cuenta de que no me llenaba un tío como lo hace una mujer. Como tú lo haces, Blanca.

—¿Y qué hay de Rafa? Porque él sí te llena. —No puede negarme esta realidad.

—No como tú deseas.

—No es lo que deseo, es lo que veo.

—Blanca... tienes que dejar esto ya, en serio —me pide, mesándose el nuevo corte de pelo con evidente agotamiento—. No solo eso: tienes que tomar una decisión. —Su mirada es firme. También su postura.

—¿Una decisión?

—Esto ya no funciona. Ni para él, ni para mí.

—¡Porque sois unos cabezotas! —exclamo impotente.

—Lo que quieres no es posible, Blanca. Acabas de ser testigo. Yo lo he intentado. He hecho todo lo posible, pero esto... no está funcionando.

—¿De qué hablas?

—De que tienes que tomar una decisión.

—¿Me estás poniendo un ultimátum? —pregunto en un hilo de voz.

—Es él o yo, Blanca, pero tienes que decidir.

—No voy a hacerlo. No pienso hacerlo —aseguro dando un paso atrás con un nudo aprisionando mi garganta. Ahora con más fuerza.

Para mí son los dos o... los dos. No existe otra opción fuera de esa.

Eva se pone la chaqueta, lista para marcharse se planta frente a mí, estudiando mis ojos.

—No tomar una decisión es tomar una decisión.

—No puedes hacerme esto, Eva. —Mi voz es suplicante, también mi mirada y la mano que se aferra con desesperación a la suya—. Por favor. Sabes que te quiero.

—Pero no lo suficiente.

Se deshace de mi mano, aunque manteniendo el contacto visual varios segundos, esperando quizá a que diga algo; sin embargo, no encuentro palabras que puedan detenerla, ya he dicho toda mi verdad, y al parecer tampoco es suficiente. Su última mirada se vuelve muy dura.

No escucho el ruido de la puerta al cerrarse a mi espalda, pero sé que se ha ido, porque el frío vuelve a cernirse sobre mí, aunque con mayor intensidad que cuando Rafa dejó la habitación.

Me llevo las manos al pecho tratando de arrancar con mis dedos la angustia que se adhiere como tentáculos bajo este, apresándome con fuerza. Duele. Me ahogo. Estallo en lágrimas, de forma incontrolable. Sollozando como no recuerdo haberlo hecho desde que vivía en casa de mis padres, pero entonces lloraba para vaciarme de la rabia. Ahora, es el pánico al vacío que siento dentro y no sé manejar el que me lleva a descomponerme con esta arrolladora intensidad. Porque en mi afán de poseer, me he quedado sin nada. Vacua. Sin Eva. Sin Rafa. Sin nosotros.

17

Naia (2017)

En cuanto me corrí sobre tus dedos, fui realmente consciente de lo que acababa de ocurrir. Había sido todo tan frenético, que apenas pude pensar con claridad hasta ese instante, en el que sostenías las últimas oleadas de mi placer succionando mi labio inferior con tu boca.

—Mierda —maldije, esbozando una inevitable sonrisa culpable, aunque satisfecha.

Tú no dijiste nada, tan solo sacaste la mano de mis bragas para llevarla a uno de los varios collares de plata que colgaban de tu cuello, concretamente a aquel del que pendía un pequeño tubo que desenroscaste para sacar lo que resultó ser una diminuta cuchara con un polvo blanco que te llevaste a la nariz esnifando hasta en dos ocasiones. La tercera y cuarta dosis las reservaste para mí.

—¿Quieres?

Asentí sin pensarlo, porque durante aquella temporada en Londres no pensaba demasiado, la verdad. Nunca había probado la cocaína, ni ninguna otra droga, y me pareció un buen momento para descubrirla. Total, ya la había cagado al liarme contigo, lo que no sabía aún es hasta qué punto. Así que, ¿por qué no sumar uno más a ese contador de dudosas elecciones?

Acercaste aquella cucharita a una de mis fosas y como si ya lo hubiera hecho mil veces, me cubrí la otra con la yema del dedo y esnifé con fuerza. No fue agradable, una sensación seca que me llevó a frotarme la nariz como tantas veces había visto hacer en las películas. Aparte de eso, no sentí gran cosa, los primeros efectos aparecieron quince minutos más tarde, exactamente lo que tardamos en ir a por algo de beber y subir a la planta de arriba para encontrarnos con Seth y el resto del grupo. Y durante ese recorrido yo no hacía más que darle vueltas a lo ocurrido, preguntándome cómo había llegado a enrollarme contigo en aquel baño.

Más o menos la cosa fue tal que así:

Coincidiendo que tenía un par de días libres, Seth me invitó al concierto que dabais ese sábado en The Barfly, introduciéndome así a todos los miembros del grupo de forma «oficial», y no es que aquello (lo nuestro) lo fuera, apenas nos habíamos visto tres o cuatro veces, pero es cierto que la cosa parecía ir bien y nos sentíamos cómodos el uno con el otro sin ningún tipo de expectativa. No habíamos hablado de qué significaba aquello y hacia dónde iba, pero tampoco lo necesitábamos. Así que me introdujo sin título alguno, «Blanca» fue más que suficiente.

Taylor, el batería y Ben, el guitarra, me recibieron con esperable amabilidad, pero tú, Naia, como bien descubriría rápidamente, a ti no te gustaba pasar desapercibida; y tuviste que hacerte notar, enterrando tus largos dedos en mi pelo anclándolos en la nuca para atraerme hacia ti y depositar un pausado beso en la mejilla. Y yo, que me sentía bajo el embrujo de una serpiente, me dejé embriagar por el olor a azahar con curiosas notas masculinas que desprendías.

—Envidio su buen gusto —susurraste melosa en mi oído en algo que solo escuché yo, pero que seguro nadie pasó por alto.

En lo que te alejabas pude asomarme a tus almendrados ojos castaños que, a pesar de esconderse bajo una cortina de abundantes tirabuzones negros, también buscaban los míos. Y se encontraron. Tú esbozaste esa sonrisa tan tuya de medio lado, y yo me sonrojé, evidenciando el efecto que ya tenías sobre mí.

Disfruté aquel concierto en primerísima fila, como si fuera la primera vez, lo vi con nuevos ojos, porque no

estaba centrada en el sexy bajista; en esta ocasión, era la enigmática cantante la que acaparaba toda mi atención. Esa eras tú, Naia. Y es que en aquel juego de miradas estábamos las dos involucradas. Seth ya no me suponía ningún reto y tú comenzabas a despertar mi interés a una velocidad vertiginosa. Me sentí atrapada por tu carisma y seguridad sobre el escenario y Seth, que no hacía más que buscarme con la mirada, me pilló contemplándote en más ocasiones de las que me hubiese gustado reconocer. Qué puedo decir, me tenías obnubilada.

No eras muy alta y tu delgadez ocupaba poco espacio, pero la presencia que tenías sobre el escenario hacía que parecieras un rascacielos con luces de neón agitándose por todos lados. Puede que tu estética, única y tan genuina tuviera que ver con aquello. Pitillos negros bien ajustados, relucientes botines Chelsea y camisa estampada desabotonada hasta mitad del pecho; lo justo para que pudiera verse ese barco de vela que cubría con tinta negra un lugar ausente de pechos, que como me confesarías más adelante, te extirparon por decisión propia a los veintidós años. Largos collares de plata, un par de llamativos anillos en cada mano y una cruz colgando de tu oreja izquierda eran todos tus accesorios; además de tu carisma y tu personalidad altamente adictiva, en todos los sentidos en los que esto fuese posible.

Terminó el concierto con un lleno absoluto en la planta alta, donde tocaban las buenas bandas, y vosotros, además de talento, ya teníais cierto renombre. Había que celebrarlo y eso hicimos, sin movernos de aquella sala oscura, algo lúgubre en la que los pies se te pegaban al suelo, pero en la que podías disfrutar del buen rock de los setenta, ochenta y noventa. No podía pedir nada mejor. Bueno, tener algo contigo no me parecía mala idea; pero tan solo era una fantasía, porque yo había ido allí en calidad de «algo» de Seth. Quien, por cierto, permaneció callado y muy observador mientras tomábamos algo tú, Seth, Taylor, yo y un par de colegas vuestros. A esas alturas de la noche era evidente la química que existía entre nosotras; tampoco hice nada por evitarlo. Y eso que no cruzamos muchas palabras, algo que quizá lo hizo aún más notable; aunque yo apostaría a que quedó definitivamente patente cuando anuncié que iba al baño y tú te apuntaste a acompañarme con bastante premura.

—Vamos al de abajo —sonó a orden más que a sugerencia.

—Los de aquí arriba son como un punto de encuentro *gay* de los ochenta —bromeó Taylor.

Y, bueno, unos minutos más tarde podríamos afirmar lo mismo de los de abajo, no sé si tanto por el aspecto, pero claramente sí por lo que terminó sucediendo en uno de ellos.

Cuando fui a dejar la copa sobre la barra vi a Seth intercambiar una mirada contigo que dibujó algo en su cara que en aquel momento no supe interpretar; había cierta rigidez en sus facciones, un halo de tristeza en sus ojos y lo que más tarde podría definir como una decepción anticipada. Ambos sabíais lo que iba a ocurrir mucho antes que ni siquiera yo fuera capaz de intuirlo. Quizá, que cogieras mi mano tirando de mí con una confianza que aún no teníamos debía haberme dado alguna pista, pero no lo hizo. Ni siquiera la manera en que sujetabas mi cadera mientras bajábamos aquellas empinadas escaleras que nos llevaban a la planta baja. No pude verlo, porque, en realidad, no quise creerlo. Me gustabas muchísimo, pero nunca creí que aquello fuera a pasar de un inocente tonto, porque sí, claramente el juego estaba ahí, uno que se fue incrementando según nos alejábamos de Seth y el resto del grupo.

Me dejé llevar cubriendo tus dedos con mis manos, que se deslizaron por debajo de mi top, sobre el ombligo, ascendiendo por mi cuerpo según íbamos descendiendo escalones. Tú me guiabas y yo, me dejé guiar.

Me empujaste contra las baldosas de un baño en el que nadie en su sano juicio fantasearía tener sexo: sucio, pequeño y no olía precisamente a flores, pero el hecho de que fuera tan real, tan crudo, tan... visceral y repentino, provocó que me deshiciera de ese traje que portaba todos mis prejuicios, y sin cuestionarme nada, escuché lo que me decía mi instinto más animal. Tu boca sobre la mía, en un beso largo y profundo, me hizo gemir exigiendo más de aquello, mucho más de ti.

—Joder, eres preciosa. —Fue lo único que dijiste.

Yo no sabía qué decir, tenía los labios ocupados lamiendo tu cuello y no pensaba desperdiciarlo llenando el aire con banalidades que para nada iban a saciar las ganas que tenía. Te quería dentro, más cerca. Y tú, que siempre fuiste muy perspicaz, debiste leerme la mente o quizá fuera el cuerpo, teniendo en cuenta cómo frotaba mi entrepierna contra el muslo que habías situado estratégicamente entre los míos; y mientras el sonido sordo de *Dreams* de The Cranberries llegaba vagamente a mis oídos, comenzaste a desabrochar los botones de mis vaqueros para colar una mano bajo mis bragas. Creo que me obsesioné contigo en el momento exacto que situaste los dedos en el jodido lugar correcto e hiciste que me corriera en menos de lo que lo había hecho nunca antes.

Fue una suma de todo: de ti, con ese aspecto andrógino que conservaba las mejores partes de lo masculino y lo femenino; de lo prohibido, porque yo estaba con Seth y supuestamente aquello no estaba bien, aunque me costara encontrar argumentos que respaldaran esa teoría; además de que era la primera vez que tenía sexo en un lugar público. La ecuación perfecta. Ten en cuenta que hacía solo unos pocos meses que había escapado de

aquella rígida vida cristiana. Nuestro inesperado encuentro fue, durante mucho tiempo, lo más excitante que me había ocurrido en la vida.

Envuelta en una burbuja de euforia en la que cada vez hacía más calor, llegamos a reunirnos con los demás. No recordaba haber subido las escaleras, porque de verdad creí haber flotado sobre ellas. Era incapaz de borrar la amplia sonrisa que tenía dibujada en la cara y de identificar si esos efectos se debían al reciente orgasmo, a la sustancia que corría por mis venas o a una combinación de ambas cosas. Aunque en una parte de mí, pequeña, pero ahí estaba, despertó la culpabilidad al ver a Seth, que claramente sabía lo que había ocurrido sin necesidad de que tú se lo dijeras. Aun así, lo hiciste.

—¿En serio? —espetó en cuanto nos vio aparecer.

Debía resultar más evidente de lo que imaginaba, quizá por el tiempo que habíamos tardado en volver o debido al color de mis mejillas, pero quedaba bastante claro.

—Lo siento, hermano, no he podido resistirme —dijiste, encogiéndote de hombros como si hubiese sido algo inevitable.

Yo lo único que escuché fue...

—¿Hermano? —Miré a Seth con ojos muy abiertos de forma bastante acusatoria, a pesar de no estar yo en la mejor posición para pedir explicaciones.

Seth, tu hermano, llevó un dedo a mi nariz, en la que encontró algo de aquel polvo blanco que tuvo a bien mostrarme.

—¿También te has metido? —Eso sí fue una acusación en toda regla, aderezada con una pizca de decepción.

—Yo... —¿Qué coño iba a decirle? Jamás había hecho algo como aquello. Me sentí muy avergonzada, como nunca antes. Pero esa vergüenza rápidamente fue sustituida por rabia porque, ¿por qué narices no me había dicho que eras su hermana? ¡Y no era solo eso! Comenzó a entrarme una especie de paranoia, sentía que me estaba perdiendo algo. Y es que su reacción no fue de enfado en sí, era algo más como... desidia. Se lo tomó con bastante entereza, y no es que yo fuera el amor de su vida; pero no pareció afectarle lo que una esperaba—. ¿De qué va esto exactamente? —le pregunté a él, pero os miré a los dos—. ¿Es alguna clase de juego o...?

—Uno del que empiezo a estar aburrido —palabras que iban dirigidas a ti directamente—, y en el que tú has querido entrar, nena —resolvió con cierta condescendencia—. ¿O acaso no te ha gustado?

No podía mentir ni aunque lo intentara. Así que no lo hice y fui con la verdad por delante, con la boca cada vez más seca, el pulso acelerado y muchos menos filtros. Deduzco que la cocaína me sirvió de empuje para ello.

—Me ha encantado, tanto como hacerlo contigo, Seth. Me gustáis los dos. Y mucho.

Nadie se esperaba aquel arranque de sinceridad. Pero la más rápida en reaccionar fuiste tú, que tras una carcajada me pasaste el brazo por la cintura y me besaste frente a tu hermano antes de hablar de nuevo.

—Parece que ella lo tiene claro —resolviste satisfecha antes de marcharte dejándome a solas con Seth—. Me voy a fumar.

Y ese fue sin duda el momento más incómodo de aquella noche.

—Lo habéis hecho más veces —afirmé, porque quedaba bastante claro que eso de compartir chica no era nada nuevo.

—Sí, pero había apostado a que contigo sería diferente —reconoció sin ocultar su desilusión.

Aquello dolió, no voy a negarlo. Y quizá para compensarlo, me afané en resarcir el desliz en cuanto llegamos Seth y yo a su casa. Después, me habló de ti, primera y última vez que lo hizo.

—No sabía que eras bisexual —dijo, tendiéndome una Magners después de follar en su sofá de piel.

—No suelo ir pregonándolo, la verdad.

—No es que te lo esté echando en cara, tan solo es que no lo imaginaba.

—¿Fue muy evidente? —Sentía cierta curiosidad por conocer cómo de obvio había sido mi atracción por ti.

—En cuanto te presenté a Naia me di cuenta, por cómo la mirabas, y cuando ella se ofreció a acompañarte al baño quedó bastante claro. Naia no es de las que pide permiso, ella coge lo que quiere cuando quiere. —Aquella definición sobre ti despertó mi admiración (menuda ironía), me fascinaba esa idea de ser lo suficientemente libre como para ir a por lo que quieres sin importar qué pensarán los demás—. Es mi hermana y la quiero, pero... ten cuidado, ¿vale?

—¿Que tenga cuidado? ¿A qué te refieres?

—Naia puede ser tan fascinante como peligrosa. Yo no me voy a meter en lo que haya entre vosotras, pero, Blanca, Naia deja secuelas.

No volvimos a mencionarte, nos limitábamos a disfrutar y centrarnos el uno en el otro en encuentros que

comencé a intercalar contigo y siempre por separado.

Y yo convencida de que Seth era el problemático..., no tardé mucho en descubrir quién era la que llevaba la palabra «problemas» tatuada en la frente, no literalmente, pero casi. Seth era un corderito a tu lado y yo una niña que no sabía dónde me estaba metiendo por mucha advertencia que me dieran.

Una noche contigo, Naia, y ya creí entender a qué se refería Seth: bebías mucho, fumabas más aún, te metías cocaína a diario (o al menos siempre que nos veíamos) y tomabas pastillas para dormir. Además, a tus treinta años habías pasado tres veces por rehabilitación. Pero no, tu hermano no me estaba advirtiéndome de todo aquello, él se refería a algo que no vi venir, pero que en cuanto se destapó, decidí desaparecer y alejarme de ti; también de él. Para siempre. Aunque antes de que llegara ese día, vivimos muchas cosas juntas.

Como aquella primera noche en la que cerramos más de un pub y terminamos follando como al menos yo, nunca había hecho antes: en una casa barco y colocada de éxtasis. Muchas cosas a mencionar de aquella experiencia... Lo primero, fue lo sorprendente que me resultó que tu hermano viviera en un *loft* carísimo a orillas del canal, y en cambio tú lo hicieras en un angosto barco en las mismas aguas, solo que bastante más confinada. Ambos proveníais de la misma familia, una bien posicionada que os pasaba unas cuantas libras mensuales, y el grupo hasta donde yo sabía era solvente. Pero como digo, todas las piezas de ese extraño puzzle terminaron encajando en su debido momento.

Hasta entonces, tu atípico hogar flotante fue lugar y testigo de numerosos encuentros sexuales entre aquella niña que, a pesar de sus veinticinco años de edad, era como si acabara de ser destetada, lo que me convertía en alguien a quien era fácil impresionar y tú, una mujer de mundo (del de verdad), que había bajado al inframundo y había regresado de él hasta en tres ocasiones. Recuerdo que llegué a sentir que estaba amando a un ángel caído, y rápidamente yo comencé a sentirme otro. Tú, Naia, fuiste mi revolución más absoluta.

Eras la persona más inteligente que he llegado a conocer en toda mi vida, pero como bien terminaría descubriendo, una inteligencia muy mal aprovechada. Y yo, con una inteligencia media y mucha sed de vivir experiencias, me dejé arrastrar poco a poco a un abismo del que si hubiera dado solo un paso más, igual no estaría narrando esta, nuestra historia. De la cual, por cierto, tengo bastantes lagunas. El final fue como una revelación y el principio... de eso tengo algunos recuerdos, al contrario de todo lo que queda en el centro: vagas imágenes y conversaciones a medias. Pero como digo, aquella primera vez será difícil de olvidar.

Reconozco que el recorrido que hicimos desde el último pub hasta tu barco continúa a día de hoy algo difuso, probablemente se deba al alcohol y al par de pastillas de MDMA en forma de corazón que consumimos aquella noche. Hasta que llegamos al barco y bebí agua, al fin, sofocando el exagerado calor que sentía, logrando también aplacar aquella sensación de mi cuerpo en el que parecía que tiraban de él en todas direcciones al mismo tiempo. Ya hidratada, y con mi deseo sexual ocupando sus estados más altos, me dejé guiar por ti hacia un sofá desplegado que servía como cama, una modesta y diminuta, que para nada nos impedía disfrutar la una de la otra.

Me sentía extrañamente tranquila, curioso, porque algunas veces tú me resultabas algo intimidante, en el buen sentido, me sentía fascinada ante tu presencia y seguridad, por la forma en la que te desenvolvías en cada situación. Te alzabas majestuosa como la torre Eiffel, cuando en realidad eras más como la torre de Pisa, que parecía fuera a derrumbarse de un momento a otro. Pero claro, para ver esto, hacía falta estar sobria, algo que a tu lado era técnicamente imposible. ¿Sabes, Naia? Llegué a creer que sufría un síndrome de Sthendhal ante tu presencia, uno al que también podríamos denominar: «Cuando la belleza te hace daño», porque eso hiciste, pero de forma tan velada, que no fui capaz de verlo venir.

Esa primera vez, nos deshicimos de la ropa como si nos quemara, porque al menos en mi caso así sentí que lo hacía. En cuanto toda tu piel blanca y lisa, tan diferente al mapa de pecas de tu hermano quedó al descubierto, me perdí en ella, en ese cuerpo femenino tan diferente a todo lo que conocía. Probablemente hoy te definirías como no binaria; en aquella época no se hablaba de este tema como hoy en día, aunque es un término en el que seguro te hubieses sentido cómoda. Nunca mencionaste nada al respecto y siempre te pareció bien que se refirieran a ti en femenino, a pesar de que el aspecto de tu torso exento de cintura se contorneaba con formas masculinas, debido también a tu delgadez en la que se marcaba casi cada músculo. Y partiendo de tu ombligo, una fina capa de vello oscuro formaba una línea que descendía, haciéndose cada vez más abundante hasta tu coño. Aquella desnudez me tenía completamente seducida, no podía apartar la mirada de ti mientras pasaba la yema de mis dedos por todo tu cuerpo, asombrada por su belleza. Ahí comenzó a despertar en mí unas emociones mucho más profundas que las del propio deseo sexual; más tarde descubrí que todas esas sensaciones se debían al efecto del éxtasis. Apenas nos habíamos tocado aún y yo sentía que flotábamos en nuestro propio planeta sexual, conectada contigo y con el presente como nunca antes había experimentado. Nada se comparaba a eso. Nada se comparaba a ti, Naia.

Rodeaste mi cintura con tu brazo, pegándome a tu cuerpo, a esa piel que cada vez que entraba en contacto con la mía hacía que saltaran chispas: todas mis terminaciones nerviosas parecían eléctricas a tu contacto. Era extraño y curiosamente adictivo. Como tus labios y el rastro húmedo que iba dejando tu lengua, que logró arrancarme un orgasmo que en mi memoria duró horas, aunque eso no sea posible, pero yo sigo creyendo que lo hizo. De nuestra primera vez es de la que más recuerdos tengo, aunque no sean más que vagos fogonazos, fotogramas y sensaciones; y aun escasos, quedaron grabados a fuego. A horcadas sobre ti, moviendo sinuosamente mis caderas, encajando el vértice húmedo de nuestros cuerpos, friccionando mi clítoris contra el tuyo hasta lograr corrernos al unísono. Abrazadas, observándonos. Gravitando tu cuerpo con mis labios, disfrutando de cada centímetro, hasta hacer que te corrieras sobre mi boca y saborear tu excitación, que sentía picante sobre mi lengua. Enfrentadas, enterrando los dedos dentro de la otra, leyéndonos como si tuviéramos telepatía.

Sí, lo sé, todo lo que recuerdo suena a película de Erika Lust en la que dos lesbianas hasta arriba de éxtasis son abducidas y grabadas por un par extraterrestres un poco guarros. Pero así es cómo lo recuerdo, suene como suene.

A partir de aquí, el sexo de los siguientes meses está aún más desdibujado debido a las sustancias que dominaban mi organismo. Y fue fantástico, hasta que los efectos comenzaban a desaparecer y lo único que quería era largarme, tú también lo querías y eso hacías, echarme con dulzura las primeras veces, más adelante, según se sucedían nuestros encuentros, lo hacías sin contemplaciones y con bastante menos tacto. Para lo que sí lo tenías era para pedirme que pagara las drogas y el alcohol que consumíamos; cuando me di cuenta estaba sufragando todos tus consumos, incluyendo las pastillas que tomabas para dormir. Pero es que sabías cómo tratarme y lo que quería escuchar. Quizá fue la segunda o tercera vez que nos vimos que dijiste todo lo que aquella joven Blanca quería escuchar de tu boca, mientras hacías crujir los dedos de ambas manos:

—Cariño, eres el tipo de mujer al que no se le puede poner collar, eres tú la que los pone. Eres sexy, divertida y muy inteligente. Puedes tener a quien quieras de la manera que elijas.

Hiciste que me sintiera un poco como tú, te admiraba demasiado y eso siempre es peligroso. Colocar a alguien en un pedestal siempre lo es. Y si alguien puso un collar ahí, claramente fuiste tú, a mí. Me tenías bien atada y a tu jodida merced. Arrastrándome a un paso de la adicción, que coincidieran mis vacaciones con tu presencia en mi vida no ayudó lo más mínimo, me relajé y comencé a consumir casi a diario. En cuanto se terminaron los días libres comencé a sentir la abstinencia y, cada vez que nos veíamos, me relajaba y me metía sin pensar en lo que me estaba jugando. No solo era el curro, suerte tuve que no me hicieron una analítica por sorpresa, también era mi salud física y mental, que probablemente fue la que más se resintió. Salía de una vida sometida a un régimen religioso muy estricto, y aún dolía demasiado lo ocurrido con mi padre, que era la verdadera razón por la que me había marchado de Madrid. ESE JODIDO SECRETO.

Naia, tú me ofreciste una vía de escape a todo el dolor, la rabia, la decepción; me diste algo con lo que llenar un vacío que no sabía cómo manejar. Era perfecto, justo lo que necesitaba. Hasta el día en que tuve que tomarme una pastilla para dormir, porque entre el *jet lag* del curro y aquella miscelánea de sustancias que corrían por mi sangre me pasé tres noches seguidas sin dormir. Estuve a punto de volverme loca. Logré descansar, pero al día siguiente me sentí como un puto zombi, literalmente sentía que me estaba friendo el cerebro con todo aquello. Entonces supe que se tenía que acabar, antes de que acabara conmigo.

De hecho, no recuerdo hacerlo sobria ninguna vez contigo, todo lo contrario, a lo que ocurría con tu hermano entre las sábanas. Al igual por eso estaba tan enganchada, dos viajes completamente distintos, de la sobriedad a la perdición. Hasta aquella vez en la que los dos os mezclasteis, o eso creo, porque aún a día de hoy no sé si aquello fue real o fruto del MDMA, la cocaína, el alcohol o mi propia fantasía.

Me llevaste a casa de Seth a buscar algo, no soy capaz de recordar el qué, pero tenías una copia de la llave de su casa y algo que recoger. Eran las dos de la mañana, llevábamos un par de horas de fiesta y una mezcolanza de sustancias encima. El piso estaba vacío y con toda la naturalidad del mundo empezamos a hacerlo allí mismo, en la alfombra que había junto a la zona de música; el mismo lugar en el que perdí el conocimiento la primera vez que pasé la noche con tu hermano. Y, precisamente, con tu cabeza sumergida entre mis piernas, devorándome, vi a tu hermano de pie junto a la puerta, observándonos con un semblante que debido a mi estado no supe interpretar, pero sí el que vino poco después, cuando, aún con la cazadora puesta se desabrochó el pantalón y se sacó la polla. Comenzó a masturbarse y yo, a excitarme con la mano enredada en tus tirabuzones y la mirada clavada en aquel mirón. Ese día descubrí lo erótico que me resultaba contemplar a un tío masturbándose.

De nuevo, perdí la consciencia sobre aquella alfombra.

Fue raro, aunque también muy excitante.

Me pregunté si quizá lo habíamos hecho más veces. Luego me di cuenta de que no estaba segura siquiera de que aquel recuerdo fuera real, una duda que mantendré sin resolver. Como quizá tú la de qué fue lo que ocurrió, porque en realidad nunca te di ninguna explicación, simplemente desaparecí, porque no encontré otra manera de acabar con aquello que no fuera esa, de raíz. Como si todo hubiese sido un sueño y despertara de golpe. Pero no lo fue, de hecho, lo sentí como una de las experiencias más reales de toda mi vida, de ahí que me volviera a Madrid alejándome de mi base para comenzar a hacer *balseo*. Hui de Londres como una rata. Sentí que era la única manera de pasar página y de no caer en la tentación.

Hoy, quiero confesarte cómo sucedieron exactamente los hechos.

¿Recuerdas aquel fin de semana que pasamos en Liverpool? Seguro que sí, ya que fue la última vez que me viste. Me invitaste a aquella escapada con la excusa de pasar más tiempo juntas, aprovechando que ibas a cerrar un importante concierto para Coldsore, porque eras tú, con tu enigmática personalidad, la que se encargaba de esas cosas. Cuando, en realidad, la única razón de arrastrarme a aquello contigo fue que siguiera financiándote: transporte, hotel, comida, alcohol y resto de sustancias. Porque siempre estabas pasando algún apuro económico, o te debían pasta o cualquier cosa que te impidiera poner una libra, vamos. Y yo me lo creía. Además, en nuestras primeras salidas tú te habías encargado de pagarlo todo, no sentía que fuera un engaño, tan solo estabas pasando por un complicado, aunque pasajero, momento económico. Estaba convencida de ello.

Fue un buen fin de semana en el que curiosamente, como si ya intuyera algo, me negué a consumir nada más que alguna cerveza en esa escapada turística, pero nada de cocaína, éxtasis ni pastillas para mí. El domingo, un rato antes de coger el tren de vuelta a Londres, te reuniste en un conocido pub de la zona con el dueño, mientras yo me quedaba dando una vuelta; como a los quince minutos me entraron ganas de mear, así que se me ocurrió volver al lugar en el que estabas reunida, ya que se encontraba muy cerca. Entré en el local tratando de no hacer ruido para no interrumpir y logré el objetivo, debido a que ni el dueño con el que tenías una amistosa conversación ni tú os percatasteis de mi presencia, pero yo sí que me quedé con todo lo que allí se dijo.

Salí de aquel lugar como había entrado, como un fantasma, pero más pálida que uno. Estaba alucinando. Me sentí entre dolida y asqueada. Incluso vomité en el tren de vuelta. Lo vi tan claro, que en cuanto llegamos a Londres me metí en un taxi consciente de que aquello «tan especial» había llegado a su fin. Mi despedida fue muda y fría. Te di un beso en la mejilla y no me volviste a ver. Yo a ti tampoco.

Tres días más tarde quedé con Seth, lo que había descubierto me hacía sentir incómoda, incluso llegué a enfadarme conmigo misma por haberme enterado porque, qué bien se vive en la ignorancia, joder. No quería saber nada de aquello, pero lo sabía y me sentía en la obligación de decírselo, consciente de que eso no solo afectaba mi relación contigo (ya lo había hecho, en realidad), también con él. Y no quería que nada cambiara, traté de ser egoísta y guardarme la información; sin embargo, no fui capaz y apenas llegué a su casa lo solté. Pero sabes qué, Naia, no fue eso lo que provocó la ruptura definitiva, fueron las palabras de tu hermano las que me ayudaron a abrir los ojos del todo.

—Seth, quería comentarte algo.

—Claro.

Medité mis palabras bajo su atenta mirada.

—Ya sabes que estuve en Liverpool con Naia para cerrar el tema del concierto. —Seth asentía adusto y calmado—. En realidad, yo no estuve presente en la reunión, me quedé fuera dando una vuelta y haciendo tiempo, aunque a los diez minutos entré porque necesitaba ir al baño, y... bueno, escuché algo que...

—Nos está robando otra vez —adivinó, porque al parecer no era nada nuevo ese comportamiento tuyo. Y que Seth no se sorprendiera, no me extrañó, curiosamente.

Asentí a modo de confirmación. Seth no necesitó más información que esa, lo cual agradecí, porque ver cómo te guardabas un sobre con un adelanto del que no tenías intención de decir nada, y luego llamabas a tu hermano frente a mí mintiéndole respecto a lo que ibais a ganar no fue nada agradable de ver, menos aún tener que contarlo.

—Lo siento.

Su semblante cambió repentinamente.

—Apuesto a que ya le estás pagando toda la droga, ¿me equivoco? —Se me encogió el estómago—. Mi hermana está podrida en dinero, Blanca. Pero cuanto más tiene, más quiere. Y te aseguro que tiene bastante más que yo. ¿Solo te ha llevado al barco?, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? —Seth exhaló dibujando una sonrisa mientras negaba con la cabeza haciendo que me sintiera como una estúpida.

—Naia tiene cuatro pisos, uno en este mismo edificio —mi cara debía ser un poema—, tres de ellos

alquilados y otro en el que vive: el barco es su zona recreativa, por así decirlo.

Me levanté de golpe, sentía tanta rabia dentro que no podía permanecer más tiempo sentada. Tuve que dejar de mirar a tu hermano a la cara, me sentí tan estafada y avergonzada al mismo tiempo por haber sido tan estúpida... ¡Estuve financiando toda tu mierda durante meses! ¡Me hacías creer que eras una muerta de hambre cuando tenías la cuenta corriente rebosando de libras! ¡Fingiste que yo te importaba y lo único que te interesaba era el dinero que podías sacarme! Estaba enamorada de ti, Naia, y tú no solo me habías engañado económicamente, me habías estafado sentimentalmente.

Seth no dijo nada, pero en su cara podía leer un claro «te lo advertí» que me enfureció. Me enfadé con él, porque claramente sabía que eso acabaría ocurriendo; pero no hizo nada, tan solo se quedó sentado esperando a ver cómo y cuándo se derrumbaba el edificio. Y como si me hubiera leído la mente, se adelantó al exabrupto que estaba comenzando a tomar forma en mi boca.

—Ya me involucré más de la cuenta una vez y la cosa no acabó muy bien, Blanca. Después de eso, me prometí no volver a hacerlo. Y bueno, tú eres adulta y tomas tus propias decisiones.

Me pareció una respuesta sincera y bastante madura, la verdad, mucho más de lo que me acercaba yo a ese concepto en el 2017, eso seguro.

Una pregunta asaltó mi cabeza, una que en realidad no había dejado de hacerme.

—¿Por qué no me dijiste que era tu hermana desde un principio?

—Creo que ya lo sabes —dijo, clavándome una intensa mirada—. ¿No es evidente, Blanca?

¡Claro que lo era!, pero me había dejado cegar por ti y tu deslumbrante carisma, envuelta en esa nebulosa que deja el consumo de drogas, incapaz de ver lo que Seth sentía por mí. Así fue como descubrí que me quería. Así fue como descubrí que yo os amaba a los dos. Incluso a ti, a pesar de todo.

—¿Crees que tu colega el tatuador podrá atendernos hoy?

No lo dije, pero ambos lo sabíamos: esa sería la última vez que nos veríamos. Y en ese impulso los dos nos tatuamos esa manzana que os representaba a ambos: Seth era la saludable carne dulce de brillante piel roja; tú, el veneno que la cubría.

Besé a Seth y salí de aquel estudio de tatuajes con el corazón como un puzle de mil piezas que alguien acababa de tirar al suelo de un manotazo.

Lloré mucho pasado el impacto inicial al darme cuenta cuán estúpida había sido. Me usaste a tu jodido antojo. Estaba enfadada conmigo misma, porque te quería tanto como quería a tu hermano, pero tú tuviste que joderlo todo. Para ti nada nunca era suficiente, siempre querías más y más: drogas, dinero, mujeres, sexo... No importaba el medio. No importaban las consecuencias. Porque solo importabas tú. Eras la avaricia personificada. Propasabas cualquier barrera ética o legal con tal de conseguir lo que querías, tratando de sacar tajada de cualquier situación.

En esta ocasión, la **AVARICIA**, rompió el saco, y sorprendentemente, no fue la mía por insistir en manteneros a los dos a toda costa. Ni la de Seth, que por no perderme prefirió compartirme contigo. De hecho, el único sentimiento avaro de verdad fue el tuyo, tu afán de posesión te llevó a estafar no solo a todos los miembros de tu grupo, también a tu propio hermano y, por supuesto, estabas aprovechándote de mí. Y no iba a permitir que me ocurriera de nuevo, ya había vivido eso con Greg, que me dejó completamente vacía; aunque su trasfondo nunca fuese la avaricia, el resultado fue bastante parecido. Hiciste que volviera a odiarme a mí misma por haber dependido tanto de alguien, por haberme entregado de aquella manera.

El día que volaba de vuelta a Madrid, mientras Natalie Imbruglia cantaba *Torn* en mis auriculares, me prometí anteponer mis propias necesidades a las del resto, porque quizá era yo la que tenía que empezar a ser más avariciosa y dejar de pensar tanto en los demás para variar.

No me he movido de la habitación del hotel desde que Eva se fue, no quería ir a casa por razones puramente egoístas, ya que no tenía ganas (ni fuerzas) para enfrentarme a Rafa. He tratado de dissociarme de ello (sin éxito) y de lo que fuera que le hubiese ocurrido para marcharse de esa manera tan impropia en él. Rafa puede ser impulsivo, pero no emocional.

Aún me encuentro tratando de digerir lo ocurrido, aunque mi intuición me dice que Eva no iba mal encaminada y lo más seguro es que efectivamente la haya cagado presionándole sobre sus sentimientos hacia mi chica. Lo que queda claro, es que en este momento todos necesitamos nuestro espacio, y el mío ha resultado encontrarse en una *suite* de cuatrocientos euros noche, en la que en realidad no me apetecía estar; pero tampoco tenía otro sitio al que ir sin tener que dar o pedir explicaciones. De ahí que optara por aprovecharla: mejor llorar en unas sábanas de algodón egipcio que en otras de vulgar algodón común, ¿no? Tampoco es que haya notado la diferencia, no soy de morro fino.

Tengo los ojos hinchados de llorar mucho y dormir poco, he permanecido en un estado de duermevela que me ha arrastrado a unas desagradables pesadillas que apenas puedo recordar con claridad, pero sí el regusto de angustia que estas han dejado.

Me he pasado tiritando toda la noche, con un frío metido en el cuerpo del que no he logrado deshacerme ni siquiera con la ducha caliente que me di antes de meterme en la cama, una que resultó ser demasiado grande y fría para alguien que la ha compartido con sus dos grandes amores. No hay nada que pueda paliar un vacío como ese. Menos teniendo como única compañía a la culpabilidad, no es precisamente el sentimiento más reconfortante con el que pasar la noche. Y, aun así, la he pasado.

Son las diez y cinco de la mañana y acabo de dejar el hotel, no podía quedarme por más tiempo a no ser que pagara un extra, y he estado tentada a hacerlo, lo reconozco, todo por no volver a casa y encontrarme con Rafa. Sí, así de cobarde soy. Pero no lo he hecho, consciente de que no me puedo esconder de por vida y de que pagar por alargar mi estancia, tan solo demostraría cuán cobarde (y patética) puedo llegar a ser. No, gracias. Suficiente tengo con la culpabilidad, la rabia y el vacío, los que quizá conformen mi nuevo triángulo amoroso.

Camino a casa arrastrando los pies, con un café en la mano que compro en el McDonald's de Gran vía, agradeciendo el aire frío en el único lugar de mi cuerpo en el que todavía permanece algún tipo de calidez: la cara. Debido, probablemente, a las incontables lágrimas derramadas. Espero que los doce grados desinflamen mis ojos y borren los rastros de una noche de mierda antes de que entre por la puerta de casa, y ojalá me equivoque, encontrarme a Rafa en ella. Lo último que quiero es que me vea con este aspecto.

No he recibido ningún mensaje suyo, tampoco de Eva, como era de esperar.

Lo cierto es que no sé si es bueno o malo (o cobarde), pero no he pensado mucho en Rafa, porque todo mi ser ha estado enfocado en Eva. En sus palabras, en ese ultimátum, en su marcha y en el dolor que me produce la sola idea el pensar que se haya acabado todo. Pero no puede haberse terminado. No he parado de darle vueltas al asunto una y otra vez. Me he pasado la noche consultándole a una almohada desconocida; quizá por eso mismo ha sido clara conmigo. Igual es la sabiduría egipcia de cien hilos, pero me he dado cuenta de que no hay escenario en el que yo pueda perder a Eva. En el que yo siga adelante sin ella. Si tengo que dejar a Rafa lo haré. Si soy honesta conmigo, Rafa ya tuvo su oportunidad y la cagó. Tuvo que esperar a perderme para sincerarse. Igual, eso debería decirme algo. Y no tengo intención de perderlos a ambos: mejor superar la pérdida de un brazo que quedarme sin los dos. Aprenderé a vivir con una sola mano.

Abro la puerta de casa con el estómago revuelto a causa del café y de la conversación que me toca afrontar. O no. Ya que no está. De hecho... estoy casi segura de que Rafa no ha pasado la noche en casa, no hay rastro de su colonia y todo parece estar igual que cuando nos marchamos ayer, lo que hace que me preocupe un poquito. Saco el teléfono del bolso para comprobar que, efectivamente, sigo sin tener noticias suyas. No sé cómo sentirme al respecto, pero puede que llenar mi estómago me ayude a averiguarlo. Alguien me dijo una vez que nadie puede ser sensato con el estómago vacío, y yo no he comido nada desde las tres de la tarde de ayer, y son ya cerca de las doce del mediodía, gracias a que he logrado convertir un camino de vuelta a casa de apenas quince minutos en una hora y media. Necesitaba aclarar mis ideas.

Tras cambiarme y ponerme unos pantalones largos de chándal y una camiseta grande y vieja, me dirijo a la cocina a inspeccionar, pero antes me deshago de lo que queda del torrefacto por el fregadero y tiro el envase a la basura, en la que encuentro una botella de Macallan vacía que descansa entre una amalgama de restos orgánicos, un brik de leche de avena y una lata de piña en su jugo que ayer no estaba ahí, porque (desvió la vista al mueble bar) efectivamente, Rafa se la debió beber anoche.

Qué predecibles son los hombres, ahogando sus penas en alcohol. Lo que por cierto echa para atrás mi teoría, parece que el piloto sí que ha pasado por casa. Este descubrimiento despierta en mí un creciente volumen de incógnitas: ¿dónde está?, ¿qué narices le ha empujado a acabarse una botella (deduzco que) él solo?, ¿y acaso soy yo la culpable de ello? Lo que está claro es que de momento no voy a hallar respuesta, así que opto por comer e irme a la cama, a ver si soy capaz de echar una cabezada. Algo me dice que cuando despierte podré solventar todas estas preguntas.



Ocho horas más tarde, despierto con la sensación de haber dormido un siglo. Desubicada, tardo como quince minutos en comprender dónde me encuentro, qué día es hoy y por qué tengo una angustia fuertemente aferrada a mi pecho. Hasta que encuentro un mensaje de mi hermano que me ayuda a poner en orden mi cabeza.

Agustín:

El lunes celebramos mi cumpleaños en casa.

Se lo he comentado a Aurora y también a Rafa.
Tráete a Eva, nos encantaría conocerla.

La mención a Eva evoca un pesar que se expande empujando mis costillas. A una parte de mí le encantaría ir con ella, especialmente después de que mi hermano esté haciendo este «esfuerzo» permitiéndome ir acompañada de mi novia, si es que aún la puedo llamar así, en un espacio en el que no solo van a estar mis padres, también gente de la Iglesia; es decir, una miscelánea de personas que de ninguna manera ve con buenos ojos una relación homosexual. ¿Y por qué querría acudir a un lugar como ese? Porque a pesar de todo, se trata de mi familia, la única que tengo. Y porque, bueno, disfruto provocando a esa panda de amargados, reconozcámoslo. Aunque al mismo tiempo me jode que Agustín no sea todo lo libre que se merece, pero como bien he comenzado a aceptar ya, no puedo hacer nada al respecto, es algo que no depende de mí.

En cuanto a Rafa, ya sabía que iría a su cumpleaños, me lo comentó él mismo hace unos días, aprovechando para ponerme al día sobre su relación con Agustín, y fue bastante claro: «En punto muerto, Blanca». Desde aquella ruptura (y pillada) en Serrano no han vuelto a verse, aunque sí han hablado en un par de ocasiones. La relación entre ellos se ha enfriado, y no hablo de la sexual, sino de la amistosa. Agustín ha cortado de raíz y bueno, según me ha dicho Rafa, lo entiende y no parece afectarle; aunque eso no quiere decir que no lo haga. Aun así, mi hermano ha querido invitarle, porque han sido los mejores amigos durante los últimos cuatro años y romper esa relación supone tener que dar explicaciones a su mujer y a mis padres. Y un enfrentamiento, por mínimo que sea, es lo último que quiere mi querido hermano, eso seguro.

Releo el mensaje y después de escribir y borrar lo escrito en tres ocasiones, decido contestarle en otro momento y prepararme algo de cenar. Me dirijo a la nevera a ver qué encuentro además de fruta y verdura, porque Rafa es un *Realfooder* de esos que come todo ecológico, y a ser posible que no venga envasado y lo más cercano a como lo parió la naturaleza; porque claro, la malta vomita el *whisky* en botella de vidrio. Menos manzana, hay de todo lo fresco que puedas encontrar y en todos los colores. Desde que me viene a vivir ha dejado de comprarla y de consumirla en mi presencia. Bueno, lleva haciéndolo desde que pedimos el desayuno al servicio de habitaciones en un hotel en París y entre las rebanadas de unas deliciosas tostadas francesas se escondían varias rodajas de manzana caramelizada, y estaba tan bien camufladas, que tardé varios minutos en darme cuenta; lo que tardó en comenzar a darme una anafilaxia. Afortunadamente todo quedó en un susto, porque llevaba encima el autodifusor de epinefrina, pero Rafa desde aquel día, hace ya tres años, quedó traumatizado y se volvió obsesivo con el tema. Antes de instalarme, ya había eliminado cualquier rastro de manzana del piso y conseguido más epinefrina.

El caso es que mi fantasía de encontrar una *pizza* precocinada o una pasta de sobre se queda en eso, en una ilusión. En el último cajón encuentro una lasaña de verduras, mi favorita. Se me derrite el corazoncito, porque la compra por mí, él no se la comería ni aunque hubiese un apocalipsis y fuera el último alimento sobre la tierra.

Escucho la puerta de la calle abrirse. Gracias a que el piso tiene unificado en un espacio abierto el salón y la cocina, descubro a un Rafa vestido con camiseta azul marina de Nike, pantalón corto y zapatillas empapado en sudor visiblemente agotado, y no solo por el ejercicio físico.

—¿Cuánto tiempo llevas corriendo? —Me mira, pero no me responde—. ¿Quieres cenar algo?

—No tengo hambre —dice muy seco antes de encerrarse en su habitación.

Es más que evidente que Rafa no está bien, no hay ni rastro de ese hombre alegre, bromista y eternamente positivo al que nada le afecta con gravedad. Hasta ahora. Y aunque me apetezca más bien poco tener una conversación con él en este momento, es imperativo que hablemos. Reconozco estar algo preocupada.

Atravieso la cocina y el salón para situarme junto a su puerta, escucho el agua correr de la ducha, así que decido esperar a que termine introduciendo la lasaña en el horno. Quince minutos más tarde, justo cuando saco la lasaña y mientras dejo que se enfríe, golpeo con suavidad la puerta de su habitación.

Me abre manteniendo una distancia que jamás le había visto, apoyando una mano contra el marco y sujetando la hoja de la puerta con la otra. Tan solo lleva unos pantalones grises largos de algodón y varios mechones ondulados caen húmedos sobre un rostro estoico, gesto de lo más inquietante viniendo de él: expresión que no le he visto llevar ni pilotando. Me observa con cierta impaciencia esperando que diga algo, porque al parecer, él no piensa hacerlo.

—Deberíamos hablar.

—No hay nada que hablar —sentencia con severidad.

—Por supuesto que sí —aseguro yo.

—Estoy cansado, Blanca. —Y la sombra bajo sus ojos así lo demuestra.

—¿Qué pasó ayer? —me aventuro a preguntar ignorando sus palabras y dándole a entender que no me voy a rendir fácilmente. Pero no dice nada, ni se mueve, tratando de reafirmarse en una lucha silenciosa conmigo. Me doy cuenta de que así no voy a conseguir nada, así que intento una táctica distinta—. Siento haberte presionado con lo de Eva.

—No se trata de eso —dice con hastío soltando el marco de la puerta para apartarse el pelo de la frente.

—¿No? —Apenas puedo ocultar mi sorpresa.

—No.

—¿Entonces?

Separa los labios como si fuera a decir algo. Pero no lo hace. Y yo aprovecho para colarme por el hueco que ha dejado libre, atravesar la habitación y sentarme en la cama.

—¿Qué haces? —pregunta irritado.

—No voy a moverme de aquí hasta que hables conmigo y me cuentes qué es lo que ocurre.

Una parte de mí parece haberse tranquilizado al descubrir que, a diferencia de lo que aseguró Eva, no tiene nada que ver con lo que le dije; aunque esto no deshace por completo el nerviosismo interior que siento al verle en ese estado, tan alejado de lo que es él. Tan alejado de mí.

Exhala un resoplido antes de abandonar la habitación dejándome plantada sobre su cama, pero no pienso cejar en mi empeño y voy tras él. Me lo encuentro en el salón revisando el alcohol del mueble bar, con una botella de tequila en la mano.

—No sé qué coño te pasa, pero no creo que el alcohol sea la solución —arguyo, quitándole la botella para dejarla de vuelta a su lugar—. ¿La de Macallan que te bebiste anoche no fue suficiente?

—¿Puedes dejarme en paz?

—No, porque es obvio que no estás bien, Rafa. —Me planto delante de él llevando una mano a su brazo, esperando que el contacto ayude a derribar la barrera que ha interpuesto entre nosotros—. Soy yo. Somos nosotros.

Busco sus ojos y, tras ellos, encuentro un breve debate que termina por extinguirse, dando paso a un fuego que me hace recular un paso.

—¿Somos nosotros cuándo? ¿Cuando a ti te da la puta gana?

¿A qué coño viene esto? Mi primer impulso es mandarle a la mierda o darle un guantazo; pero, tras una respiración profunda con los ojos cerrados, con intención de perder de vista la inquina que leo en su rostro, consigo contenerme.

—No voy a tomar en cuenta lo que acabas de decir, porque sé que estás pasando un mal momento.

—¡Por supuesto que no vas a tomarlo en cuenta! Como buena artista que eres en manejar todo a tu antojo según te conviene. Consiguiendo que todos nos adaptemos a tus necesidades.

—Precisamente tú no eres el más indicado para hablar de conveniencia: me he pasado los últimos cinco años de mi vida adaptándome a tu maldito juego.

—AMBOS nos hemos adaptado, es lo que comúnmente se conoce como: «llegar a un acuerdo».

—El cual rompiste —le recuerdo, pasando por alto el puto tono condescendiente con el que acaba de hablarme.

—Técnicamente, eso no es cierto —sostiene con chulería.

—De acuerdo, no rompiste ESE, pero VIOLASTE otro. —Selecciono muy bien cada palabra, porque eso fue lo que hizo con mi confianza, abusar de ella, con violencia y alevosía—. Traicionaste mi confianza al acostarte con mi hermano, pisoteando todo lo que habíamos construido —aseguro, sosteniéndole la mirada con cierta dureza, pero también con tristeza. La misma que parece reflejar su rostro en este instante.

—No he vuelto a estar con nadie. —En mi expresión debe leer que necesito que amplíe la información que acaba de darme—. Desde que rompí definitivamente con Agustín no me he acostado con nadie. Solo contigo. Con vosotras.

—¿Y qué quieres? ¿Una medalla? Yo no te lo he pedido.

—Pero es lo que quieres.

—QUERÍA.

—Y ahora quieres una relación con Eva y conmigo. ¿Te das cuenta? Nunca nada es suficiente para ti —me recrimina.

—Eso no es cierto. Tú lo fuiste, pero la jodiste. Iba a dejarlo todo para irme contigo a la otra punta del mundo.

Se muestra reflexivo antes de volver a hablar.

—Todavía podemos hacerlo.

—No —respondo con sequedad.

—¿No? ¿Acaso no me has perdonado? Porque no has tenido ningún problema en meterme de nuevo en tu cama.

—Estoy enamorada de ti, ya lo sabes, eso no ha cambiado. Y te he perdonado, pero no termino de confiar en ti. De alguna manera nada volverá a ser como antes, Rafa. Además, estoy enamorada de Eva. —Me doy cuenta de la forma en que cambia su mirada al pronunciar el nombre de la otra en discordia—. Esa es toda mi verdad.

—Pues eso se acabó. No voy a participar más, si quieres estar conmigo ya sabes dónde encontrarme.

—¿Por qué ahora?

—Porque no te quiero compartir —dice con voz grave sirviéndose un chupito de tequila que se bebe de un trago—. Estoy harto de quedarme con las migajas.

—No es cierto. Hasta hace unas horas no tenías problema con ello. Todo esto... tiene que ver con lo que fuera que ocurrió ayer.

—Esta es mi propuesta, sigamos donde lo habíamos dejado antes de toda esta locura, pero sin terceras personas, sin juegos, tú y yo solos, Blanca. Ese es el nuevo acuerdo.

—¿El nuevo acuerdo? ¿Quién es el egoísta ahora? Has tenido que sentir que me perdías para ofrecerme lo que siempre quise. Para mí solo existe una opción, Rafa, y ya sabes cuál es. Estoy cansada de negociar, de partidas, estrategias, trucos...

—Así somos nosotros —sostiene.

—¡No! Tú me has arrastrado a ello.

—¡No vayas ahora de santa! ¿Si no por qué me has metido en este trío? ¡Necesitas el juego, la emoción de no tenerme del todo! Te encanta esa sensación. Me necesitas a MÍ —dice mientras se señala a sí mismo con un dedo.

—Eres un puto narcisista —espeto con desdén.

—Del que estás profundamente enamorada —afirma, rodeando mi muñeca con su mano para atraerme contra su pecho, anclando al mismo tiempo los dedos de la otra mano en mi nuca, llevándome a sus labios. Me ofrece un beso profundo y casi desesperado—. Lo que decía —dice con chulería sobre mi boca.

Enfurecida le empujo dejándome arrastrar por una ola expansiva que arranca en mi pecho, deslizándose por mis labios en un recorrido que no puedo detener.

—¿TE CREES QUE ESTO ES UN JUEGO?!

—Entre nosotros siempre lo es, Blanca.

—¡NO! ¡YA NO! —Niego con la cabeza.

—¡Claro que sí!

Me tapo la cara con las manos exhalando un bufido de rabia e impotencia, preparándome a soltar una de esas verdades que una piensa, pero que jamás pronuncias en voz alta.

—Ojalá algún día dejes de sufrir ese vacío que tanto necesitas llenar parcheando tu vida de aventuras de mierda, y encuentres la paz que tanto necesitas. Esto es la vida real, Rafa —remarco señalándonos a ambos—, no un puto juego. Igual cuando te enfrentes a la mierda que tienes dentro dejes de sentirte tan insatisfecho y de joder a los demás.

Me mira con los ojos muy abiertos. No se lo esperaba.

Comienza a aplaudir clavándome una mirada cargada de asco, como el gesto que muestran sus labios, comprimidos y curvados hacia abajo.

—Felicidades, parece que puedes ser más soberbia que yo. Pero claro, es que tú eres tan especial, tan única... Siento decírtelo, cariño, pero no eres un ángel caído del cielo, y bajo esa falsa seguridad que te empeñas en mostrar, lo único que se esconde es una enorme falta de autoestima. Así que no te preocupes tanto por mí y hazte cargo de ti misma, que buena falta te hace.

Estoy segura de que si me hubiese golpeado con la mano el dolor hubiese sido más leve. No abro la boca, pero al primer parpadeo, una lágrima desciende por mi mejilla.

Me doy la vuelta sin añadir una palabra y me meto en la habitación cerrando a mi espalda en un silencio escalofriante. Nunca antes habíamos sido tan cruelmente sinceros el uno con el otro.

Me dejo caer en la cama, escondiéndome bajo el nórdico de plumas, a pesar de que la calefacción mantiene la casa cálida, pero yo continuo helada desde ayer y la sensación térmica continúa sin aumentar. El ultimátum de Eva me dejó hecha polvo; las palabras de Rafa han sido una ventisca que se ha llevado las últimas motas que quedaban de mí.

Derramo algunas lágrimas más antes de caer profundamente dormida, soñando con una versión moderna de un recuerdo antiguo, papá y yo en el viejo Citroën cantando a todo volumen

canciones de Manolo García. Aunque solo sea de forma onírica sonrío mucho, y vuelvo a sentir calidez, y amor. Sobre todo, amor.



—Blanca... Blanca.

Me cuesta abrir los ojos, siento los párpados pesados y pegados, como si al dormirme hubiesen estado inundados de una gran humedad que al secarse los hubiese adherido por las pestañas; aun así, consigo despegarlos y enfocar la vista. En la penumbra de mi habitación veo a Rafa sentado en el borde de la cama, recortado por la luz que entra del salón a su espalda, mirándome con cierto pesar.

—¿Qué...? —No logro formular la pregunta, me encuentro aún adormilada. Tras restregarme los ojos con una mano, me incorporo sobre los codos tratando de despejarme—. ¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana —me informa, acercando la mano a mi rostro para apartarme un mechón de la frente, contemplándome con cierta ternura. Antes de que la pronuncie, veo en sus ojos asomarse una disculpa—. Lo siento. No pensaba lo que dije. Creo que no he sabido gestionar los últimos acontecimientos. —Hace una breve pausa antes de continuar—. En cambio, tú tenías toda la razón, tengo dentro mucha mierda a la que aún me cuesta enfrentarme. Me temo que me conoces muy bien —reconoce tras una triste sonrisa.

—¿Quieres hablar de ello?

Siempre he tenido la corazonada de que hay algo en su pasado muy duro, pero que jamás ha compartido conmigo, porque tal y como asegura, ni siquiera él es capaz de asomarse a ese lugar, así que la posibilidad de que algún día pueda hacerlo yo es casi una utopía. Pero no pierdo la esperanza.

—De eso no. —Quiere hablar de otra cosa, quizá...

—De lo ocurrido en el hotel —adivino.

—Era mi primera vez —dice bajito, desviando un segundo la mirada.

—¿Tu primera vez?

—Mi primera vez, Blanca —repite con impaciencia—. Soy activo.

Tardo más de lo que me gustaría en comprender lo que me está diciendo. Hablamos de sexo anal y roles sexuales.

—Eso quiere decir que tú nunca...

—Nunca.

—¿Cuando estás con tíos...? —Soy incapaz de terminar la pregunta; se me hace raro pensar en Rafa en esos términos con otras personas. Con tíos, concretamente.

—Siempre doy, nunca recibo.

Me mira muy serio. Pero no sé muy bien qué decir, estoy tratando de asimilar la información mientras una imagen de él dándole a mi hermano se cuela en mi mente revolviéndome el estómago. Puaj.

—¿De verdad nunca habías tenido sexo anal? —Reconozco que es algo que, simplemente, daba por sentado.

—No.

—¿Por qué?

—Siempre he preferido...

—Dominar —adivino, porque claramente para Rafa las dinámicas de poder en la cama se basan en la penetración—. Ok. ¿Y eso es un problema por...? No sé, siempre hay una primera vez para todo, ¿no? Has descubierto que te gusta que te penetren; porque te gustó —concluyo, afirmando la obviedad—. ¿Cuál es el problema? ¿Tan importante es eso?

—Sí —afirma con la mandíbula apretada.

Comienzo a estar un poquito hasta los ovarios de las etiquetas: activo, pasivo... Una anclada en la de «lesbiana» y el otro en la de «activo». Putas etiquetas.

—En el sexo hay miles de posibilidades y esta es solo una más. Activo, pasivo, versátil... ¡Qué más da! Lo importante es que disfrutaste. Te estás coartando a conseguir el máximo nivel de disfrute ajustándote a unos parámetros ciertamente anticuados, lo cual, por cierto, no te pega nada.

—No lo entiendes.

—Pues explícamelo. ¿Acaso crees que afecta a tu masculinidad?

—Simplemente me gusta dominar.

Hay algo que continúa sin encajarme...

—El problema es que te diera una tía, es eso.

—El problema es... ¡Da igual! —Se pone en pie de un salto—. Porque no va a volver a ocurrir.

—¿En serio tanto miedo le tienes a una polla por el culo? De verdad que quiero entenderte, Rafa. Si cediste por algo sería, ¿no?

—Sí, pero no va a volver a repetirse —asegura, fulminándome con la mirada.

—El problema no es que te hayan sodomizado, tampoco que haya sido una tía, es lo que has sentido. Sientes algo fuerte por Eva —argumento en voz alta.

—Bueno, solo quería disculparme por lo de antes —resuelve con intención de marcharse.

—¿Ya está, te vas? ¿No vas a decir nada más?

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Se me queda mirando fijamente, lo que me parece un tiempo que se me hace eterno, hasta que se gira dándome la espalda y antes de que abandone la habitación, logro detenerle con una pregunta.

—¿Por qué le tienes tanto miedo al amor?

Exhala todo el aire antes de volverse para mirarme.

—Simplemente... no soy esa clase de persona.

Me levanto y camino hasta él.

—¿De qué clase, Rafa? —inquiero, enlazando los dedos de una de sus manos con los de la mía—. ¿De los que escuchan? ¿De los que se preocupan por tu bienestar? ¿De los que piden perdón? ¿De los que muestran afecto? ¿De los que luchan por ti hasta el último momento? Porque tú haces todo eso, a tu manera, pero llevas haciéndolo muchos años.

—Solo contigo —asegura.

Doy un paso más que me obliga a elevar la vista para poder mirarle a los ojos.

—¿Me quieres, Rafa? —le pregunto con cierta exigencia.

Porque sí, nos lo hemos confesado en muchas ocasiones de forma velada usando nuestro propio idioma, no obstante, en este punto, eso ya no es suficiente.

Es él ahora quien me sujeta por los hombros, acercándose a su cuerpo. Estoy segura de

que puede escuchar el acelerado palpitar de mi corazón, que ha comenzado a bombear con fuerza de anticipación.

—Con todo el puto corazón, Blanca. Nunca he sentido algo así por nadie.

Me explota el pecho con una fuerza desmedida y, aun así, siento que no es suficiente.

—Dilo.

—Te amo, joder —asegura antes de estrellar sus labios contra los míos con ímpetu, enmarcando mi cara entre sus manos.

¡Ahora sí!

Nos besamos enfebrecidos, como si lleváramos años sin hacerlo. Teniendo en cuenta que es la primera vez tras cinco años de juegos que Rafa muestra sus cartas, podríamos afirmar que estamos ante el beso más honesto que probablemente nos hayamos dado nunca. Lo que no quita que Eva se cuele en mi cabeza, porque, en realidad, siempre la tengo en mente. Pero... me siento incapaz de detener una fuerza de la naturaleza como esta.

—Somos nosotros —susurro sobre sus labios.

—Siempre —asegura, colando las manos bajo mis muslos para levantarme, obligándome a rodear su cadera con las piernas.

Entierro los dedos entre los mechones de su pelo del que me llega el cítrico olor a lima de su champú, mientras nos comemos la boca con desesperación y cierta intimidad, porque, ¿cuánto tiempo hacía que Rafa y yo no intimábamos a solas? Es diferente a cuando estamos los tres. Ni mejor ni peor. Tan solo diferente.

«Eva».

—No podemos —le digo, apartándome de su boca, aferrada aún con posesión a su cuerpo —, ya no entiendo esto sin ella.

—Esto, Blanca, es entre nosotros.

Y no hay mayor verdad que esa. Porque aquí existen diferentes «nosotros»: Eva y yo, somos un «nosotros»; Eva, Rafa y yo, somos otro «nosotros»; pero también existe un «nosotros» para Rafa y para mí. Incluso, y aunque ellos aún no sean capaces de reconocerlo, existe un «nosotros» para Rafa y Eva, en solitario, sin mí. Una realidad que hace que aflore a la superficie todo lo que siento por Rafa, sin que pueda (ni quiera) hacer nada por evitarlo. De ahí que regrese a sus labios, afianzando lo que acaba de asegurar, porque sí, esto es algo único y entre nosotros. Nosotros dos solos.

—Lo es —confirmo.

En el recorrido que hace Rafa llevándome a su habitación, me doy cuenta de que la música está puesta en el salón, a un volumen bajito, pero lo suficientemente alto para que reconozca *Condemnation* de Depeche Mode, y en lo que entramos en su habitación y me deja en su cama con suavidad, escucho una frase («No mostraré arrepentimiento»), que me hace exhalar una irónica sonrisa. Rafa, tendido sobre mí, sujetándose con los brazos junto a mi cabeza, me mira esperando una respuesta y, sin que tenga que hacerme la pregunta, se la doy.

—Jamás podría arrepentirme de esto. —Aun sabiendo que estoy siendo desleal a Eva, ni siquiera soy capaz de sentirme mal por ello, y para mí tiene todo el sentido. La única emoción que siento a este respecto es impotencia, porque si ambos admitieran la realidad, ESTO no sería un engaño, tan solo la naturaleza misma en movimiento—. Tampoco me arrepiento de estar con ella sin ti.

—Lo sé —susurra en mi oído antes de succionar el lóbulo entre sus labios y comenzar a besar la piel de mi cuello.

Rafa es un amante generoso y atento, siempre lo ha sido conmigo; también le he visto serlo

con Eva. Solo he compartido cama con otros dos tíos antes, mi primer novio, que era bastante mediocre; pero como fue el primero (en todo) no tuve con qué comparar hasta que llegó Seth, con el que disfruté a lo grande; pero hoy, después de cinco años con Rafa, si tuviera que valorar al irlandés no sé si sería tan justa: Rafa ha puesto el listón muy alto. Lo suficiente como para que sepa reconocer a un buen amante de uno espectacular. Y Rafa es espectacular. Y no lo digo porque esté enamorada de él, lo digo a pesar de estarlo, soy capaz de ser completamente neutral en esto. Él, siempre, siempre, siempre, excepto el día que me cede el control, se centra primero en mi placer, haciendo lo que sea necesario para que me corra al menos dos veces antes de que él lo haga; y siempre sabe cómo conseguirlo. Como ahora que, por supuesto, ya ha tomado el mando desnudándome entre caricias y besos; aunque con una lentitud impropia, casi como si estuviera memorizando cada diminuta parcela de mi piel.

—Rafa... —jadeo, contemplándole descender por mi cuerpo.

—No sé en qué estaba pensando... —murmura para sí mismo, en esa costumbre tan suya que consiste en articular pensamientos en voz alta, como si no se diera cuenta de ello.

Hacía tiempo que no le escuchaba hacerlo.

Curiosamente, esa peculiaridad suya me saca una sonrisa que parte desde lo más hondo de mi corazón, quizá porque es como si abriera una rendija a una parte de sí mismo que nunca muestra. Una muy inocente que le hace casi vulnerable, un fallo en el sistema que humaniza a este hombre que insiste en mostrarse desprovisto de sentimientos de tipo romántico. Cuando en realidad, alberga en su interior mucho amor cargado de ternura, uno que saca poco a la luz, y que curiosamente hoy, permite asomarse gracias quizá a la penumbra que nos envuelve con su frente pegada a la mía antes de penetrarme con suavidad, susurrando por primera vez, esas palabras que llevan pendiendo entre nosotros demasiado tiempo como para seguir ignorándolas.

—Te quiero, Blanca.

—Te quiero —gimo en respuesta, acogiendo su erección (y esa confesión) en lo más profundo de mi ser.

Tumbado sobre mí, con las manos junto a mi cabeza me observa, sus ojos cerúleos se abren paso de la misma manera que lo ha hecho su confesión y lo hace su cuerpo, conquistando cada centímetro de mi ser como nunca antes. Por varios frentes, volviéndome extrañamente vulnerable, debido quizá a todo el tiempo que llevo esperando este momento.

Mis manos recorren la amplitud de su espalda, permitiendo a las yemas de mis dedos guiarse por el entramado de su musculatura, que se contrae y relaja con cada nuevo empuje en mi interior. Siento su polla dura y cálida hundirse cada vez más profundo. Nuestros cuerpos permanecen pegados, jamás han estado más unidos; hay algo que traspasa lo físico, ¿será eso llamado amor? Hacía mucho que no hacíamos esto. En realidad, creo que nunca antes lo habíamos hecho. No al menos de esta manera.

—Blanca... —exhala sobre mi boca saciando una sed que no sabía que tenía.

Rafa consigue que todos mis sentidos se agudicen y se multipliquen en todas direcciones, ocurren tantas cosas al mismo tiempo que no sé a qué atender: como las gotas de sudor de su pecho, que penetran en mi piel despertando cada centímetro de mi cuerpo, o el intenso sabor a mora que con su lengua distribuye en mi boca, haciendo que me cosquillee la mandíbula; porque a eso sabe un «te quiero» en la boca de Rafa, a frutas silvestres.

No puedo apartar los ojos de él, de la veneración con la que me mira, me trata y demuestra ese amor recientemente confesado. Y todavía, ansío tenerlo más cerca, aunque no sea humanamente posible. Pero él decide alejarse, clavando las rodillas sobre el colchón, y tras un reguero de besos a lo largo de mi pierna derecha, que termina con sus labios en la planta de mi

pie, la sitúa sobre su hombro contrario, profundizando la penetración. Un ángulo que permite a su polla golpear el punto exacto de la manera perfecta, atendiendo al mismo tiempo mi clitoris con la sabiduría de un amante que conoce tu cuerpo a la perfección.

—Así... no pares —le pido, intercambiando una sonrisa cómplice, porque nadie como él conoce y reconoce mi cuerpo, las señales que indican que me encuentro a las puertas del que intuyo no será mi primer orgasmo esta noche.

En el momento adecuado detiene sus dedos y acelera sus acometidas, amplificando así mi excitación.

—Sí... Rafa —jadeo su nombre justo antes de que aplaste su boca contra la mía, en el momento exacto que siento la oleada de calor partiendo de mi vientre para repartirse por mis extremidades como un fogonazo.

Se detiene solo un instante para besarme con una orgullosa sonrisa iluminando su rostro.

—Otra vez —dice, llevándose mi otra pierna al hombro, balanceándose, con la respiración trabajosa, logrando que en pocos segundos alcance un segundo orgasmo que parece alargarse casi hasta el infinito, aprovechando para compenetrarlo con el suyo.

—Te quiero —dice, derramándose en mi interior—. Siento no habértelo dicho antes.

Sin que me dé tiempo a verlo venir, se desata en mí un llanto profundo e incontrolable. Algo que nunca antes me había pasado. Pero es que nunca antes Rafa había reconocido sus sentimientos por mí de esta manera, con palabras y a través de la piel. Con una muestra tan cruda.

—¡Ey!, Blanca. —Lleva su mano a mi cara, todavía en mi interior, recogiendo con el pulgar algunas lágrimas—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Asiento con levedad y le aparto, alejándome de él, necesito coger aire y darme tiempo para encontrar las palabras que den sentido a lo que todo esto parece haber desatado dentro de mí.

Rafa espera arrodillado con paciencia sobre el colchón, observándome con cierta preocupación mientras me acomodo con la espalda en el cabecero en lo que ordeno mis ideas. Termino cubriéndome con la sábana, ya que comienzo a tiritar, quizá porque el sudor que cubre mi piel ha empezado a enfriarse. A Rafa, en cambio, que está mucho más mojado que yo, no parece afectarle en absoluto.

—Hace tres meses esto hubiese sido perfecto —busco su mirada antes de continuar— pero ahora...

—No es suficiente —adivina con tristeza.

—Es como si faltara una parte de mí... Cuando estoy a solas con ella me ocurre lo mismo. No puedo elegir.

—¿Y qué quieres, Blanca? —pregunta con severidad, como si acaso no supiera ya la respuesta.

—Que reconozcas lo que sientes por Eva. Es la única manera.

Su silencio es una negativa. Y yo... yo ya no puedo sostener más esta situación, hay demasiadas emociones involucradas y las tengo todas a flor de piel.

Me levanto de la cama con intención de marcharme, pero Rafa me agarra de la muñeca tratando de retenerme.

—¿Qué haces?

—Tengo que irme. No me pidas que me quede contigo, porque no lo haré. No puedo elegir a uno, os quiero a los dos. Y no puedo esperar otros cinco años a que reconozcas lo que sientes por ella.

De nuevo, no dice nada. No tiene huevos para hacerlo. Y ni siquiera me sorprende.

Me suelto de su agarre recogiendo la camiseta y las bragas del suelo.

—Dejo el piso. Es lo mejor —le informo, sin mirarle mientras me visto.

—¡No digas tonterías! —exclama, poniendo los pies en el suelo, pero no mueve ni uno—. Ven aquí y hablemos con tranquilidad, por favor.

Su mirada es suplicante, no así el resto de su cuerpo, que permanece sobre las sábanas en un quiero y no puedo, porque no muestra ese impulso real por detenerme, porque eso supondría tener que sacar una parte de él para la que no está preparado. Lo que despierta en mí una profunda rabia ya conocida viéndole titubear, alargando este áspero silencio, buscando desesperado algo que decir que logre retenerme no solo en esta habitación, también en su vida.

—Si no vas a reconocerlo, mejor no digas nada. —El silencio se mantiene, confirmando lo que ya imaginaba: no va a decir nada—. ¿Sabes, Rafa? Peor que mentir, es silenciar la verdad.

Echo a andar en dirección a la puerta; y antes de que me dé tiempo a abandonar la habitación, con la mano ya en el pomo, sus palabras me paralizan como resultado de una gran decepción.

—Te mereces algo mejor que yo, Blanca, esa es la verdad —arguye con cierto pesar, pero también con un honesto convencimiento; no es una idea que se le acabe de ocurrir, eso está más que claro.

Sin girarme para no verle la cara y que no vea el dolor en mi rostro, además de nuevas lágrimas en mis ojos, le respondo con la misma honestidad y la mejor de mis enterezas.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Salgo de esa habitación consciente de que esta vez sí, esta relación se ha terminado para siempre. Después de haberle perdonado por engañarme, de haber aceptado convertirse en el vértice de ese triángulo, de que haya sido capaz de abrirme su corazón y confesar sus verdaderos sentimientos... Lo que fuera que había se ha roto, él lo ha roto, porque sigue siendo un puto cobarde. Un niño acojonado ante la idea de sentir y de comprometerse. De hacerse adulto. Porque no hay nada más adulto que hacerte cargo de tus emociones; también de las del resto. Mirarlas a la cara. Rafa no está preparado para ello y no sé si algún día lo estará. Y yo ya no pienso quedarme más tiempo a comprobarlo. No voy a convertirme en la madre de nadie, me aterroriza parecerme en lo más mínimo a Miriam y a lo que tiene con Manu.

En el salón suena *My favourite game* de The Cardigans, una canción que curiosamente resume bastante bien lo que han sido estos cinco años con este hombre al que se lo he dado todo, porque es más que evidente que «estoy perdiendo en mi juego favorito [...] mi experimento no nos lleva a ninguna parte [...] lo intento, pero sigues siendo el mismo». Y yo, lamentándolo mucho, ya no soy la misma.

Me encierro de nuevo en esta habitación prestada que cada vez se me hace más extraña, porque al final (como Sting), soy una extranjera legal en este lugar. Me jode reconocerlo, pero mudarme con Rafa ha sido un completo error (¿soy yo, o comienzo a sonar como mi hermano?). Él no quiere compañía, no está preparado para ello, y yo he invadido un espacio que en realidad nunca ha estado disponible. Algo que en realidad ya sabía, pero que decidí ignorar egoístamente aferrándome a su generosidad, porque Rafa puede ser muchas cosas, pero jamás dejaría en la estacada a alguien a quien quiere, o a quien ama, como es el caso. Y yo me vi incapaz de desaprovechar esa inaudita puerta abierta. Hablamos de Rafa, hermético emocional con treinta y ocho años de experiencia. En cualquier caso, fue una mala idea desde el minuto uno. Revelación que me ha llegado de golpe con los últimos acontecimientos, porque de verdad que hasta entonces no era capaz de verlo, estaba convencida de que ese era el camino correcto para conseguir mi propósito: consolidar esta trieja. Sin embargo, la he cagado por completo, y eso que

las señales han sido claras y aplastantes como un meteorito, al que, por desgracia, no he visto venir hasta que lo he tenido encima: Adán presentándose en la habitación del hotel, Rafa estallando en furia y Eva poniéndome un ultimátum. Sin olvidarnos del épico final al acostarme con Rafa a espaldas de Eva, convencida de que toda esa insólita honestidad abría una puerta a que reconociera el amor que siente por ella. Pero no ha ocurrido, ni va a hacerlo nunca.

Son las cuatro de la mañana y me siento incapaz de meterme en la cama en este momento. De ahí que me ponga a recoger y a meter toda mi ropa de vuelta en las maletas con la clara decisión de largarme de este lugar. No sé adónde, pero a eso me dedico las siguientes dos horas tendida sobre la cama, a hacer una búsqueda intensiva de algo disponible y que me pueda permitir, hasta que me quedo dormida y me despierto bien entrada la mañana a causa de la luz que entra por la ventana y me da de lleno en la cara. Consciente de que Rafa no está porque recuerdo que hoy curraba, abandono mi guarida topándome con una nota manuscrita en la encimera de la cocina, que leo con el mayor desdén de mi vida: «Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. Ya lo sabes». Con suerte, antes de que vuelva me habré largado.

Y es que anoche, desesperada, le envié un mensaje a Aurora recordándole que mi estancia en esta casa era temporal y que seguía buscando casa, a ver si por casualidad sabía de algo. Y parece que el destino en esto se ha puesto de mi parte, porque justo antes de dormirme recibí un mensaje de vuelta con buenas noticias. Mi amiga es de esas del Club de las cinco de la mañana, algo que encontré bastante útil hace unas horas, cuando recibí su respuesta diciéndome que Bella tiene un piso que se le acaba de quedar libre. Quince minutos más tarde tenía una respuesta de Bella, que debe ser también del mismo club madrugador, porque confirmó la visita para hoy a las cinco.

De quien no he recibido noticias es de Eva, supongo que su postura quedó tan clara como la mía anoche con Rafa. Ella quiere que la elija a ella y yo, que ellos se elijan. Pero parece que no hay manera de que pueda tenerlos a los dos y estoy agotada de darle vueltas al asunto; como sé que voy a seguir haciéndolo, al menos que sea fuera de casa. Me ducho, me visto y me largo a desayunar y pasear un rato por Madrid, esperando que mi querida ciudad no me pida también exclusividad, porque entonces sí que estoy bien jodida. «Ahora solo me quedas tú, cariño. Tratemos de llevarnos bien».

Me meto en el ascensor arrastrando los pies, sobrepasada con la mezcolanza de sentimientos, muchos de ellos encontrados. Porque no puedo ignorar el pellizco de tristeza (quizá sea arrepentimiento camuflado) por haberla cagado acostándome con Rafa, porque por muy natural e inevitable que fuera lo ocurrido entre nosotros, le he fallado a Eva, confirmando así sus sospechas y reafirmando sus miedos. Al parecer sí que puedo ser igual de miserable que sus anteriores parejas, o peor, probablemente la he perdido para siempre; si es que no lo hice después de dejarla marchar de la dichosa habitación de hotel sin darle lo que me estaba pidiendo. Pero de verdad que no podía.

Lo que jamás hubiese imaginado es que Rafa decidiera también, en menos de veinticuatro horas, ponerme un ultimátum. Les he presionado y ellos, me han presionado a mí.

Abandono el edificio emocionalmente revuelta, sobrepasada incluso, con la cabeza gacha y la mirada perdida en la calzada gris. Apenas he dado un par de pasos cuando escucho que alguien pronuncia mi nombre a mi espalda. Una voz que eriza mi piel.

Me giro con cautela, por un momento creo que al igual lo he imaginado, pero el hombre alto, de espalda ancha, vestido con elegancia y bien parecido, repite de nuevo mi nombre de forma interrogativa, como si no terminara de creérselo: yo tampoco lo hago. No se trata de ninguna fantasía.

Levanto la cabeza con cierta pereza, reencontrándome con unos ojos negros que no pensé volvería a ver en la vida, pero ahí están, inquietantemente amables, observándome con cuidado y cierta ternura. ¡Tiene que ser una broma!

—No estaba seguro si eras tú, hace mucho tiempo. —Su voz es más grave de lo que recordaba.

«Señor, ¿esta es tu manera de castigarme por todos mis pecados? ¿Me mandas a uno de los tuyos para que me redima? ¿A él, además? Dile a mi madre que rece con más fuerza, porque eso no va a ocurrir».

—Greg —artículo con visible asombro y quizá algo de espanto, porque en mi actual condición personal de auténtico caos lo menos que espera una es encontrarse a su ex.

Honestamente, debo tener una pinta de mierda.

—¿Estás bien? —Veo cómo contiene el impulso de tocarme retrocediendo la mano que había empezado a mover en mi dirección, pero que termina pegada a su cuerpo formando un puño con ella—. Tu hermano me dijo que te encontraría aquí —me aclara al ver que no respondo a su pregunta y que mi confusión es francamente visible.

Han pasado muchos años, y no siento que le deba ninguna charla amistosa después de cómo terminaron las cosas. Además, tengo demasiadas emociones agitándose dentro de mí que me impiden tener un pensamiento claro y conciso en este momento.

—Perdona, ¿mi hermano dices?

—Solo quería entregarte esto —dice, tendiéndome un sobre que miro como si me estuviese enseñando un imán para la nevera que me hubiese traído como souvenir de Las Vegas—. Agustín y yo seguimos yendo a la misma iglesia —me aclara con información que en realidad ya conocía—. No solemos hablar mucho, la verdad, aunque hace un par de semanas me pidió que me quedara después del culto; creí que quería comentarme algún tema de la Iglesia, pero en realidad, me estuvo haciendo algunas preguntas. —Carraspea cubriéndose la mano con el puño antes de continuar—. Sobre nosotros.

Intuyo que mi cara en este momento debe ser como la mujer esa del meme que trata de descifrar una compleja ecuación.

—¿Qué tipo de preguntas? —Voy a matar a mi hermano, en serio.

—Era un niño —suelta de forma abrupta, como si hubiese estado conteniendo esas palabras desde hacía mucho y ya no pudiera sostenerlas por más tiempo. Mientras yo, a cada segundo que paso junto a este fantasma de mi pasado, me siento más confundida (mantén el meme en tu cabeza, porque yo continuo ahí)—; un niño, en realidad. La cagué y mucho, Blanca. Siempre me he sentido mal por todo lo que ocurrió y por cómo te traté.

—Bueno, seguro que ya le has rezado a Dios para que te perdone y estás libre de todo pecado, puedes quedarte tranquilo. —Soy incapaz de ocultar el tono sarcástico, más que nada, porque se lo merece—. Yo no puedo decir lo mismo —añado con cinismo.

Él continúa a lo suyo, como si no me hubiese escuchado.

—Únicamente quería darte esto. —Coge mi mano con una suavidad que me es extraña, nunca antes conocí en él ese cuidado, rodeando mi muñeca entre sus dedos para entregarme el dichoso sobre. Y no es mi intención, pero termino cogiéndolo—. Yo solo... lo siento. Te merecías algo mejor —concluye, usando las mismas putas palabras que Rafa hace unas horas, parece un chiste, por desgracia no lo es.

Da un paso atrás, observándome minuciosamente, como si estuviera memorizándome antes de darse la vuelta para marcharse, y algo me dice que esta vez sí, para siempre.

Bajo la vista al sobre en cuanto dobla la esquina y desaparece con esa ropa que antaño él

mismo habría tachado de «pijo»: abrigo de lana gris claro, jersey de cuello *smoking*, pantalones de pinza y relucientes zapatos negros, y que ahora viste como si hubiera nacido para llevarla, porque reconozcámoslo, le queda como un jodido guante. El cabrón encima está más guapo de lo que recordaba.

Pasan varios segundos y continúo paralizada sin entender muy bien qué acaba de ocurrir, por qué tengo un sobre del primer amor de mi vida en la mano y cómo es que sus últimas palabras han sido exactamente las mismas que las últimas de Rafa. Lo único que queda claro, es que todos estamos de acuerdo en que merezco algo mejor, yo la primera. Así que voy a ir a por ello. A por ella, en realidad.

IRA
Greg



«Del lat. *ira*.
Sentimiento de enfado muy grave y violento».

19

Greg (2010)

«¿Quién se mantendrá de pie ante su furor? ¿Quién resistirá el ardor de su ira?
Su furia se derrama como fuego, y las rocas se parten ante él».
(Nahum 1:6)

Nos conocíamos desde los tres años, nuestros padres eran amigos y casi se puede decir que crecimos juntos. Pero no fue hasta tu trece cumpleaños que me fijé en ti, que te vi como a una chica, por primera vez. Yo tenía cinco años más que tú y llevábamos cerca de dos y medio sin vernos, y aquel soleado catorce de abril, mientras soplabas las velas de tu tarta de nata y fresas, lo sentí: me había enamorado de ti.

Blanca y su vestido verde de flores.

Blanca y su pelo largo, negro y brillante.

Blanca y sus enormes ojos verdes.

Habías cambiado mucho desde la última vez que nos habíamos visto, te habías desarrollado y me costaba encontrar a aquella niña tímida en aquella preciosa mujer que parecías tratar de ocultar, pero que ahí estaba. Igual que el sudor en mis manos cuando me acerqué a saludarte y el agitado latir bajo mi pecho cuando me sonreíste tras pronunciar mi nombre con evidente sorpresa: «¿Greg?».

Gregorio es mi nombre, el de mi padre, mi abuelo y cuatro generaciones más que hemos tenido la desgracia de heredarlo. Ya sabes que siempre he odiado ese nombre, por eso desde que empecé a tener uso de razón (y algo de buen gusto) obligué a todo el mundo a que usara ese diminutivo. A mis padres no les hizo demasiada ilusión, especialmente a mi progenitor, que lo consideraba una ofensa. ¡Una ofensa era llevar ese nombre! Igual ahí empezó la rabia que sentía hacia el mundo y que gestioné de la peor manera: contra ti.

Mirándome a través de unas densas pestañas negras me diste las gracias por acudir a tu fiesta. Mi respuesta a tu amable bienvenida fue un gruñido que te hizo sonreír con timidez, más tarde se convertiría en una de esas cosas que no soportarías de mí. No te culpo, siempre fui un cretino, y tú una víctima de las hormonas que bullían dentro de aquel chaval que recién estrenaba los dieciocho años.

«¿Cuántos años cumples?», me interesé. «Trece», susurraste en un hilo de voz con las mejillas coloradas. «¡Pues parece el cumpleaños de una niña de cinco!», me burlé. «Solo falta que te regalen una muñeca», añadí, carcajeándome.

¿Y qué te regalaron aquel día...? Una muñeca. Y yo, como era así de capullo, fui a hacer leña del árbol caído, mostrándome como pensaba debía portarse un «hombre». Al menos era la manera en la que mi padre trataba a mi madre: no creí que estuviera haciendo daño alguno. «¿Eres demasiado mayor para jugar con muñecas?, ¿no crees?».

Yo ya no veía a una niña y no me entraba en la cabeza por qué iba a jugar con ellas una tía tan buena. Tú, no dijiste nada, tan solo me mirabas con las mejillas cada vez más encendidas.

«Estás muy guapa. Me gustas, ¿sabes?», aseguré, tocándote ese cálido lugar. Recuerdo que frente a ti me sentía excitantemente poderoso. «¿Te gusto, Blanca?».

Mis palabras tan directas te descolocaron. Como si repentinamente el mundo hubiese dado una vuelta demasiado rápida. Dejaste caer el brazo a un lado de tu cuerpo, el mismo que sostenía la caja de aquella muñeca

mientras te llevabas la otra mano a la mejilla, al punto exacto en el yo te había tocado.

Me acerqué y te besé en los labios. Fue rápido, algo torpe y con un poco de lengua.

Me separé y me fui al salón con el resto de adultos.

Veinte minutos más tarde volví y te encontré en tu habitación, sentada en la cama, con la mirada perdida en aquella muñeca que mantenías aún en su caja y sobre tu regazo. Estuve rato observándote sin que te dieras cuenta, y aunque en aquel momento no pude interpretar esa mirada, con el tiempo supe reconocer lo que te había arrebatado: la inocencia.

Cuando dejaste caer la muñeca al suelo me fui. Lo que vi me impactó tanto que no tuve valor para quedarme. Pero volví al día siguiente, porque no fue suficiente con arrancar aquella bella flor que apenas estaba formándose, no eras más que un minúsculo brote, y yo me obsesioné contigo como no ha vuelto a ocurrirme en la vida; quizá debido a mi inmadurez o a que eras lo más puro que había conocido hasta la fecha. No lo sé, pero había una realidad innegable, y es que te apresé en un puño que no fui capaz de aflojar hasta tu dieciocho cumpleaños, cinco años más tarde, el mismo que terminé contigo. Gruñí, di un portazo y salí de casa de tus padres dejándote en evidencia frente a ellos. Mi salida de tu vida fue tan brusca como lo había sido la entrada, porque así era yo, un puto animal.

Y aunque me duela, porque te amé con locura (igual ese fue el problema), nadie debió haber permitido aquella relación, pero todos miraron a otro lado. Yo era el hijo del pastor y acababa de bautizarme, todos confiaban que cuidaría de ti y, por supuesto, que llegaríamos vírgenes al matrimonio; algo que claramente no ocurrió. Tus padres, desesperados por ser acogidos en la iglesia, te hubieran dado en sacrificio si hubiese sido necesario, especialmente tu madre, a la que siempre he tenido especial aprecio, pero reconozco que no me gustaba la manera en la que solía tratarte. Esto me hace darme cuenta ahora de que debí haberte escuchado y apoyado más, tal y como requerías de mí en aquella época, pero tenía la cabeza tan metida en mi propio culo, con la presión que mi propio padre ejercía sobre mí, que no era capaz de ver más allá. No me acerqué lo más mínimo al compañero que te merecías, Blanca, y no sabes cuánto lo lamento.

Pero crecí con la creencia de que los hombres nacían con cierto poder sobre la mujer, lo que me permitía coger lo que quisiera cuando quisiera, y a la vista está, porque eso fue lo que hice exactamente contigo: adueñarme de ti sin pedir perdón, ni mucho menos permiso. Me pudo el egoísmo de sentirte como mi remanso de paz en medio de la tormenta, lo único que me ayudaba a calmar la tensa situación de casa. Me aferré a ti, a una niña, como a una tabla de salvación. Madre mía, lo pienso ahora y se me ponen los pelos de punta. No cabe duda de que el tiempo y la distancia dan mucha perspectiva, de ahí que terminara dándome cuenta de lo terrible que había sido lo que te hice, pero ya era demasiado tarde.

Lo supe mucho antes de que tu hermano viniera a hablar conmigo, ni siquiera me sorprendió, supongo que siempre supe que en algún momento me tocaría pagar por mis pecados. Agustín me confirmó que había tenido una reunión con los diáconos y el anciano de nuestra iglesia respecto al hecho de haber tenido relaciones (contigo) ya bautizado y fuera del matrimonio. Y no es algo común pasado ya tanto tiempo, pero tampoco una locura que me hayan excomulgado con carácter retroactivo y por tiempo indefinido. Me parece justo y tiene todo el sentido.

Como te decía, llevaba tiempo con la incómoda sensación de llevar una pequeña piedra en el zapato que poco a poco parecía hacerse más presente. El punto de inflexión se dio tras el nacimiento de mi hija Carla, en ese instante algo cambió dentro de mí y ya no pude obviar la sensación entre mis dedos; pasó de ser un diminuto guijarro a una roca de grandes dimensiones imposible de ignorar. Fue entonces cuando los recuerdos comenzaron a avasallarme... ¡Joder, tan solo tenías trece años! Y aunque todo lo ocurrido entre nosotros fue consentido, está claro que no estuvo bien, eso es algo innegable.

La cita que he escrito al principio de esta carta siempre me ha hecho pensar en mi padre, y fíjate cómo es la vida, todo lo que luchamos por no parecernos a nuestros padres y en retrospectiva, me porté de la misma manera (o peor) que él; creo que no hay mejores palabras para resumir cómo me comporté contigo que esas. Viví aquellos años tan lleno de ira...

Esta no es una carta de reconciliación, Blanca, no merezco nada parecido a eso. No tiene sentido reclamar algo que no supe valorar en su momento. Me gusta creer que al menos en eso he madurado.

Esta es una carta de disculpa.

Quizá, de nuevo, vuelva a ser egoísta, porque siento que el castigo que se me ha impuesto es insuficiente, más cuando jamás has recibido una disculpa de mi parte, siendo esto lo mínimo que te mereces, aunque a estas alturas eso no vaya a cambiar nada. Igualmente...

Lo siento, Blanca.

Siento que todos aquellos adultos decidieran mirar hacia otro lado, porque de alguna forma a cada uno le

convenía. Ahora entiendo a qué te referías cuando decías aquello de «Nadie me ve, Greg», porque yo fui el primero en ignorar lo que tenía delante: una niña perdida que, efectivamente, nadie comprendía.

Ojalá puedas perdonarme, tampoco te culpo si no lo haces, yo aún lo estoy intentando y la verdad, no sé si algún día llegaré a hacerlo plenamente. Pienso en la pequeña Carla y en que alguien se porte con ella como yo lo hice contigo y me vuelvo loco. Y ese, quizá, sea mi verdadero castigo.

Espero de corazón que tengas a alguien a tu lado que te cuide como te mereces. De la forma que yo no supe hacerlo.

Greg.

* * *

Cuanto más cambian las cosas, más permanecen igual.

Eso es lo que me demuestra tu carta, que después de doce años no eres más que una versión descafeinada de ti mismo, paternalista y jodidamente condescendiente. Abriendo esta misiva con una cita bíblica con la que seguro sientas que de algún modo rebajas toda la mierda que me hiciste pasar.

Mira, Greg, si hay algo peor que el hecho de que tantos adultos, incluyendo mis propios padres, permitieran esa relación entre una niña y otro adulto (que ya tenías pelos en los huevos, amigo), es la puta condescendencia que te permites usar en tu carta. ¿De verdad eso es lo único que recuerdas? ¿Que arrancaste una bella y virgen flor del campo? ¡Manda cojones!

Pobrecito, que tu padre era muy duro contigo. Pero, recuérdame, por favor, ¿contra quién estrellabas esa ira que acumulabas contra tu padre? Conmigo, claramente. Nunca fue algo físico, jamás me pusiste la mano encima (de manera violenta me refiero, porque sexo hubo y muy pronto); sin embargo, sí que se convirtió en un control psicológico que me anuló por completo. Entre mi madre, la Iglesia y tú, lograsteis borrar lo poco que había en aquella niña a la cual moldeasteis a vuestra (puta) medida. Y yo lo permití, obviamente, porque siempre viví agradando, porque pensaba que de eso se trataba. Porque no tenía ni puta idea de quién era yo, pero sí de lo que se esperaba de mí: una buena hija, una cristiana modélica y una novia complaciente.

Mucho lamento; pero no has sido capaz de escribir ni una sola vez en ese papel la palabra que define lo que hiciste conmigo: ABUSAR. Usaste tu influencia, tu edad y tu poder para aprovecharte de una niña que apenas estaba abandonando los doce años. Igual las niñas de hoy en día a esa edad son más espabiladas, tienen acceso a una información que yo desconocía (estoy segura de que tu hija será de otra pasta), pero yo crecí bajo el yugo de un dios que, como un Gran Hermano, observaba cada segundo de mi día y me castigaría si me salía del camino marcado, con el miedo constante de no errar y deshonorar a mi familia. ¿Sabes, Greg? Tardé mucho tiempo en darme cuenta lo traumático que fue abandonar mi niñez tan temprano. Algo que debería haber sido una transición natural, de alguna forma me dejó secuelas.

Después de ese «inocente» beso me encerré en mi habitación y me pasé toda la noche llorando sin entender muy bien por qué. Doy por sentado que el resto de niños transicionan de forma natural de la niñez a la adultez: tú, me secuestraste, porque de otra manera, sé que no hubiera ocurrido a una edad tan temprana en mi vida. En el colegio tenía compañeras de clase que ya habían comenzado a beber y se habían enrollado con algún tío; en mí no había despertado aún el interés por nada de eso. Entonces, tu beso lo cambió todo.

Al día siguiente me bajó la regla por primera vez y me sentí tan traicionada por mi cuerpo..., parecía darte la razón afianzando esa idea de que «Blanca, ya no eres ninguna niña», pero yo quería serlo. Me aferré hasta el último segundo. Sentí un profundo conflicto interno. Ese beso y tus palabras me dejaron muy confusa, y para cuando volvimos a vernos ya me había deshecho de todo lo que representaba mi niñez, porque no tenía otra opción. Aunque me quedé con aquella muñeca, esa que aún guardo sin saber muy bien por qué, y me cuesta mucho ahondar en ello, así que no lo hago. Sé que tengo algo pendiente ahí, pero no estoy preparada para entrar en ello, y que vengas a recordarme todo esto me pone de muy mala hostia, la verdad. Toda esa época despierta en mí una rabia que apenas puedo contener, y que queda patente en cómo clavo la punta del bolígrafo sobre este papel, rasgándolo, de la misma forma que he sentido tus palabras sobre mi corazón al leerlas, porque aún hoy me hacen daño. Y es que a pesar de todo te quise, me enamoré de ti, porque también tenías tus cosas buenas, aunque ahora no sea capaz de recordarlas; estoy nublada por la ira que has despertado en mi interior, lo siento.

Vaya, mi carta empieza a parecerse un poco a la tuya.

De lo que por supuesto sí que me acuerdo fue de mi primera vez, porque una chica, perdón, una niña, siempre recuerda esas cosas. Mes y medio después de mi trece cumpleaños perdí mi virginidad. (Siempre me ha

hecho gracia eso de «perder» la virginidad, como ¡ups, qué ha pasado!, ¿dónde se ha ido? En mi caso, más que perderla, sentí que me la arrebataste). Tenías dieciocho putos años y yo acababa de entrar en los trece. Dices que fue consentido, supongo que eso te ayuda a dormir mejor por las noches, porque realmente, ¿fue consentido o coaccionado? Parece que tú lo tienes muy claro, yo disiento al respecto, la verdad. Quizá tu seguridad se deba a la sabiduría que te otorgan los cinco años de ventaja que siempre me has llevado. (Espero que hayas captado el sarcasmo).

Entre lecturas diarias de la Biblia, bendiciones antes de comer, miércoles de oración, sábados de culto y domingos de misa lograste convencerme para hacerlo, y aun con la sombra del pecado cerniéndose sobre nosotros, me animé a dar el paso. Me gustaba la idea de rebelarme ante tanta norma y restricción. También me asustaba, no voy a negarlo, pero eso lo hacía más excitante aún. A pesar de mi corta edad, ya percibía mi vida como un lugar del que quería escapar de alguna manera, y esa manera fuiste tú, que representabas alguna clase de aventura que no podía perderme. Cualquier cosa, persona o situación que me sacara de aquella rutina, aunque fuera solo un rato, merecía toda mi atención y compromiso. Abandoné la niñez entrando de lleno en una curiosa dicotomía que consistía en rebelarme contra la Iglesia y mi familia, al mismo tiempo que continuaba complaciéndolos a todos. Tú lo sabías y te aprovechaste de ello. Yo también, confiando en aquel chico tan guapo que me había besado y que convertí en el primero en todo: mi primer beso, mi primer novio y mi primera decepción. Pero antes de eso, me follaste.

Aprovechando que tus padres se habían ido al pueblo y te habían dejado solo en casa, me metiste en ella una tarde de sábado en la que se suponía que Agus nos acompañaría, porque no podíamos quedarnos solos y siempre debíamos ir acompañados de alguien más, pero mi hermano tenía sus propios planes, y bueno, al parecer nosotros también, ¿no?

Curiosamente apenas recuerdo el acto sexual en sí, digamos que tengo imágenes sueltas en movimiento, como si fueran Reels, por así decirlo. No sé si sería capaz de montar toda la película con eso, pero voy a hacer el intento.

Hacía calor y sé que llevaba un vestido, porque hasta los catorce años mi madre elegía toda mi ropa, rara vez contaba con mi opinión para ello, lo que convertía mi armario en una amalgama de faldas y vestidos, porque al parecer, es lo único que podía llevar una niña. Hasta que mi padre se puso de mi parte cerca de mis quince años y convenció a mi madre para que me diera libertad a elegir mi propia ropa. Recuerdo estar años y años sin volver a ponerme una falda después de eso. Pero aquel caluroso sábado de junio llevaba un vestido bajo el que colabas tu mano ascendiendo por mi muslo mientras nos enrollábamos en el sofá de aquel piso de Villaverde. Acabo de recordar algo que siempre me gustó de ti, fíjate, tus manos. No solo porque fueran bonitas, de largos dedos elegantes, pero masculinas al mismo tiempo. Las sentía robustas y me transmitían paz y seguridad, una completamente nueva. Igual no eran tus manos, eras tú, en esencia. De otra manera, no creo que hubiese llegado a acostarme contigo en aquel momento si no me hubiese sentido así.

Puede que yo también me refugiara en ti, lo que pasa es que yo tenía trece años y tú no solo me prestabas atención, me mirabas (aunque nunca me vieras) más de lo que ningún adulto había hecho hasta la fecha. Lo que hizo que quisiera dártelo todo, comenzando por mi virginidad.

El siguiente «Reel» que conservo se ubica en la habitación de tus padres, creo que me llevaste hasta allí en brazos, pero no puedo asegurarlo. Te cernías sobre mí que, situada de espalda sobre el colchón contemplaba los besos que repartías con dulzura por todo mi cuerpo sin comprender aún muy bien, qué se suponía que era aquel cosquilleo bajo mis bragas. No sabía lo que era un orgasmo, de hecho, tardaría como un año en descubrirlo por mi cuenta.

Nos recuerdo desnudos y tú, arrodillado entre mis piernas, desenrollabas un preservativo sobre tu polla, la primera que veía en toda mi vida, y me impresionó. Me resultó demasiado grande. Con el tiempo descubrí que entraba dentro de la normalidad; aunque en ese momento no entendía muy bien cómo se suponía que esa parte de tu cuerpo iba a caber en lo que percibía como el diminuto hueco del mío, ese al que apenas había puesto interés en mis trece años de vida.

—¿Estás segura? —No lo estaba, pero asentí, quería parecer adulta, sabía y valiente—. Podemos parar cuando quieras.

—Lo sé.

No fue placentero, tampoco desagradable. Estaba un poco tensa, no lograba relajarme del todo, en parte debido al crucifijo de madera que colgaba de la pared de gotelé sobre el cabecero de la cama, no podía dejar de mirarlo y de pensar qué debía estar pensando Dios de aquello. Mientras otra parte de mí trataba de comprender qué se suponía que estaba ocurriendo en aquella cama que se me hacía tan extraña, y qué se esperaba de mí en esa

situación. Saltaba de una cosa a otra de forma intermitente mientras me preguntabas, sacándome de aquel bucle mental, cómo me sentía al tiempo que te mecías sobre mí con suavidad, penetrándome despacio hasta correrme emitiendo ese gruñido tuyo tan característico. No terminaba de comprender muy bien qué se suponía que había ocurrido, aún conservaba un halo de inocencia, aunque no por mucho tiempo.

—Te quiero —concluiste, esbozando una radiante sonrisa.

—Yo también —repetí en algo que en realidad no sabía si era del todo cierto.

En esencia, eso es lo que recuerdo de aquella primera vez.

Con el tiempo terminé acostumbrándome al sexo, también a ti y llegué a disfrutarlo, aunque tardara casi dos años en conseguir correrme. Bueno, en que tú lograras que lo hiciera. Hasta que poco a poco me fui desencantando, en gran medida por la forma en la que me anulabas; te aterraba que mi mundo se ampliara fuera de ti y de tu entorno, y al mismo tiempo que eso sucedía yo me sentía cada vez más cómoda conmigo misma, especialmente conmigo sin ti.

El punto de inflexión, sin duda, fue la noche que pasé con Tania, esa primera vez que logré despojarme de aquel puto disfraz, apartándome del personaje: me sentí tan jodidamente libre. Mi corazón latía como nunca antes, tenía ganas de vivir y de pasar tiempo con esa nueva Blanca.

Pero aún tenía miedo.

Esa mañana, horas antes de engañarte con ella discutimos. Te expresé cómo me sentía, pero te negabas a escucharme, para no variar.

—Estoy pensando dejar la carrera y hacer un curso de TCP.

No hacía ni seis meses que había empezado a estudiar Arquitectura, y aunque me gustaba, la necesidad de viajar y abandonar esa vida era mucho más fuerte.

—¿Qué es eso?

—Azafata de vuelo.

—¡Pero qué dices! Lo tuyo es la Arquitectura, Blanca —te burlaste con esa arrogancia que siempre te ha caracterizado, como si se me hubiese ido la chaveta.

—No sé, no estoy segura.

—¡Deja de decir tonterías, por favor!

—¡No son tonterías! Es algo que siempre he querido hacer. ¡Apenas he salido de esta ciudad de mierda! Quiero viajar, conocer mundo...

—¿Y qué pasa conmigo?

—Aquí no soy feliz, Greg.

—¿No eres feliz conmigo? —preguntaste ofendido.

—Aquí no soy feliz —repetí ocultando la verdad.

—Siento que no te conozco, Blanca.

—Es que no lo haces.

Tu cara de asco, esa que ni pudiste ni quisiste ocultar, sumada a lo frustrada que me sentía, fue lo que me empujó a aceptar la propuesta que Tania me había hecho un par de días antes. Un SMS que me cambió la vida. Y no porque aquello derivara en nuestro final como pareja, eso solo ratificó una obviedad, porque lo que había entre nosotros era evidente que no funcionaba. Aquel mensaje me llevó a una situación realmente reveladora, un encuentro entre las sábanas con una mujer que no esperaba conocer, y no me refiero a Tania, hablo de una aproximación con la verdadera Blanca. «Esta eres tú, Blanca» afirmó la Chica Luna, y no podía estar más acertada en sus palabras.

El mensaje que te envié desde el baño de su casa, justo antes de dar el paso de acostarme con ella, fue ese primer contacto honesto que tuve conmigo misma.

Blanca:

¿Quieres saber quién soy de verdad?

Espérame en la puerta de mi casa a las 12

Ahí estabas cuando me bajé del coche de Tania, visiblemente afectado por lo que te había obligado a descubrir, y aunque fuiste tú el que dio el primer paso hacia mí tras aquel enfrentamiento silencioso, no fuiste capaz de decir nada al respecto, estaba claro que tú aún no estabas preparado para soltarme y yo no me sentía capaz de formular las palabras que evidenciaban aquellos hechos. Ambos decidimos ignorarlo, hasta que llegó mi dieciocho cumpleaños, entonces vomitaste la rabia que habías ido acumulando a lo largo de las semanas de la peor

forma posible, durante la pequeña celebración que mis padres habían preparado en casa. Y creo que mi instinto trató de avisarme, porque recuerdo sentir una insólita inquietud interior, que quizá también se debiera a la anómala actitud que mostrabas tú, tan callado y adusto que no le pasó a nadie desapercibido, comenzando por Agus.

—¿Qué bicho le ha picado a este? —preguntó, dejando sobre la mesa una tarta multicolor de estilo *vintage* que encargó a la hermana de un amigo y que bien podría haber sido una oda a lo LGTBI.

La tarta más bonita del mundo para el peor cumpleaños de mi vida.

—Una movida con su padre —mentí.

A día de hoy sigo sin saber qué fue lo que te hizo saltar justo ese día. Quizá se debiera a aquella tarta arcoíris que hacía aún más presente mi «desliz» con una mujer, aunque la teoría por la que me siento más inclinada es que, simplemente, querías hacerme el mayor daño posible, de la misma manera que te lo había hecho yo a ti. Buscabas venganza y la jugada te salió redonda. Felicidades, Greg.

Hasta aquel catorce de abril de 2010, ambos habíamos estado fingiendo una absurda normalidad, yo entré de nuevo en el redil de la complacencia y tú fingías que yo continuaba siendo esa novia perfecta que juntos construimos en tu imaginario. Pero aquello no duró mucho.

—¿Qué te pasa Greg? —te preguntó mi padre echándote una mano sobre el hombro de forma amistosa.

Como si ese gesto hubiese sido el detonador de la bomba de relojería en la que al parecer te habías convertido, estallaste de forma inesperada y brusca, usando para ello el lenguaje más dañino que pude encontrar.

—Lo que me pasa, Rubén, es que tu hija es una puta bollera que me ha engañado con una tía —escupiste, mirando a mis padres con evidente desprecio.

Jamás olvidaré la rabia con la que aquellas palabras salieron de tu boca, como ese dinosaurio de *Parque Jurásico* abriste una cresta un segundo antes de escupir tu veneno con gran presteza y puntería.

Se hizo un silencio largo y tenso enfatizado por el segundero de *Hung Up* de Madonna, que sonaba en ese momento en la radio del salón. (No he podido volver a escuchar a la reina del pop sin que se me revuelva el estómago). Podía sentir la mirada de todos sobre mí, en especial la de mi madre, esa era aniquiladora. La mía, por el contrario, permanecía conmocionada sobre ti, que me fulminabas con cierto triunfo; el castaño de tus ojos había transmutado del amor al odio oscureciéndose de forma escalofriante.

—¿Pero qué coño dices?! —Mi hermano fue el primero en reaccionar, acompañando esas palabras con un empujón con el que apenas te inmutaste.

—La verdad. Tu hermanita no es ninguna santa, ¿sabes?

—¿Pero quién coño te crees que eres? Largo de mi casa —siseó Agus en algo que sonó a una clara amenaza. Os retasteis con la mirada, hasta que mi hermano cogió tu chaqueta y la estampó sobre tu pecho usando la suficiente fuerza, esta vez sí, para hacerte tambalear—. Vete.

Aquel cumpleaños fue insólito en muchos sentidos, sobre todo porque resultó ser la única vez en mi vida que vi a mi hermano enfrentarse a alguien, porque Agus es tranquilo; ahora, no quieras despertar a la fiera que descansa en sus aguas, porque puede ser la más letal de las bestias. La ira que esconde Agustín es probablemente la más peligrosa de todas, porque no es de las que te ves venir.

Yo no pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas bajo la acusadora mirada de mi madre y la de pesar de mi padre. Agus me abrazó con fuerza cuando me alcanzó el llanto. Fuiste a hacer daño y lo conseguiste, puedes sentirte orgulloso de ello, porque me jodiste no solo ese cumpleaños, también todos los que vinieron detrás.

—Más te vale que no vaya con el cuento por ahí —me advirtió mi madre dando por hecho que aquellas palabras eran ciertas.

Me dolió profundamente que ni siquiera se parara a cuestionarlo; que se preocupara por la reputación familiar no era algo que me sorprendiera en absoluto.

—¡Ester! —le riñó mi padre—, es su cumpleaños, tengamos la fiesta en paz.

—No la vamos a tener si se lo cuenta a sus padres o a alguien de la Iglesia.

—No va a decir nada —aseguró mi hermano.

Y no se equivocaba, porque nadie que no estuviera entre las cuatro paredes de nuestra casa en aquel nefasto cumpleaños supo nada de aquello, ni siquiera mi mejor amiga Carla. Al menos, nunca mencionó nada al respecto. Desde que tú y yo rompimos ella comenzó a alejarse de mí, supongo que encontró al fin su ansiada oportunidad para acercarse a ti y bueno, a la vista está que consiguió su objetivo, es tu mujer y tenéis una hija en común. Uno de sus últimos contactos conmigo fue para pedirme explicaciones, ya que al parecer Agus había aparecido en tu casa dejándote un ojo morado y ella desconocía a qué se debía todo aquello: yo fingí no saberlo tampoco. Mi hermano supo asegurarse de que no comentaras nada de lo ocurrido, y yo me sentí orgullosa de él, de que por

primera vez no se mantuviera al margen y tomara cartas en algún asunto de nuestra familia. Sé que nunca le caíste muy bien, aunque con el tiempo supongo que terminasteis resolviendo vuestras diferencias, tampoco me he interesado mucho al respecto.

Así fue como cerraste el círculo, Greg, saliendo de mi vida con la misma violencia con la que habías entrado, porque siempre tuviste un problema de ira y el día que saliste por la puerta de casa de mis padres quedó bastante patente.

Eras guapo, y es obvio que has conservado ese atractivo, podría decirse que los años te han sentado mejor que bien físicamente, pero después de esa puta misiva no puedo decir lo mismo de tu personalidad e inteligencia. Me temo que sigues siendo un bruto y un egoísta, por mucha letra elegante y ropa cara que gastes. El hábito no hace al monje, querido Greg. Ni siquiera has tenido valor para sentarte a hablar conmigo y mirarme a los ojos mientras me sueltas esa media verdad repleta de embustes que te has permitido en esa mierda de carta. No, mejor asaltarme en medio de la calle de forma abrupta después de años sin vernos. Teniendo en cuenta cómo te portaste conmigo, creo que merecía algo más que una estúpida carta. Si tantas ganas tenías de pedirme disculpas: ¿por qué no lo has hecho a la cara?

Bueno, ya te lo digo yo, porque ERES UN PUTO COBARDE. Tan sencillo (y triste) como eso. No cabe duda de que es mucho más fácil soltar tu mierda sin enfrentarte de forma honesta a tu pasado y, por supuesto, sin darme lugar a réplica. Lo único que has buscado es una manera de dormir bien por las noches, algo que te hiciera sentir en paz ahora que eres padre. ¿Te soy sincera? Me molesta bastante que puedas sentirte mínimamente liberado teniendo en cuenta el daño que me causaste, uno que, por cierto, dejó profundas secuelas. Aún no he sido capaz de recuperar a la niña de trece años que me obligaste a dar de lado, esa con la que cada vez que trataba de conectar, tú me alejabas de ella. Me robaste la inocencia, Greg. ¿De verdad crees que cuatro estúpidas palabras en un papel van a ser suficientes?

Hiciste que pareciera bonito, porque me enamoré de ti y te quise, pero cada vez estoy más convencida de que quizá solo fuera una especie de síndrome de Estocolmo del que desperté cuando comencé a hacerme preguntas. Esas que no querías escuchar, que apenas permitías que me replanteara porque me alejaban de ti, despertando tu ira. Sentías que me perdías cuando en realidad nunca me tuviste, ya que jamás te interesó conocer a la verdadera Blanca. Te encargaste muy bien de noquearla con un golpe certero en su trece cumpleaños, enterrándola palada a palada según pasaban los años para dar la última, una repleta de cal viva, en su dieciocho cumpleaños.

A día de hoy continúo luchando con el propósito de conectar con ella, Greg. Lidiando con la **IRA** que me provoca que me empujara a abandonarla. La alejaste tanto de mí... No acepto tus disculpas, y no es por mí, es por lo que le hiciste a ella. Porque solo era una niña, joder.

Así que, por si no ha quedado bastante claro, ¡te puedes ir al infierno! Me gusta más la idea de mandarte a tomar por culo, pero creo que la idea del averno resulta más efectiva en tu caso.

De la fuerza con la que he presionado el bolígrafo contra el papel se me ha escurrido de entre los dedos y ha salido volando, dándole en la pierna a una chica que camina enfrascada en la pantalla de su teléfono móvil, pero que con amabilidad se agacha a recogerlo para tendérmelo de vuelta.

—Gracias —le digo con una sonrisa cómplice que me devuelve divertida.

Meto el Bic azul en la libreta de piel junto con la carta y la cierro dándole un par de vueltas a la cuerda de cuero que la abraza, o la asfixia, según se mire, porque quizá esté pagando con esta la ira que mana a sus anchas dentro de mí.

He vagado varias horas por Madrid, carta en mano, incapaz de hacer nada más que observarla con una mezcla de odio e ira que ha comenzado en la garganta, logrando deslizarse discreta hasta mi estómago, justo detrás del ombligo. Ahí se ha alojado, haciéndola más fácil de manejar, y aprovechando esa pequeña tregua he terminado sentándome en un banco del parque de Debod. Con manos temblorosas he desdoblado el escueto folio del que no tenía ni idea qué esperar, pero desde luego no lo que me he encontrado. De nuevo, la ira ha crecido en mí como el mercurio en un termómetro: las palabras de Greg han resultado tan tóxicas y dañinas como dicho metal.

Absorta en la letra amplia de grandes trazos, no solo me he aislado de este lugar, más bullicioso de lo que me hubiese gustado, y de las bonitas vistas de la ciudad, esta carta ha resultado ser una máquina del tiempo a la que me han subido a traición haciéndome sentir un poco como Laika, aquella pobre perra que los soviéticos lanzaron al espacio. Greg me ha empujado a un pasado al que nunca me he permitido volver, al que no lo he hecho desde que me largué de casa de mis padres. Pero él, con su habitual arrogancia y egoísmo (mucho no ha cambiado), me ha dejado orbitándolo, con la única opción de contemplar a través de una ventana enmohecida, aquellos recuerdos que como Laika en su nave, han hecho que vaya perdiendo oxígeno; aunque con un desenlace distinto al de aquel pobre animal. Ella murió debido al sobrecalentamiento, en mi caso es difícil que este viaje al pasado consiga matarme; aunque no descarto un sobrecalentamiento por ira. De ahí que haya terminado haciendo uso de esa libreta roja que siempre llevo conmigo, la que carga estoica con todos mis pecados.

La compré en Venecia en uno de mis primeros viajes como azafata. Me enamoré de ella en cuanto vi el corazón roto grabado en su solapa torcida, descolorida y agujereada; tan única y diferente a las demás, con ese aspecto de haber vivido tanto sin tan siquiera haber sido estrenada. Era tan yo, que a día de hoy creo que fue ella quien me eligió a mí y no al contrario. De ahí que fuera directa a cogerla, deslizando primero la yema de los dedos por su extraño cuero curtido, pero tan nuevo al mismo tiempo. Ya en mis manos no pude contenerme a hacer eso que tengo por costumbre, especialmente con libros: llevármelo a la nariz, inhalando con gran curiosidad.

Olía añejo, especiado y tan profundo que evocaba algo oscuro y complejo, seduciéndome como ningún amante de los que he incluido entre sus hojas ha llegado a hacerlo jamás. No era algo romántico, se trataba de un reconocimiento instintivo, como de pertenencia.

—*L'intuito* —dijo el comerciante del pequeño puesto.

En un primer momento no comprendí qué trataba de decirme aquel hombre, pero se esmeró mezclando el italiano con el español como buenamente pudo, asegurándome que había sido mi intuición la que había escogido aquel objeto. «La intuición es el alma hablando, el primer impulso muchas veces sutil, casi imperceptible. Ese primer pensamiento, el más puro. Todo lo que viene después no es más que la mente racional pisoteando la voz de tu alma. Quédate siempre con el primer pensamiento y habrás acertado». No entendí muy bien aquella palabrería que sonaba tan bonita y bien ensayada para enamorar a los turistas, pero lo cierto es que conmigo funcionó y terminé comprando la libreta. Curiosamente, con una satisfactoria sensación bajo el pecho. Igual era el alma. Igual el consumismo. En cualquier caso, usando las palabras de aquel mercader, desde entonces permito a mi alma expresarse sin tabúes entre las páginas de ese corazón herido que siempre llevo conmigo. Como bien he hecho la última hora, sumergida en una burbuja que me ha abstraído por completo de la realidad para deshacerme, una vez más, de un nuevo pecado. No creo en Dios ni en su grandeza, ni en el poder de la confesión, pero no puedo negar que compartir esta dolencia con alguien, aunque sea una simple hoja de papel, logra que me sienta... liberada.

Aurora siempre dice que las emociones hay que transitarlas, supongo que con el propósito de lograr una reconciliación con uno mismo. Para un cristiano se trata más de conseguir el tan ansiado perdón de Dios, y así, de puertas para fuera, se le vea como un creyente modélico, como es el caso de Greg y de todos los adeptos que he conocido a lo largo de mi vida. Esa es una de las cosas que más me ha hecho alejarme de la religión, la falsedad que he visto tantas y tantas veces. No tengo más que mirar alrededor, comenzando por mi padre, rey del embuste y la hipocresía; mi madre, que se ha pasado toda su vida mirando hacia fuera, más preocupada por el qué dirán que por su propia familia; y mi hermano, que lleva engañando a su mujer, probablemente, más años de los que tengo constancia. Y todavía tiene valor de ponerse al frente de una iglesia a predicar la palabra de Dios, corriendo a castigar a uno de sus fieles por aquello de lo que él mismo fue cómplice. Pero es lo que tiene tener tantos demonios escondidos bajo la cama, no van a desaparecer hasta que te enfrentes a ellos y les pongas nombre, porque sí, cada vez estoy más convencida de que tal y como Eva me ha mostrado, son necesarias las etiquetas. Rezar solo le da más poder a esos fantasmas, y aquello que no controlas termina por controlarte a ti.

Cuando fui a casa de mi hermano y le saqué el tema de Greg, no lo hice con la intención de que hiciera algo al respecto, menos después de tanto tiempo. Mencione la situación sencillamente porque quería hacerle ver una realidad de la que al parecer nunca había sido consciente. Es cierto que Agustín actuó cuando Greg me faltó el respeto en mi casa y frente a mi familia, porque si hay algo que puede hacer saltar a Agus, es que se metan con los suyos: una de las pocas situaciones que logra que Jekyll saque a mister Hyde de su escondite. A la vista está, que no pudo dejar pasar la conversación que tuvimos el último día que nos vimos antes de que me marchara a Barcelona: le afectó más de lo que imaginaba. Tanto como para conseguir excomulgar a Greg después de tanto tiempo, algo poco común, pero no imposible. Y no me hace ni pizca de gracia. Me cabrea y mucho. Lo único que ha conseguido con ello es darle una relevancia y un protagonismo a alguien que no se lo merece. Si bien parece que mi hermano, al igual que Greg, necesitaba redimirse del claro abuso que se dio a mis trece años, ese del que él mismo fue cómplice. Es más que evidente que ser consciente ahora de esto ha debido darle algo

de insomnio, pero es lo que ocurre cuando tienes demasiados demonios bajo la cama, resulta muy difícil conciliar el sueño.

Y para todos, la redención es la solución. Como si después de tanto tiempo eso fuera a servir de algo. A mí, al menos, no me sirve para una mierda. Únicamente para poner en el punto de mira un tema que hasta hace unas horas tenía enterrado en las profundidades de un océano del que había logrado olvidar incluso su nombre. ¿Por qué ha tenido Agustín que meter las narices en esto? ¿Quiere limpiar el pasado? Que empiece por el suyo, que la lista es larga. Etiquetar de error todos los tíos que se ha tirado estando casado no es enfrentarse a ello, es barrer la mierda y meterla bajo la cama. En esa habitación que comparte con su mujer tiene que apestar a muerto, pero también a culpa. Eso seguro.

Me está resultando difícil rebajar la inquietud, consciente de que no voy a ser capaz de dejarlo estar. Agustín celebra mañana la tradicional y épica fiesta de disfraces que hace todos los años en Halloween con motivo de su cumpleaños, que cae precisamente ese día. Y no tengo intención de arrinconarle en la cocina de nuevo como hice en la celebración de mi sobrina, pero reconozco que me va a costar bastante guardarme para otro día, lo que me ha parecido que se haya puesto a remover mi pasado con Greg. Supongo que tendré que hacer un esfuerzo.

Guardando la libreta dentro del bolso me pongo en pie decidida a cumplir una misión: recuperar a mi chica. No tengo ningún plan previsto, ni un As bajo la manga; nada que sacar y demasiado que esconder, me temo. Lo único con lo que voy a presentarme en la puerta de su casa es con una sincera disculpa y el recordatorio de que al menos la mitad de mi corazón está en sus manos; pero como no me fío de que esto sea suficiente, preparo un discurso que voy puliendo de camino.

Llego al portal de Eva más rápido de lo esperado, con una intranquilidad que ha ido acrecentándose según se ha acercado el momento. Paralizada, veo el reflejo que me devuelve el oscuro cristal de la puerta, incapaz de obviar el rastro culpable que el sexo con Rafa ha dejado en mi mirada. De repente, me asusta que Eva pueda verlo con la misma claridad con lo que yo lo veo. No soy capaz de llamar al timbre, he olvidado lo que quería decir o quizá es que lo que venía preparando me parece una auténtica basura. He caminado hasta aquí buscando las palabras perfectas para convencerla de que se quede conmigo, pero no existe una combinación mágica que vaya a hacer que me perdone por haberme acostado con Rafa a sus espaldas.

Un señor que sale del edificio se lleva el secreto que gritan mis ojos al abrir la puerta y alejar mi reflejo.

—¿Vas a entrar? —me pregunta bajo el umbral.

Buena pregunta: ¿voy a hacerlo?

—Sí, gracias —decido finalmente, accediendo al interior del edificio.

Antes de dar un paso, barajo las opciones respecto a si debería o no contarle lo ocurrido con Rafa, sopesando si quiero construir esa relación tan especial con mentiras o partir de una difícil honestidad y permitir que Eva decida si de verdad es tan grave; sabiendo de antemano cuál va a ser su respuesta. Aun así, continuo dándole vueltas mientras subo las cuatro plantas de escaleras, descartando el ascensor con intención de hacer tiempo para recuperar el discurso que he ido preparando de camino, además de la entereza. A tres escalones de alcanzar su planta, me la encuentro saliendo de casa. Viste una camisa blanca XL del *tour* del 97 de No Doubt, un pantalón de chándal gris y unas Vans negras. No me pasa desapercibida la sombra oscura que asoma bajo sus ojos, ni la mirada perdida que tarda en reparar en mí teniendo en cuenta que estoy justo delante de su puerta, pero en cuanto lo hace, la sorpresa en su rostro (no sé si buena o mala) es bastante clara.

—¿Blanca?

—Hola. —Mierda, estoy de los nervios—. Iba a llamar antes de venir, porque pensé que seguramente habrías quedado con Claudia, pero pasaba por delante de tu casa... y justo salía alguien, así que pensé que quizá era una señal o algo... y bueno... Está claro que estabas yéndote, así que mejor vengo en otro momento.

—Voy a acercarle las llaves del ático a la presidenta de la comunidad.

—Entonces, mejor vengo en otro momento. —Hago ademán de marcharme.

—¿Blanca? —Me detengo—. ¿A qué has venido?

—Quería hablar contigo.

Me estudia con la mirada unos largos segundos antes de volver a pronunciarse.

—No voy a tardar. —Abre la puerta en una clara invitación a esperarla dentro.

—Claro. —Paso por su lado esbozando una sonrisa, fingiendo que no estoy hecha un flan.

Cierro la puerta a mi espalda y entro en el salón procurando calmar mis nervios antes de que regrese, ignorando la emboscada que su hogar me tiene preparado. Su olor satura el ambiente con ese complejo aroma a flores, madera y vainilla que siempre me ha resultado tan cálido y acogedor: como un amago de abrazo. El mismo que hace días que no siento a mi alrededor, y la sola idea de no volver a sentirme acogida de nuevo por sus brazos y perderla de forma definitiva hace que me enfurezca conmigo misma, pero también con ella y con su jodida cabezonería.

Suelto el bolso sobre la mesa de comedor situada frente al sofá y comienzo a dar vueltas por la estancia, metiéndome prisa en tomar una decisión: ¿qué narices le voy a decir y cómo voy a hacerlo? Han pasado dos días desde que la dejé marchar del hotel después de que me pidiera que tomara una decisión: elegirla a ella. Pero no lo hice. No fui tras ella. De haberlo hecho no me encontraría en este brete. Sin embargo... no habría visto al molusco de Rafa abrirse por primera vez en su puñetera vida. Confesarme sus verdaderos sentimientos por mí y, aunque eso no haya cambiado nada porque Rafa seguirá siendo Rafa, no me arrepiento de lo ocurrido, por mucho que quiera, no puedo. Es gracias a eso que ahora tengo las cosas tan claras respecto al obstinado piloto. Así que, ¿debería contarle esto a Eva?

—Tú dirás.

Me giro sobresaltada, estaba tan absorta en mi disertación mental junto a la ventana y con la vista perdida en algún lugar inconcluso, que ni la había escuchado entrar. Y tan solo necesito mirarla a los ojos unos segundos para saber la respuesta a ese gran interrogante.

—¿Nos sentamos? —le pido, señalando el icónico Bubble verde pistacho de tres plazas. No me pasa desapercibida la actitud distante y hostil con la que ha decidido castigarme, la que probablemente merezca más de lo que ella se imagina, y el hecho de que decida sentarse en el extremo opuesto a mí, dejando un asiento libre entre nosotras (muy metafórico, por cierto), deja bastante clara su postura. —Estás muy guapa con el nuevo corte.

—¿De qué querías hablar, Blanca? —pregunta cortante y sin rodeos.

—¿Cómo te encuentras?

¿Resulta muy obvio que me está costando abordar el tema?

—Pues no muy bien —reconoce, echándose hacia atrás, estirando el brazo a lo largo del respaldo.

Me cuesta sostenerle la mirada, el habitual azul cálido de sus ojos se ha convertido en dos bloques de hielo inamovibles con aspecto de icebergs.

—Yo tampoco estoy bien. —No dice nada, tampoco hace falta que lo haga, su escasa carencia de emociones ya lo dice todo por ella, lo que resulta bastante irónico—. Lo siento, Eva.

No debí haber dejado que te marcharas, pero...

—Si vas a volver con lo de que Rafa y yo estamos enamorados el uno del otro, pero no queremos reconocerlo... prefiero que lo dejemos aquí. Estoy cansada ya de todo ese rollo, la verdad.

—¡No! Ya sé que no... que eso no va a funcionar —me apresuro en darle a entender que entiendo su postura, al mismo tiempo que ni por asomo cambio la mía, porque jamás diré que no existe amor entre ellos, nadie va a bajarme de esa idea, por muy controvertido que le resulte a nadie. Tengo muy claro lo que he presenciado: que ellos no sean capaces de hablarse con honestidad es otro cantar. Y que yo no deba meterme más en ese jardín un mantra que tengo que grabarme a fuego como sea, porque si hay algo que tengo claro es que...—. No quiero perderte, Eva.

—Tampoco a Rafa.

Ok. No me lo va a poner fácil. Y que me asalten imágenes de anoche no ayuda una mierda. Por un momento juro que Eva puede ver con claridad en mi cara cada beso que nos dimos, cada confesión susurrada sobre la piel desnuda y a Rafa entrando en mí como si de un proyector se tratara. Hago un gran esfuerzo por apartar esa película no apta para todos los públicos de mi cabeza.

—Se acabó, Eva. He terminado con Rafa —aseguro. No es una mentira, aunque tampoco es toda la verdad—. Voy a dejar su casa. De hecho, he quedado para ver un piso esta tarde. Supongo que tenías razón, e irme a vivir con él no fue la mejor de las ideas.

—¿Qué ha pasado?

«Que me he acostado con él. También que es un cobarde». Pero ya he decidido que esto no te lo voy a contar.

—Que tenía que haber terminado con él hace mucho.

—Y yo soy tu segundo plato entonces —afirma.

—¡No eres mi segundo plato! ¡¿Por qué dices eso?!

—Vamos, Blanca, siempre lo he sido, Rafa estaba antes y tus sentimientos por él nunca han cambiado, y no sé si lo harán algún día, la verdad. Y ahora que no quiere estar contigo me eliges a mí... por simple descarte.

—¿De verdad piensas eso? ¿Que te elijo porque no tengo un plan mejor? —Me disgusta bastante que crea eso, que no sea capaz de ver lo jodidamente enamorada que estoy de ella—. Él quiere estar conmigo, Eva —le aseguro—, pero yo te he elegido a ti.

—¿A qué te refieres?

—Pues que parece que os pusisteis de acuerdo en eso de darme un ultimátum —arguyo con una sonrisa, buscando una complicidad que no encuentro, aunque no me frena a acercarme a ella rompiendo la distancia que ha impuesto, cubriendo su mano, la que descansa en el muslo, con la mía—. Te he elegido a ti, por encima de él. Es definitivo.

Escudriña mis ojos buscando en ellos la verdad de mis palabras. Rezo por que la encuentre, porque, si bien es cierto que hay algo que no le estoy contando, lo que acabo de afirmar es algo que podría llegar a tatuarme. No estoy mintiendo.

—¿Cómo puedo estar segura?

Algo que siempre me ha llamado la atención de Eva es que desde fuera da la impresión de ser una tía supersegura de sí misma, decidida, que llega incluso a imponer, pero en las distancias cortas... ahí es otro cantar. No tardas mucho en darte cuenta de que, de hecho, es todo lo contrario: le cuesta tomar una decisión, suele ser escéptica y muy, muy cautelosa. Aunque eso sí, muy leal; sin embargo, tiene que estar muy segura de ti antes de ofrecerte esa lealtad. Después te

la entrega en bandeja de plata.

Ella, que vive buscando seguridad y certezas absolutas. Yo, que lo único que puedo ofrecerle es algo tan intangible y etéreo como mi palabra.

—Confiado en mí. —Aunque digo esto con férreo convencimiento, por dentro me siento una puta embustera porque, aunque esas palabras sean honestas y entre Rafa y yo esté todo terminado, le estoy ocultando que para llegar a esa certeza he hecho algo que si supiera, jamás se replantearía volver conmigo. De ahí que haya tomado la decisión de no contárselo, teniendo en cuenta que ese tema está ya más que zanjado, no encuentro argumento de peso para sacarlo a colación—. La verdad es que nunca me replanteé nada con él de nuevo, menos después de conocerlo. Eso ya había acabado: hasta que pusisteis la propuesta sobre la mesa. Y al final, esa aventura a tres me ha servido para ratificar algo que en realidad ya sabía, pero que quizá necesitaba verificar, y es que entre Rafa y yo no funciona y no va a hacerlo nunca. Sin embargo, contigo... Contigo es diferente, Eva, porque tú eres la mujer de mi vida —aseguro, apretando su mano bajo la mía—. Y eso es algo que no he dudado ni un solo segundo, lo intuí nada más conocerlo y terminé verificándolo en aquel viaje a Cadaqués. —Se me acelera el pulso recordando todo lo que me hizo sentir, todo lo que aún provoca en mí—. Esa es la única certeza desde que entraste en mi vida. Esa, y que te quiero. Te quiero muchísimo.

He podido observar cómo el hielo de su mirada ha ido deshaciéndose según asimilaba la verdad de cada una de mis palabras.

—Tus sentimientos por él no han cambiado —insiste.

—Terminará haciéndolo, Eva. Lo que no alimentas acaba por morirse, y no existe nada que pueda ya nutrir lo que siento por él. Es inevitable que termine por extinguirse. En cambio, esto —nos señalo a ambas acercándome más a ella—, esto es expansivo, especial, irrepetible. ¿O acaso me equivoco?

Espero paciente su respuesta con cierta esperanza, porque ella es tan consciente como yo (enfadada o no) de lo fuerte que es el amor que vive entre nosotras. Y no se hace esperar, enmarcando mi rostro entre sus manos con delicadeza antes de besarme, hundiendo su lengua en mi boca, recorriéndola con notable pertenencia.

—Solo tú y yo, Blanca —me ruega a pocos centímetros de mis labios con los dedos enterrados en mi pelo.

—Solo nosotras —prometo, encontrándome de nuevo con sus labios.

Eva se pone en pie estirando el brazo en mi dirección, esperando que coja su mano y me deje guiar por ella. Lo hago encantada. También complacida. No quiero cantar victoria aún, pero parece que después de todo habrá un final feliz para Eva (Adán) y Blanca.

—Voy a hacer que recuerdes este día —asegura tirando de mí.

—¿Y eso por qué? —me intereso juguetona dejándome guiar por ella, que me lleva de espaldas en dirección al dormitorio.

—Un nuevo comienzo en el que él ya no esté entre nosotras.

No sé si lo que quiere es que recuerde o que borre, porque lo siento mucho por ella, pero lo vivido con Rafa no va a desaparecer por muchas líneas que dibuje encima, y lo mismo ocurre al contrario, nada ni nadie podrá eliminar todos esos trazos que ella ha dejado en mí. Las huellas no pueden borrarse dibujando otras encima.

—Solo tú y yo, ya te lo he dicho —le recuerdo.

—Por eso mismo.

Con esa promesa aún pendiendo de su boca, me guía hasta la cama y, sin apartar la mirada de mí, abre el primer cajón de la cómoda y saca un arnés, el de siempre, porque recuerdo que con

Rafa usó uno diferente, lo que me lleva a preguntarme si lo compró para dicha ocasión o ya lo tenía y simplemente nunca lo llegó a usar conmigo. Decido quedarme con la duda, no tengo ninguna intención de sacar ese tema de momento.

Se desnuda y yo hago lo mismo, observando cómo se coloca el arnés, algo que me resulta sumamente erótico, siempre me ha excitado esa mezcla andrógina entre lo masculino y lo femenino, y ahora con ese nuevo corte de pelo su aspecto permanece aún más en esa línea y... joder, me pone muchísimo. Pero antes de que termine de abrochárselo me acerco y se lo quito. Ella me mira confundida.

—Quiero sentirte, a ti.

En respuesta, me regala una de esas amplias y preciosas sonrisas que reserva solo para mí y que hace que se me acelere el pulso al mismo tiempo que despierta un delicioso cosquilleo entre mis piernas, porque así es cómo mi cuerpo reacciona a ella: reconociéndolo. Suelta el dildo sobre la cómoda para rodear con el brazo mi cintura con tal ímpetu, que me empuja a rodear la suya con mis piernas. De camino a la cama nos besamos como si no lo hubiéramos hecho en años, despertando una excitación que casi puede olerse, Eva desde luego alcanza a sentirla en el rastro húmedo que dejo sobre su abdomen. A una parte posesiva de mí, casi animal, le gusta la idea de que parezca que la marco como mía.

Rodamos por el colchón sin separar nuestros labios, acariciando el cuerpo de la otra con cierta ansiedad hasta que termino a horcajadas sobre ella, llevándome a la boca sus pezones, saboreando cada parcela de su piel. Saciada de momento y con las manos en sus tetas, balanceo la cadera friccionando nuestros coños sin perder en ningún instante el contacto visual. Sus largos dedos recorren el camino que van marcando sus penetrantes ojos, deslizándose por todo mi cuerpo, haciendo que me sienta como una diosa, porque es lo que ella misma asegura entre jadeos...

—Eres una diosa, Blanca.

Soy consciente de que mi pálida piel debe verse ya algo enrojecida, pero esas palabras han debido encender aún más mis mejillas, porque las siento arder sobre la sonrisa de profunda dicha que estalla en mi cara. Amo que me vea de esa forma, hace que me sienta *sexy*, segura y especial bajo su mirada, despertando una fuerte emoción que se expande bajo mi pecho y que se refleja en una inesperada lágrima que comienza a bajar por mi rostro.

—Blanca —susurra, apoyándose sobre un codo para llevar la mano a mi mejilla.

—Es felicidad —le aseguro.

—Te quiero.

—Lo sé. Puedo sentirlo.

Me inclino sobre su boca que me recibe con un beso húmedo amplificando nuestra conexión, pero, sobre todo, la excitación de ambas. Volvemos a desplazarnos por el colchón hasta formar un precioso sesenta y nueve en el que termino sentada sobre la cara de Eva y devorando su coño, y ella, el mío con gran entusiasmo. Mi chica sabe muy bien manejar la lengua, añadiendo a esta ligeras succiones que estimulan todas mis terminaciones más íntimas, llevándome a gemir con fuerza en cuanto comienzo a sentir un hormigueo en las extremidades, e invadirme el calor previo al orgasmo que se presenta y se marcha con la misma rapidez, pero con una intensidad casi destructiva que me hace precipitarme sobre su boca. Justo después, ella lo hace sobre la mía. Satisfecha, Eva rueda sobre el colchón situándose entre mis piernas con estas sobre sus hombros, y sin que necesite hacer mucho esfuerzo más, vuelvo a correrme con sus dedos en mi interior, que me elevan a un orgasmo aún más explosivo. Un calambre casi eléctrico recorre todo mi cuerpo de un fogonazo que parece no terminar nunca, pero lo hace, dejándome

lánguida sobre el colchón. Hasta mi cabeza tarda en regresar, porque he llegado a marearme de la magnitud de ese orgasmo. En lo que me recupero, Eva trepa por mi cuerpo cubierto de sudor, y en ese hueco que va de mi cuello al hombro, deposita un tierno beso.

—¿Ha sido como para recordarlo?

—Ha sido como para documentarlo —sostengo, tratando de regresar del espacio sideral al que mi rubia me ha enviado.

Aunque no pueda verlo, lo cierto es que Eva ha clavado su bandera en el mismo lugar exacto que Rafa puso la suya. ¿Pueden dos personas conquistar un mismo territorio? No sé cómo es eso posible, pero ha ocurrido. Me quedaré solo con Eva, pero la realidad es que la bandera de Rafa estará ahí para siempre y, como le dije a Rafa, jamás podré arrepentirme de ello. Aunque tal y como le aseguré también a Eva, de alguna manera la de Rafa terminará por desaparecer.

Nos quedamos abrazadas, acariciándonos al mismo tiempo que intercambiamos tiernas palabras de cariño como «Me encanta tu olor», «¿Te he dicho que este es mi lugar favorito en el mundo?», y «Solo tú y yo» hasta que caemos en una pequeña duermevela.

—¿Qué hora es? —pregunto repentinamente.

Ignoro el tiempo que llevamos en esta burbuja exentas del mundo.

—Las cuatro y cuarto —me informa, comprobando la hora en el pequeño reloj analógico de estilo retro que tiene sobre la mesilla.

—¡Mierda! —Me reincorporo de golpe.

—¿Qué pasa?

—A las cinco he quedado para ver un piso, ¿me acompañas y te invito a comer? —le propongo.

—Claro.

Me alegra que no mencione nada de venirme a vivir con ella. Supongo que después de la experiencia previa ambas sabemos que lo mejor es que nos lo tomemos con calma. Aunque sé que si se lo pidiera me acogería sin titubear.

—Genial. Por cierto, ¿a qué no sabes de quién es el piso que vamos a ver?

—Ni idea.

—De Bella Johnson.



—Es muy buena zona.

—Sí, y no estamos tan lejos —apunto, ya que apenas hemos tardado unos quince minutos en llegar. Si finalmente me quedara con el piso, Eva y yo estaríamos en diferentes barrios, aunque formaríamos parte del mismo distrito—. Por cierto, ¿qué tal es Bella? La conozco poco, la verdad, la habré visto... en dos ocasiones contadas.

—¿Aurora y ella son amigas? —se interesa.

—No sé si tanto como amigas, al final es su jefa, pero tienen muy buena relación, y Aurora siempre me habla maravillas de ella.

—Pues tampoco es que yo la conozca mucho más. Es muy cercana y más divertida de lo que una se imagina. Lo cierto es que me cae especialmente bien.

—¿Especialmente? —me burlo—. Quizá, ¿porque es ESPECIALMENTE guapa?

—¿Tú crees? —bromea con una pícara sonrisa, y es que el atractivo de la empresaria es algo bastante obvio: hasta yo me he fijado en ella. Bella es alta y exuberante, y el poco tiempo que he podido pasar con ella he detectado a una mujer profesional e inteligente. Creo que es bastante evidente lo que vio su marido en ella, más si tenemos en cuenta que a cualquiera que le preguntes te dirá algo bueno, lo cual me parece muy guay viendo la alta probabilidad de que llegue a convertirse en mi casera—. Hablando del rey de Roma...

Miro en la dirección que lo hace Eva que, a pesar de esconderse bajo unas Rayban de cristales oscuros, sé que está apreciando el afamado encanto de Bella, y no me molesta, porque yo también lo hago. Tiene una presencia magnética y no necesita demasiado para deslumbrar, vestida con unos sencillos vaqueros ajustados al tobillo y una camiseta azul que debido a su abundante pecho hace que la tela baile al ritmo de su caminar, dejando al descubierto parte de su vientre. Termina de ganarme con las Converse negras con margaritas bordadas. Creo que me he enamorado de su buen gusto.

—¡Eva, qué alegría verte! —exclama en cuanto nos alcanza dándole un par de besos a mi chica y luego a mí—. ¡Me encanta el corte de pelo! ¡Te queda genial!

—Gracias.

—¿Cómo estás, Blanca? —pregunta, dándome dos besos.

—Muy bien, gracias. Tú estás estupenda, como siempre. —Me sale el cumplido casi sin pensarlo—. Gracias de nuevo por sacar un hueco tan rápido para mostrarme el piso, sé que estás muy ocupada.

—Un placer. Además, no me gusta que esté vacío mucho tiempo. —Su mirada repara en nuestras manos unidas—. No sabía que... os conocíais.

—Sí, una larga historia —arguye Eva—. Lo cierto es que nos conocimos en la Asociación.

—Aurora me animó a acudir a la charla de Eva —le explico—, y bueno, aquí estamos, juntas —remarco esto último antes de llevar la mano de Eva a mis labios para darle un beso.

—Me alegro mucho por vosotras —añade con una honestidad pura que alcanza su mirada; empiezo a entender a qué se refiere la gente cuando habla de ella—. Lo que el piso se queda un poco pequeño para dos personas.

—No, no, el piso es solo para mí —le aclaro.

—¡Ah!, pues entonces creo que va a ser perfecto. ¿Vamos a verlo?

—¡Claro! —decimos Eva y yo sincronizadas.

—Estupendo, es aquel edificio —nos informa guiándonos en dirección al bloque contiguo al que nos encontramos.

Me quedo embobada en cuanto veo la fachada, que presenta el clásico revoco habitual de fachadas del centro de la capital, en el que se cubría esta por un mortero de cal para que pareciera hecha de bloques de piedra. Con ello trataban de simular riqueza construyendo palacios de ladrillo sin que llegara a percibirse, un *trampantojo* típico de la época, lo que le otorga ese aire tan castizo al edificio. Siento como si mi Madrid me guiñara un ojo tratando de cautivarme de nuevo; bien sabe ella lo que me seduce un edificio. Abandoné la carrera de Arquitectura por diferentes motivos de peso, pero nunca porque dejara de gustarme.

—El edificio data de finales del SIGLO XIX —nos informa ya dentro del mismo—, pero tuvo una rehabilitación integral el año pasado.

—Es una maravilla.

—Sí, y es muy especial para mí —confiesa melancólica ya dentro del ascensor pulsando el botón de la sexta planta. Por lo que me comentó Aurora, Bella vivió en este piso durante años

antes de casarse, ahora lo alquila principalmente a mujeres que en algún momento han requerido ayuda de la Asociación con intención de echarles una mano ofreciéndoles un nuevo comienzo a un precio casi simbólico. Según mi amiga, algunas de sus pacientes han pasado por aquí—. Por cierto, me dijo Aurora que eres decoradora.

A veces pienso que mi amiga se acerca más a un contratista que a una psicóloga, teniendo en cuenta la cantidad de trabajos que me consigue y lo mucho que habla de mí como decoradora. Empeñadita está en que abandone el curro de azafata y me centre en la decoración.

—Bueno, he hecho algunos trabajos; aunque no me dedico a ello de forma profesional —arguyo, restándome importancia.

—Cosa que deberías —ahí está la otra—, tiene muchísimo talento.

—Pues quizá debería contratarte para que le des un lavado de cara al piso —sugiere Bella—, porque le hice una pequeña reforma hace unos años, pero ya va siendo hora de hacerle otra, llevo tiempo dándole vueltas a la idea. ¡Quizá esto sea una señal! —exclama, entusiasmada con la idea.

—Ha hecho unos trabajos geniales, Bella, tienes que verlos —asegura Eva haciendo que se me suban los colores, despertando también algo especial dentro de mí; nunca la había escuchado hablar de esa manera sobre mi trabajo.

Mi corazoncito vibra ante sus palabras.

—Me encantaría, si tienes un portfolio...

—Sí, claro, te lo paso.

—Estupendo —concluye, abriendo la puerta del piso en cuestión—. Ahora mismo vas a poder corroborar tú misma lo que te comentaba, es un piso muy práctico con una ubicación estupenda, pero le hace falta modernizarlo un poco.

Accedemos al interior y enseguida me envuelve una peculiar calidez, y no solo porque me resulte curiosamente acogedor, hay algo más, aunque no logro detectar qué es. De un solo vistazo te quedas con una visión del piso. La cocina y el salón comparten un mismo espacio, y una puerta abierta justo enfrente da al dormitorio e intuyo que también al baño. Dudo que la casa supere los cincuenta metros cuadrados. Me adentro un par de pasos más con esa extraña sensación, y es que creo haber estado ya antes en este lugar.

—Bella, ¿puede ser que viviera aquí una chica canaria y pelirroja? —Eva me mira con curiosidad ante la inesperada pregunta.

—Sí, claro: Ariel. Estuvo unos meses viviendo aquí a principios de año, ¿la conoces?

—Eso parece. Acabo de darme cuenta de que ya he estado aquí antes —recuerdo al fin—. Vine con Yaiza, una amiga de Tenerife que a su vez era amiga de Ariel. ¿Ella... era cantante?, ¿verdad?

—Sí, justo la semana pasada dio un concierto precioso en el que conocí a una Yaiza, que supongo que será la que mencionas. También estuvo Aurora.

—¿Aurora?

—Ella también conoce a Ariel —me informa.

—¡Está claro que el mundo es un pañuelo! —resuelve Eva con una piruleta en la boca que no sé en qué momento ha sacado.

Bella suelta el bolso sobre la encimera de madera de una cocina de IKEA, y atraviesa la estancia para abrir el pequeño balcón que queda a la derecha del dormitorio, permitiendo que el aire recicle el ambiente. Nosotras nos quitamos los abrigos dejándolos en el mismo lugar, hace bastante calor aquí dentro, lo que indica que debe haber una calefacción central en el edificio.

Suena un teléfono, es el de Bella.

—Tengo que atender esta llamada —dice tras comprobar la pantalla—, estáis en vuestra casa, sentíos libres para mirar. Por esa puerta de ahí tienes el dormitorio y el cuarto de baño —añade antes de salir al rellano con el teléfono en la oreja.

Nos damos una vuelta por el piso, un espacio bastante luminoso gracias al ventanal del balcón. Y sí, tal y como había asegurado Bella le hace falta un cambio, pero es algo más estético que otra cosa, digamos que le falta modernizarse un poco; aunque el piso en sí está bastante bien, se ve cuidado. La cocina no tiene muchos años, el mayor problema de esta se debe sin duda a la encimera laminada de IKEA, que queda muy vistosa, pero que al mismo tiempo requiere de un gran cuidado para que no termine viéndose fea y estropeada. Es bonita, barata y un auténtico coñazo, esa es la verdad. La madera de roble que utilizan apenas está tratada, de ahí que sea bastante sensible a la humedad y el calor. De hecho, requiere un mantenimiento con un aceite que hay que darle cada cierto tiempo; y a esta ya te digo yo que no se lo han dado nunca. Al contrario que el resto de la cocina, que se mantiene en muy buen estado. El salón, con el que comparte espacio, está compuesto por una mesa de café con una pila de revistas y alguna vela decorativa; un mueble de televisión blanco con una tele de pocas pulgadas; una estantería con libros y un sofá tres plazas que ha visto tiempos mejores. El dormitorio cuenta con una cama doble de estilo francés, cómoda alta y mesilla de noche, todo de roble. Sencillo y sin grandes lujos, no obstante, bonito y acogedor. Escaso en elementos decorativos, lo que en el fondo agradezco, de esta manera me es más fácil impregnarle mi personalidad. Bien es cierto que guarda restos de personalidades previas: un cuaderno de dibujo con varios bocetos de zapatos en el segundo cajón de la cómoda; una diminuta amatista en una esquina del armario; además de una vieja taza rota, en un estante de la cocina, claro recuerdo de un viaje a París.

—Bueno, ¿qué te parece? —le pregunto a Eva dentro del dormitorio.

—Así que una pelirroja... —Me ignora apartando la cortina de la ventana que queda junto a la cama, fingiendo echar un vistazo fuera.

No puedo evitar reírme; ella también.

—Sí, y muy guapa, por cierto —confieso.

—Acabo de darme cuenta de una cosa... —añade enigmática sentándose en la cama.

—¿De qué?

—En este piso ha vivido Bella, esa tal Ariel y ahora podrías vivir tú... BLANCANIEVES —enfatisa mi nombre haciendo un arco en el aire con el brazo—, es como una residencia para princesas —dice burlona recostándose sobre los codos.

—Tendré que preguntarle a Aurora si se apunta, entonces —bromeo.

—¿Aurora?

—Aurora, *La bella durmiente* —le aclaro.

—¡Ah, coño!, ¡es verdad! Quizá tener un nombre de princesa sea un requisito para vivir aquí.

—En ese caso, ¡ya tengo casa! —exclamo, sentándome a su lado para darle un beso en los labios.

—Bueno, ¿qué te parece?

Eva y yo volteamos la cabeza encontrándonos con Bella, la princesa original del «castillo», bajo el umbral de la puerta.

—Es perfecto. Me encanta —confieso.

—Si tienes alguna duda, algo que quieras saber...

—¿Cuándo puedo instalarme, quizá?

—Hoy mismo, si quieres —afirma sincera.

Visto que el piso me interesa y a ella alquilarlo lo antes posible, nos sentamos en los tres taburetes de la cocina a cerrar detalles sobre el contrato. Una vez aclarado todo, Bella coge sus cosas y me entrega las llaves del que será mi nuevo hogar.

—Me alegra que seas tú quien lo alquile, eres como de la familia, Blanca —añade cariñosa dándome un abrazo antes de irse.

—Muchas gracias por todo, Bella.

—Un placer, y por favor, pásame cuando puedas ese portfolio, que estoy deseando verlo.

—¡Descuida! —prometo.

—¿Soy yo u olía genial? —exclama Eva en cuanto cierra la puerta.

—¿Con ella no te lo pensabas para hacer un trío?, ¿eh? Tranquila, yo tampoco.

—La verdad es que paso de tríos —asegura, cogiendo mi mano para tirar de mí—. Tú y yo, Blanca, me parece un plan más que perfecto.

Sonríó quitándole la piruleta de la boca para meterla en la mía, mordiendo el caramelo haciéndolo pedazos, y acercándome despacio la beso, pasándole las dulces esquirlas durante rato, hasta que terminan por desaparecer.

—¿Qué te parece si estrenamos el castillo? —le sugiero quitándole el jersey, colando mis manos bajo la tela de su camiseta para acceder a la tersa piel de su vientre—. Podemos hacer de este día algo aún más memorable, ¿te ves capaz?

—Cariño, la duda ofende. —Y como muestra me empuja hasta que mis talones chocan contra el respaldo del sillón, asiéndome al borde del mismo para no perder el equilibrio.

Se arrodilla frente a mí tras desabrocharme los vaqueros y bajarlos de un tirón junto a las bragas. Abro las piernas con urgencia, dándole acceso a Adán, al que veo aparecer oscuro y morbosos en su mirada, más aún en sus actos, porque en su presencia el sexo siempre es directo y muy guarro. Cosa que me encanta. Su lengua alcanza con rapidez mi abertura, que lame a placer varias veces seguidas antes de palpar mi clítoris con ella y despertarlo con movimientos circulares y repetitivos. Hasta que...

—¡Mierda! —exclamo de repente, empujándonos a ambas fuera de este íntimo momento de forma abrupta—. ¿Qué hora es?

—¿Otra vez? —pregunta irritada sacando el móvil del bolsillo todavía de rodillas en el suelo—. Las seis y cinco. ¿Por qué? ¿Qué pasa ahora?

—Se me había olvidado comentarte una cosa...

—¿Qué?

Tiro de ella para que se ponga de pie y estemos a la misma altura.

—Mañana es el cumpleaños de mi hermano y nos ha invitado a su fiesta.

—¿Nos? —Arruga la frente entre escéptica y sorprendida.

—A las dos, sí. ¿Estás preparada para conocer a la familia Larios Alonso?

—¿Estás tú preparada para que la conozca?

—He esperado toda mi vida este momento —le aseguro dándole un beso en la boca—. El caso es que necesitamos un disfraz y sé de un sitio al que podemos ir, pero vamos a tardar un rato en llegar y cierra pronto. Además, tengo una idea maravillosa para nuestro disfraz en pareja.

—¿Cómo que disfraz en pareja?

—Resulta que hay varias tradiciones: una, que mi hermano siempre celebra una fiesta de disfraces en Halloween por su cumpleaños y dos, que si llevas pareja tenéis que ir con un disfraz de la misma temática, a juego o de algún dúo que sea reconocible. Es un clásico que no podemos romper, así que... ¿Nos vamos o qué?

Si soy sincera no me apetece demasiado ir a la fiesta y todo lo que conlleva, pero la idea

que se me ha ocurrido lo hace todo mucho más... emocionante.

—¿Y qué pasa con nuestro día memorable?

—Luego volvemos y lo clausuramos por todo lo alto. Aunque intuyo que lo verdaderamente memorable va a ser lo de mañana.

—Me estás dando miedo.

—De eso se trata, ¿no? ¡Es Halloween!

21

Greg (2018)

Siendo fiel a la verdad, Greg, esa a la que has sido incapaz de ponerle nombre y que yo no puedo ignorar, lo cierto es que nos vimos hace cuatro años en la fiesta de Halloween de Agus, y no mencionarlo en tu carta no anula su existencia, ¿eres consciente?, ¿verdad? Ambos sabemos que no es un encuentro que hayas olvidado; tampoco yo lo he hecho. Porque toda esa ira tan mal gestionada que acumulamos durante años nos empujó al peor de los extremos: llegamos a las manos.

Agustín y Lola inauguraban su nueva casa con aquella fiesta de cumpleaños, de las más multitudinarias que recuerdo. Aun así, con la planta baja repleta de gente camuflada bajo máscaras y maquillajes terroríficos te vi en cuanto puse un pie en el salón. Cantabas *Entre dos tierras* de Héroes del silencio, tu grupo preferido, que sonaba a todo volumen mientras te servías una copa disfrazado de Alex, el protagonista de *La naranja mecánica*, con el que tan bien te mimetizaste dando rienda suelta a algunos de tus instintos en aquella velada. La noche de los muertos vivientes y yo tenía frente a mí a uno que había enterrado hacía ya mucho tiempo, pero que había decidido resucitar para darme un susto de muerte.

—¿Qué cojones hace él aquí? —le exigí a mi hermano una respuesta.

—¡Muchas felicidades, Agus! Cada día estás más joven y guapo —respondió sarcástico ante mi brusquedad, aunque con su desenfado habitual multiplicado por tres debido a los mojitos que ya llevaba encima.

—Felicidades. —Me acerqué y le di un beso forzándome en suavizar mi enfado sin mucho éxito—. ¿Qué hace Greg aquí?

Agustín siempre ha invitado a algunos miembros de la Iglesia a su fiesta, ¿pero tú? Nunca le caíste especialmente bien y después de cómo terminaron las cosas entre nosotros (y también entre vosotros), tu presencia en aquel lugar no tenía sentido alguno.

—Mamá le invitó —confesó, escondiéndose tras el cristal de su copa, dándole un largo sorbo.

—¿Mamá?! ¿Qué tienes, doce años?

De hecho, cumplía treinta y cuatro.

—Digamos que en la misa del domingo pasado tu madre se vino un poco arriba... —se excusó, recolocándose el diminuto bigote de Gómez Addams que no terminaba de adherirse a su piel.

Tenía bastante claro a qué se debía esa invitación masiva por parte de nuestra señora madre: una oportunidad perfecta para impresionar a toda la Iglesia con la nueva casa de su «modélico» hijo pastor. No esperaba menos de ella, pero sí de Agustín, a decir verdad.

—¡Pues de puta madre! ¿Y tú no tienes criterio propio? ¡Por supuesto que no! —Yo misma respondí a la pregunta dejándome llevar por mi creciente enfado.

A Agustín no le afectó nada de lo que dije, ya sabemos que por evitar un enfrentamiento se tragaría su propia lengua así se envenenara.

—Lo siento —se disculpó, encogiéndose de hombros.

—Yo también, porque me largo.

—¿En serio te vas a ir?

—¿En serio le has invitado? —espeté alucinada, porque de verdad me estuviera preguntando aquello.

Me di la vuelta y enfilé hacia la salida ignorando que mi hermano gritaba mi nombre suplicando que me

quedara e ignorara tu presencia: «¡Pasa de él, Blanca!». Como si aquella petición resultara tan fácil. Con cada paso que daba la rabia iba incrementándose, no me podía creer que mi hermano me hiciera algo así, me hervía la sangre, y cegada por ese diálogo interno... no te vi venir. A un paso de alcanzar la puerta tu voz logró detenerme, pero solo porque no te esperaba.

—¿No saludas o qué?

Siete años sin vernos y después de cómo te habías portado no te merecías que te dirigiera una sola palabra, pero me di la vuelta subestimando el poder de tu presencia (a menos de un metro de distancia), y supe que la había cagado en cuanto me sobrevino el violento tsunami de recuerdos. Conteniendo la ira, cerré los puños con fuerza clavándome las uñas en la palma.

—Suerte tienes que no te dé una patada en los huevos.

Muy contenido y con una paciencia que jamás había visto en ti, te tomaste tu tiempo antes de hablar de nuevo, observándome con una mueca que no sé si era cosa mía, pero parecía esconder una sonrisa bajo esta. Lo que incrementaba aún más mi cabreo, si es que eso era posible.

—¿Podemos hablar un momento? —me pediste con suavidad, ubicándote, con esa inesperada actitud conciliadora, en un lugar completamente opuesto al que yo me encontraba.

—No tengo nada que hablar contigo —sentencí, haciendo ademán de marcharme.

Fue entonces cuando ese Greg que tan bien conocía hizo acto de presencia. Haciendo gala de tu clásica prepotencia, me agarraste del brazo arrastrándome a aquella habitación que un año más tarde mi hermano y mi cuñada tirarían abajo para ampliar el salón, y que en ese momento no era más que un pequeño cuarto repleto de trastos. Airada, me solté con brusquedad dándote un empujón alejándome de ti lo máximo que aquel zulo me permitía, encontrándome con una pila de cajas a mi espalda.

—¿Qué coño haces?!

Bloqueabas la puerta con tu cuerpo, algo más corpulento de lo que recordaba. Las mangas de la camisa blanca de tu disfraz se ajustaban a unos prominentes bíceps que nunca antes había conocido.

—¿Qué tal si te tranquilizas un poco?

—¿Qué tal si te vas a la mierda? —Me molestaba que te mostraras tan calmado y contenido: no podías haber cambiado tanto. En el fondo de mí sabía que tan solo interpretabas un personaje, el de chico bueno y reformado que tan poco te pegaba. Y yo, lo único que quería era sacarte de ese papel, así que comencé a provocarte—. Bueno, no sé por qué me sorprende, está claro que no has cambiado nada —añadí con el mayor desdén del que fui capaz.

—Quizá, si me das la oportunidad, puedas descubrir que no soy ese ogro que recuerdas.

—La gente no cambia. Y, sinceramente, Greg, me importa una mierda quién seas o dejes de ser. Aunque por lo que a mí respecta continúas siendo la misma persona que recuerdo, teniendo en cuenta que me has empujado dentro de esta habitación en contra de mi voluntad.

—No me has dejado otra opción.

—Siempre hay opciones, Greg.

Ya no hablaba de lo que acaba de ocurrir y ambos lo sabíamos.

De ahí, que en alguna clase de muestra de buena fe, soltaras el bastón (accesorio de tu disfraz) que cargabas en una mano, apoyándolo en el suelo y contra una caja de cartón. No es que fueras a usarlo, pero es cierto que te otorgaba un aspecto amenazador que no te ayudaba en aquella situación a la que tú mismo nos habías empujado.

—Mia Wallace, ¿eh? Aún conservas el disfraz —apuntaste, parecía que tratando de distender el ambiente.

—Ni siquiera es un disfraz, tan solo me he puesto lo que tenía en el armario.

A diferencia de mi hermano y mi cuñada, a los que les fascina los disfraces y el *cosplay*, a mí siempre me dio bastante pereza todo ese tema, y para aquella ocasión de verdad que le puse cero empeño. Cuando tú y yo nos disfrazábamos de Mia Wallace y Vincent Vega, tenía que ponerme una peluca, porque mi pelo era muy largo, pero la elección de ese mismo disfraz para aquel día se debió a la simplicidad, teniendo en cuenta que ya tenía el corte de pelo y solo tuve que sacar del armario un sujetador negro, una camisa blanca y un pantalón también negro. No supuso ningún quebradero de cabeza. En lo único que me esmeré fue en la sangre falsa de la nariz.

—Te has cortado el pelo —apuntaste, como si acabaras de darte cuenta en ese instante que no se trataba de una peluca.

Esa mención hizo que mi corazón se encogiera un poquito, y no por ti, sino porque me trajiste a Seth y Naia a la mente. Ellos, que me cambiaron sin saberlo y lograron que modificara por primera vez el aspecto que había mantenido intacto durante toda mi vida. Deshaciéndome de forma definitiva de aquella niña ingenua y de larga melena que tú solías conocer y que terminé enterrando en el mismo hoyo en el que te había metido a ti años antes.

Ese mismo del que decidiste salir aquella maldita noche de Halloween.

—¿Y tu perrito faldero? Perdón, mi exmejor amiga, ¿dónde te la has dejado? —pregunté con evidente acritud.

—Carla es... mi mujer. Nos casamos hace dos años —dijiste con cuidado, como si la noticia pudiera afectarme de algún modo.

No lo hizo, pero reconozco que me pilló con la guardia baja. Por ti no sentía nada más que odio y rencor, respecto a Carla la emoción inclinaba la balanza hacia alguna clase de celos que no terminaba muy bien de entender, lo que resultaba bastante irritante.

—Dale la enhorabuena de mi parte, está claro que consiguió lo que quería.

Cada vez que hablaba me escrutabas con curiosidad, pero también con cierta precaución. Puede que yo también lo hiciera, en gran parte debido al inquietante aspecto que te otorgaban aquellas falsas pestañas dibujadas alrededor de tu ojo derecho y que llegó a ponerme los pelos de punta.

—¿Has terminado ya? —Te cruzaste de brazos tratando de mantener esa postura tranquila tan bien fingida.

No era calma, sino autocontrol lo que proyectabas bajo esa puta condescendencia de la que no te has separado en la vida y que me estaba ya inflando las narices.

—No lo sé, ¿me puedo largar o vas a hacer como cuando tenía trece años y abusar de mí?

—¿Abusar?! ¿De qué cojones hablas, Blanca?!

Ahí estabas, rompiendo al fin esa impostada figura, con las manos en las caderas y la parte superior de tu cuerpo inclinada hacia delante, afectado, amenazante.

Me arrepentí de lo que dije en el mismo instante que aquellas palabras salieron de mi boca. No porque fueran inciertas, sino porque aún no estaba preparada para enfrentarme a esa conversación, ninguno lo estaba. Dicha confesión, lanzada con intencionada inquina y alevosía, fue el detonante de todo lo que ocurriría los siguientes minutos entre nosotros, en los que hubo más rencor que sinceridad; o quizá fuese un *sincericidio* y de cualquier manera no tuviésemos solución, como en aquella canción de Leiva del tan adecuado álbum llamado *Monstruos* y que tanto escuché durante esa época.

—Me quiero ir —te dije, sabiendo que no ibas a dejarlo estar.

—Vamos a hablar —aseguraste como ya vaticinaba.

Tras un sonoro resoplido, me di por vencida.

—¿Quieres hablar? Pues venga, habla.

Busqué un lugar en el que sentarme, un taburete alto que tenía justo detrás parecía perfecto, mostrando así que iba a darte la oportunidad para que te disculpas: la única razón por la que cedí fue por eso. Aun así, mi actitud era retadora, quería irme y no volver a verte en la vida, pero una minúscula parte de mí, ínfima, diminuta, quiso averiguar si existía la posibilidad de que hubiese fraguado en ti cierto cambio en estos años. ¡Menuda ilusa! Si en algún momento de verdad tuviste la intención de disculparte, desde luego se esfumó como el correccaminos perseguido por el coyote. No sé qué o quién te perseguía a ti, pero desde luego algo te hizo recular. Me decanto por tu ego desmedido o quizá fuese el mío, porque sin ninguna duda, aquel día ese encuentro se convirtió en una lucha de egos.

—Se trata de que hablemos los dos, no voy a hacer un monólogo —puntualizaste.

—Pues ya sería toda una novedad.

—¿Te parece este un comportamiento adulto?

—¿Y el tuyo? ¿Encerrándome aquí en contra de mi voluntad? Pero vamos, que no me sorprende, no has cambiado de *modus operandi* por lo que se ve.

—No sé de qué narices estás hablando. Y aquí los dos hicimos cosas mal, Blanca. —¿Por supuesto, no ibas a perder la oportunidad de mirar la paja en el ojo ajeno!—. Pero jamás hice nada en contra de tu voluntad.

Me reí sarcástica bajo una mueca de visible asco, consciente de que como ya vaticinaba, no habías cambiado en absoluto.

—Permite que me ría, por favor.

—Puedes reírte lo que te dé la gana: es la verdad —sentenciaste con esa arrogancia tan característica del Greg de los viejos tiempos.

—TU verdad, como siempre.

—Ves, a esto me refería, Blanca. Pongamos las cartas sobre la mesa, es evidente que quedaron cosas sin resolver.

—Pues yo creo que quedó todo bastante claro cuando le gritaste a mis padres que era una puta bollera. Palabras textuales.

Esquivaste mi mirada.

—No estuvo bien —reconociste.

Resultaba evidente que no te sentías orgulloso de eso, lo cual ya era todo un descubrimiento.

—Vaya, ¿es eso una disculpa?

—Tampoco es que tú hicieras las cosas mejor que yo.

Señalando de nuevo.

—Bueno, tenía trece años cuando empezamos, no era más que una niña.

—¿Eso crees? ¿Que solo eras una niña? —Te reíste con suficiencia y me entraron ganas de cumplir con la amenaza inicial y patearte la entrepierna que tan bien habías enmarcado con el suspensorio de tu estúpido disfraz.

—¿Cómo que eso creo? Sostenía una muñeca en la mano cuando un hombre con pelos en los huevos me metió la lengua hasta la garganta.

—Yo no era más que un chaval y tú no eras una niña, Blanca.

—Pensar eso te hace sentir mejor contigo mismo, ¿verdad?

—¡No me jodas, Blanca! ¡No me vengas con ese rollo de santurrona, que quisiste aquello tanto como yo!

—¡Acababa de cumplir trece años, no sabía ni dónde tenía la puta nariz, Greg!

—Pues a mí me parece que sabías muy bien dónde estaba todo, la verdad —aseguraste con repulsiva suficiencia.

—Me das asco —te dije con desprecio despertando un tenso silencio que alargamos retándonos con la mirada.

Fuiste tú el que lo rompiste, preguntándome en voz baja y grave:

—¿Por eso me engañaste?

—No —negué con la cabeza—. Y aunque ahora me cueste saber por qué, te quería y mucho.

—Pues lo demostraste de puta madre. —Diste un paso atrás, incrementando la distancia entre nosotros, esa que, poco a poco y sin que me hubiese dado cuenta, habías ido acortando.

—Te quería, pero nunca me dejaste ser, Greg. Hiciste todo lo posible para que no me encontrara a mí misma, porque eso te asustaba, que me cuestionara quién era y lo que quería te aterraba. Poco a poco me fuiste anulando.

—No necesitabas a nadie para eso, eras experta anulándote tú sola, cielo. Así que no me cargues a mí con la puta falta de autoestima que has tenido siempre. Y siento disentir también en otro punto: tú no me querías, lo que sí querías era lo que yo te hacía sentir, ese amor que no conocías ni en tu casa. Pero daba igual todo lo que hiciera por y para ti, porque nunca fue suficiente, por ese puto vacío que siempre has tenido dentro y por el que te has pasado la vida mendigando amor en cada esquina... tirándote a la primera que te hiciera un poco de caso —concluiste con desprecio, no pudiste evitarlo, tenías que mencionarla.

—¿Eso es lo que te jode?, ¿verdad? ¿Que fuera con una mujer? Tu puto ego masculino no puede soportar que el mejor sexo de mi vida fuera con ella.

Me fulminaste con la mirada.

—Lo que me dolió fue la traición. ¡Yo jamás te hice algo como eso! —gritaste, señalándome con el dedo.

—¡No, claro, porque tú fuiste una bellísima persona!

—No he dicho que lo fuera.

—¡Ni falta que hace! ¡Siempre te has creído el puto héroe de la película! Pero vamos, que tampoco creo que te doliera demasiado teniendo en cuenta lo que tardaste en follarte a mi mejor amiga. Si querías vengarte, felicidades, lo hiciste de puta madre dejándome en evidencia delante de mi familia el día de mi cumpleaños. De hecho, ¿sabes qué?, te mereces un aplauso. —Me levanté del taburete y me puse a aplaudir sosteniéndote una mirada repleta de odio.

—Para, Blanca —me ordenaste, pero no te hice caso, tu irritación me impulsaba a hacerlo con más ímpetu—. ¡¡Qué pares, joder!!

De un brusco movimiento detuviste mis manos, y reteniéndolas bajo las tuyas, te inclinaste pegando tu cara a la mía, tan cerca que pude reconocer el calor que desprendía tu cuerpo.

—Estaba profundamente enamorado de ti. De verdad que te quería, Blanca.

—No lo pongo en duda. —En una caja abierta a mi derecha vi una bola de plastilina y alejándome de ti la cogí—. Cómo no ibas a quererme, si moldeaste a esa niña hasta hacerla a tu gusto. Cuando algo no era como tú querías, cuando comenzaba a cuestionarme una mínima cosa, cuando trataba de cambiar la forma en la que me veía... —Apreté aquella masa con fuerza en un puño para después coger tu mano y depositar aquel objeto informe sobre tu palma—. Querías algo que no era real, Greg. No me conocías. Nunca me has conocido. Y la única razón

por la que estabas conmigo era porque podías manejarme a tu puto antojo, disponer de ese poder que no se te permitía en casa. Eso te ponía. Y mucho.

En tu mano, aquella masa verdosa se veía pequeña, diminuta, como siempre me vi yo a tu lado. Te quedaste observándola unos segundos antes de lanzarla tras de mí gritando algo que no iba a cambiar aquella realidad, por mucho que alzaras la voz:

—¡¡Estaba contigo porque te amaba!!

—Amabas algo que no existía —argumenté muy tranquila.

—¡Qué jodida tenías que estar para no ver el amor que tenías delante de ti! No es mi culpa que tu madre nunca te haya querido, Blanca, no me confundas con ella.

Mi mano voló directa a tu cara. Fue tan inesperado y te di con tantas ganas que logré girarte la cara. Ni siquiera fue algo que pensara, mi cuerpo reaccionó a tus palabras, dejándose guiar por la ira más intensa que había sentido hasta el momento.

Pasado unos tensos segundos en los que permanecimos paralizados, asimilando lo que acababa de suceder, volviste la cabeza devolviéndome una mirada de profunda compasión que no esperaba, pero, sobre todo, en la que oí verme reflejada.

—Eres igual que tu padre, Greg —dije negando con la cabeza—. Machacando a todo el mundo a tu alrededor para quedar por encima y sentirte alguien. Toda la vida odiándole y resulta que eres exactamente igual de arrogante y manipulador. No eres más que un mierdecilla frustrado —escupí con desprecio antes de darte un fuerte empujón con el que logré desestabilizarte, aunque creo que no fue debido a mi fuerza física, sino al poder de aquellas palabras.

Viniste a por mí como si fueras a embestirme; pero te detuviste concentrando toda tu ira en la mano con la que me apresaste el brazo.

—Me hiciste más daño del que puedas imaginar —siseaste a pocos centímetros de mi cara.

Forcejeé tratando de soltarme, pero lo único que conseguí es que apretaras con más fuerza, hundiendo los dedos en mi carne con ahínco. Mantuvimos una lucha silenciosa en la que tú esperabas que te rogara que me soltaras, porque necesitabas quedar por encima de mí, pero yo me negaba a hacerlo, fingiendo que no me hacía daño mientras contenía las lágrimas con semblante estoico.

Cediste en cuanto escuchaste mi última confesión.

—Tú me robaste la inocencia, Greg, y eso es algo que jamás podré perdonarte.

Tus dedos me liberaron, no así la última mirada que me echaste, en la que permanecí presa durante mucho tiempo después. Vi en ella un profundo arrepentimiento que nos pilló a ambos en pelota picada. Para mí era demasiado tarde, para ti, demasiado pronto: al fin fui consciente del daño que me habías causado. A pesar de que optaras por no mencionarlo en tu carta, debido, deduzco, a que aún te encuentras digiriendo la verdad. También la culpa. Cuatro años después.

Con el brazo enrojecido y el alma hecha pedazos, hui de ese zulo ahogándome en mis propias lágrimas, al tiempo que iba cavando un hoyo bien profundo en el que enterrarte para siempre. No iba a permitir que ese muerto reviviera de nuevo. Y no lo hizo, tan solo fue su fantasma, porque eso es lo que queda de ti, Greg, un penoso ente que en un último y desesperado intento, espera redimirse con una carta vacua de honestidad. ¿Sabes qué te digo? Suerte con eso.

—No sé yo si tu disfraz es muy adecuado, Blanca. Vamos, que no conozco a tus padres aún, pero por lo que me has contado... lo de ir de demonio, como que no lo veo.

—Quizá de eso se trate.

Ángel y demonio, esa ha sido la elección de disfraz para la fiesta, y tengo que decir que estoy bastante orgullosa con el resultado. Eva como ángel está para follársela; así, hablando mal y pronto. No encuentro mejor manera de describirla que esa. Y no va en plan ángel sexy; Victoria Secret y películas como *Mean Girls* han hecho mucho daño en este aspecto, también en muchos otros. Por el contrario, para esta noche Eva ha sacado su lado más masculino, más... Adán, con una camisa blanca XL con los primeros botones desabrochados mostrando una cruz dorada colgada de su cuello, pantalones cargo y Vans, ambos en blanco. Además de unas bonitas alas níveas de pluma y una aureola sobre la cabeza sujeta por una diadema. Una cosa que he podido descubrir de mi chica esta misma tarde, es que tiene un talento oculto para el maquillaje, de ahí que haya sido ella la encargada tanto del suyo como del mío. Eva, siguiendo la armonía de su disfraz, se ha delineado los ojos en blanco conformando unas alas en los párpados y, bajo la línea de agua, ha trazado un llanto celestial de purpurina dorada. Una fantasía.

Lo mío ha consistido en transformarme en el contrapunto de esta pareja, y por el reciente comentario de mi ángel diría que lo hemos conseguido. El maquillaje ha sido esencial para lograrlo, con ayuda de un buen bote de *body paint* y de la habilidad de Eva con la brocha, hemos alterado toda mi piel hasta darle un soberbio aspecto rojo infernal. Unos cuernos negros bien retorcidos (clara alegoría de mi familia); lentillas blancas que ya de por sí me dan un aspecto bastante tétrico, pero además hemos añadido unas cruces invertidas en negro bajo mis ojos (sí, me he venido muy arriba) y labios también negros. En cuanto a la ropa... no sé qué vestiría un demonio (si fuera por mí iría desnuda), pero por rebajar un poco la intensidad he optado por un vestido negro de corte gótico en terciopelo y manga larga, que ya usé hace unos años para un disfraz de bruja, y me he calzado unas botas negras de plataforma que compré en Cyberdog cuando viví en Londres. Me he convertido en un demonio bien terrorífico, un ser (maravillosamente) espeluznante. Por un momento temo que mis padres no vayan a reconocerme, pero luego recuerdo que así es como ellos siempre me han visto, como la semilla del mal de esta familia.

—Aparca por aquí —le indico, señalando el arcén colindante al chalet de Agustín y Lola.

Eva le ha pedido el coche prestado a Claudia, ya que no lo suele usar mucho y no tiene problema en dejárselo cuando lo necesite. Lo que ha sido todo un acierto, porque mi hermano vive donde Cristo perdió la sandalia, y hora y media de metro más bus con esta pinta (la mía en concreto) me apetecía más bien poco, siendo honesta. La idea inicial era venir a la fiesta con

Aurora; pero en el último momento se ha rajado, porque mañana se marcha de viaje por trabajo.

—Creo que me he pasado con las cruces —dice Eva, observándome con cierta incomodidad tras echar el freno de mano.

A mí, por el contrario, me parecen más que perfectas.

—Qué tranquilo está esto —murmuro mientras salimos del coche.

Me sorprende la calma que se respira en la calle, parece un día cualquiera y no esa celebración anual que más que una fiesta siempre se ha considerado un evento que llena toda la calle de coches, gente y un ambientazo de la leche. ¡Por no hablar de la música, que debería escucharse desde fuera! Ahora apenas se oye un leve murmullo que, si no me equivoco, parece venir de la casa de enfrente.

—¿Hoy es treinta y uno verdad?

—Sí, claro, ¿por qué?

Por un momento dudo haberme equivocado de día.

—Algo no me cuadra... —digo, picando el timbre.

Ni siquiera la puerta de fuera está abierta, pero claro, entendiendo la tranquilidad que se respira, nos escucharán perfectamente al llamar. Señal de que aquí pasa algo. Algo raro.

Enseguida nos abren la puerta, pero no a distancia activando la apertura automática, alguien ha decidido recibirnos en persona. Y no cualquiera, sino Clark Kent.

—¡Qué original! —exclamo con los ojos en blanco, viendo a Rafa por... ¿quinta vez?, disfrazado de dicho personaje. Y, aunque es cierto que le sienta de maravilla y que realza todos sus atributos físicos, estaría bien que innovara por una vez en su vida—. Podrías variar al menos, no sé, ¿en la corbata, por ejemplo?

—El disfraz original es así —sostiene.

Rafa, como buen fan de Superman, todos los años desde que tengo memoria se ha disfrazado igual: pantalón negro, camisa blanca sobre otra de compresión (bien ajustada) con la mítica ese de Superman, corbata roja y gafas de pasta. Sin olvidar el pelo bien engominado hacia atrás. Repite de atuendo, porque esto de los disfraces le da más pereza que una relación estable. Y a mí también, lo de disfrazarme digo, la diferencia es que a pesar de ello yo me lo curro cada año, que después de mi fatídica experiencia con Mia Wallace y el reencuentro con Greg no he vuelto a ponerme el mismo disfraz, porque estoy convencida de que me trae mala suerte.

—Gracias —suelta el falso superhéroe.

—¿Por?

—Porque no me cabe duda de que vais a animar la fiesta... —responde divertido echándose a un lado para dejarnos pasar.

Eso hacemos, ahorrándonos el saludo; la cosa está un poco tensa entre Eva y Rafa, pero también entre Rafa y yo. Además de que no pienso arriesgar mi maquillaje por darle dos besos a un cobarde que tiene los huevazos de vestirse de superhéroe. Es como un chiste de mal gusto. Eva ya estaba informada de que Rafa estaría en la fiesta, así que no le pilla por sorpresa; lo que no quiere decir que le haga ninguna gracia.

—¿Cuánto llevas aquí? —le pregunto de camino a la casa.

—Demasiado tiempo —protesta, dándole fin a la copa que lleva en la mano—. Un segundo, chicas —nos pide plantado delante de nosotras—. Antes de entrar... quería pedirlos disculpas por lo ocurrido el otro día. Bueno, con Blanca ya lo hablé —hicimos algo más que hablarlo en realidad, no obstante, agradezco que no lo mencione—, más bien quería aclararlo contigo, Eva.

—Te escucho —dice ella con sequedad.

Y bueno, no la culpo, recordemos que Rafa le propinó algo parecido a una patada segundos después de haber estado disfrutando de un maravilloso encuentro sexual.

—Gracias —asiente antes de continuar—. Siento mucho cómo se dieron las cosas y la manera en la que me marché del hotel, sé que no tengo excusa, pero tuve un problema en el trabajo —miente (bastante bien, pero miente)—, y lo terminé pagando con vosotras de la peor forma. De verdad que lo siento y espero que puedas perdonarme, Eva.

—Acepto tus disculpas —responde Eva más rápido de lo que esperaba—. De todas formas, creo que todos estamos de acuerdo en que no va a volver a darse una situación como esa, porque ESTO —dice señalándonos a los tres—, ya no funciona, y Blanca y yo hemos decidido volver a nuestra relación monógama.

—Estoy de acuerdo, creo que es lo mejor. —Eva parece mostrarse satisfecha con esa respuesta, a mí, por el contrario, me entran ganas de coger una kryptonita y metérsela al superhéroe por el recto—. ¿Estamos bien? —dice, tendiéndole la mano a Eva.

«Cuidado, Rafa, que no te engañe su disfraz de ángel».

Eva le sostiene la mirada sin mover un solo músculo, retándole, como si el tiempo que sea capaz de aguantar con el brazo estirado fuera directamente proporcional a lo honestas que han sido sus palabras, o quizá sea una venganza por lo ocurrido en el hotel. Quién sabe. Lo que está claro es que está desafiándole y Rafa lo acepta sin inmutarse.

—Estamos bien —resuelve Eva al fin pasando por su lado, dejándole con la mano en alto.

Rafa finge no sentirse afectado por el desaire de mi chica, pero ya te digo yo que no le ha hecho ni puta gracia. No es tan bueno fingiendo.

—¿Te has pasado un poco?, ¿no? —le digo en cuanto la alcanzo echando un vistazo atrás, pillando a Rafa con la mirada perdida en el suelo; quizá esté buscando su orgullo entre la hierba del jardín.

—Superman, como todos, necesita una curita de humildad de vez en cuando, cariño.

Me siento un poco mal, pero también un poco bien, lo que equilibra la balanza en: voy a dejarlo pasar, porque al final, es algo entre ellos.

Rafa vuelve a reunirse con nosotras ya recompuesto y con la misma actitud desenfadada de siempre. Puede que sí que tenga superpoderes después de todo.

—Espero que estéis preparadas para la decadencia máxima —nos advierte en cuanto ponemos un pie dentro de la casa.

El cumpleaños de Agus suele ser tan multitudinario que la gente termina invadiendo toda la casa, incluyendo el jardín, sin importar el frío que haga. Hoy, el jardín es un erial oscuro, todos los invitados de esta fiesta se concentran en un único espacio: el salón, supongo que con intención de hacer algo de bulto. Por no hablar de la decoración, que suele estar muy currada en plan Halloween en Wisconsin, y no esta desfachatez, que parece una tienda de barrio queriendo adaptarse a la festividad americana de turno. Cuatro palabras: ley del mínimo esfuerzo. Otras dos palabras: puta mierda.

—Pero qué... ¿qué ha pasado con la gente, la música y... la gente? —pregunto horrorizada forzándome por averiguar si el suave silbido que escucho de fondo se supone que es la música—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Pues por lo visto en el cumpleaños treinta y siete de tu hermano. Necesito otra copa —responde Rafa antes de desaparecer y rellenarse el vaso.

Sobre la mesa de comedor han dispuesto la bebida y un bufé variado de sándwiches y canapés, más propio del cumpleaños de un niño que de una fiesta para adultos: falta alcohol y sobra comida. Hasta hay tres tartas. ¡Tres tartas!

—No entiendo nada. Esto no es una fiesta, es una reunión de *millennials* acabados. ¡Solo faltan los juegos de mesa! —me quejo.

—No, ahí están —me informa Eva con un movimiento de cabeza.

Efectivamente, apilados junto a la mesa reconozco un Monopoly, un Pictionary, un Trivial y un Scattergories. Mátame camión.

—¿Pero qué mierda es esta?!

Apenas cuento quince personas dispersas por el salón, entre los que están mis padres (de espaldas, aún no se han percatado de mi presencia), dos parejas de la Iglesia, Rafa, mi hermano, Lola, los dos hermanos de Lola con sus respectivas mujeres y... nosotras. O lo que es lo mismo: una pareja de piratas sesentones; Woody y Jessie de *Toy Story 2*; Caperucita y el lobo; Clark Kent; Gómez y Morticia Addams; Catwoman y Batman; Mario y Luigi y... nosotras. Lo más *cool* de esta fiesta, sin contar con nosotras, es un jarrón naranja de Dolomita Malik que le regalé a mi hermano y mi cuñada cuando inauguraron la casa. Y son ellos, precisamente, los que vienen hacia aquí directos a saludarnos.

La cara de circunstancia de mi cuñada es un poema, mi hermano trata de fingir normalidad; algo que no está consiguiendo. Ya somos dos.

—¡Felicidades, hermanito! —le felicito, dándole un abrazo raro, como esos que se dan las millonarias de los *realities*, que apenas flexionan los brazos, evitando así que los cuerpos se toquen—. Lo siento, pero no quiero estropear mi disfraz.

—Sí, muy... discreto —dice tras una forzada sonrisa.

Lola ni se acerca, se limita a saludarme con la mano, muy guapa con su disfraz de Morticia Addams y que tan bien le sienta, todo hay que decirlo.

—Os presento: Eva, él es mi hermano Agustín y ella, mi cuñada Lola.

—¡Estábamos deseando conocerte, Eva! —exclama Lola.

A ella sí que le dan dos besos acompañados de sonrisas honestas y un afable interés.

—Lo mismo digo, gracias por invitarme y muchas felicidades, Agustín —dice, entregándole una bolsa con el regalo que insistió en comprarle.

Yo no le he traído nada, porque mi hermano y yo tenemos un acuerdo para los cumpleaños. Hace ya tiempo decidimos sustituir los regalos materiales por alguna experiencia que pudiéramos disfrutar juntos; el hecho de haber estado sin hablarnos tuvo mucho que ver en esta decisión. Porque Agus y yo tenemos nuestras diferencias, pero nos queremos a rabiar. Para sus treinta y siete le regalé una escapada de dos días a Ámsterdam, y él, para mi último cumpleaños, me llevó a un *escape room* temático y después a cenar al Corral de la Morería, nunca había visto flamenco en vivo y tenía muchas ganas. Me lo pasé genial. Para este, aún no he pensado qué voy a regalarle, algo se me ocurrirá.

—Blanca me dijo que era uno de tus vinos favoritos —explica Eva.

Agradecido, Agustín saca de la bolsa un estuche negro de cartón que incluye una botella de Protos Reserva y una copa de cristal.

—No hacía falta, Eva; pero te lo agradezco. Me encanta.

Mi cuñada coge el regalo y se marcha echándome una última mirada que ni siquiera se esfuerza por ocultar, con la que expresa una clara disconformidad con el disfraz que he elegido.

—Dime que ahora llega todo el mundo, por favor —suplico.

—Este año hemos decidido optar por una fiesta... más íntima.

—Cumplir treinta y ocho no te sienta nada bien.

—Mañana los padres de Lola celebran treinta años de casados y queríamos estar frescos; han alquilado una finca en el Escorial y vamos a pasar un par de días. Por cierto, ¿no crees que te

has pasado un poquito con el disfraz?

—Hombre, viendo el entierro que has preparado... creo que voy de lo más adecuada.

—A mamá le va a dar un *parraque* cuando te vea. Por cierto, ahí viene.

Me giro y veo a mi madre llevarse la mano al pecho, agarrándose la cruz de su cuello con los ojos muy abiertos. Yo sonrío con satisfacción.

—¿Cómo se te ocurre venir así, Blancanieves? —me reprende, tratando de bajar la voz para que nadie la escuche—. ¡Qué vergüenza!

Opto por ignorarla. Y papá, más o menos lo mismo, porque en ocasiones al igual que mi hermano, prefiere evitar un enfrentamiento y hacer como si no fuese una situación de lo más incómoda.

—Mamá, papá; ella es Eva, mi novia.

—¡Hola, Eva! —la saluda mi padre dándole dos besos—. Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo —responde ella con una gran sonrisa.

Papá puede ser muchas cosas, pero jamás sería descortés con alguien. No como mi madre, que no sé si está más horrorizada por mi disfraz o porque le esté confirmando que me acuesto con una mujer.

—Tienes unos ojos muy bonitos —le dice papá con dulzura.

—Muchas gracias. Encantada de conocerla —se dirige ahora a mi madre.

Pero esta, sin separar la palma de la mano de su pecho, desvía la mirada de Eva para fulminarme con ella a mí antes de darse la vuelta y largarse sin pronunciar una palabra, desapareciendo por el pasillo de camino a la cocina. Mi padre se marcha después tras una sincera disculpa. Y yo me quedo con la mirada perdida digiriendo el dolor, pero más aún, la rabia. No esperaba que mi madre se lo tomara con alegría; tampoco que mostrara un desprecio tan evidente. Siento ira, pero también mucha vergüenza.

—Bueno, ¿nos tomamos algo o qué? —suelta Eva como si no hubiese ocurrido nada, atravesando el salón para llegar a la mesa con las bebidas. Yo la sigo por inercia, mi cuerpo está con ella aquí y ahora, pero mi mente se ha quedado estancada en la profunda decepción que he visto en el rostro de mi madre—. ¿Qué quieres tomar? ¡Blanca! —Su voz consigue traerme de vuelta—. ¿Que qué quieres tomar?

Ha servido hielo en dos vasos esperando que le dé una respuesta.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Ni te preocupes, ya me advertiste de la situación. Además, tu padre ha sido muy simpático —coge una botella de ron y sirve en uno de los vasos—, y tu madre, pues bueno, quizá necesite más tiempo.

—Te juro que la odio. —No puedo ocultar mi rabia.

—¡Ey!, olvídalo, no pasa nada. A mí no me importa, así que ya está. Es algo que en cierta manera ya esperabas, ¿no?

—Sí, que me lo haga a mí tiene un pase, ¿pero a ti? No ha sido capaz ni de saludar. Es muy fuerte, Eva.

—Olvídalo, vamos a tomarnos algo y a disfrutar —arguye antes de darme un beso en los labios—. ¿Qué tal si me presentas al resto?

Hago un barrido con la mirada consciente de que la mitad de esta gente o son unos estirados presuntuosos o unos homófobos soporíferos. Gente fetén, vamos. Y rezo para que mis padres se larguen lo antes posible. Lo habitual es que se pasen un rato y luego se piren, pero, quitando mi presencia y por extensión la de mi novia, los veo bastante cómodos y con poca intención de que eso llegue a ocurrir *presto*.

—Ahora te presento a los hermanos de Lola. —Finalmente, me decanto por los estirados, al menos, en ocasiones son divertidos—. Pero antes termina de ponerte esa copa, porque la vas a necesitar, créeme.

Una de las cosas que más echo de menos de esta fiesta es a Usnavy el cubano, un colega de mi hermano que siempre contrataba para que preparara cócteles durante toda la noche. A Agustín le flipan los mojitos, y Fran preparaba los mejores que haya probado en mi vida; ganó varios premios por ellos. Además de su mano con las bebidas espirituosas, te echabas unas buenas risas con él. Ahora, lo más cercano que encuentras son combinados, ya preparados que no valen ni para desatascar el fregadero.

—¿Esto es mojito sin alcohol? —pregunto con la botella en la mano.

—Diría que sí. De hecho... creo que es lo que está bebiendo tu hermano.

Efectivamente, sostiene un vaso al que ha tenido el valor de echarle una rama fresca de hierbabuena, deduzco que con intención de darle algo de sabor a esta mierda.

—¡Pásame el vodka, anda!

No suelo beberlo, porque me sienta como un tiro, pero viendo el panorama creo que lo voy a necesitar. Eva se sirve un ron-cola y con nuestras copas bien llenas y con la constante sensación de miradas en mi cogote, le presento a Catwoman y Batman, o lo que es lo mismo, el hermano de Lola y su mujer. Enseguida se nos unen Mario y Luigi, incluso Caperucita y el Lobo, que son unos amigos de mi hermano de la Iglesia y fíjate, no salen ardiendo al juntarse con nosotras. Será toda una novedad para ellos. Durante la siguiente hora hablamos, bebemos (sobre todo yo) y bailamos gracias a que mi hermano me deja pinchar algo de música y subir el maldito volumen.

—¿Está Rut en casa? —le pregunto a Agustín que lleva toda la noche evitándome de forma bastante descarada. Al igual que Rafa, por cierto.

—No, con los padres de Lola.

—¡Pues sube el volumen, macho! En su fiesta de cumpleaños la banda sonora de *Grease* casi me revienta un tímpano y aquí no sé si no lo que está sonando.

Pasadas las doce, como una recopilación de asesinos en serie, aparecen cuatro compañeros de trabajo de mi hermano animando un poco la cosa. Gente más mundana fuera del círculo pijo/evangélico. Eva y yo hacemos muy buenas migas con Michael Myers y Freddy Krueger, con los que terminamos cantando y bailando temas disco de finales de los noventa como *Flying Free*, *Be My Lover* y *Blue (Da Ba Dee)* entre otros. Y justo cuando esta reunión de momias empieza a hacer un poco de justicia a lo que fue esta fiesta en su día, aparece mi padre para recordarme el mal rato que me ha hecho pasar mi madre.

—¿Cómo estás, hija? —me pregunta, abordándome junto al bufé, aprovechando que me he acercado a por algo de comer, porque voy por el tercer vodka y he venido sin cenar.

—De puta madre, papá, ¿acaso no lo ves? —exclamo sarcástica con un canapé de queso de cabra y mermelada de tomate en la boca.

—La verdad es que no. —Le miro sorprendida ante ese arranque de honestidad—. Es difícil para tu madre, trata de entenderla.

—¿Y a mí quién me entiende, papá?

—Me gusta, parece buena chica. —Ignora mi pregunta, que no era precisamente retórica, con la mirada puesta en Eva.

—Lo es.

—¿Y la quieres?

—¿De verdad te interesa? —pregunto a la defensiva, pero con cierta tristeza; él asiente con

levedad—. Más que eso, estoy enamorada de ella, papá. Pero ¿acaso eso cambia algo? —En esta ocasión es él quien desprende la tristeza en su mirada, pero, sobre todo, en su silencio—. Por supuesto que no. En esta familia nunca va a cambiar nada.

Se me empiezan a rayar los ojos y tengo dos opciones: que se me salte una lentilla por tratar de retener la emoción o que se me salten las lágrimas, y como me niego a que se me salte ninguna de las dos cosas huyo en dirección al baño. En el camino me intercepta Eva, que para mi sorpresa parece haber hecho muy buenas migas con Lola, con quien ríe sonoramente.

—¡Blanca! —Me rodea la muñeca con su mano.

—Voy un momento al baño —le informo, forzando una sonrisa.

—¿Todo bien?

—Estupendo —miento antes de continuar con mi escapada poniendo todo mi empeño en no pestañear.

Por suerte, el servicio de la planta baja está libre, pero antes de que pueda poner un pie dentro me cruzo con mi hermano y su cara de desaprobación. Cuando quiero darme cuenta estoy encerrada con él en el baño.

—Esto es raro, ¿lo sabías? —le digo, cogiendo un trozo de papel higiénico para limpiarme el lagrimal: primero uno, luego el otro.

—Ya te vale, Blanca. ¿No crees que te has pasado un poco?

—¿Perdona? —Me doy la vuelta fulminándole con la mirada.

—Ya podías haber elegido otra cosa, pero nooo..., tú tenías que ponernos a todos en una situación incómoda. A mamá casi le da un infarto. Y a Lola tampoco le hace mucha gracia, la verdad.

—¡Es un puto disfraz, Agus!

—¡No, no lo es! Es una declaración de intenciones y lo sabes. —Tiene razón, pero no voy a reconocerlo—. Te dije que trajeras a Eva, porque sé que es importante para ti, para que des un paso con esto, ayudarte con papá y mamá, pero tú... ¡Mierda, Blanca! ¡Tú tienes que convertirlo todo en una batalla!

—¡Que me quieres ayudar dices! ¿Como has hecho con Greg? —Le pillo fuera de combate. Su rostro pasa del enfado a la confusión como si fuera un pase de diapositivas—. ¿Por qué le has excomulgado?

—¿Cómo te has enterado? —pregunta entre dientes.

—Porque ayer me abordó saliendo de casa para darme una puta carta, Agus.

—¡Joder!

—No te hagas el sorprendido que me dijo que tú le diste mi dirección —le recuerdo.

—Sí, se la di, con intención de que te enviara la carta, no para que te la diera en mano.

—¡Oh!, claro, porque eso es mucho mejor. ¿En qué coño estabas pensando?

—Lo hice por ti.

—¿Qué coño lo hiciste por mí? Lo hiciste por ti, porque te sentías mal, porque sabes que fui un hermano de mierda en el pasado y querías redimirte —argumento sin cortarme un pelo.

—Desde que me lo contaste no he podido dejar de pensar en ello, me sentía fatal, Blanca, tenía que hacer algo. Arreglarlo.

—¡No has arreglado nada, Agus! Eso ocurrió hace qué... ¿Diecisiete años? Lo único que has hecho es darle una importancia que a esta altura ya ni la tiene, o la tenía. Además de otorgarle un protagonismo a ese soplapollas que jamás se ha merecido.

—Lo siento.

—Bueno, al menos espero que lo hayas conseguido y te sientas mejor.

—No me siento mejor, Blanca —reconoce disgustado.

—Claro que no, ¿y sabes por qué? Porque tienes mucha mierda dentro de ti a la que no te quieres enfrentar y has pensado que centrarte en la mía te iba a ayudar. Pues en vez de tratar de solucionar mis mierdas del pasado, solucionas las tuyas, que no será porque no tienes con todos esos... ERRORES —remarco con inquina la palabra que él mismo usó para definir sus escarceos con hombres.

Me termino la copa de un trago antes de abrir la puerta y dejar a mi hermano reflexionando sobre su vida y sus errores. Al otro lado me encuentro a Eva, esperándome.

—¿Qué ocurre?

—Nada, cosas de hermanos, ya sabes.

Sé que dije que no quería montarla, pero me buscan, y me vuelven a buscar otra vez, y no estoy yo en mi mejor momento para jugar al escondite. Y me he bebido tres vodkas, lo que dificulta que pueda encontrar un rincón en el que no me encuentren o lo que es lo mismo: mantener mi boca cerrada.

—¿Qué ocurre? —insiste.

Sé que no me va a dejar en paz hasta que se lo cuente, así que...

—Ven. —Entrelazando nuestros dedos la llevo fuera, al jardín. Creo que el frío me ayudará a rebajar las emociones y a tranquilizarme. Eva permanece de pie frente a mí recortada por la luz de la casa, lo que le da un aspecto aún más angelical. Yo, sentada en la escalera que da acceso a la casita de mi sobrina cojo aire profundamente, preparándome para contarle lo ocurrido. No quiero que Eva sienta que le oculto algo. —. Ayer, antes de ir a tu casa me encontré con Greg, mi ex.

—Tu primer novio —afirma, aunque esperando una confirmación.

—Ese mismo. Pero no se debió a una casualidad: me estaba buscando.

A diferencia de mi familia, que se lee como un libro abierto, Eva es ducha en eso de manejar sus emociones para que no resulten tan evidentes. Y así permanece, escuchándome con atención, aunque impasible, sin darme una pista de lo que sea que le esté pasando por esa cabecita suya.

—¿Qué quería? —pregunta (diría que con interés).

Le cuento lo que él mismo me dijo, lo que escribió en su carta y lo ocurrido en la fiesta de Halloween de hace cuatro años y que optó por obviar en su misiva. Además de lo que acabo de hablar con mi hermano; consciente de toda la rabia impregnada en mis palabras al relatarlo.

—Siento que vivo en puto círculo de mierda que no parece terminar nunca —me quejo hastiada.

Eva me observa en silencio con una tenue luz iluminando su rostro, lo que me permite intuir algún tipo de debate interno. Al menos eso creo.

—¿Qué? Dilo —la animo con cierta displicencia, como si no me importara lo que fuera a decir, ni sintiera mis músculos tensarse expectantes.

—Tú eres el círculo, Blanca.

—¿El círculo?

—Necesitas el drama, y si no lo hay, lo creas.

—¡Eso no es cierto! —espeto ofendida—. ¿Qué estás diciendo?

—Que el drama te ayuda a perpetuar ese rol de víctima en el que siempre estás metida. La excusa perfecta para que permanezcas en ese círculo —suelta así, sin anestesia ni nada.

—¡Tú estás flipando! —exclamo, poniéndome en pie.

—¿En serio no lo ves, Blanca? Siempre estás envuelta en algún conflicto que, si no es con

tu padre, es con tu madre; o con Rafa y conmigo; o con Rafa a solas; o es por Greg y tu hermano. Y, por supuesto, siempre eres la víctima. Y con esto no digo que los demás lo estemos haciendo mejor, y soy consciente de que has vivido cosas muy duras, pero... ¡joder, Blanca, no avanzas! Estás atascada en todo ese pasado. En lo que te hicieron o dejaron de hacer. Por ejemplo, Greg, que sí, que es un cabronazo, no voy a quitarte razón en eso, pero a su manera intenta pasar página; lo mismo que tu hermano e incluso tu padre. Peor o mejor parecen querer avanzar, pero tú... estás hasta arriba de resentimiento y de dolor que, o lo sueltas, o va a terminar sepultándote.

Estoy tan conmocionada, que no me siento capaz de conectar dos palabras seguidas con sentido. Comienzo a dar vueltas sobre mí misma y alejarme unos pasos de Eva, porque sí, algo de lo que ha dicho es cierto, como lo del rencor y el dolor, pero...

—A mí no me gusta todo eso. No me gusta el drama.

—¿Y por qué no lo sueltas? —Ok, no sé qué contestar a eso—. El rencor es un veneno que te tomas tú esperando que le haga daño a otro. Mira, Blanca, has vivido situaciones muy difíciles, es verdad, ¿pero sabes qué? Que nunca vas a poder cambiar lo ocurrido; pero sí lo que haces con ello. No puedes cambiar el pasado, ni tampoco a los demás. No vas a cambiar a tu madre, pero tú..., tú puedes cambiar. —¿Puedo?—. ¿De verdad querías que tus padres me conocieran?

—¡Claro que sí! Pero en el fondo sabía lo que iba a ocurrir, porque mi madre...

—¿Tu madre, qué, Blanca? Ya sabías cómo era tu madre, igual que venir así —me señala con el dedo de arriba abajo—, no iba a ayudarte. Lo que te preocupaba no era la reacción de tus padres al presentármelos, ya sabías cuál iba a ser. Lo único que querías era crear una situación que confirmara que, en efecto, vuelves a ser una víctima, manteniéndote así en ese rol.

—Te estás equivocando, Eva. Tú lo has tenido muy fácil, con una familia que siempre te ha apoyado y que te ha querido sin condiciones. Es muy duro que tus padres no te acepten, ¿sabes?

—No lo pongo en duda, pero ¿y tú, te aceptas a ti misma?

—Sí —afirmo, aunque no con la rotundidad deseada.

—¿De verdad te aceptas? ¿Te quieres? Porque yo creo que no. Creo que confundes el amor romántico con el propio. Y te enamoras y lo das todo. Y amas a Rafa y me amas a mí. Y crees que tenernos a los dos al mismo tiempo llenará ese hueco que no has logrado completar en treinta años; pero no entiendes que tratar de llenar el amor propio con el romántico, es como querer encajar un triángulo dentro de un círculo. Tu valía no depende del amor que te profesemos ni nosotros ni nadie, tu valía está en ti, Blanca —pronuncia esto último con ternura—. Mira, el otro día me hablabas de trajes, de que si yo me había creído el de lesbiana, y quizá estés en lo cierto y necesite cuestionarme ciertas cosas. Ahora yo te pregunto a ti: ¿qué traje llevas puesto, Blanca?

—Esta noche el de demonio —bromeo. O no.

—Pues cuidado, cariño, no sea que termine consumiéndote —me advierte, sosteniéndome la mirada, una que de repente no reconozco, alargando unos segundos que comienzan a sentirse insostenibles—. Creo que lo mejor será que me vaya.

Una parte de mí no quiere que se marche, aun así, otra mucho más dolida tampoco se siente cómoda con ella en este momento. Hablaba de veneno, e irónicamente, sus palabras han sido tan letales como uno. Adán, Eva y la manzana. Lo único que quiero es expulsarles del Paraíso.

—Estoy de acuerdo, deberías irte.

Me dedica una última mirada compasiva justo antes de darse la vuelta y desaparecer, imprimiendo en mi retina la silueta de un ángel que, para mí, acaba de caer.



Krueger hace rato que se ha largado dejándome sola con Myers, y lo cierto es que sobraba, porque Michael Myers y yo nos entendemos muy bien. Llevo un buen rato riéndome con él, aunque no sé ni de qué. Deduzco que el alcohol ingerido en las últimas horas tiene algo que ver con esa falta de claridad. He perdido la cuenta de los vodkas que llevo encima, pero sé que en cuanto desterré a (Adán y) Eva del Paraíso fui directa a servirme un vodka solo que me bebí de un tirón; y después, me puse otro más, y creo que otro más detrás de ese. Lo que hiciera falta para convertir la expresión «ir ciega» en algo casi literal: dejar de ver a mis padres y de contemplar las dantescas imágenes en que se convirtieron las palabras dichas por Eva ha sido mi principal foco en este rato. Me niego a darle importancia, montar un drama y convertirme en una víctima, porque al parecer eso es lo que hago. Y la ebriedad ha sido el camino escogido para ello.

Ahora, solo espero que nadie más se me acerque con más intención que bailar o beber lo que queda de noche, porque estoy a un enfrentamiento de sacar al demonio que todos saben qué llevo dentro (y fuera). Lo único que quiero es disfrutar de esta fiesta que, poco a poco ha ido mejorando, en parte gracias a la piña que han formado Krueger, Batman y Luigi (jamás pensé que diría algo como esto), que hace rato se han establecido como los DJ's oficiales rememorando viejos clásicos.

—¡Ju-já! —canto, haciendo un baile ridículo frente a Myers.

—¡Jeee... júa! —responde este fingiendo un movimiento karateka con los brazos, que con su metro noventa resulta aún más ridículo que el mío. Y, por tanto, más divertido.

Nos desternillamos de la risa, o eso intuyo que hace él, porque con esa careta inexpresiva bajo la que oculta su rostro y que no se ha quitado en ningún momento es difícil descifrar nada. De cualquier manera, solo de imaginar cómo debe verse desde fuera a Michael Myers y a este demonio bailando *Así me gusta a mí* de Chimo Bayo, hace que no pueda parar de reír.

—¡Aún no te he visto la cara! —Lo único que he podido percibir es que la poca piel que deja a la vista bajo ese mono azul de mecánico es extremadamente blanca—. ¡Quítate la careta! —le pido.

A pesar de que no puedo ver ni sus facciones ni sus gestos, apostaría mis cuernos a que está sonriendo en este instante, y de alguna manera lo confirma al tomarme de la mano y tirar de mí escaleras arriba.

—Si quieres asesinarme, te recuerdo que te has dejado el cuchillo abajo —bromeo, dejándome guiar por este gigante paliducho.

Se detiene al fondo del extenso pasillo de la planta alta, acorralándome contra la pared antes de quitarse la espeluznante máscara de un movimiento, revelando algo que quizá debí haber intuido, si no fuera porque mi estado de embriaguez ha turbado más sentidos de los que tenía inventariado.

—¡Eres albino! —exclamo con sorpresa.

Creyéndome ante una visión, e incapaz de contener la necesidad de acariciarle, mi mano corre directa a su anguloso y lívido rostro, dejando un rastro rojo en su mejilla al hacerlo, resaltando así las llamas carmesíes que residen en sus pálidos ojos azul cielo. Me resulta fascinante que, protegida por una corona de níveas pestañas, se encuentre una mirada rasgada

capaz de sostener el cielo y el infierno al mismo tiempo. Hace que me vea reflejada en sus ojos, y no a causa de su transparencia, sino a esa dualidad con la que yo misma he querido jugar al presentarme en esta fiesta como demonio y acompañada de un ángel, ahora caído. Lo que despierta una incomodidad que me empuja a desviar la mirada hacia sus curiosos e hipnóticos labios, que de tan rosados parecen haber sido maquillados con mimo, destacando entre una espesa barba blanca y masculina.

Siento la amplitud y la calidez de la mano de este hombre de aspecto angelical anclarse en mi nuca formulando una pregunta sin palabras: está pidiendo permiso para besarme. A lo que yo respondo recogiendo en un puño la tela de su mono para acercarlo a mí porque, aunque las botas que llevo me aporten unos centímetros de altura, un metro setenta y cinco sigue siendo insuficiente para alcanzar el cielo, más cuando eres el mismo demonio sumido en tu propio infierno.

Nuestros labios se encuentran a medio camino con una agresividad inesperada, pero reconfortante, que es justo lo que necesito en este momento. Un hombre peculiar, atractivo y directo que sabe lo que quiere y que parece también intuir lo que yo necesito. Y así lo demuestra, invitándome a rodear su cintura con mis piernas, incrementando la intimidad al empotrarme contra la pared mientras balancea su cadera y una erección acorde con su tamaño golpea directa contra mis bragas. Comienzo a gemir contra su boca al tiempo que él gruñe sobre la mía. Sabe a *whisky*, tabaco y menta. Sus movimientos, a sexo morbosos, duros y placenteros. Lo que parece lograr aplacar el torbellino de pensamientos que llevo evitando desde que Eva se fue.

Me doy cuenta de que trata de abrir una puerta, pero le detengo.

—¡No! Esta es la habitación de mi sobrina. —Puedo comportarme como un demonio, pero tengo unos límites, a pesar de que no lo parezca—. La del otro lado, que es la de invitados.

Myers me lleva hasta allí y sin dejar de besarme abre la puerta y nos cuela en la estancia, cerrando al hacerlo, usando mi espalda para ello. Entro con los ojos cerrados, concentrada en los besos de este desconocido, pero enseguida siento una luz impactarme sobre los párpados, así que los abro topándome de lleno con Rafa y Agustín que están dándose un abrazo justo enfrente de mí y de espaldas a Myers.

—¡¿Estáis de coña?! —exclamo, bajándome de un salto del gigantón albino.

—¿Blanca? ¿Luca? ¿Pero qué...? —dice mi hermano que se percata de nuestra presencia más o menos a la misma vez que yo de la suya.

—¡¿Qué cojones haces, Blanca?! —interviene Rafa, que al parecer también tiene algo que decir.

—Yo... yo creo que mejor me voy —dice Myers visiblemente incómodo.

Y si se viera en un espejo lo estaría más aún.

No es solo que su rostro esté repleto de trazos rojos, también es su pelo el que flamea en llamas, así como la tela del mono.

—¡Sí, será mejor que te largues, Luca! —le espeta mi hermano con evidente mosqueo—. Y te agradecería que volvieras a ponerte la máscara antes de bajar, pareces un lienzo con el que alguien ha estado practicando.

No hay manera de que se marche de esta fiesta sin que todo el mundo se entere con quién ha estado retozándose, y diría que acaba de ser consciente de ello. Saca con rapidez la máscara del bolsillo, se la pone y sale de la habitación sin decir una palabra, ni siquiera es capaz de volver a mirarme a la cara.

—¿En serio, Blanca?

—¿En serio, Agustín? —replico con retintín—. De esto es de lo que deberías ocuparte —le

echo en cara señalándolos a ambos—, y no de meterte en mi vida

—No es lo que piensas —miente.

—¡Por supuesto que no! Aquí esconditos, abrazados... ¿Te crees que soy gilipollas o qué?

—¡Deja de ser tan infantil! —suelta Rafa.

—Tiene gracia que eso me lo diga Peter Pan disfrazado de Superman. Que, por cierto, no has tardado mucho en sacármela a mí para metérsela a mi hermano, OTRA VEZ —remarco con inquina—; tan enamorado que estabas...

—¿Y tú? Que has dejado al albino como si fuera un Pollock. ¿Qué se supone que haces? ¿Qué pasa con Eva?

—No es asunto tuyo.

—Pues tampoco donde la meta yo o la deje de meter —puntualiza muy severo, apretando la mandíbula.

Creo que jamás le había visto así de enfadado.

—Tranquilo, machote, que después de cinco años me ha quedado bastante claro —espeto asqueada.

—No es lo que piensas, Blanca —insiste mi hermano con la misma cantinela.

—Mira, ¿sabes qué, Agus? En realidad, me importa poco con quién te acuestes, pero estaría bien que procurases ser más discreto, no vaya a ser que en una de estas termine pillándote tu hija. Y no sería nada agradable para ella, te lo digo por experiencia. Así que hazme el favor, y no cometes el mismo error que papá. —Me doy la vuelta con intención de marcharme, hastiada ya de toda esta situación.

—¿Papá? ¿Cómo que papá? —pregunta vacilante—. ¿De qué estás hablando?

—De la razón por la que me marché de casa —respondo sin girarme. Agus se acerca y me agarra, obligando a que me dé la vuelta y descubra la palidez de su rostro—. Siento informarte que la DESVIACIÓN SEXUAL viene de familia, hermanito —confieso tras darle una palmada en el hombro—. A papá le gustan las pollas tanto como a ti, te lo aseguro.

—¿Qué...? —No es capaz ni de formular la pregunta.

—Si no me crees, podemos preguntárselo a él, ¿qué te parece? —propongo, abandonando la habitación.

La idea despierta en mí de forma repentina, condicionada por los vestigios de ira que llevo arrastrando desde hace días, que no han parado de brotar como putos champiñones desde entonces, y guiada por el comportamiento de mierda de mis familiares, amantes y amigos.

—¡Blanca, espera! —Escucho a Rafa a mi espalda, aunque opto por ignorarle.

Clausurar esta fiesta haciendo gala a mi disfraz, confirmando así que soy ese demonio que todos ven en mí, es, sin duda, ponerle la guinda a un pastel que hacía ya tiempo que debí haber terminado.

Bajo las escaleras con ímpetu y los escalones de dos en dos, como si acaso se hubiera puesto en marcha una cuenta atrás y el tiempo para acometer mi misión fuera limitado. Me apresuro, rezando porque mis padres no se hayan marchado, y que, de hecho, no lo haya hecho nadie: esta revelación se merece un público que vaya a apreciar lo que está a punto de desvelarse, y tengo el pálpito de que este, va a ser el idóneo.

Atravieso el salón pisando con firmeza y con una energía que atrae las miradas de todos los asistentes y, aunque no me haya visto en un espejo, intuyo que el hecho de que mi maquillaje corporal sea un desastre tenga también algo que ver, o puede que se deba a Agustín y Rafa, que llegan después de mí desprendiendo temor en sus miradas y una visible tensión con su presencia;

que siendo Halloween, hasta tiene su gracia y todo. Como el asesino de una película *slasher*, ese miedo me invita a afilar más el cuchillo para cobrarme mi venganza con estudiada precisión.

Tras coger el primer vaso sin dueño que encuentro y darle un trago, me subo a una silla y comienzo a golpear el cristal con un cuchillo repetidamente.

—¡Batman, por favor! ¿Podrías bajar un momento la música? —le pido al susodicho, que me mira confuso, aunque cumple con eficiencia la tarea—. Gracias, Bruce —bromeo, guiñándole un ojo.

—¿Qué estás haciendo? —dice Rafa entre dientes cogiéndome del brazo con intención de bajarme.

Me suelto de un brusco movimiento, tratando de ignorar el nudo que está comenzando a tomar forma en la boca de mi estómago.

—Darle a mi hermano su regalo de cumpleaños —sentencio antes de dirigirme a él—. Sé que no es el que acordamos, Agus, pero este regalo es aún más especial. Estoy segura de que te va a encantar, porque es algo que llevas años pidiéndome. Papá —hago un barrido con la mirada buscándole: le encuentro sentado en el sofá junto a mi madre—, necesito tu ayuda para esto. Puedes acercarte, por favor.

—¡Baja! —me ordena Rafa, sin tocarme esta vez.

Todavía no ha salido ningún secreto a la luz, pero puede respirarse la tensión en el silencio que parece ir tomando forma a cada paso que papá y mamá van dando hasta llegar a mi lado.

—¿Qué ocurre, hija?

—Verás, papá, tu hijo tiene mucho interés en saber por qué me marché de casa hace siete años. ¿Podrías ayudarme a compartir lo ocurrido? —Veo el pánico asomar en su mirada—. Quiero cederte los honores, por favor, papá. —Está paralizado, mudo. Mi hermano parece encontrarse en un debate interno, mientras que mi madre me dedica una mirada prima-hermana del desprecio—. Bueno, parece que papá se encuentra un poco... abrumado esta noche, puede que casi tanto como yo cuando me lo encontré follándose a un tío en un coche en la Casa de Campo.

La exhalación general precede a un tenso silencio tan solo quebrado por la voz de espanto de mi madre.

—¡Blancanieves! —Parece más sorprendida por mi atrevimiento, que por la confesión que acabo de hacer.

Y eso que apenas he revelado detalle de todo lo sucedido.

Ver afectado a mi padre, claramente dolido y seguro que decepcionado, insta un pellizco de tristeza en mi tripa, aunque también aflora el enfado, porque repitiendo un viejo patrón decide mantenerse callado. Tan cobarde como lo ha sido siempre.

—¡¿Hasta que no nos arrastres a todos a tu miserable existencia no vas a ser feliz?!, ¿verdad? —exclama Agustín, elevando la voz.

—¡No tienes ni puta idea por todo lo que he pasado! —respondo.

—Ni tú por el que pasamos los demás, porque te crees el puto centro del universo, la única que sufre. ¡Siempre la víctima de todo!

Escuchar a mi hermano usar un argumento similar al de Eva termina por desatar toda mi ira, a la que permito apoderarse de mí y silenciar por completo la voz de la razón.

—¡Quiero hacer un brindis por la parejita feliz! —digo con la copa en alto y los ojos fijos en Agustín—. ¿Porque sois felices?, ¿verdad?

—Blanca —me advierte mi hermano con la misma mirada de pánico que hace unos segundos mostraba mi padre.

Menuda ironía.

—Espera, espera, que ahora viene la mejor parte —arguyo tras ver a mi cuñada dar un paso atrás—. Lola, yo que tú me quedaría.

Rafa me coge del brazo y tira de mí, logrando que trastabille y, ahora sí, me baje de la silla.
—Se acabó.

—¿Estás seguro de que se acabó? —le pregunto a Rafa; después a mi hermano—. Agustín, ¿tú qué dices?, ¿se acabó?

Mi hermano me fulmina con la mirada sobre un tenso silencio en el que nadie parece respirar. Yo, que pienso disfrutar de este momento, me dirijo al bufé y de las tres tartas elijo la única que veo intacta. Me parto un buen pedazo con paciencia, me lo sirvo en un plato y la degusto a placer, consciente de que todas las miradas están ahora mismo sobre mí. Bueno, igual no han dejado de estarlo en ningún momento.

—Esta tarta está buenísima, ¿de qué es?

—Blanca, no... —comienza a decir mi cuñada, pero mi hermano la silencia con un gesto.

—¡Qué te aproveche! —me dice Agustín con una maquiavélica sonrisa dibujada en la cara que jamás antes le había visto.

Lola se cubre la boca con la mano mostrándose angustiada. No la culpo.

—¿Por dónde iba? —pregunto antes de meterme otro nuevo trozo de tarta en la boca—. ¡Ah, sí! Que debe ser cosa de familia: a papá le van los tíos, a mí me va un poco de todo y a ti, Agustín... ¿Qué es lo que te va a ti? —inquiero con la boca llena—. Estamos esperando, Agustín.

Mi hermano permanece estoico, como un boxeador esperando el siguiente golpe, manteniendo los labios bien comprimidos. A Lola se le desencaja el rostro.

—¿Agus? —insisto; pero no se pronuncia, así que opto por continuar—. Tranquila, *cuñi*, ya te lo cuento yo; ¡que le quitas el púlpito al pastor y se pone tímido! —Devoro el último pedazo de tarta dirigiéndome al tipo vestido de Andy, al que le quito la copa de la mano para beberme su contenido de un trago: un jodido *whisky* a palo seco que me quema la garganta anestesiándomela—. ¡Mierda! —espeto, devolviéndole el vaso sintiendo un hormigueo extenderse por todo mi cuerpo—. ¡Qué asco!

—Blanca —me pide Rafa muy serio—, por favor.

—¿Prefieres contarlo tú? ¿No? Ya imaginaba. La cuestión es que Rafa y Agustín tienen una relación MUY, MUY ESPECIAL —remarco las últimas palabras, aunque de forma algo torpe debido a que la lengua parece haberseme dormido.

Quizá me he mordido y me he envenenado con ella. No lo descarto. O puede que la ingesta del alcohol esté terminando conmigo.

Intento hablar de nuevo, pero apenas me sale un hilo de voz. Percibo la lengua más pesada por segundos y la garganta parece que se me cierra. Comienzo a toser y a rascarme el cuello con las dos manos, dejando caer el plato, lo que provoca un estruendo al estrellarse contra el suelo. No me llega el aire. Siento que me asfixio. Me asaltan imágenes del ataque de pánico que me dio en el avión hace tres meses y comienzo a asustarme. No. Otra vez no, por favor. Se me acumulan las palabras y me agobio aún más al darme cuenta de que no soy capaz de sacarlas fuera.

Todo comienza a dar vueltas y caigo al suelo, clavándome las esquirlas de la cerámica que en realidad apenas siento, lo único que realmente percibo, es la falta de oxígeno y un fuerte dolor de cabeza. Además de a Rafa, que está junto a mí inspeccionando mi rostro. Le conozco lo suficiente para saber que está tratando de mantener la calma con ayuda de ese inalterable semblante que pone cuando pilota, pero ni siquiera está cerca de conseguirlo: está asustado y eso

me asusta más aún.

—Blanca, ¿qué ocurre? —Me llevo las manos al cuello al tiempo que abro la boca tratando de coger aire y de pronunciar palabras que no terminan de salir. Ante esto, Rafa hace un apresurado barrido con la mirada por la estancia, hasta fijarla justo detrás de mí—. La tarta —murmura—. ¿De qué es la tarta?! ¿DE QUÉ ES LA PUTA TARTA?!

Alguien dice algo, juraría que es la voz de Lola la que susurra una respuesta que no llego a escuchar con claridad. Todo comienza a girar a mi alrededor.

—¡LA EPINEFRINA! Blanca, ¿has traído la epinefrina? —Sumiéndome en una densa neblina alcanzo a negar con la cabeza justo antes de que se me comiencen a cerrar los ojos—. ¡JODER! Aguanta, ¿vale? Estoy aquí. Aguanta, mi amor...

No lo consigo. Me desvanezco entre sus brazos, que se asemejan a llamas a mi alrededor. Hace mucho calor. Quema. Todo se vuelve oscuro, para luego tornarse en un rojo muy vivo, vibrante, pero, sobre todo... aterrador. *Y el Diablo que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.* Donde el fuego nunca se apaga.

SOBERBIA

María



«La soberbia, a veces llamado vanidad, orgullo o arrogancia, se considera el pecado fundamental y la madre de todos los vicios. El primer pecado cometido fue un acto de soberbia por Satanás que se negó a reconocer a Dios como su Señor. Asimismo, la soberbia fue la trampa que sedujo a toda la humanidad en Adán y Eva».

23

María (2015)

Querías cambiar el mundo, y no sé si lo habrás conseguido, pero desde luego a mí, me cambiaste la vida, María.

Ni eras virgen, ni una santa, y para mi madre eras el mismísimo mal encarnado en mujer, en una de la que, además, me enamoré perdidamente. ¿Cómo no hacerlo?! Tenías a todos rendidos a tus pies: a ellas y a ellos, aunque sin saber muy bien cómo ni por qué, yo terminé siendo la elegida.

Todo comenzó en una fiesta universitaria celebrada en un piso *random* de Puerta de Toledo, a la que fui, porque alguien de la uni conocía a otro alguien, que a su vez conocía a ese alguien que daba aquella fiesta. El alguien con quien yo fui se llamaba Cristina, que estudiaba Arquitectura conmigo, al igual que Laura, Ricardo y César que eran algo así como mi grupo de amigos de la época, con los que también acudí a aquella fiesta.

Según llegamos, mis cuatro amigos se desplegaron cual táctica militar preparada, dejándome completamente sola. Y no era algo que me supusiera algún problema, porque de hecho era una práctica de lo más usual debido a que cada uno conocía a alguien a quien quería saludar (o llevarse al catre), por lo que estaba ya más que acostumbrada. Así que aproveché para servirme algo de beber mientras ojeaba un poco aquel enorme piso atestado de gente; no tardé en dar con un par de personas conocidas a las que me paré a saludar ya con un ron bien cargado en la mano. Y fue justo en ese instante cuando te vi, mientras hablaba con un chico que conocía de mi clase de Urbanismo de segundo año. Sentada en el alféizar interno de la ventana de aquel quinto piso con una pierna doblada y la otra colgando fuera de esta, fumando con la mirada (intensamente) clavada en mí.

Sé que suena a locura, pero creo que en ese instante me enamoré de ti. Y no solo de tu obvia y exuberante belleza, cualquiera con ojos en la cara y algo de buen gusto se hubiera dado cuenta de ello. No fue por las curvas realzadas por los sencillos vaqueros y la camiseta roja de finos tirantes, que con esfuerzo sostenía tus abundantes pechos. No fue por el misterio que emanaba de tus profundos ojos negros. No fue por la elegancia con la que tus carnosos labios en forma de corazón marcaban de rojo el filtro de aquel cigarro que ya deseaba compartir contigo. No fueron los mechones de tu larga melena azabache que caían sobre tus hombros desnudos y acariciaban tu escote. No fue por nada de eso, porque en realidad, se trataba de la suma de todo tu conjunto que remataste con la seguridad que exudabas sin tan siquiera esforzarte. Tu esencia se me clavó en el pecho como una bala disparada a diez metros, que era la distancia que nos separaba.

En un estado de fascinación me encontraba mientras aquel anodino excompañero de clase parloteaba sin parar algo a lo que no ponía atención, porque la tenía puesta toda en ti. Más aún cuando te vi apagar el cigarro echándolo dentro de una lata de cerveza unos segundos antes de moverte en mi dirección, contoneando aquel cuerpo que parecía tallado por el mismo Antonio Corradini, de hecho, la imagen de *La Verdad Velada* acudió a mi cabeza mientras te acercabas con esa soberbia solo admisible a una diosa de tus características.

—No... te conozco —afirmaste, irrumpiendo (gracias a Dios), a aquel tipo del que ni siquiera recuerdo su nombre.

Lo que llamó mi atención fue precisamente la actitud de él, cómo con tu sola presencia conseguiste que se callara y se largara sin tener que dirigirle una sola palabra. Te guardaba un respeto que solo atribuiría a alguien como el Padrino; no tardé en descubrir que, de hecho, era la tónica general cuando estabas cerca, tenías un poder que, honestamente, pocas veces había visto en una mujer, menos aún en una de tu edad.

—Soy Blanca —me presenté con el pulso a diez mil revoluciones mientras contenía el aliento—. ¿Y tú

eres...?

—La que ha organizado esta fiesta —respondiste con premeditada arrogancia.

—¡Ah!, una gran fiesta. Yo he venido con... —Sentí que tenía que explicar mi presencia en ese lugar, y mientras peleaba con mi repentino tartamudeo, me quitaste la copa de la mano llevándotela a los labios para bebértela de un trago sin dejar de examinarme con la mirada.

Después, me entregaste el vaso de plástico vacío.

—¿Te apetece otra copa?

Tenía la garganta seca y tuve que tragar antes de responder.

—Sí, gracias.

Te seguí atravesando un pasillo que se extendía varios metros hasta alcanzar la cocina, una convencional y tan pequeña que cuando llegamos, las tres personas que había en su interior se tuvieron que ir para que nosotras pudiéramos entrar. Intercambiaste un par de palabras con aquellos desconocidos antes de disponerte a prepararme la copa. Hipnotizada, contemplaba cómo echabas tres piedras de hielo, un buen chorro de ron y algo de Coca-Cola en mi vaso, antes de llevarte los dedos a los labios para lamer el alcohol que te había salpicado, mientras Taylor Swift exclamaba: «¡Ay, Dios mío! ¿Quién es ella?». Por un instante, parecía que la rubia estuviera leyéndome la mente y gritando mis pensamientos entre aquellas paredes de azulejos porcelánicos a ritmo de *Blank Space*.

—Aquí tienes —dijiste tendiéndome la copa.

—¿Tú... no bebes? —No era capaz de decir una frase sin titubear: parecía gilipollas.

—Sí, de la tuya —dijiste, guiñándome un ojo.

Sonreí como una colegiala.

—¿Qué estudias? —te interesaste apoyada contra la encimera.

—Arquitectura.

Me llevé el cubata a los labios, no solo para darle un buen trago, guardaba la esperanza de que el vaso recogiera la baba que no dejaba de caerme.

—No te pega —aseguraste.

—¿Y qué me pega? —pregunté con interés, aunque frunciendo el ceño.

—No lo sé, pero eso no.

Nos quedamos calladas, yo analizándote, tú... creo que estabas tratando de dar con aquello que «me pegara».

—¿Y tú qué estudias? —me interesé yo entonces.

—Un Doble Grado en Sociología y Ciencias Políticas.

A ti sí que te pegaba. Destilabas algo que hacía denotar que la política era lo tuyo. Como bien descubriría más adelante, disponías de una habilidad especial para influir positivamente en las personas. Eras... una líder nata.

—¿En qué año estás?

—En quinto.

Asentí observando con asombro el contraste que hacía tu iris tan negro sobre el blanco del ojo.

—Y... ¿a qué te gustaría dedicarte?

—A cambiar el mundo —dijiste, ladeando levemente la cabeza.

Pensé en lo ambiciosa que me pareció aquella respuesta y estuve a punto de hacer un comentario al respecto, en cambio...

—¿Tienes un cigarro? —te pedí tras darle otro buen trago al ron.

Asentiste con la cabeza.

—Ven.

Te seguí por el pasillo hasta la habitación del fondo. De camino conté seis puertas, algunas cerradas y un par de ellas abiertas con gente dentro. Rápidamente entendí que me habías llevado a tu dormitorio, y no porque aquel espacio desvelara tu personalidad, vagamente lo hacía, fue porque al entrar me invadió el olor de tu colonia, un curioso almizcle oriental que ya había intuido hace rato y que ahora me envolvía con fuerza.

—Para que no nos molesten —me informaste tras cerrar el pestillo—, ¿te parece bien?

—Me parece bien —mentí, porque me parecía algo más que eso, era una fantasía hecha realidad, pero fingí como buenamente pude la emoción que me recorría por dentro.

Me puse a curiosear el espacio en lo que tú sacabas el tabaco.

En cuanto entré en el piso me di cuenta de que era antiguo, pero que había sido reformado, de hecho, en algunas partes de la casa habían respetado el maravilloso suelo hidráulico original, como en tu habitación y la cocina; en el salón habían optado por una tarima flotante. Tu dormitorio no era especialmente grande, un

rectángulo de un par de metros con cama doble, una mesilla de noche que bien podría ser una bandeja con patas, armario, estantería y mesa de estudio con su respectiva silla con ruedas. Las paredes eran blancas, a excepción de la frontal, que era de un gris claro, y se mostraban desnudas, salvo por un cuadro abstracto que combinaba dibujos, trazos y recortes de revista sobre un predominante rosa y amarillo, y en el que se podía leer «Art is trash» en letras mayúsculas, ubicado justo encima del escritorio.

—¿Lo has hecho tú?

—Una amiga —respondiste, y no me pasó desapercibido que mientras yo miraba el cuadro, tú, me observabas a mí.

—Me gusta —admití.

—Va a hacer su primera exposición en Barcelona el mes que viene.

—¡Qué guay! Pues seguro que le va genial, tiene mucha personalidad. Por cierto, ¿cuántas habitaciones tiene el piso? —me interesé.

—Ocho dormitorios y tres baños.

—¡Ocho! —exclamé con asombro.

Me había dado cuenta de que era grande, pero no tanto.

—¿Estás buscando piso?

—¡Ojalá! —exclamé—. Comparto piso en Vallecas con mis padres.

No me esforcé lo más mínimo por ocultar mi disgusto ante esa realidad.

—Así que eres madrileña.

—¡Gata de pura cepa! —exclamé sarcástica—. ¿De dónde eres tú?

—Pamplona.

—No he estado nunca, aunque me encantaría —reconocí con honestidad.

Me sonreíste con una ternura que no supe muy bien interpretar mientras te dirigías a la estantería escalonada repleta de libros, y entre un pequeño cactus, una postal de Berlín, algunas instantáneas y una vela con la forma de un busto de mujer sobre lo que supuse que sería una jabonera que imitaba una concha de mar, sacaste un paquete de Fortuna y me tendiste un cigarrillo.

—Gracias.

Dejé la copa en la «mesilla de noche» junto a un ejemplar de *El segundo sexo* a medio leer, en lo que tú abrías la ventana de una hoja y te encendías un cigarro para ti, acercándome después el encendedor para que prendiera el mío. Me asomé comprobando la altura, recordando que hacía un rato te había visto con medio cuerpo expuesto al vacío.

—¿Tienes vértigo? —preguntaste después de echar una densa bola de humo.

—Tú seguro que no.

—No mucho, la verdad —confirmaste acercándote a la ventana.

En un par de rápidos movimientos bastante ágiles, que claramente habías hecho más veces y sujetando el cigarro entre los dientes, pusiste un pie en el marco de la ventana, después el otro agarrándote a los laterales de esta y de cuclillas sobre el marco giraste sobre tus pies dando la espalda al exterior, mientras alargabas un brazo en mi dirección y te agarrabas con la otra mano a algún lado de la fachada del edificio.

—¿Qué haces? —te dije con una sonrisa nerviosa.

—¿Confías en mí?

—¿Eres Aladdín y tienes una alfombra mágica ahí fuera? —me burlé.

—No te pega Jasmín, eres más... Blancanieves.

—Pues mira, has dado en el clavo.

—Blanca... ¡Ah, claro! Blancanieves, ¿en serio?

—Díselo a mis padres —espeté con los ojos en blanco.

—Vuelve a mirar —me pediste. Me asomé de nuevo mirando en la dirección que tú lo hacías; es decir, justo a mi derecha, donde se encontraba un saliente llano que no era más que un pedazo de azotea en desuso del edificio contiguo, que era más bajo. Para llegar a él había que caminar por una moldura de un palmo de ancho a un par de metros de distancia. En un quinto piso de distancia al suelo—. Las vistas son mejores desde ahí, te lo aseguro, lo he hecho mil veces —me animaste alargando el brazo.

—No es que eso me tranquilice —reconocí.

Tú continuabas en la misma postura, presionándome en silencio y con bastante paciencia.

Volví a mirar abajo con un cosquilleo brotando de la planta de mis pies. Tratando de ignorar esa sensación regresé a tus ojos y a tus labios, y en el camino que había de uno a otro lograste convencerme: ejercías un curioso

(e inexplicable) poder sobre mí. Cogí aire y tomé la mano que me tendías.

—No es un buen día para haber elegido una falda vaquera —dije con un pie sobre el marco y la falda enrollada en mi cadera, dejando a la vista mis bragas—. Si querías verme las bragas, había formas menos arriesgadas.

Tiraste de mí al mismo tiempo que te ponías en pie con el cuerpo fuera de la ventana, aprovechando para darle una última calada al cigarrillo antes de lanzarlo a la explanada de destino.

—Agárrate al saliente y no mires abajo —me ordenaste esperando a que me irguiera tal y como lo habías hecho tú.

Eso hice, aferrándome a la moldura como si me fuera la vida en ello, porque de hecho lo hacía y... miré abajo.

—¡¡Joder!! —exclamé y el cigarro se cayó al vacío con el pánico ascendiendo como un relámpago por la parte trasera de mis piernas—. No creo que pueda...

Soltaste una de tus manos del saliente para bajarme la falda antes de acercarte a mi oído y susurrar:

—Había apostado a que eran blancas, como tu nombre.

Eran negras, como tus ojos.

Ahora sé que dijiste aquello para que dejara de pensar por un instante en el pánico a la altura, y surtió efecto. Sin dejar que pasara más tiempo apartando la mano que habías mantenido en la parte baja de mi espalda, saltaste hacia la explanada tendiéndome la mano para ayudarme a llegar a ella. Imité tus movimientos y la alcancé con el corazón a mil por hora.

—Te dije que no miraras abajo —me reñiste antes de recoger la colilla que habías lanzado para echarla dentro de una lata larga de cerveza que había en el suelo junto a una manta—. ¿A qué no era para tanto?

Miré atrás y me di cuenta de que efectivamente no lo era, apenas creo que llegara a un metro de distancia. Tan solo con alargar el brazo podía alcanzarse la ventana. Además, la «azotea» estaba rodeada por un muro de menos de medio metro.

—Siempre y cuando no tengas vértigo —apunté.

—¿Y tú lo tienes, BLANCANIEVES?

—Realmente no, pero da cierta... impresión —mentí disimulando el temblor de las piernas.

Te reíste mientras me invitabas a sentarme junto a ti en la gruesa manta de cuadros que descansaba sobre el cemento gris y junto a la que había un paquete de tabaco, del que sacaste un nuevo cigarrillo que encendiste y me pasaste.

—Qué bien preparada... ¿Traes muchas chicas aquí? —te pregunté dando una honda calada antes de devolvértelo.

—Solo las que me gustan —dijiste antes de lamerte el labio inferior.

—¡Qué afortunada! —me burlé.

—En realidad eres la primera, el resto no se atrevió a dar el salto —aseguraste con un doble sentido.

—¿He pasado la prueba entonces?

—Eso aún está por ver...

Sonreí con la mirada perdida en el horizonte.

—Buenas vistas —reconocí.

No por la ciudad en sí, no estaba tan alto como para apreciarla; sin embargo, era una de esas raras ocasiones en las que, a pesar de la contaminación lumínica, podía apreciarse una bonita noche estrellada y una anaranjada luna llena.

—Me encanta esta ciudad —confesaste.

—Pues a mí me apesta.

—¿Por qué? —preguntaste sorprendida sin dejar de sonreír.

Había tres cosas que siempre hacías: sonreír, usar pocas palabras y hacer que a cada segundo me enamorara más de ti.

—Porque el mundo es muy grande y llevo veintitrés años aquí metida.

—¿Y por qué no te vas fuera? —sugeriste antes de pasarme el cigarro para que le diera las últimas caladas.

—Me encantaría.

—¿Y qué te lo impide? ¿Tus padres? —adivinaste.

—Me quedan tres asignaturas.

—¿Quieres ser arquitecta?

Aparté la vista de las vibrantes luces de la noche madrileña para contemplar la noche que brillaba en tus

ojos.

—Supongo —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Quieres pasarte tu vida trabajando en algo que supones que te gusta?

—Me gusta la arquitectura, pero me gusta más la decoración de interiores. Quizá me dedique a eso.

—¿Y dónde se estudia decoración de interiores?

—Aquí en Madrid se puede, pero a mí me gustaría irme a Londres.

—¡Pues vete a Londres! —dijiste animadamente como si se tratara de irme al pueblo de al lado.

—¡Claro, con los quince mil euros que tengo ahorrados! —espeté sarcástica—, que más o menos es lo que cuesta el máster de mis sueños.

No dijiste nada más al respecto, te mantuviste pensativa con la mirada perdida en el infinito, mientras *Can't Feel my Face* de The Weeknd sonaba amortiguado a nuestra espalda, mezclándose con las voces provenientes de la fiesta y el ruido de la ciudad.

—Me acabo de dar cuenta de una cosa

Te giraste para mirarme sin borrar esa sonrisa permanente de tu rostro.

—¿De qué? —preguntaste.

Estábamos tan cerca que podía contar las pecas que salpicaban tu diminuta nariz, esas que coronaban un círculo casi perfecto, me entraron ganas de besarte esa puntita redondeada, no lo hice, opté mejor por tus labios, que habían perdido la mayor parte del carmín rojo. Fue como morder una jugosa y carnosa fruta fresca.

—De que todavía no sé tu nombre —dije cuando nos separamos.

—María.

Ahora fui yo la que sonrió.

—No te pega —comenté usando tus mismas palabras.

—¿Y qué me pega según tú? —preguntaste juguetona.

Cambiaste de posición cerniéndote poco a poco sobre mí hasta atraparme entre el suelo y tus labios. Jamás llegué a darte una respuesta a esa pregunta, a partir de aquí tuve los labios tan ocupados que, cuando hubo posibilidad de ofrecértela, se me había olvidado por completo.

Tu cuerpo se sentía muy caliente en contraste con la brisa fresca de la noche. Me excitaba el peso de este sobre mí, y con intención de fusionarme con él, llevé una mano a tu cintura apretándote más contra mí, alargando ese beso lo máximo posible. Hasta que decidiste alejarte para quitarme la camiseta colando tus cálidas manos por debajo.

—Buen gusto —dijiste antes de deshacerte de ella.

—Lo sé, gracias.

Llevaba mi camiseta del Tour del 86 de *The Queen is Dead*. A partir de entonces tuve claro que The Smiths era mi grupo de la suerte para ligarme a una chica: primero fue Tania, después viniste tú. Y ese era todo el recuento hasta el momento, mi experiencia con mujeres era escasa en cantidad, pero no en calidad. Eso seguro. A las pruebas me remito...

Recorrías mi cuello con la boca descendiendo hasta llegar a mis pechos, ni siquiera fui consciente del momento en que te deshiciste de mi sujetador, pero sí de tus labios lamiendo la carne de mis pechos y tus labios succionando mis pezones. Mis manos no tardaron en buscar los tuyos, aunque yo no necesité desvestirte, tan solo liberarlos para acariciar y amasar con mis manos las tetas más impresionantes que haya tenido el placer de devorar, porque claramente eso fue lo que hice. Te arqueabas sobre mí mientras atendía tus pechos, pero también tu coño tras desabrochar tus vaqueros para colar mi mano bajo ellos y enterrarla entre tus pliegues. Con rapidez cambié de postura para situarme de rodillas frente a ti, imitando tu postura, de esta manera, mi rango de movimiento era mucho más amplio, además me permitía mirarte a los ojos mientras recogía el placer que emanaba de tu boca en cada gemido.

Rodeaste mi muñeca con tus dedos guiándome hacia el punto exacto que debía alcanzar con mis dedos y que suponía el de mayor placer para ti, a la vez que me susurrabas al oído las órdenes pertinentes: «Más arriba», «Un poco más fuerte», «No pares», «Acelera», «Justo ahí»... Obedecí, completamente fascinada por la manera en la que te dejabas llevar, sin ninguna clase de reparo ni vergüenza, pidiéndome lo que querías, cediendo a las respuestas de tu cuerpo sin censuras. El día que ves a una mujer disfrutar con verdadera libertad de su sexualidad, descubres, como yo lo hice, su verdadera y más honesta belleza. Eras sublime. No encuentro otra palabra que pueda describir lo que vi mientras te corrías empapando mi mano jadeando sin ningún tipo de contención. Te acaba de conocer y ya te admiraba.

Verlo en ti me permitió por primera vez en mi vida querer experimentar también esa libertad, en el instante

que me subiste la falda y me bajaste las bragas mientras ibas ascendiendo con húmedos besos por el interior de mis muslos. Y, aunque al principio los pensamientos avasallaban mi mente y la vergüenza parecía animarse a hacerle compañía, poco a poco, me dejé arrastrar por el placer que me producía tener tu boca sobre mi coño; la sensación cada vez que tu lengua me golpeaba el clítoris recorriéndome un estallido por la espina dorsal; el calor acumulándose en mi vientre; la caída al vacío... Me permití abrir más las piernas e incluso apretar tu cara contra mí antes de comenzar a aullar a la luna, sacando la loba que no sabía que llevaba dentro, pero que siempre había estado ahí.

Unos minutos después, con la ropa de vuelta a su lugar y la certeza de que aquello que acabábamos de vivir solo podía darse entre lobas de una misma manada, compartíamos un cigarro contemplando la luna, igual que ella acababa de hacerlo con nosotras.

—La manta ha sido una gran idea —reconocí, rompiendo el silencio.

—Y la estás estrenando tú.

—Parece que he pasado la prueba.

—Yo diría que sí —aseguraste antes de darme un beso en el hombro. Y tras unos escuetos segundos volviste a decir algo que ciertamente no esperaba—. Podrías ser azafata.

—¿Azafata? —Me puse de lado con el codo en el suelo y la mano sujetando mi cabeza: habías despertado mi atención. Más todavía.

—Mi prima trabaja en British Airways, vive en Londres, viaja por todo el mundo y gana mucha pasta.

—Ya entiendo —me reí—, parece que has encontrado la fórmula mágica a todos mis problemas.

Y así fue, pero antes tuvo que desarrollarse el peor episodio de mi vida para que me atreviera a ir a por ello. Ocurrió tres meses después de aquel mágico sexo nocturno en una azotea con Madrid a nuestros pies y la luna coronándonos.

Estábamos a mediados de mayo y, aunque ambas debíamos centrarnos en los estudios, preferimos centrarnos la una en la otra; tal y como llevábamos los últimos meses. Aprovechando que mis padres se habían ido a pasar el día a Segovia con unos amigos y la casa iba a estar todo el día libre, te invité a desayunar y a aprovechar la soledad de la misma. Antes de que llegaras bajé al bar Los Primos, que estaba justo debajo de casa para comprar unos churros con chocolate. Unos minutos después tocaste la puerta, y la emoción con la que esperé que subieras las siete plantas se asimilaba a la noche de Reyes de un niño en Navidad.

Con unos pantalones cortos y un top de flores atado al cuello que unía tus pechos de forma sexy y de lo más sugerente, apareciste frente al umbral.

—Buenos días.

—¿Provocando de buena mañana? —te dije cuando pasaste por mi lado.

—¿Tú con vestido? Eso sí que es nuevo —comentaste con sorpresa después de darme un beso en los labios.

—Hace mucho calor y contigo aquí, más aún.

A pesar de que cuando nos conocimos casualmente llevaba una falda, la realidad es que hacía años que tan solo por joder a mi madre no me ponía nada que no fuera un pantalón; sin embargo, hacía mucho calor aquel día y quería algo cómodo que se pudiera quitar rápido y fuera accesible a tus manos.

—Así que este es el piso que compartes con tus padres —te burlaste.

—Por desgracia.

—¿Qué hay para desayunar? ¡Estoy famélica!

Sobre la mesa del comedor ubicada en un lateral del salón, se encontraban los chocolates que había pasado a un par de tazas de cerámica, y los churros aún dentro de la bolsa de papel que no había sacado para que no se enfriaran.

—Sé que hace calor, pero... —Dejé caer los churros sobre un plato desvelando así el que siempre fue tu desayuno favorito.

—Los churros nunca fallan —dijiste, llevándote uno a la boca.

Aquel día desde luego no lo hicieron, o al menos no fueron ellos los que «fallaron».

Después de desayunar te enseñé la casa con premura, porque lo que de verdad quería era llevarte a mi habitación y cumplir una fantasía que había brotado en mí: tener sexo contigo sobre mi cama, profanando así aquella casa repleta de pulcritud y rígidas normas.

—¿Y esto? —preguntaste con el dedo sobre el recorte de una revista en la que aparecía una azafata dentro de un avión.

—A lo largo de mi vida he ido poniendo en ese corcho diferentes cosas que me gustaría hacer o sueños por cumplir. Esa foto la clavé a los dieciséis años, de hecho, antes de entrar en Arquitectura estuve sopesando hacerme

azafata.

—Pero los compañeros de piso mandan —adivinaste.

—Así es.

Te quedaste observando unos segundos más aquel tablero de sueños mientras aprovechaba para poner algo de música, una que previamente había seleccionado y que comenzaba con Blondie y...

—¿*Maria*, en serio?

—Podría hablar perfectamente de ti. —Siempre le decía lo mismo cada vez que ponía aquella canción.

Y mientras Debbie Harry clamaba tu nombre, deslicé los tirantes de mi vestido por los hombros dejando que este cayera al suelo revelando mi cuerpo desnudo tan solo cubierto por unas diminutas bragas de algodón amarillas, además de unas inconmensurables ganas de hacerte el amor hasta que gritaras mi nombre retorciendo tu voluptuoso cuerpo bajo mis manos y contra mi boca. Sí, eso quería. Así que no lo demoré más, sujeté tu cara entre mis manos un segundo antes de deslizar la lengua entre tus labios reclamando todo aquello que quisieras darme. Me conformaba con tu cuerpo, pero tú me ofrecías en cada encuentro cada parte de tu ser.

El beso se tornó frenético, las ganas palpables y el deseo descontrolado mientras te guiaba hasta la cama con tus manos aferradas a mis pechos y mis dedos revolviendo tu larga melena. Detuve aquel frenesí tan solo un instante para despojar la tela que me separaba de tu piel, los pantalones en concreto, y arrodillada frente a ti, trepé el interior de tus largas piernas con mis labios, pero también con la lengua.

—¿Lo has hecho antes aquí con alguien? —te interesaste repentinamente.

No me sorprendió. A esas alturas conocías a la perfección mi restrictivo historial religioso y, aunque nunca lo reconociste, sé que siempre te puso la idea de estar corrompiéndome de alguna manera. Pero siento decirte que nunca necesité a nadie para eso. Me bastaba y me sobraba yo sola.

—No, nunca —admití, jamás hice nada en casa con Greg más que darnos un par de besos y magrearnos con la ropa puesta—. Eres la primera.

La confesión desató algo dentro de ti que te impulsó a tomar la iniciativa. Cuando quise darme cuenta estaba sentada en la cama y tú a horcadas sobre mí balanceando la cadera sin dejar de besarme. Mis manos amasaban tus pechos a través del top de diminutas flores blancas que prometían convertirse en un frondoso prado cuanto más me acercaba a ellas.

Sentí mis bragas húmedas, también las tuyas, que friccionabas contra mis muslos en un vaivén que agitaba el ritmo de mi corazón bajo las costillas. Es curioso, cómo alguien que causa una primera impresión tan fría, fuera en realidad tan ardiente, y tú, María, en las distancias (muy) cortas, eras suave como la seda. Pero jamás bajabas tus barreras ni te mostrabas vulnerable, y eso me encantaba de ti. Había una razón para ello, por desgracia, no me quedé el tiempo suficiente para averiguarlo.

—¡¡Blancanieves!!

Me sobresalté apartándote de mis labios en el tiempo que mi cabeza tardaba en asimilar que ese grito procedía de mi madre, que estaba en el umbral de la puerta con la cara roja, los ojos a punto de salirse de las órbitas y las palmas de las manos sobre el pecho en el mayor gesto de horror que yo hubiese visto en su rostro nunca antes. Y no sería porque con mi hermano le faltaran ocasiones.

—¡Mamá! —exclamé en respuesta en lo que esperaba que la tierra se abriera en dos y me tragara lo más rápido posible. Juraría que llegué a mirar al suelo, pero no ocurrió nada.

A ti la situación te resultaba la mar de divertida, no podías parar de reír, y yo solo quería echarme a llorar.

—¿Qué es esto, Blancanieves?! —preguntó mi madre con la voz rasgada por el terror, y no era una pregunta retórica (mi madre nunca las hace), ella de verdad esperaba una respuesta de mi parte.

—¿Qué hacéis aquí? —respondí con otra pregunta mientras organizaba mis ideas y veía a mi padre asomarse tras ella. El cual no dijo nada, ni siquiera pareció inmutarse.

Con calma te levantaste, recogiste tus pantalones del suelo y te los pusiste en un silencio de lo más incómodo.

—Yo creo que mejor me voy... —dijiste tras calzarte las sandalias de cuña—. Encantada, señora Larios —te despediste (de forma algo burlona) pasando al lado de mi madre después de guiñarme un ojo—. Señor Larios...

Corrí a ponerme el vestido bajo la estupefacta mirada de mi madre. Con algo de torpeza debido a los nervios logré ponerme la dichosa prenda, apagar la música y acercarme a ella para echarla de mi habitación; sentía que como no lo hiciera pronto jamás podría borrar el rastro de aquellos aterradores ojos que parecían adherirse poco a poco a las paredes, los muebles, el suelo...

—¿Qué estabas haciendo? —Menuda pregunta más estúpida.

—Creo que es bastante obvio —respondí con sequedad—. Me gustan las mujeres, mamá.

Antes de terminar de pronunciar el último fonema de ese apelativo (por norma cariñoso), mi madre estrelló la palma de su mano en mi cara girándomela de la fuerza. El sonido seco sonó tan fuerte, que alcanzó a hacer eco en la habitación.

Con la mejilla ardiendo y un hormigueo picante extendiéndose por mi piel, no me permití derramar ni una sola lágrima delante de mi madre. Todo lo contrario, la encaré clavándole una mirada de profundo odio que después trasladé a mi padre en cuanto ella se largó, porque como siempre, permaneció en un segundo plano a pesar de que podía ver en sus ojos que aquello no le parecía bien.

—Deberías andar con más cuidado. —Esas fueron sus únicas palabras.

¿Y qué comentario de mierda era ese? Aquello me pareció peor que si se hubiese cabreado por descubrir que su hija era lesbiana, era peor porque lo único que le importaba era complacer a mi madre, así no estuviese de acuerdo. Su cobardía era algo que jamás pude comprender. Papá no respetaba a mi madre, sencillamente le tenía miedo.

Hasta ese día la relación con mi padre había sido buena, teníamos nuestros momentos; en esencia, nos llevábamos bien y siempre tuve mucha más afinidad con él que con mi madre. Pero después de este episodio sentí como si hubiese caído de un pedestal y lo único que podía hacer era mirarla desde lejos mientras se desprendía algo en mi interior. Papá fingió no darse cuenta de ello, a pesar de lo evidente que era mi pesar. Terminé cerrándole la puerta en la cara.

Lloré. Lloré durante tres días seguidos de vergüenza, rabia y decepción; esta última era la peor sensación de todas. Pero esto no me hizo olvidar el regalo que me hiciste, María, porque ese día me di cuenta de que contigo me sentía más valiente, pocas veces me enfrentaba a mi madre y cuando lo hacía terminaba reculando, pero en aquella ocasión... hubo algo diferente. Porque di el primer paso hacia esa puerta que se abrió cuando conocí a Tania y, aunque aún no había logrado traspasarla, tan solo harían falta unos pocos días para que saliera por ella, cerrara a mi espalda y no volviera a entrar nunca más. Podría estar hablando de un armario, pero literalmente, me estoy refiriendo a la puerta de casa de mis padres.

Cinco días después, con la mejilla aún caliente por el bofetón y la amargura como única compañera me sacaste de casa con intención de animarme, llevándome a una fiesta en la casa de un colega tuyo en Batán. Nunca llegué a contarte que mi madre me pegó porque me daba demasiada vergüenza, pero sí te confesé que desde aquel día no me hablaba con mis padres y que estaba pensando buscarme un curro para marcharme lo antes posible de esa casa del terror. Y como siempre, tú ibas un paso por delante.

—Te acabo de enviar un contacto —me informaste.

—¿De quién?

—¿Te acuerdas de mi prima Silvia? —No terminaba de caer—. ¿La que es azafata y vive en Londres?

—¡Ah!, sí, claro.

—Me ha dicho que la llames.

—¿Para?

—La semana que viene hay una jornada de puertas abiertas en British Airways, habla con ella, te explicará todo lo que necesitas para presentarte. —Esas palabras sonaron como música celestial en mis oídos.

—¿En serio?

—¿Es lo que querías?, ¿no?

—¡Muchísimas gracias! Mañana mismo la llamo.

Recuerdo mirar aquel contacto en la pantalla con la certeza de que ese trabajo ya era mío. Y lo sería, pero aún faltaban unas semanas y algunos acontecimientos importantes para que terminaran de encajar todas las piezas.

Esa noche pasamos por aquella fiesta en la que logré apartar por un rato la desazón que me carcomía, y disfrutar un rato en compañía, en especial de la tuya. Sobre las dos de la mañana decidimos retirarnos, tú te habías levantado muy temprano para estudiar y estabas reventada. Nos subimos a tu Fiat 500 rojo para ir a tu casa, ya que iba a pasar la noche contigo, pero apenas habíamos avanzado unos metros cuando te lancé una petición.

—Ve por la Casa de Campo.

Me miraste con cara de sorpresa, pero atendiste mi demanda.

—¿Sabes que el zoo a esta hora está cerrado?, ¿no? —dijiste burlándote de mí—. ¿Por qué quieres ir por aquí?

—No lo sé —dije, encogiéndome de hombros.

Lo cierto es que al salir de la casa en la que se celebraba la fiesta y que colindaba con el parque me vino a la mente los domingos en familia, un bonito recuerdo con el que, de repente, sentí la necesidad de conectar. Y que sonara Manolo García cuando nos subimos al coche también tuvo bastante que ver con esa melancólica conexión.

Aún no sé qué me llevó a hacer aquella sugerencia, pero teniendo en cuenta lo que esta supuso, cada vez estoy más convencida de que tenía que ocurrir. No soy yo devota del destino precisamente, pero de verdad pareciera que aquello había sido orquestado por una fuerza mayor; y teniendo en cuenta la persona involucrada, dudo mucho que Dios fuera el artífice de aquel surrealismo más propio de David Lynch que del (mal llamado) Todopoderoso. Más si tenemos en cuenta que este fue el detonante que me hizo abrir los ojos y dar el paso que, por tanto tiempo, había estado posponiendo.

—¡Espera! ¡Para, para! —te pedí pasados unos minutos: frenaste en seco—. Apaga las luces.

—¿Qué ocurre?

—Ese... ese es el coche de mi padre —afirmé, aunque había más duda que certeza en el tono de mi voz.

—¿Seguro?

Me incliné sobre el salpicadero tratando de enfocar la vista.

—Acércate un poco más. —El coche estaba aparcado a un lado de la carretera en un pequeño terraplén entre dos árboles, y según te ibas aproximando pude ver la matrícula—. Es el coche de mi padre. —Esta vez sí, afirmé tajante.

Ante la extrañeza de verlo allí comenzaron a asaltarme diferentes hipótesis: «¿Acaso le han robado el coche?», pensé.

—Hay alguien dentro —me informaste apeándote a unos pocos metros—, en los asientos traseros.

Y era justo esa parte la que nos quedaba más cerca. Estaba claro que había alguien, porque el coche se movía. Se encendió una luz dentro del vehículo, probablemente no fuimos tan discretas como creíamos y a pesar de aquella tenue iluminación pude reconocer a mi padre y... a otro hombre, que como mínimo tenía el torso desnudo. De igual manera que mi padre.

—¡Joder! —Nuestras miradas se cruzaron—. ¡Vámonos! ¡Vámonos, vámonos! —te supliqué a gritos.

Ya había visto suficiente.

No dije nada durante todo el camino de vuelta, me encontraba tratando de procesar la información. Creo que en mi vida me ha costado tanto digerir algo. Tú tampoco musitaste una palabra, ni siquiera cuando llegamos a tu casa y salté por la ventana de tu habitación a ese lugar al que prometiste no haber llevado nunca a ninguna otra chica.

—¿Quieres estar sola? —preguntaste.

—No lo sé —respondí.

Terminaste saltando conmigo ese vacío, en todos los sentidos en los que eso fuese posible, portando contigo lo único que podía reconfortarme: una cajetilla de cigarros y tu compañía.

El silencio se mantuvo toda la noche e incluso varios días después. No solo estaba asimilando lo ocurrido, estaba maquinando mi plan de huida de esa farsa vida de mierda de la que me negaba a formar parte ni un minuto más.

Tardé tres días en cruzarme en casa con mi padre, no me cabe ninguna duda de que estaba huyendo de mí. Yo estaba esperando pacientemente que llegara ese momento, había vivido todo lo que quería decirle un millón de veces en mi cabeza.

—¿No tienes nada que decir? —Me invadió una lástima tan grande al darme cuenta de lo atrapado que se sentía, del terror que emanaba de sus ojos... que todas las palabras que había ido guardando como munición terminaron desperdigadas por el suelo entre nosotros. Saqué el cargador y lo vacíe en silencio con dolor, pero, sobre todo, con decepción, y esto, es lo peor que puedes sentir por un padre—. Deberías andar con más cuidado, PAPÁ. —Usé sus mismas palabras, que fueron directas como una flecha a la diana.

Tras esto, mi única finalidad fue conseguir el trabajo de azafata, objetivo que logré con una facilidad pasmosa. Lo curioso es que no me sorprendió, porque desde que me hablaste de esa oportunidad, supe que era la salida que tanto estaba anhelando.

—He conseguido el puesto, me voy a Londres —te conté una calurosa tarde de junio en el que ya se había convertido en nuestro rincón.

—Vete. Haz lo que siempre quisiste.

Ni yo te estaba pidiendo permiso, ni tú me lo estabas dando. Tan solo comunicamos una realidad.

Durante mucho tiempo creí que fuiste el amor perfecto, aunque en el momento equivocado. Pero hoy me doy cuenta de que fuiste el amor perfecto, en el momento indicado. Debía ser así, tenía que acabar ahí.

—Te quiero —te dije sabiendo que no iba a recibir las mismas palabras de tu parte; tampoco las esperaba.

—Quererte es una promesa que no puedo cumplir, tengo que dejar que te marches.

Nos besamos por última vez en aquel tejado con Madrid como testigo, y sin tu ayuda, encontré la manera

de saltar hasta la ventana y mirar al vacío sin ese cosquilleo que me recorrió las piernas la primera vez. Aquel día también revoloteaba algo en la boca de mi estómago: mariposas de amor propio. Fue la primera vez que las sentí.

Crucé por última vez esa ventana y no volví a verte nunca más.

Abandoné la carrera a tres asignaturas de terminarla y no porque no me gustara, la verdad es que solo quería joder a mis padres y marcharme lo más lejos de Madrid; mi primera y verdadera ruptura con ella, mi ciudad, y probablemente mi amante más complicada.

Cuando les dije a mis padres que me marchaba y que abandonaba la carrera no se lo tomaron nada bien como era de esperar, pero lo que más les molestó (a mi madre, mi padre era poco más que un mueble), es que me negara a reconocer a Dios.

—Cuida tu fe, Blancanieves.

—¿Qué fe, mamá? No creo en Dios y nunca lo he hecho —aseveré antes de clavar la mirada en mi padre, dedicándole a él las siguientes y últimas palabras que le dirigiría por mucho tiempo—. Todo esto es una farsa y no pienso quedarme más tiempo aquí y participar de ello.

Tras esto, estuve tres años sin hablarles. Mi hermano fue un daño colateral, porque insistió en saber qué había ocurrido, pero no era a mí a quien le tocaba hablar sobre ello. Y así, nos fuimos distanciando.

Puse distancia con todo lo que conocía. Tenía una necesidad muy grande de encontrarme, de saber quién era realmente, de conocer a la mujer que se escondía bajo el yugo de unas creencias que habían regido toda su existencia y no le habían permitido ser, apenas existir y mucho menos reconocerse.

Me fui. Gracias a ti, María.

Me diste una fuerza que no tenía y que vino de ti, la chica que se creía invencible y que hacía que los demás nos lo creyéramos también. Me prestaste un poquito de tu **SOBERBIA**, pero solo porque a veces, esta es necesaria para salir adelante.

Abro los ojos con dificultad emitiendo un quejido. No solo por la intensa luz artificial que quema mis retinas; ni punto de comparación con la brillante y cálida luz blanca que me abrazaba hace un instante. Además, tengo la boca seca, un dolor punzante en la parte posterior de la cabeza y siento como si hubiesen usado mi cuerpo de *punching ball*.

—Hola, ¿cómo estás? —Logro enfocar la vista y la borrosa mancha que tengo enfrente comienza a tomar forma de una mujer vestida de blanco, que me observa a través de unos grandes ojos verdes—. ¿Sabes qué te ha pasado? Estás en la UCI —echo un rápido vistazo a mi alrededor descubriendo una habitación blanca y aséptica repleta de máquinas y aparatos médicos—, ya estás mejor, pero te ha dado un *shock* anafiláctico.

Intento hablar, pero no me sale la voz, parece que me hubieran segado la garganta.

—Debes tener sed, espera. —De una mesita reclinable a mi izquierda, coge una botella de agua que sirve en un vaso y me la acerca a los labios. Trato de incorporarme, pero al parecer la segadora también se dio un garbeo sobre mi cuerpo: me duele hasta el pensamiento. Logro apoyarme sobre un codo, no sin dificultad, para elevar levemente la parte superior del torso—. Despacio, da pequeños sorbos.

Eso hago, aunque siento que podría beberme un río entero.

—Gracias —logro balbucir.

De regreso a la postura inicial me doy cuenta de que tengo tres cables con electrodos en el pecho, pulsómetro en el índice de la mano derecha, una vía en el brazo izquierdo y unas gafas nasales que siempre que las veo me recuerdan a Bella en *Crepúsculo*. A cuando se despierta en el hospital después de que aquel vampiro de pelo largo la mordiera, y que según el plano de la cámara aparecían ubicadas en un lugar diferente: la enfocaban de cerca, las tenía casi metidas en los ojos; la enfocaban de lejos, sobre las mejillas y así se desplazaban como por arte de magia en su cara hasta en diez ocasiones. Me ponía tan nerviosa que me sacaba por completo de la película.

—Ahora vendrá el médico y te explicará todo con más detalle —me informa la enfermera.

La observo marcharse absorta en el color de su pelo, de un naranja oscuro, rojo según la luz, que me arrastra a un recuerdo reciente y que en un intento por alcanzarlo termino quedándome traspuesta, hasta que una nueva presencia termina por despertarme. La de un chico que se me hace muy joven para ser un médico, pero que por lo visto lo es, concretamente el mío.

—¿Qué tal, cómo te encuentras? —pregunta forzando amabilidad.

—He estado mejor, la verdad.

—Has sufrido una anafilaxia —me informa tras ignorar mi sarcástica respuesta; deduzco que habrá escuchado el chiste como un millón de veces, y a saber las horas que llevará

trabajando—. Se te inflamó la vía respiratoria y al no poder respirar dejó de llegarte oxígeno, lo que hizo que perdieras la consciencia y tu corazón se parara... —Escucharle decir que se me paró el corazón me deja en un nuevo estado de conmoción que nada tiene que ver con la anafilaxia, pero que me esfuerzo por asimilar. A partir de aquí solo escucho palabras sueltas como reanimación cardiopulmonar, adrenalina, ambulancia...—. Tendrás que estar ingresada en observación hasta que toda la inflamación del *shock* se pase y veamos que esté todo en orden, por lo que aún permanecerás unas cuantas horas más aquí.

No tengo ni idea de si llego a decirle algo al médico antes de que se marche, porque permanezco sumida en una avalancha difusa de pensamientos cuando veo a Rafa acceder al cubículo por la puerta acristalada.

—Blanca —susurra conmovido.

Tiene el rostro apagado y las marcas oscuras bajo los ojos desvelan que ha pasado toda la noche en el hospital. También le delata el disfraz que aún sigue llevando, a pesar de haberse deshecho de las gafas de pasta y la corbata, además de haber escondido la ese de Superman bajo la camisa mal abotonada y una cazadora de cuero marrón. El pelo desordenado pone de manifiesto cómo ha pasado las últimas horas.

—¿Cómo te encuentras? ¿Puedes hablar?

Se inclina con cuidado para darme un beso en la frente con el que siento que vuelvo a la vida. Su mano acariciando mi cabeza surte un bálsamo parecido. Y su olor, a pesar del tiempo transcurrido, me aporta calma.

—Rafa —pronuncio con un hilo de voz. Carraspeo para intentarlo de nuevo—. Creo que sí.

—¡Qué susto me has dado, joder! —Se desinfla como un globo soltando todo el aire que supongo ha estado conteniendo lo que a mí me ha parecido un segundo, pero que han debido de ser horas—. He estado a punto de matar a tu hermano, porque me han detenido, porque te lo juro que...

—¿A mi hermano? No entiendo.

—Casi no lo cuentas, Blanca. Si no es porque estaba allí esa enfermera para hacerte un RCP...

—¿Qué enfermera?

No estoy entendiendo nada.

—La que iba de Caperucita; Clara creo que se llamaba... amiga de tu hermano de la Iglesia. En serio, si no es por ella, no lo cuentas. ¿Y cómo se te ocurre salir sin la puta epinefrina? Menos mal que tu hermano tenía en casa una de emergencia.

—No sé en qué estaba pensando. Lo siento —digo con los ojos cerrados tratando de sonar arrepentida.

—Has estado a punto de no contarlo. No creo que seas consciente del susto que nos has dado.

—Lo sé, ya me ha puesto al día el médico. Y... gracias por actuar tan rápido, lo último que recuerdo es que estabas a mi lado tratando de...

—¡No tienes que dar las gracias por eso! —exclama con molestia.

—¿Qué pasa con mi hermano? ¿Por qué querías matarle?

Exhala con fuerza dilatando las fosas nasales, otorgándole a su rostro una dureza que hace que me sienta... inquieta.

—La tarta que te comiste era de manzana. —Voy a decir algo, pero se adelanta—. Tu hermano lo sabía y dejó que te la comieras.

—¿Qué?! No. No puede ser. —Niego con la cabeza.

—Sí —sostiene—. Y es cierto que tu comportamiento fue bastante cuestionable, pero de ahí a... —está realmente enfadado—, permitir que te comieras la tarta... Repito: no lo he matado, porque tu padre se interpuso y no tiene mucho sentido cargármelo delante de un policía; pero ahora mismo no soy capaz ni de mirarlo a la cara. ¡Casi te mueres, joder!

Me sobreviene un llanto intenso, casi primitivo e inesperado. Rafa acude a mi lado sin pensarlo, recogiendo con el pulgar algunas de esas lágrimas que provienen de un lugar muy profundo y doloroso de mi interior. Uno al que hacía mucho que no me asomaba.

—Lo siento —masculla con dificultad debido a la tensión de su mandíbula.

Mi cuerpo se sacude al mismo tiempo que brotan gemidos de desconsuelo de mi garganta. No lo puedo asegurar, pero diría que paso varios minutos en ese estado hasta que poco a poco, según voy vaciando la reserva estipulada para una decepción como esta, y deduzco también que por puro agotamiento, logro articular una pregunta que me aterra, porque ya creo conocer la respuesta.

—¿Dónde está? —Niega con la cabeza—. ¿Y mis padres? —Repite el movimiento—. ¿Ni mi madre?

A la primera que le sorprende que le pregunte en concreto por mi madre es a mí; pero siendo ella la que me empujó a volver de la muerte, quizá no suene tan descabellado.

—Necesitan tiempo. Y yo también —puntualiza, refiriéndose claramente a Agustín.

—¿Tiempo? ¿Acaso no he estado a punto de morir? ¡¿Qué puto tiempo necesitan?! —

—Están al tanto de tu estado, les he estado informando por mensaje.

—Pero no han venido. Eso es... cruel —concluyo.

—Tu comportamiento también lo ha sido para ellos, y no trato de disculparles, pero...

—Pero lo haces —afirmo.

—No, me pongo en su situación. Se te fue mucho la bola, Blanca.

—¿Tanto como para envenenar a tu propia hermana?

—No, para eso no hay excusa —sentencia—. Mira, no voy a entrar ahora en esto, pero si quieres que las cosas cambien, estaría bien que... —deja la frase en el aire y desvía la mirada.

—¿Estaría bien qué, Rafa?

—Que rebajes esa soberbia —propone con suavidad.

¿Soberbia? Esto sí que es nuevo.

—Si eso es lo que piensas de mí, no sé qué haces aquí.

No puedo evitar ponerme a la defensiva.

—Estoy aquí porque te quiero, y el amor supone estar incluso cuando sepas que la otra persona está cavando su propia tumba. —Le miro: no sé qué decir—. Eva también está aquí.

—¿También sabe que he cavado mi propia tumba? —pregunto sarcástica.

—También te quiere.

Vuelve a escapárseme una lágrima. Una solitaria gota procedente del amor más profundo que se pueda sentir. Detrás, aparece otra: una por el amor de Eva y otra, por el de Rafa. He estado a punto de no volver del infierno y las únicas personas que han velado por mí han sido ellos. Demostrando que sigue existiendo un nosotros, aunque jamás vayan a reconocerlo.

—Y yo a vosotros. Os quiero.

Cubre su mano con la mía que descansa sobre el colchón casi sin vida, para darle un suave apretón que parece reanimarla.

—Lo sabemos —asegura.

Comienzo a darle vueltas a todo lo ocurrido anoche, tratando de recordar exactamente lo que dije, pero había bebido mucho... y no termino de ver el suceso con claridad.

—¿Cómo de grave fue? Tengo lagunas.

—Bueno, te aseguro que tu hermano no ha celebrado cumpleaños más épico en su vida, y mira que el listón estaba alto. —Su broma nos hace reír con tristeza—. ¿Qué ocurrió para desatar... al demonio?

—¿Acaso importa?

—A mí sí me importa —asegura, deslizándolo el pulgar por el dorso de mi mano.

Desvío la mirada buscando en algún lugar de mi mente una explicación a lo ocurrido. El problema es que no hay nada en concreto que lo esclarezca, porque se debió a un cúmulo de hechos, palabras y situaciones. Como en una guerra, nunca se debe a un solo factor: un cúmulo de ellos es lo que la hace estallar.

—Demasiadas cosas —resuelvo.

—¿Y quieres hablar de esas cosas?

—Preferiría borrarlas, la verdad —reconozco con tristeza.

—¿Qué tal si empiezas por sacarlas fuera? La gente dice que ayuda.

«La gente», por supuesto, porque precisamente Rafa no es de los que habla las cosas. Y yo... es cierto que no sé muy bien por dónde empezar, también es cierto que hay algo que anda haciendo turismo en mi cabeza desde ayer.

—¿Tú crees que busco el drama?

—¿Tú no? —responde sin necesidad de meditarlo. Parece que lo tiene bastante claro. Lo que me sorprende y molesta a partes iguales, para qué engañarnos—. Reflexiona sobre las últimas horas... —dice con cierta condescendencia—. La verdad, creo que es bastante evidente, Blanca. Para mí es algo tan obvio como que Agustín evita los conflictos.

—¿Así que él los evita y yo los creo? ¿Menuda ironía?, ¿no?

—De cierta manera —confirma—. Eso... ¿te lo dijo Eva?

—Entre otras cosas.

Nos quedamos en silencio sumidos en nuestros propios pensamientos. Unos segundos después, Rafa me sorprende con una revelación:

—Agustín y yo nos debíamos una conversación y eso fue lo que viste. No hubo nada más, hace mucho que dejó de haber algo entre nosotros. Agustín quiere a Lola y yo... Yo solo he estado contigo y con Eva desde entonces.

La puerta se abre para recibir a la misma enfermera que estaba cuando me desperté.

—¿Cómo vas, Blanca? —se interesa.

—Bien, gracias —respondo, forzando una sonrisa.

Mi cabeza se ha quedado atascada en ese «desde entonces» que acaba de pronunciar Rafa, y apenas hago caso de su presencia mientras se acerca y hace algunas comprobaciones intercambiando un par de palabras con él. Y es que, ¿qué línea de tiempo abarcan esas dos palabras? Pero no es solo eso, hay algo más implícito en ellas, esconden... un compromiso.

—No me debes ninguna explicación —le digo en cuanto volvemos a quedarnos solos.

—Pero quiero dártela. Lo único que deseo es que estés bien y que seas feliz, Blanca.

—¿Y tú? ¿Acaso no quieres ser feliz? A mí también me gustaría verte feliz de verdad, ¿sabes? Pero para ello vas a tener que dejar de correr y pararte quieto en algún momento.

Ambos sabemos que me refiero a algo literal, pero también figurado.

—Ya sabes que solo sé vivir de esa manera.

—¿Y de qué huyes? ¿Qué te da tanto miedo? —Esquiva mi mirada tratando de evitar que vea cómo se le ensombrece—. Si te soy sincera, de verdad guardaba la esperanza de que algún día llegaras a abrirte a mí.

—Lo hice.

—No, qué va, apenas has estado cerca de hacerlo.

—Te dije lo que sentía —apunta como si estuviera olvidándome de ello.

—No me refiero a que verbalizaras algo que ambos ya sabíamos, algo que era tan obvio que caía por su propio peso: desde el primer «nosotros» ya nos estábamos amando, Rafa.

—Es verdad —reconoce.

—Lo que nunca has llegado a hacer es contarme qué es eso que te jodió tanto la vida, eso que te hizo creer que amar no era válido para ti. —Me mira y parece que va a decir algo, pero... no lo hace—. Han pasado cinco años, hemos vivido muchas cosas. No sé qué más necesitas para abrirte a mí, si eso no es suficiente para ti...

—Ya te dije que mereces algo mejor, creo recordar que ambos estábamos de acuerdo en ello —asiento—. Y Eva es lo mejor para ti.

—Lo es; pero no porque ella sea mejor que tú, es solo que Eva nunca ha tenido miedo a arriesgar, a jugárselo todo por amor. Te metió a ti mostrando todas sus cartas, porque nunca ha tenido miedo de perder. Y tú, que te la das de gran jugador, vives acojonado a quedarte sin nada, cuando en realidad... nunca has tenido nada, Rafa, llevas años en bancarrota. Solo tienes que mirar a tu alrededor, no tienes nada que sea real. Tu vida es un castillo de naipes. Por eso, si tengo que elegir en este momento, la voy a elegir a ella.

—Y lo entiendo.

—¿Eso es lo único que tienes que decir?

—¿Qué quieres, Blanca? —Siente la presión y no le gusta.

—Que dejes de ser tan complaciente, y que te abras de una jodida vez. Que me muestres al Rafa de verdad, al que no todo le parece una fiesta, al que siente y sufre, al que tiene miedo como el resto de mortales.

Exhala irónico, dibujando una triste sonrisa en su agotado rostro.

—Lo has tenido delante, pero estabas inconsciente.

—Qué bien. Estupendo.

—Me voy —dice de repente—, no puedo quedarme más tiempo. Se va a terminar el tiempo de visita y Eva está esperando para entrar.

—¿También me vas a dejar?

—Siempre estaré a tu lado, aunque... no de la manera que esperas. —«Cobarde»—. Eva necesita verte y deberías arreglarlo con ella, te quiere y tú también a ella —asegura tras darme un beso en la sien—. Procura descansar.

—¡Rafa! —le llamo antes de que abandone el box—. Tú también la quieres.

—Puede —reconoce con una sonrisa.

Exhalo con ironía viéndole marchar. Tanto tiempo esperando esa respuesta y ahora... ni siquiera me sorprende, ni me ilusiona, ni me satisface, porque esa confesión no va a hacer que cambie nada. Rafa va a seguir siendo Rafa. Y, aunque en ocasiones decida ponerse una capa para convertirse en superhéroe o se plante unas gafas de pasta y juegue a parecer más humano, debajo de todo eso lleva bien adherido su verdadero traje, ese que le ha ayudado a subsistir: el de hombre disfrazado de niño. De nada me sirve tener a Clark Kent ni a Superman, si solo puedo disfrutarlos una vez al año. Y yo ya me he cansado de jugar con Peter Pan. Extraer al hombre de su traje nunca ha sido mi cometido, aunque me haya convencido a mí misma de ello durante tanto tiempo. Rafa llegará a casa, se quitará ese traje y con él guardará (y olvidará) ese «puede» hasta el año que viene.

Gastando las últimas lágrimas que me quedan, comienzo el luto por Rafa y los cinco años

de relación que nos preceden.

—Blanca. —Escucho mi nombre susurrado. Otra vez.

Eva permanece paralizada en el umbral de la puerta, cubriéndose la boca con una mano. A diferencia de Rafa tiene mejor aspecto, supongo que no llevar el disfraz y haberse dado una ducha ayuda, aun así, el agotamiento se refleja en la niebla gris que opaca su mirada.

—Estoy bien —aseguro, tratando de tranquilizarla—, todos estos cables asustan, pero de verdad que me encuentro bien —miento.

Hago un intento por moverme para demostrar con hechos mis palabras, pero siento el cuerpo como si hubiese bajado al infierno y hubiese vuelto de él; que más o menos es lo que ha ocurrido. O quizá sea a causa del resentimiento, porque tal y como aseguró Eva terminaría por sepultarme y quizá no se equivocaba.

Termino ocultando el malestar tras una sonrisa fingida.

Ella decide al fin entrar situándose junto a mí, aunque no me toca.

—Menudo susto nos has dado.

—Eso me han dicho —digo, replicando la sonrisa—. Supongo que te habrán puesto al día de la que monté —bromeo con intención de restar intensidad al momento—. Un poquito de drama, ya sabes.

—Algo me han contado... ¿Cómo te encuentras?

—Me duele la cabeza —y el corazón, pienso, pero no lo digo—, siento una presión en la parte de atrás, aparte de eso y de que mi familia no quiere ni verme... estoy de puta madre.

No sé qué me pasa, pero desde que ha llegado lo único que me salen son chistes malos y sarcásticos. ¿Soy yo, o empiezo a parecerme a Chandler Bing?

Ahora es ella la que trata de dibujar una sonrisa; apenas le sale un esbozo.

—Si te soy sincera... no sé muy bien qué decir, Blanca, aparte de lo que ya te dije antes de marcharme de la fiesta.

—Bueno, supongo que lo ocurrido demuestra que estabas en lo cierto. Puedes sentirte orgullosa, parece que tenías razón.

—Tener o no la razón me importa más bien poco, la verdad, pero que hayas estado a punto de morir, que no veas el daño que te estás haciendo a ti misma, la manera en la que tus actos te están aislando, que tu familia no te hable... Eso sí que me preocupa, porque te quiero. —Puede ahorrarse la lástima: ni la quiero ni la necesito—. Cada vez estoy más convencida de que las casualidades no existen.

—¿El Señor está dándome una lección? ¿Es eso lo que dices?

—No hablo de Dios, sabes que no creo en él.

—¿Entonces?

—Quizá la vida te está pidiendo a gritos que dejes de culpar a los demás de tus emociones, de tus circunstancias y de tus decisiones personales. ¿Quieres salir de ese círculo, Blanca? Haz autocrítica y te darás cuenta de qué parte de responsabilidad tienes: porque la tienes. Y que si no cambias nada de eso, la próxima vez, no habrá nadie traspasando esta puerta —sostiene con la mano en alto señalando la entrada.

—O quizá, Eva, la vida me esté ayudando a hacer una limpieza. ¿Quién quiere a una familia que no solo permite que te envenenes y sonrías mientras lo haces —jamás olvidaré la maquiavélica satisfacción en la cara de Agustín—, y que tampoco le importe si has muerto o sigues viva?

—¿De verdad son ellos los que se apartan o eres tú la que lo haces?

—No sé, ¿dónde está ahora mi familia? —replico.

—¿Y dónde estaban ayer?

—¿Y dónde estaban cuando...?

—¿Cuando qué, Blanca? —me interrumpe—. Hasta donde yo sé, fuiste tú la que te apartaste de ellos. Que no estén cómo y cuándo tú quieres no significa que no estén ahí. Rechazar a tu familia es, en última instancia, rechazarte a ti.

Se instala un tenso silencio entre nosotras que voy a cortar rápido y de raíz.

—Supongo que tienes razón, mi autoestima es una mierda y necesito estar sola. —Sí, estoy a la defensiva, no me escondo—. Pensar sobre todo esto. Conocerme y encontrarme en soledad y no a través de los demás. Ni de mi familia, ni de Rafa, ni de ti. Además, Eva, tú buscas un tipo de seguridad que yo jamás voy a poder darte, y más después de lo que te voy a contar. —Cojo aire y sosteniendo la mirada a los ojos grises más bonitos en los que me haya visto reflejada nunca, decido confesarle la verdad—. Es cierto que te escogí a ti por encima de Rafa, pero también es cierto que antes de eso... me acosté con él. —Su mirada se transforma en un gris tormenta, irónicamente, resaltando aún más su belleza—. Iba a decir que lo siento, pero en realidad no lo hago. Lo único que siento es que ese hecho te haga daño; no que haya ocurrido.

—¿Y haberme mentido para que vuelva contigo? ¿Eso no lo sientes?

—No te mentí, tan solo... lo oculté —puntualizo.

—Solo un mentiroso diría eso —escupe con cara de asco.

—Siempre he sido honesta respecto a mis sentimientos hacia ti y también hacia él. De hecho, creo que aquí, la única sincera de los tres he sido siempre yo.

—¡Por supuesto! —exclama sarcástica—. ¿Quieres algo honesto? Mira a tu alrededor: no hay nada más honesto que los resultados que has cosechado en tu vida.

Sin añadir una palabra más (creo que está todo dicho) se marcha, y de nuevo, no hago nada por evitarlo, porque cada vez estoy más convencida de que no hay nada que yo pueda hacer.

¿Tiene razón? Sí. Pero yo también la tengo. Y no quiero estar con alguien a quien tengo que estar deteniendo cada dos por tres para que no se marche, porque no se siente segura. Quiero alguien que se quede sin que yo tenga que pedírselo. Alguien que confíe ciegamente en mí.



—He pasado por casa de Rafa y he cogido una maleta con algunas de tus cosas.

—¿Aurora en casa de Rafa? ¿Acaso se han alineado los astros en mi corta ausencia? —La miro con asombro.

—Por ti hago el esfuerzo que sea necesario —asegura, apartando la vista de la carretera para guiñarme un ojo—. Y... bueno, reconozco que cuando quiere es simpático.

—Él siempre es simpático, lo que pasa que tú le tienes cruzado precisamente, por hacer un chiste poco acertado —le recuerdo.

—Bueno, no es solo por eso y lo sabes —puntualiza—. No obstante, quizá pueda darle otra oportunidad.

—En serio, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

Aurora fue a recogerme al hospital en cuanto me dieron el alta hace cosa de una hora, y después de que Rafa se pusiera en contacto con ella informándole de todo lo ocurrido. En cuanto

se enteró, mi amiga hizo todo lo posible para regresar de su viaje lo antes posible.

—¿Has tenido problema con el trabajo? —me intereso.

—Todo en orden.

—Me alegro. A mí, entre una cosa y otra, me van a terminar echando del curro: ya van dos bajas en menos de dos meses —suspiro.

—¿Y tan malo sería?

—A ti te encantaría, eso seguro.

—Tampoco es que me encante, únicamente creo que serías más feliz dedicándote a otra cosa —confiesa.

—¿Como a la decoración, por ejemplo?

—No lo había pensado, pero parece buena idea —miento, como si acaso no llevara el último año tratando de convencerme de ello.

—Ya, claro.

Miro la ciudad pasar a través de la ventanilla sin fijarme realmente en nada, lo único que deseo es llegar a casa, a ese lugar al que pronto llamaré hogar y en el que todavía no he llegado a pasar ni una sola noche. Afortunadamente, el trayecto en coche pasa rápido, no como en el hospital donde el tiempo parecía expandirse como en una película de Nolan.

Llegamos pasadas las ocho de la tarde tras dejar el coche en un *parking* público, ya que en esta zona es imposible aparcar.

—Me acabo de dar cuenta de que es la primera vez que voy a vivir sola —medito en voz alta dentro del ascensor—. Desde que me fui de casa de mis padres siempre he compartido piso.

—Es verdad.

—Por cierto, ¿sabes que cuando Bella me enseñó el piso me di cuenta de que ya había estado aquí antes? —Me mira interrogante—. Cuando vivía Ariel.

—¿Conoces a Ariel?

—Por Yaiza —resuelvo, abriendo la puerta de casa—. ¿Te acuerdas de ella? Estuvo en un par de fiestas que hicimos Miriam y yo.

—¡Ah!, vale sí. Ahora entiendo de qué me sonaba... Hace unas semanas estuve en un concierto de Ariel y Yaiza estaba allí, pero no terminaba de caer de qué me resultaba tan conocida.

Soltamos todas las cosas y nos dirigimos al dormitorio arrastrando la maleta con nosotras.

—¿Y de qué conoces tú a Ariel? —me intereso, porque me quedé con la curiosidad desde que me lo comentó Bella.

—Fue paciente. —Suelta la maleta sobre la cama—. ¡Qué casualidad!

—O no —murmuro recordando las palabras de Eva: «Las casualidades no existen».

—¿Cómo?

—Eva se percató de algo cuando me acompañó a ver el piso.

—¿El qué? —pregunta, tendiéndome la ropa que va sacando de la maleta y que yo voy metiendo dentro del armario sin orden ni concierto.

—Que todas las que hemos, o vamos a vivir aquí, tenemos nombre de princesa de cuento: Bella, Ariel y ahora yo. —Algo le arranca una sonrisa—. ¿De qué te ríes?

—Que hasta donde yo sé, vivió otra persona más aquí.

—¿Pocahontas? —me burlo, fingiendo que doblo un jersey, cuando en realidad estoy haciendo una elegante bola con él; pero una bola, al fin y al cabo.

—Cenicienta —resuelve.

—¿Estás de coña? —le digo tras soltar la prenda de cualquier forma en una balda—. ¿Pero

qué tipo de padres le ponen ese nombre a su hija?

—No era su nombre real; solo que se la conocía de esa forma. ¡Trae, anda! Que me estás poniendo de los nervios, ¡¿qué manera es esa de doblar la ropa?! —Me quita el pantalón que sostengo en la mano cambiándose de lugar para sustituirme sacando de nuevo toda la ropa del armario—. Puede que Eva tanga razón y las casualidades no existan. Igual hay una razón por la que vayas a vivir en este piso.

—Pues según esa teoría tú serías la siguiente, *Aurora*.

—Yo ya tengo casa.

—Nunca se sabe.

Con los roles cambiados, ahora soy yo la que me dedico a vaciar la maleta sacando lo último que queda en ella, que no son más que toallas y sábanas, porque aquí mi amiga está en todo.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunto echando un vistazo a unas sábanas grises de satén de algodón, las cuales he visto antes en otro lugar. Yo no tengo sábanas, ni toallas, a no ser que cuente como ropa de hogar unos discos desmaquillantes de fibras de bambú.

—Un regalo de tu apreciado piloto —resuelve.

—Supongo que tendrá que hacer sitio para guardar el disfraz —me burlo, contemplando a Aurora enrollar las camisetas como si de un brazo gitano se tratara—. Marie Kondo estaría orgullosa de ti.

—Así te será más fácil y rápido encontrar la camiseta que estés buscando —dice con orgullo mostrándome el cajón con las cinco camisetas dispuestas como ficheros en un mueble de oficina.

Como si me importara lo más mínimo. Probablemente le dedique más energía y tiempo a decidir cómo me voy a tomar el café por la mañana, que a elegir lo que me voy a poner. Quizá esa sea una de las razones por las que me gusta tanto un trabajo con uniforme: me quita un gran peso de encima y la necesidad de ordenar la ropa como si fuera un Zara.

—¡Qué eficiencia! —De verdad sueña si piensa que yo voy a ser capaz de mantener ese orden casi marcial. Aun así, le estoy la mar de agradecida. Por todo—. Gracias.

—Un placer.

Hacemos la cama después de que consiga conectar el móvil con un altavoz que encuentro en el dormitorio y ponga algo de música. Exactamente una lista de Spotify compartida con Eva de clásicos noventeros. *You Gotta Be* de Des'ree comienza a sonar cuando le informo a mi amiga que me voy a dar una ducha.

—Todavía tengo pintura donde una no debe tener pintura.

—Claro, tranquila, yo voy a aprovechar y hago algo de cenar.

—O pedimos un Glovo si quieres —propongo.

—Lo tengo todo controlado. —No lo dudaba—. Tú date esa ducha, que cuando salgas tienes mucho que contarme, como lo de ese disfraz, que por lo que tengo entendido causó sensación.

—Veo que está usted bien informada.

—Tengo mis fuentes... —dice de camino a la cocina.

Me meto en la ducha de este baño que no es especialmente grande, pero que es todo lo que necesito. Nada mejor que un cálido chorro de agua bajo el que ausentarse en silencio, esperando que sea capaz de disolver la angustia que tengo atada al pecho y que no ha desaparecido desde que desperté en el hospital. Desgraciadamente, el agua no tiene más poder que el de arrastrar impurezas, más físicas que mentales. Aun así, algo debe haberse llevado, porque ha hecho que

me sienta un poquito más reconfortada.

Descalza, con un pantalón viejo de chándal y una camiseta ancha de algodón de lo más cómoda, me dirijo a la cocina a ver qué está tramando mi hada madrina.

—Supuse que no tendrías nada —me informa, sacando un paquete de queso feta de la nevera—, así que te he hecho una pequeña compra.

—Tú siempre tan eficiente. —Echo un vistazo antes de que cierre la puerta, encontrándome con una cantidad ingente de comida—. ¡Eh!, ¿hola? ¿Pequeña compra? ¡Me has llenado la nevera! ¡Aquí hay de todo! —Saco un paquete de...—. ¿Por qué tengo un chorizo?

—Para que hagas unas lentejas.

—¿Cuándo me has visto tú a mí cocinando unas lentejas? —pregunto estupefacta—. No, perdón, ¿cuándo me has visto tú a mí cocinando? Lo que sea.

—¿No sabes hacer unas lentejas? —pregunta de una forma que a poco estoy de sentirme ofendida.

—¡Eh...!, ¿no? Pero tranquila, que sé poner una lavadora.

—Bueno, no te preocupes, mañana te enseño. Es un plato nutritivo y que te dura varios días, así no tienes que estar cocinando a diario.

—¿A diario?! Suerte si cocino dos veces seguidas en una semana.

—Eso tiene que cambiar —me mira de forma reprobatoria.

—Bueno, ¿y ahora qué estás cocinando? —Me intereso aprovechando así para cambiar de tema.

—Una receta que vi en TikTok: pasta con queso feta y tomate cherry al horno —dice orgullosa de sí misma, mostrándome una bandeja de cristal en la que ha dispuesto el queso en el centro y los tomates a su alrededor sobre una base de aceite de oliva.

—¡Qué buena pinta!

—Y, además, facilísima de hacer —asegura cerrando la puerta del horno—. Ahora solo hay que esperar veinte minutos.

—Veo que lo tienes controlado.

—La duda ofende. ¿Cómo te encuentras? —pregunta con interés.

—Mejor.

—Me alegro. En lo que termina de hacerse la cena podrías ponerme un poco al día... —sugiere de camino a la zona del salón.

—¿Qué te ha contado Rafa? —me intereso.

—Poca cosa. Tu hermano, por otro lado, ha sido bastante más explícito —me informa rodeando el sofá para sentarse en él.

—¿Has hablado con él? —Asiente mientras yo me dejo caer en los mullidos cojines a su lado—. ¿Estaba muy enfadado?

—Dolido, más bien.

—¿Dolido él? Quizá necesita que alguien le recuerde que ha intentado envenenar a su hermana —espeto.

—¿Qué tal si me cuentas lo ocurrido? —pregunta obviando mi comentario.

—Parece que ya tienes todas las versiones: la de Rafa, la de Agustín...

—No tengo la tuya —sostiene.

—Me vas a hacer terapia, ¿a que sí? —resoplo con hastío.

—Terapia de amiga, que es la que necesitas ahora —dice, cogiéndome la mano—. Así que aprovecha y desahógate, porque está claro que lo necesitas.

—¿Tan evidente es?

Y así, frente a un par de Coca-Colas que Aurora decide sacar en el último momento, me predispongo a contar mi versión de lo ocurrido a la primera persona que parece tener intención de escucharla. Y, aunque hubiese preferido tener esta conversación con una copa de vino que con un anodino refresco, claramente no es lo más adecuado después de la cantidad de alcohol que ingerí antes de casi palmarla. Auri se solidariza conmigo, animándose incluso a hacer un brindis.

—¡Porque sigas viva, amiga!

—Tal y como está el panorama, no sé yo si eso es una buena noticia —digo tras darle un trago a la cola.

—¡No seas melodramática y empieza a contarme, anda!

—Vale, vale, ya voy. Aunque no sé ni por dónde empezar... ¡Y no digas por el principio, por favor!

—Bueno, pues comienza por el final, entonces.

Le cuento todo, absolutamente todo, y sí, lo hago desde el inicio, porque si no se me iba a complicar la historia haciendo saltos temporales. Le hago un resumen, poco resumido en realidad, de los últimos meses, porque en lo referente a toda mi historia familiar Aurora probablemente es la única persona que siempre ha estado al tanto de todo, es mi mejor amiga y, aunque no nos veamos tan a menudo como quizá nos gustaría, conocemos todo la una de la otra.

—Y más o menos... eso sería todo —concluyo pendiente de su reacción. Más que eso: quiero su punto de vista, porque es la persona en la que más me fio del mundo. Además, siempre me dice las cosas claras, sin importar si me va a gustar o no—. Suéltalo. Venga, vamos.

Asiente dejando el vaso sobre en la mesa y sobre un posavasos que no sé de dónde demonios ha sacado.

—Llevas mucho tiempo conteniendo mucha ira contra tus padres, contra Agustín e incluso contra Greg; Rafa y Eva los pondría en otro segmento diferente. Y tienes tus razones para ese enfado, pero...

—¿Pero qué? —pregunto con impaciencia.

—Que hasta que no te deshagas de todo eso no vas a ser feliz, Blanca. Ya has probado lo de dejarte arrastrar por la ira y, ¿cómo te sientes?

—De puta madre.

—Blanca.

—Aurora. —Uso su mismo tono condescendiente.

—¿Te sientes en paz ahora mismo? —Niego con la cabeza sin pronunciar una palabra—. Claro que no, por eso necesitas encontrar el perdón, en él reside la paz que quizá no veas, pero que ciertamente necesitas. Y eso solo depende de ti.

—Suenas a mi hermano dando el sermón —digo burlona, pero Aurora no dice nada, permitiendo que las palabras hagan su trabajo.

Me quedo con la vista perdida en algún punto inconcluso, percibiendo cómo, efectivamente, lo que ha dicho ha empujado hacia la superficie un pensamiento que ya había comenzado aflorar hace unas horas.

—Quizá ya no me guste quién soy —reconozco.

—Quizá nunca te has preguntado realmente quién eres —propone—. Porque cuando estabas comenzando a andar ese sendero, otros echaron tierra encima para que no dieras con él: Greg, tus padres... Pero tú también te autosaboteaste, en el momento que decidiste coger un avión tras otro creyendo que quizá terminarías por hallar ese camino. Creyendo que cuanto más te alejaras de tus orígenes, más cerca estarías de ti misma.

—Puede ser —admito.

—¿Sabes esas personas que viajan miles de kilómetros a la India o a Bali para encontrarse? —Asiento—. Bien, ¿sabes lo que terminan descubriendo en muchas ocasiones? —Vuelvo a asentir—. Que la respuesta que tan lejos fueron a buscar siempre estuvo más cerca de lo que jamás imaginaron: dentro de ellas mismas. La realidad es que no hace falta irse tan lejos, aunque evidentemente a mucha gente esto le ayude; necesitan ese salto al vacío, salir de la zona de *comfort*. El problema es que los kilómetros más difíciles por recorrer son los que están dentro de cada uno. Y, curiosamente, es el lugar donde a nadie se le ocurre buscar.

»No creo que necesites coger más aviones para encontrarte, Blanca. Olvídate de los demás y comienza a pensar en ti, pero de verdad. Lo que tanto anhelas, en realidad, alberga en tu interior. Date una oportunidad a ti, porque en cierta medida nunca te la has dado. Te pasaste veintitrés años viviendo por y para los demás, y después corriste fuera a buscar algo que no has terminado de encontrar.

—¿Con todo lo que ha ocurrido y me estás diciendo que sea egoísta? —Estoy un poco confundida.

—Te digo que pienses y te preocupes por ti: la persona más importante de tu vida. Deja de dispersarte, porque estás en muchas partes, pero no en el lugar más relevante de todos.

—¿Y cómo llego ahí?

—Transita todo lo que estés sintiendo, busca tu parte de responsabilidad en ello, y lo que puedas cambiar estupendo, y lo que no, lo sueltas. Abandona el POR QUÉ a mí, y abraza el PARA QUÉ me está pasando esto: QUÉ puedo aprender de lo que me está ocurriendo. No es algo fácil y lleva su tiempo, pero te conozco y sé que puedes hacerlo. Fíjate, quieres mantener una relación a tres cuando no eres capaz ni de sostener la relación más importante de todas, que es la que tienes contigo misma. Para amar bien, antes necesitas saber quién eres y amarte tanto, que cuando conozcas a alguien sepas cómo hacerlo. Y, entonces, podrás amar a una, dos, tres o siete personas al mismo tiempo si es lo que sientes.

—¿Me puedes apuntar todo esto en una libreta? No estoy siendo sarcástica, creo que voy a necesitar que me lo repitas un par de veces.

—¿Me vas a hacer caso? Ya sería toda una novedad.

—Depende de cuánto me salga la broma... —digo, chasqueando la lengua.

—Solo es un consejo de una amiga.

—De una amiga que cobra por esto.

—¡A ti nunca! —asegura, poniéndose en pie de un salto—. Vamos a comer que me muero de hambre.

Cenamos en la barra de la cocina, sentadas en unas butacas que, a diferencia del sofá, necesitan un replazo ipso facto: cojean porque los tornillos están sueltos, aunque también las roscas.

—Por cierto, a ver qué piensas como profesional de esto... —comento mientras me sirvo un segundo cucharón de pasta—. Creo que regresé de la muerte.

—¿Cómo es eso? —pregunta más tranquila de lo que hubiese imaginado.

La verdad que esperaba una cara de horror de doña escéptica.

—Ahora es cuando me vas a mandar la medicación —bromeo—. A ver, el caso es que he empezado a recordar todo lo que ocurrió mientras estaba...

—Inconsciente —adivina.

—Sí. Primero fue un fundido a negro que se tornó a rojo en segundos. Podía sentir el calor y... fue rápido; de verdad creo que estuve en el infierno o quizá estaba fundiéndome en mi propia ira, porque antes de que comenzara a asfixiarme estaba muy enfadada. Pero bueno,

pasado ese terrorífico instante infernal... Simplemente estaba ahí, viéndolo todo, aunque fuera de mi cuerpo. Era como si flotara. Podía verme a mí misma y todo lo que estaba ocurriendo. Y no tuve miedo en ningún momento. Al contrario, sentí mucha calma y serenidad. Una alegría muy pura que no he experimentado jamás en toda mi vida y que aumentaba mientras más me acercaba a la luz brillante que tiraba de mí, alejándome de esa escena.

—¿Qué te hizo quedarte? —pregunta, porque es obvio que algo lo hizo.

—Mi madre.

—¿Tu madre?

—Yo soy la primera sorprendida, puedes creerme. En el momento que la vi arrodillarse junto a mi cuerpo me detuve, observando cómo se llevaba mi mano a los labios para depositar un beso en el dorso mientras se le escapaban algunas lágrimas. En ese instante un pensamiento se formó mi cabeza: «Mamá me quiere» —recuerdo con un nudo en la garganta y una lágrima resbalando por mi mejilla.

Auri abraza mi mano entre las suyas con la mirada empañada.

—¿Qué ocurrió después?

—Me acerqué a ella y... lo siguiente que recuerdo es despertar en el hospital. ¿Qué topicazo?, ¿eh? —digo entre risas y lágrimas—. Crees que estoy loca, ¿verdad?

—Para nada —asegura—. Hay miles de experiencias como la tuya.

Nos mantenemos con las manos unidas, pensativas y en silencio por unos segundos.

—Oye, Auri, ¿tú... crees en Dios?

—Creo que hay algo... No sé si Dios, el Universo o qué... Tengo una amiga que dice que puedes pedir una señal.

Jamás hubiese esperado recibir una respuesta como esa de ella.

—¿Una señal?

—Sí, yo no le he probado.

—No te pega mucho eso de ir pidiendo señales.

—Supongo que no. Pero ella insiste en que cada vez que pide algo recibe algún tipo de respuesta —arguye, encogiéndose de hombros.

—¡Dios, si estás ahí, manifiéstate! —exclamo formando una uve con los brazos en alto, fingiendo una plegaria.

Auri se ríe poniéndose en pie para recoger mientras que yo me voy directa a fregar los platos, aunque si fuera por mí se quedarían ahí al menos hasta mañana.

—¿Te apetece una infusión? —me pregunta.

Aquí mi amiga es una adicta a las hierbas remojadas, a mí no me hacen demasiada ilusión, aun así, me animo.

—Mientras no tenga manzana...

—Descuida.

En lo que calienta el agua me dispongo a observar con detenimiento el piso, paseando por el pequeño espacio, pero reparando en pequeños detalles a los que quizá no les había prestado mucha atención antes. Como, por ejemplo, la pequeña estantería que hay en una esquina, encajada entre la televisión y la pared de tal manera, que apenas se aprecia si no te fijas bien, menos aún los libros que hay en ella. Me detengo a cotillear los títulos, la mayoría son novelas, pero también se esconde algún libro de no ficción: uno de ellos capta mi atención y lo cojo. No puedo evitar una risa irónica. Abro al azar una página y lo que leo, provoca que se me erice toda la piel.

—Aquí tienes. —Aparece Aurora tendiéndome una taza humeante con olor a canela.

—Oye, ¿quién era esa amiga? —No tiene ni idea de qué le estoy hablando—. La que te decía lo de pedir las señales.

—Bella, ¿por?

—Igual sí que tenía que pasar por esta casa... —especulo, tendiéndole el ejemplar—. El primer libro que he cogido, la primera página que he abierto.

Señalo con el dedo el punto exacto en el que mis ojos se han detenido.

—*La casualidad es el disfraz que utiliza dios para conservar el anonimato, Tom Wolfe* — lee en voz alta la cita con una sonrisa dibujada en la cara—. Quizá deberías leértelo —propone tras devolvérmelo.

Releo el título, pero en esta ocasión, al pelo erizado se le une una sacudida en el estómago: *Las casualidades no existen*.

Por si aún no me había quedado suficientemente claro.

Quien esté libre de pecado...

«Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos
limpiará de toda maldad».
(1 Juan 1:9)

25

EVA

Siempre me ha gustado la Navidad, guardo un especial cariño a esta época del año, sobre todo, después de que mis padres se divorciaran: la mejor versión de sí mismos comenzó justamente a partir de este momento. Cada uno empezó una nueva vida con una nueva pareja con la que entonces sí, comenzaron a ser felices y a darme el mejor regalo del mundo: hermanos. Tres por parte de padre, dos por parte de madre. A mis diez años contaba con dos núcleos familiares geniales entre los que repartía mi tiempo: lo que para otros niños supone un trauma, para mí fue una bendición. Más aún en Navidad. Pasaba mitad con unos, mitad con otros. Desde que terminaba al colegio y hasta el *Cagatió* estaba con mi padre, su mujer Raquel y mis hermanos Borja, Julia y Sandra. A partir del veinticinco, me marchaba con mi madre, su marido Eloi y mis dos hermanos Adriá y Eloi.

No existía un segundo de aburrimiento, todo eran peleas, risas, bromas e incluso trucos de magia si mi padre estaba cerca. La magia fue la profesión frustrada de papá y sus hijos, los conejillos de Indias perfectos, así que teníamos entretenimiento para rato.

A lo largo de los años hemos logrado reunirnos en las mismas fechas y mantener todas las tradiciones. Hasta este. Una sucesión de factores lo han complicado hasta el punto de que va a ser la primera vez en toda mi vida que pase las Navidades fuera de casa y lejos de mi familia. De las dos que tengo. A Julia le es imposible venir desde Suecia por trabajo; Borja y su marido Óscar se van a Nueva York a hacer realidad el sueño de mi cuñado; Sandra quiere irse a esquiar con la familia de su nuevo novio, del cual, por cierto, no sé ni su nombre. Y por parte de mi madre la cosa está más o menos igual.

Esta situación me pone un poco triste y me ha hecho perder toda ilusión respecto a estas Navidades; tampoco niego que existan otros factores que influyan en ese pesar. Como que hace más de un mes desde la última vez que vi a Blanca. También desde que lo vi a él. Ni siquiera hemos hablado. De ahí que el mensaje que me envió hace dos días me pillara por sorpresa: buena o mala, aún está por descubrir.

Rafa:

¿Qué tal Eva?

Me gustaría hablar contigo.

Ahora tengo unos días de vacaciones y voy a estar por Madrid, me preguntaba si te vendría bien que nos viéramos el domingo que viene.

Reconozco que salí del hospital bastante enfadada después de descubrir que se habían

acostado a mis espaldas. Lo curioso es que según iban pasando los días me daba cuenta de que en realidad no me importaba tanto el hecho en sí, el problema residía en que me lo hubiesen ocultado. Blanca, concretamente. Entonces el enfado que sentía por ella fue redireccionándose hasta apuntarme a mí con una flecha del tamaño de la Cibeles, porque siendo fiel a la verdad, Blanca siempre fue honesta conmigo. En eso tenía que darle la razón, por mucho que me repateé. Lo que quizá llamó más mi atención fue ser consciente de que también estaba enfadada con Rafa, y no por acostarse con Blanca: ¿por qué entonces? No he querido indagar en ello, he eludido todo lo posible esa incógnita.

Tras una compleja confrontación interna que duró un mes y que se reavivó hace una semana, le respondí confirmando el encuentro. Aunque de forma escueta y bastante seca.

Eva:

¿Hora y lugar?

Rafa:

El domingo a las 6 en el Café de la Plaza.

Te paso ubicación.

Gracias.

Eva:

Ok. Allí estaré.

Tratando de aplacar la inquietud que este reencuentro ha despertado en mí, he salido con tiempo para darme una vuelta por la ciudad, que en esta época del año está especialmente bonita. Estamos a dieciocho de diciembre y ya se siente y se respira el ambiente en Madrid; no creo equivocarme cuando aseguro que es una de las ciudades con mayor espíritu navideño que conozco. Con todas esas tradiciones, lugares que ver y cosas por disfrutar entre sus calles, como las luces de Gran Vía, las colas de Doña Manolita, Cortylandia, el mar de gente inundando Preciados, la Puerta del Sol, un chocolate con churros en San Ginés... Sin olvidar la peregrinación anual a la Plaza Mayor, que en mi caso siempre hago uno o dos días antes de marcharme a Barcelona con mi familia. Y que este año he adelantado por Rafa, que es el que me ha traído hasta aquí. No he estado nunca en la cafetería que ha propuesto, pero tal y como he podido averiguar, encontraré en uno de los soportales de la plaza. «Un bonito rincón ubicado en el patio interior del hotel Pestana Plaza Mayor, espacio que antiguamente ocupaba una estación de bomberos», aseguraba el blog donde saqué la información.

Nada más cruzar el umbral me invade una paz y una tranquilidad que nada tiene que ver con el ajetreo del centro de la ciudad, y más en estas fechas. El patio interior en el que Rafa ya me espera (me ha enviado un mensaje hace unos minutos informándome de ello), es diáfano y muy luminoso gracias a su impresionante techo acristalado y a los árboles, la celosía de hiedra, el silencio... Un oasis en medio de la ciudad, sin duda.

Despego la vista del techo y no tardo en dar con él. Sentado en una mesa para dos frente a una taza de café, con el tobillo de una pierna sobre la rodilla de la contraria, exudando atractivo y elegancia. Aunque no le conozcas, sabrías discernir su profesión sin necesidad de que te lo dijera. Creo que se debe a la rectitud de su espalda y a esa altivez tan propia de los hombres de uniforme; sin mencionar el control que hace del espacio sin importar donde se encuentre, ya sea un avión o esta bonita cafetería. Repaso su vestimenta mientras me acerco: jersey de punto grueso con cuello alto en color granate, jeans oscuros y botines Blundstone en gris. La cazadora de piel marrón descansa en el respaldo de la silla, lo que quiere decir que ha venido en moto.

Trata de contener una sonrisa cuando me ve, lo que provoca que solo la comisura derecha

se eleve otorgándole un atractivo que, por mucho que quiera negar, despierta una vibración bajo mi pecho. A cambio, recibe un rostro yermo de emoción por mi parte.

Tomo asiento frente a él tras quitarme el abrigo, mostrando la ropa que he tardado más de una hora en elegir: jersey XL de punto negro y cuello perkins, pantalón de pinzas verde militar y botines negros.

—Muy bonito —confieso, dándole a entender que no va a recibir más saludo que mi apreciación al lugar elegido.

—Lo es. —Me mira con una intensidad que a punto está de hacerme sonrojar—. ¿Qué quieres tomar? —pregunta mientras hace un gesto con la mano para llamar al camarero.

—Un cortado, por favor.

Me pregunto por qué habrá elegido esta cafetería, cuando vivimos literalmente enfrente uno del otro; podríamos habernos encontrado en algún local de nuestra calle, o del barrio, aunque sea. Pero optar por un lugar tan bonito e íntimo como este..., para mí solo tiene un significado que no me hace sentir precisamente muy cómoda.

—Tú dirás —digo sin preámbulos en cuanto el camarero se marcha con la comanda.

Tarda en responder, debido a que se detiene a observarme con interés, clavando sus profundos ojos azules en los míos. Pasados unos segundos mi inquietud empieza a disolverse. Y es que hay algo en él que me relaja, desde que le conozco su presencia siempre ha actuado como un bálsamo, a pesar de que en ocasiones haya fingido lo contrario. Dato que nunca le he contado a Blanca. Ni falta que hace.

—¿Cómo estás? —pregunta al fin.

—Sorprendida.

Asiente ante mi respuesta.

—¿Has hablado con ella? —pregunta tras darle un sorbo al café.

—No.

—Yo tampoco, es como si se la hubiera tragado la tierra —me informa en lo que el camarero deja mi café sobre la mesa.

—Gracias —le digo antes de que se marche.

—Sé que está bien por Aurora, pero aparte de eso... Desde que salió del hospital no he vuelto a saber nada de ella. —Hace una pausa esperando un comentario de mi parte que no va a llegar, y como es lo suficiente listo para saberlo, opta por continuar—. Se ha cogido una excedencia.

Primera noticia que tengo.

—¿Hemos venido a hablar de Blanca? —espeto en una clara muestra de impaciencia.

—No directamente. —Frunzo el ceño. Él carraspea—. Verás, ya sabes que conozco a Blanca desde hace mucho tiempo, y si algo puedo asegurar, es que tiene una intuición infalible. Siempre ha insistido en que hay algo que le oculta y... bueno, no se equivoca.

—¿A qué te refieres? —No tengo muy claro por dónde van los tiros.

Desvía la mirada para clavarla en su taza de café, ausente, preparándose para lo que sea que vaya a contar. Yo cada vez estoy más nerviosa. Estamos tan callados que puedo escuchar la conversación de las tres mujeres sentadas dos mesas más lejos, que comparten impresiones sobre el infarto que le ha dado al marido de Maruja, a pesar de que no me interesa lo más mínimo.

—Yo... tenía una hermana —dice solemne buscando mis ojos. Los suyos han perdido brillo y una arruga que antes no estaba profundiza ahora su frente—. Murió con seis años por una cardiopatía congénita, yo tenía diez.

—Lo siento.

—Nunca le he contado esto a nadie —confiesa.

—¿A nadie?! —exclamo con asombro.

Es cierto que hasta donde yo sabía Rafa era hijo único...

—Mi madre entró en depresión y mi padre hacía todo lo posible para estar el menos tiempo posible en casa —continúa—, lo que le resultó bastante fácil teniendo en cuenta que también era piloto. —Así que lo de la profesión viene de familia... primera noticia que tengo. Bueno, ahora que me doy cuenta, apenas sé nada sobre Rafa más allá de su profesión y su apellido, y esto gracias a su cuenta de Instagram. Comandante Rafael Suárez—. La muerte de mi hermana fue muy dolorosa, porque no solo la perdí a ella, también perdí a mis padres. Al menos los que yo conocía.

—Tuvo que ser muy difícil, solo eras un niño.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no dejar escapar una lágrima.

—Uno de esos pocos días que mis padres coincidieron juntos en casa, preparé una especie de actuación teatral cómica con la que logré que se rieran a carcajadas: fue la primera vez que los vi sonreír tras la muerte de mi hermana. Se les veía tan felices... Desde entonces, me convertí en el centro de diversión de la familia, adquirí el rol de payaso con la intención de que nadie sufriera. —Esto me hace recordar el tema de los trajes que siempre menciona Blanca—. Me absorbió tanto, que me he pasado toda mi existencia viviendo como si fuera un juego, rechazando cualquier cosa que me incomodara o que me confrontara con algo que me hiciera sentir mal o triste. Lo que incluye no haber querido relacionarme sentimentalmente con nadie en mis treinta y ocho años de vida. Pasé tanto tiempo siendo testigo de las broncas de mis padres, que terminé relacionando el amor con sufrimiento, y no quería eso para mí. —Hace una pequeña pausa antes de continuar—. Hace unas semanas que comencé a ir a terapia, lo que me ha hecho darme cuenta de todo.

—¿Blanca no sabe nada de esto?

—Aún no.

—¿Por qué me lo cuentas a mí?

—Porque como te he dicho, Blanca rara vez se equivoca. —Deja que se alargue el silencio, esperando que ate unos cabos que no estoy muy segura de querer amarrar—. No he dejado de darle vueltas y... ¿recuerdas la vez que dejamos a Blanca de lado fingiendo que no estaba ahí? —pregunta, esbozando una pequeña sonrisa pícaro. Yo asiento en respuesta—. Creo que ahí empecé a intuirlo, pero el golpe de realidad llegó... en el hotel. La última vez que los tres estuvimos juntos.

—No sé a qué refieres —le aseguro,

—A que siento algo por ti, e igual me arriesgo a una patada en las pelotas, pero algo me dice que es recíproco.

—¿Qué? —logró balbucir a pesar de estar en *shock*.

—Es raro, lo sé, pero siento que puedo confiar en ti tanto como puedo hacerlo en Blanca, por eso te he contado algo que ni siquiera ella sabe todavía. Tengo intención de comentárselo. —Trato de organizar mis pensamientos, tarea que me está resultando más ardua de lo que debería—. Siendo honesto... me gustaba lo que teníamos los tres. Y, bueno, puedo entender qué vio Blanca en ti, porque yo también lo veo.

Corre a tomar mi mano, que descansa inocente sobre la mesa. No puedo moverme, lo único que hago es contemplar la íntima forma en que me mira y me toca.

—No sé qué decir. Creo que no... yo no... —Mis conexiones neuronales siguen sin encontrar camino.

—Blanca me dijo en el hospital que si tenía que elegir entre nosotros siempre serías tú, porque nunca has tenido miedo a jugártelo todo por amor. En cambio, yo... jamás lo he hecho. Hasta ahora. Esta es mi primera vez.

—Creo que estás confundiendo cosas, Rafa —logro decir al fin.

—¿Por qué has venido, Eva? —pregunta muy calmado rompiendo el contacto de nuestras manos.

—¿Cómo dices?

—No querías hablar de Blanca, así que, ¿para qué has venido? ¿Qué esperabas de este encuentro?

—Yo... no lo sé.

—Yo creo que sí lo sabes. La pregunta es si estás preparada para reconocerlo. —Saca diez euros de la cartera que suelta sobre la mesa antes de levantarse y ponerse la cazadora—. Está claro que necesitas tiempo, y créeme que nadie mejor que yo puede entenderte en eso —asegura antes de agacharse para darme un beso en la mejilla y susurrar algo en mi oído a modo de despedida—: Ya sabes dónde encontrarme.

En realidad, no sé si sabré encontrar el camino, porque no estoy segura de estar preparada aún para recorrerlo.

RAFA

Salgo de la ducha con la toalla atada a la cadera y me detengo un instante frente al espejo, descubriendo que he perdido el aspecto macilento que arrastraba meses atrás, e incluso me parece encontrar una mirada mucho más limpia, más honesta. Me paso la palma de la mano por la barba de varios días que cubre ya mi mentón y mis mejillas, meditando sobre el proceso que he vivido estas últimas semanas. Ese profundo cambio interno que se ha ido fraguando en mí y que parece haberse trasladado también al exterior.

Todo esto podría ser debido a los días de descanso, pero la realidad, es que tiene que ver más con la carga mental que he ido soltando a lo largo del último mes. Tanto la terapia semanal como las meditaciones diarias están surtiendo un asombroso cambio en mí. Como dejar de huir de mi realidad interna y ser consciente de cómo ese afán por llenar mi vida de experiencias, emociones y sexo con cualquiera ha sido en esencia, lo que me ha impedido disfrutar plenamente de la vida. Incluso, y puede que esto sea lo más difícil, estoy comenzando a abandonar el miedo, a sentir dolor y a sufrir. He encontrado una versión de mí mismo mucho más tranquila con la que empiezo a sentirme realmente cómodo; y eso es lo que parece reflejarse por fuera. Pero ahora, por dentro, me rugen las tripas. Después de salir a correr y de la meditación en ayunas, mi cuerpo me está pidiendo que le meta algo de combustible.

De camino a la cocina veo sobre la mesa el número de lotería que compré hace unas semanas y que dejé anoche justo ahí para recordar que hoy era el sorteo. En la televisión anuncian que el Gordo ya ha salido y ha caído además en Madrid: mi décimo no es el premiado, pero aún tengo posibilidad de ganar algo, aunque en realidad me importe bien poco. Prefiero que se lleve el dinero alguien que de verdad lo necesite, yo con el que tengo estoy feliz y agradecido.

Compré el décimo en una cafetería a la que voy a menudo y Carmen, la dueña, insistió tanto que terminé comprándolo. Yo, que jamás juego a estas cosas. De hecho... creo que es la primera vez que lo hago. De ahí que dejara el décimo en la mesa para recordarlo, no tengo

ningún tipo de tradición navideña y menos una que incluya ver la lotería de Navidad en la televisión. Soy consciente de que para mucha gente este es el pistoletazo de salida de la temporada navideña. Para mí, todo eso terminó a la edad de diez años, y el hecho de no tener hijos, ni sobrinos y tener un trabajo como el mío, ha dado poco pie a crear tradiciones de ningún tipo, más que la de partir el fin de año en un país diferente cada vez. Este es el primero en muchos años que voy a pasarlo en Madrid.

Con las voces de los niños de San Ildefonso de fondo me dirijo a la nevera a preparar un batido de proteínas antes de vestirme y quizá, salir a dar una vuelta. En realidad, no tengo muy claro lo que voy a hacer hoy. En la tele, dos hombres dueños de un bar de Vallecas, se abrazan y descorchan una botella de champán rodeados de unas veinte personas que saltan y gritan eufóricos su buena suerte. Instantáneamente, me viene Blanca a la cabeza, mi vallecana favorita y, por un instante, me siento tentado a llamarla. Casi de forma inconsciente cojo el teléfono y busco su contacto, tanteando la posibilidad de hacerlo. Con el móvil en la mano prendo la batidora acallando la televisión y quizá también esa idea.

Me parece escuchar el timbre justo cuando detengo la batidora.

—¿Hola? ¿Sí? —Descuelgo el portero; nadie contesta.

Se habrán equivocado.

Me sirvo el batido en un vaso de cristal largo y me dispongo a bebérmelo cuando llaman a la puerta. A pesar de solo ir cubierto por una toalla, no echo un vistazo en la mirilla antes de abrir, es algo que en realidad nunca hago. Quizá sea un poco exhibicionista, no lo niego, siempre me ha gustado llamar la atención e igual consigo sacarle los colores a quien sea que esté al otro lado de la puerta.

—Eva —musito con sorpresa.

No puede evitar echarme un repaso con la mirada, pero lo hace muy rápido y muy seria.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, entra.

Me echo a un lado sin abrir mucho la puerta, dejando adrede el espacio mínimo para que pueda pasar, pero obligándola a hacerlo muy cerca de mí. La picaresca siempre ha sido lo mío y eso no va a cambiar por mucha terapia que haga. La jugada me sale al revés y soy yo el que termina embaucado por el suave aroma a flores y vainilla que desprende. Estimulando partes de mi cuerpo no convenientes en este momento.

Cierro la puerta y me giro despacio buscando recomponerme. Eva no hace más que dar vueltas por el salón visiblemente inquieta. Ya somos dos, pero me niego a demostrarlo. Han pasado cuatro días desde que nos vimos y le confesé lo que sentía, y no sé si ha venido a hacerme el hombre más feliz del mundo o a aplastar mi corazón como la molienda de una uva. Y como no quiero presionarla, le doy espacio y tiempo para que se pronuncie cuándo y cómo ella decida.

—También a mí me ha hecho cuestionarme cosas —dice al fin. Yo asiento, pero no digo nada, espero con el corazón agitado pendiendo de sus palabras como si del borde de un abismo se tratara—. Aquella vez que dejamos a Blanca de lado... yo no lo intuí, yo ya lo sabía; aunque me negaba a reconocerlo.

Por mucho que me esfuerce no soy capaz de esconder la sonrisa que se ensancha en mi cara, y Eva muestra su desagrado fulminándome con la mirada, porque esto no le está resultando nada fácil y ella tiene un lado bastante orgulloso. Para no ponérselo más difícil, cruzo los brazos esperando contener también a mi corazón, porque va a salirse del puto pecho.

—Perdón —digo tras cubrirme la boca ocultando un carraspeo—, continúa, por favor.

—Como decía, me negaba a reconocerlo porque tal y como ya adivinó... nuestra querida Blanca, me había puesto un traje que me negaba a quitarme. Tú te acorazaste bajo el bufón de la familia. En mi caso, no es solo que me encerrara con llave bajo la etiqueta de lesbiana, la realidad es que ese traje estaba conformado a la vez por otro, que es el que realmente ha dominado mi vida: la necesidad de certeza.

»Verás, cuando era niña y mis padres estaban aún juntos, ocupaban el tiempo discutiendo entre ellos a ver quién tenía la razón, y cuando se divorciaron, la atención se centró en la nueva familia que cada uno formó por su cuenta. Y sé que lo hicieron lo mejor que supieron, pero la realidad es que no conté con su apoyo, aunque al mismo tiempo me sentí avasallada por ellos. Esto me hizo interiorizar que para sentirme segura debía formar una especie de alianza con mis padres; bien es cierto que de vez en cuando también me rebelaba a ellos. Lo que me hizo afianzar la idea de que no estaba bien confiar en mí misma. Y al sentirme tan insegura, me preocupaba obsesivamente con tomar decisiones que me garantizaran la seguridad de que todo iría bien. Una utopía, soy consciente. Por ello, suelo ser muy desconfiada y me cuesta compartir mis sentimientos con facilidad.

—Entiendo...

—Hasta hace unos pocos meses estaba en un lugar en el que me sentía muy cómoda, no había incertidumbre, tenía la certeza de que la etiqueta de lesbiana me definía a la perfección, hasta que...

—Hasta que conociste a Blanca —adivino.

—Y a ti. Y detonasteis el puto pilar sobre el que había construido toda mi vida. Ya no existía certeza alguna, porque empezaste a gustarme y Blanca a darse cuenta de ello —admite con aplastante seguridad.

—A eso lo llamo yo el Efecto Blancanieves —bromeo, logrando que ría conmigo.

—¡No sabes cómo me jode darle la razón! —protesta.

—Bienvenida al club.

—La verdad, Rafa, es que la más honesta de los tres siempre fue ella.

—Por mucho que nos cueste reconocerlo —afirmo—. Pero bueno, si yo he sido capaz de deshacerme de Peter Pan, tú también puedes quitarte el traje de lesbiana y comenzar a tantear... otras posibilidades —sugiero, acercándome a ella—. Y si necesitas una certeza, puedo repetir lo que ya te dije: me gustas y solo he sentido esto por otra persona.

—Creo que yo también.

—Eso... no suena a certeza —expongo a un paso de distancia elevando una tensión que siempre ha existido entre nosotros.

Veo sus intenciones antes de que mueva un solo músculo, debido a eso que llaman «mirada triangular»: sus ojos pasan a uno de mis ojos, después al otro y de ahí a mis labios de forma repetida. Un claro indicador de interés y deseo. De ahí que me adelante al inclinarme para darle acceso a mis labios, al mismo tiempo que, como ya auguraba, se lanza adueñándose de mis labios. Su lengua invade mi boca haciéndola suya en un beso suave, pero profundo. Yo me dejo llevar, porque sé que esta es la forma que tiene de demostrarme que ella no da pasos en falsos, que esto es real. Y quiere que lo recuerde para siempre.

—¿Y esto te suena a certeza? —pregunta tras separarse con una mano sobre mi pecho.

El latir desbocado bajo su palma sí que es una certeza de algo que no se puede fingir, supongo que por eso no la separa.

—No del todo, la verdad —digo, chasqueando la lengua—. A ver si así...

Sujeto su cara entre mis manos tomando el control de un beso que representa todo lo que

siento por ella, aquello que ya le he dicho, pero también lo que aún desconoce. Y como si ya lo intuyera, gime mi nombre contra mi boca casi con gratitud, mientras sus manos acarician la parte baja de mi espalda. Tan solo nos apartamos unos segundos para coger aire, como si hubiésemos esperado años por este momento. La temperatura aumenta y las ganas son tan evidentes, como la erección que Eva lleva rato tanteando con su mano y que termina por desvelar tirando la toalla al suelo.

Intercambiamos una sonrisa cómplice antes de que ella comience a desvestirse con prisa. Yo la ayudo entre dulces miradas, besos a trompicones y prometedoras caricias, hasta que ya no hay nada que quitar y mucho que poner encima, como mi lengua sobre su piel, por ejemplo. La cojo en volandas rodeando su cintura con el brazo, aprovechando para besarla mientras ella me acaricia mi pelo con sus gloriosos dedos. No tengo intención de ir muy lejos y el sofá me parece un sitio perfecto en el que sentarme y poner a Eva a horcajadas sobre mí. Y como si hubiésemos cambiado de escenario, a pesar de no habernos movido ni dos metros, la cosa parece ralentizarse y volverse mucho más íntima.

Sus ojos, de ese azul grisáceo tan genuino, me observan con detenimiento, como si estuvieran memorizando cada centímetro de mi rostro. Al mismo tiempo, sus dedos escoltan el recorrido que hace con la mirada.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunto con las manos ancladas a sus caderas.

—Más de lo que he admitido hasta ahora.

—Esa sí que es una gran respuesta...

Volvemos a los besos, a conectarnos de nuevo, dejándonos llevar por el deseo y por todo lo que ya sentíamos, pero no nos permitíamos. Hasta que se detiene de forma abrupta, alejándose y esquivando mi mirada. Llevo la mano a su barbilla pidiéndole en un pequeño gesto que me regrese sus ojos.

—¿Qué ocurre?

Medita un instante antes de responder.

—Se me hace raro, y al mismo tiempo... —se rasca la nuca de forma nerviosa—, me parece que tiene todo el sentido del mundo.

Me río, porque no es la primera vez que escucho esas palabras.

—Te entiendo, y Blanca también, te lo aseguro. —Mis palabras la tranquilizan, porque comprende el significado de estas a la primera—. Es... nuestro momento.

Asiente satisfecha antes de regresar a mis labios. Pero a los pocos segundos vuelve a interrumpir este (nuestro) momento.

—¿Puedes apagar la tele, por favor? Me da mal rollo hacerlo con los niños ahí delante.

—¡Alexa, apaga la tele y pon música!

En unos pocos segundos dejamos de escuchar las voces infantiles y comienza a sonar una melodía que reconozco al instante: una lista de reproducción que hizo Blanca y que comienza con un tema de Lana Del Rey. Y lo sé, porque llevo un mes escuchándola en bucle. Me río con ironía. Eva me mira con el ceño fruncido.

—¿La tenías preparada? —pregunta.

—¿Cómo?

—*Summertime Sadness*, es mi canción favorita.

Desconocía tal información.

—¿Si te digo que es cosa de Blanca? —Eva sonríe como si eso tuviera todo el sentido del mundo—. Quizá sea su manera de celebrar con nosotros este momento.

—Pues hagamos que se sienta orgullosa —propone.

—Me has leído la mente...

Como si esta fuera la señal que de alguna manera ambos necesitáramos, comienza a percibirse cierta relajación en ambos, al fin y al cabo, Blanca fue nuestro punto de unión y es parte de esto, a pesar de no estar presente en este momento. Lo queramos o no, Blanca es la pieza clave y sin ella no seríamos «nosotros (tres)».

Reparto besos sobre su piel, lamo su cuello, me llevo sus pequeños pechos a la boca, un pezón, el otro... Con las manos en mis hombros, Eva comienza a mover la cadera de adelante a atrás, frotando su coño contra mi polla, amplificando la excitación de ambos mientras se inclina para besarme.

—Necesitamos un condón —le advierto.

—Espera —Alarga el brazo por encima mío para tirar de su pantalón, que en el fragor de la pasión ha terminado colgando del respaldo del sofá y saca un preservativo de un bolsillo que mantiene en alto con una mueca de diversión que me saca una sonrisa.

—Tenías bastante claro lo que iba a ocurrir, por lo que veo —reconozco con fingido asombro.

—Tenía la certeza de ello.

Arrodillándose en el suelo frente a mí con la elegancia de un animal salvaje, se prepara para atacar sin perder el contacto visual, arrastrando las palmas de sus manos de forma ascendente por mis muslos desnudos. Su seguridad y confianza me resultan de lo más excitante; en otros ámbitos carecerá de estos atributos, pero desde luego en el sexual nadie la supera en determinación. He podido ver y disfrutar diferentes versiones de Eva, admiro profundamente lo cómoda que se siente con sus dos energías: la femenina, como ahora, o la masculina que me permitió conocer en nuestro último encuentro, en el que ya no pude negar lo evidente, porque jamás conocí a nadie como ella. Ahora, hipnotizado, observo cómo se relame instantes previos a pasear esa magistral lengua por todo el tronco de mi polla, antes de introducirse en la boca con profundidad. Abrazando con sus labios todo el grosor de arriba abajo y de abajo arriba. Una y otra vez.

Lo que ocurre a partir de aquí es casi indescriptible: no sé lo que hace, no sé cómo lo hace, pero su habilidad me tiene con los ojos dando vueltas en las cuencas, transportándome a un viaje astral; que en lenguaje terrestre se traduciría como una de las mejores mamadas que me hayan hecho en la vida. Y seamos honestos, el listón estaba alto. No obstante, pasados unos minutos, me veo obligado a detenerla: no es así como quiero que termine esto.

—Ven —le pido, tomando su mano para tirar de ella.

Antes de sentarse nuevamente sobre mí, me coloca el preservativo, y sujetando la base de mi erección entre sus dedos, me entierra dentro de ella con lentitud. Gemimos al unísono, aunque el sonido que yo emito se acerca más al gruñido de un animal. La agarro de la nuca dirigiéndola hacia mi boca, mientras ella empieza a cabalgarme con las manos sobre mis hombros, jugando con diferentes ritmos a los que la acompaño con penetraciones profundas.

Sin que pueda evitarlo, soy yo el que termina tomando el control, hundiendo mis dedos en su cadera, apretándola contra mí en un vaivén que me permita estimular con más eficacia su clítoris, centrando así todos mis sentidos en ella. Pendiente de la manera en que se agita sobre mí y clava las uñas en mis brazos, con esa agresividad que esconde y que me pone como una moto. Sus labios entreabiertos exhalando diferentes gemidos son un gran indicador para saber si voy por buen camino. Las señales parecen confirmar que sí, Eva está disfrutándolo.

Mi respiración comienza a ser más trabajosa, Eva jadea cada vez con más fuerza y la temperatura ha aumentado tanto que estamos empapados en sudor.

—¡Sigue así! ¡No pares! —me pide con entusiasmo.

Mantengo el ritmo hasta que la percibo tensarse y contraerse alrededor de mi polla, e incapaz de contenerlo ni un segundo más me dejo ir, fragmentándome en mil pedazos. Del fondo de su garganta sale un gemido maravilloso que termino recogiendo con mis labios y saboreando con la lengua.

Deslizo las yemas de mis dedos por su espalda en una caricia mientras vamos recuperando el aliento.

—Joder —farfullo con satisfacción.

—Sí, eso hemos hecho —sostiene Eva con las manos enterradas entre los mechones de mi pelo.

—No, cariño, esto ha sido mucho más que sexo —aseguro—. Pero no hace falta que le pongas nombre todavía, no hay prisa. —Le doy un beso antes de apartarla de encima para quitarme el condón—. Voy a darme una ducha, ¿me acompañas? —le pido, pero ella ni siquiera me mira, parece ausente—. Oye, ¿está bien?

—Sí, sí, ve tú, yo te acompaño ahora.

—Ok —digo no muy convencido, pero pienso que lo mejor será darle su espacio.

Son muchas emociones, y si algo he aprendido de Eva, es que necesita tiempo y espacio, pero que una vez lo tiene claro: lo tiene claro.

En el baño me deshago del profiláctico y me meto bajo la alcachofa de la ducha sin esperar a que temple el agua, que ardiendo estoy yo ya. Bajo la fina lluvia fresca no puedo evitar sonreír pensando en Eva y como si la estuviera invocando, la escucho acercarse y meterse bajo el chorro conmigo. Mi corazón palpita de felicidad.

—Lo siento —dice, recorriendo con el dedo el arañazo que me ha dibujado en el brazo.

—No lo sientas, a mí me encanta —aseguro antes de darle un beso—, me puedes hacer todos los que quieras. ¿Seguro que estás bien?

Es evidente que aún le está dando vueltas a algo, probablemente a lo que he dejado caer antes de dejarla sola en el salón.

—¿No es muy pronto para ponerle nombre?

Ahora juguetea con su dedo en mi torso, pero lo detengo, sosteniéndola por la muñeca con intención de conseguir toda su atención.

—Yo tardé cinco años en admitir lo que sentía por Blanca, a pesar de que me había enamorado de ella al poco de conocerla y la verdad, no quiero que me vuelva a ocurrir. Pero tú no te sientas presionada a nada.

—Ya... la cuestión es que en realidad... creo que... te quiero.

—Yo no lo creo, lo sé —susurro en su oído tras colocar la palma de su mano sobre mi corazón, que se agita bajo mi pecho en su presencia.

Y con intención de que los hechos ratifiquen mis palabras y de mostrar la devoción que siento por ella, me arrodillo besando la piel de su estómago, descendiendo hasta alcanzar el paraíso ubicado entre sus piernas.

Tras varios minutos alabando su coño con mi lengua, sosteniéndola contra la pared de la ducha y con una pierna sobre mi hombro, logro que estalle en mi boca mientras sus manos tiran de los mechones de mi pelo y exhale mi nombre en un gemido agudo.

Concluimos la ducha en un agradable silencio, después de enjabonarnos el uno al otro en algo que se acerca bastante a una adoración mutua. Satisfechos, limpios y secos, nos tumbamos desnudos en la cama: yo, boca arriba y ella recostada sobre mi pecho.

—¿No trabajas hoy? —Me doy cuenta de cómo suena después de decirlo—. Quiero

decir...

—Tranquilo —dice risueña—, sé que no me estás echando. Tengo que pasar esta tarde por la Asociación para cerrar unas gestiones antes de que acabe la semana.

—Bueno, eso si te dejo marchar —bromeo, a lo que ella responde dándome un pequeño mordisco en el costado—. ¡Auch!

Nos reímos antes de volver a esas caricias silenciosas que lo dicen todo sin necesidad de palabras.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta en voz baja.

—¿Quién? —Detengo los dedos que recorren su espalda.

Eva apoya la barbilla sobre mi pecho antes de responder, para poder mirarme directamente a la cara.

—Tu hermana.

Me pilla desprevenido, pero su interés me hace feliz.

—Eva —confieso. Ella sonríe.

—Háblame de ella —me pide antes de regresar a su postura anterior.

Con la tristeza asomándose entre mis costillas, y sin tratar de empujarla de nuevo hacia dentro, sin huir, ni evadirla como me he dedicado a hacer a lo largo de mi vida, comparto con Eva todos los recuerdos que tengo de ella. Lo testaruda y competitiva que era, no le gustaba nada perder y yo me aprovechaba de eso para hacerla rabiar, pero también le cuento lo cariñosa y alegre que estaba siempre; se despertaba con una enorme sonrisa en la cara que terminaba contagiándote, aunque no quisieras.

—Tuvo mucha suerte de tener un hermano como tú a su lado —asegura.

—Yo tuve suerte de tenerla a ella.

—No me cabe la menor duda.

—Me gusta hablar de ella, es algo que acabo de descubrir en terapia —admito—. Antes no lo hacía, evitaba hasta pensar en ella, me resultaba demasiado doloroso. Y cuando comencé a compartir su recuerdo en las sesiones... me enfadé mucho conmigo mismo, porque me di cuenta de lo egoísta que había sido. Sentí que la había fallado. Así que ahora... vas a escucharme hablar mucho de ella —la amenazo.

—Lo estoy deseando. Por cierto, ¿tienes alguna foto suya?

—Sí, espera —digo apartándola con suavidad para buscar el teléfono que está en el salón.

Con él de vuelta ya tengo la imagen en la pantalla: una de mis fotos preferidas.

—¡Qué guapa! —exclama con genuina honestidad.

—Los dos heredamos los ojos claros de mi madre.

Animado por ella, me paso un rato mostrándole fotos y contándole más historias y anécdotas, mientras juego con los cortos mechones de su pelo dorado, que resplandecen debido a la luz del sol que entra por la ventana. No creo haber disfrutado antes de esta paz. Hablar de mi hermana, disfrutar de este íntimo momento con Eva... me llena el corazón de amor, pero al mismo tiempo siento que falta algo.

—Eva —espero que me mire a los ojos—, creo que es momento de hacer una llamada.

De camino a reunirme con mi padre me he enterado de que el Gordo ha caído en el bar Los primos, lugar que ha sido como mi segunda casa y que está ubicado justo debajo de casa de mis padres. Me llena el corazoncito de dicha saber que les ha sonreído la fortuna.

Paco y Fran regentan el local desde hace más de treinta años (más o menos lo que hace que yo los conozco), porque desde que nací he estado metida en ese bar. Papá me llevaba a merendar muchas tardes a la salida del colegio un Cola Cao y el mejor sándwich mixto de todo Madrid. A veces, incluso, me quedaba estudiando en una mesa en lo que mi madre venía a recogerme a la salida del trabajo. Y Fran, que es el más joven de los primos, solía sentarse un rato conmigo y me ayudaba con los deberes mientras me contaba chistes y me gastaba alguna broma.

Este es uno de esos recuerdos de mi niñez que guardo con especial cariño, al igual que este día, en el que daban comienzo las emocionantes vacaciones de Navidad. Época que en su momento me fascinaba, pero desde que me marché de casa de mis padres dejó de tener relevancia alguna en mi vida. Hace años que me paso las Navidades volando por trabajo o en algún lugar remoto del mundo celebrando alguna Nochevieja con Rafa o con algún amigo o conocido de los que tengo repartidos por el globo. No cabe duda de que estas van a ser las Navidades más atípicas de todas, ya que serán las primeras que pase íntegras en España después de muchos años. Y comienzan... interesantes cuanto menos.

Llego al «curioso» local de moteros en el que mi padre me ha citado, y digo «curioso» como eufemismo de «tugurio», pero aquí estoy, a las doce del mediodía con una cerveza en la mano esperando a que se presente, mientras los niños de San Ildefonso en la televisión me acompañan cantando los números de la lotería; también lo hace la inquietud por lo que me toca enfrentar. Pero teniendo en cuenta que he tenido cincuenta y dos días de reflexión... aprovecho estos últimos instantes antes de que papá haga acto de presencia para ordenar todas esas ideas y conclusiones a las que he llegado en este periodo de tiempo, y que me han traído hoy a este tugurio de mala muerte.

Jamás pensé que tendría esta conversación con mi padre en un lugar de estas características. Un bar de moteros bastante céntrico, pero estratégicamente escondido, que emana un denso olor a cerveza que parece estar impregnado en las propias paredes. Las mismas de las que cuelgan carteles de marcas de cerveza y fotos con imágenes de motos tipo Harley, además de alguna calavera sobre el rojo intenso del que está pintado todo el local. No es lo que se diga un espacio agradable, ni mucho menos relajante. Al entrar se me han pegado los pies al suelo entre servilletas de papel y cáscaras de cacahuets mientras elegía en qué mesa parecía menos probable que pudiera pillar una venérea. Y justo en ese instante, optando por una de la esquina más retirada, me ha abordado el recuerdo de papá en el coche con aquel tío *random*, y, de

repente, he perdido todo interés por conocer las razones que le han llevado a elegir este lugar. Creo que mejor prefiero no saberlo.

Hace dos días le envié un mensaje para pedirle que nos viéramos. Sí, fui incapaz de llamarle por teléfono, sabía que iba a ser una conversación incómoda y todo lo que tengo que decirle (y él a mí) prefería que fuera cara a cara; aunque finalmente vaya a ser en este distópico lugar. Durante este último mes y medio he sido relegada al ostracismo, tanto por parte de mi familia como de *motu proprio*, convirtiendo este *impass* en uno de los escenarios más productivos de toda mi vida. Algo bueno tenía que sacar de ello.

Tras la baja que me dieron a causa del *shock* anafiláctico y tras una larga reflexión en soledad, me animé a pedir una excedencia laboral. No cabe duda de que tanto las palabras de Aurora, como que justo en esos días me pagaran el trabajo de aquel chalé de Boadilla y que Bella aceptara con entusiasmo la propuesta que le presenté para redecorar el piso, han sido un gran aliciente que me ayudaron a tomar la decisión. Aunque creo que es la propia vida la que me está dando una segunda oportunidad para cambiar ciertas cosas. Porque es evidente que algo como lo que viví te cambia, y a pesar de considerarme atea, ese libro que encontré en mi nueva casa me hizo cuestionarme muchas cosas a través de su lectura, pero también con esa... «casualidad». Ahora estoy convencida de que, efectivamente, las casualidades no existen y se trate más bien de causalidades.

Necesitaba esta sacudida de la vida para bajarme un rato de ella y de su persistente inercia, deteniéndome a permanecer y atender el lugar más importante de todos: mi interior. Una causa que ha tenido su efecto. Un movimiento que ha tenido un resultado. En el transcurso de estas casi ocho semanas he descubierto que durante toda mi vida he vivido en una esclavitud autoimpuesta en busca del amor, porque siempre me sentí abandonada, indefensa y lo que probablemente más me ha costado reconocer: muy inferior al resto. Los primeros días asimilando esta realidad me sentí... muy triste y especialmente sola; pero cuando terminé por tocar fondo (más aún), logré darme cuenta de lo mal que lo había estado enfocando todo a lo largo de mi vida, atascada en el dolor que me producía haber perdido todas esas relaciones maravillosas, cuando el verdadero «problema» residía en cómo me permití una y otra vez, perderme a mí misma en todas ellas. Haciendo un repaso a todos esos pecados, reconocí una constante: a todos los endiosé, situándolos una y otra vez por encima de mí. Amándolos más de lo que jamás he llegado a amarme a mí misma. Olvidando de atenderme a mí, abandonando por completo mi amor propio.

Y como más vale tarde que nunca, he comenzado con el proceso más difícil de todos: dejar de buscar que me quieran y aprender a amarme a mí misma y a los demás de forma genuina, sin esperar que llenen un vacío del que solo me corresponde a mí hacerme cargo. Sanar mi destrozada autoestima, claramente pasa por este proceso, también por solucionar todos los cabos sueltos que he ido dejando a lo largo del camino. Empezando por una de las personas más importantes de mi vida, porque si no fuera por él no estaría hoy aquí: Rubén, mi padre. El mismo que en este instante entra por la puerta con esa belleza clásica de los galanes de época que siempre ha tenido, vestido informal con tejanos y un jersey de punto azul, regalo de Agus por su último cumpleaños y que reconozco en cuanto se desprende del abrigo doblándolo minuciosamente antes de sentarte justo delante de mí.

—Hola, papá —le saludo, esbozando una sonrisa algo triste, pero solo por la pena que me produce todo lo ocurrido. Y ese «todo» abarca desde que me marché de casa hasta ahora.

Aparece el camarero y en lo que mi padre pide algo de beber me permito observarle con detenimiento, algo que no he hecho en una década, fácilmente. A sus sesenta años papá luce en muy buena forma gracias a que entrena casi a diario y con la comida siempre ha sabido ser muy

comedido. Diría que tiene nuevas arrugas alrededor de los ojos, provocando que estos queden cada vez más ocultos, no así el brillo que nunca parece perder en ellos. Papá tiene el pelo gris casi desde que tengo uso de razón, y es que le empezaron a salir canas con veinte años, pero lo que sí no ha perdido nunca ha sido la densidad, en la comisaría, de hecho, le llaman Lomo Plateado, por eso y por su evidente atractivo. Cuantos más años cumple más se repiten las comparaciones con Harrison Ford, y que tenga una cicatriz en la barbilla debido a un accidente cuando estaba en la academia lo hace aún más recurrente.

—¿Cómo estás, hija?

Una pregunta tan sencilla y tan difícil de contestar. Pero que respondo con la mayor honestidad en lo que el camarero le trae a mi padre lo que ha pedido.

—Bien, porque he comenzado a hacer cambios en mi vida que me hacen feliz y me están ayudando a sentirme mejor conmigo misma, pero mal en cuanto a la situación familiar en la que volvemos a encontrarnos. Otra vez. —Uno de los objetivos que me he propuesto para este encuentro es tratar de ser lo más sincera posible—. ¿Qué tal estás tú, papá?

—Pues ha sido muy difícil, hija, no te voy a mentir —reconoce con pesar acariciando con los dedos la base de su copa de cerveza.

—Precisamente quería verte porque quería disculparme, papá. Todos merecéis una disculpa —hago una pequeña pausa esquivando por un segundo su mirada en busca de entereza—, pero tú... especialmente.

—Te lo agradezco —estira su brazo sobre la mesa para coger mi mano y darle un tierno apretón—, y sé que lo sientes, pero no es eso lo que me ha tenido preocupado. Eres tú, hija.

—¿Yo?

—No he podido dejar de darle vueltas a cómo debías sentirte para llegar a ese punto, para hacer lo que hiciste. Si te hubieses visto desde fuera... había tanto odio y resentimiento dentro de ti. Me he tomado este tiempo para reflexionar sobre ello. Lo que me ha llevado a darme cuenta de que todos tenemos parte de responsabilidad de lo ocurrido aquel día, de permitir que llegaras a ese punto; y te aseguro que no soy el único que se ha dado cuenta de ello. Te has pasado toda tu vida cuidando y protegiendo a esta familia. Todos lo sabemos. Aunque ninguno tiene el valor de reconocerlo, porque ninguno tiene tu valor, Blanca. Eres la más valiente de esta familia y por ende a la que más carga se le ha puesto encima. —Jamás pensé que escucharía a mi padre decirme algo como eso—. Y yo asumo el *mea culpa* por la parte que me toca. Tenía que haberme sentado a hablar contigo hace siete años.

—Papá —le irrumo, porque sé lo que va a decir y una parte de mí quiere escuchar lo que tiene que decir al respecto, pero otra... otra siente que es mejor vivir en la ignorancia.

—Déjame, por favor —me pide, apartando la mano, deduzco que con intención de buscar el espacio y la entereza que necesita para hablar sobre algo que ha retrasado tanto tiempo—. Permíteme que haga lo que no tuve valor en su momento. Y no lo hice, Blanca, porque sí, lo reconozco, fui un cobarde, me aterraba mirarte a la cara y destrozar la visión que siempre habías tenido de mí, cuando aquello que viste... no fue más que un error. Y al final conseguí lo que más miedo me daba: decepcionarte.

Escuchar a mi padre catalogar de «error» aquel episodio, de la misma manera que lleva meses haciéndolo mi hermano, provoca una primera e instantánea rabia que se acumula en mi garganta, pero que rápidamente logro convertir en algo mucho más útil: compasión.

—Papá, lo único que me decepcionó fue que no fueses capaz de hablarlo conmigo, fingiendo que aquello no había ocurrido. En general, es la hipocresía de esta familia lo que sin duda peor he llevado todos estos años. La costumbre por antonomasia de decir una cosa y hacer

otra. ¿Sabes, papá?, no necesitaba ninguna explicación en su momento y no la necesito ahora, lo único que yo quise fue tu apoyo. Si le debes explicaciones a alguien, desde luego a mí no es. Fue tu falta de acción como padre lo que hizo que me sintiera decepcionada, pero, sobre todo, dolida.

—Lo siento. Siento no haber estado a la altura.

—Entiendo que ser padre... no debe ser nada fácil y que tú lo hiciste lo mejor que sabías.

—Gracias.

Todo esto me lleva a reflexionar sobre cómo he pasado tanto tiempo de mi vida quejándome de que mis padres nunca me han conocido de verdad, pero ¿y yo, acaso los conozco a ellos? Cuando digo que en esta familia siempre ha habido poca comunicación es porque es cierto. Apenas sé mucho de las diferentes infancias de mis padres, sus miedos, sus sueños y anhelos, los niños que fueron... Ser padre no debe ser nada fácil, no sé si algún día yo llegaré a vivir la experiencia, pero una cosa está clara, y es que no todos seremos padres, pero todos somos hijos. Una sola idea que cambia la manera de verlo. También la manera de mirar a mis progenitores que, como yo, también son hijos.

—Papá, ¿por qué no vinisteis al hospital? —le pregunto incapaz de ocultar mis nervios antes de darle un sorbo a la cerveza.

—Por simple cobardía, porque como ya te dije antes, cada uno se dio cuenta de la responsabilidad que tenía respecto a lo ocurrido.

—Fue muy duro despertarme y no tener a nadie de mi familia conmigo —admito con pesar—, pero en realidad... estoy agradecida, porque verme así de sola me ayudó a darme de bruces con una realidad que me había negado a ver y a la que yo me había arrastrado. No os culpo; reconozco que en ese aspecto... voy a necesitar tiempo.

Papá asiente mostrándose comprensivo sin añadir ningún comentario al respecto.

—¿Has hablado con Agustín? —se interesa.

—Aún no, aunque quiero hacerlo.

—Hoy va a estar todo el día en la iglesia, podrías acercarte —propone.

—Lo tengo en cuenta. —Opto por cambiar de tema—. ¿Cómo está mamá?

—Preocupada, ha estado orando por ti cada día.

—Dudo mucho que orando vaya a cambiar nada de nuestra relación.

La complicada relación que tenemos no es nada nuevo, no la tengo todas conmigo respecto a algún tipo de avance con mi madre.

—Ella también carga con muchas cosas —dice, disculpándola, ofreciendo una respuesta más bien vaga.

—¿Como con un demonio de hija?, ¿no? —espeto sarcástica.

Papá parece estar meditando algo.

—¿Qué necesitarías para estar bien con mamá?

¿Una disculpa?, ¿que me diga que me quiere? Ya ni recuerdo la última vez que me lo dijo.

—Yo creo que la pregunta se la tienes que hacer a ella y no a mí.

—Pero ahora te la estoy haciendo a ti —arguye con ese tono autoritario tan de padre que me invita a poner los ojos en blanco.

—No lo sé —miento—: ¿Un milagro?

Sonríe, pero no dice nada más sobre el tema. Se concentra en su cerveza hasta darle fin.

—Tengo que pasar por la comisaría —me informa tras echar un vistazo a su reloj de pulsera.

—Claro. ¡Por cierto!, ¿has visto que Paco y Fran han ganado el Gordo?

—Sí, qué alegría, ¿verdad? Tenía pensado acercarme después.

—¡Ay!, ¡dales un abrazo de mi parte! Hace mucho que no los veo...

—¿Por qué no te vienes? —propone—. No voy a tardar en la comisaría. Luego puedes subir a casa y ver a mamá.

Ya me veía venir yo esa jugada, pero me temo que aún no estoy lista para ese reencuentro.

—No, gracias. Tengo cosas que hacer —miento.

—Como tú veas —concluye más serio cogiéndome las manos—. Escucha, Blanca, no quiero marcharme sin decirte que, aunque quizá no haya sabido demostrártelo, lo único que he querido siempre es que seas feliz y, por supuesto, que te sientas libre. Que no lo veas en nosotros no quiere decir que tú no puedas serlo.

—Gracias.

Sus palabras me arrancan una gran sonrisa.

—Te quiero, hija.

—Y yo a ti, papá. —Me levanto para abrazarle antes de que se marche—. Vete, que ya pago yo.

Me quedo con el corazón calentito, y aunque aún me quedan frentes abiertos, este como apertura a una nueva etapa no ha estado nada mal.

—¿Me dices cuánto te debo, por favor? —le pregunto al camarero ya en la barra unos minutos después de que se haya marchado papá y haya finiquitado mi cerveza.

—Seis euros.

Meto la mano en la *totebag*, una de las cincuenta mil que tengo y que uso como bolso, incapaz de dar con la maldita cartera, ya que la tengo hasta arriba de cosas. Termino apoyándola sobre la barra para acceder con más comodidad, pero al hacerlo termina cayéndoseme todo al suelo.

—¡Joder!

Me agacho a recoger la basura que llevo en la bolsa de tela y que ahora anda esparcida por el pegajoso suelo riéndome yo sola, porque se ha salido todo menos la dichosa cartera. Entre un paquete de clínex, dos bolígrafos, un tampón, un labial rojo, una prueba de perfume, una libreta y un bote de crema de manos encuentro mi libreta roja de la que asoma la carta de Greg. Termino de meter todo de nuevo en la bolsa y pagar al barbudo de la barra con intención de salir lo antes posible del antro, y así lo hago, con la libreta en la mano y una idea en la cabeza.



Hace que no piso una iglesia... ni me acuerdo, la verdad. Pero esta en concreto diez años. Me fui de casa de mis padres a los veintitrés, y a los veinte dejé de acudir a ella. No sin la pertinente bronca con mi madre, por supuesto. Mi padre en este aspecto fue mucho más laxo, él siempre fue el poli bueno, dentro y fuera de casa. Pero que dejara de acudir al culto y los diferentes eventos de la iglesia no quitaba que se me fuera a permitir abandonar los rituales en casa: leer la Biblia, orar, bendecir los alimentos... Así que no voy a negar ahora que comenzar una nueva vida lejos de todos esos hábitos que me habían acompañado toda mi vida fuese un camino de rosas. Existía dentro de mí un sentimiento de culpa del que tardé mucho tiempo en deshacerme. Y esto es algo que nadie sabe, pero al poco de llegar a Londres me compré una Biblia en inglés que leí todas las

noches durante los primeros meses. Hasta que poco a poco pude desembarazarme de esa sensación, y aquellos Textos Sagrados comenzaron a coger polvo en la mesilla y más tarde, acabaron relegados a un cajón. También bendecía en silencio y casi por inercia me encontraba a mí misma orando en la soledad de mi pequeño cuarto londinense. Todo esto duró cerca de dos años. No me hablaba con mi familia, pero sí mantuve una relación con Dios más tiempo del esperado.

Como rápidamente descubrí, desprenderme de mi pasado no fue tan fácil como coger un avión y dejarlo todo atrás. ¡Ingenua juventud! Y ahora, tras cinco años de completa desconexión de mi fe cristiana, regreso al lugar de origen para hacer algo con lo que no me siento especialmente cómoda, pero que requiero con urgencia: redimirme de mis pecados.

Accedo al interior cerrando con cuidado la pesada puerta a mi espalda, encontrándome de forma instantánea envuelta en una atmósfera casi celestial: el silencio, la claridad filtrándose por las amplias ventanas y, probablemente, lo único que he echado de menos de este lugar: esa paz que solo encuentras en una iglesia, en algún lugar inhóspito del planeta y como bien descubrí hace poco, cuando estás a un pie de la tumba.

A pesar de lo que mucha gente pueda creer, las iglesias, al menos las evangélicas que son las que yo he conocido, son modernas, luminosas, abiertas y disponen de todo tipo de tecnología que se te pueda ocurrir. Esta, por ejemplo, cuenta hasta con una aplicación propia con el fin de escuchar y ver sermones, además de para mantenerte al día de los distintos eventos. Bien actualizada y adaptada a los tiempos que corren. Me entero de estas cosas por Agustín, claro, no es que tenga yo especial interés por el estado y avance ni de esta ni de ninguna otra iglesia. Aunque esta en concreto ocupa un edificio que pertenece a la familia de Greg, de hecho, su padre es ahora el anciano de la misma. Es decir, el mandamás.

Asombrada me hallo de lo cambiado que está el interior, pero teniendo en cuenta que llevo diez años sin pisarlo, no debería sorprenderme. No solo le han dado una manita de pintura, es evidente que han invertido un buen dinero en un elegante suelo de piedra natural gris, también han sustituido aquellas viejas (e incómodas) sillas de madera que te destrozaban la espalda después de dos horas y media de culto, por veinte filas de bancos: diez y diez a cada lado, formando así un pasillo que te lleva directo al púlpito de madera. A este le acompaña una serie de instrumentos que van desde una batería, una guitarra, un bajo, una pandereta... vamos, todo lo necesario para dar un buen espectáculo.

—¿¡Hola?! —alzo la voz sin recibir respuesta alguna.

Avanzo por el pasillo central esperando encontrarme con mi hermano y no con el padre de Greg, porque sería una situación bastante incómoda. Más después de que hayan excomulgado a su hijo por «mi culpa» pasados tantos años de su «delito».

De una puerta ubicada junto al púlpito veo aparecer a mi hermano absorto en unos papeles que lleva en las manos. Tarda unos segundos en apartar la mirada de estos y percatarse de mi presencia.

—¡Blanca! —exclama con sorpresa deteniéndose en el acto.

—¡Menudo cambio ha dado este sitio!

—¿Qué haces aquí? —pregunta con sequedad.

—Por ahora, dar las gracias de no estar prendiendo en llamas después de haber traspasado esa puerta —bromeo, pero mi hermano no parece querer seguirme el juego—. Me gustaría hablar contigo.

—Estoy ocupado —dice cortante volviendo a sus papeles.

—Me gustaría que hablaras conmigo en calidad de pastor, no de hermano —puntualizo,

consciente de que de esta manera no va a poder negarse—. Necesito confesarme.

La realidad es que los evangélicos no necesitamos confesarnos frente a un cura como hacen los católicos, si cometes algún pecado oras en soledad mostrando tu arrepentimiento en una conversación privada entre tú y el Señor, nada de intermediarios. No obstante, existen excepciones, y yo tengo intención de aferrarme a una, por ejemplo, si consideras que has hecho algo muy grave, puedes hablar con el anciano de la iglesia para pedirle consejo. Solo que yo no necesito a ese señor, sino al pastor, porque no he cometido solo un pecado, de hecho, he pecado al menos en siete ocasiones.

—Para eso no me necesitas, siéntate y ora en soledad.

Es curioso, porque da la sensación de que estuviese enfadado, y al menos conmigo razones no le faltan, pero en realidad parece más bien... incómodo. Probablemente yo le haga sentir de esa manera.

—En realidad... —saco del bolso la libreta y se la tiendo—, te necesito a ti.

—¿Qué es esto?

Mira el cuero rojo con comprensible extrañeza antes de regresar a mí esperando una respuesta.

—Todos mis pecados.

—No sé qué quieres que haga con eso, Blanca.

—Toma, ábrelo —le pido, acercándole la libreta.

Duda unos segundos, pero al final suelta los dichosos papeles en el banco más cercano para coger la libreta con cuidado, y tras desenrollar la tira de cuero que la abraza, la abre ojeándola despacio y desde el principio.

Se detiene en la primera hoja a leer la palabra «PEREZA» escrita en el centro y con mayúsculas, y justo debajo el nombre de «Rafa». Al voltearla, se toma un tiempo para leer las primeras líneas: «Estabas tan... arrebatador. Y no por el obvio atractivo y presencia que un uniforme otorga a un hombre como tú, sabedor de su innato encanto. No. Tú siempre has cautivado, porque tu cercanía y afabilidad ganan por goleada y aquel día, me di cuenta de ello al instante». Continúa pasando páginas y con ellas, cada uno de mis pecados: «ENVIDIA (Tania)», «LUJURIA (Adán y Eva)», «GULA (Eva y Rafa)», en esta vuelve a detenerse, pero en la última página para a leer las últimas líneas: «Sentía que se me acumulaban los pecados y, aunque me mostrara inalterable todo aquello me afectaba, porque mi corazón, ese que latía por vosotros, también había sido duramente castigado por una rígida disciplina cristiana. Me sentía jodidamente hambrienta. Pero también, jodidamente culpable». No puede evitar levantar la vista del papel estupefacto después de leer esas palabras. Aunque enseguida vuelve a la libreta: «AVARICIA (Seth y Naia)», «IRA (Greg)», hasta llegar al último de todos, la «SOBERBIA (María)».

—¿Llevas... un diario de tus pecados?

—Algo así.

—¿Desde cuándo? —se interesa, porque efectivamente ha podido ver que había diferentes fechas en cada uno de ellos.

—La compré en 2015, pero comencé a escribir en ella dos años más tarde. Así que desde 2017 he llevado un registro... de mis pecados.

—¿Por qué?

—¿Culpabilidad? Me fui de casa huyendo de todo esto —digo, haciendo un arco en el aire con el brazo señalando nuestro alrededor—, pero no fue tan fácil como esperaba, y los años de adoctrinamiento dejaron una profunda huella en mí. Me marché lo más lejos que pude para poder

encontrarme y sentirme libre para ser yo, sin remordimientos. La ironía es que cada vez que practicaba esa supuesta libertad, terminaba plasmándolo en esta libreta bajo el nombre de un pecado capital. Yo, creyendo que había dejado todo eso atrás y resulta que estaba haciendo todo lo contrario, arrastrando conmigo lastres del pasado. Tan libre que me creía, cuando vivía en una cárcel impuesta por mí misma. ¿Y sabes por qué? Porque nunca me sentí orgullosa de cortar la relación con vosotros y al final, esta era mi manera de castigarme por ello. Nunca, jamás, dejé de sentirme culpable.

—¿Y qué quieres que haga yo con esto?

—Me da igual —aseguro encogiéndome de hombros—: leerlo, quemarlo, regalarlo, tirarlo a la basura... no me importa, pero yo ya no puedo cargar más con ello, pesa demasiado y necesito soltarlo, Agus.

La expresión de su rostro ha ido transformándose, apartando la máscara fría que llevaba hace un momento para mostrar que bajo esta se encuentra ese amor más propio de un hermano, que parece transformarse en compasión con la siguiente propuesta que me hace:

—Ven, vamos a orar.

Le acompaño sentándonos uno al lado de otro en uno de los bancos de la primera fila e, imitándole, cierro los ojos después de soltar el bolso sobre el asiento, centrada en la oración que comienza a recitar en voz alta.

—El Salmo 86:5 dice: *porque tú, señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan. Todos le hemos fallado a Dios alguna vez, fallamos a su Palabra, fallamos en sus caminos. Cuando pecamos le ofendemos, entristecemos al Espíritu Santo, desperdiciamos tiempo lejos de Dios, desperdiciamos nuestra vida y todo lo que nos da. Nosotros ofendemos y fallamos todos los días y no debemos irnos a descansar sin recibir nuestro perdón diario. Si no lo hacemos, sentiremos que hay una distancia entre Dios y nosotros y para esto necesitamos arrepentirnos...*

Le escucho con atención, aunque jamás le haya encontrado el sentido a la oración, pero ahora, a pesar de no sentirme nada conectada con Dios, sí he comenzado a estarlo con la espiritualidad, y estos minutos que paso en comunidad orando junto a mi hermano surten una paz no solo en mi corazón, también en mi alma.

Hace poco comprendí que espiritualidad y religión no son la misma cosa, logré disgregar estos dos conceptos que durante tanto tiempo entendí como uno solo. La religión siempre fue una imposición que venía de fuera y que me obligaba a instalar dentro de mí las creencias y experiencias de otros; la espiritualidad, por el contrario, me invita a experimentarla de forma empírica sin ser algo en lo que tenga que creer, tan solo la verifico desde mi propia experiencia. Como ahora, desde el corazón y hasta el alma. Así es como he logrado quitarme el traje más pesado e invalidante que he cargado durante toda mi existencia, comenzando al fin a tejerme uno propio, único y en base a mi verdadera esencia, esa que quedó sepultada por dogmas, creencias, tradiciones y lealtades que, en realidad, nunca me han pertenecido, pero que terminé haciéndolas mías. Ahora, al menos, sé quién no soy.

Agustín finaliza la oración y todavía con los ojos cerrados permanecemos en silencio unos instantes antes de que su voz rota me saque de esta burbuja de calma.

—No debí dejar que te comieras ese trozo de tarta, pero estaba tan enfadado... —Abro los ojos y le encuentro sujetándose la cabeza con las manos y los codos sobre las rodillas. Abatido —. Casi te mueres, Blanca. ¡NO! —solloza, buscando mi mirada—, ¡casi te mato! No sé si seré capaz de perdonarme algún día.

—Agus...

Me cubro la boca con las dos manos mientras lágrimas a borbotones ruedan por mis mejillas. No sabía cuánto necesitaba escuchar esas palabras hasta este momento.

—Lo siento, lo siento muchísimo. Tienes que perdonarme —suplica, escondido entre las palmas de sus manos.

Corro a arrodillarme frente a él buscando su mirada, pero también, el mismo perdón.

—Y tú, ¿me perdonas a mí?

Clava sus grandes ojos negros sobre mí, enrojecidos por el llanto, heridos por el daño que nos hemos causado mutuamente. Algo hace clic en nosotros sin necesidad de decirlo en voz alta, ambos somos conscientes de que aquí no hay ni buenos ni malos, solo dos personas que han sido incapaces de gestionar sus egos, completamente fieles a sus trajes, cuando en la vida no hay nada blanco ni negro, la mayoría de las veces, de hecho, vivimos en una escala de grises. Y los dos, la hemos cagado en diferentes tonos de gris.

Se pone en pie tirando de mí para acogerme entre sus brazos y yo me aferro a él con fuerza sin poder parar de llorar.

—Te he echado mucho de menos —digo sobre su pecho. Y ambos sabemos que no me refiero a este mes y medio, hace mucho que él y yo nos habíamos distanciado.

—Y yo a ti, Copo. —Hacía años que no le escuchaba llamarme de esa manera: «copo». Un mote que comenzó usando para burlarse de mí cuando éramos niños, «copo de nieve» y que terminó quedándose en algo ciertamente tierno—. Te quiero mucho.

—Yo más —aseguro en cuanto nos separamos, limpiándome la cara con la manga del jersey—. Siento mucho que llegáramos a esto.

—Me sentí tan avergonzado que no era capaz de ir al hospital y mirarte a la cara —confiesa con el rostro húmedo.

—Ya estoy bien, que es lo importante. Y tampoco es que yo lo hiciera mucho mejor... —Sonrío con tristeza.

Volvemos a sentarnos; pero en esta ocasión, elegimos hacerlo sobre el púlpito.

—Aurora me ha tenido informado —asegura, restándole importancia a lo que he dicho sobre mi comportamiento.

—Lo sé. ¿Sabes?, hace un rato he estado con papá y, bueno, digamos que hemos hecho las paces.

—Me alegro. ¿Todo bien entonces?

—Yo diría que sí. Con mamá no he hablado, todavía.

Es evidente que tendré que hacerlo en algún momento, pero reconozco que esa parte... se me está haciendo un poco bola.

—Mamá... no es fácil, Blanca.

—¿No me digas? No lo sabía

Sonreímos con complicidad.

—Sí, lo sé, nadie es más consciente de esto que tú y durante algún tiempo yo sentí esa misma... desconexión con ella, pero luego algo cambió.

—¿Qué cambió?

Aleja su mirada un instante de mí, probablemente rebuscando en algún recuerdo.

—Unos meses después de que te fueras a Londres fui a casa a hacer una visita —Agustín vivía con Lola para ese entonces—, y me encontré a mamá en tu habitación llorando desconsolada, nunca la había visto así.

—¿Qué hacía en mi habitación?

—Me confesó que se había dado cuenta de que había sido muy dura contigo. Estaba muy

arrepentida, pensaba que te había perdido para siempre.

—Me cuesta imaginar esa escena —reconozco estupefacta—. ¡Con lo orgullosa que es mamá!

—¿Sabes que la abuela —a la que nunca llegué a conocer porque falleció antes de que yo naciera— era muy rígida con mamá?

—No sé mucho sobre ella, mamá nunca ha sido muy abierta con ese tema.

—Supongo que porque no es un tema agradable para ella, mamá tuvo una infancia difícil. Verás, ya sabes que la abuela se quedó viuda muy joven, así que mamá, con ocho años se tuvo que hacer cargo de la casa y de los tíos. Dejó de estudiar muy pronto y se puso a trabajar porque la abuela cada dos por tres se ponía enferma y había que llevar dinero a casa.

—Sí, eso más o menos lo sabía por el tío Fernando, por mamá seguro que no.

—Probablemente, porque no es un tema cómodo para ella. La abuela la pegaba a menudo y de maneras muy... imaginativas, porque bueno, no estaba muy bien de la azotea.

De ahí a que terminará sus últimos días encerrada en un psiquiátrico.

—No tenía ni idea que la abuela era así de agresiva.

—Aunque no lo creas, debajo de esa dureza y ese orgullo mamá tiene un corazoncito.

Me quedo pensativa, percibiendo cómo algunas piezas que yacían en el olvido comienzan a recolocarse y encontrar el hueco al que siempre pertenecieron.

—¿Por qué no nunca me has contado esto?

—¿Por qué tú nunca me contaste lo de papá?

Ok, ahí me ha pillado.

—¿Tablas? —propongo, tendiéndole la mano.

Me la estrecha con un firme apretón.

—Tampoco creí que fuera a cambiar nada contándotelo, has estado tan enfadada con ellos...

Creo que tiene razón, he estado tan cegada por la rabia, que lo más seguro es que no hubiese supuesto ninguna diferencia.

—Gracias por contármelo.

—Pues a ver si a partir de ahora nos dejamos de tanto secreto...

—Ejem —carraspeo, cubriéndome la boca.

—Si lo digo por los dos.

—Pues ya sabes.

—¿Y cómo es eso de Eva y Rafa?

—Eso es lo único que te interesaba saber. —Me rio—. Pues teníamos algo maravilloso, pero una es una orgullosa y el otro un bloque de hielo, así que es como querer hacer unos churros con chocolate y quitar los churros y el chocolate. Solo te queda la leche, y esa soy yo, por si no ha quedado clara la metáfora.

—¡Menuda mierda de metáfora! —se descojona.

—¡Calla, anda! No digas palabrotas que estamos en una iglesia —le riño—. Bueno, y tú qué, ¿cómo están las cosas con Lola?

CULPABILIDAD es lo que grita ahora mi cara.

—¡Aaay, Copo! —Me pasa un brazo por los hombros para acercarme a él tratando de reconfortarme—. Digamos que estamos trabajando en ello, y hemos empezado a ir a terapia de pareja.

—¿En serio?

—Sí, a un terapeuta evangélico muy reputado.

Mi primer instinto es soltar un comentario sarcástico, pero decido tragarme al Bing que llevo dentro y asentar con una sonrisa.

—Siento mucho haberte puesto en esta situación.

—Una parte de mí lo agradece, siento que me he quitado un gran peso de encima y si no hubieses sido tú... habría terminado estallando por algún lado, y no quiero vivir mintiendo y ocultándole nada a mi familia.

—Tiene sentido.

Parece que todos estamos procurando sacar el lado positivo a lo ocurrido. ¡A ver cuánto dura! Aprovechando esta apertura, me animo a preguntarle de nuevo por... esos «errores».

—¡Agustín!

—Uuuy... Solo me llamas por el nombre completo cuando estás enfadada o quieres algún favor, y creo que el cupo por cabreo ya lo has cubierto hasta el año que viene por lo menos —dice burlón.

—*Touché*, quiero que me respondas a una pregunta con la mayor sinceridad. Lo que digas quedará entre tú y yo. Bueno, y él. —Miro hacia arriba incluyendo a Dios, porque tratándose de mi hermano no hay manera de que le dejemos fuera de la ecuación.

—Soy alguien a quien le gustan los hombres, aunque está enamorado de una mujer. —No he tenido ni que hacerle la pregunta, sabía perfectamente por dónde iban los tiros—. ¿Tiene sentido?

—Todo el del mundo.

—Y no tengo intención de ponerle ninguna etiqueta a eso.

—Me parece estupendo.

Creo que lo que más me ha tenido distanciada de mi hermano es verle llevar un traje que para mí no le ha correspondido nunca. Ahora sé que esa es una lucha perdida, porque como Aurora ha tratado de explicarme un millón de veces, se trata de su elección, y si él es feliz de esa manera, ¿quién soy yo para obligarle a que se desprenda de ello?

—Quizá a papá le ocurra lo mismo —comenta.

—¿Has hablado con él? —me intereso.

Evidentemente me refiero a si ha hablado con él de este tema.

—No, porque no es asunto mío.

—Amén.

—Bueno, ¿ya has decidido qué me vas a regalar por mi cumpleaños?

—Estaba pensando en regalaros una escapada a Lola y a ti donde queráis, yo me quedo con Rut y así paso unos días con ella, ¿qué te parece?

—Que vas a necesitar algo más que eso para que Lola te perdone. Es broma, no es contigo con quien está enfadada, aunque creo que le debes una disculpa.

—Se la debo —admito—. ¿Qué vas a hacer con la libreta?

—No lo sé, la verdad. ¿Seguro que no la quieres?

—Creo que no.

La puerta de entrada a la iglesia se abre y tras ella entra una mujer mayor.

—Creo que es momento de irme. —Me despido con un abrazo y un beso tras ponerme en pie—. Hablamos, ¿vale?

—Cuenta con ello —promete, guiñándome un ojo.

Cuando estoy a punto de abandonar la iglesia, me giro y grito:

—¡¡Adiós, Tribbiani!!

Agustín niega con la cabeza, pero lo hace con una enorme sonrisa dibujada en la cara junto

a la desconocida que me mira como si estuviera loca. Y probablemente lo esté.

No sé si camino o floto, porque todo el peso que me he quitado el día de hoy equivale a desprenderse de una década de dolor, confusión y tristeza. Imposible no sentirse más ligera. Camino por la calle con la cabeza alta y una enorme gratitud expandiéndose bajo mis costillas, con un subidón como si me hubiese tocado el Gordo de Navidad. Y cuando creo que el día no puede mejorar más, recibo un mensaje inesperado desde el Edén.

Rafa:

¿Tenéis plan para el 31?

Eva:

¡Yo estoy libre!

Rafa:

¿¿Blanca??

Rafa:

Puedes descubrirlo el 31 a las 21 h en mi casa.

Blanca:

¿Me he perdido algo?

Blanca:

Allí estaré.

EDÉN

Rafa, Eva y Blanca



Del hebr. '*ēden* «delicia».
«Lugar muy agradable en el que se está a gusto y se es feliz».

Rafa, Eva y Blanca (2022-2023)

Treinta y uno de diciembre.

Nueve menos cuarto de la noche.

Con los nervios a flor de piel y sin haber establecido ningún contacto más con vosotros tras aquellos mensajes en «Edén», me planté en la puerta de tu casa, Rafa, puntual como un reloj, expectante. No tenía ni idea de qué se suponía que iba todo aquello, pero sentí que la ocasión requería que fuera de estreno, así que dos días antes me hice con un vestido bien ajustado de un gris brillante y de finos tirantes que me pareció perfecto para la ocasión. Lo combiné con unas sandalias negras de tacón alto que tenía sin estrenar y que me elevaban hasta el metro setenta y cinco de altura. Como único accesorio opté por mis icónicos labios rojos y una renovada confianza en mí misma, que probablemente sumara cinco centímetros más a mi presencia.

Me había pasado esa última semana tratando de no imaginar ni hacer suposiciones de ningún tipo; pero una cosa era decirlo... y otra, esquivar la avalancha de pensamientos, imágenes e ilusiones que me asaltaban en el momento más inesperado. Aunque la pregunta que más me repetía una y otra vez era realmente una: «¿Estarán pensando darnos una oportunidad?».

Con el corazón a mil por hora frente a una puerta que conocía demasiado bien, no podría ni llegar a fantasear lo que ocurriría al traspasar ese umbral. No solo era la entrada a tu casa, era la salida que por tantos años había estado buscando, la que tan lejos me fui a buscar.

—Buenas noches —me saludaste con una deliciosa voz grave con Eva a tu lado.

Si no se me salió el corazón del pecho en ese instante, fue porque lo necesitaba para seguir con vida y, por tanto, continuar apreciando esa imagen de vosotros recibéndome juntos, arrebatadores a morir y sonriendo como no os había visto hacerlo nunca antes. Ni separados, ni en compañía.

—¿Buenas noches?

Estaba tan conmocionada que mi saludo sonó más a duda que a certeza.

Estabas radiante, Eva, vestida con un traje de chaqueta de lentejuelas en plata tres piezas, que incluía pantalón, chaqueta y un top estilo *brallote* que dejaba a la vista mucha cantidad de piel y que te hacía brillar con luz propia. Llevabas ese estilo *tomboy* con el que cada vez parecías sentirte más cómoda y que te sentaba de maravilla, con el pelo engominado hacia atrás, los ojos delineados con una raya negra muy fina, máscara de pestañas, colorete melocotón y los labios en un *nude* tan jugoso, que por unos segundos no pude apartar la vista de ellos.

—¿Vas a pasar o te vas a quedar ahí toda la noche? —Rafa fue el que logró despegarme de tus labios, que no dejaban de sonreírme.

Entré, en silencio, reconociendo vuestros perfumes mezclados de tal manera que prometían convertirse en un cóctel molotov para mi raciocinio, al mismo tiempo que me esforzaba por ordenar mis pensamientos. Y cuando parecía que tenía la fila hecha e iba a darle paso al primero de ellos, tú, Rafa, te entrometiste colando un brazo por mi cintura, para atraerme hacia a ti depositando un beso en mi mejilla y un halago junto al oído.

—Estás preciosa —dijiste, quitándome el abrigo.

Te apartaste para cerrar la puerta, entonces fue Eva quien tomó el testigo con la palma de su mano sobre mi ombligo, besando mi otra mejilla, anestesiando mi otro oído con palabras que no terminaba de asimilar.

—Te he echado de menos.

Ok. Aún no sabía de qué iba a aquello, pero bajo mi vientre se habían despertado unas ganas... que más os valía saciar si no queráis verme convertida en Daenerys de la Tormenta.

Me quedé plantada en medio de la sala sin saber qué hacer, justo en ese punto en el que se unían el salón y la cocina, una buena metáfora de cómo me encontraba en ese instante: desubicada. Entre un árbol de Navidad con sus bolas con diferentes motivos, espumillón y luces de colores parpadeantes; velas, un cojín rojo con las letras «Merry Christmas» en blanco, tres calcetines colgando junto al pino de plástico, una flor de Pascua roja en la mesa del salón...

—¿Eso es... un reno?

—¡Un reno de Papá Noel! —exclamaste divertido con un entusiasmo que no alcancé a comprender.

Lo más navideño que había entrado en tu casa hasta la fecha fue una caja de condones con sabor a canela y jengibre.

—¿Has decorado el piso?

—HEMOS, me ha ayudado Eva.

Os miré como si os hubieseis vuelto locos o quizá era yo la que estuviese perdiendo la chaveta; cada vez más cerca de la Madre de Dragones. Estaba comenzando a asustarme, y lo hacía, por cierto, con *Jingle Bell Rock* como banda sonora.

—¿Acaso estoy en mi propia película con milagro navideño? —Sopesé la posibilidad de verdad—. De esas en las que, gracias a un ángel, un duende o yo qué sé... ¿un ponche de Ayahuasca, quizá? Todo se confabula para que el amor triunfe bajo un matojo de muérdago. —Hice un barrido con la mirada y efectivamente ahí estaba el hierbajo colgando sobre la puerta—. ¿Tenéis preparado un paseo por la Plaza Mayor? Porque en esas pelis no falla el paseíto por el mercadillo navideño. Ahora que lo pienso... ¿Empezaría todo con mi visita al otro lado tras el *shock* anafiláctico?

—¡Blanca! ¡Blanca!

—¿Qué?

—Toma, creo que lo necesitas. —Me tendiste una copa de vino que cogí mirando a Eva, que tenía los ojos clavados en mí con una sonrisa que no había borrado desde que llegué.

—¿No tienes algo más fuerte?

—Lo fuerte viene ahora, cariño, quiero mantenerte sobria lo máximo posible —aseguraste misterioso tras darme un beso en la cabeza con ternura.

Lo que no sabías es que ibas tarde para esa misión.

Me bebí el tinto de un sorbo ocultando que antes de llegar me había tomado dos vermús en mi casa. Estaba muy nerviosa, necesitaba relajarme y lo único que tenía para beber era eso, leche de almendras y si me ponía un poco creativa... podría haberle dado un lingotazo al enjuague bucal, pero tenía un recuerdo poco agradable de Naia y una botella de Listerine en Londres, y me arrepentí antes de que la idea hubiese tomado verdadera forma en mi cabeza.

Recuerdo quedarme unos segundos absorta contemplando lo guapo que estabas. Con un *look total black* compuesto por zapatos, pantalón, camisa y corbata. Estabas especialmente guapo y más encantador que de costumbre.

—¿Has bebido? —preguntaste.

—Ya me has visto.

Entrecerraste los ojos quitándome la copa de la mano.

—No, tú has bebido antes de venir.

—Solo un poquito —admití.

—Lo mejor será comenzar con los regalos y cenar después —sugeriste, Eva, tomando asiento en el sofá de forma muy... familiar. Parecías sentirte en casa.

—¿Regalos? ¡Yo no he traído ningún regalo!

—Ven —me cogiste de la mano invitándome a sentarme entre tú y esa diosa que tanto había echado de menos.

Pero al momento decidí cambiarme de lugar, optando por sentarme en el borde de la mesa de café, de tal manera que podía miraros a los dos a la cara, más si me ibais a explicar qué es lo que estaba ocurriendo. Lo de situarme entre vosotros estaba bien para follar, no para escuchar confesiones.

—¿Vais a empezar a hablar ya o estáis esperando una contraseña?

Me ponía de los nervios vuestra calma, además de esa complicidad de la que aún no estaba siendo partícipe.

Quedaba bastante claro que me estaba perdiendo algo.

—¿Empiezo yo? —te preguntó Rafa, mientras George Michael entonaba *Last Christmas*.

A lo que asentiste cómodamente sentada con el brazo derecho estirado sobre el respaldo del sofá en una postura tan tranquila como dominante. Yo intercambiaba la mirada de uno a otro como si de un partido de tenis se tratara y la pelota fuera tan rápida, que apenas me daba tiempo a divisarla. Rafa se inclinó hacia delante alargando el brazo al lado izquierdo de mi cuerpo para alcanzar algo en lo que no había reparado hasta el momento y que descansaba sobre la mesa junto a mí: un paquete de pequeño tamaño envuelto en un llamativo papel de regalo de...

—¿Superman, en serio? —pregunté en cuanto me lo tendiste.

—Ahora lo entenderás... Anda, ábrelo.

Sonreíste con suficiencia intercambiando una mirada cómplice con Eva. Mientras que yo cada vez entendía menos de qué iba todo aquello.

Rasgué el papel con ganas, deshaciéndome de él por completo hasta encontrarme con un Funko de Peter Pan en la mano que dibujó en mi cara un gran interrogante.

—¿Qué se supone que es esto?

—Algo que ya no necesito.

Sentí aquello como una confesión; sin embargo, tardé unos segundos en comprender lo que estabas tratando de decirme.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que ESE es un traje que ya no me representa.

Te miré a ti, miré a Eva y después me quedé absorta contemplando aquel inexpresivo muñeco de plástico. Me costaba creer que aquello fuera cierto.

—¿Estás seguro?

—Estoy yendo a terapia —confesaste solemne.

—¿Tú, en terapia?

—Con Aurora.

—¿Perdona, qué?! —Me puse en pie de un salto—. ¿Desde cuándo?!

Y la muy puta no me había contado nada. Sí, ya sé, secreto profesional y esas mierdas, pero... ¡somos amigas!

—El día que vino a por tus cosas cuando estabas en el hospital estuvimos hablando, le comenté que llevaba tiempo con la idea en la cabeza y bueno... una semana después comenzamos con las sesiones.

Volví a mirarte, Eva, esperando encontrar en ti el mismo asombro que yo estaba sintiendo, pero era evidente que para ti esa información no era nueva, porque como ya estaba empezando a entender (con un poco de lentitud), es que ahí habían pasado muchas cosas de las que era desconocedora.

—¿Y qué se supone que significa todo esto?

Sí, lo necesitaba todo mascadito. Como un polluelo al que le dan el alimento casi digerido y hasta el fondo de la garganta. Me negaba a estar interpretando nada, que en el pasado mis cavilaciones fueron las que nos trajeron los problemas. Si tenías algo que decirme, Rafa, que era obvio que sí, esperaba que fueras lo más claro posible.

Cogiste la mesa por el borde y la arrastraste para acercarme a ti, haciendo que mis piernas quedaran atrapadas entre las tuyas y, aunque tú estabas sutilmente más bajo, te las apañaste para encontrar mis labios y besarme con ternura. Un escueto beso con lengua que tenía regusto a promesa.

—Que se terminaron los juegos.

Permanecí colgada de tus ojos unos instantes, buscando en ellos la veracidad de esas palabras. Nunca los había visto tan despejados, se tornaron de un azul tan claro que por un instante dudé que fueran aquellos en los que me había mirado tantas otras veces. Eran los mismos, pero también eran diferentes.

Eva nos observaba, y como si supiera que iba a dirigirme a ella, se levantó para sentarse a mi lado. Ella también tenía algo que decir:

—Tenías razón.

—¿En qué?

Miraste a Rafa con una sonrisa y fue él quien en respuesta dijo:

—¿En todo?

—Estaba muy cómoda en mi etiqueta de lesbiana; cómoda y segura, en realidad. Y bueno, creo que ya sabes que la certidumbre es lo mío.

—Algo me suena, sí.

—El caso es que Rafa, al que la terapia le ha estado sentando la mar de bien, me ayudó a darme cuenta de que en mi caso ese traje hacía tiempo que había dejado de representarme. Porque tal y como tú habías asegurado... estaba sintiendo algo por un hombre —confesaste, echándole una mirada cargada de amor, al que decía haberse deshecho de su traje de Superman.

Juro que en ese momento me mareé un poco, pero el vahído se intensificó cuando Rafa, cogiéndonos a cada una de una mano añadió:

—Os quiero a las dos, de la misma inexplicable manera.

—¿Esto es en serio? —os pregunté, pasando la mirada de uno a otro.

—No lo sé, ¿lo es? —añadió Rafa.

—Pero ¿cuándo?, ¿cómo?

Ansiaba conocer toda la historia.

—El dieciocho de diciembre Rafa me lo confesó y...

—Bueno —te interrumpió él—, digamos que Eva necesitó un par de días para reconocer... la obviedad.

Intercambiasteis otra de esas miradas que os pertenecían solo a vosotros y que me tenían tan fascinada. Os contemplaba como si estuviese presenciando un encuentro entre dos unicornios. Ese amor que yo había visto, ahora era más que evidente, era palpable y no lo ocultabais.

—El día que te escribimos consumamos... la obviedad —confesaste buscando a Rafa con la mirada.

—¿Entonces os habéis... acostado?

—Un par de veces ya, sí —admitió Rafa socarrón.

¡Madre mía, lo feliz que me hizo escuchar eso! A otra persona podría resultarle, yo qué sé... ¿Doloroso? A mí me parecía una puta maravilla. No aguantaba la emoción, así que comencé a dar vueltas sobre mí misma, pero luego me detenía para asimilar la información, os miraba y volvía a moverme con el corazón acelerado de la emoción.

—¿Entonces...?

Te acercaste tú, Eva, enmarcando mi cara con las manos antes de besarme. ¡Ay, cómo había echado de menos tus besos!

—¿Entonces qué quieres tú, Blanca? —preguntaste al finalizar ese beso, anclando un brazo alrededor de mi cintura de forma posesiva.

—¿Que qué quiero? ¡¿Me estáis tomando el pelo?! ¡Os quiero a vosotros! ¡A los dos! A la vez, con la misma intensidad, al mismo tiempo y... ¿Para siempre es una afirmación muy arriesgada?, ¿no?

—Podemos comenzar por un AHORA —propusiste junto a mi oído, pero lo suficientemente alto como para que Rafa pudiera escucharlo.

Se me iba a salir el corazón del pecho, estoy segura de que podías sentirlo.

—Por favor... —supliqué.

Te acercaste a nosotras aflojándote la corbata con una mano a la vez que tú, Eva, echabas los hombros hacia atrás dejando caer aquella radiante chaqueta al suelo. A mí, se me puso todo el vello de punta y se me humedecieron las bragas. Literalmente.

Sincronizados, me atrapasteis entre vosotros, repartiéndoos mi cuerpo: Eva atendía el lado izquierdo, Rafa el derecho. Empezasteis con besos por el cuello descendiendo hasta mis clavículas, rápidamente mis pechos quedaron al descubierto y el vestido arrugado sobre mis pies. Eva lamía mis pezones mientras que tú, Rafa, permanecías disfrutando de nuestros besos, tirando hacia atrás de mi cabeza gracias al puño que habías formado con mi pelo en la coronilla, y que te permitía acceder con mayor facilidad a mis labios. Te encantaba esa sensación de dominio.

—¿De verdad que no estoy soñando? —susurré sobre tus labios, Rafa.

En un rápido movimiento me levantaste sujetándome bajo los muslos, obligándome a rodear tu cintura con mis piernas.

—Bienvenida al Edén, cariño —dijiste antes de echar a andar conmigo en brazos hacia el dormitorio.

Tú, tenías mi cuerpo, pero Eva había atrapado mi mirada.

Seguías nuestros pasos deshaciéndote de una prenda de ropa tras otra hasta llegar desnuda al dormitorio, donde pegaste tu pecho contra la espalda de Rafa cuando este me soltó sobre la cama. Ahora era él quien se convertía en el centro de todas las atenciones. Yo me deshice de su corbata y solté los botones de su camisa entre besos y mordiscos en el cuello, ¡y joder qué bien olía! Tú te encargaste de quitarle la camisa por los hombros; detrás iba yo a por sus pantalones, pero fuiste tú la que te arrodillaste para bajarle los calzoncillos y atender con

urgencia su polla, que se presentaba gruesa, orgullosa y enhiesta para nosotras. Me quedé sentada en el colchón contemplando la erótica escena.

Aquella imagen me resultaba sublime: la manera en la que tus mejillas se hundían al succionar su erección y cómo la hacías desaparecer enterrándola hasta el fondo de tu garganta sin apartar la mirada de sus ojos; un morboso truco de magia del que tampoco yo podía apartar la mirada. Al tiempo que tú, Rafa, acariciabas con cuidado su cabeza, contemplándola con admiración. Eso era más que atracción, estaba delante de dos personas amándose.

Pero no duró demasiado, puesto que Rafa se vio obligado a apartarte tirando de tu muñeca para ponerte en pie: creo que jamás le había visto disfrutar tanto con una mamada, ni siquiera conmigo, quedaba bastante claro que tenías un don en eso.

—Lo haces tan bien, que es un jodido problema —escuché que te decía antes de lanzarse a tus labios.

Después, viniste directa a comerme la boca a mí, como si aún no hubieses tenido suficiente. Me puse en pie para recibirte y aprovechar cada segundo, rememorando con mis manos todos los rincones de tu cuerpo, acariciando mis lugares favoritos, activando tus zonas más erógenas: en tu culo residían las de mayor placer. Hundí mis uñas en la carne de tus nalgas, porque sabía que eso te ponía como una moto y como muestra de ello me empujaste contra la cama tras emitir un sensual gruñido en respuesta a mi fechoría.

Como mi cuerpo tampoco era ningún secreto para ti, fuiste directa a mi cuello, uno de mis lugares más sensibles con el que decidiste vengarte, succionando entre tus labios esa fina piel hasta convertirlo en un mordisco que me hizo jadear tu nombre pidiendo clemencia.

Descendiste hacia mis tetas, permitiendo que tu lengua tomara todo el protagonismo lamiendo mis pezones, arrastrándola húmeda sobre mi abdomen y hasta el ombligo, en lo que tus dedos se hundían en los huesos de mi cadera. Aquello me hizo arquear la espalda con los ojos cerrados, aferrándome a los mechones de tu corta melena. Al abrir de nuevo los párpados intercambié con Rafa una mirada que me hizo gemir, permanecía de pie tras de ti masturbándose despacio, haciendo que su fibrado cuerpo se viera más marcado, también más grande. Sentí mi coño palpar antes siquiera de que llevaras allí tu boca, en cuanto tu lengua rozó mi clítoris, me corrí. Nunca me había ocurrido tan rápido, pero estaba tan excitada... me parecía incluso demasiado perfecto para ser real. Y eso que solo acabábamos de comenzar. Empaté ese orgasmo con el siguiente cuando introdujiste dos dedos dentro de mí sin apartar en ningún momento tu boca.

—Tu cuerpo no tiene ningún secreto para mí —aseguraste orgullosa.

Aún estaba recuperándome de los dos primeros cuando te apartaste para darle acceso a Rafa.

Te acercaste con las ideas muy claras, querido Rafa, agarrándome de las piernas, me diste la vuelta para que quedara tumbada sobre mi estómago. Entonces comenzaste a trepar por mi cuerpo entre besos, lametones y mordiscos, deteniéndote junto a mi oído para susurrarme un «te quiero» mientras te enterrabas dentro de mí, usando tu rodilla para abrirme las piernas y acceder con mayor comodidad.

No sé dónde se encontraba Eva en ese momento, porque toda mi atención estaba en las penetraciones profundas con las que me llevaste al tercer orgasmo. Mi coño palpitaba con tanta fuerza que tuviste que salirte con rapidez, porque como bien me dijiste:

—Cariño, vas a hacer que me corra y aún me queda trabajo por hacer.

—Nos queda —puntalicé.

Eva te invitó a sentarte en el borde de la cama para poder situarse a horcajadas sobre ti, yo me arrodillé a tu espalda y mientras Eva se balanceaba sobre tu polla, yo te besaba el cuello o te chupaba la oreja arrastrando las palmas de mis manos abiertas por tu musculado torso. También la besaba y acariciaba a ella, embelesada por verla poseerte hasta el éxtasis. El tuyo y el suyo. Os corristeis los dos a la vez, pero gemimos los tres al mismo tiempo. Yo no me corrí, aunque lo sentí como si así lo hubiese hecho de nuevo.

Y fue justo en ese instante cuando al fin lo vi, la respuesta a eso que sentí por primera vez con Tania y que volvió a repetirse una y otra vez a lo largo de los años, pero que nunca terminaba de alcanzar. En realidad, no era algo que pudiera verse, era algo que podía sentir en la piel, bajo ella, en todos lados. ESE ERA MI LUGAR. Entre un hombre y una mujer. Entre vosotros.

—Os quiero a las dos —os dije tumbados sobre el colchón con las pieles revueltas, pero con las cosas más claras que nunca.

Me vino a la mente las palabras chapurreadas de aquel mercader de Venecia, el que me vendió la libreta en la que plasmé todos mis pecados: «Quédate siempre con el primer pensamiento y habrás acertado». Mi primer pensamiento siempre fue que os amaba a los dos, por igual. Y siempre estuve segura de ello.

—Ahora sí, somos nosotros —aseguraste, Rafa, en una de esas reflexiones que tenías por costumbre decir

en voz alta, que solían ser más para ti, pero que terminabas compartiendo con el resto.

Dijiste las palabras perfectas en el momento adecuado.

Yacía sobre tu pecho, Eva al otro lado descansaba sobre un brazo bajo su cabeza en la misma postura que tú, yo, alargando el brazo sobre ti acariciaba su piel. Hasta que en un momento dado tomó mi mano, llevándosela a los labios para depositar en el centro de la palma un sentido beso mirándome a los ojos. Mostrando al hacerlo, un detalle del que me había percatado ya hace rato, pero del que no quise preguntar para no romper el momento.

Un nuevo tatuaje en el interior de tu muñeca izquierda, Eva, el mismo brazo en el que llevabas la serpiente. En esta ocasión se trataba de una pequeña manzana en tres colores: rosa, morado y azul. La bandera bisexual.

—¿Y esto? —te pregunté con la yema del dedo acariciando el perímetro de esa piel, ya que la tinta se veía reciente.

—Mi regalo.

—Me encanta, es perfecto —afirmé.

Lo comprendí enseguida, Rafa se había deshecho de su traje de Peter Pan, tú, del de lesbiana y yo...

—Yo no os he traído ningún regalo —admití, arrodillándome sobre el colchón para poder miraros directamente a la cara—, pero sí que me he deshecho de un traje que logré identificar en mayor medida gracias a vosotros. He dejado atrás a la mártir manipuladora, o al menos una gran parte de ella, porque como bien sabéis, hacerlo requiere un tiempo y un soberano esfuerzo, aunque claro, estar a punto de palmarla ayuda a acelerar bastante las cosas. No existe posibilidad de empezar de cero, pero sí que podemos empezar un nuevo capítulo los tres juntos y con vuestro permiso me gustaría abrirlo a mí, pidiéndoos disculpas, pero también dándoos las gracias. Gracias por darnos una oportunidad. Gracias por dárosla a vosotros. No ha tenido que ser fácil.

El amor que sentía por vosotros era tan grande... podía percibirlo expandirse en mi pecho y alargarse por las extremidades. La repuesta de mi cuerpo a esa pureza fue comenzar a llorar, lágrimas de felicidad. Es cierto que habíamos hecho eso antes, mas no de esa manera. En el pasado fuimos tres personas dominadas por sus egos y tiranizadas por sus propios miedos. Y no es que ahora todo eso no existiera y fuéramos perfectos, nada más lejos de la realidad, el punto es que ahí éramos conscientes de ello y eso, marcaba toda la diferencia. Nos reconocíamos y aceptábamos cómo realmente éramos. Los tres nos habíamos deshecho de nuestros trajes y no me refiero precisamente a los *outfits* de fin de año.

Acudisteis a mí reafirmando así cada palabra, pero también todas aquellas que aún no había pronunciado y que flotaban entre nosotros.

Me acogisteis en vuestros brazos, repartiendo besos y mucha ternura.

—Antes no estábamos en el mismo punto, porque tú estabas estancada en el pasado —te referiste a mí, Eva —, Rafa en el presente y yo, en el futuro.

—Afortunadamente os he traído a mi presente —añadió Rafa orgulloso de sí mismo.

—Os quiero —te escuché decir por primera vez y no sería la última.

Tumbándonos de nuevo permanecemos un rato en silencio, reflexivos, asimilando todo eso, comunicándonos únicamente a través de la piel y con alguna mirada hasta que las tripas de Eva comenzaron a rugir sacándonos de nuestro Edén.

—¿Cenamos? Me muero de hambre.

Nos engalanamos de nuevo antes de sentarnos a la mesa, de camino, en la mesilla de noche, reparé en un marco de fotos que nunca había estado ahí. Estaba casi segura de que era Rafa de niño junto a una niña.

—¿Y esta foto?

—Es mi regalo de navidad —dijo Eva.

—¿Quién...? —No me dejaste terminar la pregunta.

—Es mi hermana Eva —dijiste con una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Tienes una hermana?

—Tenía —puntualizaste.

De repente, todas las piezas se colocaron en su sitio: ahí estaba aquello que siempre supe que me ocultabas, entre mis manos, y así me lo confirmaste cuando aparté la vista de la fotografía buscando tu mirada. Asentiste, dándome la razón en silencio.

—Tenías una hermana —pronuncié en voz alta tratando de asimilar aquella información.

—Te lo contamos en la cena, vamos.

Durante aquella comida que compartimos por primera vez los tres juntos, escuché con atención toda tu verdad, esa a la que durante cinco años jamás me habías permitido asomarme. Te abriste, lloraste recordándola incluso; Eva y yo te acompañamos. Y, de repente, me pareciste una persona completamente distinta, más real y

bastante más madura. Mi admiración hacia ti iba aumentando a cada palabra que decías. Aproveché para solicitaros vuestra historia completa, la que os pertenecía solo a vosotros, aunque sea en la distancia quería ser testigo de ella, requerí cada detalle y me lo ofrecisteis con gusto.

Disfrutando de una riquísima carne asada que habíais cocinado en conjunto, comenzamos a escribir las primeras líneas de nuestra historia, sentados frente a mí os puse al día de todo lo vivido y sentido en ese espacio de tiempo que nos habíamos dado sin pedirlo. La decisión que tomé respecto a mi futuro laboral, haciendo un *impass* de mi trabajo de azafata para darle una oportunidad a nuevos proyectos laborales. Pudiendo compartir al fin con vosotros algo maravilloso que me había ocurrido:

—Bella no solo quiere que haga la reforma del piso, además me ha contratado para hacer unos cambios en su casa de Madrid —os conté con ilusión.

—¡Enhorabuena! —Brindamos, mirándonos a los ojos.

Continué con la conversación con mi padre, mi hermano...

—¡Ah!, ¡por cierto! Alguien me ha dado algo para ti —recordaste de repente, Rafa, poniéndote en pie.

Te fuiste a la habitación y volviste con lo que parecía un libro envuelto. Antes de abrirlo ya sabía lo que era, reconocí su peso y relieves a través del papel dorado de abetos y copos de nieve. Y efectivamente, ahí estaba mi libreta de vuelta, solo que con una tarjeta y un mensaje en ella:

Lo mejor que podemos hacer con nuestros «errores» es aprender de ellos para no volver a repetirlos. La mujer que eres es gracias y a causa de esto, no lo olvides, si lo haces, te estarás olvidando de ti.

Feliz Navidad, Copo.

Te quiero.

Agustín

Se me dibujó una sonrisa en la cara.

—¿Qué es eso? —preguntaste, leyéndole la mente a Eva, ya que ese mismo interrogante se reflejaba en su cara.

En el instante que esa pregunta fue lanzada al aire, la respuesta se formuló clara en mi mente.

—Mi regalo para vosotros —dije tras dejarlo sobre la mesa—. El traje que ya no necesito.

—Es la libreta que le llevaste a tu hermano —afirmaste, Eva, aunque esperando mi confirmación.

Asentí con una sonrisa.

Cuando se la llevé a Agustín buscaba deshacerme de ella, porque sentía que era una lacra que me pesaba demasiado; cuando os la di a vosotros lo hice con el orgullo de alguien que no tiene miedo a mostrarse tal cual es.

—Es todo lo que soy, lo más honesto que puedo ofrecer.

Fue a partir de ese momento cuando comencé a construir de verdad una nueva versión de mí misma. El patrón de una vestidura que me fuera útil, que me permitiera afrontar el futuro con mayor asertividad y, sobre todo, fiel a mi verdadera esencia.

Nos abrimos en canal aquella noche, y sintiéndonos más libres que nunca, nos fuimos a la Puerta del Sol para dar la entrada no solo a un nuevo año, también al primero de nuestras vidas en común. Preparamos unas uvas que metimos en unos cucuruchos de papel que guardamos en los bolsillos de nuestras chaquetas, y corrimos a la calle a celebrar el Fin de Año estrenándonos como triega. A ninguno se nos hizo raro, lo sentimos natural, como debía ser.

Llegamos cuando estaban comenzando los cuartos y con las primeras campanadas yo ya me había atragantado con una uva, queriendo seguir el ritmo mientras me recuperaba de la carrera.

—¡TRES! ¡CUATRO! ¡CINCO!... —gritaba la gente allí reunida.

Vosotros lo llevabais mejor, sobre todo tú, Rafa, es lo que tiene estar en buen estado físico, seguías el ritmo de las campanas y sacabas incluso tiempo para reírte de mí.

—Aprende de Eva, a ella le entra todo sin atragantarse —te burlaste con una clara referencia a ese «todo» que hacía rato había tenido en el fondo de su garganta.

—Blanca tiene otros talentos... —contraatacó Eva.

Con la boca como un pez globo, esforzándome en coger aire por la nariz tratando de no morir asfixiada, te di un puñetazo en el hombro que te hizo aún más gracia.

—Cariño, tenemos que fortalecer esos bracitos —te burlaste.

—¡¡DOCE!! —gritaron a nuestro alrededor.

Os besasteis entre el alboroto esperando que yo terminara de tragar.

—¡Feliz año! —exclamé al fin, orgullosa de haber superado la primera prueba del 2023 y no haber muerto asfixiada por una uva.

Al fin pude besaros en la que siempre quedará en mi recuerdo como la mejor entrada de año de la historia, con atragantamiento incluido seguirá siendo la más especial.

—¿Está nevando? —dije al ver motas blancas adherirse a tu chaqueta, Rafa.

Alzamos la vista al cielo descubriendo que efectivamente estaba comenzando a nevar. Supe al instante que Madrid estaba celebrando ese amor a tres; aquellos copos eran un regalo de su parte, que como el arroz que se lanza en las bodas a los recién casados dejaba caer sobre nosotros en augurio de buena suerte.

Así fue como esta gata que durante tanto tiempo renegó serlo, se encontró de nuevo con el encanto de la ciudad que la vio nacer. Hacía años que no pasaba tanto tiempo en ella, y en los últimos dos meses me dejé embaucar de la generosidad y belleza castiza entre sus calles. Retomé el orgullo madrileño con gusto. De Madrid al cielo, ida y vuelta, porque regresé de la muerte y lo hice entre sus brazos.

Y sobre ese manto blanco que Madrid iba extendiendo a nuestro paso, regresamos a tu casa, Rafa, inaugurando el nuevo año desnudos: el amor que sentíamos entre nosotros era lo único que nos permitimos llevar puesto aquella noche.

La libreta quedó olvidada sobre aquella mesa tan bien decorada en el salón, el Funko de Peter Pan en otro rincón de la casa, al igual que las tajantes afirmaciones de Eva asegurando que era lesbiana, incluso el tatuaje con el que confirmaba que había estado equivocada. Todo eso no eran más que símbolos que se quedaron en el 2022. Dejamos nuestros antiguos «yoes» en el pasado para comenzar a construir una relación a tres con todo lo que aquello implicaba. Éramos conscientes de que no sería fácil, pero teníamos claro que lo más importante era construirla pensando en nosotros y no en lo que otros opinaran. Teníamos claro que no nos importaba lo que pensarán aquellos que por miedos, creencias o lealtades inconscientes o por puro adoctrinamiento, iban a ver cuando nos vieran. Teníamos claro que su mirada no nos definiría, porque era algo que solo nos incumbiría a nosotros. Y, de hecho, optamos por no usar etiquetas, ya que nosotros no las necesitábamos. Permitimos que la inercia definiera cada detalle de esa, nuestra relación, según fuera avanzando. Solo pusimos una norma: comunicación y honestidad. Sabíamos que, con esto, teníamos la mitad del camino hecho.

Sin una etiqueta que definiera nuestro amor, y con el corazón henchido de felicidad, me desperté el uno de enero protegida entre vuestros cuerpos, amada como nunca antes. Muy diferente a cómo había sido en el pasado, que necesitaba llenarme de vosotros, y como si de una batería se tratara me iba vaciando en vuestra ausencia. Pero a partir de este nuevo capítulo, las cosas cambiaron drásticamente, porque logramos construir una relación desde el desapego: nos amábamos, pero no nos necesitábamos. Os adoraba, pero ya no os idealizaba ni endiosaba. La única relación que me he permitido poner en un pedestal desde entonces es la que tengo conmigo misma.

Abandoné la cama dejándoos descansar plácidamente para dirigirme a la ventana y descubrir qué había tramado Madrid en nuestra ausencia. Nieve, mucha nieve. Estaba todo blanco, tan bonito, que quise sacar una foto e inmortalizar esa belleza y la paz que se respiraba. Al encender el teléfono comenzaron a llegarme una larga lista de notificaciones felicitándome el año, pero hubo un mensaje en concreto que llamó mi atención.

Mamá:

Quiero que sepas que me siento muy orgullosa de ti, y aunque nunca te lo he dicho, agradezco todo lo que has hecho por esta familia. Te quiero, Blancanieves.
Feliz año.

Tardé veinte minutos en responder aquel mensaje, porque no podía parar de llorar.

No sé qué llevó a mi madre a escribirlo y enviarlo, porque son dos acciones distintas que requieren como mínimo, dejar a un lado el orgullo. Quizá fuera influencia de mi padre o quizá de Agustín. En cualquier caso, tampoco era algo realmente relevante, sí que lo fue el poder sanador de esas palabras.

Puede que nunca llegue a comprender a mi madre, de la misma manera que ella nunca llegue a entenderme a mí; pero no cabe duda de que con ese mensaje tendió un puente que nunca había estado y que por nada del mundo iba a dejar escapar.

Blanca:

Gracias, mamá.
Yo también te quiero.

El lunes me paso por casa y os hago una visita.

Durante mucho tiempo eché la culpa a mi familia de mi falta de identidad; iba a decir pérdida de identidad, pero afirmar tal cosa sería un error, porque para perder primero hay que tener, y yo nunca tuve ni puñetera idea de quién era. Creí saber quién era basándome en un ideario que otros habían hecho de mí, pero ni mucho menos me acercaba a la realidad. Treinta años he necesitado para asomarme mínimamente a ello.

Con dieciséis no hacía más que preguntarme quién demonios era Blancanieves Larios Alonso, lanzaba esa pregunta al viento, como si este me fuera a devolver una respuesta. Y como no lo hizo, fui detrás de él, subida en un avión tras otro, esperando que terminara llevándome a un lugar que me diera la respuesta. Viajé por todo el mundo cargando una mochila repleta de cosas que no me pertenecían, pero que entendí como propias y necesarias para sobrevivir. Y, probablemente, la religión fue de lo que más marcó mi vida y, por tanto, de lo que más me costó separarme. La sombra del castigo tenía una proyección demasiado larga.

De ahí que durante mis meses de ostracismo me dedicara a indagar y cuestionarme todo lo que conocía sobre la religión, la espiritualidad y la filosofía con intención de sacar mis propias conclusiones y no aquellas que me fueron impuestas. Una de las cosas que más llamó mi atención en esa búsqueda de respuestas, fue cuando me adentré en los pecados y su etimología. Descubrí que la palabra «pecado», procedente del latín *peccatum*, se traduce como: delito, falta o acción culpable. Al mismo tiempo, que en los tres idiomas de la Biblia (griego, hebreo y arameo), se explica como: «Error en el sentido de no alcanzar una meta, fallar en un objetivo o no dar en el blanco exacto».

Fue entonces cuando me di cuenta de que, más allá de la connotación religiosa y moral, «pecar» no es más que «equivocarse». Y no cabe duda de que yo, como cualquier otro ser humano, me he equivocado mucho y en repetidas ocasiones. Porque vivir, supone error, supone que en ocasiones las cosas no saldrán como a una le gustaría. Así que el verdadero pecado hubiese sido no tener nada que contar en esa libreta roja.

Equivocarse es parte de la vida es, de hecho, el motor de la misma, del cambio y del aprendizaje. Fallar para aprender. Pecar, en esencia, es sinónimo de estar vivo. La vida me ha enseñado que, tras el fallo, el error, el pecado, la caída, la falta, el delito hay un nuevo comienzo.

Entonces, ¿por qué iba a dejar de escribir sobre mis pecados?

He comprado una nueva libreta que aún no he estrenado, pero que comenzaré en breve. Ahora, escribo las últimas palabras en esta libreta roja, consciente de que nunca un final, tuvo tanto regusto a principio.

Agradecimientos

Con tu permiso, voy a permitirme una pequeña introducción dentro de estos agradecimientos, porque yo me debo a mis lectoras y sé que tú, querida lectora, has esperado mucho tiempo este libro, pero sabes qué, que no estaba preparado para escribirse hace cuatro años, ni hace tres, ni siquiera hace dos. Ha tenido que pasar la vida por mí y yo por ella para que esta historia cobrara vida.

Cuando saqué mi primer libro en 2015, establecí que publicaría un libro al año; y cumplí con ello, hasta el 2019, que con la llegada de mi última novela *Cenicienta no pertenece a nadie*, también lo hizo un cambio que agitó mi vida de tal forma, que mi mundo se vino abajo, y yo con él. Consideré incluso dejar la escritura, y más o menos así fue, ya que apenas me puse a ello en dos años.

Tuve que hacer una parada en el camino. Demasiado larga para los tiempos que corren; orgánica para una escritora que necesita experimentar para poder contar. Lo siento, pero no me valen los ritmos actuales, porque para escribir, hace falta vivir. Y aunque ya tenía muy clara la historia de Blancanieves aún no estaba preparada para ella; y creo que ella tampoco para mí.

Los 7 pecados de Blancanieves es una ficción empapada de los últimos cuatro años de mi vida. De la gente que he conocido, los lugares que he visto, los que me han contado, lo que he sentido en primera persona; pero también en tercera. De lo que he escuchado, amado, sufrido, llorado, probado, reído y disfrutado. De lo que han compartido conmigo y de lo que no. Este libro es el resultado de transitar mi vida y la de otros; aunque no deja de ser una ficción.

Es la última puntada con la que he cerrado una etapa muy difícil, para dar lugar a una nueva cicatriz que amaré ver y tocar, porque esta me recordará el brutal viaje que ha sido. Mi primer libro me ayudó a encontrarme a mí misma, este, me ha obligado a sentarme en silencio y admirar aquello que descubrí.

Además, esta historia ha requerido de un interminable trabajo de documentación para el que he tenido la fortuna de contar con numerosas personas durante el proceso, a las que estoy profundamente agradecida y que no puedo dejar de mencionar, porque son ellas las que le han dado veracidad a esta historia:

A Cris, mi hermana, de la que tomé prestado su apellido (ese que no compartimos), para nuestra protagonista. La misma a la que va dedicado este libro, porque aunque Cris no tenga nada que ver personalmente con Blanca, sí que guardan muchas cosas en común, porque esta historia partió del viaje de identidad de mi hermana, a la que prometí regalarle una historia. «Aquí la tienes, *sister*». Gracias por prestarle a Blanca tu sabiduría como decoradora, tu colección de Converse, tu buen gusto musical y tus viajes por el mundo. Y algún detalle más que no desvelaremos.

A Laura, que me prestó su casa y parte de su identidad.

A Russé y Angy, las dos azafatas que me ayudaron a descubrir todos los entresijos y el tremendo currazo que se esconde detrás de un TCP.

A Isaías y Dámaris, de quién aprendí todo sobre la religión evangélica desde dos puntos de vista muy diferentes.

A Emma, por cederme sus amplios conocimientos en arquitectura.

A Clara, por responder a todas mis dudas sobre medicina.

A Lee, y a todos los que participaron en aquella Constelación Familiar, y que permitieron que pudiera «ver» de forma tan clara esta historia. Aún se me ponen los pelos de punta al recordarlo.

A mamá, por tu infinita generosidad. Te quiero.

A Alexis, por enriquecer esta historia, pero sobre todo, mi vida.

A Marta Acedo, escritora, cantante y mujer excepcional. Me siento tan afortunada de todo el tiempo que dedicaste a leerme y a compartir el amor que sentiste por mis libros... Comencé a escribir esta historia el día que hubieses cumplido treinta años. Ojalá estuvieses aquí para disfrutarla, mejor aún, para que vivieras una larga vida. Hasta siempre, Princesa Valiente.

A ti, querida lectora, que eres el elemento más importante de este viaje, porque tú eres la encargada de hacer que Blanca cobre vida y llegue muy lejos. Gracias por tu generosidad y por tu paciencia, porque esa, en los tiempos que corren, es la prueba de amor más valiosa.

MUCHÍSIMAS GRACIAS.

¿Te ha gustado la historia?

¡¡DEJA TU OPINIÓN Y LLÉVATE UN EJEMPLAR FIRMADO DE REGALO!!

Deja una opinión en Amazon y para agradecértelo te hago llegar un ejemplar firmado a tu casa a elegir entre *Bella y Bestia* o *Cantos de una Sirena*, ¡tú decides el libro!

Escríbeme a: contacto@rachelbels.com o a través de Instagram: [@rachelbels](https://www.instagram.com/rachelbels)

*Promoción sujeta a disponibilidad.

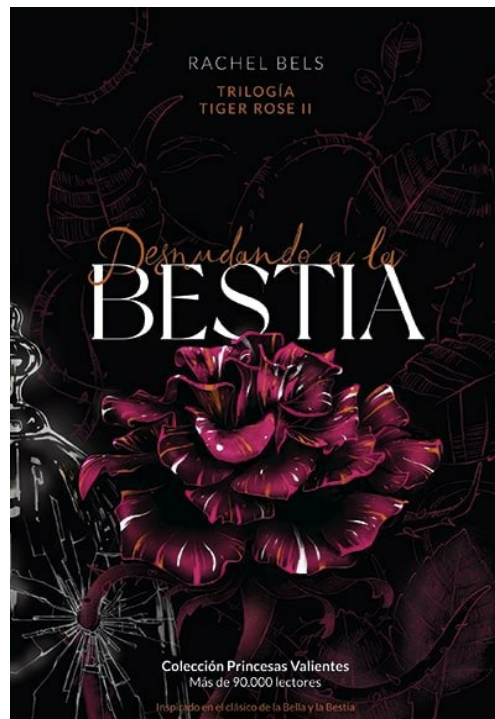
**Solo válida para España.



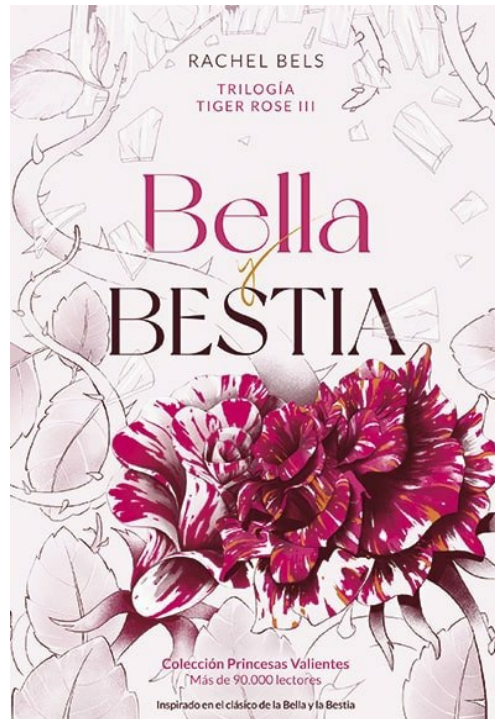
Todos los libros de la autora



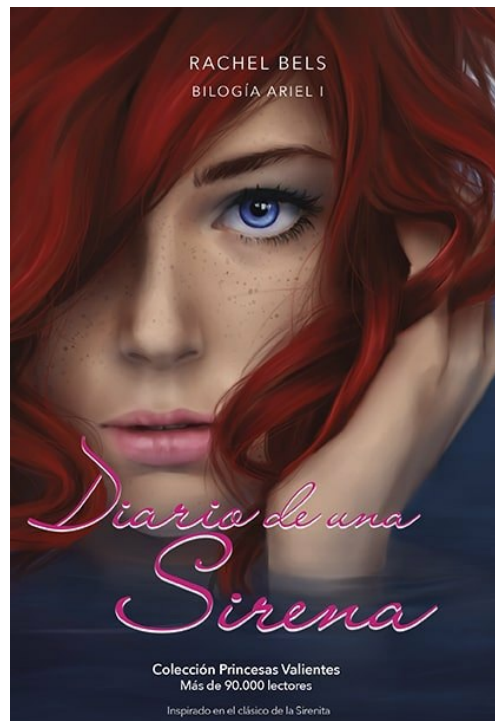
[Bella al desnudo Tiger Rose I](#)



[Desnudando a La Bestia Tiger Rose II](#)



[Bella y Bestia Tiger Rose III](#)



[Diario de una sirena Ariel I](#)



[Cantos de una sirena Ariel II](#)



[Cenicienta no pertenece a nadie](#)

Sobre la autora



Rachel Bels (Madrid 1984) autora de la Colección Princesas Valientes, historias inspiradas en los cuentos clásicos en las que ha buscado deconstruirlos para mostrar mujeres con las que la lectora pueda sentirse identificada, mezclando el género romántico con el desarrollo personal. Además de entretener, Bels trata de invitar la lectora a reflexionar sobre diferentes temas como la violencia de género, Trastornos de la Conducta Alimentaria, Prostitución, Trata de personas e Identidad, entre otros.

Rachel es mentora y coach, creadora del Programa Escritora Extraordinaria con el que ya ha ayudado a más de doscientas autoras de todo el mundo. También es speaker, ponente, imparte charlas en institutos y cursos en lugares como la Fundación General de la Universidad de la Laguna (Tenerife). Y ha colaborado en radio (Marcha Fm), con una sección sobre feminismo, empoderamiento de la mujer, desarrollo profesional y crecimiento personal.

Puedes encontrarla en:

Facebook: [Rachel Bels](#)

Instagram: [@rachelbels](#)

YouTube: [Rachel Bels](#)

Correo: contacto@rachelbels.com